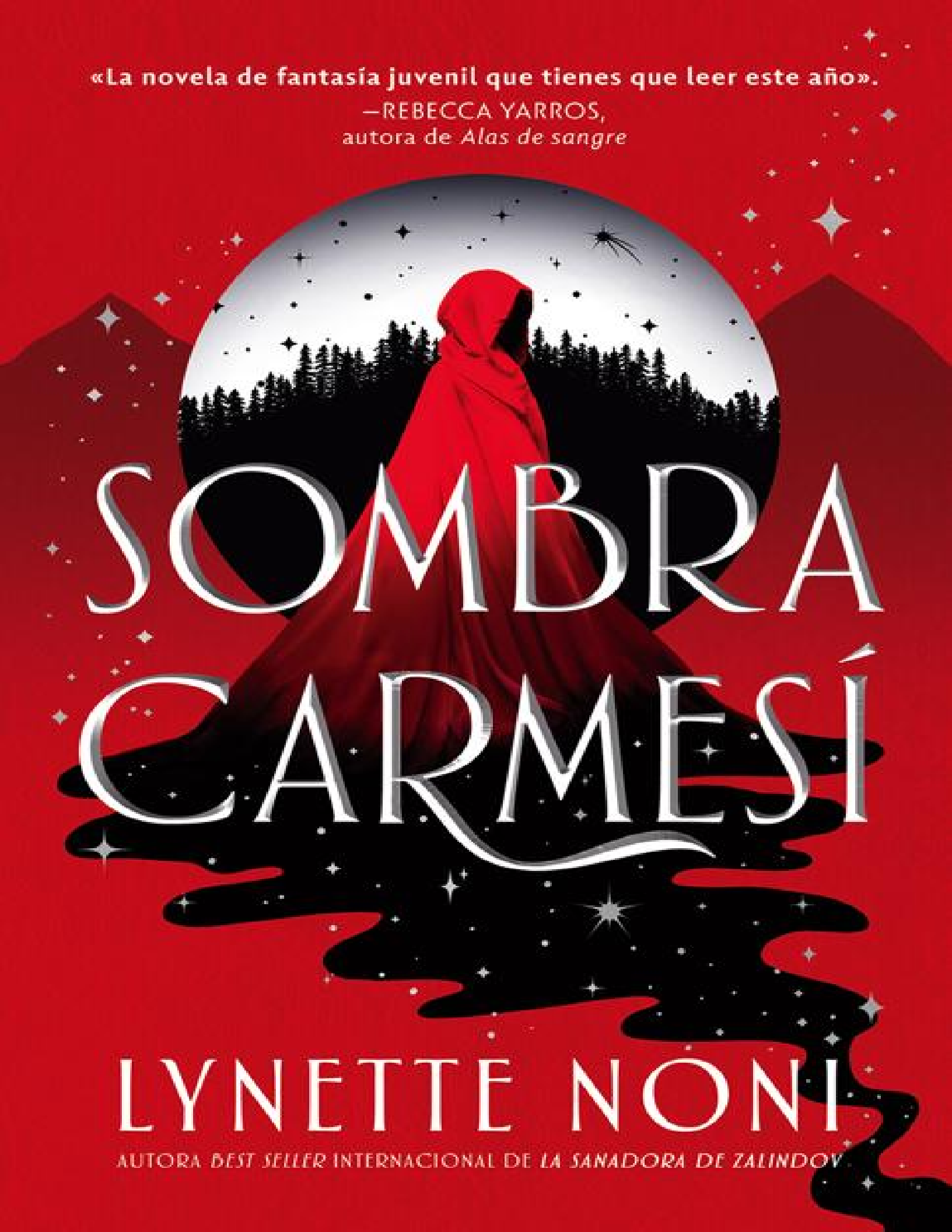
«La novela de fantasía juvenil que tienes que leer este año».
—REBECCA YARROS,
autora de *Alas de sangre*



SOMBRA CARMESÍ

LYNETTE NONI

AUTORA *BEST SELLER* INTERNACIONAL DE *LA SANADORA DE ZALINDOV*

SOMBRA CARMESÍ

SOMBRA CARMESÍ

LYNETTE NONI

Traducción de Lydia Rodríguez Pavón

PUCK

Argentina • Chile • Colombia • España

Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Shadow Reaper*
Editor original: Alfred A. Knopf, un sello de Random House Children's Books
Traducción: Lydia Rodríguez Pavón

1.ª edición: junio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Lynette Noni
All Rights Reserved
© del mapa 2026 *by* Francesca Baerald
© de la traducción, 2026 *by* Lydia Rodríguez Pavón
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 979-13-88011-67-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Nota de la autora

Esta es una novela de fantasía oscura para adolescentes y jóvenes adultos, por lo que contiene y trata algunos temas que pueden resultar violentos o perturbadores para ciertos lectores. Hay una lista detallada de estos temas en el sitio web de la autora: lynettenoni.com/shadow-reaper.

Para Jen Azantian:

Este libro no existiría si no me hubieras ayudado a volver a la vida.

Gracias por ser mi agente, mi amiga y mi milagro.


ISLA ELVERDINE
CASTILLO NEVARNOST
LAGO MIRTIS
OBELISCO DEL OESTE
MUELLE
BOSQUE MISTWOOD
NECRÓPOLIS

Glosario

Élixen: otro nombre para referirse a la magia.

Canales Sagrados: tres fuentes de magia pura que abastecen al mundo con élixen.

Nebruma: una niebla mortal que rodea las tierras de Isla Elverdine.

Obeliscos: cuatro tutelas protectoras de obsidiana que contienen el poder de los Canales Sagrados y que protegen la ciudad de Aravell de la nebruma.

Tutelas: barreras mágicas de protección.

Concesión: una ceremonia en la que los niños de catorce años o menos entregan su magia a los obeliscos que tutelan la ciudad.

Consumirse: una acumulación de élixen inestable que da como resultado una muerte dolorosa o una vida vacía e irracional.

Segador/a: una persona que extrae élixen de otra. Como consecuencia de la magia robada, todos los segadores cuentan con sentidos más desarrollados, son más veloces y fuertes, se curan en menos tiempo y su esperanza de vida es mayor.

Cazador/a: una persona que caza segadores. Todos los cazadores tienen una marca mágica tatuada en la mano que está formada por tres círculos entrelazados y que representan su juramento a

proteger, honrar y servir. Cuando hay segadores cerca, la marca se calienta.

Somero/a (común): una persona con niveles bajos de élixen. La mayoría de los someros tienen tan poca magia que no pueden usarla.

Mago/a (insólito): una persona con niveles altos de élixen, por lo que llevan a cabo actos mágicos muy poderosos. La mayoría de los magos eligen una especialidad para formarse, por lo que existen denominaciones como mago alquimista, mago celestial, mago sanador, mago arquitecto, mago hechicero, etc.

Magos ancestrales: magos que vivieron en el mundo antiguo.

Magos Sabios: magos inmortales que se consideran dioses. También se hace referencia a ellos como «los dioses de la antigüedad».

I

En los suburbios de Aravell, había tal quietud a medianoche que daba escalofríos. Para la mayoría de los ciudadanos, salir a esas horas de la noche era demasiado arriesgado. La Custodia Nox se había encargado de imponer sanciones de lo más estrictas para cualquier persona a la que pillaran fuera tras el toque de queda; de hecho, la Nox era bastante conocida por la originalidad de sus castigos. No obstante, para Viridia Solace, una chica de diecisiete años, la Nox no era un motivo de preocupación. Los guardias urbanos, con solo mirar la insignia de su capa roja carmesí, guardarían las distancias con ella. Lo que le preocupaba en realidad era qué se escondía entre las sombras. *Quién* se escondía entre las sombras.

Su presa.

El motivo por el que estaba deambulando por las calles desiertas a altas horas de la noche, momento en el que solo los habitantes más desesperados se atrevían a mirar a hurtadillas por sus puertas cerradas a cal y canto.

Y, además de los habitantes más desesperados, también era algo propio de los criminales más peligrosos.

Viri se movió con rapidez y bajó la mirada justo antes de pisar un charco iluminado por la luz de la luna: vómito, orina o cualquier otro líquido igual de desagradable, aunque, por su olor

nauseabundo, podía ser una mezcla de los tres. A pesar de que llevaba años adentrándose en los suburbios para cazar segadores, Viri no había conseguido acostumbrarse al hedor a carne podrida, a descomposición y a aguas fecales que lo encharcaban todo. Algunos días, incluso temía dejarse la piel en carne viva al intentar limpiarse y, aun así, no librarse por completo de la suciedad.

Viri se estremeció por la ilusoria sensación del icor a sus pies y se detuvo en una intersección repleta de mugre para decidir en qué dirección ir: al oeste, hacia el lago Mirtis, o al este, donde la alterra se fundía con las montañas Tridus. Cerró los ojos un instante para concentrarse y, al segundo, empezó a sentir calor en la mano donde tenía la marca. Entonces un hormigueo le recorrió de pies a cabeza y su instinto la arrastró hacia el oeste.

Tras penetrar aún más en la oscuridad, fue acelerando el paso conforme el tatuaje de su mano, la marca de los cazadores, iba calentándose cada vez más y la guiaba hacia su presa. Viri recordó el momento en el que le otorgaron la marca, que estaba formada por tres círculos entrelazados que representaban su juramento a proteger, honrar y servir; ese día, se convirtió en una cazadora de segadores de pleno derecho. La mayoría de los principiantes terminaban su instrucción al cumplir los dieciocho años, pero Viri se había ganado la marca el año anterior, con tan solo dieciséis. Su mentora reconoció que era una prodigio, aunque lo cierto era que ella tenía sus propios motivos para querer que todos los segadores recibieran su merecido.

De pronto, Viri escuchó unos ruidos estridentes que venían de más adelante, por lo que siguió avanzando con el ceño fruncido, inquieta por los sonidos. Estaba más cerca del lago Mirtis de lo que le habría gustado y era consciente de los peligros que acechaban al otro lado

del obelisco del oeste, que se encontraba justo en la orilla del lago. En esa zona de los suburbios, las tutelas defensivas de los obeliscos eran bastante más débiles que en otras partes de Aravell, y ese era el motivo por el que la mayoría de los habitantes sensatos de la alterra se escondían en sus casas durante la noche; no tenía nada que ver con la Custodia Nox. Al sellar sus puertas con cuidado y esmero, se aseguraban de estar protegidos frente a la nebruma flotante, así como de la angustiosa muerte que sufría quien entraba en contacto con ella.

Durante el día, los cuatro obeliscos que protegían la ciudad retenían la niebla a las afueras de Isla Elverdine, donde flotaba como una nube letal que asolaba los bosques solitarios y los acantilados que rodeaban la isla. De ese modo, los habitantes de Aravell podían salir y vivir sus vidas con relativa seguridad. Sin embargo, cuando caía la noche, la brisa del océano se intensificaba y ni siquiera los obeliscos podían impedir que la nebruma se cerniera sobre el interior de la isla. Esa era la razón por la que gran parte de los aravelianos vivían dentro de la montaña o bajo la superficie, en la subterra.

Viri, como cualquier persona que tuviera dos dedos de frente, le tenía respeto a la nebruma, así que estaba deseando cazar a su presa y poder volver a su casa en la montaña lo antes posible.

La marca de la mano empezó a quemarle de forma repentina, un aviso de que su objetivo se encontraba cada vez más cerca. Dio unos pasos más y giró la esquina de un edificio casi en ruinas. Fue entonces cuando descubrió de dónde venía todo el alboroto: una taberna cochambrosa a punto de derrumbarse.

Se quedó quieta un instante en mitad de la pestilente calle, preguntándose qué clase de insensatos debía haber en esa taberna

para no tenerle miedo ni a la niebla ni a la Nox. Sin embargo, decidió salir de sus pensamientos y siguió caminando, preparada para concluir su trabajo. Si todo iba según lo previsto, tal vez hasta podría dormir un par de horas antes de que amaneciera.

Viri se acercó a la taberna que, según el deteriorado cartel que colgaba en la entrada, se llamaba el Barril Chorreante, y atravesó con decisión el umbral astillado y lleno de moho; aun así, se sorprendió al descubrir la juerga que tenían allí montada. Por las noches, era habitual que la gente se dedicara a socializar en la subterra y en el interior de las montañas, donde no había necesidad de ceñirse a ningún toque de queda y sus residentes podían hacer lo que les apeteciera a todas horas. En cambio, sí que era raro presenciar eso mismo en un lugar en la superficie, donde respirar el aire después del anochecer podría ser sinónimo de morir.

Los clientes del Barril Chorreante parecían ajenos a los peligros del mundo exterior y estaban sumidos en conversaciones escandalosas y risas desenfrenadas. Conforme se iba abriendo paso entre la multitud, Viri sintió como los penetrantes olores a cerveza derramada y a humanidad le abrasaban las fosas nasales, además de la quemazón de la marca de su mano. Entonces confirmó sus sospechas: que el segador se encontraba allí mismo y que, en ese momento, estaba extrayendo élixen.

Por lo general, Viri siempre había tenido más facilidad para sentir la magia que la mayoría de sus compañeros, y eso la había ayudado a ir subiendo escalafones hasta convertirse en cazadora y a saber protegerse en los muchos encontronazos que había tenido con segadores. Y, a pesar de eso, no podía encontrar la ubicación exacta de su presa. Sin embargo, sí que tenía algo claro: los segadores no se

rinden sin antes luchar y, si este ya había empezado a extraer élixen, a su víctima no le quedaría mucho tiempo de vida.

Empujada por la premura, se acercó a un hombre de mediana edad que estaba sirviendo bebidas detrás de una barra mugrienta y lo llamó.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó el tabernero con brusquedad mientras servía tres cervezas, una detrás de otra, derramando la espuma por todas partes al empujarlas en dirección a sus achispados clientes.

Viri le mostró la insignia de su capa carmesí, la marca redonda de los cazadores bordada en plateado justo encima de su corazón, y le dijo:

—Estoy buscando...

—Oye, chica, no quiero problemas —la interrumpió el tabernero. La miró de arriba abajo y se fijó en el conjunto negro de cuero que llevaba bajo la capa de cazadora, en su melena pelirroja con inusuales reflejos plateados recogida en una trenza y en sus llamativos ojos de color lavanda—. Me da igual lo que estés buscando. O a *quién*. Pero aquí no lo vas a encontrar.

El calor que sentía Viri en la palma de la mano decía lo contrario, pero, después de escudriñar la taberna por segunda vez, no vio más que clientes pasando un buen rato. No había ningún indicio de magia ni de muerte.

—¿Ha notado algo esta noche que estuviera fuera de lo normal? —insistió—. Alguna cara nueva o...

El hombre volvió a interrumpirla mientras deslizaba una jarra de cerveza por la barra con bastante fuerza como para dejar un rastro sobre la madera desgastada.

—Ya te lo he dicho, cazadora. Aquí no se te ha perdido nada, así que vete a tocarle las narices a otro.

Cuando lo dijo, Viri se percató de la gota de sudor que le cayó desde la sien hasta la avejentada mejilla. El tabernero posó la mirada en ella, inquieto, para después mirar hacia otro lado; siguió sirviendo bebidas como si nada, pero le temblaban las manos. Y, entonces, lo vio levantar un poco la barbilla para señalarle una puerta entreabierta que había en un rincón de la sala.

Viri asintió con disimulo y se encaminó hacia la puerta sin prestar atención al suelo pegajoso que hacía que sus botas se aferraran a la madera conforme avanzaba entre los ruidosos clientes. Muchos de estos se alejaron dando tumbos al reparar en el color de su capa, pero ella los ignoró y se acercó a la puerta manchada de distintos licores.

Echó un vistazo por la estrecha apertura, pero no vio más que el principio de unas escaleras desvencijadas que desaparecían de su vista. Se detuvo a pensar un segundo, ya que sabía que, si la madera crujía bajo sus pies, por muy leve que fuera el sonido, perdería el factor sorpresa. Hasta que el repentino y apremiante hormigueo que sintió en la mano hizo que dejara de lado todas sus preocupaciones y bajara corriendo hacia el mohoso sótano sin dudar ni un segundo más. Unas lumiternas sin llamas alumbraban el caos provocado por barriles, cajas y botellas de vidrio desordenadas, pero los ojos de Viri se clavaron en las dos pequeñas figuras que había acorraladas contra la pared del fondo y el corpulento hombre que iba hacia ellas.

Por desgracia, no pudo obviar el cuerpo sin vida que ese monstruo acababa de arrojar.

Era un niño de no más de doce años. Tenía los ojos cerrados y su

pecho no se movió ni un ápice.

Ya era demasiado tarde para salvarlo.

No obstante, Viri se recordó que aún estaba a tiempo de salvar a los otros dos, un niño y una niña abrazados mutuamente con todas sus fuerzas y cuyas caras llenas de lágrimas reflejaban el miedo que sentían en ese momento, como si ambos fueran conscientes de lo que estaban a punto de sufrir a manos de la bestia que tenían delante.

Aún no la habían visto, pero el hombre, un segador, se detuvo y giró la cabeza en su dirección con una mueca de desprecio. Era rubio y tenía los ojos azules, así que podría haber sido guapo, pero esos rasgos quedaban eclipsados por la magia reciente e impoluta que rezumaba su cuerpo y, a raíz de sacrificar al niño, sus venas inflamadas empezaron a teñirse de negro por las manos y fueron subiendo por sus antebrazos desnudos. Esas vetas negras, que solo eran visibles para los cazadores y para los mismos segadores, seguirían tiñendo su piel hasta que el poder que había robado se desvaneciera, por lo que era una prueba irrefutable del crimen tan atroz que acababa de cometer.

Un crimen por el que estaba a punto de pagar.

El segador avanzó hacia Viri menospreciándola con la mirada mientras su cuerpo iba adaptándose a la oleada de élixen, a la magia que lo invadía. La cantidad variaba según el niño o la niña, pero siempre tenían bastante como para que los segadores se aseguraran de mejorar su velocidad y su fuerza, de que sus sentidos se aguzaran y de curarse con más rapidez. De hecho, había casos en los que incluso ganaban años de vida.

Años de vida *robados*.

El precio que tenían que pagar era tan alto como la culpa que

sentía Viri cada vez que no llegaba a tiempo para salvar a alguien. Aun así, se prometió a sí misma que no iba a haber más muertes esa noche ni más víctimas que lamentar. Solo justicia.

Y, algún día, venganza.

Dado que el segador acababa de extraer élixen, Viri sabía de sobra que su contrincante tendría más fuerza y sería más rápido que ella, así que no podía permitirse el lujo de que fuera él quien asestara el primer golpe. Sin dudarlo un instante, se abalanzó sobre su objetivo mientras desenrollaba el fílux dorado que llevaba alrededor de la muñeca y agitó el látigo en el aire. El chasquido del arma metálica retumbó por todo el sótano y le habría dado de lleno al segador si no fuera porque saltó hacia atrás en el último segundo; su capa gris ondeó y un cristal se hizo añicos al chocarse contra un estante para esquivar el ataque de Viri. La cazadora volvió a atacarlo con su fílux de inmediato, pero el segador logró eludirlo y rompió más cristales. Sin embargo, esta vez se recuperó más rápido y salió corriendo con los brazos llenos de venas negras extendidos hacia ella, como si quisiera estrangularla con sus propias manos.

Pero Viri no pensaba permitírselo. Se apartó hacia un lado y asestó un golpe bajo con su fílux tras apuntarle a los tobillos para impedirle que avanzara hacia ella. A pesar de que trató de darle dos veces más, el élixen hacía que el segador fuera tan rápido que se adelantaba a sus ataques.

Hasta que, de pronto, se lo encontró justo delante de ella y su puño cerrado iba directo hacia su cara. Se movió con tanta rapidez que el brazo de su contrincante se convirtió en un borrón; gracias a todos sus años de entrenamiento, había conseguido evitar que le rompiera el pómulo. Aun así, le dio de refilón con los nudillos y el anillo de su

dedo corazón le desgarró la mejilla. Y, a pesar de la sangre que empezó a brotar de la herida, ignoró el dolor y se escondió tras un barril para poder sacarle algo de distancia mientras volvía a atacarle con su fílux.

Su oponente, sin embargo, no tenía ni un pelo de tonto y sabía de sobra lo que pasaría si su arma lo rozaba, pero también tenía en cuenta que el fílux era un arma de corto alcance, de modo que se abalanzó sobre Viri para dejarla sin espacio y volvió a lanzarle un puñetazo. Ella se agachó justo a tiempo y se dio la vuelta para apartarse, pero, al ponerse de pie, oyó a los niños gritar y avisarle de que el segador acababa de desenvainar una daga. Justo entonces saltó hacia ella a toda velocidad y Viri observó el brillo de su arma bajo las lumiternas.

Durante sus años como cazadora, se había encontrado con toda clase de segadores. Algunos eran fáciles de capturar, sobre todo los que extraían élixen por primera vez y no estaban familiarizados con sus efectos. Y lo mismo pasaba con los que eran adictos al subidón provocado tras hacer un sacrificio, ya que preferían disfrutar de la drogadicción en lugar de intentar que no los arrestaran.

En cambio, el segador que tenía delante no pertenecía al grupo de los primerizos ni al de los adictos, sino a uno de los que sabían usar la magia robada a la perfección y que, además, estaba bien entrenado. Y eso lo convertía en un enemigo peligroso.

Pero no tan peligroso como ella.

Viri se había percatado de que el segador llevaba una daga en cuanto bajó al sótano, de modo que ya contaba con que en algún momento la usaría contra ella; y, por fin, había llegado ese momento.

La sonrisa de superioridad y la mirada triunfante que

acompañaron al ataque con la daga confirmaron la sospecha de Viri de que no era más que otro segador arrogante que la había subestimado. Todos daban por hecho que no portaba más armas aparte del fílux o, al menos, que no llevaría nada más que pudiera incapacitarlos. Pero el hombre, al lanzarse sobre ella, estaba tan centrado en su látigo dorado que no se dio cuenta de que se sacaba un pequeño frasco de la capa y lo destapaba con el pulgar.

De lo que sí se dio cuenta fue de que Viri le sopló el polvo plateado en las narices.

El segador abrió los ojos de par en par cuando el detenubis surtió efecto y lo dejó inmovilizado en el sitio; su daga, a punto de asestarle un golpe mortal, se quedó suspendida en el aire a tan solo un palmo de ella.

Viri echó un vistazo rápido y se percató de lo cerca que había estado de que la daga la alcanzara, pero no se frenó a sí misma a darle vueltas a lo que podría haber pasado si el experimento no hubiera funcionado, a pesar de que traspasaba los límites de la legalidad, ni tampoco se recreó en el estado de su enemigo, que seguía petrificado. Al fin y al cabo, había grandes cantidades de élixen corriendo por las venas del segador, por lo que el efecto del detenubis no lo retendría mucho más. Así que aprovechó esos segundos para arrancarle la daga de la mano y usó uno de los extremos de su fílux para atarle las muñecas y anular sus poderes. Siempre que el látigo dorado estuviera en contacto con su piel, mantendría a raya sus habilidades aguzadas, por lo que el segador no podría usar la magia y, además, cuanto más intentara luchar contra los efectos del fílux, más débil y vulnerable se sentiría, y entonces dependería por completo de la piedad de Viri.

Apenas había podido dar un paso atrás cuando el detenubis se desvaneció y el segador avanzó a trompicones, no para atacarla, sino para evitar caerse.

—¿Qué me has hecho? —exclamó el segador mientras se tambaleaba por la embriaguez de los polvos y casi sin poder mantenerse erguido.

No sabía si se refería al fílux o al detenubis, pero, aun así, recitó en voz alta:

—En nombre del Gremio de Cazadores, quedas detenido por la extracción ilegal de élixen y por los crímenes cometidos contra la humanidad.

—Soy inocente —espetó el hombre, o al menos lo intentó. La lengua se le trabó y, poco a poco, su cuerpo empezó a flaquear.

Viri, levantando las cejas con incredulidad, se fijó en el cuerpo inerte del niño que estaba a escasos metros de ella. Al verlo, se acordó de los otros dos, que la observaban atónitos y con los ojos muy abiertos; aunque el miedo seguía tiñendo en sus caras, le pareció entrever una chispa de esperanza en sus ojos.

—No te muevas —le dijo Viri al segador antes de acercarse a los niños.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? —gruñó, tratando de abalanzarse sobre ella. Sin embargo, solo consiguió tropezarse con uno de los barriles que habían tirado durante su refriega y acabó cayéndose al polvoriento suelo lleno de cristales.

Por lo general, habría sentido una oleada de satisfacción al verlo tan vulnerable, sobre todo teniendo en cuenta que había intentado destriparla unos segundos antes, pero por el ritmo al que el fílux iba arrebatando su poder, no tardaría en quedarse inconsciente. Aunque

había usado su arma en muchas ocasiones, Viri todavía no se había acostumbrado a presenciar los efectos debilitantes tan efectivos del fílux. Y, a pesar de que podía considerarse algo bueno, lo que menos le apetecía en ese momento era tener que arrastrar el pesado cuerpo de un segador hasta las celdas de la Críptula, de modo que tenían que ponerse en marcha *ya*.

Pero antes...

—¿Estáis heridos? —preguntó al acercarse a los niños y estremecerse al notar el crujido de los cristales rotos bajo sus pies.

Viri siguió agarrando con fuerza su fílux, cuyo extremo contrario seguía atado al segador. El hombre, que maldecía sin parar en voz alta mientras intentaba ponerse de pie, ya no era una amenaza para ninguno de ellos.

Los niños negaron con la cabeza y, aunque tanto las piernas como las manos les temblaban, se pusieron de pie y se abrazaron entre ellos.

Al ver el terror reflejado en sus rostros y al saber lo que podría haberles pasado, algo que sí que había sufrido el niño asesinado, Viri tuvo que respirar hondo para no dejarse llevar por la rabia que sentía.

Se recordó a sí misma que lo que importaba era la justicia y sabía que el segador tendría que afrontarla por sus crímenes. Al haberlo atrapado, Viri se había asegurado de ello, y seguiría haciéndolo con cada segador al que cazara en Isla Elverdine.

—Estás sangrando —susurró la niña, señalando la mejilla de Viri. Esta se había olvidado por completo de la herida, aunque sí que sintió un ligero escozor al recordar los nudillos de su enemigo arañándole la cara.

—Estoy bien. Solo es un rasguño. —Se giró para mirar al segador que, por fin, se las había apañado para ponerse de pie y, después, volvió a mirar a los niños—. No os preocupéis. Jamás volverá a hacerle daño a alguien.

No obstante, los dos pares de ojos que tenía delante se posaron sobre el cadáver del otro niño y Viri maldijo en su interior por la insignificancia de sus palabras. Entonces les preguntó en tono amable:

—¿Lo conocíais?

Los niños volvieron a negar con la cabeza y ella soltó un suspiro de alivio. Ver a alguien morir siempre era una tragedia, pero al menos esos niños no tendrían que vivir con el trauma de haber presenciado la muerte de un amigo.

—Vamos, es hora de irnos —exclamó Viri, que estaba deseando sacarlos del claustrofóbico sótano lo antes posible.

Condujo a los niños por las escaleras y tiró de su fílux para que el segador se mantuviera de pie, aunque no dejaba de tambalearse. Al llegar arriba, siguió el mismo recorrido de antes para avanzar por la abarrotada taberna y se abrió paso entre sus clientes. El tabernero seguía sirviendo bebidas, aunque se quedó quieto y pasmado al ver a Viri y al percatarse de que la acompañaban dos niños. Ella entendía que estuviera sorprendido; solo en raras ocasiones se encontraban supervivientes tras el ataque de un segador. En muy raras ocasiones.

—¿A cuánto está el sendal más cercano? —preguntó Viri levantando la voz por encima del bullicio.

—Hay uno en la siguiente manzana, justo antes de llegar al lago —respondió el tabernero tras salir de su estupor.

Viri dejó escapar una mueca, ya que no le hacía mucha gracia tener

que acercarse tanto al lugar donde acababa la protección del obelisco, pero era eso o volver por el largo camino que atravesaba la alterra teniendo que llevar a rastras al segador, que cada vez estaba más débil. No le quedaba otra que jugársela.

Soltó una moneda de oro en la barra y le dijo al tabernero:

—Por las molestias. —Y, a continuación, preguntó—: ¿Tenéis cocina? —El hombre asintió y Viri dejó otras tres monedas de oro para, acto seguido, señalar a los niños—. A estos dos les vendría bien comer algo caliente. Cuide de ellos hasta que llegue la Nox para tomarles declaración y llevárselos a casa.

El hombre no dijo nada sobre si le disgustaba o no la idea de que enviara a los guardias urbanos a su taberna; agarró las monedas, se las guardó en el bolsillo y asintió a regañadientes. La cazadora no le habló del tercer chico, ya que contaba con que la Custodia Nox recogiera el cuerpo y avisara a su familia.

Viri se giró hacia los niños y les dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Aquí estaréis a salvo hasta que vengan los guardias de la Nox. No tardarán mucho —les aseguró.

Dejar a los niños solos después de lo que había pasado iba en contra de sus propios instintos y, de hecho, siempre que una caza acababa con supervivientes, una parte de ella sentía la necesidad de quedarse con ellos para ofrecerles su apoyo. Sin embargo, para esos niños no era más que una extraña, y estarían mejor si se iba ya para avisar a la Nox cuanto antes.

—Sois los dos muy valientes —añadió Viri, estrechando la mano que tenía libre contra sus hombros—. No lo olvidéis, sobre todo en los próximos días, cuando os sea imposible no pensar en todo lo

sucedido.

Los niños dudaron un instante, pero asintieron, y Viri los acompañó a sentarse en los taburetes del rincón más tranquilo de la taberna, donde había dos cuencos con helados cubiertos de caramelo esperándoles. Aunque le había dicho al tabernero que les pusiera algo de comer para que entraran en calor, al mirarlo, el hombre se encogió de hombros e hizo un gesto hacia los niños. Fue entonces cuando Viri los observó disfrutando de sus helados como si no acabaran de ser testigos de un asesinato y les hubiera faltado poco para correr la misma suerte.

La cazadora sabía que los niños podían llegar a ser increíblemente resilientes, pero también era consciente de que las horrorosas imágenes que habían visto esa noche se quedarían para siempre en sus retinas.

Lo sabía por experiencia, porque ella también había aprendido a vivir con las atrocidades que presenció una vez y que la perseguían desde entonces.

Dejando sus recuerdos a un lado, se despidió de los niños y arrastró al segador al frío aire de la noche. El hombre siguió soltando injurias conforme atravesaban el cochambroso callejón en dirección al lago; cada vez le costaba más andar y la originalidad de sus insultos iba decayendo a la vez que su energía. Viri no le prestó atención; estaba centrada en detectar cualquier señal que indicara que se acercaban a la nebruma mortal.

De pronto, sintió un gran alivio cuando dejaron atrás un edificio derruido y vislumbró el lago Mirtis un poco más adelante; la luz de la luna iluminaba la superficie índigo de sus aguas, pero no había niebla a la vista. Tras dar unos pasos más, por fin vio el sendal que

buscaba: era un arco de tres metros tallado en una piedra mágica plateada que brillaba en la oscuridad de la noche.

Les faltaba poco para llegar al portal cuando el prisionero decidió detener los insultos para decir:

—No pienses que vas a salirte con la tuya, cazadora —exclamó en un tono amenazante—. El Padre Segador vendrá a por ti. Vendrá a por *todos*, pero *tú* serás su primer objetivo.

Aunque no quería, se detuvo y clavó sus ojos en el segador, que la miraba con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Crees que no te he reconocido, Viridia Solace? —continuó mientras su rostro pasaba de la burla al desprecio—. Ese pelo, esos ojos... Todos sabemos quién eres. Y estás en el punto de mira. Algún día, el Padre Segador...

—El Padre Segador... ¿qué? —le interrumpió Viri—. ¿Seguirá escondido, tal y como ha hecho durante los últimos siete años? —exclamó con brusquedad para camuflar la repentina avalancha de emociones—. Todos los cazadores de Isla Elverdine hemos estado buscándolo sin descanso durante todos estos años. ¿Y tú dices que viene a por nosotros? ¿A por mí? Pues dile que aparezca de una maldita vez.

Viri inclinó la cabeza hacia un lado y adoptó la misma expresión de aversión que su enemigo para disimular los desbocados latidos de su corazón.

—Aunque, ahora que lo pienso... Parece que no vas a poder decírselo, ¿no? —espetó la cazadora, tirando de su fílux. El segador se tropezó y estuvo a punto de caerse, por lo que volvió a maldecirla —. Porque voy encerrarte en un lugar en el que no vas a poder decirle *nada* a *nadie*.

—Él me salvará —gruñó—. Me recompensará por...

—Él ni siquiera sabe que existes —se mofó—. Solo eres uno de los muchos seguidores que matan en su nombre.

—No es verdad. Yo soy...

—Entonces, dime dónde está.

Tal y como esperaba, el segador no le respondió.

—Si no fueras un insignificante secuaz, sabrías de sobra la respuesta. Pero no tienes ni idea, ¿verdad?

Escuchó que el segador rechinó los dientes. Sabía que quería mentirle y podía verlo en su mirada; quería fingir ser alguien importante del círculo cercano del Padre Segador para tener algo con lo que negociar. Sin embargo, otra de las ventajas del fílux era que impedía que la persona que lo estuviera rozando o tocando mintiera. Era una especie de detector de mentiras mágico.

—Ni siquiera lo has conocido en persona, ¿no es cierto? —insistió Viri, que seguía provocándole.

El segador apretó la mandíbula y ella puso los ojos en blanco al notar cómo la tensión iba a menos. Siempre que alguien mencionaba al Padre Segador, al actual al menos, Viri se ponía de los nervios. Sin embargo, a pesar de las amenazas de su prisionero, no tenía ningún tipo de información que pudiera serle útil. No era más que uno de sus muchos adeptos, como todos los anteriores a los que había capturado.

Algún día, lograría dar con su líder. Él era el motivo por el que se había convertido en cazadora. El motivo por el que se había ganado la marca en menos tiempo que el resto de sus compañeros. El motivo por el que siempre se esforzaba por ser mejor, más rápida y más fuerte. Se había sometido a mucha presión durante los últimos siete

años para alcanzar su único objetivo: cazar al Padre Segador, un despiadado asesino que había arrebatado las vidas de innumerables inocentes.

Incluidos sus propios padres.

Al contrario que sus seguidores, el Padre Segador no se enfrentaría a la justifica, sino que la sufriría.

Aunque no tanto como se merecía.

Viri se permitió dejarse llevar por sus más oscuros y crueles pensamientos un instante, lo que no hizo más que reforzar su determinación, como siempre que pensaba en el Padre Segador. Entonces se obligó a salir de su mente, se enderezó y siguió avanzando mientras empujaba al prisionero hacia el sendal; estaba más que preparada para entregárselo a la Nox y ponerle punto final a la noche.

Algún día, encontraría al Padre Segador.

Y, cuando lo hiciera, por fin podría saciar su sed de venganza.

2

Por desgracia, solo unas pocas horas más tarde, alguien empezó a zarandear a Viri con brusquedad para que se despertara y, al instante, escuchó una voz demasiado animada que le preguntó:

—¿Ha funcionado? ¡Dime que sí!

Viri se quejó y le pegó con la almohada a su mejor amiga, Wynter Starling, para luego taparse la cara con ella.

—Shhh... Es muy temprano, Wyn. Piérdete.

—No es muy temprano y eres una traidora —exclamó Wynter, apartando la almohada—. Me prometiste que me despertarías cuando llegaras a casa.

—Ya, pero era muy tarde —respondió Viri con los ojos todavía a medio abrir—. Y yo me preocupo por que mi amiga descanse, no como *otras*...

—Yo no necesito descansar, sino respuestas. Así que suéltalo ya.

Cuando intentó quitarle la almohada de las manos, Wynter la arrojó a la otra punta de la habitación y le devolvió la mirada a su amiga, por lo que no le quedó más remedio que resignarse y sentarse en la cama. Wynter tenía razón sobre la hora; solo con echar un vistazo a través de la ventana sellada de su habitación se percató de que ya tendría que ser media mañana por lo menos. Su apartamento estaba en la mitad superior del monte Tembris, uno de los picos que

formaba el trío de las montañas Tridus.

—Meera me va a matar —murmuró al darse cuenta de que se había quedado dormida y que, por lo tanto, había faltado al entrenamiento matutino. Ni siquiera la apacible vista del lago Mirtis, que brillaba bajo los rayos de sol, la ayudó a sentir menos pavor por tener que disculparse ante su mentora, quien resultaba ser también la jefa del Gremio de Cazadores.

Wynter se echó la reluciente melena negra sobre los hombros y miró con sus ojos zafiro entrecerrados a Viri, como si estuviera amenazándola.

—Pues va a tener que ponerse a la cola si no sueltas ya por esa boquita lo que pasó anoche.

Viri sabía que su amiga no le estaba pidiendo que le hiciera un resumen de la caza como tal; de hecho, a Wynter no le importaba lo más mínimo quién era el segador que estaba ahora pudriéndose en una de las celdas de la Críptula, en lo más profundo de la montaña. Solo había una cosa que le interesaba saber de lo que hizo Viri la noche anterior.

—Venga ya, V. Te lo suplico. ¿*Funcionó* o no?

Como castigo por haberla despertado de malas formas, la hizo esperar unos segundos más. No obstante, acabó dedicándole una sutil sonrisa y, por fin, le dijo:

—Claro que ha funcionado. Eres un genio, aunque ya lo sabes.

Wynter levantó los brazos y soltó un grito de emoción, pero se calló al instante y clavó una mirada tensa en la puerta cerrada de la habitación.

—Algo me dice que tu madre está en casa, ¿no? —supuso Viri con ironía.

La chica se mordió el labio y asintió, lo que hizo que a Viri se le escapara una risita. A Sarielle Starling, la madre de Wynter y la tutora legal de Viri, *no* le haría demasiada gracia enterarse de lo que su querida hija hacía en su tiempo libre. Según Sarielle, cada noche que Viri tenía que salir a cazar, le daba un ataque al corazón, así que, si descubría que su hija estaba trasteando con experimentos ilegales de alquimia, no viviría para contarlo. Sarielle era la magistrada, es decir, la líder política de Isla Elverdine, pero, sumado a eso, la alquimia era una práctica de lo más peligrosa y en más de un aspecto. Y, aun así...

—Anoche me salvaste la vida —confesó Viri al acordarse de la daga del segador, que se quedó a escasos milímetros de atravesarla —. Si no hubiera sido por el detenubis, el segador me habría sacado las tripas.

Los ojos azules de Wynter se abrieron de par en par y susurró:

—¿En serio? —Ladeó la cabeza y observó con detenimiento la herida que tenía Viri en la mejilla—. ¿Y eso fue antes o después de que te dieran un puñetazo en toda la cara?

Se tocó la herida, que estaba hinchada y con costras, y dejó escapar una mueca de dolor al sentirla palpitar bajo sus dedos.

—¿Tan mala pinta tiene? —Wynter no le respondió, así que Viri insistió—: En una escala del uno al diez, ¿cuánto se escandalizaría tu madre?

—¿Si entrara aquí ahora mismo? Un once, sin duda. —Sacó un pequeño frasco de cristal de su bata gris de médica en prácticas y le guiñó un ojo—. Pero, si te aplicas esto y esperas unos minutos, podríamos bajarlo a un tres. O incluso a un dos.

Viri agarró el ya conocido e ilegal ungüento que le ofreció su

amiga y se lo untó con cuidado sobre la mejilla, que aún le dolía.

—¿Te he dicho hoy ya lo mucho que te quiero?

—Todavía no —contestó Wynter a la vez que tendía la mano para que le devolviera el frasco y volvía a esconderlo en la bata—, pero, en tu defensa, diré que te acabas de despertar. —Se acomodó en la cama de Viri y continuó—: Ahora, cuéntame lo que pasó con el detenubis. Con pelos y señales.

Por fin le hizo caso y le relató cómo había usado el polvo plateado para enfrentarse al segador y respondió a las incontables preguntas que le hizo su amiga mientras ignoraba el cosquilleo que sentía en la mejilla conforme el ungüento le regeneraba la piel.

—Reconozco que no tuve en cuenta lo fuerte que son los segadores justo después de extraer élixen —murmuró Wynter mientras se perdía en sus pensamientos—. Voy a seguir probando distintas fórmulas para que duren más los efectos la próxima vez.

—A mí me sirvió. Solo necesitaba ganar unos segundos para sacar el fílux y atacarlo.

La mirada perdida de Wynter desapareció y se puso seria.

—Creo que dependes demasiado de que te funcione el látigo ese. Puede que sea un arma bastante especial, pero si alguna vez, por el motivo que sea, no te funcionara...

—Entonces, sacaré todo tu arsenal de inventos alquimistas. —Viri la interrumpió porque ya había escuchado ese sermón en más de una ocasión—. Además, también tengo mis propias habilidades de cazadora. No te preocupes, Wyn. Sé cuidar de mí misma, con el fílux y sin él.

—Lo sé —respondió Wynter relajando el rostro—. Pero no puedo evitar preocuparme. Igual que tú lo haces por mí.

—Pero eso es porque vas por ahí escabulléndote e infringiendo las leyes. —Viri volvió a tocarse la mejilla y se percató de que ya casi no sentía inflamación ni dolor—. Aunque tengo que reconocer que, siendo egoísta, a mí me están viniendo bastante bien tus escarceos.

—Bueno, tampoco es que pueda compartir mis experimentos con nadie más aparte de ti —dijo Wynter poniendo cara de pena—. Si alguien me descubriera, acabaría en la Críptula compartiendo celda con alguno de esos segadores repugnantes que capturas.

—Puede que encuentren un buen motivo por el que encerrarte allí con ellos —replicó—. Como, no sé, por ejemplo... ¿salvarte la vida? La tuya y la de los demás.

Wynter hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia.

—Si una sabe lo que hace, la alquimia no es peligrosa.

—Lo que *no* es tu caso, porque tú vas por ahí inventándote y probando cosas sobre la marcha.

—Pues, para que lo sepas, eso es lo que hacen los mejores alquimistas.

Viri resopló. Por una parte, le hizo gracia la respuesta de su amiga, pero, por otra, estaba molesta.

—¿Y cómo estás tan segura de eso si nunca has conocido a uno? Lo que sabes lo has aprendido por ti misma gracias a los libros viejos y mohosos que lees y a ese cerebro tan prodigioso y atípico que tienes.

—Y ahora es cuando volvemos a la parte en la que dices lo bien que te vienen mis inventos y cambiamos de tema —dijo con decisión para zanjar la discusión.

Viri dejó escapar un sonoro suspiro y decidió darse por vencida porque esa era una conversación que tenían casi a diario; no

importaba cuánto se esforzara por persuadir a su amiga, que era demasiado curiosa como para preocuparse por su propio bien. Desde el momento en el que escucharon rumores sobre prácticas de magia ancestral para crear y transformar la materia en algo que ni siquiera los Sabios sabían, Wynter empezó a obsesionarse con aprenderlo todo sobre el tema.

Por suerte, tampoco había mucha información, ya que los magos alquimistas que vivían antiguamente en Isla Elverdine habían desaparecido muchísimos años atrás junto con otros seres mágicos, además de llevarse con ellos todos sus libros y conocimientos. Solo se dejaron atrás algunos rastros de su poder, como los sendales, los obeliscos, las lumiternas y algunos objetos encantados de lo más peculiares, por lo que todos se peleaban por conseguirlos. Uno de esos objetos era el fílux de Viri, que lo había heredado de sus padres; ellos también habían sido cazadores y lo tuvieron guardado durante años hasta que ella se ganó su marca de cazadora.

En cambio, lo que Wynter estaba haciendo... Los magos ancestrales se habían pasado *años* estudiando la alquimia antes de que les permitieran practicarla sin supervisión. Si sus experimentos caían en manos de algún inexperto, no solo se volvían peligrosos, sino que podían llegar a ser letales. Y, dado que nadie en Isla Elverdine podía llevar a cabo prácticas mágicas como hacían los magos antiguos, sí que seguían existiendo algunos oficios relacionados con la elaboración de pociones y polvos, a pesar de que un pequeño error a la hora de combinar los ingredientes podía tener consecuencias como la destrucción de una ciudad entera. Tal era el riesgo que la alquimia fue la única forma de magia que se prohibió en la isla.

Aun así, eso no impidió que Wynter se obsesionara tanto con la

alquimia que decidiera saltarse las normas.

Viri volvió a suspirar y empujó a su amiga de la cama con ímpetu. No tenía ganas de seguir discutiendo.

—Bueno, tengo que ir a pedirle perdón a Meera. Y tú deberías ponerte a estudiar y averiguar cómo curar a la gente con técnicas legales y sin magia. —Viri arqueó una ceja y añadió—: ¿Te crees que no me he dado cuenta de la cantidad de clases que te has saltado últimamente?

Wynter se alisó la bata gris y observó su insignia de médica con el ceño fruncido.

—Odio estar allí.

—Lo sé... —murmuró Viri mientras se dirigía al armario para elegir uno de sus uniformes de cuero que estuviera limpio—. Pero también sé que quieres mucho a tu madre como para contarle que con solo ver sangre se te revuelve el estómago porque arruinarías su sueño de convertirte en la mejor médica de todo Aravell.

—No es solo por la sangre —exclamó Wynter exagerando un escalofrío—. La gente en general me da asco.

Viri ocultó su sonrisa mientras rebuscaba entre sus perchas una capa carmesí que también estuviera limpia.

—Eres un orgullo para todo el Gremio de Sanadores, Wynter Starling. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario.

—Tú misma has dicho que anoche te salvé la vida —protestó—. Y estaría encantada de aprender a tratar a pacientes con medios mágicos. Pero ¿con medicina común? ¿Tratar con enfermedades, dolores y muerte? —dijo estremeciéndose de nuevo—. No, gracias.

—Perdón por sonar repetitiva, pero es que resulta que tus métodos preferidos son *ilegales*.

—Solo si te pillan.

No pudo evitar resoplar.

—Prueba a soltarle ese mismo argumento a tu madre, a ver qué opina ella.

Su amiga se puso pálida y frunció el ceño justo antes de cambiar de tema a propósito.

—Vaya, parece que ya no tienes prisa.

Viri se colgó el uniforme del antebrazo y agarró sus botas cuando le respondió:

—Lo más probable es que Meera se haya enfadado por no aparecer a primera hora de la mañana, pero cuando vea los informes de arrestos, sabrá que ayer terminé tarde. Seguro que lo entiende.

Contaba con que Meera, en su próximo entrenamiento, aprovechara para darle una paliza, pero eso iba a acabar pasando igualmente.

—No me refiero a Meera —dijo Wynter—. Pensaba que te irías directa al cuartel general de la Nox en cuanto te despertaras. Tengo que reconocer que me ha sorprendido de forma grata tu fuerza de voluntad.

Entonces Viri se quedó callada un segundo.

—¿De qué estás hablando?

Al percatarse del desconcierto de su amiga, el rostro de Wynter pasó de la confusión a la preocupación.

—Espera... ¿No lo sabes?

—¿Saber *qué*?

Wynter empezó a alarmarse más aún.

—He escuchado a mi madre hablando con el capitán Farrow esta mañana. Anoche atraparon a alguien. Y, al parecer, alguien

importante.

Cuando Viri escuchó el nombre de Darik Farrow, el capitán de la Custodia Nox, se relajó. Los guardias urbanos y los cazadores compartían la misión de proteger la ciudad, pero eran organismos distintos: la Nox se encargaba de supervisar el cumplimiento de las leyes en general y los cazadores se centraban en los segadores. La única noticia por la que Viri habría salido corriendo hacia el cuartel general de la Nox tendría que haber venido de...

—Meera estaba bastante ocupada tratando de controlar los daños como para informar ella misma —siguió diciendo Wynter, por lo que los pensamientos de Viri se detuvieron en seco—. No hay necesidad de que se corra la voz ni de que cunda el pánico, o eso es lo que le dijo Darik a mi madre.

A Viri se le heló la sangre y, un segundo después, le ardió. Entonces sintió una mezcla de temor y sospecha que la recorrió de pies a cabeza.

—¿A quién han atrapado, Wyn?

—No escuché cómo se llama —respondió negando con la cabeza —. Solo sé que es un segador de alto rango y que pertenece al círculo cercano del Padre Segador.

De pronto, Viri se quedó sin aire.

Por fin, después de tantos años de buscar sin descanso, esta podría ser la oportunidad perfecta para poder seguir la pista de cerca al Padre Segador.

—Tengo que irme —dijo conforme salía corriendo hacia la puerta de la habitación, pero Wynter la agarró del brazo.

—La ropa, V. —Señaló el montón de prendas que llevaba Viri en el brazo y la empujó hacia su baño—. Aunque me encantaría verte

interrogando a un segador letal en pijama, creo que será mejor que lo hagas con tu uniforme de cuero de cazadora malota.

Viri bajó la vista hacia su camisón rosa pastel y maldijo por lo bajo antes de cambiarse de ropa a una velocidad sobrehumana y colocarse el fílux en el antebrazo.

—A por ellos, cazadora —exclamó Wynter cuando Viri volvió deprisa a la habitación—. Luego quiero que me hagas un buen resumen.

Viri ya estaba saliendo por la puerta y recorriendo el largo pasillo de su apartamento, por lo que dejó tanto a su amiga como a sus palabras atrás. Escuchó a Sarielle en la cocina, lo que le resultó raro, ya que su trabajo le quitaba mucho tiempo, y, por un segundo, se planteó si ir a hablar con ella. Pero su tutora solía ser muy estricta a la hora de separar el trabajo y la familia, así que lo más probable era que no le dijera nada sobre lo que había hablado con Darik. Así que decidió sobre la marcha que lo mejor era atajar el problema desde la raíz.

Salió disparada por la puerta principal y se encaminó por los túneles interiores de la montaña. Sus pulmones se llenaron del aire terroso y filtrado mientras iba cruzando las curvas a una velocidad vertiginosa; lo único que iluminaba el recorrido eran unas lumiternas sin llamas fijadas a la roca negra. No era la primera vez que Viri se sentía afortunada por vivir con la magistrada, ya que su casa se encontraba en una ubicación privilegiada con pocos vecinos, por lo que nunca había demasiada gente de camino al sendal más cercano. Y más afortunada aún se sintió al ir más tarde de lo normal, ya que se había ahorrado todo el bullicio matutino de los trabajadores con los que coincidía cuando se dirigía a su

entrenamiento habitual a primera hora. En cambio, pudo ir corriendo directamente hasta el brillante arco de piedra mágica y atravesarlo sin demora mientras pensaba en el portal que estaba más cerca de su destino para que la llevara hasta allí.

El cuartel general de la Custodia Nox se encontraba en las profundidades del monte Verta, el pico más al sur de las montañas Tridus. El monte Tembris estaba formado por apartamentos como el de Viri que se extendían hasta la cima; el monte Verta, en cambio, estaba hueco más bien por la zona del centro, con gruesas paredes de piedra talladas por los magos ancestrales para que constituyeran distintos niveles en forma de espiral. Ahí era donde se encontraban los distintos gremios, los servicios municipales y los distritos mercantiles, lo que les daba a los ciudadanos espacio de sobra dentro de la montaña para trabajar, estudiar y socializar.

Como la Nox necesitaba tener fácil acceso a la Críptula, su sede se situaba en la base del monte Verta, lugar al que Viri llegó en pocos segundos a través del sendal conectado. Tras salir del deslumbrante arco, se encontró en la zona de recepción de la Nox, una estancia con paredes blancas de mármol.

Había dos guardias uniformados custodiando la entrada principal, como siempre, y Viri asintió en su dirección mientras pasaba por el mostrador central de camino al ascensor. En cuanto se cerraron las puertas, apretó con fuerza el botón para bajar y movió el cuello en círculos al sentir la presión de la magia cuando el ascensor, que funcionaba con élixen, empezó a descender.

Tardó poco en llegar a la zona de administración de la Nox, que era donde trabajaban los guardias urbanos cuando no estaban de patrulla. Por lo general, era una parte silenciosa y tranquila, pero Viri

se encontró con el más absoluto caos al salir del ascensor. Había guardias uniformados de negro que se movían con prisa de arriba abajo y algunos cazadores de capas rojas mezclados con ellos, todos esperando a que les dieran novedades. Viri sabía que podía haberse quedado esperando con ellos, pero le podía la impaciencia porque necesitaba respuestas *ya*.

Avanzó a grandes zancadas entre los espacios de trabajo y las puertas abiertas de los distintos despachos, y siguió andando hasta la parte más alejada de la planta. Por fin, se detuvo cuando llegó a una puerta de madera tallada en la misma montaña en la que había un cartel que decía Capitán Darik Farrow. Estaba a punto de llamar cuando escuchó una voz que la sobresaltó.

—Ya era hora de que aparecieras. He estado a punto de enviar a un equipo en tu búsqueda.

Viri se dio la vuelta y se encontró con su otro mejor amigo, Soren Archer, que estaba de pie mirándola con los brazos cruzados. Llevaba puesto su uniforme de la Nox, con los botones y las hebillas plateadas de su abrigo negro pulidos a la perfección. Gracias a su pelo rubio y a sus ojos marrón claro, era el ejemplo modélico de la Custodia Nox, no solo por su apariencia de chico bueno, sino también porque cumplía las reglas a rajatabla e iba ascendiendo de rango a pasos agigantados. Para Viri, sin embargo, siempre sería el chico flacucho al que conoció el primer día de su instrucción, aunque ella como cazadora y él como guardia urbano; ese día, se pusieron en pareja para un ejercicio de combate en el que tuvieron que poner a prueba sus habilidades innatas y acabaron forjando un vínculo de sangre y moratones. Desde entonces habían sido inseparables.

Aparte de Wynter, nadie conocía a Viri tan bien como Soren, por lo

que no se extrañó de que su amigo estuviera esperando a que llegara en cuanto se hubiera enterado de la noticia del segador capturado. Su sonrisa burlona lo delató, pero se desvaneció en cuanto observó a Viri con detenimiento.

—¿Qué demonios te ha pasado en la cara?

—No es nada —dijo tratando de quitarle importancia—. Ahora está mucho mejor. Ya casi no me duele.

El rostro de Soren se tensó al leer entre líneas. Al igual que Viri, a él tampoco le entusiasmaba la idea de que Wynter estuviera obsesionada con la alquimia, pero, en su caso, era más por el hecho de que estuviera infringiendo las leyes que porque fuera algo peligroso.

—No empieces... —se quejó cuando Soren abrió la boca—. Luego le echas la bronca a Wyn si quieres, pero a mí no. —Entonces se giró hacia la puerta—. Necesito ver a Darik ahora mismo para saber qué...

—No está aquí.

—¿Dónde está? —preguntó volviéndose hacia su amigo.

—Con Meera. Están hablando con los testigos que vieron lo que pasó anoche.

—¿Testigos? —exclamó Viri con el ceño fruncido—. ¿Por qué?

Soren se pasó una mano por el pelo y despeinó alguno de sus mechones rubios, pero, al segundo, volvió a tenerlos perfectamente peinados.

—Por el segador. Según dicen... *apareció* aquí.

El segador.

Era un hombre.

Viri sintió un hormigueo bajo la piel ante la inminente necesidad

de saber más al respecto.

—Nadie se ha atribuido el mérito de haberlo capturado —siguió contando Soren—. El capitán Farrow cree que tienen miedo de las represalias que pueda tomar el Padre Segador, de modo que nadie ha dicho nada para proteger a sus familias. Aun así, lo importante es que tenemos a un segador de alto rango bajo custodia y un buen puñado de preguntas sin responder.

—¿Alguien le ha interrogado? —preguntó Viri.

—Pues claro —respondió—. Pero se niega a soltar prenda. Dice que solo está dispuesto a hablar con una persona.

—¿Con quién?

—El capitán no nos lo ha dicho. Parece que Meera y él se lo están callando hasta que obtengan más información.

Arrastrada por la frustración, se dio la vuelta y se encaminó de nuevo hacia el ascensor.

—Espero que no estés pensando en lo que creo que estás pensando —le advirtió Soren mientras trataba de andar a su lado.

—Quiero verlo.

—Ni se te ocurra.

La cazadora ignoró las firmes palabras de su amigo.

—Tú no tienes que darme permiso. Yo...

—En realidad, sí. Está en una celda de alta seguridad en lo más profundo de la Críptula, es decir, una zona a la que solo tienen acceso los miembros autorizados de la Nox.

Viri, al escuchar el extraño tono con el que se lo dijo su amigo, se detuvo en el pasillo de mármol entre dos cabinas vacías y lo miró de reojo.

—Hay algo que no me estás contando.

Soren parecía estar debatiendo algo en su interior.

—El segador no solo es alguien del círculo cercano del Padre Segador. Hay... algo más.

Notó cómo se aceleraron los latidos de su corazón, como si supiera que lo que vendría a continuación no sería nada bueno.

—¿Quién es, Soren?

El guardia se quedó callado un buen rato, como si se estuviera arrepintiendo por haber hablado más de la cuenta, pero sus ojos se encontraron con los de su amiga y decidió responderle:

—Reeve Ashton. El servidor más fiel del Padre Segador. Su mano derecha.

Reeve.

Ashton.

Por un instante, Viri no escuchó nada salvo el zumbido de sus oídos. En ese momento, se le vinieron a la mente imágenes de un chico de cabello negro enmarañado y ojos plateados que brillaban como estrellas. Su cabeza empezó a darle forma a otros recuerdos, pero decidió dejarlos a un lado antes de recordar algo más, o a *alguien*.

Se tambaleó un poco e intuyó que Soren iba a decirle algo que ella ya sabía: que tanto la Nox como los cazadores conocían a Reeve y su cuestionable reputación, y que se le consideraba un objetivo prioritario tras años y años de rumores que hablaban de él y de su cargo. El Padre Segador era otro tema, ya que su identidad era un secreto muy bien guardado que solo conocían las personas de su círculo de confianza.

Y Reeve Ashton era una de esas personas. De hecho, había muchas probabilidades de que él fuera quien mejor lo conociera.

Viri volvió a tambalearse y Soren empezó a gritar su nombre, preocupado. Fue entonces cuando recuperó la compostura y, aunque le ardía la garganta, repitió:

—Quiero verlo —exclamó en un tono serio y decidido—. Tienes dos opciones: o me ayudas o me delatas. Pero, hagas lo que hagas, voy a ir.

Soren, al ver que no iba a conseguir que cambiara de opinión, maldijo por lo bajo antes de decir:

—No creo que hable contigo.

—Puede que no. Pero, aun así, tengo que *intentarlo*. —Se le quebró la voz al decir la última palabra, incapaz de seguir reteniendo todas las emociones que amenazaban con salir a la vez de su interior.

Soren relajó el rostro. Conoció a Viri pocos meses después de que sus padres murieran, así que era plenamente consciente de la vorágine de sentimientos que estarían invadiendo a su amiga y lo que ese arresto significaba para ella. No obstante, también había muchas otras cosas que él desconocía. Cosas que nunca sabría, ni *podría* saber.

Como, por ejemplo, que Viri ya conocía a Reeve de antemano.

—Viri... —Le sostuvo la mirada y observó la tormenta que asoló el interior de su amiga; después, resopló con fuerza—. Está bien, te llevaré hasta él. Pero, si nos pillan, será mejor que utilices todos tus recursos para que la magistrada no nos encierre en una celda con Ashton en lo más profundo de la Críptula. ¿Entendido?

Ella asintió con rapidez y Soren volvió a suspirar para luego murmurar algo sobre lo exasperantes que eran sus mejores amigas conforme la guiaba otra vez hacia el ascensor. En los espacios de trabajo que había a su alrededor todavía reinaba el caos, pero, esta

vez, Viri apenas se percató. Estaba reuniendo todas sus fuerzas y valentía para plantarle cara al fantasma de su pasado, uno al que no creía que volvería a ver.

Habían pasado siete años desde la última vez que vio a Reeve Ashton.

Siete años desde que el Padre Segador mató a sus padres.

Siete años desde que Reeve le juró lealtad a su asesino justo antes de verlos desaparecer juntos, sin dejar rastro alguno.

Hasta ahora.

3

El ascensor bajó con rapidez hasta la parte más enterrada del monte Verta y dejó atrás distintos niveles de celdas de seguridad de la Críptula; conforme más descendía el ascensor, más nerviosa estaba Viri.

—Piensa en él como si fuera un segador cualquiera —le recomendó Soren al darse cuenta de lo inquieta y ansiosa que estaba su amiga—. No te dejes intimidar por él. Lo único que tiene de especial Ashton es que es uno de los servidores más cercanos del Padre Segador.

Viri deseó que eso fuera cierto.

—No me intimida —respondió—. Es solo que estoy impaciente por escuchar lo que tiene que decir.

—Pues yo que tú no tendría muchas esperanzas, a no ser que hayas aprendido a leer la mente —le advirtió.

A Viri, sin embargo, no le preocupaba que Reeve no le hablara; sabía que, en cuanto la viera, sus labios dejarían de estar sellados. Era lo mínimo que le debía después de... todo.

—Nunca se sabe —dijo Viri conforme seguían bajando—. Quizás las horas que ha pasado a oscuras le hayan servido para reconsiderar su silencio.

El Reeve que Viri recordaba era terco hasta decir basta, pero necesitaba que Soren percibiera la seguridad que tenía en sí misma,

sobre todo teniendo en cuenta el favor que estaba a punto de pedirle.

Cuando el ascensor empezó a ir más lento, la cazadora sintió que necesitaba una distracción, de modo que preguntó:

—¿Qué son esos brillos?

El rostro de Soren se crispó, como si no entendiera la pregunta, y Viri le señaló el polvo brillante que cubría sus manos.

Soren hizo una mueca e intentó, sin éxito, limpiarse las manos en la ropa.

—Es la última manualidad de Jessy —se quejó. Al segundo, añadió —: Las hermanas pequeñas son lo peor.

Viri dejó escapar una sonrisilla al pensar en Jessalyn Archer, la única hermana de Soren. Tenía trece años y era un auténtico peligro, pero, aun así, se las arreglaba para ser tan adorable que conseguía meterse a todo el mundo en el bolsillo, y su hermano no era una excepción.

Antes de que pudiera preguntarle cómo había acabado con las manos manchadas de pequeños brillitos, el ascensor llegó al final del recorrido, pero las puertas no se abrieron, algo completamente nuevo para ella.

—Me debes una por esto —murmuró Soren mientras colocaba la mano sobre una especie de panel de mandos y esperaba a que la compleja magia, obra de los magos ancestrales, reconociera su identidad y su autorización.

De pronto, las puertas se abrieron y dejaron a la vista un largo y oscuro túnel. El aspecto era similar al de cualquier otra planta de la Críptula, con las asfixiantes paredes de roca negra y la luz tenue de las lumiternas que alumbraban lo justo para que Viri no tuviera que avanzar a ciegas.

—Ashton es el único prisionero que tenemos encerrado en esta planta, pero no sé cuál es su celda —dijo Soren al salir del ascensor y encontrarse con el aire húmedo del subsuelo. La filtración no era demasiado eficaz en una zona tan profunda de la montaña, por lo que el olor terroso era tan denso y mohoso que Viri casi podía masticarlo—. Puede que esté a un buen paseo, dependiendo de lo aislado que quieran que se sienta.

Muy aislado, supuso Viri. Sin embargo, eso era algo bueno, ya que así no habría nadie más cuando se encontrara con Reeve. Solo tenía un problema que solucionar antes de encaminarse hacia la celda.

Resopló con fuerza y detuvo a Soren agarrándolo de la manga para pedirle lo que necesitaba:

—Tienes que esperarme aquí.

—¿Estás de broma? —exclamó Soren tras soltar una escandalosa risa nerviosa.

—No —respondió Viri poniéndose firme—. Quiero hablar con él a solas. Hay más probabilidades de que hable conmigo si consigo que no me vea como una amenaza.

—Eres una cazadora, V —dijo señalando su capa carmesí—. Para alguien como él, pocas cosas hay más amenazantes que una cazadora.

Para alguien como él... Porque Reeve era un segador.

Viri no se había permitido pararse a pensarlo ni una sola vez en los siete años que habían pasado desde la última vez que lo vio. No obstante, ya había asimilado la clase de monstruo en la que se había convertido: en un asesino, al igual que su maestro.

—Tengo una corazonada —dijo a sabiendas de que ese argumento era el único que conseguiría convencer a su amigo. Todos los

cazadores y los miembros de la Nox estaban al tanto de la aguda intuición de Viri y, de hecho, Soren había sido testigo en muchas ocasiones de que los instintos de su amiga jamás se equivocaban.

—Me da igual que tengas una corazonada. No me gusta la idea de dejarte a solas con él —espetó Soren con la frente arrugada por la indecisión.

Viri percibió un hilo de esperanza y decidió tirar de él.

—Está encerrado en una celda. No podrá hacerme nada.

—Pero sí puede decirte cosas para sacarte de tus casillas —rebatió —. Hay palabras que hacen más daño que las armas.

—Bueno, al menos así podríamos asegurarnos de que rompe su voto de silencio.

—Hablo en serio, Viri. —Apoyó una mano en el hombro de su amiga y sus ojos marrones llenos de preocupación la miraron—. Eres bastante conocida entre los segadores —murmuró señalando sus inconfundibles rasgos: el pelo y los ojos—, y que hayan tardado tanto en capturar a Ashton significa que no es idiota precisamente. Te reconocerá en cuanto te vea.

Eso era cierto, aunque no tenía nada que ver con su reputación. Pero Soren no podía saberlo.

—También es el confidente del Padre Segador —continuó—, así que lo más seguro es que sepa lo que les pasó a tus padres. Y no creo que dude en usar esa información para provocarte. O para *hacerte daño*.

Viri tragó saliva y dijo:

—Solo puede hacerme daño si se lo permito. —Viri apartó la mano de Soren y le dio unas palmaditas para tranquilizarlo. Su amigo siempre se había mostrado muy protector con ella, demasiado

protector de hecho, y así era con todas las personas que le importaban. Sin embargo, no podía proteger a Viri siempre ni ella quería ni necesitaba que lo hiciera—. Además, no es el primer segador con el que me enfrento cara a cara, Sor. Me han provocado cientos de veces y muchos lo han hecho con el tema de mis padres. Te quiero, y agradezco lo mucho que te preocupas por mí, pero soy dura de pelar. Te lo aseguro.

Todo lo que había dicho era cierto, pero, aun así, si Reeve se atrevía a mencionar lo que pasó aquel día siete años atrás, entonces Soren sí que tendría motivos para preocuparse. Sin embargo, decidió no pararse a pensarlo porque, de lo contrario, jamás se dirigiría a esa celda.

—Te lo suplico —insistió en voz baja—. Hazme el favor.

Al oír la desesperada petición de su amiga, Soren acabó cediendo, aunque su rostro sombrío dejaba claro que lo hacía en contra de su voluntad.

—Date prisa —advirtió Soren, dándose la vuelta para volver al ascensor—. Seguro que alguien se ha dado cuenta de que he bajado aquí contigo y, siguiendo el protocolo, habrán informado al capitán Farrow.

—Entendido —asintió Viri. Aunque, técnicamente, no estuviera haciendo nada malo, era innegable que se estaba saltando algunas reglas no escritas.

—Yo te cubriré —se ofreció señalando el panel de mandos con la barbilla—. No hará falta que esté contigo cuando quieras volver a subir, así que bastará con que pulses el botón como de costumbre. —Entonces su mirada se endureció—. Sé que ya lo sabes, pero tengo que decírtelo: Ashton es un tipo peligroso. No le cuentes nada

personal ni le des información confidencial. Y tampoco le prometas nada. Nosotros no negociamos con asesinos. Si se presta a hablar, averigua todo lo que puedas y, después, déjalo que se pudra en esa celda.

—No te preocupes, Sor —murmuró Viri con el estómago encogido a pesar de estar mostrándose segura ante su amigo—. Sé lo que hago.

Le estaba mintiendo en toda su cara, pero Soren se limitó a asentir.

—Ven a buscarme cuando termines para saber que estás bien.

Sin tan siquiera responderle, las puertas del ascensor se cerraron y Soren desapareció de su vista.

Viri se tomó un segundo para mentalizarse y, después, miró hacia el túnel rocoso; fue entonces cuando se preguntó si podría hacerlo, a pesar de que, en el fondo, sabía que *tenía* que hacerlo. Incluso si Reeve se negaba a hablar, sentía la necesidad de mirarlo a los ojos y comprobar si quedaba rastro alguno de la persona que conocía. Como era lógico, contaba con que ya no sería ese chico de once años con el que compartió su infancia y que, ahora, se habría convertido en un asesino de dieciocho años. Sin embargo, hasta que no lo viera con sus propios ojos, no se lo creería por completo.

Era consciente de que cuanto más se retrasara, más se arriesgaba a que la descubrieran, así que se puso en marcha y siguió el camino apenas iluminado mientras levantaba un muro mental de protección con cada paso que daba. Pasara lo que pasara durante su encuentro, no pensaba permitir que ver a Reeve la afectara. Era una persona muy distinta a la despreocupada chica de diez años a la que vio Reeve por última vez, y lo mismo aplicaba para él. De hecho, eran como extraños, al menos para Viri. Él era un segador y ella, una

cazadora. Eran enemigos a muerte, ahora y siempre. Nada más.

Aun así, sentía cómo los latidos de su corazón se aceleraban conforme seguía avanzando por el túnel y dejaba atrás las celdas vacías; cada vez que llegaba a una, el corazón le daba un vuelco. No sabía a qué distancia estaba del ascensor, pero, por ahora, no había ni rastro de vida. Así que siguió caminando y adentrándose más y más en las profundidades de la montaña mientras los nervios la comían por dentro.

Justo cuando empezaba a pensar que, tal vez, Soren se había equivocado con que tenían encerrado a Reeve en esa planta, se fijó en unas lumiternas que brillaban un poco más adelante y que llevaban hasta la última celda, dado que ahí acababa el túnel.

Viri supo entonces que había llegado a su destino. Respiró hondo para tranquilizarse, se enderezó y recorrió la poca distancia que había hasta quedar delante de una celda con el frente acristalado. Al igual que las otras celdas que había en esa planta, era bastante grande y había espacio suficiente para un fino colchón colocado sobre un bloque de piedra, así como una pequeña zona de aseo. En general, el diseño era igual que el de las celdas que no estaban a tanta profundidad, incluyendo la ausencia de barrotes metálicos, ya que el metal podía corroerse al estar en una zona con tanta humedad. En su lugar, había un cristal grande y transparente que lo separaba de Reeve Ashton y que le permitió clavar sus ojos en él por primera vez en siete largos años en los que sus vidas habían cambiado de forma notable.

Reeve, que iba vestido como la noche, se apoyó contra el muro de piedra con aire despreocupado, como si no le importara nada en el mundo. Su pelo negro seguía estando igual de alborotado, como si lo

hubiera despeinado el aire, y sus ojos aún podían confundirse con estrellas, o con tormentas si no estaba de humor. Esas eran las únicas similitudes que guardaba con el chico que conocía. La ropa se ceñía a su cuerpo como si fuera una segunda piel y bastó una breve y reveladora mirada para que Viri se diera cuenta de cuánto había cambiado; sus inocentes y sencillos rasgos ahora eran afilados y marcados, como si alguien hubiera esculpido una obra de arte.

No era guapo como tal; desprendía una energía demasiado oscura y amenazante como para serlo. Sin embargo, tenía una belleza particular, de las que hipnotizaban. Siete años antes, era un niño adorable, pero ahora...

Ahora era arrollador.

Fue incapaz de contenerse y volvió a observarlo con detenimiento; la figura alta, los hombros anchos y la cintura estrecha. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, por lo que los bíceps se le marcaban bajo la tela oscura de su camisa y las mangas enrolladas dejaban a la vista unos antebrazos musculados y una piel bronceada como la miel. Sus largas y esbeltas piernas acababan en unas botas muy desgastadas; esa era la única parte que observó tranquila justo antes de reunir todas sus fuerzas para mirarlo a la cara. En cuanto lo hizo, la ira la invadió ante la arrogante diversión que reflejaban los ojos de Reeve, esos ojos de un plateado casi imposible.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él con una sonrisa burlona.

Viri no daba crédito ante el descaro de sus palabras. No podía creérselo.

—Lo que me gusta es verte en esta celda —respondió con frialdad —. Justo donde tienes que estar, segador.

—¿Segador? —Su sonrisa se volvió maliciosa—. No hace falta que

seas tan formal, sombrita.

Viri sintió una repentina punzada de dolor ante el apodo que, en su día, escuchaba a diario; solo él la llamaba así. Aun así, se las arregló para no dejar entrever el vuelco que le acababa de dar el corazón. Apretó los labios y respondió:

—No me llames así.

Reeve bajó la mirada hasta los pies de Viri mientras avanzaba con pasos lentos y pausados hacia ella. Cuando volvió a mirarla a los ojos, Viri se percató del brillo jocoso de su mirada, además de otras muchas cosas que se negó a descifrar.

—Bueno, veo que has crecido bastante —reconoció Reeve. Su voz era más grave de lo que recordaba; íntima y cercana, con un encanto embriagador—. Y es cierto que ya hace mucho que no vas por ahí persiguiéndome como si fueras mi sombra. Pero no puedo evitarlo, Viri. Ese apodo te sigue definiendo a la perfección.

Al escucharlo pronunciar su nombre, sintió un escalofrío que le atravesó todo el cuerpo. Era asco, nada más. O, al menos, decidió que eso iba a ser, porque necesitaba deshacerse de cualquier otra emoción que amenazara con salir a la luz.

Contó hasta cinco para recuperar el control, decidida a abordar el interrogatorio como lo hacía con cualquier otro.

—Vas a estar aquí encerrado una buena temporada, pero eso no significa que tengas que ser un cretino. De hecho, puede que incluso te ganes algunos privilegios si te prestas a colaborar: libros, entrenamiento, derecho a visitas... Me ha dicho un pajarito que solo estabas dispuesto a hablar con una persona, pero ya veo que no era más que una patraña, así que...

—Pues no, no era ninguna patraña.

—Claro que sí —insistió Viri señalándose.

Reeve se limitó a mirarla y, de pronto, Viri arqueó las cejas al darse cuenta de lo que quería decir.

Ella era la persona con la que quería hablar Reeve.

No era tonta; se había dado cuenta de que se trataba de una trampa, un juego del gato y el ratón donde él jugaba con sus emociones para su propio y enfermizo entretenimiento. Reeve conocía su pasado lo bastante como para hacerle más daño que cualquier otra persona. Viri maldijo para sus adentros al percatarse de que él lo había *vivido* con ella. Había presenciado cada terrorífico segundo y, después, la había abandonado, justo cuando más lo necesitaba. Si Reeve había decidido jugar esa carta, ella estaba dispuesta a lidiar con las consecuencias, pero aprovecharía la situación para obtener algo a cambio.

—Genial, pues vayamos al grano, entonces. ¿Cómo puedo encontrar a tu maestro?

—¿Mi *maestro*? —Reeve dejó escapar una sonrisa sombría que Viri sintió como una caricia y tuvo que esforzarse por reprimir un escalofrío—. Yo no me postro ante nadie, sombrita. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Viri apretó la mandíbula al volver a escuchar su antiguo apodo, pero dio esa batalla por perdida y se centró en la que le importaba de verdad.

—¿Dónde está el Padre Segador? ¿Cómo lo...?

Reeve la interrumpió emitiendo un sonoro bostezo justo antes de apartarse de la pared.

—Llevo horas esperándote, ¿sabes? —Estiró los brazos por encima de la cabeza y la camisa se le levantó lo justo para que, en mitad de

la penumbra, se entrevieran unos abdominales marcados—. No sé quién se enfadó más cuando expuse mis condiciones: el respetado capitán de la Custodia Nox o tu igualmente intimidante jefa cazadora. Por cierto, ¿cómo te refieres a ella? ¿Jefa? ¿General? ¿Señora jefa suprema? —Volvió a sonreírle con superioridad—. Ay, espera, se me había olvidado que ese último te lo guardas para tu adorada magistrada.

Viri ignoró la indirecta que había lanzado refiriéndose a Sarielle.

—La que para mí es mi «jefa», para ti es la comandante Roth —dijo cortante, aunque se le hizo raro decir ese nombre en voz alta. Mientras que Darik prefería que los miembros de la Nox se dirigieran a él por su cargo, Meera se mostraba más informal con el resto de los cazadores—. Ahora responde a mis preguntas.

Reeve dejó escapar un bufido con aire divertido.

—¿Y qué gracia tiene eso?

La paciencia de Viri estaba llegando a su límite.

—Ninguna, Reeve, nada de esto tiene gracia —respondió apretando los dientes.

Los ojos de Reeve emitieron un destello cuando Viri pronunció su nombre por primera vez en años, pero, al segundo, volvió a adoptar su actitud confiada y animada.

—Te ofrezco un trato —dijo el segador con tranquilidad conforme avanzaba hacia el cristal de la celda y se detenía justo delante de Viri.

—No acepto tratos —espetó con decisión.

—Vamos a jugar a un juego —continuó diciendo Reeve, ignorándola—. Yo te doy una respuesta y tú me das a mí otra.

—He dicho que no...

—Empiezo yo: ¿quién te ha hecho daño?

—Nadie me ha... —Viri se calló de forma repentina y parpadeó mientras procesaba sus palabras—. ¿Qué?

Reeve le señaló la mejilla y repitió las palabras deteniéndose en cada una de ellas.

—¿Quién. Te. Ha. Hecho. Daño?

Viri sintió una oleada de emociones que inundó todo su cuerpo, tan abrumadora y desconcertante que no pudo controlarla, por lo que se aferró al sentimiento que más predominaba en su interior: *la ira*.

—Tú, Reeve. Tú me has hecho daño —gruñó. Por suerte, la rabia que sentía impidió que se le quebrara la voz.

El segador tensó la mandíbula al entender a qué se refería, pero siguió hablando en el mismo tono suave:

—Creo que, de ser así, me acordaría. Tengo una regla bastante estricta que me impide pegarle a las chicas. Llámame anticuado si quieres, pero no soy partidario de la violencia gratuita.

—No, tú eres más de matar a niños para robarles la magia —espetó —. Así que de gratuito no tiene *nada*.

Reeve no dijo nada, pero su silencio habló por él. Cabía la posibilidad de que sus venas no estuvieran teñidas de negro en ese momento, al igual que la marca de cazadora de Viri no le quemaba la mano a pesar de lo cerca que estaba de un segador, pero eso solo significaba que la cantidad de élixen que quedaría en su cuerpo desde la última vez que se alimentó sería mínima. Pero nada de eso cambiaba lo que era en realidad. Ni lo que había hecho. Los segadores eran todos unos adictos: en cuanto probaban el poder, su sed se volvía insaciable. Y Reeve no era distinto al resto de los segadores.

—¿Te has quedado sin respuestas ingeniosas? —le provocó—. ¿No vas a defender tu decisión de atacar a niños?

Reeve desdobló y volvió a doblar las mangas de su camisa y se tomó unos minutos para responder:

—Los segadores también pueden alimentarse de adultos —murmuró clavando la mirada en los ojos de Viri—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Viri notaba el dolor que la consumía, como si fuera fuego, pero lo sofocó todo lo rápido que pudo. Entonces añadió más ladrillos al muro mental que estaba construyendo y se esforzó porque los recuerdos no salieran a la luz.

—No se trata de si *puedes* o no, sino de si estás dispuesto a hacerlo —replicó Viri—. Cualquiera con menos de catorce años no tiene bastante élixen como para despertar tu interés.

—Tal vez deberías hablar de eso con alguien, *cazadora* —dijo para incitarla—. Haz que cambien las reglas, que suban la edad de la concesión y, de ese modo, los segadores tendrán más opciones a la hora de extraer élixen. Si lo que te preocupan son los niños, entonces deberías tener un buen argumento preparado.

Viri no se molestó en ocultar su desagrado ante la propuesta que acababa de hacerle Reeve. La concesión era una ceremonia en la que los niños de catorce años o menos entregaban su magia a los obeliscos que tutelaban la ciudad y la protegían de la nebruma; esa ceremonia era prácticamente lo único que los protegía de los segadores. El cuerpo humano solo necesitaba una simple gota de élixen para sobrevivir, así que esa era la cantidad que conservaban tras el sacrificio. Al tener tan poco poder, las personas dejaban de ser una tentación para los segadores y, por lo tanto, no corrían el riesgo

de que los atacaran. De hecho, les servía también para mantener la población de segadores bajo control, ya que esas personas tenían que estar dispuestas a atacar a niños, y a *matarlos*, para dar comienzo a esa vida oscura, perversa y llena de adicción. Solo unos pocos tenían agallas para convertirse en segadores, pero los que lo hacían...

Los segadores eran unos monstruos.

Todos y cada uno de ellos.

Y, por mucho que Viri estuviera deseando mirar a Reeve y volver a ver al chico inocente de su infancia, era imposible. Porque ese chico ya no existía.

Se había ido para siempre.

—Déjate ya de historias —exclamó acercándose al cristal—. Yo he respondido a tu pregunta, así que ahora te toca a ti. ¿Dónde está el Padre Segador?

Reeve la miró con la cabeza ladeada.

—En realidad, no has respondido a *mi* pregunta. Creo que los dos sabemos que has respondido a otra cosa, así que sigue siendo mi turno.

Viri golpeó el cristal con las manos e ignoró la punzada de la magia que sintió bajo sus manos, una magia que suprimía el élixen y con la que contaban todas las celdas de la Críptula.

—No pienso caer en tus jueguecitos, Reeve. O me respondes ya o me voy. Para mí esto no es tan importante como te crees.

—Siempre se te ha dado fatal mentir. —El segador sonrió—. Me alegra ver que hay cosas que no han cambiado después de tanto tiempo.

Viri, que estaba impaciente por bajarle los humos, se dio la vuelta y empezó a alejarse; en su interior, deseó con todas sus fuerzas que

Reeve picara el anzuelo y casi se desplomó del alivio cuando lo escuchó decir:

—Espera.

Se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—¿Vas a colaborar de una vez? —preguntó—. ¿O vas a seguir haciéndome perder el tiempo?

—El tiempo es un constructo, así que eso de «perder» está sujeto a interpretación. —Entonces Viri reanudó el paso y, al segundo, Reeve añadió—: Sí, la respuesta a tu primera pregunta es sí. La de colaborar. Tienes suerte, porque esa es justo mi palabra del día.

Aunque sabía que podía acabar arrepintiéndose, volvió a la celda hasta detenerse de nuevo frente al segador y se quedó mirándolo mientras esperaba a que hablara.

—¿Y bien?

Reeve se metió las manos en los bolsillos y retrocedió sobre sus pasos, como si quisiera mostrarse cómodo e indiferente, a pesar de las circunstancias.

—Así que quieres saber dónde está el Padre Segador, ¿no?

—*Sí* —dijo Viri entre dientes—. Te lo he dicho como unas mil veces.

—Qué exagerada... Echaba de menos eso de ti —murmuró con una sonrisa.

La cazadora sintió una punzada de dolor, pero, al instante, quedó eclipsada por una de rabia.

—Si no me respondes en tres segundos, me voy. Y esta vez de verdad. Uno. Dos...

—Antes no eras tan impaciente, ¿eh? —exclamó, como si la que estuviera complicándolo todo fuera *ella*—. Está bien. ¿Quieres

respuestas? Te diré todo lo que sé sobre el Padre Segador. Ni siquiera hace falta que terminemos el juego. Tú pide por esa boquita, que yo te contaré todo lo que sepa. ¿No es eso lo que querías?

Viri no quería hacerse ilusiones, mucho menos después de percatarse de la mirada calculadora del irritantemente atractivo rostro de Reeve.

—Bueno, tengo una pequeña condición —agregó sacando una mano del bolsillo y mirándose las uñas. Al hacerlo, el anillo que llevaba en su dedo corazón emitió un destello bajo la tenue luz; la banda era negra como el ónix y tenía unas runas plateadas grabadas. Cuando eran pequeños, nunca lo había visto llevar anillos; otro detalle que se sumaba a la interminable lista de cosas que habían cambiado desde entonces.

—Mira a tu alrededor —respondió Viri, que tuvo que contenerse para no meterse en la celda y hacerlo entrar en razón—. No creo que estés en condición de ponerte exigente.

—Pues entonces, será un juego nuevo —propuso conforme bajaba la mano y levantaba la mirada para observarla con unos ojos que parecían albergar tormentas diminutas—. Si me sacas de aquí, te contaré todo lo que quieras. Esa es mi oferta, Viri. Tus respuestas a cambio de mi libertad.

Durante unos minutos, se limitó a mirarlo, pero, después, empezó a reírse a carcajadas. Unas carcajadas amargas y sin gracia.

—Será mejor que te pongas cómodo en esa celda, Reeve —dijo Viri dándose la vuelta—. O no. Me da exactamente igual.

Y, sin darle la oportunidad de responder, se encaminó hacia el túnel, pero esta vez no se detuvo. Aun así, no pudo dejar de escuchar las palabras que le dijo Reeve y que retumbaron, primero por las

paredes rocosas y, después, en sus oídos:

—Ambos sabemos que soy tu única esperanza si quieres encontrarlo. Estaré aquí esperándote hasta que cambies de opinión.

Viri apretó la mandíbula y se obligó a seguir avanzando. No pensaba darle el gusto de saber cuánto la había afectado ese encuentro ni lo tentadora que le había resultado su propuesta. Sin embargo, sabía que no era lo correcto. Al fin y al cabo, Reeve era un segador, y todos los segadores eran unos mentirosos. Dijera lo que dijera, Viri jamás lo creería.

Estaba enfadada consigo misma por pensar que su encuentro podría haber sido diferente, por la espinita de esperanza que había sido incapaz de quitarse y que ahora se había arrancado a la fuerza. Iba perdida en sus propios pensamientos cuando se montó en el ascensor y empezó a subir. No sabía en qué momento había llegado a pensar que Reeve querría colaborar. Sin embargo, desde que lo arrestaron, el chico había estado trazando un plan para escapar, y ese plan consistía en aprovecharse de Viri.

La cazadora lo maldijo una y otra vez por lo bajo; estaba de muy mal humor cuando el ascensor empezó a perder velocidad a la altura de la administración de la Nox. De hecho, estaba tan enfadada que decidió que iría a decirle a Soren que estaba bien y, después, saldría a la superficie para desahogarse haciendo lo que mejor se le daba: cazar segadores.

En cambio, nada más abrirse las puertas del ascensor, se vio obligada a cancelar sus planes.

Porque justo delante de ella apareció Meera. Estaba con los brazos en jarra y las manos apoyadas en las caderas, y tenía el oscuro ceño fruncido cuando le habló mentalmente para ordenarle:

—A mi oficina. Ya.

4

El Gremio de Cazadores se encontraba justo encima de la Custodia Nox y, al estar tan cerca, compartían ascensor y el mismo sendal, de modo que Viri no tuvo que bajarse del ascensor cuando se topó con Meera. Su mentora se situó junto a ella y había tanta tensión en el ambiente que Viri dejó escapar un suspiro de alivio cuando se abrieron las puertas del ascensor y sus ojos observaron el familiar pasillo de mármol verde oscuro del Gremio.

Al contrario que los miembros de la Nox, los cazadores no tenían espacios de trabajo, ya que casi siempre estaban fuera buscando segadores, así que solo iban al Gremio para entrenar, tener reuniones y pasarle novedades a su mentora. Cuando un cazador atrapaba a un segador, se lo entregaba a la Nox para que finalizara el arresto e hiciera todo el papeleo necesario. A Viri le venía de perlas que ese fuera el procedimiento, ya que odiaba la idea de trabajar sentada en un escritorio todo el día. Necesitaba estar activa e ir de arriba abajo; no le gustaba sentirse atrapada en un lugar ni en ningún aspecto de su vida.

Y, en ese mismo instante, se sentía *muy* atrapada al seguir a Meera por el pasillo iluminado por lumiternas; avanzaron por túneles que llevaban a salas de combate, una sala de juntas del tamaño de un teatro y una zona de despachos que se utilizaban para reuniones informales. Meera, como supondría cualquiera, tenía su propio

despacho, ya que era la jefa del Gremio de Cazadores; un despacho tallado en la ladera de la montaña y con una pared acristalada sellada que se alzaba sobre los acantilados del oeste de Isla Elverdine, a cientos de metros de altura del embravecido mar.

Cuando entró en el despacho de Meera, se fijó de lleno en la ventana y un escalofrío le atravesó toda la espalda al observar la amenazadora nebruma que se cernía sobre el océano. Hasta que, de pronto, el sonido de alguien aclarándose la garganta la sacó de sus pensamientos. Al darse la vuelta, se encontró con Darik, que estaba junto al escritorio de madera caoba de Meera al fondo de la habitación y la miraba igual que su mentora: serio y con el ceño fruncido.

Ambos eran líderes altos, fuertes y, sin duda, intimidantes, pero eso era lo único en lo que se parecían. Meera, que tenía treinta y tantos años, era de piel oscura y pelo castaño rizado, y llevaba un conjunto ajustado de cuero. Darik le sacaba unos veinte años a Meera, tenía el cabello entrecano y una piel pálida que tapaba con su abotonado uniforme de la Nox. La mirada verde jade de Meera era aguda y atenta, mientras que los ojos negros de Darik eran severos y rayaban la hostilidad, aunque esa mirada solía reservarla para Viri.

Era un secreto a voces que el capitán de la Custodia Nox estaba resentido con ella, aunque se mostraba bastante profesional como para no permitir que esto influyera en sus interacciones. *La mayoría de las veces.*

Todo el mundo sabía el motivo, uno de lo más trágico: Darik culpaba a Viri de la muerte de su hija.

En realidad, ella no tuvo nada que ver. De hecho, ni siquiera llegó a conocer a Istrid Farrow, pero sí que compartían una historia.

Porque casi diecisiete años atrás, Istrid era una joven cazadora cuyos mentores eran nada más y nada menos que los padres de Viri: Jorth y Amity Solace. Y también habían sido los mentores de Meera. Todo pasó cuando tanto Istrid como la mentora de Viri terminaron la formación. Justo acababan de prometerse y Meera e Istrid siempre cazaban en pareja mientras que Jorth y Amity las supervisaban. Hasta que una noche, sin previo aviso, los padres de Viri no aparecieron. Esa misma noche, un segador se presentó ante Meera e Istrid por sorpresa y le rebanó la garganta a Meera con una daga, de modo que la otra joven tuvo que enfrentarse a él sola.

Istrid consiguió matar al segador, pero no logró sobrevivir al ataque.

Meera, en cambio, sí que lo hizo, aunque la herida de su garganta era tan grave que tuvo que recurrir a un amuleto mágico que la había acompañado desde entonces, un objeto de los mismísimos magos ancestrales que le permitía hablar mentalmente. Su alcance estaba limitado a las personas que tenía a la vista y quienes la escuchaban tenían que responder de forma audible, pero al menos podía comunicarse con los demás.

Y, sobre todo, tuvo la suerte de *sobrevivir*, al contrario que su amada prometida.

Tras la muerte de Istrid, Darik se la tenía jurada a la familia de Viri: primero a sus padres, por no haber protegido a su hija, y, cuando ellos murieron, a ella misma.

Viri entendía su pena y, de hecho, empatizaba con él. Pero su paciencia tenía unos límites, y Darik ya se estaba dejando arrastrar demasiado por su infundado rencor. Si Meera, que amaba a Istrid con todo su corazón, podía superar lo que había pasado, Darik

también podría hacerlo.

El capitán, sin embargo, se negaba a desprenderse de esa enemistad. Incluso en ese momento, se fijó en la oscuridad de sus ojos y en los músculos tensos de la mandíbula. Cuando se encontró con su mirada inquebrantable y un enfadado Darik le señaló la silla que había delante del escritorio de Meera, Viri se acercó y se dejó caer en el asiento con pesadez, preparada para la reprimenda que estaba a punto de recibir.

Decidió que lo más inteligente era pasar a la ofensiva, sin rodeos, así que esperó a que Meera se sentara antes de preguntarles a sus superiores:

—¿Alguno de vosotros tiene algo que contarme?

Meera arqueó las cejas, sorprendida, mientras repetía mentalmente:

—*¿Algo que contarte* nosotros *a* ti*?*

—Ajá. —Viri se sacudió una pelusa de la capa—. Voy a daros una pista: cuando atrapáis a la mano derecha del Padre Segador y os dice que solo está dispuesto a hablar con una persona, tal vez, *tal vez*, debáis informar a esa persona.

Vio un atisbo de culpabilidad en el rostro de Meera, pero los ojos negros de Darik permanecieron impasibles.

—Hay una serie de protocolos que debemos seguir, Solace —dijo el capitán de la Nox—. Ya lo sabes.

Viri miró a su mentora y se sintió un poco reconfortada por la pizca de frustración que percibió en su rostro. Darik era un fiel seguidor de las reglas y se había encargado de inculcarles esa misma costumbre a sus guardias. Meera, en cambio, tenía alma de cazadora y consideraba que algunas reglas estaban hechas para saltárselas.

—Los segadores no tienen derechos —siguió diciendo Darik en un tono grave y ronco—. Que Ashton quisiera hablar contigo no significa que tuviéramos que estar de acuerdo con ello. Hemos seguido el procedimiento y le expusimos su petición al consejo; si hubieran votado que sí, entonces te abríamos avisado.

—¿Votaron que no? —preguntó desconcertada. Que Reeve fuera tan cercano al Padre Segador era motivo más que suficiente para que incluso Sarielle se diera cuenta de la importancia de hacerle hablar, sin importar qué conllevara o a quién involucrara. Aunque la magistrada fuera la tutora legal de Viri, y por muy protectora que se mostrara, Sarielle tenía la obligación moral de anteponer el bien de la mayoría al de unos pocos.

—*Aún no han votado* —respondió Meera por Darik. Y, dedicándole una mirada fría a Viri, añadió—: *Y ya no hace falta que voten, ¿no?*

Viri se retorció en su silla, avergonzada.

—Sabemos que Archer te llevó hasta Ashton —dijo Darik con desaprobación—. Él no lo ha reconocido todavía, pero no tiene sentido que lo niegue —añadió con tono de advertencia—. Algún día la lealtad de tu amigo va a traerle serios problemas.

—Él no tiene la culpa —exclamó—. Yo le pedí que lo hiciera.

—*Soren Archer no hace nada que no quiera. Prueba con otra cosa* —dijo Meera tras resoplar.

Antes de que pudiera rebatirle, Darik la interrumpió:

—Podemos hablar de tu insolente desacato de las reglas más tarde. Ahora queremos que nos respondas a dos preguntas.

¿Solo dos?, se preguntó Viri para sus adentros. Estaba mareada de la cantidad de preguntas que tenía en la cabeza, sobre todo porque no conocía la respuesta a ninguna de ellas gracias al arrogante

segador que estaba encerrado bajo sus pies.

Darik se apoyó en sus caderas.

—Queremos saber por qué el seguidor más fiel del Padre Segador ha pedido hablar contigo. —Su mirada se volvió perspicaz y recelosa al enfatizar—. *Solo* contigo, y qué te ha dicho.

Viri dudó un instante porque sabía que debía tener cuidado con lo que les contaba. Darik y Meera no se habían ganado sus cargos de capitán y comandante por casualidad; ambos eran expertos en detectar mentiras, sobre todo en el caso de Meera cuando trataba con Viri.

Así que, intentando ser lo más honesta posible, respondió:

—Ree... Ashton no me dijo por qué quería hablar conmigo. —Verdad—. Yo creo que solo era por tener la oportunidad de provocarme. —También verdad, aunque se había saltado una parte que Meera y Darik desconocían.

Como era de esperar, Meera se relajó al escuchar sus palabras. Se frotó la gruesa e irregular cicatriz de la garganta y dijo:

—*¿Por lo de tus padres?*

El rostro de Darik se ensombreció al hacer referencia a Amity y Jorth, pero, después, se quedó pensativo.

—Pues claro. Seguro que Ashton sabe lo que les pasó a tus padres. Y te estás ganando una fama entre los segadores, así que no es de extrañar que haya venido a por ti. —Darik se calló un instante—. Aun así, me parece algo bastante personal. ¿Por qué no ha elegido a otro segador? ¿O a la Nox? ¿O a un miembro del consejo?

Por un momento, deseó que a Darik no se le diera tan bien su trabajo o que, al menos, fuera un poco menos inquisitivo a la hora de hacer preguntas.

—No me lo ha dicho —repitió Viri, que no pensaba contar más de la cuenta.

—*¿Y qué te ha dicho, entonces?* —preguntó Meera apoyando las manos en el escritorio—. *¿Te ha contado algo del Padre Segador?*

Esta pregunta era más fácil de responder para Viri, aunque le seguía pareciendo exasperante.

—He intentado hacer que hable, pero se ha dedicado a vacilarme y no paraba de andarse con jueguecitos. —Y, en un murmullo, añadió —: Tiene un ego tan grande que es un auténtico milagro que quepa en esa celda.

—Piensa un poco más, Solace —insistió Darik—. ¿Estás segura de que no dijo nada que pudiéramos usar a nuestro favor?

—Nada de nada. —Viri negó con la cabeza—. Además, dejó bastante claro que solo responderá a mis preguntas si...

—*¿Si qué?* —la presionó Meera inclinándose hacia delante sobre sus manos.

—Intentó hacer un trato conmigo —confesó—. Su libertad a cambio de mis respuestas.

Ambos reaccionaron tal y como se esperaba: Meera suspiró fastidiada y Darik frunció los labios.

—*No me sorprende* —dijo Meera—, *pero, aun así, resulta decepcionante.*

—Puedo volver a intentarlo —ofreció Viri de mala gana. Habían pasado siete años desde la última vez que vio a Reeve y preferiría esperar otros siete para tener que volver a verle la cara, o más, si era posible.

—Valoraremos tu propuesta —respondió Darik, aunque su ceño fruncido parecía decir lo contrario—. Por ahora, lo dejaremos

aislado. Una vez que se adapte a su nueva vida encerrado en esa celda, puede que se muestre más colaborativo y que nos cuente lo que sabe.

Viri no confiaba en que eso pasara, pero asintió de todos modos y se puso de pie; estaba deseando salir e iniciar su caza. Los segadores también moraban en las montañas y en la subterra, pero hoy necesitaba sentir el aire fresco y el sol en la piel. Necesitaba sentirse *viva*.

—Si eso es todo... —dijo encaminándose hacia la puerta.

—No —respondió Darik, lo que hizo que Viri se detuviera. No siguió hablando de inmediato, sino que se tomó su tiempo para colocarse bien los guantes negros de piel que siempre llevaba puestos. Meera no era la única con cicatrices, pero nadie sabía cómo se había hecho Darik las suyas, solo que eran lo bastante macabras como para que las tuviera siempre ocultas—. Todavía tenemos que hablar de tu castigo.

Viri se giró hacia Meera con la esperanza de descubrir que su mentora estaba de su parte. En cambio, sus ojos la miraron con una mezcla de arrepentimiento y determinación cuando dijo:

—*Has visitado a un prisionero de alta seguridad sin autorización.*

Conocía a Viri tan bien como para entender *por qué* lo había hecho, pero, aun así...

—*Lo siento, Viri* —murmuró Meera—, *pero algunos actos tienen consecuencias.*

—¿Pensarías lo mismo si hubiese averiguado algo útil? —preguntó sin poder contenerse.

—No has averiguado nada —interrumpió Darik, que nunca se andaba con rodeos—, así que eso da igual.

Eso había sido un golpe bajo y Viri no pudo evitar sentir que había vuelto a fracasar. Se giró hacia la ventana y observó la nebruma, una nube oscura y amenazante, flotando sobre las olas que rompían con fuerza contra los acantilados.

—Vale. ¿Cuál es mi castigo, entonces? ¿Más entrenamientos? ¿Enseñar a los aprendices? ¿Limpiar las armas?

No sería la primera vez que tuviera que hacer algunas de esas labores y ninguna le entusiasmaba, pero todas eran mejor que...

—*Tareas administrativas*. —Las palabras de Meera hicieron que Viri se diera la vuelta, horrorizada—. *Trabajarás directamente desde los archivos de la Nox. Una semana. Y nada de cazar.*

—¿Una semana *entera*? —exclamó boquiabierta.

—Y agradece que no sean más —gruñó Darik cortante mientras les daba un último tirón a los guantes antes de volver a apoyar las manos sobre las caderas.

—Pero...

—*Y, aun así, tendrás que venir a entrenar cada mañana* —interrumpió Meera lanzándole a Viri una mirada de advertencia.

Viri conocía bien esa mirada, ya que no era un aviso para que no siguiera discutiendo, sino para que dejara de tentar a la suerte. Si se negaba a aceptar su castigo, sobre todo con Darik presente, podrían impedirle la entrada al Gremio durante una semana, o más. Al menos de esta forma podía seguir viendo a Meera a diario y estar al tanto de cualquier novedad que haya sobre la caza de segadores. Era un acuerdo justo y Viri sabía que pocos de sus compañeros recibirían ese trato de favor.

De modo que se tragó sus quejas y preguntó:

—¿Cuándo empiezo?

—*Ahora mismo* —respondió Meera, lo que hizo que Viri dejara caer los hombros con pesadez—. *Ya hemos avisado de tu llegada a Thornton, el jefe de los archivos.*

—En la Nox, no hay cabida para holgazanes ni para irrespetuosos —le advirtió Darik—. Durante los próximos siete días, serás una ayudante de los archivos, no una cazadora. No lo olvides si no quieres que esos siete días se alarguen bastante más.

Viri tuvo que morderse la lengua para no protestar. Aunque no le gustara nada el castigo que le habían impuesto, tampoco era una delincuente menor que fuera a estar haciendo el vago, por muy tedioso que le resultara el trabajo que tendría que afrontar.

—*No hace falta que te diga que no puedes volver a visitar a Ashton* —dijo Meera observando a Viri con atención, como si esperara que fuera a quejarse. Sin embargo, Reeve era la última persona a la que quería ver en ese momento.

—No será un problema —afirmó con decisión para que Meera se quedara tranquila. Y Darik también.

—*Genial* —exclamó Meera señalando la puerta con la cabeza—. *Nosotros tenemos que regresar con el consejo, pero te sabes el camino hasta los archivos, así que ponte en marcha. Y una cosa más, Viri.* —Los ojos jade de Meera la miraron con suspicacia—. *No llegues tarde al entrenamiento de mañana. No aceptaré otra de tus disculpas.*

Viri asintió en un murmullo y se fue del despacho de inmediato. De pronto, su tensión se alivió al ver a Soren apoyado contra la pared, esperándola. Seguía estando perfectamente peinado y con el uniforme impoluto, pero sí que había una mancha de preocupación en sus ojos marrones que desapareció cuando vio que Viri estaba de una pieza.

—La próxima vez que te diga «date prisa», prueba a hacerme caso —dijo Soren enfatizando cada palabra.

—He aprendido la lección —respondió arrugando la nariz—. ¿Te he metido en muchos problemas?

—¿A mí? ¿Al chico de oro de la Nox? —Sonrió con ironía y le hizo un gesto a su amiga para que lo siguiera por los pasillos del Gremio hasta llegar al ascensor—. Que va. Solo una pequeña amonestación y algunos turnos más para patrullar por la subterra. Nada de lo que no pueda encargarme. ¿Y a ti?

—Una semana de tareas administrativas. —Viri sonó tan deprimente como se sentía—. Y empiezo hoy mismo.

—Que los Sabios se apiaden de ti —dijo Soren entre dientes—. Tu peor pesadilla, ¿eh?

Viri le respondió con un gruñido.

—¿Ha merecido la pena al menos? —preguntó mientras recorrían el pasillo de mármol verde—. ¿Conseguiste que Ashton te dijera algo de utilidad?

—No y no —contestó Viri volviendo a enfadarse por todo lo que había pasado.

—Yo te avisé, que no iba a hablar contigo —inquirió Soren con tono apacible.

—Sí que habló, pero no dijo nada que mereciera la pena escuchar.

—¿Le hiciste hablar? —exclamó Soren con las cejas rubias levantadas.

—Lo complicado era hacer que se callara —murmuró Viri antes de recobrar la compostura.

Por suerte, para entonces, ya habían llegado al ascensor; justo cuando se abrieron las puertas, salieron tres cazadores y uno de ellos

saludó a Soren para preguntarle sobre un arresto que habían hecho juntos poco antes.

A juzgar por la mirada coqueta que le dedicó el atractivo joven, eso no era lo único que habían hecho juntos. Viri casi no pudo contener la sonrisa cuando le dijo a su amigo que se verían más tarde.

Cuando ya estaba sola en el ascensor, se quedó quieta y, por un momento, deseó poder tener tiempo para salir al exterior para despejar la mente, sobre todo tras la inútil visita que le había hecho a Reeve. No obstante, no podía arriesgarse a que Darik alargara su castigo, así que, tras respirar hondo, pulsó el botón de bajar e ignoró la punzada de élixen que notó cuando el ascensor empezó a moverse. Una parte de ella le rezó a los Sabios para que el ascensor se quedara atascado entre dos plantas y así tener una excusa válida para ausentarse durante el resto del día.

No le sorprendió darse cuenta de que los Sabios no la habían escuchado; los dioses de la antigüedad tenían mejores cosas que hacer. De modo que, a los pocos segundos, se abrió la puerta que daba a los archivos de la Nox.

En cuanto puso un pie en ese espacio cavernoso de paredes blancas, recordó por qué odiaba tanto los archivos. Y no era solo por las pilas interminables de papeleo que había. Tampoco eran las estanterías que se extendían desde el suelo hasta el techo y tan a lo lejos que ni le alcanzaba la vista, todas ellas repletas de libros de contabilidad e informes que cubrían desde los delitos menores a los asesinatos más atroces. Ni siquiera era por los asfixiantes y abarrotados escritorios amontonados en una esquina o por los agotados archivistas que se sentaban en ellos. Nada de lo anterior le llamaba la atención, pero tampoco era tan malo como para que

tuviera la necesidad de irse nada más llegar. Era el denso aire de los archivos lo que le daba ganas de salir corriendo; había olvidado lo intensas que eran las tutelas de protección de los archivos, por lo que el élixen era tan potente que le nublaba todos los sentidos.

En general, a Viri no le importaba ser más sensible a la magia que la mayoría, pero, en ocasiones así, cuando el élixen estaba tan concentrado que lo sentía como una avalancha de estímulos, deseaba parecerse más a los demás. Ni siquiera en las celdas de la Críptula se usaba tal cantidad de magia, aunque allí tampoco tenían que preocuparse porque los delicados informes se vieran afectados por el aire húmedo del interior de la montaña.

Viri se detuvo, cerró los ojos y llenó sus pulmones del intenso olor a papel y tinta mientras esperaba a que su cuerpo se adaptara al ambiente. Por fin, cuando la sensación pasó de ser como relámpagos que le sacudían todas las terminaciones nerviosas a un ligero cosquilleo bajo la piel, volvió a abrir los ojos. Fue entonces cuando se fijó en que todos los archivistas de la sala estaban mirándola.

Se aclaró la garganta y, justo cuando se dirigía hacia el grupo de la esquina, se interpuso en su camino un hombre bajito y calvo que salió de entre las estanterías.

—¿Viridia Solace?

—Sí, soy yo —afirmó mientras se fijaba en que la poca estatura del hombre se debía a lo encorvado que estaba; no había duda de que era consecuencia de años y años inclinado sobre un escritorio.

—Soy Thornton, el jefe de los archivos —exclamó soltando un bufido arrogante. Entonces se dio la vuelta y se encaminó de nuevo hacia las estanterías—. Ven conmigo.

Viri no había tratado mucho con los archivistas, pero Soren y sus

compañeros de la Nox siempre bromeaban sobre que los encargados de los registros eran un grupo demasiado serio. De hecho, la palabra que usaban era «arisco». Y Thornton le encajó con esa descripción en cuanto abrió la boca.

Sin más remedio que tragarse el orgullo, la cazadora lo siguió como un perrito obediente y los tacones de sus botas resonaron sobre el impoluto suelo blanco conforme atravesaban filas y filas de estanterías hasta llegar a una pared blanca en la que había una puerta abierta.

—Aquí es donde trabajarás mientras estés con nosotros —dijo el hombre haciéndole un gesto para que entrara en la habitación.

A Viri casi se le escapó un silbido de asombro cuando cruzó el umbral y se encontró con otra poderosa tutela de élixen. Apretó los dientes hasta que se le pasó la molesta sensación de la magia y, después, observó el estrecho y árido despacho en el que había papeles por doquier, incluso debajo del escritorio y sobre la silla.

—Estos últimos meses hemos estado bastante cortos de personal —se excusó Thornton al ver el desastre que tenían delante—. Hemos tenido que dejar de lado algunos asuntos para darle prioridad a los casos más urgentes.

Thornton se acercó al escritorio y agarró un montón de papeles.

—Todos los documentos que hay en esta habitación tratan sobre un crimen, una denuncia o un problema del que se ha informado a la Nox. Altercados por ruidos, robos, pintadas, allanamientos de morada, posesión de sustancias ilegales... Todo lo que se te ocurra, está aquí —explicó el hombre mientras soltaba los documentos—. Tu trabajo va a consistir en revisar todo esto para poder archivarlo.

Viri tragó saliva al darse cuenta de la cantidad de trabajo que tenía

por delante.

—¿Cómo?

Thornton agarró una página y señaló la parte superior, donde había escrito un número siete con tinta verde. Después, sacó otra página en la que había un número once en azul, y así sucesivamente, hasta que le enseñó todo el caos de colores y números con el que tendría que lidiar.

—Todo está codificado por categorías de delitos. Lo único que tienes que hacer es colocarlos en montones por color y organizarlos por número.

—Parece un trabajo para idiotas —comentó.

—Lo es —respondió mirándola a los ojos.

A Viri casi se le escapó la risa. *Sí que era arisco.*

—Sé que los cazadores estáis acostumbrados a trabajar a todas horas —siguió explicándole el archivista—, pero esta semana tendrás que seguir a rajatabla el mismo horario que yo: de ocho de la mañana a seis de la tarde, con dos descansos de diez minutos y media hora para comer.

Suspiró por lo bajo al escuchar el inflexible y aburrido horario que tendría esa semana y ya echaba en falta la libertad que ofrecía su trabajo de cazadora.

—Volveré en unas horas —dijo Thornton dirigiéndose a la puerta —. Solo puedes salir de este despacho para tus descansos o si tienes alguna pregunta, ¿entendido?

Se marchó antes de que Viri le respondiera y la dejó sola con la enorme pila de documentos por clasificar. Viri ya daba por hecho que, en tan solo una semana, no le daría tiempo a ordenar ni la mitad de papeles. Sin embargo, se tragó sus inquietudes, se enderezó

y se puso a trabajar.

La primera hora se le hizo muy lenta.

Durante la segunda, parecía que se había congelado el tiempo.

Y de la tercera en adelante estuvo al límite de la tortura.

Aun así, fue organizando los papeles de uno en uno y, de hecho, fue un paso más allá tras decidir ordenarlos, además de por colores y por números, por fecha. Por una parte, lo hizo porque corría el riesgo de morir por aburrimiento y eso le daba una distracción adicional y, por otra, porque no quería que Thornton le dijera a Darik que su trabajo había sido chapucero.

A lo largo de su turno, el jefe de los archivos volvió al despacho unas cuantas veces por si Viri tenía preguntas para, después, irse a toda prisa. Cuando Thornton se asomó en una de sus visitas de media tarde, Viri ya había logrado despejar una sección del amplio escritorio y fue entonces cuando se dio cuenta de un patrón que despertó su curiosidad.

—Aquí hay muchos documentos en rojo —le comentó al hombre, que justo estaba saliendo en ese momento por la puerta, como si deseara volver a ponerse con lo que estuviera haciendo.

Thornton asintió.

—El rojo significa que se ha informado de una desaparición. Es una denuncia bastante habitual.

Viri agarró el pequeño montón de papeles en rojo que había ordenado.

—Muchos de los documentos tienen el número tres, sobre todo en los últimos seis meses. Y, antes de eso, apenas había uno al año, dos como mucho...

Thornton la interrumpió y Viri lo notó impacientarse:

—Te he dicho que no te preocupes por el código de los archivos. Ese no es tu trabajo.

—¿Qué significa el número tres? —insistió, ya que era incapaz de descifrar la taquigrafía que usaban en los informes—. ¿Qué es lo que ha desaparecido?

—Niños —respondió Thornton con brusquedad—. Pero solo han *informado* de que han desaparecido, así que eso no significa que lo *estén* o que *sigan* desaparecidos. La Nox ha investigado cada uno de los casos, así que o están resueltos o se han quedado sin pistas.

Lo miró atónita.

—¿Esto son *niños* desaparecidos? —Su voz sonó más chillona de lo normal—. ¿*Todos*?

El archivista se encogió de hombros y no mostró nada que indicara que le inquietaba la situación.

—¿Por qué no habéis informado de esto al Gremio de Cazadores? —le exigió Viri—. Si están desapareciendo niños, lo más probable es que sean los segadores los que...

—No son segadores —la interrumpió de nuevo; su tono seguía reflejando impaciencia, pero también sonó condescendiente—. Los segadores no secuestran niños; los matan. Los informes que tienes en las manos son de niños *desaparecidos*, no de niños *muertos*. Los segadores dejan los cadáveres. Y tú, como cazadora, deberías saberlo mejor que nadie.

A Viri le vino una imagen de la noche anterior a la mente: el niño del que habían extraído hasta la última gota de élixen, y de vida, para cuando ella llegó al sótano. No era el primer niño al que encontraba muerto en manos de un segador, ni sería el último. Thornton estaba en lo cierto: los segadores raptaban a los niños para

matarlos, no para quedárselos.

—Como te acabo de decir —siguió el archivista—, la Nox se ha encargado de investigar estos casos y han considerado que no son urgentes. La mayoría de los niños vuelven con sus familias a las horas de desaparecer. Así que deja el tema, cazadora Solace, y céntrate en la tarea que te he encomendado.

Esas fueron sus últimas palabras antes de marcharse, unas palabras cargadas de advertencia que hicieron que le costara no salir corriendo detrás de él. Thornton tenía razón sobre que los niños desaparecían de forma constante y que los padres entraban en pánico casi al instante, pero acababan encontrándolos comiendo golosinas en el Distrito Mercantil o deambulando por los inexplorados túneles de la subterra. Que hubiera muchos informes de los últimos seis meses no significaba que estuviera pasando nada turbio. De hecho, pensó que, entre los montones de papeles que aún tenía que ordenar, también podría haber cifras similares de años anteriores y que lo que sucedía era que no había llegado hasta esos casos.

Decidida a ignorar sus inquietudes, siguió clasificando los documentos y, cada vez que añadía uno nuevo al montón de números tres en rojo que no paraba de crecer, se repetía a sí misma que no tenía de qué preocuparse. A la Nox se le daba bien su trabajo, de modo que esos casos se habrían marcado como no urgentes por algún motivo. Y, aun así, en caso de que ocurriera algo alarmante, Darik y Meera se enterarían y avisarían tanto a los cazadores como a los miembros de la Nox. Todo estaba bajo control.

Sin embargo, a pesar de que intentara convencerse a sí misma de lo contrario, la intuición de Viri le estaba gritando que ahí pasaba algo

raro.

Pero no sabía qué.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Cuadragésimo primer sol. Quinto ciclo. Decimosegunda era.

Isla Elverdine es un lugar precioso.

Ya me habían avisado. De hecho, me advirtieron sobre su esplendor y sobre lo fácil que era distraerse del peligro que casi retumba en el aire. Aun así, resulta prácticamente imposible no sentirse cautivado por esta isla cuando casi la mitad está cubierta de frondosos y verdes bosques y, la otra mitad, por ondulantes valles que conducen a las tres majestuosas montañas que se alzan sobre el lago con las aguas más cristalinas que he visto en mi vida. Incluso Zeranthe está sorprendida, me lo reconoció a regañadientes cuando estábamos volando en círculos sobre la isla a nuestra llegada para examinar nuestro nuevo hogar desde todos los ángulos.

Estuvimos ocho horas sobrevolando el mar Ametrine, pero las alas de mi fiel acompañante nunca se cansaban, su energía nunca se desvanecía y, aunque sigue tan cascarrabias como siempre, también sé que estaba tan entusiasmada como yo de empezar una nueva vida aquí. Ya ha encontrado el lugar perfecto para anidar en una de las montañas con el resto de los dragones, mientras que yo me he adaptado muy bien a mi cabaña junto al lago en el pintoresco pueblo de Aravell, que se encuentra al pie de las montañas.

El magistrado Garrin Solace, el líder elegido por los ciudadanos de Elverdine, me recibió con los brazos abiertos el primer día y me confesó

que, para ellos, era un honor contar con el Padre Mago entre sus residentes. Es un somero, como el resto de las personas que han vivido en la isla, al menos hasta hace poco, así que sé que sus respetos eran sinceros. En cambio, los pocos magos que llegaron antes que yo... Al igual que en el continente, mi vocación no es de agrado para mis hermanos de esta isla, que ponen los ojos en blanco al verme y se ríen de mí.

Pero no me importa; ya estoy acostumbrado a sus burlas. El desprecio ajeno fortalece el carácter del damnificado. Además, tampoco es que viniera aquí por ellos. Son los someros los que me necesitan, ya que nunca habían contado con un Padre Mago. Ay, la de maravillas que presenciarán gracias a mí. Pronto descubrirán por sí mismos el poder que puedo otorgarles, sobre todo porque falta poco para el primer evento celeste de la temporada: un eclipse lunar. Haré un ritual de bendición en el Festival de Medianoche, siempre y cuando dé tiempo a que mi magia se aclimate a la isla. No obstante, tengo que reconocer que para mí es un tipo de incertidumbre bastante peculiar, ya que nunca antes he tenido que lidiar con algo así.

Ahora que estoy aquí, me resulta fascinante cómo mi élixen reacciona al poder puro que colma la isla. Es bien sabido que la magia está viva, pero aquí es más impulsiva que en otros lugares que he visitado. En el continente, la magia es más sencilla; es más flexible, se adapta más y es más obediente. Pero aquí no se comporta así. Es como... *salvaje*. Justo hoy casi le prendo fuego a la cabaña cuando estaba encendiendo la chimenea y, ayer, me costó la vida que prendiera una chipa, como si el élixen se resistiera cada vez que lo intentaba.

Ya me avisaron de que pasaría algo así. Es más, este es el motivo por

el que los magos se han pasado eras y eras evitando Isla Elverdine y nunca han vivido aquí. La magia de este lugar es... inestable. *Peligrosa*. Y, hasta hace poco, nadie sabía por qué; solo que no era segura para nosotros. Sin embargo, ahora sí se conoce el motivo: en alguna parte de la isla hay un Canal Sagrado perdido. Es desconcertante porque, durante mucho tiempo, se pensaba que solo había dos estanques sagrados que dotaban al mundo de magia, pero, en realidad, había *tres*. Los magos académicos se quedaron fascinados cuando tradujeron los textos de los Sabios que revelaban la existencia de un tercer estanque y todos ellos estaban deseosos de venir a la isla, encontrarlo y estudiarlo, a pesar de los riesgos que eso suponía.

Y, de hecho, los *hay*. Los otros dos Canales Sagrados están en el continente y están rodeados de tutelas naturales que protegen a la población, pero el que está aquí... No hay ninguna barrera que nos separe del élixen que desprende, nada que consiga que todo ese poder responda a nuestras necesidades.

La magia aquí es tan fuerte que casi puedo *saborearla*. Aún no sé si es lúdica o vengativa, ni si quiere ayudar o hacer daño. Lo que *sí* que puedo asegurar es que es embriagadora, peligrosamente embriagadora. Los magos, a lo largo de los años, han hecho bien en obviar este lugar, incluso en temerlo, porque esa clase de poder... Si alguna vez hubiera una forma de acceder a él, de *controlarlo*...

Porque ceder ante tal tentación solo conduciría a la muerte.

No obstante, a mí no me preocupa, ya que no tengo la menor intención de arriesgar mi vida por algo tan insignificante como el afán de poseer más magia. Estoy aquí por un único motivo: para actuar como representante de la Orden Celestial, dado que fui elegido por su

mismísima Eminencia, el Señor Mago Celestial, y para ofrecerles a los someros mis servicios como Padre Mago. Los iluminaré. Los empoderaré. Y me amarán por ello.

Por desgracia, como soy el único mago celestial que estaba dispuesto a venir a este lugar, me encuentro solo a la hora de tener que aguantar al resto de mis hermanos que vienen del continente. Entre estos hermanos no solo se incluyen los magos académicos que están obcecados en encontrar el Canal Sagrado, sino también los magos arquitectos, los magos hechiceros, los magos elementales, los magos sanadores y los magos potenciadores, entre muchos otros; todos ellos tienen grandes ideas para hacer que la isla evolucione, incluyendo convertir el apacible pueblo en una intrincada ciudad. Hay una parte de mí que detesta su arrogante supremacía y, aunque puede que no me agrade el uso autoritario que hacen de la magia, puedo llegar a entender que nuestra estancia aquí podría mejorar las vidas de los someros. Todo lo que podemos hacer... Es un hecho innegable que los magos pertenecemos a una especie superior. El magistrado Garrin lo acepta, al igual que la mayoría de los ciudadanos. Agradecen que nos hayamos apropiado de su isla y muestran interés en ver cómo podemos ayudarlos a progresar. Y, en cuanto al resto de los habitantes de Elverdine... Cuanto antes nos acepten, más felices serán.

Y, tanto por su bien como por el *mío*, por ahora no hay magos alquimistas aquí y no debemos preocuparnos por sus mentes inquisitivas y sus experimentos temerarios. Que los Sabios se apiaden de nosotros cuando uno de *ellos* pise esta isla. Sé que solo es cuestión de tiempo, que la magia pura del Canal Sagrado será una tentación tan grande para ellos que no podrán resistirse, sumado a la curiosidad de esta nueva

tierra y de su gente. Puedo dar fe de ello.

Lo único que tengo claro es que Isla Elverdine es una página en blanco cargada de incertidumbre y repleta de oportunidades.

Esto va a ser una gran aventura.

5

Cuando Viri por fin volvió a su apartamento después de todo el día ordenando papeles, sentía como si hubieran pasado trescientos años.

Por suerte, en las últimas horas de trabajo solo había visto unos cuantos informes más sobre niños desaparecidos y todos eran de hacía más de seis meses, por lo que llegó a preguntarse incluso si se lo habría imaginado todo con tal de tener la mente ocupada. Su constante preocupación se desvaneció al salir de ese despacho tutelado con élixen, aunque tampoco se había quedado tranquila del todo. Seguía teniendo tantas dudas como para seguir pendiente de esos documentos durante los próximos días.

Sin embargo, lo último que quería en ese momento era *pensar* en los archivos, sobre todo esa noche, que tenía planes mucho más entretenidos. Era viernes, y eso significaba que tocaba...

—¡Noche familiar! —gritó Wynter, que ya llevaba puesto un mullido pijama de color morado y se abalanzó sobre Viri en cuanto entró por la puerta—. ¡Casi llegas tarde!

—Tú lo has dicho: «casi» —respondió quitándose la capa carmesí y sacudiéndose la tensión del cuello y los hombros.

—Corre, ve a cambiarte —exclamó empujando a Viri hacia su habitación—. Soren y Jessy ya están aquí. Mamá está sacando los juegos y yo estoy preparando un aperitivo.

Viri se detuvo a mitad de camino y se giró para lanzarle una mirada de advertencia a su amiga.

—Espero que no trames nada, Wyn.

—¿Tramar algo? —respondió su amiga haciéndose la inocente—. ¿Yo?

—Hablo en serio —insistió—. Nada de experimentos y nada de lo que haces con... —Wynter abrió los ojos de par en par, alarmada. Viri puso los suyos en blanco y terminó diciendo—. El café.

No era la primera vez que utilizaban la palabra «café» para referirse a la «alquimia», sobre todo cuando Sarielle andaba cerca. Aun así, casi nunca estaba lo bastante cerca como para escucharlas, ya que sus labores como magistrada solían mantenerla fuera de casa. No obstante, los viernes por la noche eran una excepción y siempre sacaba tiempo para ese momento tan especial, a pesar de su apretada agenda; esa era su forma de hacer saber que la familia era lo primero, siempre.

—He tenido un día bastante duro —siguió diciendo Viri—, así que necesito comida que me siente bien, no que me provoque una indigestión. Prométemelo.

—Te prometo que nada de indigestiones —afirmó Wynter de inmediato.

—Y nada de *experimentos* —la corrigió en tono firme—. Fruta. Nueces. Queso. Galletitas saladas. Lo básico, ya está.

Wynter suspiró con pesadez al ver el rostro serio de Viri y dijo:

—Está bien, lo que tú digas. —Entonces se acercó más a su amiga y añadió—: Pero lo haré solo porque tengo una novedad que quiero probar contigo luego. ¿Trato hecho?

—De acuerdo —dijo Viri, que confiaba bastante más en los

arriesgados experimentos de alquimia de Wynter que en los que hacía con la comida.

La chica se contentó con su respuesta y se fue dando saltitos hacia la cocina. Viri, por su parte, se dirigió a su habitación y se puso su pijama azul favorito. La comodidad era un requisito indispensable para la noche familiar de la semana y así había sido desde que empezaron con la tradición, que fue cuando Sarielle le abrió las puertas de su hogar a Viri tras la muerte de sus padres. Al principio, la idea era que ella se quedara solo unos días mientras el Consejo Supremo investigaba la tragedia, pero a Sarielle le partía el alma ver a una Viri tan desolada, ya que, por aquel entonces, era una niña casi un año mayor que su propia hija. Por eso, cuando terminó la investigación, Sarielle se negó a enviar a Viri al orfanato y se convirtió en su tutora legal.

Al principio, Viri estuvo tan bloqueada que se pasó semanas casi sin hablar, ni siquiera con Wynter, a la que no conoció hasta que se instaló en la habitación contigua a la suya. Pero ni Sarielle ni Wynter se dieron por vencidas y, con el tiempo, su incesante amor fue curando la herida que tenía Viri en su interior. Aunque Sarielle nunca reemplazaría a sus padres, y Wynter, a veces, pareciera más su hermana pequeña que su mejor amiga, tanto ellas como Soren, al que Viri conoció unos meses más tarde, eran el motivo por el que había sobrevivido a la etapa más oscura de su vida. Y, por esa razón, siempre estaría en deuda con ellos.

Con todos esos recuerdos nostálgicos danzando por su mente, salió de la habitación y se fue en busca de la familia que había ganado tras perder a la suya; estaban todos esperándola en el espacioso salón, sentados en torno a una mesa redonda con pilas de

comida. Una lámpara con lumiternas alumbraba la estancia de color crema y el brillo aumentaba a medida que el cielo del atardecer se teñía de púrpura tras las ventanas selladas y la luna se iba alzando poco a poco sobre el lejano lago.

—*Por fin* —exclamó Wynter cuando Viri se acercó a la mesa.

—Solo he tardado cinco minutos —se excusó.

—Hay guerras que se han ganado en menos tiempo.

—Dime dos.

Wynter abrió la boca y la cerró con la misma rapidez.

Una risa ahogada hizo que Viri se diera la vuelta para fijarse en las demás personas que había en la mesa; había sido Jessalyn, aunque tanto Soren como Sarielle se estaban aguantando la risa.

Solo con verlos a los cuatro, se sabía quién era familiar de quién. No había duda de que Sarielle era la madre de Wynter, ya que ambas compartían una melena oscura y los ojos azules. Viri no conocía al padre de Wynter, al igual que ella misma; aun así, casi no había heredado sus rasgos. Aunque esa tendencia a saltarse las reglas... Viri a veces se preguntaba si lo llevaba en los genes por su padre, ya que era más que evidente que no era algo que hubiera sacado de su madre.

En cuanto a Jessalyn, parecía la versión joven y femenina de Soren, también con una melena larga y rubia como la arena, ligeramente rizada, y unos ojos marrones, aunque eran un poco más claros que los de su hermano. Su pijama amarillo encajaba a la perfección con su personalidad; era como un rayo de sol. Sin embargo, lo que le acabó arrancando una sonrisa a Viri fue el pijama rosa pastel que llevaba puesto Soren, consecuencia del castigo que le había impuesto su hermana después de perder la partida la semana anterior.

—Bonito pijama, Sor —se burló Viri dándole con el hombro al pasar a su lado—. Realza el color de tus ojos.

El gesto grosero que le dedicó, por supuesto a espaldas de Sarielle, hizo que la sonrisa de Viri se ensanchara.

Si alguien que no fuera Jessy le hubiera dicho lo que tenía que ponerse, Soren le habría mandado a paseo, pero movía cielo y tierra por su hermana y accedía a todo lo que ella le pidiera. Era una de las consecuencias de que se hubiera convertido en su cuidador tres años antes, cuando los egoístas de sus padres los abandonaron a su suerte. Ambos hermanos se querían y adoraban con locura, y Soren siempre se dejaba la piel con tal de que su hermana fuera feliz. Ella, por su parte, sabía todo el esfuerzo que hacía su hermano y se esforzaba todo lo posible por devolverle el favor, siempre y cuando no estuviera causando problemas, lo cual solía ocurrir la mayor parte del tiempo.

—Ahora que ya ha llegado Viri, ¿podemos comer? —preguntó Jessy, que no dejaba de moverse en la silla.

—Adelante —dijo Sarielle. Entonces dio unas palmadas en el asiento que tenía a su lado para que Viri se sentara. Su pijama de seda de color melocotón brilló cuando se inclinó para preguntarle—: ¿Todo bien, querida?

Viri observó la reconfortante mirada azul de Sarielle y supo a qué se refería en realidad. Había una regla muy estricta para la noche familiar sobre no hablar de trabajo, pero Sarielle debía haber escuchado algo sobre la visita sin autorización que le hizo Viri a Reeve y sobre las tareas administrativas que le habían encomendado como sanción.

—He tenido días mejores —respondió—. Pero me lo he buscado yo

solita.

Aunque, en parte, también había sido culpa de Reeve.

Por muchos motivos.

—Seguro que la semana se te pasa volando. —Sarielle le dio un apretón a Viri en el brazo para consolarla—. Y, después, podrás olvidarte del día de hoy, como si no hubiera pasado.

Viri pensaba que era muy poco probable que lo olvidara, pero le dedicó una ligera sonrisa a Sarielle para zanjar el tema. No quería que Reeve siguiera invadiendo sus pensamientos esa noche. Entonces agarró un puñado de palomitas y preguntó:

—¿A qué vamos a jugar hoy?

—No nos hemos puesto de acuerdo, así que tendrás que decidir tú —contestó Soren conforme deslizaba por la mesa un cuenco con chocolate derretido, ya que sabía que a Viri le encantaba mojar las palomitas en chocolate. Ella se negó a pensar en el chico de ojos plateados que fue el que le descubrió esa mezcla de dulce y salado y que, en ese preciso momento, estaba pudriéndose en una celda.

—Nos debatimos entre «La búsqueda del mago» y «La fuga de la mazmorra» —exclamó Jessy con la boca llena de arándanos.

Después del día que había tenido, lo último que le apetecía era jugar a «La fuga de la mazmorra», un juego que consistía en liberar a su compañero de equipo de una prisión, por eso respondió:

—Pues «La búsqueda del mago». Hoy me apetece más algo de magia y tesoros.

Tardaron solo unos minutos en despejar toda la mesa y montar el tablero de juego. Habían jugado tantas veces que ya cada uno conocía de sobra sus personajes favoritos: Jessy, un mago elemental; Soren, un mago de la naturaleza; Sarielle, un mago ilusionista; Viri,

un mago guerrero; y Wynter, un mago alquimista.

Cuando empezaron a lanzar el dado, a mover a sus personajes por el tablero y a completar misiones para hacerse con los tesoros, la mente de Viri se perdió en las historias de los magos antiguos y el mundo que habían habitado, un mundo que incluso podría seguir existiendo más allá de Isla Elverdine. Al estar tan aislados por la nebruma, nadie sabía si la magia se extendía por otros lugares o si seguía existiendo algún mago. Antiguamente, el número de magos había sido escaso, ya que la mayor parte de la población estaba formada por someros, personas que, cuando alcanzaban la pubertad, mantenían niveles de élixen tan bajos que la magia que podían usar era mínima. Solo aquellos cuyo élixen seguía creciendo tras cumplir los catorce años tenían bastante poder como para formarse en las artes mágicas y, por lo tanto, acababan convirtiéndose en magos.

Habían pasado ya muchas generaciones desde el último mago que vivió en Isla Elverdine. De hecho, era imposible que ninguno de los magos siguiera habitando la isla, ya que entregaban todo su élixen, salvo una gota, para reforzar la protección de los obeliscos.

A Viri no le importaba. De hecho, le parecía un trato justo porque, al hacerlo, se protegían tanto de los segadores como de la nebruma, y evitaban consumirse. Cuando alguien se consumía, sufría una muerte dolorosa o, peor, estaba condenado a una vida vacía e irracional como consecuencia de una acumulación de élixen inestable; eso era lo que le pasaba a cualquiera que no renunciara a su magia antes de los catorce años. Muchos años antes, a los someros y a los magos les enseñaron a controlar su élixen, sin importar lo poderoso que fuera, de modo que no corrían el riesgo de consumirse. Sin embargo, esos conocimientos se habían perdido con el paso del

tiempo, así que los que se quedaron en la isla no tuvieron más remedio que depender de los obeliscos para que absorbieran la magia y los mantuvieran a salvo.

Por eso Viri pensaba que era un trato justo. No le apetecía morir a manos de un segador, ni por la nebruma ni consumida. Prefería ni pensarlo.

—Hoy estás muy callada —dijo Jessalyn, lo que sacó a Viri de sus pensamientos—. Ni siquiera te has dado cuenta de que te he robado tu dragón para derrotar a la Reina Maligna.

Viri observó el tablero con el ceño fruncido y vio que lo que decía era verdad.

—Lo siento. Ha sido un día muy largo.

—Te entiendo. —Jessy soltó un suspiro dramático—. Hemos estudiado los segadores en la escuela. Qué aburrimiento.

—¿Te parece aburrido? —exclamó Soren alzando las cejas—. Creo que lo que quieres decir es «importante» y «un posible salvavidas».

—Pues no, a mí me parece aburrido —repitió Jessy poniendo los ojos en blanco—. Ya lo sé todo sobre los segadores.

—Ah, ¿sí? —Soren la miró desafiante—. ¿Dónde viven los segadores?

—¿En serio? —se quejó su hermana.

—A mí me gustaría oír la respuesta —interrumpió Sarielle con aire divertido cuando le dio un sorbo a su té de hierbas, aunque no tenía ni idea de que era uno de los inventos de Wynter para relajar y aliviar el estrés—. Para mí es importante comprobar si el Gremio de Académicos mantiene su buen nivel educativo.

Jessalyn supo enseguida cuáles eran las intenciones de Sarielle, pero, aun así, suspiró y dijo de memoria:

—Al igual que cualquier persona, los segadores pueden vivir donde quieran: en la alterra, en la subterra o en el interior de las montañas.

—¿Y cómo se ocultan? —se sumó Wynter mordiendo un trozo de queso.

—No les hace falta ocultarse porque tienen el mismo aspecto que nosotros —respondió Jessy. Justo cuando Soren abrió la boca para corregir a su hermana, esta añadió—: Sus venas se tiñen de negro después de extraer élixen y se mantienen así hasta que la magia desaparece, pero solo pueden verlas los segadores y los cazadores. Nadie más.

—¿Y por qué ocurre eso? —preguntó Sarielle.

—No se sabe por qué, pero lo más probable es que sea porque el élixen que roban potencia los sentidos de los segadores. En el caso de los cazadores —dijo la chica, señalando la mano de Viri—, es por sus marcas. La tinta que utilizan es mágica y sale de una aguja que los magos ancestrales les regalaron a los primeros cazadores. Gracias a esta tinta, pueden reconocer a los segadores e incluso los sienten cuando están cerca.

—¿Por qué solo los cazadores? —preguntó Soren—. ¿Por qué no hacen lo mismo con la Nox —se señaló a sí mismo— o con la población en general? ¿Por qué limitan el número de personas que pueden verlos?

—Porque se desconoce cuánta tinta queda en la aguja —contestó Jessy—, y no podemos arriesgarnos a quedarnos sin ella. Sin los cazadores, sería mucho más difícil atrapar a los segadores y morirían muchos más niños.

Aunque la conversación era sobre un tema bastante aterrador, a

Viri le impresionó todo lo que sabía Jessalyn.

—¿Cómo se convierte alguien en segador? —exclamó Soren moviendo su mago de la naturaleza hasta un bosquecillo para proteger sus tesoros, que no dejaban de disminuir.

—Les roban el élixen a niños que todavía no han celebrado la ceremonia de concesión y que siguen teniendo suficiente...

—Pero *¿cómo?* —insistió Soren—. ¿Y por qué?

Jessalyn mordió una galletita salada y llenó toda la mesa de miguitas.

—El motivo es muy simple: porque quieren poder. Velocidad, fuerza, sanación, vivir más tiempo... Algunos lo único que quieren es sentir el subidón una y otra vez porque extraer élixen es como una especie de droga para ellos. Por eso a algunos les crea adicción. —Jessy agarró otra galletita—. En cuanto al cómo, si te refieres al *proceso* como tal, tienen que estar en contacto con alguien, piel con piel, y… —Jessy dio una especie de sorbo sonoro que hizo que a Viri se le revolviera el estómago—. Entonces les chupan el élixen, literalmente. Como si les estuvieran sacando una astilla.

—¿Así de fácil? —preguntó Wynter, que parecía sentirse como Viri.

El rostro alegre de Jessy se ensombreció.

—No, con eso no basta. No pueden extraer solo un poco de élixen, sino que tienen que estar dispuestos a matar a los niños para robarles toda la magia. Es una decisión que toman antes incluso de extraer élixen por primera vez, la de convertirse en asesinos. No creo que sea nada fácil.

Jessalyn era una chica jovial y llena de vida, por lo que Viri, a veces, se olvidaba de lo rápido que estaba pasando de niña a adulta. Al escuchar la madurez que escondían sus palabras, sintió una

punzada de orgullo.

Y no era la única. Soren también estaba sonriendo mientras escuchaba a su hermana. Pero, de pronto, su gesto cambió y usó a su personaje para invocar un río como barrera defensiva. Entonces preguntó:

—¿De dónde vino el primer segador?

—Nadie lo sabe —respondió Jessy encogiéndose de hombros—. La teoría más extendida es que hubo un somero con apenas magia que estaba enfadado con los magos ancestrales por tener todo el poder y por tontear con magia que no debían tener y que los corrompía. —Jessalyn volvió a encogerse de hombros y movió su mago elemental para hacerse con el río de Soren—. Lo más probable es que utilizaran algún tipo de alquimia, aunque todos hemos escuchado lo peligrosa que es. Y también sabemos que sirve para hacer transformaciones. Así que a mí me cuadra que un somero se transformara en un segador.

Viri estaba pendiente de no quitarle ojo a la partida. Wynter, que estaba a su lado, hizo lo mismo, aunque se movió inquieta en su asiento.

—Es una pena que no tengamos forma de averiguar qué ocurrió en el pasado —dijo Sarielle dándole otro sorbo al té—. Pero, a día de hoy, ¿qué sucede? Ahora que los segadores existen, ¿quién los controla?

—La pregunta no es quién, sino *qué* —respondió la chica—. Antes he dicho que son adictos al élixen, así que lo que los controla es su sed de élixen. —Jessy se calló un segundo—. Aunque, si es una pregunta trampa y, en realidad, me estás preguntando por una persona, su líder a lo largo de los años siempre ha sido alguien

conocido como el Padre Segador.

Viri notó que el cuerpo se le tensó de repente.

—Lo siguen, o la siguen, como seguirían a cualquier otro —explicó Jessy—. El Padre Segador actual es un hombre y lleva en el cargo unos siete años.

—Es mucho tiempo —murmuró Sarielle—. ¿Por qué los cazadores no lo han atrapado todavía?

Estamos en ello, pensó Viri con desgana, aunque sabía que su tutora estaba al tanto de todo.

Jessalyn negó con la cabeza.

—Han estado buscándolo, pero nadie sabe cómo se llama, qué aspecto tiene ni dónde encontrarle. Además, los segadores a los que han atrapado no dicen nada que pueda serles útil a los cazadores. Protegen a capa y espada a su líder, algo muy honorable si no fuera porque son... Ya sabéis...

—¿Unos psicópatas desalmados que asesinan niños? —exclamó Wynter a la ligera.

—Sí, eso mismo —respondió Jessalyn haciendo una mueca.

Se hizo un silencio ensordecedor hasta que Soren le dio un mordisco a una zanahoria y dijo:

—Última pregunta: ¿cuántos segadores hay? ¿Docenas? ¿Cientos? ¿Más? ¿Menos?

Jessalyn parpadeó.

—Yo... Esto... El profesor no... —titubeó mirando a Viri—. No habrá muchos, ¿no? Porque no hay tanta gente que esté dispuesta a matar a niños solo por conseguir algo de poder. No merece la pena el precio que hay que pagar. —Jessy, que se estaba poniendo un poco nerviosa, repitió—: ¿No?

A Viri le hubiera gustado tranquilizarla, pero no podía mentirle sobre ese tema.

—Los segadores son como ratas. No importa a cuántos de ellos atrapemos y encerremos en las celdas de la Críptula, siguen apareciendo.

Le fastidiaba que fuera así y deseaba que hubiera un final a la vista, algo que acabara con los segadores por completo. Sin embargo, mientras las personas tuvieran ese anhelo de poder, en algún momento acabarían pagando el precio necesario por conseguirlo.

El buen ánimo que tenían cayó en picado al escuchar las palabras de Viri, pero Sarielle se aclaró la garganta y dijo en un tono intencionadamente alegre:

—Bueno, creo que podemos confirmar que el Gremio de Académicos sí que está manteniendo un buen nivel educativo —exclamó sonriéndole a Jessalyn con orgullo—. Pero, ahora, vamos a hablar de algo un poco más animado, ¿no os parece? —Le guiñó un ojo a la chica—. Tal vez... No sé... ¿Sobre un cumpleaños que celebraremos muy pronto? Los catorce son muy especiales.

—¡Solo quedan dos semanas! —gritó Jessy radiante de emoción, como si en un segundo se hubiera olvidado de todo lo que habían estado hablado sobre los segadores. Viri decidió dejar el tema a un lado también—. Soren me va a dejar dar una fiesta para celebrar mi concesión.

—Ahora que lo dices... —dijo Soren mirando a Viri y a Wynter—. Del uno al diez, ¿cuánto os apetece organizar una fiesta para un grupo de niños hiperactivos?

Viri resopló y Wynter se ahogó con su propia risa, ya que ambas sabían que a Soren no se le daba nada bien organizar ese tipo de

eventos.

—Yo estaré encantada de ayudaros —ofreció Sarielle mientras lanzaba el dado y avanzaba con la figura de su mago—. La concesión solo se celebra una vez en la vida, así que tenemos que darle la importancia que se merece. —Observó pensativa el salón y se fijó en el paisaje nocturno que se veía a través de la ventana justo antes de dedicarle una sonrisa a Jessy y decir—: Haremos la fiesta aquí. Hay espacio de sobra, así que puedes invitar a quien quieras.

Jessalyn estuvo a punto de ponerse a llorar.

—*¿Lo dices en serio?*

—Por supuesto —confirmó Sarielle—. Habrá música y juegos. De hecho, les voy a preguntar a mis amigos de teatro del Gremio de Entretenimiento si pueden venir a hacer un espectáculo rápido. O... —Chasqueó los dedos al ocurrírsele una nueva idea—. Los Ignicionistas están actuando en el Callejón del Eco hasta final de mes. Les pediré el favor.

—*¿Los Ignicionistas?* —gritó Jessy con los ojos llenos de ilusión—. ¿Te refieres a los *acróbatas* que hacen malabares con *fuego*?

—Que los Sabios se apiaden de mí —murmuró Soren pasándose una mano por la cara.

—Dudo que te estén escuchando —dijo Wynter, que no dejaba de reírse mientras Sarielle seguía proponiendo ideas para la fiesta y Jessalyn se iba dejando llevar por la emoción al imaginar cómo sería su cumpleaños.

—Desde luego, seguro que los Sabios se están riendo a mi costa —gruñó Soren.

—Vaya... ¿No será que al gran e imponente miembro de la Nox le dan miedo un puñado de niños pequeños? —se burló Wynter—. ¿O

son los acróbatas de los fuegos? Sabemos que te dan pánico los payasos, Sor. Pero no te preocupes, aquí estarás a salvo.

El chico se rasgó la nariz con el dedo corazón y Wynter se rio con disimulo y le respondió mostrándole el mismo dedo. Viri ocultó la risa que le entró al ver a sus amigos haciendo el tonto y se sintió aliviada porque volvieran a comportarse como mejores amigos después de su breve y desastroso intento de salir unos meses antes.

—En cuanto a la ceremonia de concesión, imagino que tienes un día en mente, ¿no, Soren?

La pregunta de Sarielle hizo que él se sobresaltara porque se había desviado un poco del tema de la fiesta.

—Ah... Sí, claro —respondió irguiéndose—. Lo haremos a primera hora el mismo día de su cumpleaños.

—Estupendo —dijo Sarielle—. Haré hueco en mi agenda.

Viri ya había avisado a Meera de que necesitaría esa mañana libre. Era tradición que los más allegados acudieran a la ceremonia de concesión, tanto por mostrarle su apoyo como por honrar los sacrificios que hacían todos los niños y niñas al entregar su magia a los obeliscos, aunque tampoco les quedaba más remedio. La concesión era la ley más sagrada de Isla Elverdine y así lo había sido desde que los magos ancestrales se fueron volando a lomos de sus dragones; se llevaron toda su sabiduría y conocimientos, pero dejaron los cuatro obeliscos como regalo de despedida. Un regalo que protegía a los ciudadanos de Isla Elverdine de la nebruma y de los segadores. Un regalo que impedía que se consumieran.

Algunas personas lo consideraban una tragedia y, de hecho, Viri entendía por qué. Sin embargo, a su parte cazadora la tranquilizaba vivir en una época en la que los únicos habitantes que tenían niveles

destacables de élixen tenían menos de catorce años, ya que eso significaba que los segadores no contaban con la libertad de alimentarse de toda la población. Al igual que Viri, que lo hizo con diez años, había niños y niñas que no esperaban a los catorce para entregar su magia para reforzar la protección de los obeliscos. Apenas se acordaba de su ceremonia de concesión, aunque se debía a que ese recuerdo había quedado eclipsado por la muerte de sus padres, que fue ese mismo día.

—¿Todo bien, V? —preguntó Wynter—. Estás pálida.

Viri se dio cuenta de que era su turno, así que lanzó los dados, utilizó a su mago guerrero para salvar una aldea de los saqueadores y recogió su copiosa recompensa.

—Nada, será que estoy cansada. Es que *alguien* me ha despertado esta mañana.

Wynter le sonrió con descaro.

—¿Y cómo es posible que, aun estando cansada, te las arregles para ganarme? —preguntó Soren señalando su montón de cartas del tesoro, que eran la mitad que las de Viri.

Fue entonces cuando Viri se dio cuenta de que habían terminado la partida y los demás empezaron a contar sus cartas. A ella no le hizo falta, ya que saltaba a la vista que su montón era el más grande de todos.

—Viri ha ganado y Soren ha perdido —confirmó Jessy sin mucho entusiasmo—. Así que te toca elegir su castigo.

—Nunca he llegado a entender por qué el premio del ganador es castigar al que pierde. ¿Qué somos? ¿Sádicos? —se quejó Soren, aunque solo estaba bromeando. De todos ellos, él era el que menos guardaba rencor y ni siquiera tenía mal perder.

—¿Qué es un sádico? —preguntó Jessy inclinando la cabeza con curiosidad—. ¿Eso no es algo sexual?

Wynter, que acababa de darle un sorbo a su chispeante zumo de bayas de sauco, estuvo a punto de escupirlo encima de la mesa.

—Pues claro que no —dijo Soren tajante.

—Bueno, sí que *puede* serlo —murmuró Wynter limpiándose zumo de la barbilla—. A ver cuándo te da por abrir un libro, Sor.

La mirada que le dedicó Soren a su amiga hizo que Viri tuviera que toser para disimular una carcajada.

—Este tema no es el más apropiado para vuestra edad —dijo Sarielle en tono afable, aunque sus ojos delataron que se estaba divirtiendo con la conversación—. Así que mejor pasemos a otra cosa.

—Ya tengo casi catorce años —se quejó Jessalyn—. No tenéis por qué tratarme como a una niña.

—Para mí, siempre vas a ser una niña, mi dulce Jessalyn. —Sarielle le dedicó una mirada a todos los que había en la mesa—. Y eso va por vosotros también.

—Vaya, parece que ha llegado el momento de ponernos *sentimentales* —dijo Wynter haciendo una mueca de broma—. Rápido, Viri, dile a Soren cuál va a ser su castigo antes de que mamá se ponga a decirnos cursiladas.

Viri estaba tan cansada que no se le ocurría nada original, así que se decantó por algo que le sería útil.

—Me deberás un favor —le dijo al chico—. El que yo quiera.

Soren fue lo bastante compasivo como para no mencionar el favor que ya le había hecho esa misma mañana.

—Vale, pero que no sea nada raro —advirtió—. Y que no se te

olvide que donde las dan, las toman. Más te vale tener cuidado la próxima vez que gane yo y pierdas tú.

Viri ni siquiera recordaba la última vez que Soren ganó un juego en la noche familiar. Aun así, no dijo nada; se limitó a sonreír para sí misma y ayudó a Sarielle a recoger el tablero mientras los demás limpiaban los restos de comida. En cuestión de minutos, dejaron el salón impoluto.

—Hora de irse a la cama —dijo Soren pasándole un brazo a Jessalyn por el hombro.

Ella le dio un codazo para librarse de él.

—Yo no soy la que necesita recuperar horas de sueño.

—En eso tiene razón —exclamó Viri bostezando—. Por tu cara, diría que necesitas dormir un día entero.

Soren no dudó ni un instante.

—Por suerte para ti, en la vida hay cosas más importantes que el físico.

—Eres un encanto, Soren —respondió Viri riéndose.

—Siempre me guardo las mejores frases para ti, Solace.

Y, entonces, se despidió de ellas con un gesto insolente y condujo a su hermana hasta la puerta.

Viri, volviéndose hacia Wynter y Sarielle, preguntó en tono de broma:

—¿Podéis decirme qué fue lo que vimos en él?

—La verdad es que tiene un buen trasero —dijo Wynter en tono serio—. Aunque de frente tampoco está nada mal.

—¡Wyn! —exclamó Viri.

—¿Qué? —respondió haciéndose la inocente—. Solo es un hecho objetivo.

—Ya, pero estás hablando de nuestro amigo.

—Sí, y las dos tenemos ojos. Maldita sea, salí con ese tío, así que créeme cuando te digo que, aparte de un buen trasero, también tiene un buen...

—Lalalá, no te escucho —gritó por encima de su amiga tapándose las orejas.

Sarielle, que estaba allí con ellas, se debatía entre la risa y la vergüenza ajena.

—Bueno, chicas, creo que ya hemos tenido bastante por hoy. Mejor nos vamos a dormir.

—Me parece una buenísima idea —respondió Viri.

—Lo mismo digo —añadió Wynter. No obstante, se dirigió a la puerta delantera—. Pero primero voy a ir a por unas notas que se me olvidaron antes. Las necesito para unas tareas que tengo que hacer en el fin de semana.

—¿Y no puedes esperarte hasta mañana? —preguntó Sarielle arrugando la frente.

—Mamá, la procrastinación es el mayor enemigo de los sueños. No te preocupes, Viri vendrá conmigo.

Justo cuando estaba a punto de quejarse, Viri se percató de la mirada que le dedicó su amiga y supo que no pensaba ir al Gremio de Sanadores, sino a su laboratorio secreto para practicar un poco de alquimia; fue entonces cuando se acordó de que le había prometido ayudarla con algunos experimentos.

Aunque ahora se arrepentía de haberse ofrecido, no tuvo tiempo de inventarse una excusa porque su amiga ya estaba empujándola para que saliera por la puerta.

—No nos esperes despierta, mamá —exclamó Wynter por encima

del hombro.

Sin tener voz ni voto en el asunto, y maldiciendo mentalmente a su amiga, salió a rastras por la puerta, justo detrás de Wynter.

6

Sé que te dije que no faltaras al entrenamiento hoy —dijo Meera a la mañana siguiente. El amuleto que le permitía comunicarse brilló sobre la cicatriz de su cuello—, *pero no sabía que tenía que especificar que vinieras* despierta.

Viri gruñó cuando recibió otro golpe de su mentora que, en esa ocasión, fue directo hacia su abdomen y la dejó sin aire; las paredes de color verde oscuro del Gremio de Cazadores empezaron a dar vueltas a su alrededor.

—Estoy despierta —exclamó con la respiración entrecortada y levantando la mano para pedirle una pequeña pausa.

Meera no se detuvo y le dio otro golpe que hizo que Viri retrocediera por la enorme alfombra gris mientras hacía todo lo posible por recuperar el aliento.

—*Pareces un cervatillo recién nacido que ni siquiera puede mantenerse en pie* —dijo frunciendo el ceño—. *No te veía pelear tan mal desde que eras una novata.*

A Viri le pareció un comentario bastante cruel, pero no le faltaba razón.

Era culpa de Wynter. De Wynter y de su estúpida alquimia.

Viri, que todavía lo tenía muy reciente, recordó lo que había pasado la noche anterior después de que su amiga la hubiera arrastrado hasta su laboratorio en la subterra. Los recuerdos le

vinieron de forma intermitente:

—Yo lo llamo vigoricitrus. Es una pócima para aumentar la energía —le había explicado Wynter dándole a Viri un vial con un líquido naranja brillante—. Lo he llamado así por el efecto vigorizante y porque sabe a cítricos. Vigor y cítrico, ¿lo pillas?

—¿Y qué tiene de malo el café? —le había preguntado Viri dándole vueltas al vial con desconfianza.

—Cuando digo que aumenta la energía, es que la aumenta de forma notable, como un fogonazo —había recalcado su amiga—. Ningún café en el mundo te va a hacer tanto efecto ni tan rápido como esta pócima.

Lo cierto era que a Viri le intrigó bastante. Era peligroso salir a cazar segadores sin energía, pero a veces no le quedaba más remedio. De modo que una pócima así podría marcar la diferencia entre vivir o morir.

Aun así...

—¿Cuánto dura el efecto? Esta noche necesito dormir algo, Wyn.

—Todavía estoy mejorando la fórmula, pero no debería durar mucho —le había asegurado—. Está pensado para que dure segundos, como para atacar a alguien por sorpresa. Cuando te lo tomes... ¡Bum! Será como si te hubieras inyectado adrenalina en las venas.

Viri confió en su amiga y se bebió el vial. Al principio, parecía que las palabras de Wynter eran ciertas: saboreó el toque cítrico y sintió un chispazo de energía que le atravesó todo el cuerpo. Una oleada de fuerza se apoderó de su cuerpo y le hizo sentir que podía derrotar a todos los segadores del mundo sin derramar ni una gota de sudor.

Sin embargo, aunque el efecto *sí* que desapareció a los minutos, tal y como dijo Wynter, siguió notando un cosquilleo agitado en su interior durante *horas*; sus latidos estaban acelerados, le retumbaba la cabeza, se notaba el cuerpo febril y con escalofríos, como si tuviera

síndrome de abstinencia. Por suerte, los síntomas desaparecieron a tiempo para que pudiera dormir una hora antes de tener que irse a entrenar con Meera al amanecer. Y, para colmo, el único comentario que hizo Wynter cuando Viri irrumpió furiosa en la habitación de su amiga esa misma mañana fue:

—Interesante... Corregiré la fórmula para la próxima vez que la pruebes.

Viri se quedó con las ganas de tirarle algo a la cabeza. En cambio, se marchó enfadada para encontrarse con Meera y solo se sintió empujada por la irritación que la invadía, pero cuando llegó al entrenamiento, ya no le quedaba nada de esa ira y casi era un milagro que consiguiera aguantar de pie mientras se enfrentaba a su mentora a paso de tortuga.

Por suerte, ese día solo estaban practicando combate sin armas, así que no tenía que preocuparse por nada afilado que pudiera hacerle una herida. Para ella, era un consuelo.

—*Si querías hacerme perder el tiempo, al menos podrías haber tenido el detalle de avisarme* —dijo Meera cuando Viri no logró esquivar otro de sus sencillos ataques. Le enganchó una pierna por detrás de la rodilla e hizo que se cayera sobre la estera.

—El tiempo es un constructo, así que eso de «perder» es subjetivo. —Jadeó en el suelo y dejó escapar una mueca de dolor al darse cuenta de que, de todas las personas que conocía, había decidido citar a medias una frase de Reeve. Al ver la cara que le puso Meera, hizo otra mueca—. Quiero decir... —Se puso de pie de un salto y trató de corregir su error de inmediato—. Tienes razón. Lo siento, hoy no tengo un buen día.

El rostro de Meera se destensó en cuestión de segundos. No volvió

a atacarla, sino que se colocó delante de Viri y se cruzó de brazos.

—*Cuéntame. ¿Qué te pasa?*

—Nada. Es que no he dormido bien anoche.

—*¿Es por las tareas que te han asignado en los archivos?* —preguntó—. *Si hubiéramos estado solas ayer, no habría sido tan severa contigo.*

—No te preocupes. Lo entiendo.

Meera siguió hablando como si no hubiera escuchado a Viri.

—*Eres una de las mejores cazadoras que conozco, así que es evidente que preferiría que estuvieras ahí fuera salvando vidas que ordenando montañas de documentos. Pero todo lo relacionado con la Críptula es competencia de Darik como capitán de la Nox, así que estoy atada de pies y manos.*

—Lo sé —respondió, aunque eso no quería decir que le gustara la idea—. Es bastante aburrido, pero no conozco a nadie que haya muerto de aburrimiento, así que espero no ser yo la primera.

—*Entonces, ¿qué te pasa?* —insistió con los ojos jade clavados en Viri—. *Sé que estás cansada, pero también te noto distraída.* —Inclinó la cabeza hacia un lado—. *¿Es por Ashton?*

Viri se sobresaltó ligeramente y Meera aprovechó su reacción para ir más allá.

—*Ayer no quise presionarte para que hablaras cuando estábamos con Darik porque sé que siempre te ha dado un poco de miedo...*

—¡No me da *miedo*! —farfulló. En realidad, no le caía bien, y era porque *ella* tampoco le caía bien a *él*.

—*… pero tú y yo tenemos bastante confianza, así que puedes contarme lo que sea. Discúteme todo lo que quieras, pero sé que no debe haber sido fácil plantarle cara a un fiel seguidor del asesino de tus padres.*

—Claro que no fue fácil —respondió Viri, que seguía dolida porque pensara que le tenía miedo a Darik—. Y, aunque me resultó

bastante desagradable hablar con Ree... Ashton, eso no fue lo que me tuvo preocupada ayer.

A Viri le fue imposible contener las palabras, aunque eso no hacía que fueran menos ciertas. Al pasarse toda la noche sin dormir, había tenido tiempo más que de sobra para darle vueltas a las horas que pasó en los archivos, sobre todo al tema de los niños desaparecidos; había intentado autoconvencerse de que no tenía de qué preocuparse, pero algo en su interior le gritaba lo contrario.

—*Te escucho* —dijo Meera dejando caer todo el peso en los talones.

Viri se lo pensó un momento porque no tenía previsto verbalizar ese tema todavía.

—Lo más seguro es que no sea nada.

—*Deja que sea yo quien lo decida.*

Al percibir el tono imperativo de su mentora, dejó escapar un suspiro y empezó a hablar:

—Ayer ocurrió algo en los archivos.

Meera parpadeó con sorpresa y desconfianza.

—*Ahora sí que me estás mintiendo.*

La respuesta seca de su mentora le arrancó una sonrisa reacia a Viri.

—No he dicho que fuera algo *emocionante*, ¿eh? Es solo que pasó... algo.

Sin entrar en detalles, empezó a relatarle todo el tema de ordenar los documentos, le explicó el sistema de clasificación por color y por número, y le habló del montón con el número tres que no paraba de crecer y que correspondía a los últimos seis meses.

—Como te he dicho, estoy casi segura de que no es nada —repitió Viri—. Thornton insistió en que la Nox ha investigado todos los

casos, pero anoche me acordé de algo que me dijo y soy incapaz de sacármelo de la cabeza.

El rostro de Meera era imposible de descifrar en ese momento, al igual que durante todo el rato que Viri estuvo contándole lo sucedido.

—*Dímelo.*

—Thornton dijo que cada caso que investigaba la Nox, lo resolvía o lo desestimaba si se quedaba sin pistas —le explicó—. Son dos soluciones casi opuestas.

—*Tienes toda la razón* —reconoció Meera, que seguía sin transmitir nada, aunque arrugó un poco la frente—. *¿Te dijo algo más?*

—Que las desapariciones no podían estar relacionadas con los segadores porque no se dedican a secuestrar niños, sino a matarlos —exclamó Viri rascándose la barbilla—. Y no se equivoca.

—*Y, aun así, te preocupa, ¿no?*

Viri bajó la vista hacia la estera, dudosa.

—No lo sé. ¿Quizás sí? Sé que los miembros de la Nox son muy perseverantes y también soy consciente de que lo más probable es que esos niños ya hayan vuelto con sus familias, por lo que sus casos estarán cerrados. Y, a pesar de eso, tengo una... *corazonada* que me impide estar tranquila.

—*Tu intuición nunca te ha fallado* —afirmó Meera. Su voz mental estaba cargada de reproche—. *Así que no empieces a dudar de ella ahora.*

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó Viri levantando la mirada.

—*¿Eres cazadora o no?* —Su mentora la miró con las cejas arqueadas —. *La mayor parte de tu trabajo consiste en investigar. Así que investiga.*

—Pero... Mi castigo... Los archivos...

—*Tienes descansos, ¿no? Y seguro que puedes echar algunas horas más.*

—¿Crees que es posible que encuentre algo? —Se le hizo un nudo en el pecho solo de pensarlo.

Meera reflexionó su respuesta.

—*Por lo general, te diría que no. Si hubiera algún problema, Darik y yo nos habríamos enterado.* —Arrastró los pies y sus botas de cuero dejaron marcas en la esponjosa estera—. *Pero te elegí como mi pupila por una buena razón, Viri. Confío en tu intuición. Así que averigua todo lo que puedas, aunque sea para quedarnos tranquilas y confirmar que no hay nada de lo que debamos preocuparnos.*

Asintió, conmovida porque su mentora creyera en ella y aliviada por tener un plan, aunque, en el mejor de los casos, no la llevara a ninguna parte.

Tras confirmarle a Meera que la mantendría informada, Viri se marchó de la sala de combate para refrescarse y pasarse por su panadería favorita a comprar el desayuno antes de dirigirse a los archivos. Al estar tan cansada, las tutelas de élixen hicieron que se sintiera más fatigada aún, por lo que fue tambaleándose tras Thornton hasta su despacho; al llegar, vio que había montones enormes de documentos apilados esperándola que le parecieron incluso más grandes que el día anterior.

La cazadora resopló y se puso a trabajar de inmediato. Las horas se le hicieron tan eternas como el día anterior, con la diferencia de que, cada vez que encontraba un documento con un número tres en rojo de los últimos seis meses, sentía que se venía abajo. Estaba tan nerviosa que, aunque era bastante temprano, decidió hacer una pausa para tomarse el almuerzo y seguir el consejo de Meera, por lo que aprovechó el descanso para visitar dos de las direcciones que

aparecían en los archivos; ambas familias confirmaron que sus hijos estaban sanos y salvos. Los padres confirmaron que había sido una falsa alarma y que se sentían avergonzados por haber importunado a la Nox sin motivo.

Viri sintió que se había quitado un peso de encima. Sabía que no debía darse por vencida porque solo había comprobado dos direcciones, pero aquello la tranquilizó.

El día siguiente fue exactamente igual: entrenar, ordenar archivos y visitar a más familias; todas confirmaron que sus niños ya habían aparecido. De hecho, Viri conoció a algunos de los niños, por lo que pudo ver con sus propios ojos que estaban vivos y a salvo.

Al tercer día, aunque era el cuarto que pasaba en los archivos, ya había visitado a doce familias que se encontraban en la subterra, en la alterra y dentro del monte Tembris, y todos los niños estaban bien. Estuvo a punto de abandonar la misión, y lo habría hecho de no ser por el montón de documentos con números tres en rojo, que no dejaba de crecer. Y también se habría rendido si no fuera por lo que pasó el cuarto día que estuvo investigando.

Ese día, cuando estaba visitando a una familia en su descanso para el almuerzo, los padres de la chica de once años que llevaba desaparecida más de un mes le dijeron que todavía no la habían encontrado.

Fue como si unas compuertas se abrieran después de ese primer caso y, desde entonces, cada familia a la que Viri visitaba, le confirmaba, con los ojos llenos de lágrimas, que sus hijos seguían desaparecidos.

Avelin. Trece años. Dos meses desde su desaparición.

Dale. Nueve años. Seis semanas desde su desaparición.

Makir. Doce años. Quince días desde su desaparición.

Lilly. Diez años. Tres meses desde su desaparición.

La lista era más larga aún y las edades de los niños iban desde los siete hasta los trece años. Todos eran lo bastante jóvenes como para no haberse sometido todavía a la ceremonia de concesión, por lo que sus niveles de élixen eran altos y eso los convertía en el objetivo perfecto para los segadores.

A Viri le daba un vuelco el estómago cada vez que llamaba a una puerta y se encontraba con un padre o una madre de ojos llorosos que la miraba con esperanza, hasta que esta se desvanecía al ver que la cazadora no le traía buenas noticias. Primero se juntaron decenas de niños desaparecidos y, poco después, superó la veintena, por lo que se confirmaron las sospechas de Viri: alguien estaba secuestrando niños. Las preguntas que se hizo eran quién y *por qué*.

Ni Meera ni Darik conocían las respuestas, de modo que los dos se pusieron serios cuando Viri les informó sobre sus hallazgos el jueves por la noche, después de terminar su último turno en los archivos. Había ido hablándole a Meera sobre sus avances a diario, pero su mentora quería que el capitán de la Nox se les uniera cuando se reunieron en su despacho en el Gremio de Cazadores para evaluar todo lo que Viri había descubierto tras una semana investigando.

—Según mis cálculos, hay treinta y dos niños desaparecidos, pero solo he podido revisar la mitad de los casos —explicó una vez que terminaron con el interrogatorio. Observó la luna, que se alzaba imponente sobre los acantilados, a través del ventanal del despacho de Meera—. Solo los Sabios saben cuántos más casos de niños perdidos habrá entre todos esos documentos.

—Le pediré a alguno de mis hombres que sigan investigando el

resto y que le dé la máxima prioridad posible —dijo Darik con los ojos negros como la noche clavados en las notas de Viri, que se extendían por toda la mesa—. También pediré que confirmen que tus cifras son correctas, ya que me cuesta creer que haya tantos casos de desapariciones como dices.

Viri tuvo que morderse el interior de la mejilla para no responderle. No ganaba nada mintiéndole, y Darik lo sabía.

—Si estás en lo *cierto* —siguió diciendo—, me parecería bastante grave que este asunto hubiera pasado desapercibido hasta ahora. Los archivistas nunca han cometido un error de tal calibre.

—No creo que sea culpa suya —murmuró Viri—. Thornton me contó que llevan meses faltos de personal y todo lo que había en el despacho en el que he estado trabajando lo habían considerado como no urgente.

—*Eso* es algo que también pretendo averiguar —respondió Darik con severidad—. Y no solo porque no tenga sentido.

Al ver la cara de confusión de Viri, Meera se lo explicó:

—*Los archivos no se envían a clasificar a menos que Darik, algún miembro del Gremio Legal, alguien del Consejo Supremo o yo misma los haya firmado. Por eso cada caso sigue un código de color y número; somos* nosotros *quienes hacemos esas anotaciones. Y, después de eso, se mandan a los archivos con la categoría de urgente o no urgente.*

—Eso significa que alguien ha metido la pata, varias veces, además. —Viri se alarmó al darse cuenta de que podía ser incluso peor—. O puede ser que lo haya hecho a propósito.

—Puede que haya más de una persona detrás de todo esto —dijo el hombre jugueteando con los puños de sus guantes negros. Al segundo, puntualizó—: Siempre y cuando todo esto sea verdad,

claro.

Viri volvió a morderse el carrillo y, esta vez, le vino el sabor a sangre.

—*Por ahora, nos interesa actuar partiendo de la base de que sea cierto* —propuso Meera igual de mordaz que Darik—, *así que nuestra prioridad deberían ser los niños, no perder más el tiempo con el descuido de los documentos. Le pediremos a la magistrada que abra una investigación en la que participemos los dos Gremios para localizar a la persona que firmó esos casos, pero tenemos que centrarnos en encontrar a esos niños y llevarlos de vuelta a sus casas.*

—Eso si siguen vivos —murmuró Darik—. Los segadores no son precisamente las personas más compasivas del mundo.

—*No sabemos con seguridad si los segadores están detrás de todo esto.* —Meera siguió hablando a pesar de las objeciones del hombre—. *Dado que el objetivo son niños, es bastante probable que sí que sean ellos, pero un secuestro masivo de esta envergadura no termina de encajar con el* modus operandi *de los segadores. La mayoría no tienen capacidad de autocontrol como para raptar a niños y mantenerlos con vida durante minutos, mucho menos durante meses. Y, de hecho, ni siquiera han aparecido cadáveres.*

—La *mayoría* —repitió Darik con la mirada oscura clavada en Meera. La mentora de Viri se quedó callada, como si el capitán de la Nox le hubiera dicho algo con solo mirarla.

Fue entonces cuando Viri se quedó de piedra. No le hizo falta leerles la mente para saber lo que estaban pensando. O, más bien, en *quién* estaban pensado.

Porque sí que había un segador que había demostrado en varias ocasiones tener la capacidad de controlar su sed de élixen; si no, no habría podido permanecer oculto tanto tiempo.

—¿Creéis que el Padre Segador está detrás de todo esto? —soltó Viri de pronto.

Meera se giró hacia ella al instante.

—*No sabemos nada. Solo son conjeturas.*

—Pero tenemos que contemplar la posibilidad de que sea así —afirmó Darik—. Al fin y al cabo, es la hipótesis que más encaja con toda la información que tenemos.

Viri hundió los dedos en los reposabrazos de terciopelo de la silla en la que estaba sentada y se le erizó la piel solo de pensar que el Padre Segador podría estar detrás de los secuestros. Si estaban en lo cierto, ya podían dar a esos niños por muertos.

—*Por ahora, y hasta que avisemos al Consejo Supremo, no podemos hacer nada más* —dijo Meera en un tono tranquilizador al darse cuenta de que Viri se aferraba en su asiento—. *Voy a ir a la Cumbre para solicitar una reunión de emergencia para ponerlos al tanto de lo que hemos averiguado.*

La cazadora se tensó más aún al pensar en cómo se tomaría Sarielle la noticia. Este tipo de asuntos le desgarraban el alma, pero nunca se quitaba su coraza cuando tenía que meterse en el papel de magistrada.

—Voy a enviar a un equipo de la Nox a los archivos y, después, te veré allí —exclamó el capitán mientras se alisaba el uniforme—. Les pediré que, si encuentran más documentos con el número tres en rojo, contacten a los familiares para comprobar si los niños siguen desaparecidos. Dentro de unas horas, podremos confirmar la cifra real de desaparecidos.

Viri apretó la mandíbula al escuchar el énfasis que puso al decir «confirmar», lo que dejaba claro que no estaba del todo convencido

de que la amenaza fuera real. En cualquier caso, lo acabaría averiguando más pronto que tarde.

—Y yo... —Viri quiso decirles que iba a empezar a buscar pistas, pero la interrumpieron.

—*Te irás a casa.*

Miró boquiabierta a su mentora.

—No pretenderás que me quede de brazos cru...

—*Si necesito tu ayuda para algo, te la pediré* —la advirtió.

Viri abrió la boca para quejarse, pero la cerró en cuanto se percató de cómo la estaba mirando Meera.

—*Mañana convocaré a todo el Gremio para una reunión a primera hora de la mañana* —explicó—. *Pediré que acudan todos los cazadores que estén disponibles. Si vamos a buscar a esos niños, necesito que estés en plenas facultades. En otras palabras: tienes que descansar. Has hecho un gran trabajo investigando estos casos, pero lo duro empieza ahora. ¿Cuento contigo o no?*

Sabía que era una pregunta retórica, así que no respondió. En cambio, se le vino otro asunto a la mente.

—¿Qué pasa con Reeve?

Darik se inclinó hacia delante con los ojos entrecerrados.

—¿Ashton? ¿Qué pasa con él?

—Puede que él sepa algo, sobre todo si es obra del Padre Segador.

Había intentado no pensar en Reeve desde que lo vio el viernes anterior, pero acababa colándose en sus pensamientos sin permiso todos los días. Cuando le pasaba, a Viri le daban ganas de echar mano de una de las pociones limpiadoras de prueba de Wynter para borrarse la imagen de su sonrisa de superioridad y de sus ojos grises de la cabeza. Ahora, en cambio... Reeve podía ser una pieza clave

para resolver el misterio que tenían entre manos.

—Sigue sin colaborar —confesó Darik. Aunque era frustrante, a Viri no le sorprendió lo más mínimo.

—*Yo creo que merece la pena intentarlo* —respondió Meera estudiando la reacción del capitán de la Nox hasta que este suspiró y cedió.

—Está bien —dijo—. Bajaré a su celda y veré si puedo sonsacarle algo que nos sea útil.

Pensando en el bien común, Viri se armó de valor para insistir de nuevo.

—Yo podría ir...

—*No* —dijeron Darik y Meera a la vez tajantes.

La cazadora irguió la postura.

—Si aún sigue en pie su propuesta de hablar conmigo, podemos aprovecharla. Podemos aprovecharnos de *él*.

—¿Y qué conseguiste la otra vez con eso? —preguntó Darik con las cejas arqueadas.

Viri se sonrojó; todavía tenía muy reciente su metedura de pata.

—*Por ahora, debes confiar en nosotros* —dijo Meera en tono amable—. *Tú misma dijiste que a Ashton le gustan los jueguecitos, así que dejarte hablar con él solo va a servir para que vuelva a hacer lo mismo, y no puedo permitirme el lujo de que pierdas el foco de atención. Los niños desaparecidos deben ser tu objetivo y tu prioridad, al igual que la de tus compañeros cazadores. Eso significa...*

—Que me vaya a casa y descanse —respondió con resignación.

Meera asintió y, después, se puso de pie. Darik hizo lo mismo, así que no le quedó más remedio que imitarlos.

—*Como tengo que preparar la reunión del Gremio, mañana nos*

saltaremos el entrenamiento —dijo Meera mientras acompañaba a Viri a la puerta—, *pero te avisaré si averiguamos algo antes.*

Viri, que no podía decir ni hacer nada más, se marchó del despacho de su mentora.

Y, justo cuando iba de vuelta hacia su apartamento, se acordó de un detalle de la propuesta que le hizo Reeve la semana anterior, algo que su mente había decidido obviar por no faltar a la regla más sagrada de los cazadores: no hacer tratos con un segador. Y, aun así, no pudo evitar volver a escuchar en su cabeza las palabras de Reeve:

«Si me sacas de aquí, te contaré todo lo que quieras. Esa es mi oferta, Viri. Tus respuestas a cambio de mi libertad».

7

La voz de Reeve retumbó en la cabeza de Viri durante todo el camino de vuelta a casa, como si su propuesta fuera un cántico. «*Tus respuestas a cambio de mi libertad. Tus respuestas a cambio de mi libertad*». Para cuando llegó al apartamento, por fin había conseguido librarse de esas palabras.

Reeve era un segador, y los segadores mentían. Aunque estuviera dispuesto a cumplir con su parte del trato, nada le garantizaba que él pudiera darle información útil sobre los niños desaparecidos. De hecho, cabía la posibilidad de que no supiera dónde se encontraba el Padre Segador, independientemente de que tuviera algo que ver con los casos de los niños o no. Tal vez Reeve no supiera nada relevante y solo estuviera intentando escapar. Viri no podía arriesgarse. No *iba* a arriesgarse.

A pesar de su determinación, su cabeza siguió dándole vueltas a lo mismo una y otra vez cuando entró en su apartamento y vio que no había nadie. Lo más probable era que Sarielle se hubiera ido a la reunión de emergencia del consejo y que Wynter estuviera en su laboratorio creando alguna ilegalidad. Viri habría dado lo que fuera por encontrar algo con lo que distraerse, incluso estaba dispuesta a hacer de conejilla de indias para su amiga, pero le había dicho a Meera que se quedaría en casa, así que decidió cumplir con su palabra. Aun así, no se sentía cansada en exceso y, después de cenar

tarde un sándwich de queso que apenas le supo a nada, empezó a caminar de un lado a otro del salón; la habitual vista apacible del lago iluminado por la luna no le sirvió para aliviar toda la tensión que había acumulado mientras esperaba a que su tutora regresara.

Aunque tardó un poco más de lo que esperaba, por fin escuchó la puerta principal abriéndose y el familiar sonido de los tacones de Sarielle conforme avanzaba por el vestíbulo. Sin embargo, la magistrada no fue a su habitación, sino que sus pasos se perdieron por el pasillo; lo siguiente que escuchó fue la puerta del dormitorio de Sarielle cerrándose con sigilo.

Viri se estremeció al darse cuenta de que su tutora estaría más disgustada por las novedades de lo que esperaba. Pensó en prepararle uno de los tés relajantes de Wynter y llevarle una taza, pero decidió que no sería buena idea. Sarielle saldría de su habitación cuando estuviera lista para hablar y Viri quería respetar su espacio, aunque eso significara tener que resignarse e intentar dormir.

Tal y como se esperaba, le resultó imposible. Tras horas dando vueltas en la cama, se dio por vencida y decidió levantarse de la cama para ir a por un vaso de leche caliente, algo que le reconfortaba desde que era niña. La puerta de Wynter estaba abierta, lo cual era normal, porque a veces se quedaba hasta tarde en su laboratorio, pero le sorprendió ver que la del dormitorio de Sarielle también estaba abierta. De pronto, la encontró en mitad del salón a oscuras, mirando por la ventana. Se habían ido formando nubes desde que Viri estuvo dando vueltas por el salón y, ahora, se avecinaba una tormenta, como si el clima se hubiera adaptado a su estado de ánimo.

—Veo que tú tampoco puedes dormir —dijo en voz baja acercándose a su tutora.

Sarielle debió escuchar a Viri llegar porque no se sobresaltó al escucharla.

—Y no creo que lo haga mientras esos niños sigan desaparecidos.

Viri siguió acercándose, hasta que se detuvo a su lado y observó la tormenta en el horizonte.

—Todos los cazadores van a estar trabajando en este caso. Los encontraremos. En eso consiste nuestro trabajo.

La verdadera pregunta era si los niños seguirían vivos para entonces, pero ninguna de ellas les dio voz a sus miedos.

—¿Has pensado en cómo vas a mantener tus emociones a raya, sobre todo si el Padre Segador está implicado? —preguntó Sarielle. Al escuchar el grito ahogado de Viri, siguió hablando—: Sé que quieres darle su merecido por lo que les hizo a tus padres, pero ya te juegas bastante la vida buscándolo. —La mujer se frotó el pecho, justo por encima de su corazón—. Yo ya he perdido a un hijo. No podré soportar que te pase algo a ti también.

Viri suspiró en su interior ante la naturaleza sobreprotectora de su tutora. Sabía de dónde le venía y estaba al tanto de que había perdido a un hijo años antes, y todavía seguía sufriendo el dolor y la pena por su ausencia. El niño habría sido el hermanastro de Wynter; antes de que Wynter naciera, el chico y su padre tuvieron una muerte trágica tras contraer termagalgia, una enfermedad rara que no tenía cura.

No obstante, aunque se compadecía de Sarielle, su trabajo como cazadora era peligroso, cazara a quien cazara. Y Sarielle lo sabía mejor que la gran mayoría, ya que ella misma había sido cazadora

antes de dedicarse a la política. Lo único que Viri podía hacer era consolarla, así que, en un tono tranquilizador, le dijo:

—No sabemos con seguridad si el Padre Segador tiene algo que ver con todo esto. Así que lo mejor será que no nos preocupemos por ello hasta que no...

Se quedó callada al percatarse de la mirada indescifrable que se dibujó en el rostro de su tutora, visible incluso en la oscuridad.

—¿Qué? —preguntó Viri girándose hacia ella—. ¿Sabes algo?

Sarielle tardó en responder, pero, al final, dijo:

—Si tuvieras que elegir entre salvar a los niños o cobrarte tu venganza, ¿puedo confiar en que harías lo correcto?

Se le encogió el estómago solo de pensar en tener que tomar esa decisión.

—Te lo he dicho, no sabemos si el Padre Segador está...

—Sí, lo está.

Al escuchar esas tres palabras, sintió como si la habitación empezara a girar a su alrededor.

—Meera y Darik dijeron que solo eran suposiciones —dijo Viri en tono ronco.

—Ni la comandante Roth ni el capitán Farrow son la magistrada —respondió—. Ellos se basan en hechos, no en rumores. Pero mi trabajo es escuchar, incluso las teorías más descabelladas. Aun así, nunca pensé que... —De pronto, se le quebró la voz y fue incapaz de terminar la frase.

Viri notó que se le aceleraba el pulso.

—¿Qué rumores?

Sarielle cerró los ojos y Viri observó sus rasgos pálidos iluminados por la tenue luz de la luna.

—Hace seis meses, empecé a escuchar rumores sobre que el Padre Segador estaba planeando algo. —Se pasó una mano temblorosa por la oscura melena—. Algo grande.

A la cazadora se le hizo un nudo en la garganta.

—Pensaba que era una falsa alarma, porque no es la primera vez que se extiende un rumor así. —Sarielle volvió a abrir los ojos y contempló el horizonte con una mirada sombría—. Pero el origen de estos rumores era distinto. Al principio, siempre incluían detalles muy específicos: que el Padre Segador había atacado a alguien, que se había enfrentado a tal y cual o que estaba intentando convertir en segadores a algunas personas. Toda esa información se le pasó a la Nox y a los cazadores para que lo investigaran. Pero este rumor del que te hablo era bastante ambiguo y se tomó más como una advertencia.

Viri sintió que se le erizaban los vellos de la nuca.

—¿Qué clase de advertencia?

—Que habría niños involucrados, muchos niños —murmuró Sarielle en un tono casi inaudible, pero alzó la voz cuando siguió hablando—: En su momento decidí ignorarlo, porque no era nada nuevo que los segadores atacaran a los más jóvenes. Pero anoche, cuando me enteré de los secuestros en masa, me di cuenta de que no se referían a un secuestro *individual*, sino en *grupo*. Todos *juntos*. —Entonces miró a Viri con los ojos cargados de preocupación—. El Padre Segador ha estado secuestrando niños. Justo como advirtieron los rumores.

—Pero... *¿por qué?* —preguntó sin entender el motivo—. No tiene sentido que los secuestre y se los quede para tener reservas de élixen de las que alimentarse, porque, si así fuera, iría dejando un rastro de

cadáveres. Tiene que haber algo que explique por qué se ha tomado tantas molestias y por qué lleva tanto tiempo escondiéndose.

Sarielle se abrazó a sí misma.

—Hubo otro rumor, aunque este solo lo escuché una vez. He estado teniendo pesadillas durante tanto tiempo que estaba convencida de que me lo había imaginado. Pero ahora... no estoy tan segura.

—Cuéntamelo.

—¿Alguna vez has oído hablar del cometa Aurora?

—No... ¿Debería? —preguntó Viri con el ceño fruncido.

—Es un cometa que pasa por Isla Elverdine una vez cada doscientos años —explicó—. Los magos ancestrales decían que se trataba de un evento celeste, algo que podía incrementar la intensidad de su élixen hasta niveles incalculables, que los hacía casi invencibles. Pero, para poder canalizar la energía del cometa Aurora, necesitaban tres cosas: poseer magia suficiente como para absorber el poder del cometa, un corazón puro y...

Viri la interrumpió resoplando con incredulidad.

—Si lo que te preocupa es que el Padre Segador pueda probar a hacer algo así, entonces puedes estar tranquila. Su corazón no tiene nada de puro, más bien al contrario, y el élixen que corre por sus venas lo ha robado de otras personas. Así que no creo que cumpla los requisitos.

Sin embargo, Sarielle no parecía tranquila en absoluto. De hecho, estaba más tensa aún.

—No lo entiendes, Viri. El rumor que escuché no decía que el Padre Segador tuviera la intención de usar su *propio* corazón ni su *propia* magia, sino de otra persona. —Tragó saliva—. De *otras*

personas, más bien. Porque lo tercero que se necesita para hacer el ritual es... sangre.

Viri se quedó petrificada al darse cuenta de lo que quería decir su tutora.

—¿Crees que el Padre Segador va a... *sacrificar* a los niños? ¿Que va a utilizarlos para...? —Recordó lo que había dicho Sarielle y el miedo la invadió mientras sus palabras trastabillaban—. ¿Para hacerse invencible? ¿Es eso *posible*?

—En lo que respecta a este tipo de magia tan antigua, todo es posible. De hecho, fueron los mismos magos antiguos los que prohibieron los rituales de sacrificios por motivos evidentes —le contó Sarielle—. Piénsalo, Viri. Si para hacer un ritual mientras el cometa Aurora sobrevuela nuestro cielo se necesita un corazón puro y élixen potente e inmaculada, ¿sabes con cuánto poder podría hacerse el Padre Segador si sacrificara a cincuenta niños a la vez?

—¿Cincuenta?

La mujer asintió con seriedad ante la gravedad del asunto y dijo:

—El capitán Farrow envió un mensaje hace una hora tras recibir las últimas cifras. Tiene sentido —añadió reflexiva—, ya que, según la numerología antigua, el número cincuenta representa el poder. El Padre Segador se está cubriendo bien las espaldas para asegurarse de que el sacrificio funcione.

Viri no sabía nada de numerología, pero había cincuenta niños desaparecidos. *¡Cincuenta!* Y, si los rumores que habían llegado a oídos de Sarielle estaban en lo cierto, el Padre Segador tenía previsto matarlos a todos.

—¿Cuándo llega el cometa? —preguntó la cazadora con la voz entrecortada.

Sarielle negó con la cabeza.

—El Gremio de Académicos está intentando averiguarlo, pero los magos nos dejaron muy pocos textos antiguos y casi ninguno habla sobre acontecimientos mágicos como este. Puede que no encontremos nada, o al menos no a tiempo.

—Así que debemos asumir que puede ser cualquier día —exclamó Viri cada vez más preocupada.

—Y, si no encontramos a los niños a tiempo —espetó—, el Padre Segador, además de asesinarlos, tendrá acceso a cantidades de magia nunca vistas hasta ahora.

Viri sintió como si le cayera una roca enorme encima y le aplastara todo el cuerpo, pero su mente seguía activa, procesando toda esa información.

—¿Y cuál es su objetivo? —preguntó en voz alta—. ¿Qué es lo que quiere *en realidad* el Padre Segador?

—Pues lo que querría cualquier persona con unas intenciones tan perversas —respondió, agotada—: poder.

—Tiene que haber algo más —insistió Viri—. Vamos a suponer que consigue absorber la magia del cometa. Entonces, ¿qué? ¿Para qué quiere usar todo ese poder?

—Ojalá alguien pudiera responder a esas preguntas. —Sarielle suspiró—. Lo que sabemos con seguridad es que tenemos que encontrarlo antes de que llegue el cometa. Porque, de lo contrario... Que los Sabios se apiaden de nosotros.

Viri casi ignoró el final de la frase que le estaba diciendo su tutora; se había quedado reflexionando el principio. En ese momento, escuchó en su cabeza una voz ya familiar que le susurraba con insistencia: «*Tus respuestas a cambio de mi libertad*».

Con mucho cuidado, preguntó:

—Si hubiera una forma de obtener las respuestas que necesitamos, incluso averiguar dónde se encuentra el Padre Segador, pero el precio fuera... muy alto... —Tragó saliva y terminó de hablar—. ¿Merecería la pena pagarlo?

De pronto, cayó un relámpago a lo lejos que iluminó unas sombras oscuras bajo los ojos de Sarielle.

—Voy a serte sincera, querida—dijo su tutora en un tono que reflejaba lo agotada que se sentía—. No hay precio que no esté dispuesta a pagar si eso significa encontrar al Padre Segador a tiempo para detenerlo.

Viri sintió entonces un nudo en el pecho conforme sus pensamientos empezaban a retumbar en su cabeza. Apenas se percató de que se había quedado callada un buen rato y casi no escuchó que Sarielle le dijo algo sobre dormir. Ni siquiera fue consciente de que su tutora le dio un beso en la mejilla antes de marcharse y dejarla sola frente a la inminente tormenta. Lo único que podía oír era la voz de Reeve en su mente, repitiendo lo mismo una y otra vez. Pero, ahora, no eran solo las palabras de su propuesta, sino las últimas que le dijo para provocarla:

«Ambos sabemos que soy tu única esperanza si quieres encontrarlo. Estaré aquí esperándote hasta que cambies de opinión».

—Espero que los Sabios me ayuden a no arrepentirme de esto.

Resopló en la oscuridad, se dio la vuelta y se fue corriendo a su habitación; no podía creerse lo que estaba a punto de hacer, aunque sabía que no le quedaba otra opción.

Tenía que *intentarlo*.

Aun a riesgo de perderlo todo.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Cuadragésimo octavo sol. Quinto ciclo. Decimosegunda era.

Mi ritual en el Festival de Medianoche fue un éxito rotundo.

El magistrado Garrin estuvo presente junto con otros someros curiosos de Isla Elverdine y todos se quedaron atónitos cuando absorbí el poder del eclipse para amplificar sus reservas de élixen que, por lo general, eran limitadas. Sea temporal o no, el incremento de magia los ayudará de muchas formas, desde aumentar su fuerza y energía hasta curarse más rápido de las enfermedades y los daños que sufran. En realidad, ni se acerca a la cantidad de poder que tenemos los magos, pero, para los someros, la diferencia es significativa, incluso si solo dura unos días.

Decir que me adoran es quedarse corto, aunque he dejado claro que, como su Padre Mago, no soy más que su humilde sirviente. Esa es mi vocación, mi propósito y mi cometido en la vida: ayudar a los que son más desafortunados que yo. Con suerte, se irá corriendo la voz y vendrán más someros al próximo ritual, que será dentro de quince días con la llegada de la lluvia de meteoritos Draconis.

Tengo que reconocer que estar aquí, en Isla Elverdine, está siendo un soplo de aire fresco. Los habitantes todavía no tienen prejuicios hacia la magia, lo que significa que no consideran que la magia celestial sea «inútil» ni «inferior» a otros tipos de magia, al contrario que los que viven en el continente. Allí, hoy en día, el pueblo solo celebra los eventos celestes más importantes: los dos equinoccios y solsticios, el

anochecer solar, el amanecer lunar y los cometas y conjunciones menos habituales. Sin embargo, esos días se centran más en festejar que en sacrificar, aunque no siempre ha sido así. Antiguamente, la magia celestial era tan venerada que los antiguos Padres Magos celebraban rituales todos los meses, a veces incluso cada semana, y los someros acudían en masa para favorecerse de nuestras bendiciones y purificaciones. Ahora, en cambio, los magos del continente no son los únicos que rechazan el poder de los cielos, sino también los mismos someros, como si ya hubieran aceptado tener una vida pobre y vacía.

Pero los habitantes de Isla Elverdine están hambrientos de poder; han estado aislados durante demasiado tiempo, apartados de los magos y de las enormes posibilidades que ofrece nuestra magia. Su anhelo por lo que puedo ofrecerles como Padre Mago no hace sino incrementar mi compromiso hacia ellos.

Zeranthe dice que tengo que tener cuidado y no dejar que sus alabanzas se me suban a la cabeza. Y también me recuerda que la magia aquí es muy caprichosa, algo de lo que la advirtieron los dragones nativos tanto a ella como a los dragones vinculados con los magos por nuestra proximidad al Canal Sagrado, que sigue perdido y sin protecciones. Pero no necesito sus advertencias. Aunque al principio sí que me preocupó, no he tenido problemas para controlar mi élixen durante el eclipse lunar. De hecho, me pareció demasiado fácil. Y, aunque me sentí distinto cuando terminé el ritual, no era una diferencia negativa. Solo era... distinto.

Mejor.

Más fuerte.

Más poderoso.

No se lo he dicho a Zeranthe, aunque sé que ha notado algo extraño en nuestro vínculo, pero ya actúa como una madre gruñona y no quiero que se sienta en la obligación de darme un sermón. Creo que lo que noto no es más que los restos de magia que absorbí del eclipse, así que acabará desapareciendo de mi cuerpo, al igual que lo hará de los someros a los que se la otorgué. La magia celestial es efímera, siempre lo ha sido.

Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si existe la posibilidad de que no lo sea.

Tal vez las cosas sean distintas en Isla Elverdine. Tal vez, al estar tan cerca del Canal Sagrado, todo lo que conozco sobre la magia celestial cambie. Puede que, incluso, de *todos* los tipos de magia.

Tengo la impresión de que aquí todo es posible.

8

Siempre había un silencio sepulcral en el cuartel general de la Custodia Nox a altas horas de la noche, algo que ya había tenido en cuenta Viri cuando decidió ir hasta allí, aunque cuestionaba su propia decisión con cada paso que daba. En cierto modo, *deseaba* que hubiera guardias por la zona, alguien que le preguntara qué estaba haciendo, que le dijera lo ridícula que era, que le frenara los pies. Pero, como era de esperar, la mayoría de los guardias de la Nox estaban patrullando las calles de la ciudad, por lo que solo había el personal mínimo para emergencias.

Los guardias que se encontraban en la recepción estaban acostumbrados a que Viri entrara y saliera a horas intempestivas, así que se limitaron a saludarla con desgana cuando pasó por delante de ellos con su vestimenta de cazadora justo antes de desaparecer en el ascensor.

Tenía el corazón a mil; su plan, si es que podía llamarlo así, tenía tantas lagunas que llegó a pensar que se había vuelto loca. Una parte de ella se moría de ganas de volver a casa y actuar como si la conversación que había tenido con Sarielle solo hubiera sido una pesadilla de lo más realista, una de esas de las que se reiría al despertarse por la mañana. Sin embargo, era incapaz de ignorar todo lo que sabía ahora y quedarse de brazos cruzados esperando a que el problema se resolviera solo. Había cincuenta niños desaparecidos

que contaban con ella, que esperaban que los encontraran, y toda la ciudad corría el riesgo de sufrir las consecuencias pertinentes si el Padre Segador se hacía con el poder del cometa Aurora. Viri tenía que impedir que eso pasara, aunque, para conseguirlo, tuviera que saltarse la regla más importante de los cazadores.

Estaba a punto de hacer un trato con un segador.

Algo que iba en contra de todo en lo que ella creía, en contra de lo que ella misma *era*, y, aun así, Sarielle le aseguró que estaba dispuesta a pagar cualquier precio con tal de obtener las respuestas que necesitaban.

Mientras el ascensor bajaba a lo más profundo de la montaña, esperaba que las palabras de su mentora fueran ciertas, porque ya no había marcha atrás. El élixen que movía el ascensor, al igual que otras veces, hizo que un escalofrío la recorriera de pies a cabeza, aunque también podía deberse a la intranquilidad que la agitaba por dentro. Sin embargo, esa sensación se intensificó cuando se detuvo y, con la mano temblándole, se sacó un frasco de polvo negro de la capa. Era otro de los experimentos de Wynter: un inhibidor de élixen que podía interrumpir el flujo de magia durante unos segundos; su amiga lo creó para que Viri pudiera usarlo contra segadores que portaran objetos o armas encantadas. Pero, en realidad, ese no era el motivo por el que había decidido llevárselo esa noche.

Al no tener la autorización de la Nox de Soren para acceder al ascensor, porque Viri no podía volver a pedirle el favor, el polvo era su única esperanza de llegar hasta Reeve.

—Por favor, que funcione —susurró echándose la mitad del frasco en la mano y soplando el polvo sobre el panel de mandos.

La espera se le hizo eterna hasta que, por fin, el polvo hizo efecto y

las puertas del ascensor se abrieron. Respiró aliviada y le dio las gracias a Wynter mentalmente.

Fue entonces cuando empezó a medir el tiempo, ya que, cuanto más se entretuviera, más se arriesgaba a que la descubrieran. Aunque estuvieran cansados, los dos guardias de la Nox que estaban en recepción sospecharían de ella si tardaba mucho en aparecer. Tanto Reeve como ella tenían que irse antes de que alguien empezara a hacer preguntas.

Viri corrió por el túnel, apenas iluminado por una luz tenue, y no se permitió seguir dudando sobre lo que estaba a punto de hacer. Además, esta vez no iba tan a ciegas; sabía que a Reeve le gustaba jugar, pero ella también tenía sus propios juegos. La propuesta del segador consistía en darle respuestas a cambio de quedar en libertad, de modo que Viri le ayudaría a escapar, le haría las preguntas necesarias, obtendría la información que necesitaba...

Y, después, volvería a encerrarlo en lo más profundo de la Críptula.

Reeve se creía muy listo, pero Viri era más inteligente que él. No pensaba quitarle el ojo de encima en ningún momento porque sabía que aprovecharía para volver con su maestro. Necesitaba tener varios planes alternativos para poder ganarle a un segador.

Armada de confianza, atravesó la última curva del túnel y se acercó a la celda que había al final; lo más probable era que Reeve estuviera dormido y que tuviera que despertarlo. Sin embargo, cuando se detuvo delante del cristal de la celda, se lo encontró despierto, tumbado sobre el fino colchón y lanzando una piedra al aire. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Los músculos de su antebrazo bronceado se contraían cada vez que lanzaba la piedra, y el anillo de

ónix que llevaba en el dedo brillaba bajo la escasa luz. Reeve apenas se giró cuando Viri se aclaró la garganta para hacerse notar; parecía como si el segador la estuviera esperando.

—Tengo que hablar contigo.

—Estoy ocupado. Vuelve luego.

Cuatro palabras. Solo había dicho cuatro palabras y Viri ya notaba cómo le ardía la sangre por todo el cuerpo.

—He venido por el trato que me ofreciste.

Los ojos mercurio de Reeve se clavaron en ella, pero no se movió ni un milímetro, sino que siguió jugueteando con la piedra. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

—¿Qué trato, sombrita?

—Sabes de sobra a qué me refiero —gruñó—. Levanta el maldito culo. Si quieres ser libre, tenemos que irnos ya.

Reeve dejó escapar una sonrisilla, pero no se movió.

—Vaya, qué educada. ¿Esos modales te los han enseñado en la escuela de cazadores?

Viri deseaba con todas sus fuerzas devolvérsela, pero, al haber tanto en juego, tuvo que tragarse el orgullo, además de morderse la lengua.

—Por favor, Reeve. No tenemos mucho tiempo.

No supo si fue su súplica, el tono de desesperación con el que le habló o la posibilidad de escapar, pero, de pronto, el segador decidió soltar la piedra y ponerse de pie. Aunque pareciera increíble, no tenía mucho peor aspecto tras una semana en prisión. De hecho, se le notaba más *descansado*, lo cual era de lo más injusto. Tenía la ropa un poco arrugada y el pelo negro más alborotado de lo normal, pero, aun así, estaba... estaba...

Deja de pensar en eso, se regañó a sí misma. Odiaba que alguien tan malvado estuviera de tan buen ver. Reeve era como uno de los venenos experimentales de Wynter: atractivo pero letal.

—Las manos —dijo cuando Reeve se acercó hacia ella. Entonces le señaló con la cabeza un pequeño cuadrado que había en el cristal reforzado que era lo bastante grande como para pasar cosas por él, como comida o... las muñecas.

Siguió sus órdenes y ni siquiera se inmutó cuando le calaron las tutelas de supresión de élixen; probablemente lo habría hecho en los últimos días, y muchas veces, además. Sus anteriores visitantes le habrían puesto unas encancelas, unas esposas para cancelar la magia, pero Viri decidió usar su propio material.

—¿Te acuerdas de esto? —preguntó Viri conforme se desenrollaba el látigo dorado del antebrazo.

—El fílux de tus padres —respondió mirándolo con atención. Viri se percató de las distintas emociones que invadieron su rostro justo antes de que Reeve volviera a controlar su expresión—. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—¿Y recuerdas para qué sirve?

—¿A qué te refieres? ¿A que anula la magia o a que te obliga a decir la verdad?

—A ambas —dijo, satisfecha por su buena memoria. Si no hubiera estado tan trastornada durante su última visita, podría haberlo usado con él entonces, aunque fuera para comprobar qué era verdad y en qué mintió de todo lo que le dijo. El fílux no podía obligarlo a que respondiera a sus preguntas, así que nada le garantizaba que fuera a obtener respuestas, pero sí que podía darle la seguridad que necesitaba para arriesgarse a seguir adelante con su plan esa noche.

Viri ató un extremo del látigo dorado a la muñeca de Reeve haciendo un ocho y, entonces, contempló sus ojos plateados y le preguntó:

—¿Vas a cumplir con tu parte del trato? Si te libero, ¿vas a responder a mis preguntas? ¿A todas?

Reeve no dudó ni un segundo.

—Primera pregunta: sí. Segunda pregunta: sí. Tercera pregunta: sí, dentro de lo razonable.

—¿Cómo que dentro de lo razonable? —exclamó la cazadora con el ceño fruncido.

—Responderé a tus preguntas sobre el Padre Segador, tal y como te prometí —contestó justo antes de que se le dibujara una sonrisa en la cara—. Pero si quieres saber algo sobre otro tema, incluida mi vida privada, tendrás que ganártelo.

—Qué suerte entonces que tu vida no me importe lo más mínimo —espetó.

—Vaya, vaya, veo que sigues mintiendo —dijo Reeve ensanchando la sonrisa.

Viri señaló su mano, que estaba agarrando el fílux.

—Esto demuestra que no estoy mintiendo.

—Esto no demuestra nada —respondió el chico dejando escapar una risa sombría.

Se quedó quieta un instante y se obligó a tranquilizarse. No había forma de que Reeve supiera que el arma dorada nunca había tenido efecto sobre ella porque, de ser así, no habría podido usarla durante tanto tiempo. Aunque había entregado la mayor parte de su élixen durante su ceremonia de concesión cuando era niña, jamás había logrado reprimir la pequeña fracción que permanecía en su interior,

por lo que siempre estaba en un estado constante de agotamiento. De hecho, Reeve acabaría dándose cuenta más pronto que tarde, a pesar de que los efectos del fílux no serían tan potentes ni tan rápidos en él como lo sería con otro segador que hubiera extraído élixen recientemente. Aun así, en breve empezaría a sentir que el látigo le estaba drenando el poder. Viri, sin embargo... Que fuera inmune a su propia arma era todo un misterio. Aunque el fílux fuera una reliquia familiar, sus padres no eran inmunes a su magia, así que no podían estar mucho tiempo en contacto con el látigo y, de hecho, hacían turnos para usarlo cuando salían a cazar. En cambio, Viri nunca había tenido ese problema y, en realidad, se sentía muy agradecida.

—No hay tiempo para tonterías —dijo Viri mientras se ponían en camino—. Una pregunta más antes de decidir si todo esto merece la pena o no.

—¿Si te merece la pena a ti o a mí?

—A mí, obviamente —respondió alzando una ceja—. Aparte del alma, ¿también entregas tu cerebro cuando te conviertes en segador?

—¿Esa es tu pregunta? Porque, si te digo la verdad, lo cierto es que nunca...

—No... Era una... Buf... Cállate —le interrumpió. Estaba más enfadada consigo misma que con él por perder esos valiosos segundos—. Mi pregunta es la siguiente: ¿sabes *de verdad* dónde está el Padre Segador y cuáles son sus planes? ¿O solo te estás aprovechando de mí para escapar?

—Sé más que tú —respondió. Antes de que le exigiera una respuesta más elaborada, añadió—: Y te interesa escuchar lo que sé. Pero no pienso decirte nada más hasta que me saques de aquí. —Viri

atisbó una escueta sonrisa—. Así que ha llegado el momento de tomar una decisión, sombrita. ¿Vas a hacer tratos con un segador?

Había una parte de Viri que estaba casi segura de que estaba cometiendo el mayor error de su vida, pero también era consciente de que no podía permitirse pararse a darle más vueltas, de modo que colocó una mano sobre el panel de mandos incrustado en la pared del túnel junto al cristal protector. Por lo general, no necesitaba nada más para abrir las celdas de la Críptula, ya que las tutelas reconocían las marcas de los cazadores y podían liberar a cualquier prisionero; sin embargo, al parecer, la celda de Reeve era distinta. Por suerte, seguía teniendo la mitad del frasco del polvo que le había dado Wynter, así que usó todo lo que quedaba para anular la magia, tal y como había hecho en el ascensor.

El cristal tardó apenas unos segundos en desaparecer junto con la magia que hacía que la tutela de élixen protegiera el lugar.

Fue entonces cuando, de pronto, lo único que separaba a Viri de Reeve era el aire.

El segador dio un paso adelante y ella, por puro instinto, dio otro hacia atrás, aunque se maldijo a sí misma por su reacción.

El chico sonrió y, en voz baja, le preguntó:

—¿Tienes miedo?

Viri tiró del fílux, que envolvió las muñecas de Reeve.

—El único que debería tener miedo eres tú.

—Tú eres la persona que más miedo me ha dado en mi vida, Viri —dijo tras soltar una carcajada.

Estaba a punto de burlarse de él cuando se dio cuenta de que Reeve no podía mentir mientras el fílux lo tocara.

—¿Cuándo te he...?

—Ah, no, no —la interrumpió—. He dicho que nada de preguntas personales.

—Pero podía ganármelas, ¿no?

—Sí, pero se supone que no te interesaba mi vida privada.

—Yo... —Viri cerró la boca de golpe, aunque fuera para no meter la pata. Le enervaba el destello divertido que vio en los ojos de Reeve, que era incluso más cegador ahora que lo tenía tan cerca. Entonces se dio la vuelta y tiró de él—. Venga, vamos. Hay que darse prisa.

Las largas piernas de Reeve siguieron el ritmo de Viri sin problema cuando se dirigieron al ascensor.

—Imagino que tendrás un plan, ¿no?

Viri intentó no darle demasiadas vueltas al hecho de que iba andando junto a un segador, uno al que acababa de sacar de su celda por voluntad propia, al igual que trató de no pensar más de la cuenta en que ese segador era Reeve. Y no sabía qué era peor.

—Pues claro que tengo un plan —mintió conforme avanzaban con rapidez por los túneles. En ese momento, dio gracias porque el fílux no funcionara con ella—. Lo único que necesito de ti es que me digas a dónde vamos cuando salgamos de aquí.

—¿Me dejas elegir? —preguntó sorprendido.

—El trato es a cambio de tu libertad, ¿no? —Viri no tenía intención alguna de dejarle ir de verdad, pero una mentira piadosa tampoco podía hacerle daño. Mientras siguiera teniéndolo atado con su fílux, no iría a ninguna parte sin ella ni podría usar la magia para ayudarse a huir. Al final de la noche, Reeve volvería a estar justo donde debía: encerrado en una celda.

—En ese caso, tenemos muchas opciones —sopesó.

—Pues dímelo antes de que lleguemos al sendal —exclamó Viri.

En realidad, no le importaba a donde fueran siempre y cuando Reeve cumpliera su promesa y respondiera a lo que quería saber—. Si quieres acortar la lista de preguntas, puedes llevarme directa hasta el Padre Segador o donde estén los niños desaparecidos. O ambos, mejor.

Viri sabía casi con total seguridad que Reeve no iba a hacerlo, pero, aun así, merecía la pena intentarlo, aunque fuera por lo que le dijo después.

—Así que sabes lo de los niños... —Viri fue incapaz de descifrar el rostro de Reeve—. Parece que has estado ocupada.

La cazadora apretó la mandíbula. Una pequeña parte de ella tenía la esperanza de que Reeve no supiera nada sobre los secuestros, pero esa parte era demasiado ingenua. Él era el seguidor más leal del Padre Segador. Por mucho que le disgustara el papel que debió desempeñar en el secuestro, tenía que reconocer que le vendría bien para que respondiera a sus preguntas sobre el inminente sacrificio.

—¿Cuánto tiempo les queda a los niños? —preguntó tras pensar que lo mejor era empezar el interrogatorio sacándole ventaja.

Reeve, sin embargo, no se lo puso fácil.

—No hagas trampas, sombrita. Aún no soy un hombre libre.

—Ya no estás encerrado en una celda.

—Pero no he salido de la prisión.

—Hay personas que sienten que la vida lo es —respondió Viri—. De esa sí que no puedo librarte.

—Eres muy lista, seguro que se te ocurre alguna forma. —La miró de reojo cuando tomaron la última curva del túnel y vieron el ascensor, que se encontraba un poco más adelante—. No me digas que no se te ha pasado por la cabeza.

Viri se puso de los nervios al escuchar su insinuación.

—Yo no fantaseo con matar a personas, no como tú. Y, aunque así fuera, no perdería mi preciado tiempo pensando en ti.

—Entonces, ¿solo te interesa el Padre Segador?

Un hilo de tensión la recorrió de pies a cabeza, pero se obligó a seguir caminando como si nada; estaban a solo unos pasos de llegar al ascensor.

—Se merece todo lo que va a pasarle.

—¿Tan segura estás? —exclamó Reeve volviendo a mirarla de reojo.

Antes de que pudiera responderle, el ascensor llegó y emitió un leve pitido, a pesar de que ella no lo había llamado.

Viri, presa del pánico, miró a su alrededor para buscar un lugar en el que esconderse, algún rincón en el que no los vieran, *lo que fuera*, pero no encontró nada. El túnel estaba poco iluminado, pero, aun así, no era lo bastante oscuro como para poder esconderse con Reeve.

La cazadora maldijo por lo bajo.

—Prepárate. Estamos a punto de que nos pillen.

—Todo esto forma parte de tu plan, ¿verdad? —exclamó Reeve en un tono cortante.

—Retiro lo que he dicho sobre que no he fantaseado con tu muerte —dijo dedicándole una mirada asesina.

El chico le guiñó un ojo.

—Puedes añadir eso a la lista de fantasías que tienes conmigo.

Por un momento, Viri se planteó la posibilidad de volver a encerrar a Reeve y olvidarse del maldito trato. Sin embargo, entró en razón y recordó por qué había accedido a liberarlo.

—Cierra la boca y apártate —le ordenó cuando empezaron a abrirse las puertas del ascensor.

Reeve levantó las manos atadas.

—Si me sueltas, puedo ayudarte a luchar.

—¿Te crees que soy idiota? No pienso dejar que...

No había terminado la frase cuando las puertas se abrieron lo bastante como para que un guardia vestido de negro las atravesara a toda prisa ni le dio tiempo a frenar a Reeve cuando saltó entre ella y el guardia; se movió tan rápido que Viri solo vio un borrón cuando se colocó detrás del miembro de la Nox y rodeó el cuello del joven con las manos atadas.

Un joven al que conocía más que de sobra.

—No... Reeve... *¡Para!* —gritó Viri al ver a Soren tosiendo y forcejeando contra el cuerpo del segador, que lo tenía bien sujeto—. ¡Suéltale!

Viri tiró del fílux para intentar apartarlo, pero Reeve ya se había echado hacia atrás.

—Por todos los Sabios, ¿estás bien? —preguntó Viri tras correr hacia su amigo, que estaba dando bocanadas de aire—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué *demonios* te crees que hago? —respondió Soren con la voz ronca. Entonces se frotó el cuello, que se le había puesto rojo, y observó a Reeve y a su amiga.

—No deberías estar aquí —dijo la chica de inmediato—. No quería que...

—La que no debería estar aquí eres *tú* —la interrumpió Soren dedicándole una mirada severa—. Justo acababa de llegar de una patrulla y estaba a punto de irme a casa para meterme en mi cama

calentita y... ¡sorpresa! Me acaban de comentar los guardias de la recepción que estabas ocupada con «papeleo y cosas de cazadores», pero que no te habían visto irte. —Se inclinó hacia ella, ahora rojo de ira—. Papeleo. *Tú*. No hace falta ser un lumbreras para saber a qué habías venido en realidad.

—Yo... —murmuró mordiéndose el labio.

—¿Cómo demonios has conseguido acceder al ascensor? —Al ver la cara que ponía Viri, el rostro de Soren se ensombreció—. Wynter. Cómo no...

—Sor... —empezó a decir Viri, pero su amigo volvió a interrumpirla.

—¿Te das cuenta de la que se habría liado si te hubiera encontrado otro guardia que no fuera yo? —Los ojos marrones de Soren estaban llenos de rabia—. ¿Sabes la que me podría caer *a mí* si pensaran que he vuelto a ayudarte? Si alguien se entera de que...

Esta vez fue Viri la que lo interrumpió a él.

—No estaría aquí si no fuera una emergencia.

Soren negó con la cabeza.

—Eso no me vale —exclamó señalando a Reeve con un dedo—. Explícame qué hace esta escoria fuera de su celda. Ya.

—Esta «escoria» tiene nombre —se quejó el segador.

Viri le lanzó una mirada de advertencia a Reeve para que se callara.

—Sé quién eres —espetó Soren irguiéndose por completo. Para la gran mayoría, resultaba intimidante, pero Reeve, que era igual de alto que él, se limitó a poner los ojos en blanco y bostezó. En ese momento, Viri quiso darle una paliza.

—Hay dos cosas que no sabes, Sor —le dijo la cazadora a su amigo

—. Y son asunto de vida o muerte. Reeve es la única persona que puede darme las respuestas que necesito para impedir que suceda algo terrible.

—El capitán Farrow ya me ha informado sobre los niños desaparecidos —respondió Soren manteniendo el tono serio—. Los guardias de la Nox están formando equipos con los cazadores para encargarse de esto y, mañana por la mañana, van a decirnos a todos cómo debemos proceder. Los encontraremos. No necesitamos la ayuda de un segador de pacotilla para conseguirlo.

—¿Primero «escoria» y ahora «segador de pacotilla»? —exclamó Reeve en tono divertido—. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Insultar a mi madre? Venga, dale, yo te ayudo.

—Cá-lla-te, Reeve —bufó Viri. Entonces se dirigió a Soren—. Hay algunos detalles que Darik no conoce todavía.

Se dedicó a contarle a toda prisa todo lo que había hablado con Sarielle mientras observaba que el rostro de Soren iba palideciendo con cada palabra que decía.

—¿Cuánto queda para el sacrificio? —preguntó su amigo. La expresión severa de su rostro había quedado eclipsada por la preocupación que le invadió en ese momento.

—Eso forma parte de todo lo que estoy intentando averiguar —respondió Viri señalando a Reeve con la cabeza—. He hecho un trato con él. Y me ha prometido que responderá a todas mis preguntas sobre el Padre Segador y sobre lo que planea hacer si le ayudo a escapar.

—Tengo una idea mejor —exclamó Soren dando un paso hacia delante para intimidar a Reeve—. Que responda a tus preguntas aquí mismo.

Reeve fue tan atrevido como para reírse en su cara.

—Eres muy valiente para ser un guardia urbano, lo reconozco. Pero deberías saber cuáles son las consecuencias de romper un trato con un segador. Ándate con ojo, Archer. No te interesa tenerme como enemigo.

Soren se quedó de piedra al escucharle llamarlo por su apellido.

De pronto, Reeve le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Crees que no sé quién eres? Soren Archer, el amigo de Viridia Solace. —Hizo un movimiento pausado para señalar a Viri con las manos atadas—. Y de Wynter Starling. Hermano y tutor legal de Jessalyn Archer. Miembro venerado de la Custodia Nox con una trayectoria profesional que te ayudará a alcanzar la capitanía algún día. Odias a tus padres, quieres a tu hermana más que a nadie en el mundo y harías cualquier cosa con tal de proteger a las personas que te importan. ¿Quieres que siga?

—¿Esto es un intento de amenaza? —preguntó el chico con los dientes apretados—. ¿O qué pretendes diciéndome todo lo que sabes de mi vida?

Cuando Soren dio otro paso hacia Reeve, Viri avanzó para colocarse entre ellos.

—Ya basta. ¿Se os ha olvidado que aquí abajo somos presa fácil o qué? Podrían pillarnos en cualquier momento y, entonces, acabaremos los *tres* encerrados en una celda. —Se le heló la sangre solo de pensarlo, pero, de pronto, recordó todo lo que estaba en juego y se sobrepuso a sus propios miedos. Entonces se dio la vuelta hacia Reeve—. Tú y yo tenemos que salir de aquí. —Después, se giró hacia Soren—. Y tú tienes que encontrar la forma de distraerlos para que nadie nos vea huyendo por el sendal.

—¿Por qué demonios iba a hacer algo así? —farfulló Soren.

—¿Porque eres mi amigo y me quieres? —exclamó Viri haciéndose la inocente. Al ver su mirada indiferente, dejó escapar un suspiro—. Está bien. Considera que este es el favor que me debías por haberte ganado en la noche de juegos.

Soren la observó con el rostro crispado de incredulidad.

—¿Me estás *tomando el pelo*?

—Dijiste que no podía ser nada raro —le recordó—. Pero no mencionaste nada sobre que tenía que ser legal.

Su amigo la miró más desconcertado aún.

—Si te digo la verdad, pensaba que iba *implícito* dado que los *dos* trabajamos para garantizar el *orden público*.

—Qué divertido —exclamó Reeve metiéndose en la conversación mientras se apoyaba en una de las paredes del túnel—. Si alguna vez os cansáis de vuestros trabajos, podéis probar con el Gremio de Teatro. Seguro que sois bienvenidos.

—Reeve, te lo juro —gruñó Viri—, como digas una palabra más, te vuelvo a meter en la celda de una patada. —Entonces se giró hacia su amigo y le suplicó con la mirada—. Por favor, Sor. Sé lo que piensas de todo esto y te puedo asegurar que me odio a mí misma más que tú, pero tienes que confiar en mí. Necesitamos respuestas. Y necesito que me ayudes a conseguirlas.

Soren se pasó una mano por la melena rubia como la arena; parecía destrozado.

—Si haces esto, V, irán directos a por ti. Lo sabes, ¿verdad? Si huyes con Ashton, todos los guardias de la Nox te buscarán por todas partes. Ya no serás cazadora, sino la presa. ¿Estás dispuesta?

—Merecerá la pena —respondió, aunque le resultó imposible que

no se le encogiera el estómago—. Estoy segura.

Si todo iba según lo previsto, Reeve volvería a estar encerrado en su celda antes incluso de que se percataran de su ausencia. Y, si las cosas se ponían feas, Viri contaba con que todos estarían ocupados tratando de encontrar a los niños, por lo que no iban a perder el tiempo intentando encontrarla a ella. Y si resultaba estar equivocaba y acababan pillándola escondiendo a un fugitivo...

«No hay precio que no esté dispuesta a pagar si eso significa encontrar al Padre Segador a tiempo para detenerlo».

A Viri se le vinieron a la cabeza las palabras que le dijo Sarielle y le dieron el valor que necesitaba para no darse por vencida.

—Sé lo que hago, Sor —murmuró—. Necesito que confíes en mí.

—El problema no eres *tú*. —Soren miró enfurecido a Reeve.

—Si lo que te preocupa es su seguridad, puedes estar tranquilo —dijo Reeve en voz baja. Seguía apoyado contra la pared, con las manos atadas por delante de su cuerpo y las piernas cruzadas—. Si hay alguien a quien pueda confiarle Viri su vida, es a mí.

A pesar de que el fílux no permitía que Reeve mintiera, Viri sabía que no podía bajar la guardia. Existían cientos de formas de hacerle daño sin dejarle marca; él mismo le había enseñado esa lección.

—Perdona, pero me cuesta creer cualquier cosa que salga por la boca de un asesino —espetó Soren en un tono sarcástico.

—Te perdono —respondió Reeve. Después, inclinó la cabeza hacia un lado—. Ya que nos estamos poniendo tiernos... ¿Alguna vez te han dicho que tienes pelo de héroe? Nunca he visto a alguien tan bien peinado.

Viri no pudo evitar que se le escapara una risa repentina. La reprimió al instante ante la mirada que le lanzó Soren e ignoró por

completo los animados ojos de Reeve.

Entonces se puso seria y dijo con determinación:

—Dejad de vacilaros el uno al otro.

—Ha empezado él —dijeron Reeve y Soren a la vez.

La cazadora soltó otra risa inoportuna, pero se recompuso de inmediato y preguntó:

—Sor, ¿contamos contigo?

—¿Acaso tengo elección? —exclamó tras un largo suspiro.

Después de comprobar que estaba sujetando bien el fílux con una de sus manos, usó la otra para darle un apretón en el brazo a su amigo.

—Claro que la tienes, pero me gustaría que te decantaras por ayudarme.

Soren volvió a suspirar, esta vez más fuerte.

—¿Qué clase de distracción se te ha ocurrido?

9

El plan que idearon fue alarmantemente simple, sobre todo después de que Soren señalara que lo más fácil para que Viri y Reeve se libraran de los guardias de la recepción de la Nox era no tener la necesidad de librarse de nadie.

—El mejor engaño siempre es el más evidente —dijo Soren cuando entraron en el ascensor. Se desabrochó con agilidad las pulidas hebillas plateadas de su oscuro abrigo, se lo quitó y se lo tendió a Reeve—. Si te mimetizas con el lugar, nadie sospechará ni pensará que no debes estar aquí.

—Muy astuto —canturreó Reeve, señalándose las muñecas para que Viri le quitara las encancelas. Fue entonces cuando la cazadora le dedicó una mirada de advertencia, pero se las quitó. Reeve se puso el abrigo encima de su atuendo negro; parecía un auténtico guardia de la Nox—. Si viviéramos en otro mundo, podríamos haber sido buenos amigos, Archer.

—Qué pena que el único que vayas a ver sea el inframundo, porque yo no tengo intención de pisarlo —respondió Soren sin dudar ni un instante. Ignoró el bufido de Reeve y señaló su abrigo antes de advertirle—: Espero que me lo devuelvas. Como te vea por ahí aprovechando para hacerte pasar por uno de nosotros, ni siquiera Viri podrá protegerte.

—Tranquilo, no tengo previsto caer tan bajo. —Reeve arrugó la

nariz cuando observó su reflejo en el cristal del ascensor que iba subiendo a toda prisa—. El negro me queda bien, pero el honor no.

Era la primera vez desde que se habían encontrado que Viri estaba de acuerdo con algo que decía. Aun así, se quedó callada y se limitó a volver a colocarle las encancelas. Sabía que no podía escaparse mientras estuvieran dentro del ascensor, pero, una vez que se abrieran las puertas, no quería correr el riesgo de que Reeve se esfumara sin cumplir con su parte del trato.

—Llamadme paranoico si queréis, pero... ¿qué pasa si alguien se da cuenta de que me llevas atado como a un perro? —preguntó Reeve despacio conforme levantaba las manos y señalaba con la cabeza el látigo dorado que lo unía a Viri.

Viri, al darse cuenta de que tenía razón, frunció el ceño. Los guardias del turno de noche estarían cansados, pero no ciegos. Y, aunque Reeve fuera con el uniforme de Soren, si se fijaban en las esposas, sería demasiado cantoso y acabarían dándose cuenta de que no era un guardia de la Nox.

Tenía que pensar con rapidez. De pronto, Viri liberó una de sus muñecas y se envolvió el resto del fílux alrededor de la suya y, con la otra, agarró la mano aún atada de Reeve y entrelazó sus dedos con los de él.

Se percató de la sorpresa de Reeve cuando levantó sus cejas oscuras, incrédulo. Sin embargo, estaba muy ocupada tratando de no pensar en el tacto de la piel cálida y callosa del segador, por lo que no fue capaz de explicarle por qué, al ir agarrados de la mano, los guardias no se darían cuenta de que lo llevaba atado.

Aun así, al parecer, Reeve no necesitaba que le diera ninguna explicación; estaba más que entretenido presenciando lo incómoda

que se sentía ella.

—Cuidado, que puedo ser contagioso —dijo Reeve, observándola con sus ojos plateados llenos de diversión—. A ver si al final se te va a pegar algo de mí.

Viri, que entendió al instante lo que quería decirle, respondió impasible:

—Te puedo asegurar que soy inmune.

Reeve dejó escapar una risa ahogada y le dio un ligero apretón en la mano.

—Ya lo veremos.

Soren se aclaró la garganta con descaro y miró a su amiga como diciéndole *¿Qué demonios pasa entre vosotros?*, pero Viri se las arregló para ignorarlo. Soren no sabía nada de su historia con Reeve y, aunque estaba empezando a arrepentirse de guardar un secreto tan importante, en un momento así le beneficiaba que no supiera nada; de lo contrario, su amigo podría cuestionar el motivo por el que estaba liberando a Reeve. El segador no era más que un medio para lograr un fin, pero Viri no quería arriesgarse a que Soren lo pusiera en duda.

Por suerte, Soren apartó la mirada cuando el ascensor empezó a frenar.

—Ya casi hemos llegado —dijo el guardia—. ¿Estáis listos?

Viri asintió justo cuando las puertas se abrieron y siguió a Soren hasta la zona de recepción de la Nox, rodeada de paredes de mármol blanco; Reeve avanzó junto a ella con confianza. Viri agarró con más fuerza la mano de Reeve cuando pasaron frente a los dos guardias, que levantaron la cabeza. Eran distintos a los que estaban en el puesto cuando la cazadora llegó al cuartel general y parecían mucho

más espabilados.

Al notar a Viri inquieta, Soren le acarició la espalda con la mano que tenía libre para tranquilizarla y se fue directo hacia los guardias para interpretar su papel a la perfección.

—Jost, Estrin, ¿todo en orden por aquí? —preguntó, dejándose caer con aire despreocupado sobre la mesa para taparles la vista mientras Viri y Reeve pasaban por detrás.

—Más muerto que la necrópolis —dijo Jost, uno de los guardias—. ¿Ya habéis terminado vuestro turno esta noche?

—Sí, por fin —respondió Soren, cambiando un poco la postura para seguir tapando a Viri y Reeve mientras se dirigían al sendal que había al fondo, en una de las esquinas de la sala—. A ver si con suerte podemos dormir algunas horas antes de la reunión a la que nos ha convocado el capitán Farrow mañana.

La otra guardia, Estrin, pestañeó de forma seductora.

—Estamos cubriendo a Caz y a Hutton, que están descansando un rato. En cuanto vuelvan, acaba mi turno, por si acaso no te apetece acostarte todavía.

Por el amor de todos los Sabios, pensó Viri, que casi se atragantó con su propia saliva al escuchar la descarada proposición. Reeve no la ayudó; chocó su cuerpo con el de ella mientras se aguantaba la risa. Entonces le estrujó los dedos a Reeve en señal de advertencia, pero solo consiguió que este dejara escapar una risita más fuerte de lo normal.

Por suerte, estaban lo bastante lejos del mostrador de recepción como para que los guardias no los escucharan y Viri se ahorró enterarse de la respuesta de Soren. Estaban a tan solo unos pasos del deslumbrante arco de piedra mágica que los trasladaría hasta su

próximo destino, a salvo del posible arresto.

Había una parte de Viri que no se podía creer que los guardias hubieran caído en la trampa; de hecho, Soren seguía hablando con ellos, ajenos por completo al prisionero que se estaba escapando delante de sus narices. Pero, por otra parte, estaba empezando a arrepentirse de haberle dicho a Reeve que podía elegir a dónde irían después. Había tenido mucho tiempo para pensarlo y eso se traducía en que el destino de Viri era incierto, ya que, si quería, Reeve podría entregársela al grupo de segadores asesinos que tendría por amigos.

Como no estaba dispuesta a caer con tanta facilidad en una trampa, tiró de la mano de Reeve cuando llegaron al sendal y se preparó para entrar la primera y elegir ella misma su destino.

Sin embargo, en ese momento, alguien salió del arco y apareció justo delante de ella.

Y no era una persona cualquiera...

Era Darik.

Los ojos negros del capitán de la Nox se abrieron de par en par al ver a Viri y, en cuanto reparó en Reeve, lo miró con odio; por mucho que llevara el uniforme de Soren, era imposible ocultarle su identidad a Darik al tenerlo tan cerca.

El pánico se apoderó de Viri y se quedó petrificada. Abrió la boca, preparada para ponerle alguna excusa. Pero, antes siquiera de decir nada, Darik se precipitó hacia delante y empezó a darles órdenes a los guardias.

A partir de ese momento, todo se volvió borroso. Viri, empujada por su propio instinto, se movió para detener a Darik, pero Reeve se zafó de su mano y se le adelantó. Fue tan rápido que le resultó imposible seguir sus movimientos, pero, en menos de un segundo, el

segador se las había arreglado para tumbar al capitán, que estaba inconsciente en el suelo.

Viri ahogó un grito al ver a Darik. Entonces le gritó a Reeve:

—¿Qué has *hecho*?

—Tenemos compañía —dijo Reeve. Entonces tiró del fílux que los conectaba para apartar a Viri justo cuando llegaron Jost y Estrin.

Aunque una vocecita en su cabeza le gritaba que parara, se vio obligada a defenderse y, a los pocos segundos, los dos guardias de la recepción estaban en el suelo, junto a su capitán.

—Y todo esto por escaparme —murmuró Reeve, observando los tres cuerpos tendidos y haciendo una mueca—. Qué desastre...

Viri podría haberlo matado con la mirada.

—*Te dije* que liberar a Ashton te iba a traer problemas —gruñó Soren conforme iba hacia ellos. Se arrodilló junto a Darik y comprobó su pulso—. Ya no hay vuelta atrás para...

Antes de que pudiera terminar la frase, Reeve le dio a Soren un fuerte golpe en la nuca que hizo que se cayera de bruces junto a sus compañeros de la Nox.

—Ya me darás las gracias luego, Archer.

La cazadora observó horrorizada el cuerpo inerte de su amigo y, entonces, se volvió hacia Reeve y le gritó:

—*¿¡Por qué demonios has hecho eso!?*

Reeve la miró como si ella fuera la idiota.

—Pensé que dijiste que no querías meterlo en un lío.

—Yo *no* he...

—¿No crees que sería bastante sospechoso que él fuera el único al que no le hubieran tocado ni un pelo? Pensarían que nos ha dejado escapar —exclamó, señalando a Soren y al resto de los guardias con

la mano que tenía libre—. Acabo de hacerle un favor a tu amigo.

Viri apretó tanto la mandíbula que le dolieron los dientes. Odiaba que Reeve tuviera razón, que la mejor forma de cubrirle las espaldas a su amigo fuera fingir que lo habían atacado al igual que a los demás guardias.

Al igual que a Darik.

—Por todos los Sabios... Acabamos de cavarnos nuestra propia tumba. —Suspiró con los ojos clavados en el cuerpo del capitán y no pudo evitar imaginar la cara iracunda de Meera cuando lo viera. A su mentora no iba a hacerle ni pizca de gracia saber lo que había pasado—. Estoy condenada.

—Aún no —respondió Reeve—, pero sí que tenemos bastantes probabilidades de que eso pase si no nos ponemos en marcha *ya*.

Viri lo observó con detenimiento mientras murmuraba:

—Acabas de abatir a tres guardias de la Nox y a su capitán sin derramar ni una gota de sudor. ¿Cómo es...?

—Bueno, a ese te lo has cargado tú —dijo señalando a Jost—. Y estoy seguro de que también has hecho casi todo el trabajo con ella. —Movió la cabeza hacia Estrin—. Si quieres, luego podemos debatir sobre quién pelea mejor de los dos. Me has prometido la libertad y yo, a cambio, te he prometido respuestas. No pierdas de vista tu recompensa, sombrita.

Entonces Reeve levantó la barbilla en dirección al portal.

—Vámonos de aquí antes de que lleguen tus amigos de la Nox.

Una vez más, se odió a sí misma por estar de acuerdo con Reeve y le disgustaba la idea de tener que dejar a Soren indefenso en el suelo. Se sentía mal incluso por Darik, aunque no tanto como por su amigo. Sin embargo, si esperaba a que se despertaran, todo lo que había

hecho para escapar con Reeve habría sido en vano.

Sabía que Soren la perdonaría.

En cuanto a Darik...

Tendría que encontrar una buena explicación que darle al capitán de la Nox cuando todo hubiera acabado, aunque, teniendo en cuenta el resentimiento que ya arrastraba hacia ella, no sería fácil que la creyera. Aun así, ese era un problema al que se enfrentaría la Viri del futuro. Ahora, lo único que importaba era detener al Padre Segador.

—Vamos —susurró, arrastrando a Reeve al portal.

Miró atrás una última vez y le pidió perdón a Soren para sus adentros, y también a Darik, a Jost y a Estrin. Después, atravesó el arco y pensó en el primer lugar que se le vino a la mente para que el sendal los llevara hasta allí.

—Pensaba que ibas a dejarme elegir nuestro destino —espetó Reeve cuando salió del sendal tras ella, aunque, por su voz, tampoco parecía sorprendido. Sin embargo, sí que lo notó desconcertado cuando se fijó en el sombrío callejón del interior de la montaña en el que se encontraban y preguntó—: ¿Por qué estamos en el Distrito Mercantil? Que yo sepa, de madrugada está todo cerrado.

—Digamos que no creo que sea muy buena idea llevarte a mi apartamento, con la magistrada durmiendo al otro lado del pasillo —respondió, tirando del fílux—. Sígueme. Conozco un sitio en el que podemos hablar tranquilos.

Resultaba un poco inquietante caminar por las silenciosas calles que se encontraban en mitad del monte Verta y pasar junto a las tiendas cerradas excavadas en la pared de roca y por delante de los puestos tapados con lonas que quedaban a ambos lados del callejón. Por la mañana, el camino en espiral de la montaña estaría repleto de

gente comprando todo tipo de enseres, desde frutas, verduras y carne, todas traídas directamente de las granjas que se encontraban a las afueras de la alterra, hasta ropa, productos artesanales y joyas. El Distrito Mercantil englobaba todos los comercios de Aravell, por lo que contaba con los mejores salones de té, panaderías, perfumerías, floristerías, pastelerías, tiendas de ropa y librerías de la ciudad. Cualquier cosa que alguien quisiera comprar, vender o intercambiar, podía encontrarlo justo en ese lugar, en el corazón de la montaña.

A Viri, por lo general, le encantaba perderse por los distintos puestos o limitarse a observar a la gente desde la barandilla que daba al hueco que se encontraba en el centro de la montaña. Al estar en la mitad del monte Verta, si miraba hacia arriba, podía ver la espiral que llevaba hasta el Gremio de Entretenimiento, el Gremio de Académicos y, en lo más alto, la Cumbre, donde se reunía el Consejo Supremo. Sin embargo, si miraba hacia abajo, podía ver el Gremio de Servicios Municipales, el Gremio de Sanadores y, por último, la base de la montaña, donde trabajaban los cazadores y la Nox. Esos siete niveles ofrecían todo lo que los ciudadanos de Aravell necesitaban para vivir y prosperar en Isla Elverdine.

Aunque el diseño interior del monte Verta siempre le había fascinado, esa noche, apenas le prestó atención, ya que estaba pendiente de arrastrar a Reeve por sus callejones oscuros, dejando atrás las conocidas cafeterías y los puestecillos, que habían cerrado horas antes. Había muchos negocios que seguían abiertos de madrugada en el Gremio de Entretenimiento a los que Viri habría podido llevar a Reeve, como restaurantes, teatros, tabernas, casas de apuestas y demás. Sin embargo, en ese momento, no le apetecía estar rodeada de personas que se dedicaban a mirar a los demás por

encima del hombro con desconfianza, como si tuvieran miedo de que las apresaran. No le cabía la menor duda de que, en cuanto Darik se despertara, enviaría a las patrullas de la Nox a buscarla, de modo que necesitaba un lugar discreto para esconderse mientras obtenía las respuestas que le habían prometido.

—Ya casi hemos llegado —dijo Viri al ver las luces que salían de una tienda excavada en la ladera de la montaña, un poco más adelante.

—No tengas prisa por mí —contestó Reeve—. Sé disfrutar de un buen paseo nocturno —añadió, dándose unas palmaditas en el abdomen—. Ayudan a hacer la digestión.

—Que los Sabios te perdonen por no mostrar ni un mínimo de preocupación tras haber huido de una celda de máxima seguridad —murmuró.

—Llevo huyendo siete años —respondió, encogiéndose de hombros—. De ti la mayoría de las veces.

—Yo no he estado persiguiéndote.

—No, pero has estado persiguiendo a...

—Es aquí —le interrumpió Viri. No necesitaba que Reeve le recordara la de años que llevaba intentando atrapar al Padre Segador sin conseguirlo.

Reeve, al ser su seguidor más cercano, pensaría que también lo estaba buscando a él. Sin embargo, la muerte de sus padres no había sido culpa suya, de modo que su venganza no iba dirigida contra *él*. Pero sí que era un segador, por lo que era inevitable que hubiera intentado atraparlo en más de una ocasión.

—Los pastelitos de Betty —leyó Reeve tras fijarse en el cartel que había justo encima de la puerta que tenían delante—. ¿Me has traído

a una pastelería?

—No es una pastelería cualquiera; es la mejor de todo Aravell —exclamó Viri, señalando el apetecible surtido de tartas y pasteles que había en el escaparate.

Reeve dio unos golpecitos en el cartel que decía CERRADO.

—¿Vamos a colarlos? Apenas llevamos una hora juntos y ya me he convertido en una mala influencia para ti. Me he superado a mí mismo.

Viri golpeó la puerta de madera con los nudillos y dijo:

—Solo está cerrado a los clientes.

—¿Y nosotros qué somos? ¿Peces?

La cazadora respiró despacio, se armó de paciencia y respondió:

—La dueña, Betty, siempre viene por las noches para preparar los pedidos del día siguiente. Está acostumbrada a que le haga una visita cuando me toca salir a cazar, así que no va a extrañarle en absoluto verme por aquí esta noche.

—¿Y a mí? —preguntó Reeve.

Viri zarandeó el abrigo que le había prestado Soren.

—Tú eres mi amigo de la Nox.

—¿Amigo? —Reeve le dedicó una sonrisa burlona—. Qué escándalo...

—No *ese* tipo de amigo —aclaró a regañadientes. Cuando escuchó pasos que se acercaban a la puerta, se giró hacia Reeve con rapidez y le advirtió—: Betty es mayor y muy amable, pero también es bastante cotilla, así que ten cuidado con lo que dices aquí. Y, por el amor de los Sabios, compórtate un poco.

—¿Por el amor de los Sabios o por el tuyo?

—No empieces —exclamó, aunque a Reeve se le escapó una

sonrisa al escuchar su tono amenazante.

Antes de que pudiera decirle lo que le haría si se le ocurría decir algo fuera de lugar, la puerta de madera se abrió y dejó escapar un delicioso y embriagador olor a dulces que hizo que a Viri le rugieran las tripas. La luz que había en el interior del local dibujó la silueta de Betty, una mujer bajita y regordeta con el pelo tan blanco como la harina con la que cocinaba sus tartas y con más arrugas que un pergamino viejo. Llevaba unas gafas grandes de cristales redondos sobre unos ojos marrones apagados que se estrecharon al observar el oscuro callejón, pero los acompañó una amplia sonrisa cuando se abalanzó hacia delante con los brazos abiertos.

Sin embargo, ese abrazo no iba para Viri.

—¡Bizcochito! —gritó Betty, atrayendo a Reeve hacia su enorme pecho—. ¡Te he echado de menos!

Viri se quedó boquiabierta cuando vio a Betty abrazar con tantas ganas a Reeve y, al instante, separarse de él para pellizcarle las mejillas.

—Tan guapo como siempre —dijo la anciana—. Igual que tu padre.

—Pero no tan canalla —respondió Reeve con una sonrisa pícara.

Betty soltó una sonora carcajada.

—Bueno, bueno, eso lo dudo. Pero ¿qué es la vida sin un poco de picardía? —Betty se giró hacia Viri y le guiñó un ojo—. Menos mal que los cazadores saben cómo pasárselo bien, ¿verdad, bombón?

Viri fue incapaz de responder porque su cerebro se había parado a procesar todo lo que estaba ocurriendo en ese momento. Si ya le sorprendía que conociera a Reeve, cuando mencionó a su *padre*, Viri se quedó atónita; si no recordaba mal, el padre de Reeve murió cuando él tenía cinco años por una infección sanguínea que no tenía

cura. Su madre, sin embargo, lo abandonó cuando era un bebé para irse con otro hombre, por lo que, cuando el padre de Reeve murió, tuvo que pasar por varios hogares de acogida y orfanatos hasta que por fin lo adoptaron una pareja de ancianos: los vecinos de la infancia de Viri. Así fue como lo conoció hacía ya muchísimos años. Reeve y ella no solo habían sido amigos, sino que habían vivido puerta con puerta, literalmente.

—Lo siento —murmuró Viri, agitando una mano entre Reeve y Betty—, pero ¿de qué os conocéis?

—Esta es la mejor pastelería de Aravell —respondió Reeve repitiendo las palabras que había dicho Viri unos minutos antes—. Llevo años viviendo aquí.

—Por un momento, pensé que me estaba persiguiendo el fantasma de su padre —dijo Betty, mirando a Reeve con ternura—. Jude Ashton siempre fue encantador; no me extraña que su hijo haya salido a él.

¿Encantador? ¿*Reeve*? Viri estaba segura de que las palabras de Betty eran consecuencia de los achaques de la edad.

—Por todos los Sabios, miradme, aquí parloteando... —Betty dio una palmada y se formó una pequeña nube de harina—. Pasad, pasad. Acabo de sacar del horno una bandeja de tartaletas de crema —dijo sonriéndole a Reeve—. Tus favoritas.

—Eres un cielo —exclamó el chico devolviéndole la sonrisa—. No sabes lo asquerosa que está la comida de la cárcel. Llevo una semana muerto de hambre.

Viri miró a Reeve con los ojos como platos por lo que acababa de contarle a Betty, pero esta ni se inmutó.

—Eso no lo puedo consentir. —La anciana chasqueó la lengua al

darse la vuelta y se adentró en su tienda cojeando mientras les hacía un gesto para que la siguieran—. Este niño está en edad de crecimiento.

«Niño» no era la palabra que Viri hubiera utilizado para describirlo. Aunque Reeve solo tenía dieciocho años, de niño no tenía absolutamente nada, ni el aspecto ni la forma de actuar. Y, desde luego, tampoco era muy de niño eso de matar a inocentes para lucrarse de ello.

Al recordarlo, Viri sintió un golpe de realidad que le puso los vellos de punta, por lo que entró en la pastelería con grandes zancadas y tirando de su fílux para arrastrar a Reeve tras ella. Había muchas mesas de madera en las que podían sentarse y todas estaban decoradas con flores, velas y tapetes, lo que le daban al interior del lugar un toque tan dulce como el aroma que envolvía la estancia. Sin embargo, Viri no fue capaz de apreciarlo tanto como otras veces, ya que estaba centrada en obtener la información que necesitaba, después de lo cual enviaría a Reeve de vuelta a la Críptula.

—Podéis sentaros donde queráis, pastelitos —los invitó Betty mientras atravesaba el mostrador en dirección a la cocina—. Ahora os traigo algo rico.

Viri condujo a Reeve a la esquina más escondida de la sala y se sentó delante de él. Apartó todo lo que había sobre la mesa y colocó el fílux encima.

—Ha llegado el momento de que respondas a mis preguntas —dijo sin preámbulos—. Yo ya he cumplido con mi parte del trato. Ahora te toca a ti.

10

Reeve se puso cómodo, estiró las piernas por debajo de la mesa e ignoró la patada que le dio Viri cuando invadió su espacio.

—Un trato es un trato, sombrita. ¿Por dónde empezamos?

—Puedes empezar por dejar de llamarme así —respondió Viri—. Y, después, respóndeme a la pregunta que te he hecho cientos de miles de veces: ¿dónde está el Padre Segador?

—¿Por qué no lo llamas por su nombre real?

Viri sintió la ira ardiendo en su interior.

—Porque, cuando decidió convertirse en el Padre Segador, renunció a su humanidad y, por lo tanto, a su derecho a ser tratado como tal. —Se inclinó hacia delante y dijo entre dientes—: Y no eres tú quien hace las preguntas, sino yo. Así que, o me respondes, o te vuelvo a llevar derechito a la Críptula.

Reeve soltó una sonora carcajada.

—Como si no tuvieras ya pensado encerrarme allí después de esto.

Se quedó callada y, al segundo, intentó zafarse de la tensión que inundó su cuerpo.

—No sé de qué me hablas.

—Para ser justos —siguió diciendo Reeve, como si Viri no le hubiera contestado—, me decepcionarías si *no* hubieras pensado cómo darme una puñalada trapera. Todo el mundo te conoce por ser

una cazadora despiadada, Viridia Solace. Sería una lástima descubrir que todo es una farsa.

Antes de que a Viri se le ocurriera qué responderle, o inventarse alguna mentira creíble, Betty salió de la cocina y dejó delante de ellos una bandeja a rebosar de pastelitos, galletas y tartaletas de crema; con todo lo que había, podían alimentar a la ciudad entera. Entonces la anciana se marchó, pero volvió al momento con una tetera humeante y dos tazas decoradas con corazones dorados que dejó sobre la mesa haciendo un gesto elegante.

—Un romántico festín para mis dos personas favoritas —exclamó Betty—. Disfrutad de vuestra cita, queridos. —Suspiró con melancolía—. Ay, quién pudiera volver a ser joven y enamorarse...

A Viri se le atropellaron las palabras al intentar responderle:

—No... Esto no es... No *somos*...

Pero Betty ya se había ido y acababa de desaparecer tras la puerta de la cocina.

—No podemos olvidarnos de invitarla a la boda —dijo Reeve con una sutil sonrisa mientras les servía el té—. Si se lo pedimos con educación, seguro que nos hace la tarta.

—Deja de reírte. No tiene gracia —espetó Viri con el ceño fruncido.

—No me estoy riendo.

—Con los ojos sí.

—¿Con los *ojos*?

—Es que... Buf... Olvídalo —gruñó antes de agarrar una de las tartaletas de crema y comérsela con rabia, pero se le pasó en cuanto el dulce sabor de la vainilla inundó todos sus sentidos.

—Está rica, ¿verdad? —dijo Reeve, agarrando otra tartaleta y dándole un bocado. De pronto, gimió, y el sonido pareció tan

sugerente como intolerable—. Mmmm... Está deliciosa.

Viri le dio un sorbo al té, aunque estaba hirviendo todavía, con la esperanza de ocultar el rubor de sus mejillas.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó el chico mientras se chupaba los dedos, por lo que Viri se ruborizó más aún—. No me importa que tengas pensado jugármela, porque no te va a hacer falta.

La cazadora entrecerró los ojos y exclamó:

—Ah, ¿no?

—Me necesitas —afirmó Reeve con seguridad—. Mientras tenga información relevante del Padre Segador y de los niños, no puedes permitirte el lujo de perderme de vista.

—Información que me *debes*. Ese era nuestro trato.

—Tienes toda la razón —afirmó y luego le dio un sorbo al té—. Solo hay un pequeño problema. —Levantó la mano que tenía libre y apretó el dedo índice contra el pulgar—. Un problemilla diminuto sin importancia. —Se calló un segundo—. Bueno, en realidad hay *tres* problemas.

Hubo algo en el tono del segador que alarmó a Viri.

—¿Qué tres problemas?

Reeve le dio otro sorbo al té y, después, soltó la taza.

—Quieres saber dónde está el Padre Segador, dónde están los niños y cuándo tendrá lugar el sacrificio, ¿no?

—Sí —respondió, decidida.

—Pues eso son los tres problemas. Porque no sé la respuesta a ninguna de esas preguntas.

Viri se quedó mirándolo un segundo y, después, empezó a reírse, aunque no había ni pizca de gracia en sus carcajadas.

—Buen intento... Ahora dime de una vez lo que quiero saber.

Reeve levantó las manos.

—Te prometo que te estoy diciendo la verdad. Pero antes de que me asesines con la mirada, tienes que saber que no todo son malas noticias. Sé cómo *averiguar* las respuestas a tus preguntas, pero tenemos que ir a un sitio para conseguir la información.

Ella volvió a reírse, esta vez de incredulidad.

—Estás de broma, ¿no?

—¿A ti te parece que estoy bromeando?

Al percatarse del rostro serio de Reeve, a Viri se le borró la sonrisa.

—¿Por qué iba a ir yo contigo a ninguna parte? Ya sabes que tenía pensado traicionarte...

—¿Hablas en pasado? Qué alentador...

—… así que ¿por qué arriesgaría mi vida por hacerle caso a un segador?

—Porque los dos queremos lo mismo —reconoció Reeve sin tapujos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Viri en un evidente tono de duda.

—Detener el sacrificio del cometa Aurora.

Se echó hacia atrás, perpleja. Al instante, miró a Reeve con el ceño fruncido.

—Eres el seguidor más fiel del Padre Segador, ¿por qué ibas a querer oponerte a sus planes?

El rostro de Reeve se volvió impasible.

—Nada de preguntas personales. Ese era el trato.

—Un trato que tú mismo has *roto* —exclamó furiosa—. ¿Y por qué eso es una pregunta personal?

—Yo no he roto nuestro trato. Acabo de decirte, literalmente, cómo podemos obtener las respuestas que necesitas. Eres tú la que no deja

de discutir por la logística.

—Yo no estoy *discutiendo* —se quejó Viri.

Reeve la miró con la intención de que se diera cuenta de que sí estaba discutiendo.

A Viri no le habría sorprendido lo más mínimo que, en ese momento, le hubiera empezado a salir humo por las orejas. Se tomó un momento para respirar hondo e inhalar el relajante aroma a vainilla y crema; odiaba que su plan se hubiera torcido tanto. Reeve se la había jugado, *otra vez*, pero, si resultaba estar diciendo la verdad... Si hubiera una forma de obtener las respuestas que necesitaba... Si *de verdad* quería detener el sacrificio del cometa Aurora... Eso significaba que sí que tenían el mismo objetivo. No era tan ingenua como para pensar que estarían de acuerdo en todo, ya que Reeve era fiel al Padre Segador, además de un segador como tal. Sin embargo, en ese caso concreto, tal vez valdría la pena arriesgarse a ir con él si eso podía ayudarla a salvar a los niños.

Su intuición no le había fallado nunca y rezó por no empezar a tomar decisiones equivocadas ahora, justo cuando tenía la mirada clavada en Reeve. Entonces le preguntó:

—¿A dónde tenemos que ir?

El chico, como respuesta, se comió otra tartaleta de crema y se puso de pie.

—No está lejos. Llegaremos en nada si utilizamos el sendal.

Viri apretó los labios y se levantó de su asiento, aunque no pudo evitar preguntarse si estaba cometiendo un terrible error. Sin embargo, algo en su interior le decía que estaba haciendo lo correcto. No confiaba en Reeve lo más mínimo, pero hacía tiempo que había aprendido a confiar en sí misma y no iba a dejar de hacerlo ahora.

—¡Gracias por este picoteo nocturno, Betty! —gritó Reeve hacia la cocina mientras se dirigían a la puerta de la pastelería—. ¡Nos vemos pronto!

—¡Adiós, pastelitos! —respondió la anciana desde algún lugar que no estaba a la vista—. ¡No hagáis nada que no haría yo!

A Viri le dio vergüenza ajena lo que insinuó Betty, pero se centró en seguir a Reeve a través de las mesas decoradas, con su fílux brillando entre ellos. De pronto, empezó a percatarse de algo que, al principio, la confundió y, a los segundos, la alarmó: Reeve iba andando con tranquilidad; con demasiada tranquilidad.

—¿Por qué no vas tambaleándote? —preguntó Viri.

Reeve la miró por encima del hombro y levantó una ceja.

—¿Porque aprendí a andar de niño?

—No... Es solo que... ¿Por qué no estás cansado?

El segador la miró más incrédulo aún.

—¿Porque me he pasado una semana en una celda y no tenía más que hacer aparte de echarme la siesta? ¿Y porque acabo de comerme mi propio peso en azúcar?

—Deja de responder a mis preguntas con más preguntas —exclamó molesta.

Reeve, que no entendía nada, le respondió:

—Pues deja de hacer preguntas sin sentido y ve al grano. Dime qué te preocupa.

Viri agitó la mano para señalar su fílux.

—Llevas tanto tiempo atado al fílux que ya deberías haber empezado a sentir sus efectos. Tendrías que estar agotado, no así de vivaracho.

—¿Vivaracho? —La boca de Reeve se curvó hacia arriba—. Desde

luego, me han llamado cosas peores.

La cazadora se detuvo justo delante de la puerta de la pastelería y tiró del fílux para que Reeve se parara.

—Respóndeme.

—Llevo un tiempo sin tomar ni una pizca de élixen —respondió, encogiéndose de hombros—. Puede que sea por eso.

Viri sintió un escalofrío al recordar a qué se dedicaba Reeve y las cosas que había *hecho*.

—Bueno, en ese caso la única diferencia sería que no te afectaría tan rápido. Pero sigues teniendo tu gota de élixen, así que el fílux debería reprimirla. Tal vez habría tardado más, pero, aun así, ahora mismo, deberías tener la misma fuerza que un gatito.

—Pues puede que esté roto —murmuró, volviendo a encogerse de hombros.

El pánico se apoderó de Viri al pensarlo. Sin embargo, ella sí que sentía su arma y su delicada sensibilidad detectó un leve chispazo de élixen, por lo que supo que contenía el mismo poder que siempre. Eso quería decir que...

—No funciona contigo —dijo Viri con la voz entrecortada—. Es eso, ¿verdad?

En el rostro de Reeve se dibujó una sonrisa perversa.

—Has tardado en darte cuenta, ¿eh?

—Serás *gilipollas*... —La chica le dio un empujón en el pecho y, después, volvió a darle otro cuando Reeve desenrolló el fílux de la muñeca y lo agitó en el aire con aire burlón, algo que le resultaría imposible a un prisionero normal.

—Yo no tengo la culpa de que no me preguntaras —espetó aún con una sonrisa—. Lo irónico es que tú no te hayas dado cuenta de que

no funcionaba hasta ahora, sobre todo porque tampoco funciona contigo.

Viri lo miró con la boca abierta.

—¿Cómo has sabido...?

—Porque yo *sí* me acuerdo, Viri. Que tú decidieras olvidar nuestro pasado no significa que yo hiciera lo mismo.

—Pero... Yo... —No supo qué decir porque no tenía recuerdo alguno de ese momento en el que tanto ella como Reeve se percataron de que eran inmunes al fílux de sus padres. No obstante, Reeve tenía razón sobre que ella misma había decidido no albergar ciertos recuerdos de su pasado; era incapaz de lidiar con tanto dolor, pero podía soportar la pena cuando conseguía mantenerla a raya.

Sin embargo, ese no era el momento de preguntarse qué más podría haber arrastrado a las profundidades de su subconsciente, de modo que se dejó llevar por la rabia que sentía y dijo:

—Así que has podido mentirme durante toda la noche. ¿Hay *algo* de lo que me has dicho que sea verdad?

Reeve se puso serio y respondió:

—No te he mentido ni una sola vez.

—Me dijiste que sabías algo del Padre Segador y de sus planes.

—No, te dije que sabía más que tú y que te interesaría escucharlo. Y así sigue siendo. Y en más sentidos de los que te imaginas.

—Pues *cuéntamelo*.

—Lo haré, pero todavía no.

Viri quiso dar patadas contra el suelo, como si fuera una niña pequeña. Sin embargo, se limitó a enrollarse el fílux alrededor del brazo mientras farfullaba en voz baja algo sobre lo exasperantes que eran los segadores. Después, fue hacia Reeve y empezó a palpar los

bolsillos de su abrigo negro.

Reeve se sobresaltó y se chocó contra una silla, pero Viri no paró de buscar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó como si estuviera maldiciéndola en su interior.

—Estate quieto —le ordenó Viri mientras seguía registrando el abrigo.

—Si lo que querías era meterme mano, solo tenías que pedírmelo, ¿eh?

—Perdón, rectifico —espetó—: estate quieto y *cállate*.

Viri no encontró nada en los bolsillos de fuera, así que le desabrochó el abrigo y empezó a rebuscar en los bolsillos interiores; sus dedos apenas rozaron los costados de Reeve mientras trataba de encontrar algo que sabía que tenía que estar en alguna parte. Notó cómo el cuerpo de Reeve se tensó y, después, se agitó un poco mientras ella seguía escarbando con los dedos entre los bolsillos. De pronto, se le escapó un ruido que hizo que lo mirara con incredulidad al darse cuenta de que...

—¿Tienes *cosquillas*? —Al no obtener respuesta, siguió hablando en tono acusador—: No puedes tener cosquillas. Eres un segador.

—¿Por qué lo dices como si hubiera un reglamento que explicara cómo ser un segador ejemplar? —preguntó Reeve—. ¿Debería tomar apuntes?

Viri subió las manos por sus costados a posta y a Reeve se le escapó un grito repentino.

—¡Tienes cosquillas! —gritó Viri. Casi le dio un ataque de risa por lo ridículo que le parecía que un segador tuviera cosquillas, pero, antes de cometer ese error, encontró lo que estaba buscando—. ¡Ay!

¡Aquí está! ¡Gracias, Soren!

Cuando Reeve pudo ver lo que Viri había estado buscando, que no era más que el equipamiento básico que llevaban todos los guardias de la Nox, suspiró.

—¿Unas encancelas? ¿Qué necesidad hay?

En lugar de responderle, le puso una en la muñeca y se colocó la otra en la suya, y dejó escapar una pequeña mueca de dolor cuando sintió la punzada de élixen por el efecto de la anulación. Al contrario que el fílux, las encancelas no estaban unidas por ninguna cadena, sino que eran dos brazaletes separados que estaban unidos por magia intangible. Su función era hacer que la magia dejara de funcionar en lugar de reprimirla y drenarla. Aunque las encancelas no eran tan poderosas como su fílux, al menos, al estar atado con ellas, Reeve no podría extraer élixen, aunque también tenía otras ventajas.

—Ya que mi fílux no funciona contigo, así me aseguraré de que no intentas escapar —dijo, tocando el brazalete negro brillante—. Si te alejas más de diez pasos de mí, sentirás como se retuerce cada nervio de tu cuerpo.

—A ti te pasará lo mismo —la advirtió.

—Sí, pero al menos así estoy tranquila.

—Te lo he dicho antes: queremos lo mismo, Viri —murmuró Reeve. En su voz se coló una pizca de frustración—. No pienso ir a ninguna parte sin ti.

—Ya sé que no —respondió, volviendo a tocar las encancelas—. Ahora quítate el abrigo. Hoy ya has jugado bastante a ser un guardia de la Nox. Betty se encargará de devolvérselo a Soren.

—¿No se te ocurrió pedirme que me lo quitara antes de

manosearme como lo has hecho? —preguntó Reeve cortante mientras se quitaba el uniforme y lo dejaba en el respaldo de una de las sillas de la pastelería—. Si no te conociera tanto, pensaría que has disfrutado...

—Como se te ocurra terminar esa frase, seré yo la que me aleje diez pasos de ti *a posta* —le amenazó Viri, que ya había empezado a notar el calor en sus mejillas. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza pedirle que se quitara el abrigo antes, así que ahora se sentía bastante avergonzada—. Venga, vámonos. Tienes un trato con el que cumplir.

II

Ni Viri ni Reeve pronunciaron palabra alguna mientras desandaban sus propios pasos por el oscuro Distrito Mercantil para volver al sendal; para su sorpresa, el silencio resultaba apacible. Sin embargo, cuando llegaron al deslumbrante arco de piedra mágica, toda la tranquilidad que había sentido Viri quedó eclipsada por el nerviosismo que la inundó.

—Por si sirve de algo, quiero que sepas que no te estoy tendiendo una trampa —afirmó Reeve al notar lo inquieta que estaba—. Te doy mi palabra.

Viri se alisó la capa carmesí y, a escondidas, se aseguró que tenía a mano todas sus dagas de cazadora: dos enganchadas en el cinturón y una escondida en la bota. Por lo general, prefería usar el fílux, ya que era mucho menos engorroso, pero hacía mucho tiempo que había dejado de ser tan selectiva.

—Siento decirte que la palabra de un segador no significa nada para mí.

—¿Y si es la palabra de un viejo amigo? —preguntó Reeve—. ¿Sirve de algo?

Para Viri, recordar la persona que había sido Reeve fue como si le dieran una patada en el estómago; aun así, su rostro permaneció impasible.

—Si hubiera querido hacerte daño —siguió diciendo Reeve—, lo

habría hecho en alguna de las muchas ocasiones que he tenido esta noche. —Viri se sobresaltó al darse cuenta de que volvía a estar en lo cierto—. Cuando le dije a Archer que estarías a salvo conmigo, hablaba en serio.

No supo qué decir. Estaba abrumada por los sentimientos contradictorios que la invadieron, así que se aferró al recuerdo de Soren tumbado inconsciente en el suelo del cuartel general de la Nox e hizo un breve gesto hacia el sendal.

—Terminemos con esto de una vez.

Reeve se detuvo a observarla un segundo y, por un momento, pareció que iba a decir algo más, pero se frenó a sí mismo, negó ligeramente con la cabeza y se giró hacia el sendal. Cuando estaba a punto de atravesar el arco, le tendió la mano a Viri.

—Más vale prevenir que curar.

Los académicos más destacados de Aravell llevaban siglos investigando sin descanso la magia de los sendales, pero casi todo lo relacionado con los arcos de piedra mágica seguía siendo un misterio. Los sendales formaban parte de la vida diaria de Isla Elverdine y los ciudadanos que los utilizaban solo tenían que visualizar en su mente el destino de otro sendal para que los transportara allí al instante, así como a cualquier persona que los acompañara. Y no era necesario que tocaran a su acompañante, ya que el portal se quedaba abierto hasta que la persona pensaba en el destino al que quería ir. Por eso Reeve entró primero, porque solo él conocía el lugar al que tenían que ir, pero Viri no tenía por qué agarrarle de la mano para trasladarse al mismo lugar que él. Sin embargo, cuando Reeve se percató de que Viri estaba a punto de quejarse, sacudió el brillante grillete de su muñeca para recordarle la

agonía que sufrirían si se separaban más de diez pasos. De modo que, a regañadientes, acabó estrechando sus dedos con los de él por segunda vez en lo que iba de noche.

—No te acostumbres —murmuró Viri.

Reeve le sonrió con la mirada.

—Quizás deberías aplicártelo a ti misma.

Antes de que pudiera decirle que preferiría ir de la mano de un cadáver, Reeve se adentró en el sendal y la arrastró tras él. A los pocos segundos, aparecieron el otro lado de un arco por el que Viri no había pasado en su vida; sin embargo, al observar el diseño típico del interior de la montaña, se dio cuenta de que estaban en la zona residencial del monte Tembris. No tuvo forma de saber a qué altura estaban, pero el aire filtrado era menos pesado y más seco de lo que estaba acostumbrada, por lo que debían estar en la parte más alta, casi en el pico. Entonces se fijó en que solo había algunas puertas a lo largo del corto túnel, una prueba más de que estaban en la parte más elevada porque, al haber menos espacio, había menos apartamentos. De pronto, Reeve se detuvo delante de una de las puertas y, justo cuando estaba a punto de girar el pomo, Viri se quedó paralizada.

Porque empezó a arderle la marca de cazadora.

—*¡Espera!* —Viri le dio un manotazo para que soltara el pomo y, después, masculló—: ¡Me dijiste que no era una trampa!

Reeve la miró desconcertado.

—Y no lo es.

Viri lo fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿por qué hay un *segador* ahí dentro, Reeve?

Este se fijó en los círculos entrelazados que tenía tatuados en la palma de la mano y su rostro se relajó al entender a qué se refería.

Sin embargo, en lugar de tranquilizarla, se limitó a decirle:

—Con suerte, habrá dos. Sería un incordio tener que salir ahora a buscar al otro.

Antes de que pudiera detenerlo, Reeve abrió la puerta, la agarró de la mano *otra vez* y la arrastró al interior del apartamento.

En cuanto cruzó el umbral de la puerta, Viri se olvidó de la quemazón que sentía en la mano, no porque hubiera desaparecido, sino porque un agonizante dolor le sacudió todo el cuerpo, como si millones de rayos estuvieran atravesando todos y cada uno de sus nervios. Si no hubiera sido porque Reeve seguía sujetándola de la mano, habría pensado que habían activado las encancelas sin querer. Pero el dolor le resultaba lo bastante familiar como para saber lo que estaba pasando, aunque no se explicara *por qué*.

—¿Una tutela de élixen? —preguntó con la voz ronca cuando su cuerpo empezó a adaptarse a la oleada de magia que acababa de atravesarla—. ¿Qué *demonios*, Reeve?

El segador la observó con detenimiento, como si estuviera intrigado.

—La mayoría de la gente no puede sentirla.

Viri respiró hondo al sentir la última punzada de dolor y apretó la mandíbula al decir:

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

—Lo sé perfectamente, te lo aseguro —respondió en un tono y con una expresión indescifrable—. No sabía que eras tan sensible a la magia. Qué interesante... Aunque, en realidad, tiene sentido, teniendo en cuenta tu historial.

—¿Qué histo...? —Se calló al volver a sentir el calor en la palma de la mano. Su experiencia como cazadora hizo que dejara de lado la

curiosidad y activara sus instintos de supervivencia.

Viri desenrolló su fílux y se apoyó en las puntas de sus pies para mantener el equilibrio y echar un vistazo rápido a su alrededor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en el salón de un apartamento muy parecido al suyo, solo que más pequeño y con una decoración mucho más sombría. Las vistas también eran distintas, ya que había una enorme ventana sellada que daba de lleno al monte Mort, el pico más escarpado, imponente y al norte de las montañas Tridus. Al contrario que los montes Tembris y Verta, los humanos tenían prohibida la entrada al monte Mort, que se encontraba más allá de la protección de los obeliscos y que casi siempre estaba cubierto por una nube de nebruma, incluso durante el día. Desde que Viri tenía uso de razón, no había conocido a nadie que se hubiese aventurado a ir hasta allí o, al menos, nadie que hubiera vivido para contarlo.

Sintió un escalofrío al observar la letal montaña y, después, volvió a estremecerse cuando vio un relámpago que se perdió en la densa niebla negra que lo rodeaba; la tormenta que antes se acercaba por el horizonte cada vez estaba más cerca.

—¿Dónde estamos? ¿Y por qué? —exigió saber Viri sin dejar de escudriñar el salón, que apenas estaba iluminado. Aunque le ardía la mano, no vio ninguna señal que le indicara que había un segador cerca.

—Puedes estar tranquila —dijo Reeve mientras se acercaba a una especie de casita rectangular que había en el suelo junto a la ventana —. Aquí estamos a salvo gracias a las tutelas de élixen.

—¿A salvo de qué? —preguntó—. ¿O de quién?

—De ambos. —Se agachó y trasteó con un pestillo de metal que

había en la parte superior de la casita.

Viri, molesta porque Reeve no contestara a sus preguntas, se fijó otra vez en el apartamento; paredes grises y un sofá negro de piel, colores que, sin duda, elegiría un hombre.

—¿Esto es...? ¿Vives aquí?

Reeve estaba demasiado distraído como para responderle. Toda su atención estaba puesta en levantar la tapa de la casita e intentar sacar algo; algo que hizo que Viri se acercara más aún para asegurarse de que lo que veían sus ojos era real. De pronto, Reeve tenía en las manos un conejito y podría ser, con diferencia, la cosa más adorable que la cazadora había visto en su vida; su pelaje marrón claro y suave se oscurecía al llegar a la nariz, y sus orejas estaban caídas.

La cazadora, que seguía sin entender la escena que tenía delante, se vio obligada a hacerle a Reeve una pregunta estúpida:

—¿*Eso* qué es?

—¿A ti qué te parece? —respondió el chico, acurrucando a la pequeña bola de pelo contra su pecho y acariciándole las orejas largas y suaves.

Viri se preguntó si habría sufrido un derrame cerebral.

—No puedes tener un *conejito* como mascota —farfulló—. Los conejitos son lindos y adorables y... y... esponjositos, y tú eres el mal personificado. Esto va contra las leyes de la naturaleza.

—Primero: gracias por insinuar que no soy esponjosito. Me halaga que te hayas dado cuenta —dijo, guiñándole un ojo, lo que hizo que a Viri se le encendieran las mejillas, aunque le bufara al escuchar su respuesta—. Segundo: «el mal personificado» suena mucho mejor que «gilipollas», así que te lo acepto. Y tercero: Castaña no es mío, pero le caigo mejor que los demás.

Viri estaba segura de que, en cualquier momento, le explotaría el cerebro.

—¿En serio le has llamado *Castaña*?

—No, *yo* le he llamado Castaña, porque es mío —exclamó una nueva voz que hizo que Viri se diera la vuelta cuando un chico de su edad apareció por el pasillo. Tenía una mirada inocente, unos alborotados rizos rubios, unos cándidos ojos azules tras unas gafas rectangulares y una sonrisa radiante y aparentemente sincera. De hecho, llevaba un jersey de cuadros sin mangas, una prenda que Viri solo les había visto a personas de más de cincuenta años.

En general, parecía un chico inofensivo, aunque las apariencias, a veces, engañaban. A Viri no le hizo falta prestarle atención al calor abrasador que sentía ahora en la palma de la mano para saber que acababa de entrar un segador; las venas negras que trepaban por los antebrazos del chico eran la prueba irrefutable de que era uno de ellos.

La cazadora adoptó una postura defensiva y agarró el fílux con fuerza, preparada para el ataque del segador. Sin embargo, el chico apenas la miró, sino que se fue directo hacia Reeve y le arrebató el conejo de las manos con cuidado.

—Y, para que conste —dijo el chico, acariciando a Castaña antes de meterlo en el bolsillo delantero de su chaleco. El conejo se movió en el bolsillo hasta que consiguió sacar la cabeza y los observó con curiosidad—, solo le caes mejor porque eres el que más zanahorias le da. O quizás sea por cómo hueles, a manzanas y a sándalo, que es lo que más le gusta en el mundo.

—No creo que ahora mismo huela así —espetó otra voz, esta vez de una chica. Entonces apareció otra segadora por el pasillo y los

saludó con la mano. Llamaba bastante la atención por su pelo corto morado y sus ojos almendrados de color marrón; llevaba puesto un atuendo beis de combate hecho de cuero que le cubría lo suficiente como para que Viri pudiera ver las venas negras que se extendían bajo su piel—. ¿Llevas una semana con la misma ropa, Reeve? Eres un cerdo.

—Tenía lavabo, ¿okey? —Reeve se cruzó de brazos—. Para que lo sepas, mi higiene personal es de lo más ejemplar.

—Ejemplar o no —respondió la chica del pelo morado—, una semana sin cambiarse de ropa es una asquerosidad, le preguntes a quien le preguntes. ¿Así es como te torturaban?

—Me ofrecieron otra ropa. —Se calló un segundo—. Pero no iba a juego con mi pelo.

—Lo que quieres decir es que no te gustaba el color —dijo la chica con una sonrisa burlona.

Reeve, sacudiéndose unas motas invisibles de polvo del hombro, respondió:

—Me queda mejor el negro. Además, algunos dicen que combina con mi alma.

—Eres un segador —dijo Viri sin pensar—. Tú no tienes alma.

Todas las miradas se posaron en ella y, de pronto, cayó en la cuenta de que era la única de todos los presentes que *no* era un segador. Sujetó el fílux con más fuerza aun, pero ninguno de los asesinos que tenía delante parecía preocupado por ver a una cazadora de capa carmesí en mitad de su apartamento.

—Supongo que debo presentaros —dijo Reeve señalando a sus amigos y a Viri—. Sage D'alia, Jonas Flynn, os presento a Viridia Solace. Cuidado, que muerde. Y no en el buen sentido.

La chica, Sage, resopló, pero el chico, Jonas, le dedicó a Viri una sonrisa amable y, para rematar, añadió un saludo tontorrón.

—He escuchado hablar mucho de ti, Viri —dijo, poniéndose bien las gafas. Sus ojos se clavaron en el arma que sujetaba Viri y se le iluminó la mirada—. ¡Ahhh! ¡Es el fílux legendario! ¿Puedo tocarlo? ¡Por favor!

—¿Qué? —exclamó Viri atónita.

Antes de que pudiera detenerlo, Jonas se acercó para tocar el látigo dorado con un dedo y, en cuanto lo rozó y sintió una descarga repentina, se puso pálido. Al instante, se apartó de un salto y sacudió la mano.

—Vaya, es peor de lo que pensaba. Cero de diez, no lo recomiendo. —Volvió a estremecerse, pero, aun así, su sonrisa se ensanchó—. ¿No es increíble la magia?

Viri se quedó mirándolo; no le salían las palabras.

—Disculpa a Jonas —murmuró Reeve con tono divertido y cariñoso a la vez—. Tiene corazón de académico, sobre todo en cualquier tema relacionado con los magos ancestrales y las formas en las que usaban el élixen.

—Si no fuera por..., ya sabes..., *esto* —dijo Jonas señalándose las venas negras del brazo—, me pasaría horas y horas estudiando en la universidad. Pero como los cazadores van campando a sus anchas por todas partes, sería cuestión de tiempo que acabaran atrapándome. Y a eso se suma que el Gremio de Académicos tiene unas reglas muy estrictas sobre el tipo de persona al que permite matricularse.

Viri no podía dejar de mirarlo.

—No me digas...

—Sí, sí. De hecho, lo intenté una vez —respondió Jonas sin captar el tono sarcástico de Viri—. Incluso le escribí una carta redactada en un tono bastante serio al rector Reginald para poner de manifiesto la descontrolada discriminación y hacer hincapié en la importancia de que haya diversidad entre los estudiantes y los compañeros. Nunca me respondió. —Jonas suspiró con melancolía—. Qué gente tan cerrada de mente.

—Ellos se lo pierden —dijo Sage, dándole un empujoncito a Jonas —. Y eso que ganamos nosotros. ¿Qué haríamos sin ti, tus libros y tu ingenio para ayudarnos a...?

Reeve se aclaró la garganta y Sage se calló de inmediato.

—¿Ayudaros a qué? —inquirió Viri.

Sage la ignoró y se giró hacia Reeve para lanzarle una mirada acusadora.

—Por cierto, ¿qué hace ella aquí? Supongo que habrá una buena razón para que hayas decidido traer a una cazadora al apartamento de Jonas.

—Viri no está de servicio —respondió Reeve.

—Esto... Claro que sí —le corrigió Viri con el ceño fruncido—. Siempre estoy de servicio.

El rostro de Jonas permaneció impasible, pero Sage se puso tensa y se movió en el sitio. Viri hizo lo mismo y notó cómo los latidos de su corazón se aceleraron, preparada para un ataque inminente.

Reeve se deslizó entre ellas para separarlas.

—Tranquilas, que aquí todos somos amigos. —Le puso una mano a Sage en el hombro para calmarla—. Me corrijo: Viri es cazadora, pero ahora mismo no está cazando.

—Pero debería —espetó Viri, poniéndose más seria aún—. Y ni se

te ocurra decir que somos amigos. Si no corriera el riesgo de que me encerraran contigo en una celda, te llevaría de vuelta a la Críptula ahora mismo.

—Enhorabuena, Reeve —dijo Sage en un tono inexpresivo—. Buena pesca.

Viri la miró con desconfianza y exclamó:

—Reeve no ha pescado nada. De hecho, él fue el tonto al que atraparon.

Sage resopló.

—Qué gracia, porque habría jurado que...

—Sage —le cortó Reeve en voz baja.

Antes de que pudiera decirle nada más, se escucharon tres golpes en la puerta de entrada y se abrió lo justo para que un chico joven y atractivo asomara la cabeza por el umbral. Era ancho, alto y desprendía confianza, como Reeve, pero su piel y sus ojos eran marrones y tenía una melena oscura y ondulada que le llegaba a los hombros. Viri se fijó en la horrible cicatriz que le atravesaba la ceja y que, por algún motivo, le hacía parecer aún más atractivo. O, al menos, así sería si no fuera porque se trataba de otro maldito segador, también con los antebrazos llenos de venas negras que se perdían bajo su capa.

—Hola, Ardin —le saludó Jonas con una sonrisa—. No esperábamos que...

—Hay un traslado —lo interrumpió Ardin sin moverse de la puerta.

—¿Cuándo? —preguntó Reeve.

Viri se percató de su cambio de actitud. La sonrisa pícara y jocosa y la expresión despreocupada que había tenido durante toda la noche

habían desaparecido. Ahora, con los hombros firmes y completamente serio, Reeve parecía tener mucho más de dieciocho años.

—Puede ser en cualquier momento —respondió Ardin—. Me han informado tarde, así que tenemos que irnos ya.

Sage se puso en marcha y se fue corriendo por el pasillo a una velocidad propia de un segador; Jonas fue detrás, pisándole los talones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Viri, acercándose a Reeve—. ¿Qué es un traslado?

Reeve maldijo por lo bajo y se pasó una mano por el pelo oscuro como la noche. De pronto, un rayo iluminó su rostro crispado de frustración.

—Qué momento tan inoportuno.

En cuanto lo dijo, Sage volvió a aparecer en el salón, cargada de armas.

Viri se puso tensa y estuvo a punto de sacar su fílux, pero la chica del pelo morado pasó por delante de ella en dirección a Reeve.

—Toma —exclamó Sage al darle la mitad de las armas al chico. Después, empezó a armarse ella.

Reeve hizo lo mismo; envainó varias dagas en el cinturón y acabó atándose una reluciente espada negra en la espalda.

Al ver tantas armas en manos de segadores, a Viri le costó la propia vida reprimir el impulso de lanzarse hacia ellos para arrebatárselas todas.

—La tormenta cada vez está más cerca —dijo Jonas cuando volvió al salón. Traía dos capas negras con capucha: una para Reeve y otra para Sage—. Tened cuidado. Parece que va a descargar con bastante

fuerza.

—La tormenta es el menor de nuestros problemas —exclamó Reeve, colocándose la capa por encima de la ropa.

—*Reeve* —insistió Viri agarrándolo del hombro—. Háblame. ¿Qué está pasando?

—Vigila a tu perra de caza, Reeve —gruñó Sage dedicándole una mirada severa a Viri—. No podemos perder más tiempo.

En ese momento, Viri perdió la paciencia y dio un paso amenazante hacia Sage, dispuesta a abatirla, pero el brazo de Reeve la rodeó por la cintura como si fuera una barra de metal y la arrastró hasta el sofá de cuero negro.

—¡Suéltame! —gritó Viri justo antes de que Reeve la soltara. Ella se giró, con la intención de atacarlo por haberla agarrado así.

Reeve se le adelantó y dijo:

—Siento todo esto. Jonas cuidará de ti mientras estamos fuera. Te prometo que te lo explicaré todo cuando vuelva, pero tienes que saber que esto es por tu bien.

Estaba a punto de escupirle fuego, pero su rabia se transformó en incredulidad cuando vio que Reeve agarró su encancela y, tras darle un toque con el dedo, el grillete mágico se desvaneció.

Justo antes de que Reeve saliera disparado como un rayo, Viri se quedó sin respiración al sentir la mano de Reeve en su cuello, justo debajo de la oreja. No utilizó la fuerza para atacarla, sino que rozó su piel con la yema de los dedos y, al segundo, sintió una repentina oleada de élixen que la invadió, una mucho más fuerte que cualquiera que hubiera sentido en su vida.

—*Pero ¿qué...*? —dijo Viri con la voz entrecortada, pero no pudo terminar la frase porque se le atropellaron las palabras, le temblaron

las piernas y se le empezó a nublar la vista.

—Shhh... —Reeve la sujetó cuando se cayó lentamente y la tumbó con cuidado en el sofá—. Estás a salvo. No te resistas.

Quería gritarle, arañarle la cara, saber qué demonios le había hecho y cómo, pero todo lo que había a su alrededor empezó a desaparecer. Se percató de la disculpa en el rostro borroso de Reeve mientras luchaba por no quedarse inconsciente.

Justo cuando los párpados se le iban a cerrar por completo, vislumbró algo más, algo que era imposible.

Vio que Jonas extendía la mano en dirección a Sage y decía:

—Toma todo lo que necesites.

Entonces observó a Sage alimentándose de su amigo segador y, ante esa transferencia de poder, la marca de la palma de Viri empezó a quemarle como nunca antes.

Ese calor abrasador fue lo último que sintió antes de que todo se volviera negro.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Cuarto sol. Séptimo ciclo. Decimosegunda era.

Esta semana ha llegado otro grupo de magos.

Espero de corazón que sean los últimos recién llegados que veamos en un tiempo, aunque sé que solo son ilusiones mías, sobre todo porque aún no se ha encontrado el Canal Sagrado que falta y nuestra magia sigue siendo lo bastante inestable como para llamar la atención de más y más magos que están dispuestos a correr el riesgo de aventurarse a venir por sus estudios. Aunque no es mi campo de especialidad, me sigue intrigando cómo funciona aquí el élixen. Un día es tranquilo, pensativo, sumiso, y al siguiente... *puro caos*.

El otro día escuché por casualidad que una de las magas de la naturaleza, Saskia Cilla, ofrecía su propia hipótesis. Según su teoría, es bien sabido que los tres Canales Sagrados generan y aportan magia a nuestro mundo, al cielo, a la tierra y a cada espacio y criatura que se encuentra en ellos; sin embargo, considera que aquí, en Isla Elverdine, al no haber nada que proteja los Canales, hay una polaridad en la forma en la que fluye la magia. Utilizó una metáfora de la gravedad y dijo que es como soltar una piedra y esperar que caiga en el suelo de inmediato, pero que, en cambio, la magia pura y sin tutelas actúa como una fuerza magnética que hace que la piedra vuele de diversas maneras y en distintas direcciones.

La mayoría de los magos usamos nuestras propias reservas de élixen

para hacer magia, de modo que, si la teoría de Saskia es correcta, en el momento en que la utilizamos para cualquier tarea, la magia se encuentra y choca con el poder errático y polarizador del Canal. Aquí las piedras no caen, sino que vuelan, y no podemos controlar a dónde van.

Creo que su hipótesis tiene bastante mérito, pero también considero que va mucho más allá y que, en realidad, todo está relacionado con la *cantidad* de poder puro que emite el Canal Sagrado. Al no haber ninguna tutela natural, la magia que liberan a la isla bien podría ser ilimitada. Esté polarizada o no, cada vez es más difícil ignorar lo potente que es, y lo *bien* que sienta, sobre todo cuando se muestra participativa.

Lo malo es que la magia sigue siendo demasiado caprichosa como para fiarse de ella. Aunque me resulte frustrante, no puedo evitar que también me parezca divertido, como cuando estoy invocando el agua para mi té matutino y acabo mojado de pies a cabeza. Es como si la magia estuviera haciendo una travesura. Pero, al momento, puede convertirse en algo malicioso y acabar haciendo explotar un edificio.

Literalmente.

Eso fue lo que pasó ayer, justo en el corazón de la ciudad, que no para de crecer. Por suerte, no hubo ninguna víctima, pero, aun así... Parece inevitable que, de vez en cuando, ocurran este tipo de desastres al haber ahora tantos magos aquí que están utilizando tales cantidades de magia, sobre todo los magos arquitectos que no dejan de hacer mejoras en todos los edificios. Gracias a ellos, Aravell, que antes parecía un asentamiento pintoresco, se parece cada día más a una ciudad. De hecho, han empezado a excavar debajo del lago y en el

interior de las montañas, con una visión innovadora para expandir la ciudad que es más inspiradora que nunca.

El magistrado Garrin y la mayoría de los someros de Elverdine siguen agradecidos por tenernos aquí y por los avances que les estamos ofreciendo. Sin embargo, aunque sé que estamos mejorando sus vidas, hay una pequeña parte de mí que espera que la población no crezca tanto como para necesitar todo el espacio que están creando los magos arquitectos. Esta isla ha estado abandonada tanto tiempo que su belleza ha permanecido prácticamente intacta. Es un refugio. Un santuario.

Y, tal vez, estemos corriendo el riesgo de destrozarla.

Sé que ahora va a ir a peor porque ha llegado una entrometida maga alquimista: Tephryn Alemedes. Se graduó en la Facultad Imperial de Artes Mágicas unos años después de mí y, aunque no nos conocemos, todo el mundo sabe que solo los magos más destacados tienen la oportunidad de estudiar en la FIAM. Me da miedo pensar cuáles serán sus planes mientras esté en Isla Elverdine y qué clase de experimentos pretende hacer.

Que los Sabios nos aguarden.

12

Viri se despertó sobresaltada al escuchar el estruendo de un rayo que atravesó el cielo. Se sentía débil y desorientada hasta que, de pronto, empezaron a venirle recuerdos de esa misma noche.

Se puso de pie de un salto y se giró a un lado y a otro, buscando alguna señal de amenaza que pudiera haber en el salón de Jonas, pero parecía estar sola. Echó un vistazo por la ventana y observó la tormenta que descargaba con furia; la lluvia golpeaba el cristal sin cesar y los relámpagos caían a cada segundo que pasaba. Eso quería decir que, por suerte, no había estado mucho tiempo inconsciente.

Como no estaba dispuesta a quedarse esperando a que Reeve volviera y le diera todas las respuestas que le debía, incluyendo una explicación sobre cómo era capaz de usar la *magia*, se fue corriendo hacia la puerta del salón. No tenía ni idea de dónde podría estar, pero no debería haberle sacado mucha ventaja y confiaba en que sus habilidades de cazadora fueran suficientes para encontrarlo.

O, tal vez, podría servirse de algo más que de sus habilidades, ya que el calor que sintió Viri en la palma de la mano fue la señal que necesitaba para darse cuenta de que *no* estaba tan sola como creía. En lugar de ir corriendo hasta la puerta principal, se obligó a ralentizar el paso y empezó a andar por el pasillo, hacia el interior del apartamento. La marca, que cada vez le quemaba más, la llevó hasta

una puerta abierta, por lo que, con cuidado y en silencio, echó un vistazo a la habitación.

Dentro había un despacho, o quizás se trataba de una pequeña biblioteca, a juzgar por la enorme cantidad de libros que cubrían las paredes y que caían hasta el suelo en cascada, formando pilas desordenadas. No vio ningún escritorio, pero sí una mesita baja y varios sillones verdes de aspecto lujoso que estaban mirando hacia la ventana. Viri se fijó entonces en el pelo rizado de Jonas, que estaba sentado en uno de los sillones e inmerso en uno de los libros.

La cazadora era plenamente consciente de los sentidos agudizados de los segadores, de modo que avanzó sin hacer ruido y conteniendo la respiración; lo único que se escuchaba eran las páginas del libro que pasaba Jonas y la tormenta que asolaba fuera. El chico no se percató de la presencia de Viri hasta que esta le deslizó su fílux por la garganta.

—No te muevas —le ordenó Viri, aunque tampoco era necesario, ya que su arma impedía que Jonas la atacara o incluso que se pusiera de pie.

—Sí, la verdad es que no es nada agradable. —Jonas gruñó al sentir que el fílux le drenaba la magia—. Pero me sigue pareciendo fascinante.

Viri rodeó el sillón para plantarse frente a él con cuidado de que en ningún momento el fílux dejara de estar en contacto con su piel, tanto por incapacitarlo como por asegurarse de que dijera la verdad. No esperaba encontrar a Castaña durmiendo en su regazo, pero no dejó que el mullido conejito desviara su atención.

—¿Dónde está Reeve? —preguntó.

Jonas cerró el libro y sus ojos azules se abrieron de par en par,

llenos de curiosidad.

—¿Cómo es posible que hayas tardado tan poco en despertarte? Por la cantidad de élixen que ha usado contigo, deberías haber estado inconsciente durante horas.

Aunque su prioridad seguía siendo encontrar a Reeve, Viri tuvo que preguntarle:

—¿Qué ha sido *eso*?

Jonas negó con la cabeza; su mirada evasiva le dejó claro que no era que no lo supiera, sino que no quería contestarle.

—Será mejor que le preguntes a él.

—¿Y dónde está? —insistió con impaciencia.

—Reeve está... —Jonas protestó al sentir los efectos del fílux, que impidió que mintiera. Aunque se le veía incómodo, los ojos le brillaron al presenciar esa magia completamente nueva para él y acarició el látigo dorado—. Así que te *obliga* a decir la verdad. Había oído algunos rumores, pero, aun así... me parece extraordinario. Daría lo que fuera por investigarlo más a fondo. ¿Te importa si...?

—*Jonas* —bramó Viri—. Responde a la pregunta.

—No puedo decírtelo. —Hizo un gesto de impotencia con las manos, aunque tuvo cuidado de no molestar a Castaña—. Si te lo digo, irás a buscarlo. Y eso sí que sería mala idea.

—¿*Por qué*?

—Porque entonces verás... —Jonas se calló de forma repentina.

—¿Veré qué? —exclamó Viri, inclinándose hacia delante—. ¿Qué está haciendo Reeve? ¿A qué se refería tu amigo Ardin con lo del traslado?

Jonas empezó a alarmarse.

—No es nad... —Soltó un grito de dolor cuando el fílux reprimió

otra mentira, pero repitió entre jadeos—: No puedo decírtelo. —Al instante, añadió—: Te juro que es por el bien de todos.

—Justo esas fueron las palabras que dijo Reeve antes de atacarme —espetó con rencor—. Me vas a perdonar, pero no te creo.

—Reeve no te *atacó*. —Jonas la miró con los ojos cargados de incredulidad—. Lo que hizo fue *protegerte*.

Viri soltó una carcajada.

—Yo no necesito que nadie me proteja, y mucho menos *él*.

En ese momento, el chico dejó escapar una risa de incredulidad pero sincera.

—Reeve es la última persona en el mundo que...

—No pienso discutir contigo —le interrumpió Viri; no estaba dispuesta a escuchar a un segador defendiendo a otro—. Si no me dices dónde está, iré a buscarlo por mi cuenta.

—Lo siento —murmuró Jonas. Tanto su cara como el fílux confirmaron que su disculpa era honesta—. No puedo ayudarte. Pero puedes sentarte aquí conmigo y ver la tormenta mientras esperamos a que vuelvan. Es más, si quieres te dejo que le des mimos a Castaña un rato —exclamó acercándole el conejo, que estaba dormido—. No sabes lo suave y achuchable que es.

Viri bufó, frustrada, y se apartó de Jonas con la intención de cumplir con su amenaza y salir en busca de Reeve por sí misma. Sin embargo, justo antes de liberar a Jonas del fílux, se fijó en las venas que subían por sus antebrazos; el negro que las teñía se había ido desvaneciendo y apenas era perceptible. De repente, recordó la difusa escena que presenció antes de desmayarse, aunque estaba convencida de que podría haber sido una alucinación porque no le parecía que fuera posible. Y, a pesar de ello, no pudo evitar

preguntarle:

—¿Le diste élixen a Sage?

Jonas se quedó callado un momento.

—¿Qué dirías si respondiera que sí?

—Te diría que los segadores no podéis extraer élixen unos de otros —respondió al instante—. Porque, si así fuera, no iríais por ahí matando a niños inocentes por una mísera dosis de élixen.

El chico se encogió en el asiento al mencionar a los niños, como si acabaran de golpearlo, y Viri lo observó con las cejas levantadas. ¿Un segador con remordimientos? Aquello era algo de lo más insólito.

—En realidad, sabes muy poco de nosotros —dijo Jonas—. Pero te daré la respuesta corta: sí, le di élixen a Sage. No es una práctica muy común y el que la entrega tiene que pagar un precio —explicó señalándose las venas cada vez menos oscuras, señal de que la magia se estaba debilitando—, y el élixen que se le pasa a la persona que lo recibe no es tan fuerte como el que se extrae de... de...

—De un niño —interrumpió para terminar la frase.

Jonas se estremeció otra vez, pero asintió.

—Por eso la mayoría de los segadores ni siquiera contemplan esa posibilidad, a no ser que no les quede más remedio. Prefieren extraer el élixen directamente de la fuente, por así decirlo.

Viri no daba crédito a lo que acababa de descubrir: que los segadores podían *elegir* de dónde extraer élixen y que, *aun así*, atacaban a los niños. Pensaba que los segadores no podían parecerle más despreciables aún, pero se equivocaba.

—Me estás diciendo que como esta noche Sage necesitaba una dosis adicional de magia para lo que sea que Reeve y ella estén haciendo y no había niños por aquí a los que pudiera asesinar, ¿ha

extraído el élixen de ti?

Por primera vez desde que se habían conocido, vio a Jonas molesto y algo enfadado.

—No funciona así. No *somos* así.

—Ah, ¿no? —Viri lo cuestionó—. ¿Nunca habéis matado a nadie?

Jonas bajó la vista a Castaña y el silencio habló por él.

—¿También le das élixen a Reeve? —Necesitaba saber a qué se enfrentaría cuando encontrara a Reeve porque, si acababa de recibir una dosis de élixen, sería bastante más fuerte de lo normal.

—¡Claro que no! —exclamó Jonas, como si la pregunta de Viri fuera ridícula.

De pronto, se le vino a la vente otra idea y murmuró con la voz entrecortada.

—¿Y de *mí*? ¿Ha robado mi élixen?

En cuanto lo dijo en voz alta, se dio cuenta de que no podía haberlo hecho. No tenía suficiente élixen como para tentar a un segador y, si alguno de ellos estaba tan desesperado como para intentarlo, su élixen era tan escaso que la dejarían seca en segundos, hasta el punto de poder matarla. Y lo sabía por experiencia.

Porque eso era lo que les había pasado a sus padres.

—Tienes una imagen bastante pésima de la persona que te salvó la vida —dijo Jonas en voz baja. Al escuchar esas palabras, Viri dejó a un lado sus recuerdos y soltó una risa de incredulidad.

—Reeve jamás me ha salvado la vida. Si eso es lo que te ha dicho, que sepas que es mentira. Es lo que mejor se le da: mentir.

Jonas se limitó a encogerse de hombros, pero Viri ya había perdido demasiado tiempo con esa conversación y no pensaba quedarse sentada allí escuchando cómo uno de los colegas segadores de Reeve

se deshacía en elogios por él. Reconocía que Jonas era el monstruo más amable con el que se había encontrado en su vida, algo de lo más antinatural teniendo en cuenta que era un segador, pero eso no significaba nada porque todos los demás habían intentado matarla. Su veredicto seguía pendiente y dependía de si Reeve y Sage tenían previsto hacer lo mismo o no.

—Es la última oportunidad que te doy para que me digas dónde está —dijo Viri.

—Estás cometiendo un grave error al ir tras él —respondió, mirándola con ojos suplicantes—. Por favor, confía en mí.

Viri soltó el fílux y se dirigió a la puerta con la tranquilidad de que Jonas estaría tan débil que no podría ponerse de pie e ir tras ella.

—Lo siento, pero no me fio de los segadores —espetó sin mirar atrás—. Y, si empezara a hacerlo ahora, seguiría sin fiarme de un amigo de Reeve.

Esas fueron sus últimas palabras antes de salir corriendo por el pasillo hacia la puerta principal. Ahora no había sentido la tutela de élixen y pensó que podía ser porque solo afectaba a las personas que entraban al apartamento, no a las que salían, pero, aunque hubiese notado el élixen, no se habría detenido; nada iba a apartarla de su objetivo: encontrar a Reeve. Podría estar en cualquier parte, pero conforme avanzaba a toda prisa por el túnel interior de la montaña, pensó que, al ser tan tarde, casi todos los vecinos de ese nivel estarían durmiendo. Eso significaba que Sage, Reeve y Ardin podían haber sido los últimos en usar el sendal y, de ser así, Viri podría transportarse directamente a donde hubieran ido. Y, en cuanto llegara, su marca de cazadora seguiría el rastro de los segadores. Pero si no...

No se permitió pensar qué pasaría si las cosas no iban según lo previsto, así que, en cuanto llegó al sendal, lo cruzó rezándole a los Sabios para que la llevaran justo a donde quería ir.

Y debería haber rezado con más ímpetu o, al menos, haber sido un poco más específica y pedirles, por ejemplo, no aparecer justo en el lugar en el que la furiosa tormenta estaba descargando con más fuerza.

Viri notó al instante cómo la lluvia y el viento le azotaban la cara; empezó a jadear al sentir el agua fría empapándole la capa y el traje de cuero. Sin embargo, esa era la menor de sus preocupaciones, porque lo peor era el sitio al que había llegado. Al echar un vistazo rápido, se dio cuenta de que el sendal la había dejado cerca del obelisco del norte, junto a la ribera del río Mort, el sinuoso afluente que iba desde el lago Mirtis hasta el monte Mort antes de desaparecer entre la nebruma que cubría la montaña.

Casi nunca se había atrevido a acercarse tanto al extremo norte de la alterra, mucho menos de noche; la neblina quedaba tan cerca que daba miedo. Si a eso se le sumaba el vendaval de la tormenta, el riesgo que corría se multiplicaba con creces. Sin embargo, antes de convencerse a sí misma de que lo mejor era volver al sendal, lo sintió: el calor de la palma de su mano que le decía que había un segador cerca. O varios.

Reeve, Sage y Ardin.

Viri, decidida a ignorar la amenazante niebla y la violenta tormenta, empezó a dejarse guiar por su marca; primero, fue al oeste, lejos de la montaña, y, después, siguió el camino del río en dirección a la Arboleda de los Sabios. Sintió un escalofrío al pensar en adentrarse en el pequeño bosque, donde los espeluznantes y viejos

árboles dibujaban sombras que se movían como si el bosque estuviera vivo. Sin embargo, respiró aliviada al darse cuenta de que, justo antes de llegar a la arboleda, su marca la apartó del río y la mandó hacia las calles iluminadas de la alterra; unas calles llenas de casas ostentosas habitadas por los que preferían vivir en la superficie de la ciudad, aunque ahora todas estaban cerradas a cal y canto para protegerse de los peligros de la noche. Aun así, Viri apenas se fijó en las casas, sino que se concentró en la candente marca de su mano. Cuando quiso darse cuenta, había dejado atrás la zona acomodada de la alterra y se estaba adentrando en los oscuros y estrechos callejones de los barrios bajos.

En esa zona, el viento soplaba con más violencia y llovía con tanta intensidad que dificultaba la visibilidad, además de los destellos de los relámpagos, que entorpecían la visión de Viri, y los repetidos truenos que le retumbaban en los oídos. Y, a pesar de todo, siguió avanzando a toda prisa por los desmoronados y abandonados edificios conforme el calor de la palma de su mano se intensificaba; cada vez estaba más cerca de su objetivo.

Al girar una esquina que la llevaba a un callejón aún más estrecho, vio una repentina sombra moverse un poco más adelante, por lo que se escondió tras una pila de cajas de madera destartaladas. Intentó secarse la cara y se subió la capucha para cubrirse los ojos, pero, a causa del vendaval, era imposible que se quedara en su sitio, por lo que no tuvo más remedio que observar la lluvia con los ojos entrecerrados hasta que se percató de lo que estaban haciendo Reeve y sus amigos en un lugar tan alejado de todo.

Pero no vio solo a Reeve.

La marca la había llevado al lugar correcto: había más de media

docena de segadores en el callejón, más de los que Viri había visto en un mismo sitio. Los segadores casi nunca trabajaban juntos porque no les hacía falta; al tener tanta fuerza y velocidad, no les costaba secuestrar y matar a sus presas sin ayuda de nadie. Además, tampoco estaban dispuestos a compartir el élixen que robaban porque siempre preferían quedárselo para sí mismos. Hasta esta noche, Viri jamás se había encontrado a más de un segador en un mismo lugar. De hecho, haber estado en el apartamento con Reeve, Jonas, Sage y, después, Ardin, ya había sido algo bastante excepcional. Pero ver a *siete* segadores juntos en el mismo callejón... Viri notó entonces que se le encogió el estómago al pensar en lo que podrían traerse entre manos.

Y, de pronto, vio algo que la dejó sin aliento y que hizo que el corazón le retumbara con fuerza contra las costillas. Porque los segadores no eran las únicas personas que se encontraban en el callejón.

También había niños.

Viri se tapó la boca para callar un grito ahogado mientras contaba de cabeza cuántos niños había; eran doce en total. Estaban atados entre ellos con cuerdas y los habían colocados de cuatro en cuatro, formando tres filas. Tenían el pelo y la ropa empapados por la lluvia, aunque sus cuerpecitos no temblaban de frío, sino de miedo.

El grupo era tan pequeño que, por un momento, Viri se planteó si serían los niños a los que habían secuestrado en los últimos seis meses, aunque, si lo eran, no estaban todos ellos. Pero no tuvo dudas de que, durante todos sus años de cazadora, nunca había visto nada parecido. Los segadores no estaban alimentándose de los niños ni parecían dispuestos a hacerlo. De hecho, más bien parecía que

estaban ayudando a los niños a *moverse*, ya que había tres asesinos de capa negra sujetando las cuerdas y tirando de ellos con fuerza hacia delante.

Fue entonces cuando se le vinieron a la mente las palabras de Ardin cuando llegó al apartamento de Jonas. «Hay un traslado». Se le heló la sangre al darse cuenta de que se refería a lo que tenía delante en ese mismo momento. *Eso* era para lo que Ardin necesitaba la ayuda de Reeve y Sage; estaban en mitad del callejón llevando a todos esos niños a sabrán los Sabios dónde.

Viri sintió que se le revolvía el estómago de los nervios al ver a uno de los niños resbalarse sobre el fango y caerse de rodillas; sin querer, hizo que se cayeran el resto de los niños que iban atados tras él. Al segundo, apareció al lado de los niños un segador que los levantó y les gritó en la cara. Para ellos, debía ser como una pesadilla hecha realidad y su temor era tan tangible que Viri, aunque estaba escondida en mitad del callejón, lo notó en sus entrañas. Estaba deseando correr hacia ellos para rescatarlos, pero ningún cazador podía enfrentarse a siete segadores a la vez, sobre todo si uno de ellos era un segador inmune al fílux que manipula la magia: Reeve.

La única opción que tenía Viri era seguir oculta entre las sombras y seguirlos hasta donde fueran. Cuando descubriera cuál era su escondite, volvería al Gremio de Cazadores, reconocería el error descomunal que había cometido al liberar a Reeve y les suplicaría a Meera y a Darik que enviaran a un equipo de cazadores y guardias de la Nox para derrotar a los segadores. Mientras tanto...

Vio que sus planes se venían abajo cuando vislumbró dos nuevas siluetas entre las sombras, cuyas armas brillaron bajo la luz de los rayos. Al instante, los cuatros segadores que no estaban sujetando las

cuerdas les gritaron a sus tres compañeros; Viri no pudo escuchar nada por el estruendo de la lluvia y los truenos, pero su intuición le dijo que eran órdenes para salir corriendo con los niños. Entonces se fueron a toda prisa para enfrentarse a los dos atacantes.

Al fijarse en el atuendo oscuro de los recién llegados, Viri se preguntó si serían guardias urbanos, pero la tormenta le impedía ver si llevaban el uniforme de la Nox bajo las capas negras con capucha. Al igual que le había pasado con los niños y los segadores, la penumbra en la que estaba sumido el callejón no le permitió identificar ningún rasgo conocido, pero, fueran quieres fueran, eran muy ingenuos si creían que podían derrotar a siete segadores por su cuenta. Entonces apareció una tercera silueta que se unió a ellos; ahora serían tres contra siete, por lo que tenían más posibilidades, pero, aun así, seguían en clara desventaja.

A pesar del peligro que corría, Viri no podía perder la oportunidad que tenía delante. Contuvo la ansiedad que la invadió y salió corriendo de su escondite con el fílux en una mano y la daga en la otra; sus botas chapotearon en los charcos mientras iba directa hacia la refriega.

Un estruendo ensordecedor retumbó en mitad de la tormenta cuando la cazadora se estaba acercando a la pelea; los llantos de los niños, que ahora escuchaba a la perfección, se mezclaron con el choque metálico de las armas de los recién llegados, que estaban enfrentándose a unos oponentes rápidos y fuertes a causa del élixen. A Viri le sorprendió que no estaban luchando por defenderse de las habilidades potenciadas de los segadores, sino que se enfrentaban a ellos con golpes limpios y tan rápidos que apenas se distinguían.

Gracias al siguiente rayo que cayó, Viri pudo ver mejor a los

atacantes y, entonces, se percató de *por qué* no estaban teniendo problemas para enfrentarse a los segadores. De pronto, se tambaleó y se detuvo en mitad del callejón, atónita por lo que estaban viendo sus ojos.

Los recién llegados también eran segadores.

El viento les había quitado las capuchas y pudo reconocerlos sin problemas: eran Reeve, Sage y Ardin.

Y no estaban secuestrando a los niños, sino que estaban enfrentándose a los secuestradores.

Viri no podía permitirse el lujo de pararse a pensar si lo que estaba viendo tenía sentido, mucho menos cuando uno de los segadores que estaba tirando de la fila de niños soltó la cuerda para abalanzarse sobre ella. Empujada por su instinto, se agachó justo a tiempo para esquivar un puño que iba directo hacia su cara y, al segundo, dio un salto hacia atrás cuando el segador asestó un golpe con la daga hacia su abdomen. No le quedaba detenubis ni llevaba encima ninguno de los experimentos alquímicos de Wynter, solo sus armas y sus propios puños, pero no necesitaba nada más. Cuando el segador volvió a atacarla, en lugar de esquivar el ataque, se abalanzó hacia él y se giró en el último segundo; Viri siseó cuando la daga del segador atravesó la tela de su capa y le rozó el antebrazo, un rasguño con el que ya contaba pero que le permitió agarrar a su contrincante del brazo y desequilibrarlo. El suelo fangoso hizo el resto y los pies resbaladizos del hombre le dieron la oportunidad de atacarlo con su fílux y rodearle la muñeca para dejarlo incapacitado. De pronto, Viri le dio una patada en el pecho, lo empujó hacia uno de los laterales del callejón y el segador emitió un gruñido mientras intentaba volver a levantarse sin éxito.

Estaba convencida de que el segador seguiría en el suelo mientras el látigo dorado rozara su piel, de modo que se dio la vuelta para enfrentarse al siguiente enemigo, aunque le preocupaba tener un único fílux y que todavía quedaran seis segadores. En ese momento, se percató de que quedaban solo cinco; Reeve acababa de derrotar a otro y se giró justo a tiempo para hacer frente a otros dos mientras la lluvia caía con fuerza sobre su cuerpo. Por un momento, Viri no pudo evitar observar con detenimiento cómo Reeve luchaba bajo la tormenta, asestando golpes con la espada y con la daga, con el cabello negro como la noche empapado y los ojos brillando como los relámpagos que atravesaban el cielo. Era la muerte en persona, frenando y golpeando a sus dos rivales a una velocidad sobrehumana con un ataque implacable. Viri no había visto en su vida algo tan hermoso, tan hipnótico y tan... letal.

Hizo un esfuerzo por apartar la vista de Reeve al recordar dónde estaba y la amenaza que seguía allí presente. Sage estaba tratando de defenderse de uno de los segadores, al igual que Ardin, pero aún quedaba otra segadora. Era una mujer que había estado intentando llevarse a los doce niños por sí sola, pero ahora los había dejado solos e iba directa hacia Viri, empuñando su daga.

La segadora era alarmantemente rápida y su fuerza estaba al mismo nivel. Viri, que frenó el ataque con su propia espada, sintió que le temblaba cada hueso del cuerpo al recibir el impacto. Empujó el arma de la segadora con todas sus fuerzas y ganó el espacio justo para desenvainar una segunda daga y asestarle un golpe a su atacante. Sin embargo, la mujer se limitó a girar la cintura y, de pronto, volvió a atacarla con su propia espada; Viri tuvo que saltar hacia un lado para que el golpe no le diera de lleno.

—Parece que sin tu latiguillo dorado no eres tan poderosa, ¿no? —exclamó la segadora con desprecio y con los ojos rebosantes de maldad—. A ver cuánto duras sin él.

Entonces se abalanzo hacia Viri, o lo intentó; antes de que pudiera dar un paso, jadeó y se tambaleó mientras bajaba la mirada hasta la espada negra que le atravesaba el pecho desde la espalda.

Los segadores podían curarse con rapidez, sobre todo cuando sus niveles de élixen eran altos, pero ni siquiera toda la magia robada del mundo podría salvarlos de un golpe mortal. Era imposible que la segadora sobreviviera a la herida de la espada que le había atravesado el corazón; el brillo de sus ojos se fue apagando poco a poco conforme se desplomaba en el suelo. Justo en ese momento, delante de Viri, apareció un furioso Reeve con el arma goteando sangre y una mirada atronadora clavada en ella.

—¿Qué *demonios* haces aquí? —gritó el chico por encima del ruido de la tormenta mientras avanzaba hacia ella.

Fue entonces cuando Viri se dio cuenta de que el choque de las espadas había desaparecido y que los siete segadores estaban fuera de combate.

—¿*Yo*? —chilló Viri con la respiración entrecortada y apartándose el pelo mojado de la cara. Fue casi liberador tener que gritarle para que la escuchara—. ¿Qué haces *tú* aquí? ¿Por qué te estás enfrentando a los tuyos?

—¡Deberías estar inconsciente! —le respondió Reeve con rabia—. ¡Te dije que te lo explicaría todo cuando volviera!

Los nudillos de Viri palidecieron al agarrar con fuerza las empuñaduras de sus armas; estaba tan enfadada como Reeve.

—¡Ya, claro! ¡Será porque hasta ahora te has parado a darme

muchas explicaciones! ¿En serio pensabas que iba a quedarme de brazos cruzados con tu niñera hasta que llegaras?

Reeve la asesinó con la mirada.

—Si te hubieras *esperado*...

—¡*REEVE*! —gritó Sage por encima de la tormenta para advertir a su amigo.

Los ojos de Reeve se abrieron de par en par al ver a qué se refería Sage. Se puso en movimiento al instante y saltó hacia Viri justo cuando otros ocho segadores aparecieron de entre las sombras y uno de ellos lanzó una aterradora daga roja a una velocidad sobrehumana.

Directa al corazón de Viri.

13

Reeve se abalanzó sobre Viri justo a tiempo; la tiró al suelo y aterrizó encima de ella con una fuerza aplastante. La cazadora se quedó sin aire al sentir el peso del cuerpo de Reeve, pero dejó de moverse al escuchar un gemido de dolor que soltó el segador.

—¿Reeve? —Viri ahogó un grito cuando le vio la daga roja hundida en el costado, la daga que iba para *ella*—. ¡Estás herido!

—Si no levantas el culo, acabaremos muertos los dos —bramó el chico, poniéndose de pie y sacándose la daga de la herida con un gorgoteo repugnante.

Viri notó cómo se le revolvieron las tripas al escucharlo y dio una arcada al ver la cantidad de sangre que manaba sin parar de la herida. De pronto, volvió a escuchar un choque metálico de armas que le indicó que Reeve no estaba exagerando. Sage y Ardin estaban conteniendo a los segadores, pero había demasiados como para que los dos pudieran enfrentarse a todos. Reeve ya iba corriendo hacia ellos para ayudarlos y Viri no tardó ni un segundo en colocarse en posición tras él. Cuatro de los segadores los atacaron de inmediato asestando golpes rápidos y con fuerza mientras que los otros tres seguían luchando contra Sage y Ardin. Viri no podía ver dónde estaba el octavo; entre el caos de la pelea y la violencia de la tormenta, le era imposible centrarse en nada que no fuera sobrevivir.

—*¡Agáchate!* —gritó Reeve y Viri se tiró al suelo al instante; notó el zumbido de una espada pasarle por encima de la cabeza, justo cuando él trazó un círculo en el aire y cortó a uno de los segadores por la mitad.

—*¡Cuidado!* —chilló, Viri saltando hacia atrás para bloquear a otro segador cuya espada iba directa al cuello de Reeve.

La cazadora se tambaleó al notar su fuerza, pero eso no le impidió darle un rodillazo en la ingle, y, cuando el segador se dobló en dos, le clavó la daga en el pecho.

—*¡A tu izquierda!* —bramó Reeve. Sin embargo, a Viri la tumbaron por segunda vez esa noche; esta vez, había sido una mujer que apretó los dientes como una bestia salvaje y le arañó la cara con sus largas uñas.

Viri gruñó cuando le rajó la mejilla y la lluvia hizo que le escociera aún más, pero ignoró el dolor y empezó a darle patadas a la mujer con violencia hasta que la soltó y se cayó hacia un lado. Se puso de pie de inmediato, pero solo tuvo tiempo de recuperar una de sus dagas antes de que la segadora se abalanzara sobre ella otra vez, pero no vio el arma de Viri hasta que fue demasiado tarde.

De los labios de la mujer salió un borboteo cuando cayó de bruces sobre la espada y Viri tuvo que arrastrarse bajo el cadáver mientras contenía las ganas de vomitar. La muerte no era una desconocida para ella; su trabajo como cazadora la había obligado a matar en varias ocasiones, pero, siempre que podía, entregaba a los segadores con vida. Esa noche, sin embargo, ya había arrebatado dos vidas, y esos solo eran un par de los muchos cuerpos que la rodeaban y que descansaban sobre charcos de sangre.

Aunque estaba deseando tomarse un momento para recuperar el

aliento y la compostura después de todo lo que había pasado, la batalla aún no había terminado, de modo que tuvo que obligarse a ponerse de pie, se sacó de la bota la daga que le quedaba para reemplazar la que se había quedado bajo la mujer, y volvió a la batalla.

La tormenta rugió por encima de sus cabezas con tan poca compasión como los segadores, pero Viri, Reeve, Sage y Ardin eran igual de violentos, por lo que lucharon hombro con hombro como si llevaran años haciéndoles frente a sus enemigos juntos. Empezaron a ganar terreno y fueron derrotando a los monstruos uno a uno hasta que, por fin, solo quedaban cuatro de ellos en pie, jadeando sobre los cuerpos caídos de sus compañeros; ni toda la lluvia del mundo podría arrastrar la enorme cantidad de sangre y barro que los cubría de pies a cabeza.

La lluvia parecía saber que la batalla había terminado porque, justo entonces, empezó a amainar, el viento fue perdiendo fuerza, la tormenta se transformó en una ligera llovizna, y los rayos y los relámpagos se fueron alejando por el horizonte.

—Típico —dijo Sage mirando al cielo con el ceño fruncido. La mugre manchaba hasta los hilos de su atuendo beis de cuero y le hacía parecer una muerta viviente.

—¿Estáis todos bien? —Los ojos plateados de Reeve los escudriñaron a todos, pero se clavaron en la mejilla rajada de Viri y en su capa desgarrada a la altura del brazo, que fue donde le dio el primer segador con su daga.

—«Bien» es relativo —respondió Sage, tocándose un chichón que le estaba saliendo en la cabeza; su pelo morado, al estar tan empapado, parecía casi negro—. Pero estoy viva, que no es poco.

—Yo igual —dijo Ardin. Sus ojos oscuros escudriñaron las sombras que había en el callejón para asegurarse de que no había más segadores escondidos esperando para atacarlos—. Creo que está todo despejado.

—¿Y tú, Viri? —insistió Reeve—. ¿Estás bien?

Viri asintió, aunque era mentira. A nivel físico, tenía algunas heridas superficiales. Pero, a nivel mental, estaba profundamente conmovida, no solo por la pelea, sino por las personas *con* las que había tenido que combatir. Tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar, pero, antes de perderse en sus pensamientos, escuchó un leve llanto que hizo que se diera la vuelta. En ese momento, recordó el motivo por el que los segadores se encontraban en el callejón.

Los niños.

Ardin era el que estaba más cerca del lugar en el que seguían los niños apiñados, debajo del toldo medio caído de un edificio abandonado, y se acercó con cuidado a ellos con las manos levantadas para tratar de tranquilizarlos.

—Ya estáis a salvo —les dijo—. No tengáis miedo. Hemos venido a ayudaros.

Algunos de los niños empezaron a sollozar, aunque Viri no tenía claro de si era de alivio o por una reacción tardía de la experiencia tan traumática que acababan de vivir. Pero, aunque su corazón quería consolarlos, había algo que necesitaba averiguar con urgencia, así que se acercó a ellos con precaución. Era consciente de que debía de dar miedo, entre el fango y la sangre que le llegaba hasta las cejas y el corte de la mejilla, pero les dedicó una sonrisa reconfortante mientras Ardin empezaba a cortar las cuerdas que los ataban.

—¿Alguno de vosotros puede decirme de dónde veníais esta noche? ¿Había más niños con vosotros?

Se encontró con un montón de cabezas que negaban ante su pregunta, pero un chico que debía de tener la edad de Jessalyn habló y, aunque le temblaba la voz, dijo:

—Solo estábamos nosotros, pero dijeron que iban a llevarnos con el resto.

Viri maldijo en su interior, aunque se esforzó por conservar la sonrisa.

—¿Y oíste si dijeron algo más?

Otra niña, más o menos de la misma edad, susurró:

—Nos llamaron «repuestos». Yo... Yo... no sé qué significa.

Esta vez, los insultos que se tragó Viri fueron mucho más blasfemos. Al parecer, el Padre Segador se estaba cubriendo bien las espaldas y se estaba asegurando de tener niños de sobra para poder completar el sacrificio sin problemas.

—Muy bien —murmuró Viri con amabilidad—. Gracias por...

Se calló cuando Ardin cortó la última cuerda y se quedó pálida al darse cuenta de que solo había dos filas en lugar de tres. Eran ocho niños en total.

Debería haber doce.

En ese momento, se dio la vuelta y se encontró con los ojos de Reeve, que acababa de percatarse de los niños que faltaban.

—Había ocho segadores —exclamó Viri sin aliento al acordarse del segador al que le había perdido la pista en la batalla—. Se nos ha escapado uno.

Y se había llevado a cuatro niños con él.

Reeve maldijo en voz alta, varias veces, mientras se pasaba la

mano por la cara con rabia y se balanceaba sobre sus pies.

Viri, horrorizada por la situación, estaba a punto de cuestionar a Reeve cuando una voz llena de rabia gritó:

—¡Todo esto es culpa *tuya*!

Al escuchar las palabras de Sage, la cazadora se dio la vuelta y se encontró a la segadora del pelo morado fulminándola con la mirada.

—¿Culpa *mía*? —repitió Viri incrédula—. ¿Qué he...?

—No deberías estar aquí —exclamó, recorriendo la distancia que las separaba y señalando a Viri con el dedo.

Esta sintió una oleada de indignación que la invadió, como si tuviera el pecho en llamas.

—¿Cómo dices? ¡Pero si os he ayudado!

—¡Lo que has hecho ha sido entrometerte! —espetó Sage—. Si Reeve no hubiera tenido que salvarte el culo, podríamos haber derrotado al segundo grupo antes de que se nos escapara alguno. —Volvió a señalarla con el dedo—. ¡*Tú* tienes la culpa de que hayamos perdido a esos niños!

Viri trastabilló hacia atrás ante la acusación de Sage. Por una parte, quería gritarle para defenderse, pero, por otra, había algo que le decía que, tal vez, tenía razón. No obstante, antes de decidir si se dejaba llevar por la rabia o el remordimiento, Reeve se interpuso entre ellas, pero, al instante, se tambaleó y se cayó de rodillas. De pronto, dejó escapar un gemido de dolor al retorcerse sobre sí mismo y se llevó una mano al costado, que estaba sangrando a borbotones.

—¡Reeve! —Sage fue corriendo hacia él con Viri pisándole los talones.

Era la herida que le había hecho la daga; Viri se había olvidado por completo, sobre todo después de haberlo visto luchar sin esfuerzo,

como si no le hubieran apuñalado unos segundos antes. Había dado por hecho que la capacidad de curación mejorada propia de los segadores le habría ayudado, pero ahora...

No estaba tan segura.

—Estoy bien —gruñó Reeve mientras intentaba volver a ponerse de pie, pero no podía con su cuerpo.

—Déjame ver. —Sage apartó la mano del chico y contuvo un grito repentino cuando observó la herida—. *¡Por todos los Sabios!*

Viri se inclinó para echar un vistazo y casi le dieron arcadas. Lo preocupante no era solo la profundidad de la herida, sino que, debajo de la capa de sangre, la piel que rodeaba el corte había adoptado un tono verde de lo más antinatural.

—¿Por qué tiene ese aspecto? —exclamó Viri con la respiración entrecortada, alarmada porque ya sabía la respuesta.

Era veneno.

Sage no confirmó lo que se temía, sino que le ordenó:

—Agárralo de ese brazo. —Y, a Reeve, le dijo—: Tenemos que volver con Jonas. Ya.

—Pero los niños... —se quejó Reeve.

—Yo me aseguraré de que lleguen sanos y salvos a sus casas —exclamó Ardin, que acababa de aparecer junto a ellas sin que Viri se diera cuenta.

Estuvo a punto de quejarse porque no le agradaba la idea de dejar a los niños en manos de un segador; era algo que iba contra todos sus principios. Sin embargo, Reeve volvió a gritar de dolor y un sentimiento de culpa se apoderó de ella. La daga le había dado a él por salvarla a *ella*. Tenía que ayudarlo, se lo debía, aunque eso significara tener que confiar en alguien que, por naturaleza, no era

de fiar. No obstante, esa noche, Ardin había arriesgado su vida por salvar a esos niños, al igual que Reeve y Sage, por mucho que a Viri le costara asimilarlo. Entonces, se aferró a la esperanza de que, después de haberlos protegido, no tendría sentido que les hiciera daño.

—Júrame que estarán a salvo contigo —murmuró Viri en voz baja para que los niños no la escucharan. Ahora que había pasado la tormenta, el callejón estaba sumido en el silencio, salvo por las gotas que caían de los tejados y el leve sollozo de los niños.

—Mi palabra no te servirá de nada porque no me conoces —dijo Ardin, clavando su oscura mirada en ella—. Aun así, juro por mi vida que, mientras estos niños estén a mi cargo, no sufrirán daño alguno.

Los ojos de Viri se clavaron en las venas que se extendían por las manos del segador. Ardin no se había molestado en taparlas ni trataba de ocultar su identidad, ni siquiera lo *negaba*, y eso, por encima de todo lo demás y aunque pareciera extraño, la reconfortó.

—Tenemos que irnos ya —la instó Sage a Viri—. Ayúdame a levantarlo.

—Un segundo —exclamó Viri, que fue corriendo hasta el segador al que había incapacitado con su fílux para preguntarle a dónde se habían llevado los niños. Pero, cuando estuvo encima de él, no estaba medio inconsciente ni maldiciéndola, como se esperaba.

Estaba muerto.

Palideció al fijarse en su garganta cortada y, después, se tensó cuando Ardin se acercó a ella.

—Seguro que ha sido cosa del segador que se ha escapado con los niños —murmuró Ardin con aire sombrío, dándole un empujoncito

al cuerpo con la bota—. Como no podían tocar el fílux para quitárselo, habrán decidido callarlo para que no pudiera decir nada si decidíamos interrogarlo.

Viri pensó que era una medida de lo más cruel, pero efectiva. Una vez más, le sorprendió lo despiadados que podían llegar a ser los segadores.

—Nosotros no somos así —gruñó Ardin en voz baja al ver la repugnancia que reflejaba el rostro de Viri.

La cazadora no se molestó en responder, sino que recuperó su fílux y volvió corriendo hacia Sage para ayudarla a levantar a Reeve; tenía la cabeza caída hacia delante y estaba tan pálido que su piel había adoptado un tono grisáceo. Dudó un segundo, pero, al instante, se pasó el brazo de Reeve por los hombros y se hundió un poco al sentir la mitad del peso del chico sobre su cuerpo.

—Ya lo tengo —exclamó Viri—. Vámonos.

14

El camino de vuelta al sendal fue largo y tedioso. Para cuando llegaron al arco de piedra mágica, Reeve era casi un peso muerto, pero consiguieron atravesarlo y llegar al apartamento de Jonas.

Al entrar por la puerta, el malestar que le provocaba a Viri la tutela de élixen quedó eclipsado por el dolor de cuello y hombros de sujetar a Reeve. En cuanto dejaron al segador en el sofá en el que ella misma se había desmayado unas horas antes esa noche, Viri sintió el alivio de haberse quitado un peso de encima, literalmente.

—Hola, chicos —dijo Jonas apareciendo por el pasillo con una sonrisa en la cara y con Castaña asomando por el bolsillo de su chaleco—. ¿Habéis salvado a los...?

Jonas se detuvo de forma repentina al ver los cuerpos empapados y llenos de mugre; su sonrisa flaqueó y arrugó la nariz al ver el agua que estaba goteando sobre su alfombra. Al segundo, se fijó en Reeve, que estaba completamente pálido y lleno de sangre, y los ojos azules se le abrieron de par en par.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, corriendo hacia ellos.

—Una armaligna —respondió Reeve a duras penas; por su voz, se notó que hablar le suponía un gran esfuerzo—. Pero no sé de qué tipo.

Viri ahogó un grito al escuchar sus palabras. Las armalignas eran

armas de lo más excepcionales que usaban los magos ancestrales, y cada una de ellas estaba elaborada con un tipo concreto de magia. Había oído rumores que hablaban de armalignas que hacían heridas imposibles de curar, otras que convertían a las personas en piedra o que permitían a sus dueños perseguir a la persona a la que apuñalaban, o incluso que podían cortar hasta la armadura más gruesa. De hecho, se decía incluso que algunas podían anular la magia, como el fílux de Viri. Tuvieran el poder que tuvieran, las armalignas estaban creadas con un mismo y único propósito: causarle a las víctimas el máximo sufrimiento posible o la muerte.

—Por todos los Sabios... —exclamó Jonas, agachándose junto a Reeve y echándole un vistazo a la mancha verde que iba extendiéndose por su costado—. No tiene buena pinta. —El segador tocó la herida e ignoró el gemido de dolor de Reeve—. ¿Cuándo te la han hecho?

Reeve le respondió y la habitual alegría que reflejaba el rostro de Jonas se tornó en seriedad.

Sage se tensó al percatarse de su reacción.

—Puedes ayudarlo, ¿verdad? —preguntó Sage—. Es evidente que se trata de algún tipo de veneno, pero a ti eso se te da bien. Los has estudiado y sabes cómo curarlos, ¿no?

—Sí, pero no los venenos *mágicos*. —Jonas señaló la herida de Reeve—. No sabría por dónde empezar a tratar una herida así y me da miedo empeorarla más aún.

—Pero puedes averiguarlo, ¿verdad? —insistió la chica. Al no obtener respuesta de su amigo, se inclinó hacia él y dijo—: Tú eres el genio del grupo. Tiene que haber algo en esos libros tuyos que pueda servir para ayudarlo.

—No hay nada sobre venenos o enfermedades mágicas, ni para prepararlos *ni* para curarlos —respondió Jonas—. Ya sabes que ese tipo de conocimiento es muy limitado. No puedo curar algo que no entiendo.

—Pero al menos podrías *intentarlo*...

—Vosotros dos, calmaos ya —interrumpió Reeve, pero, al estar tan débil, su voz no sonó nada autoritaria—. Estoy bien, solo necesito dormir un poco.

Viri resopló y todas las miradas se posaron en ella. Por un momento, se sonrojó, pero, después, dijo:

—Salta a la vista que no estás bien.

—¿Y quién tiene la culpa? —La preocupación de Sage se transformó en ira al clavar sus ojos avellana en Viri y cerrar las manos en puños—. Si muere, *tú* serás la responsable.

Viri sintió que la invadía un sentimiento de injusticia.

—Yo no le pedí que se pusiera delante de mí cuando lanzaron la daga.

—Eres una desagradecida de mier...

—Y no sé qué es lo que os preocupa tanto —siguió diciendo Viri—. Es un segador y eso no ha sido un golpe mortal, así que, tanto si le han hecho la herida con una armaligna como si no, se curará. Solo necesita un poco de élixen y la magia limpiará el veneno de la sangre. —Se sintió un poco mal al decirlo, pero, aun así, sabía que tenía razón.

—¿Te ofreces voluntaria, cazadora? —preguntó Sage en tono amenazante.

Viri se quedó pálida, pero mantuvo la compostura porque era consciente de que solo estaba tratando de intimidarla.

—Si extrae el élixen de mí, no creo que pueda curarse ni un corte que se hubiera hecho con un papel.

—Nadie va a darme su élixen —dijo Reeve con toda la determinación que pudo mientras intentaba ponerse de pie—. Y nadie se va a morir. Ya os lo he dicho, solo necesito...

Reeve trastabilló hacia delante antes de terminar la frase y tuvo la suerte de que Jonas lo sujetara antes de que se cayera del sofá.

—Cuidado, Reeve —murmuró el chico rubio mientras volvía a dejarlo tendido en el sofá—. Cuanto más te muevas, más rápido se extenderá el veneno.

Ya es demasiado tarde para eso, pensó Viri al recordar la agotadora batalla que había tenido lugar en el callejón y en la que Reeve luchó casi todo el tiempo después de que le apuñalaran con la daga. Seguía sin entender por qué Sage y Jonas estaban tan preocupados por él, pero, a la vez, y a pesar de lo que había dicho sobre que no le pidió que la salvara, el sentimiento de culpabilidad empezó a aflorar en su interior. Si no fuera por Reeve, Viri tendría ahora mismo una herida infectada de veneno de una armaligna; eso contando con que la espeluznante daga roja no la hubiera matado del impacto, que era la intención de su atacante. Cuanto antes se curara Reeve, antes se libraría ella de cualquier deuda que tuviera con él.

—Antes vi cómo Sage extrajo élixen de Jonas —le dijo Viri a Reeve —. Si te preocupaba que descubriera que los segadores *no* tienen por qué cazar solo a niños, tengo que decirte que ese tren ya ha pasado. Así que… —Señaló con una mano a Reeve y a sus amigos—. Haz lo que tengas que hacer.

—Esa no es una opción —murmuró Reeve en voz baja conforme empezaba a temblarle el cuerpo.

Viri dejó caer los brazos a los lados.

—¿Por qué no? Maldita sea, eres un segador, así que extraer élixen tiene que ser algo natural para ti.

—Pero ¿cómo puedes ser tan tonta? —exclamó Sage en tono mordaz—. Míralo. Mira sus venas. ¿Acaso tiene el mismo *aspecto* que otros segadores?

—Que lleve un tiempo sin extraer élixen no significa que...

—¿Un tiempo? —repitió Sage con incredulidad—. *Siete años*, para ser exactos.

Viri dio un paso hacia atrás, desconcertada; al segundo, se recompuso y le dijo a Reeve:

—Eres la mano derecha del Padre Segador. Si esperas que me crea que eso de que...

—Ahora mismo no tengo demasiadas fuerzas para que me importe lo que creas o dejes de creer —respondió Reeve, dejándose caer en el sofá y cerrando los ojos. El sudor le perlaba la frente y no paraba de apretar las manos una y otra vez, como si intentara recuperar la sensibilidad.

Lo normal hubiera sido que Viri se preocupara al verlo tan vulnerable, pero, en cambio, se puso más furiosa todavía.

—¿Qué es lo siguiente? —bramó Viri—. ¿Vas a decirme que nunca has extraído élixen de nadie? ¿*En tu vida*?

De pronto, Reeve clavó sus fervientes ojos plateados en ella.

—Yo no he dicho eso. Y claro que lo he hecho. Pero, como te ha dicho Sage, fue hace siete años y solo una vez. —Se calló y, al momento, añadió—: Con eso tuve más que suficiente.

La cazadora parpadeó. El inusual momento de honestidad de Reeve la había pillado con la guardia baja y, en cierto modo, le

sorprendió que se las hubiera arreglado para resistirse a la naturaleza adictiva del élixen y solo haberse alimentado una vez en todos los años que había estado con el Padre Segador. Pero, aun así...

—¿Y qué se supone que le pasó a tu víctima inocente? —preguntó en un tono cruel—. ¿Hubo un milagro y sobrevivió?

Reeve guardó silencio y se quedó mirándola a los ojos, pero, después, bajó la vista hasta su hombro.

—No, murió —reconoció en voz baja.

Viri frunció los labios con asco y sintió una inesperada oleada de decepción. No obstante, dejó a un lado sus sentimientos y dijo:

—Pues ya está. Ya has extraído élixen antes y sabes cómo hacerlo, así que hazlo —dijo al volver a señalar a Sage y a Jonas.

Reeve negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que para mí no es una opción. Ya no extraigo élixen, fin de la discusión. —Antes de que Viri pudiera insistirle más o preguntarle cómo consiguió romper las encancelas y dejarla fuera de combate usando la magia sin haber robado élixen antes, no que la hubiera usado para eso, se giró hacia Jonas y le preguntó—: ¿Qué puede pasarme si el veneno sigue extendiéndose?

—No lo sé con seguridad —respondió Jonas nervioso. Sus ojos saltaron una y otra vez de Reeve a Viri—. Aunque, si funciona como los venenos no mágicos, podría provocarte diversos síntomas antes de afectarte los órganos internos y, por último, matarte. —Se colocó bien las gafas y siguió hablando, como si estuviera leyéndolo en un libro—. Podría actuar de inmediato o ir expandiéndose poco a poco. Y algunos de los efectos pueden ser hormigueo en las extremidades, entumecimiento, fiebre, escalofríos, mareos, calambres abdominales...

—Digamos que ya tengo la mayoría de esos síntomas —murmuró Reeve, secándose el sudor de la frente y apretándose el estómago con fuerza; no la zona de la herida, sino el *estómago*—. ¿Hay alguna forma de ralentizarlo?

—El veneno no es el único problema —respondió el chico, señalando el sofá manchado de rojo—. Parece que la toxina mágica con la que estuviera impregnada la armaligna impide que te cicatrice la herida. No dejas de sangrar. Si el veneno no te mata, morirás desangrado igualmente.

—Estupendo —bramó Reeve y, al segundo, antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, su rostro se quedó blanco de golpe y se inclinó hacia delante para vomitar en el suelo.

Sage maldijo en voz alta y saltó hacia atrás, pero Viri se quedó petrificada al ver la antinatural bilis negra que acababa de salir por la boca de Reeve.

—Eso no tiene buena pinta —exclamó Jonas entrando en pánico—. Reeve, ¿puedes decirme qué es lo que sientes exact...?

Antes de que pudiera terminar la frase, a Reeve se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó en el sofá, inconsciente.

—¿Reeve? ¡*Reeve*! —gritó Sage antes de esquivar el charco de vómito y estirar los brazos para sacudir a su amigo de los hombros, pero no se movía—. ¡Jonas, habla! —espetó impaciente—. ¿Qué opciones tenemos?

Jonas se pasó la mano por los rizos rubios y se los despeinó más todavía.

—Necesitamos a alguien que sepa algo sobre este tipo de objetos. Alguien con conocimientos de medicina y de magia. Pero no creo que *exista* nadie así.

A Viri empezó a latirle el corazón con fuerza, no solo porque Reeve pareciera al borde de la muerte, sino también por lo que Jonas había dicho. Se mordió el labio y respondió:

—En realidad, sí que existe alguien así.

Sage y Jonas se giraron hacia ella y, por un momento, se preguntó a sí misma en qué demonios estaba pensando. Después, volvió a mirar a Reeve, que seguía inconsciente; estaba sudando, temblando y sangrando. De pronto, dejó de ser el segador de dieciocho años y volvió a ver al chico de once años al que consideraba su mejor amigo. Esa noche, Reeve le había salvado la vida y no podía ignorar ese gesto así como así. Sin embargo, aunque no lo hubiera hecho, seguía siendo *Reeve*. Daba igual en qué clase de monstruo se hubiera convertido, no podía dejar que muriera.

—Conozco a alguien que podría ayudarle —exclamó Viri—. Rápido, levantadlo y seguidme.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Decimoséptimo sol. Décimo ciclo. Decimosegunda era.

Los magos arquitectos han construido unas tutelas de piedra.

Las llaman «obeliscos» y son cuatro pilares de obsidiana situados al norte, al sur, al este y al oeste de la ciudad, que ya está construida por completo. O la alterra, como se la conoce, aunque también han reubicado a muchos residentes dentro de las montañas y en la subterra, por debajo de la superficie. No entiendo por qué lo hacen; yo prefiero mil veces sentir el sol en la piel y la brisa en la cara, pero, para gustos, colores. No obstante, tengo que reconocer que el diseño de la subterra y del interior de la montaña es toda una maravilla, incluso para unos magos arquitectos. Si me pongo en la piel de los someros, que hasta ahora no conocían la arquitectura hecha con magia, por no hablar de los sendales y los ascensores que funcionan con élixen, entiendo que estén tan encantados que quieran vivir en lugares así.

Sin embargo, no sé cómo sentirme con respecto a las tutelas protectoras, los *obeliscos*.

Porque han bloqueado el poder del Canal Sagrado.

Lo que antes era un torrente continuo de magia turbulenta, ahora es un leve chorrito; la magia se ha vuelto sumisa, apagada y silenciosa. Justo como en el continente.

En parte, me siento aliviado, porque eso significa que mi élixen ya no va a reaccionar de forma impredecible y caprichosa. Es una tranquilidad

no tener que estar pendiente de si conseguiré curar un golpe o si acabaré rompiendo un hueso por accidente, si lograré invocar un libro o si lo reduciré a cenizas, si abriré una puerta o me quedaré atrapado en una habitación cerrada con llave. Pero, por otra parte..., me da pena.

Nunca se lo he dicho a nadie y, de hecho, me cuesta reconocerlo, pero, en cierto modo, tengo la esperanza de que llegue un día en el que sea capaz de usar la magia pura que mana del Canal Sagrado para aumentar los poderes que atraigo de los eventos celestes. Creo que ya lo hacía hasta cierto punto y tengo la sensación de que el Canal Sagrado me ayudaba, que *quería* ayudarme. Porque, al contrario de lo que sucedía en el continente, los restos del extraño poder que obtenía tras cada ritual permanecían conmigo durante horas. Y durante días, en algunos casos.

En todos mis años practicando con la magia celestial, nunca había sentido algo así.

Es adictivo.

Y quiero más.

Pero ahora que las tutelas de los obeliscos controlan la magia del Canal Sagrado, sé que las cosas van a cambiar. Durante los últimos meses, el número de someros que acudían a mis ceremonias ha ido creciendo sin parar, deseosos de asistir a mis ritos sagrados para aumentar sus niveles de élixen; ahora, en cambio, el poder celestial que pueda absorber no será tan fuerte ni durará tanto como antes, ni para ellos ni para mí. Al final, dejarán de venir a mis rituales, ya no me necesitarán y, por lo tanto, no me *querrán*. Pasará lo mismo que en el continente: que mi papel como Padre Mago irá perdiendo importancia hasta desaparecer.

La culpa es de Tephryn Alemedes; ella es la que les dio la idea a los magos arquitectos de construir los obeliscos. Se inspiró en las tutelas naturales que rodeaban los dos Canales Sagrados del continente y, después, ella misma aportó su magia experimental de anulación para abastecer los imponentes pilares de obsidiana. Claro que fue ella, porque solo una maga alquimista podía ser tan despiadada. La magia de transformación es peligrosa, pero infundir magia puede ser letal. Hay un motivo por el que la práctica de la alquimia se vigila tan de cerca cuando están formándose y por lo que hay tan pocos magos que elijan esta especialidad. Conlleva disciplina, *sacrificio*... Por no hablar de los riesgos y las consecuencias que acarrean si algo sale mal...

No tengo claro si odio a Tephryn o si la admiro, aunque creo que es una mezcla de ambas. Por otra parte, también soy consciente de que su atractivo físico juega en mi contra, ya que sería mucho más fácil detestarla si no fuera tan hermosa.

Tampoco me ayuda que sea una de las pocas magas que no me ridiculiza en público. De hecho, aunque parezca increíble, hace un par de noches vino a la ceremonia del interlunio. Una maga acudió a uno de mis rituales; una maga alquimista, nada más y nada menos.

Habría pensado que asistió solo para burlarse de mí si no fuera por todas las preguntas que hizo cuando terminó la ceremonia y por la honesta curiosidad que vi reflejada en sus ojos, que brillaban como estrellas. Incluso me sugirió que nos viéramos esta semana para hablar sobre la inminente llegada de los cometas Adastrum Devotis. Han pasado doscientos años desde la última vez que surcaron nuestros cielos y, aunque el poder que emiten es incomparable, Tephryn no es una maga celestial, por lo que me sorprende que le interesen este tipo de cosas.

Zeranthe dice que soy un lerdo por no darme cuenta de que Tephryn no quiere quedar para hablar de los cometas, sino que su interés en mí es romántico. No sé si debo fiarme de la opinión de una dragona para este tipo de temas ni sé cómo actuaré si resulta tener razón.

Lo único que sé es que debo ser cauto. No puedo dejarme embaucar por los encantos de Tephryn ni por ningún otro aspecto de ella.

No creo que salga nada bueno de ahí.

15

Como no era de extrañar, a Sage no le entusiasmaba la idea de confiar en Viri a ciegas. Sin embargo, una vez que Jonas confirmó que no les quedaba más remedio, la segadora de pelo morado accedió, a regañadientes, a sacar a Reeve del apartamento, aunque primero advirtió a Viri que lo pagaría muy caro si, en realidad, les estaba tendiendo una trampa.

Viri se habría reído por la ironía de la situación si no hubiera estado tan nerviosa por el lugar al que los estaba conduciendo y por la línea que estaba a punto de cruzar. Pero, entonces, se le vino a la mente lo que Jonas había dicho sobre que Reeve necesitaba a alguien con conocimientos médicos y mágicos, y ella solo conocía a una persona que encajara con esa descripción.

El pequeño grupo se apresuró hacia el sendal todo lo rápido que pudo mientras cargaba con el cuerpo inconsciente de Reeve. Viri fue la primera y, esta vez, no los guio por la superficie, sino que los llevó hacia el corazón de la subterra.

—Por aquí —les dijo a los segadores mientras rezaba para sus adentros e imploraba que no se encontraran con ninguna patrulla de la Nox; o, peor aún, con cazadores.

Los condujo a toda prisa por un túnel que era casi idéntico a los que había dentro de la montaña, donde el aire filtrado con magia era frío y un poco húmedo.

Al igual que el monte Tembris, la subterra estaba destinada, en su mayoría, a las viviendas, y también había varios niveles de apartamentos. No obstante, también había zonas comunitarias, similares al Distrito Mercantil del monte Verta, así como espacios lúdicos parecidos al Gremio de Entretenimiento que habían renombrado como el Callejón del Eco, además de distintos negocios dispuestos a lo largo de los laberínticos túneles. Aunque resultaba frustrante, era muy fácil perderse y, de hecho, había muchos caminos trazados por los magos ancestrales que aún no se habían explorado por completo.

Aun así, Viri sí sabía a dónde iban y no dudó ni un segundo cuando llevó a los segadores por un estrecho pasadizo que se bifurcaba de la calle principal y que no tenía salida.

—¿Nos hemos equivocado de calle? —preguntó Jonas con la respiración entrecortada mientras sujetaba a Reeve.

En lugar de responder, Viri tocó la pared rocosa que tenían delante y pasó la mano por ella tres veces. Entonces sonó un repentino chasquido y toda la superficie se hundió hacia adentro para dejar a la vista una puerta oculta.

—Impresionante —exclamó Jonas.

—¿Está protegida con tutela? —preguntó Sage con desconfianza.

—No —respondió Viri, abriendo la puerta en mitad de la pared—. Está escondida para que nadie sepa que está aquí.

—¿Y cómo lo sabías *tú*?

—Porque es el laboratorio de mi mejor amiga —dijo señalando hacia el interior del enorme y circular taller para que entraran—. Fue un regalo que le hizo su padre cuando cumplió catorce años.

Eso era lo único que le quedaba a Wynter de su misterioso padre;

de hecho, la carta llegó justo antes de su ceremonia de concesión con instrucciones para poder encontrar el lugar y con una advertencia para que lo mantuviera en secreto, seguida de una vana despedida que decía: «Úsalo bien. Con mucho cariño, tu padre».

Antes de que Sage pudiera preguntárselo, Viri confirmó sus sospechas:

—Sí, mi mejor amiga es Wynter Starling, la hija de la magistrada. Y no, su madre no sabe que existe este laboratorio. Solo lo conocemos Wyn, nuestro amigo Soren y yo. Nadie más. —Se calló un segundo —. Y ahora vosotros, claro.

—¿Y hay alguna razón por la que sea tan secreto? —insistió Sage con una ceja levantada.

—Ahora lo verás —espetó Viri, arqueando las cejas.

En cuanto Sage se adentró de lleno en el laboratorio, sus ojos avellana se abrieron de par en par al echar un ligero vistazo a su alrededor. Le bastó un segundo para entender por qué Wynter no quería que su madre tuviera constancia de ese sitio; ni su madre ni nadie.

—Repito: impresionante —exclamó Jonas boquiabierto al observar la sala, que parecía brillar con luz propia.

La mirada del segador se clavó en el abovedado techo de cristal que ofrecía una vista clara y directa del lago Mirtis; ahora estaba oscuro, pero, cuando salía el sol, mostraba todas y cada una de las criaturas que flotaban y nadaban en él. Después, sus ojos escudriñaron el resto del laboratorio y se llenaron de curiosidad al percatarse de las estanterías repletas de libros antiguos de piel, muchos de ellos escritos en la lengua rúnica de los magos.

Mientras Jonas seguía embobado con los libros, Sage se paseó por

el resto de la sala sin poder contener su asombro.

Viri entendía que se sintiera así. Aquel lugar albergaba innumerables artículos de alquimia, aunque ilegales, y casi todos venían incluidos en el «regalo» del padre de Wynter. Había un inmenso terrario lleno de plantas y flores mágicas, algunas de las cuales estaban *brillando*. También había un armario donde Wynter almacenaba una peculiar selección de metales y piedras preciosas y, al igual que las plantas, algunos brillaban bajo la luz de la sala. Y, por supuesto, no podía faltar la alargada mesa de trabajo que estaba a rebosar de frascos de varios colores y con sustancias en distintos estados, desde líquidos, como el vigoricitrus, hasta sólidos, como el detenubis, o gases humeantes en pequeños botes que estaban tapados, aunque Viri todavía no se había sometido a esos experimentos y los miró con cautela. Sin embargo, le preocupaba más el lodo marrón y maloliente que rezumaba del horno caliente, de modo que tomó nota mental de no ofrecerse voluntaria para probar ese invento en concreto, ni aunque Wynter se lo suplicara cien veces.

Después de echar un vistazo a su alrededor, Viri intentó ver el laboratorio con los ojos de Sage y de Jonas. Observó con detenimiento los cientos de pociones apiladas a lo largo de las paredes y los desconocidos ingredientes que había dispersos entre ellas, así como el sinfín de utensilios para triturar y machacar los polvos y las pastas, la colección de vasos, jarras y frascos para medir, los incontables recipientes y tubos para destilar, y las infinitas páginas de pergaminos llenas de notas y garabatos de Wynter. Si el laboratorio no estuviera tan ordenado, el caos sería abrumador. Pero, en cambio, parecía...

—Mágico —susurró Jonas como si estuviera a punto de llorar—. Este lugar es *mágico*. Castaña y yo queremos quedarnos aquí a vivir para siempre.

Castaña, que acababa de sacar la cabeza del bolsillo de Jonas, no parecía muy entusiasmado con lo que había a su alrededor, aunque movió su adorable nariz al oler los extraños aromas que inundaban el laboratorio.

—Ahí hay un sofá —dijo Viri, llevándolos al otro lado de la sala y luego ayudándolos a soltar a Reeve.

Se le hizo bastante raro ver a Reeve tumbado en ese sofá en el que Viri había pasado tantas horas haciéndole compañía a Wynter mientras ella trabajaba o, algo no tan placentero, sufriendo los efectos secundarios de los experimentos de Wyn. De hecho, ese era el motivo por el que había un botiquín de primeros auxilios debajo del sofá que estaba repleto de curas mágicas y prohibidas, todas creadas por Wynter: un gel calmante para las quemaduras, una crema antipicores, una pócima para entrar en calor, un tónico para detener los vómitos, un analgésico de morfinina y una pomada curativa, aunque esta última solían usarla, sobre todo, para los cortes que se hacía Viri cazando, y no tanto para las pruebas a las que la sometía Wynter.

Aunque los suministros eran muy útiles para curar heridas y algunas dolencias, ninguno de ellos servía para tratar el veneno mágico que se extendía por el cuerpo de Reeve y, por el aspecto que tenía, tampoco había tiempo para andarse con suposiciones.

Es culpa mía, es culpa mía, es culpa mía, repetía Viri en su cabeza una y otra vez mientras su mente revivía el momento en el que Reeve la apartó de la daga y, a los segundos, se la arrancó del costado

emitiendo un gorgoteo de lo más repugnante. Empezó a salivar ante el recuerdo y sabía, *de corazón*, que no se lo perdonaría si Reeve acababa muriendo por haberle salvado la vida.

—Vale, ya estamos aquí —exclamó Sage, lo que sacó a Viri de sus pensamientos—. ¿Dónde está tu amiga? Imagino que ella es la que puede ayudar a Reeve, ¿no?

—Esperad aquí —respondió mientras iba hacia la puerta—. Voy a despertarla.

Viri estaba a mitad de camino cuando la puerta oculta de la entrada emitió un sonido sordo seguido de un chasquido; la pared había vuelto a hundirse hacia adentro.

Sage reaccionó de inmediato y desenvainó las dos espadas para, después, adoptar una posición defensiva. Jonas también reaccionó al instante, solo que gritó, asustado, y se escondió detrás del sofá; hasta entonces, Viri no había reparado en que Jonas no había salido a luchar con sus amigos esa noche. A esas alturas, no le cabía la menor duda de que Jonas era el segador más raro que había conocido en su vida. Entonces Viri giró la cabeza con rapidez y vio a Wynter, que acababa de entrar por la puerta oculta. Su amiga se detuvo titubeando y con los ojos muy abiertos al observar el pequeño grupo que había congregado en su laboratorio secreto.

—Puedo explicarlo —soltó Viri en cuanto se dio cuenta de que estaba en mitad del laboratorio de su amiga con la cara llena de cortes y mugre, con la ropa mojada y acompañada de tres extraños: uno de ellos inconsciente y, los otros dos, manchados de sangre hasta las cejas, aunque la mayoría era de Reeve. Lo bueno era que Wynter no podía ver las venas oscuras de Sage y Jonas, aunque no tardó mucho en darse cuenta de qué eran—. Te juro que te lo voy a contar

todo, pero, primero, necesitamos tu ayuda.

—¿Te has vuelto loca? —gritó Wynter cuando recuperó la compostura y avanzó a toda prisa hacia Viri, con su brillante melena negra ondeando a sus espaldas—. ¿Sabes cuánta gente hay buscándote? Si estoy despierta es porque Darik ha entrado a empujones en el apartamento y nos ha despertado a mi madre y a mí para contarnos que le habías atacado. La mitad de los guardias de la Nox están por ahí, buscándote. Y supongo que a *él* también. —Wynter señaló a Reeve con el dedo—. Ese es Ashton, ¿verdad? La mano derecha del Padre Segador. —Después, señaló a Sage y a Jonas —. ¿Esos son sus amiguitos segadores?

Viri se estremeció y, por un momento, deseó que su amiga no fuera tan avispada.

—Esperaba contar con algo más de tiempo antes de que vinieran a por nosotros.

Los ojos zafiro de Wynter la miraron con recelo.

—Estoy completamente a favor de romper las normas, y lo sabes —exclamó señalando todos los objetos mágicos de contrabando que había a su alrededor—. Pero ¿*qué demonios*, V?

—Necesitaba la ayuda de Reeve —confesó—. Se trata de algo muy importante.

—Teniendo en cuenta lo que has hecho, espero que se trate de un asunto de vida o muerte. ¿Tienes idea del *enorme* lío en el que te has metido?

—Sí, es un asunto de vida o muerte. Reeve tiene información que podría...

—¡Eh! —las interrumpió Sage, observándolas con el rostro serio y enfadado—. ¿Podéis poneros al día cuando nuestro amigo *no* se esté

muriendo?

Viri se estremeció otra vez; sabía que Sage tenía razón.

—Por favor, Wyn —le suplicó Viri—. Le han envenenado con una armaligna.

Al mencionar la excepcional daga mágica, los ojos de Wynter se abrieron como platos y, al segundo, se entrecerraron de nuevo con desconfianza.

—¿Por qué debería ayudar a un segador?

—Porque el arma iba para mí —respondió Viri con tono áspero. Le aguantó la mirada a su amiga y, después, añadió—: Me salvó la vida. Y ahora yo tengo que salvar la suya.

Wynter se quedó mirando a Viri en silencio mientras sopesaba qué hacer; al momento, suspiró y dijo:

—Cuéntame qué ha pasado. El arma, los efectos del veneno... Todo.

Viri sintió una oleada de alivio y empezó a contarle con rapidez a su amiga todo lo que sabía, desde el momento en el que el segador sacó la daga hasta los síntomas que había experimentado Reeve antes de desmayarse. Cuando terminó, Wynter asintió con decisión, se subió las mangas del jersey azul cobalto que llevaba puesto hasta los codos y se digirió hacia Reeve, que seguía tumbado en el sofá.

—Tú, chica del pelo morado —dijo Wynter chasqueando los dedos —. Dale la vuelta para que pueda verle la herida.

—Ella es Sage. —Viri la presentó de inmediato—. Y Jonas es el que está detrás del sofá.

Al oír su nombre, el chico rubio salió de su escondite y saludó a Wynter con timidez. Esta última parpadeó, incrédula.

—¿Eso que tienes en el bolsillo es un *conejito*?

—Se llama Castaña —respondió Jonas acariciando la cabeza del conejo—. Tiene ansiedad por separación, así que intento no dejarlo solo mucho tiempo. —Se calló un segundo—. Técnicamente, es un conejo enano de orejas caídas, así que es mucho más pequeño que los conejos comunes. Tiene el tamaño de una cría, pero se queda así para siempre.

Wynter seguía parpadeando, atónita.

—Es tan curioso como bonito —murmuró la chica antes de volver centrarse en Reeve, que en ese momento estaba descansando sobre su lado bueno para que la herida quedara a la vista de todos.

Al ver cuánto se extendía, Wynter reprimió una arcada.

—Puaj, sangre... Qué asco.

De pronto, Sage fulminó a Viri con la mirada.

—¿No habías dicho que tenía conocimientos de medicina?

—Se está formando para ser médica —respondió Viri. Después, bajando la voz, añadió—: Pero lo cierto es que no se le da muy bien que digamos.

—Perdona, guapa —exclamó Wynter con el ceño fruncido—. A mí se me da *muy* bien. O así acabará siendo, siempre y cuando me dejen curar a las personas a mi manera.

—Lo que quiere decir es que prefiere curar a sus pacientes usando la magia —les aclaró Viri a Sage y a Jonas—. Lo malo es que las curas creadas mediante alquimia están prohibidas.

—Las leyes son absurdas —dijo Jonas, subiéndose las gafas, que se le habían resbalado en el puente de la nariz—. Los magos ancestrales usaban la magia para todo, pero especialmente para curar.

—Y también sabían lo que hacían —señaló Sage—. Se pasaron años y años formándose y tenían a su disposición conocimientos que

habían recabado durante varias generaciones. —Miró a Wynter, que estaba tocándole la herida de Reeve mientras intentaba no vomitar, y añadió con rotundidad—: Pero algo me dice que este no es el caso.

—Por desgracia para vosotros, soy vuestra única opción —dijo Wynter conforme se apartaba de Reeve y se iba directa a la estantería más cercana. Estudió los lomos de los libros y sacó dos tomos gruesos forrados de piel, los llevó hasta su mesa de trabajo y los dejó caer con un golpe sordo—. Tú, el del conejo, ven aquí. Tienes pinta de manejarte bien con los libros.

—¿Qué necesitas? —preguntó Jonas tras ir corriendo hacia ella.

La chica sujetó en alto uno de los tomos, que tenía una tapa en la que había grabados unos símbolos dorados.

—¿Sabes leer runas?

Jonas negó con la cabeza.

—Solo las letras básicas.

Wynter agarró el segundo libro, en el que se leía *Potente Toxicum* en la portada, y se lo dio a Jonas.

—Entonces, encárgate tú de este. Busca algo sobre piel verde y coagulación lenta. Si no encuentras nada, entonces prueba a buscar cualquier otro síntoma que haya tenido tu amigo desde que lo apuñalaron.

Jonas se puso a ojear el libro de inmediato y Wynter hizo lo mismo con el de las runas; había aprendido la lengua por su cuenta en los años que habían pasado desde que tuvo constancia de su laboratorio secreto y de la colección de libros antiguos que venía con él.

—¿Qué podemos hacer nosotras? —preguntó Viri señalándose a sí misma y a Sage.

—Toma. —Wynter le tendió un frasco con un líquido naranja

brillante—. Que se lo tome.

Viri dudó un segundo al reconocer la pócima que tenía entre las manos.

—Mmmm... Esto es tu vigoricitrus, ¿no?

—No te preocupes, he perfeccionado la fórmula desde que lo probaste —respondió distraída mientras pasaba las hojas del libro que tenía delante—. Ahora es todo adrenalina y nada de abstinencia.

A Viri no le preocupaba lo de la abstinencia, sino el hecho de que era un *potenciador de energía* y Reeve estaba fuera combate. Solo los Sabios sabrían el efecto que la pócima podría tener en él.

Al ver que a su amiga la invadían las dudas, Wynter marcó con un dedo por dónde iba leyendo y paró para darle algunas explicaciones.

—Las enfermedades mágicas son muy complejas, V. Tiene muchas más probabilidades de sobrevivir si está consciente para poder combatirla. —Se puso seria y siguió hablando—: Sus pulsaciones son cada vez más bajas, así que no le queda mucho tiempo. Es un riesgo, sí, pero está calculado, y sabes que no haría nada que pudiera hacerle más daño aún. Él te ha salvado la vida y ahora vamos a salvarlo a él, ¿vale?

A Viri se le hizo un nudo en la garganta por lo agradecida que le estaba a su amiga, de modo que asintió con decisión y, después, destapó el frasco y lo posó sobre los labios de Reeve justo antes de inclinarle la cabeza hacia atrás con cuidado. Viri enredó los dedos en el sedoso pelo negro como la medianoche de Reeve mientras, con una mano, lo ayudaba a tragarse el vigoricitrus y, con la otra, le sujetaba el cuello. Mientras tanto, Sage los observaba desde un poco más atrás con actitud protectora.

Al igual que le pasó a Viri cuando se lo tomó, el efecto del

vigoricitrus fue inmediato. Reeve se incorporó con la respiración entrecortada y empezó a toser.

La cazadora, que era la que más cerca estaba de Reeve, se sentó en el sofá y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Respira hondo, Reeve.

—Duele —exclamó este apretando los dientes.

Viri sintió como esa única palabra le atravesó el pecho.

—Lo sé —murmuró Viri—. Tú respira. En un segundo se te pasará.

Pero no era así, no mientras el veneno de la armaligna siguiera inundando sus venas. Al menos volvía a estar despierto y el vigoricitrus ayudó a que sus mejillas fueran recuperando su color poco a poco. Ahora sus ojos también lo observaron todo con atención cuando paró de toser. De pronto, se puso tenso al no reconocer nada de lo que había a su alrededor, aunque volvió a relajarse cuando vio a Sage y a Jonas.

—¿Dónde estamos?

—En el laboratorio de Wynter —respondió Viri señalando a su amiga—. Wyn, este es Reeve Ashton. Reeve, te presento a Wynter Starling.

—El placer es tuyo —murmuró Wynter.

—Al parecer, la hija de la magistrada ha estado guardando un secretito de lo más curioso —le dijo Sage a Reeve canturreando—. Lleva años practicando alquimia delante de las narices de su querida mami.

Wynter no se molestó en levantar la vista de su libro para responderle:

—Para que lo sepas, también sé lo bastante de alquimia como para llenarte de furúnculos de pies a cabeza y provocarte un sarpullido

bastante bochornoso. —Bajó el tono en señal de advertencia—. Cuidadito conmigo, segadora. No me subestimes.

Reeve se había quedado mirando a Wynter y su rostro estaba invadido por una mezcla de asombro y algo más, algo imposible de descifrar, como recelo o cautela. Y, al momento, su expresión reflejó el dolor que volvió a sentir al darle otro ataque de tos, que no cesó hasta que se inclinó hacia adelante y escupió más bilis negra.

Wynter tuvo que hacer un esfuerzo enorme por detener las arcadas.

—Puaj, qué asco da la gente —se quejó Wynter antes de lanzarle a Sage un frasco con polvo blanco—. Echa todo el frasco sobre el vómito.

La chica hizo lo que le pidió y la masa negra se evaporó en cuanto los polvos blancos la tocaron.

—Asombroso —masculló Sage mientras observaba el frasco vacío bajo la luz de la lumiterna que tenía más cerca.

—Polvorrador —dijo Wynter—. Sirve para limpiar en un segundo cualquier líquido que se derrame. Fue uno de mis primeros experimentos.

—*Que funcionó* —añadió Viri al pensar en todos los experimentos de alquimia fallidos que ella misma había probado—. Uno de tus primeros experimentos *que funcionó*.

—Bah, cuestión de semántica. —Wynter agitó una mano como para restarle importancia, pero se quedó quieta de forma repentina y se acercó más a la página que estaba leyendo—. Esperad, tengo algo. —Se giró hacia Jonas—. ¿Hay algún artículo que hable sobre espectrolágrimas?

—Todavía voy por la C —respondió Jonas—. Espera, que me voy a

la E. —Pasó las páginas a toda velocidad y, después, empezó a ir más lento—. No hay nada que se traduzca así exactamente, pero aquí se menciona algo sobre *Espectri Planctus*, que se podría traducir como espectrollanto, y la etimología es casi idéntica. —Leyó en voz alta con los ojos clavados en el libro—: El espectrollanto es un veneno resultante de la combinación de sangre de espectro y lágrimas de dragón. Como líquido, basta para provocar una muerte rápida, pero puede causar más sufrimiento si se impregna en algún objeto, sobre todo en armas, ya que los efectos son más duraderos y sirven para torturar a la víctima. Entre los síntomas, se incluyen: piel verde alrededor de la herida, bilis negra, fiebre, escalofríos... —Jonas recitó la lista de corrido y Reeve fue asintiendo a duras penas a cada síntoma que mencionaba.

—¿Eso es todo? —exclamó Sage sorprendida—. ¿Dice algo sobre cómo curarlo?

Jonas negó con la cabeza y dio unos golpecitos en el libro.

—Aquí no —respondió Jonas antes de mirar a Wynter—. ¿Y en el tuyo?

Wynter había vuelto a enfrascarse en su tomo de runas; iba murmurando por lo bajo y tomando notas en un trozo de pergamino. Tenía el ceño fruncido, señal de que estaba muy concentrada, pero se le borró al levantar la cabeza.

—Creo que lo tengo. —Repasó sus notas y volvió a fruncir el ceño —. En realidad, se trata de un antídoto bastante simple, aunque imagino que harán falta ingredientes mágicos bastante raros y alguien que pueda leer runas, así que, tal vez, «simple» no sea la palabra correcta para...

—No quiero meterte prisa —jadeó Reeve, que tenía una mano

puesta sobre su estómago y, la otra, presionando su herida—, pero, a no ser que tengas un barril lleno del polvo ese para limpiar, creo que te interesa encontrar la cura lo antes posible.

La mera idea de Reeve volviendo a vomitar bastó para que Wynter se pusiera manos a la obra. Empezó a sacar ingredientes coloridos de las estanterías y fue corriendo a su terrario para arrancar hojas de algunas plantas, incluyendo dos pétalos de una rosa angelical que seguían brillando incluso después de haberlos separado del tallo. Un repentino aroma floral inundó la habitación y Jonas empezó a estornudar sin parar, pero, a pesar de tener los ojos llorosos, no le quitó el ojo de encima a Wynter, que acababa de ponerse a elaborar la poción.

Lo que hizo Wynter no era alquimia de verdad, ya que, para ello, habría tenido que transformar alguna materia con magia y, además, se habría visto en la obligación de usar la gota de élixen que albergaba tras la ceremonia de concesión; esa práctica no solo era de lo más peligrosa, sino que también rebasaba con creces la barrera de la *ilegalidad*. Aun así, la poción que estaba preparando también era bastante arriesgada, dado que tuvo que usar ingredientes mágicos algo inestables. Todo lo que Wynter sabía, lo había aprendido por su cuenta y, aunque ella misma decía que no era más que una aprendiz, Viri no le confiaría su vida a nadie que no fuera ella; o, en este caso, la vida de Reeve.

—Lista —confirmó Wynter tapando el frasco de cristal y agitando el líquido rosa que tenía dentro y que emitía un ligero destello por los pétalos de la rosa angelical—. ¿Quién de vosotros dos conoció antes a Ashton?

Wynter miró a Sage y a Jonas, ajena a la reacción de Viri, que se

había quedado paralizada junto al sofá.

—¿Por qué? —preguntó Sage, recelosa.

—La sangre de espectro es de lo más repugnante —explicó Wynter —, y va más allá de lo físico, al igual que muchos espectros no arremeten solo contra el cuerpo de sus víctimas, sino también contra su mente y su espíritu. Al menos, eso es lo que dice la leyenda. —Wynter se encogió de hombros—. El objetivo es asegurarnos de que la sangre de espectro no permanezca en el alma de Ashton después de que drenemos el veneno de su cuerpo, por eso la cura tiene que dársela una persona con la que tenga una fuerte conexión emocional que se haya forjado durante años. Cuantos más años haga que os conozcáis, más profunda será esa conexión. Así es como podemos asegurarnos de que la poción sea lo bastante potente como para eliminar todo rastro de sangre de espectro de su cuerpo.

Por un momento, todos se quedaron callados, hasta que Sage rompió el silencio:

—Eso no tiene ningún sentido.

Wynter se encogió de hombros otra vez.

—La magia rara vez lo tiene. Por eso me resulta tan interesante.

—¡Coincido contigo! —dijo Jonas, saltando emocionado junto a Wynter.

—Bueno, ¿quién va a hacerlo? —insistió Wynter al tenderles el frasco rosa a los segadores.

Ninguno de ellos se movió, pero ambos clavaron la mirada en Viri. En ese momento, la cazadora notó los latidos de su corazón retumbándole en los oídos.

Reeve se aclaró la garganta y, cuando Viri giró la cabeza, sus miradas se encontraron. A pesar del mal aspecto que tenía, seguía

siendo increíblemente guapo, pero algo se dibujó en sus ojos, un desafío y una pregunta, mientras esperaba a ver qué hacía ella.

Viri, sin embargo, no tenía muchas opciones. Ya se había aventurado por ese camino y era demasiado tarde para echarse atrás.

—Yo —exclamó al ponerse de pie entre temblores y caminar hacia su amiga—. Yo soy la que conoce a Reeve desde hace más tiempo.

Las cejas oscuras de Wynter se alzaron de repente.

—¿De qué estás hablando? Si lo conociste la semana pasada, cuando lo arrestaron.

Viri negó con la cabeza.

—Lo conozco desde que tenía cuatro años.

Wynter ahogó un grito.

—Que tú... *¿qué*?

—Desde hace trece años —afirmó conforme la invadía una extraña sensación de alivio por haber dejado que la verdad saliera a la luz. O al menos una de ellas. Aunque presentía que no quedaba mucho para la otra.

Wynter se inclinó hacia delante y siseó:

—¿Cómo es posible? ¡Si es el seguidor más leal del Padre Segador!

—Lo sé. —Viri hizo una mueca.

—¡El Padre Segador que *mató a tus padres*!

—Sí —respondió con otra mueca.

—¡El Padre Segador al que prometiste derrotar y hacerle pagar por sus atrocidades!

Esta vez, Viri se limitó a asentir, aunque por el rabillo del ojo vio que Sage daba un paso adelante, llena de furia, pero se detuvo cuando Reeve la frenó con un brazo. Incluso Jonas tenía las manos cerradas en puños a los lados, como si le hubiera molestado escuchar

algo que atentaba contra su monstruoso líder.

De pronto, Wynter se quedó pálida mientras miraba a Viri con horror; su cerebro fue uniendo las piezas poco a poco. Entonces, como si tuviera miedo de decir en voz alta lo que acababa de averiguar, dijo:

—Si conoces a Ashton desde hace trece años, entonces sabrás cómo y cuándo se convirtió en la mano derecha del Padre Segador.

Viri asintió de mala gana.

—Eso significa... —agregó—. Significa que... —Wynter tragó saliva, pero se obligó a hacerle la pregunta a la que más le había temido Viri durante los últimos siete años: su gran secreto, su verdad más devastadora—. Sabes quién es el Padre Segador, ¿verdad?

Viri fue incapaz de no girarse para mirar a Reeve, aunque no esperaba encontrarse con sus ojos plateados llenos de compasión. Entonces cerró los ojos; no soportaba verlo mirándola así cuando le tuvo que responder a su mejor amiga en un tono que apenas sonó más que un suspiro.

—Se llama Braedan Solace. —A Viri le tembló la voz—. Y es mi hermano.

16

Durante unos minutos, el laboratorio se sumió en un silencio sepulcral. Hasta que...

—¿El Padre Segador es tu *hermano*? —gritó Wynter—. ¡Ni siquiera sabía que tenías un hermano! ¿Cómo...? ¿Por qué...? ¿Qué...? *¡No entiendo nada!*

—¿Y si curamos a Reeve y *después* pasamos a la ronda de preguntas? —sugirió Sage con seriedad, señalando el frasco que seguía sujetando Wynter con fuerza—. Es un milagro que siga vivo a pesar de lo charlatanas que sois.

—Puedo esperar un poco más —susurró Reeve mientras observaba a Viri con cuidado; sus ojos seguían mirándola con lástima. Aun así, era más que evidente que estaba aguantándose el dolor, porque su rostro fue perdiendo el poco color que tenía conforme desaparecían los efectos del vigoricitrus. En pocos minutos, volvería a perder el conocimiento y, esta vez, corría el riesgo de no despertarse.

—Sage tiene razón —exclamó Viri, tendiéndole la mano a Wynter —. Pienso responder todas y cada una de las preguntas que tengas, pero, primero, dime qué tengo que hacer.

Wynter abrió y cerró la boca, como si fuera un pez, mientras sus ojos saltaban de Viri a Reeve; su cara seguía crispada de incredulidad, pero se recompuso al segundo y le entregó el frasco rosa a Viri.

—Trece años deberían ser más que suficientes.

—Pero llevaba siete años sin verlo —dijo Viri—. ¿Eso influye?

Wynter se quedó mirándolos otra vez, como si estuviera haciendo un cálculo mental de qué representaban esos años en la vida de Viri. Al darse cuenta de lo que suponía, abrió los ojos como platos, pero se limitó a decir:

—No. La magia no es tan caprichosa. Siguen contando como trece años.

Viri le dio la vuelta al frasco con los dedos.

—¿Solo tengo que hacer que se lo trague, como el vigoricitrus?

—Yo voto por elegir una alternativa a «hacer que se lo trague». —Reeve gruñó al recostarse en el sofá porque no aguantaba más tiempo estando erguido sin apoyarse.

—Puede tragárselo él solo —explicó Wynter—. Pero tienes que asegurarte de estar tocándolo mientras se lo toma. —Al ver la expresión de Viri, puntualizó—: Con agarrarle la mano, vale. Tiene que ser piel con piel.

—Ahhh, ¡claro! —exclamó Jonas con emoción al cotillear las notas de Wynter—. Por la transconducción de esencia.

—Transcondu... ¿qué? —preguntó Sage, mirando a su amigo con los ojos entrecerrados.

Wynter se giró hacia Viri y se lo explicó:

—Cuando Ashton se tome la poción, su cuerpo se verá obligado a expulsar el veneno y, para hacerlo, utilizará la conexión que tiene contigo. Toda magia tiene un coste y, esta vez, serás tú quien tenga que pagarlo.

—No, no pienso hacerlo —espetó Reeve, que desde que le habían apuñalado, no había sido capaz de hablar tan fuerte—. Invéntate

otra cosa.

—Tranquilo, Ashton —dijo Wynter, obligándolo a tumbarse después de que intentara levantarse sin éxito—. A Viri no la han apuñalado con una armaligna, así que el veneno como tal no va a afectarle. Lo único que va a sentir son los efectos metafísicos, es decir, una parte de lo que tú has sentido y durante apenas un segundo. Viri va a actuar como un sendal, como un lugar de paso unidireccional. La cura hace que el veneno pase de tu cuerpo al «portal» y tu conexión con ella te ayuda a expulsarlo por el otro lado. ¿Lo has entendido? —Todos los rostros, salvo el de Jonas, permanecieron impasibles, así que levantó las manos en el aire y señaló su libro de runas—. Vale, vale. No hace falta que lo entendáis. Hay que hacerlo así porque lo dicen las instrucciones y punto.

Aunque a Viri no le entusiasmaba que su amiga la hubiera descrito como un sendal humano, decidió que lo mejor que podía hacer era acabar con eso de una vez, de modo que se colocó junto a Reeve, le pasó el frasco y agarró al segador de la mano.

—Creo que... Esto... Será mejor que te sientes —le advirtió Wynter a su amiga.

Viri se giró para mirarla y le preguntó:

—¿No habías dicho que apenas lo iba a notar?

—Sí. —Wynter se movió inquieta junto a su mesa de trabajo—. Pero, bueno, por si acaso.

La cazadora suspiró, se sentó al lado de Reeve y volvió a tenderle la mano.

Pero él no se la agarró.

—Venga ya —le instó Viri. Reeve se negó y ella puso los ojos en blanco cuando vio la cara de preocupado que tenía, así que decidió

agarrarlo ella misma—. O te tragas la cura o hago que te la tragues.

—No quiero hacerte daño —murmuró en un tono tan bajo que solo ella lo escuchó.

Viri respiró hondo al sentir todo lo que le habían provocado esas cuatro palabras y dijo sin rodeos:

—He sobrevivido a cosas peores por tu culpa, así que hazlo ya.

Reeve le sostuvo la mirada durante varios segundos y, después, envolvió su mano y se tomó la poción hasta dejar el frasco vacío; al sentir el sabor tan particular del líquido, se estremeció.

Contó un segundo.

Cinco segundos.

Diez.

Pero no pasó nada.

—Pues menuda decepción —farfulló Viri, observando con el ceño fruncido tanto el frasco vacío como sus dedos entrelazados con los de Reeve—. Wyn, ¿estás segura de que...?

De pronto, Viri ahogó un grito al sentir una punzada que le atravesó el cuerpo. Le palpitaban las sienes, su cuerpo pasó del gélido frío a un calor abrasador, notó calambrazos en el estómago y sentía como si le estuvieran arrancando la piel capa a capa. Apretó la mano de Reeve con tanta fuerza que tuvo miedo de aplastársela, pero era eso o gritar hasta reventarle los tímpanos. El dolor... El *dolor*...

Justo cuando pensaba que no podía soportarlo más, el sufrimiento empezó a cesar y se dejó caer en el sofá, aunque aún le costaba respirar. Reeve se inclinó sobre ella y, con la mano que tenía libre, le sujetó la mejilla en la que no tenía el corte y sus alarmados ojos plateados la observaron con atención.

Viri lo apartó de inmediato y volvió a ponerse de pie mientras se quejaba:

—Si eso solo era una *parte* del dolor que te estaba infligiendo el veneno, ¿cómo demonios has podido aguantar tanto?

La seriedad volvió a invadir el rostro de Reeve. Se puso de pie, estiró los brazos y las piernas y movió los hombros; estaba como nuevo.

—Para mí, el dolor es un viejo conocido —respondió el chico, eludiendo la mirada de la cazadora—. Cuanto más lo sientes, menos duele.

A Viri la invadió un repentino aluvión de intranquilidad; era una sensación que no podía explicar y bastante desagradable.

—¿A qué te ref...?

Reeve no dejó que terminara la pregunta y se fue directo hacia Wynter.

—Gracias por ayudarme. Estoy en deuda contigo.

Wynter le dio a Reeve un tarro con pomada curativa.

—Ponte un poco en la herida. Has perdido mucha sangre, aunque, ahora que hemos eliminado el veneno, te ayudará a curarte en un abrir y cerrar de ojos.

Reeve le hizo caso y, cuando se levantó la camisa para dejar al descubierto la herida, que tenía un aspecto de lo más espantoso, Wynter tuvo que girarse para esconder la arcada que le vino. Viri también se dio la vuelta, pero por otro motivo, aunque llegó a entrever el torso bronceado y cincelado, y la imagen se grabó a fuego en su mente. Sus mejillas se encendieron como lumiternas y el rubor fue a más cuando Reeve volvió al sofá y se sentó a su lado justo antes de agarrarle la mano.

—¿Qué...? —Se quedó callada cuando Reeve le apartó la capa carmesí para untarle un poco de la pomada en el corte que le había hecho la daga en el antebrazo.

El suave tacto de la piel del segador hizo que se le formara un nudo en la garganta, pero un repentino y extraño miedo se apoderó de ella cuando se le acercó más y llevó los dedos a la mejilla llena de arañazos.

—Ya sigo yo —exclamó Viri con la voz ronca conforme le quitaba el tarro de las manos y se ponía de pie.

Se untó la pomada y se encogió al sentir un ligero escozor; había una parte de ella que sabía que, si hubiera dejado que Reeve se la untara, no le habría dolido en absoluto.

—Toma. —Viri le pasó la pomada a Sage y le señaló el chichón que le había salido en la cabeza—. Ayudará a que te baje la hinchazón.

—Es increíble —murmuró Reeve.

Cuando Viri se giró para mirarlo, el segador había vuelto a levantarse la camisa; en su interior, le imploró a los Sabios para que la ayudaran a borrar esa imagen de su cabeza. Reeve, por su parte, estaba asombrado por lo rápido que se le estaba curando la herida.

—Así es la alquimia —dijo Wynter, encogiéndose de hombros—. Con magia, todo es posible. El límite lo marca tu imaginación.

—Y la falta de acceso a los conocimientos y a las prácticas. Eso también marca algunos límites —añadió Jonas mientras se detenía a observar los libros alineados de las estanterías de Wynter—. Me da mucha envidia que hayas tenido esto a tu disposición durante años.

—Hablando de años... —exclamó Wynter, clavando la mirada en Viri y Reeve—. Ya lo hemos salvado, así que empieza a soltar por esa boquita.

Viri tragó saliva al percatarse de la determinación con la que la miraba su amiga y se mordió la lengua para no decirle que ella también estaba deseando obtener respuestas, solo que de Reeve. Sin embargo, acababa de sobrevivir gracias a la ayuda de Wynter, así que se merecía que dedicara un momento a informarla.

—Como he dicho antes, nos conocimos hace trece años, que fue cuando lo adoptaron mis vecinos —explicó.

—¿Adoptado? —Wynter miró a Reeve—. ¿Y tus padres?

Viri se mordió el interior del carrillo y se sintió un poco incómoda por esa pregunta sobre la vida personal de Reeve, pero el segador contestó como si no le afectara:

—Mi padre murió cuando yo tenía cinco años, unos meses antes de que Viri y yo nos conociéramos, y, como no sabía quién era mi madre ni dónde estaba, acabé en el orfanato.

—Lo siento. —Wynter se ablandó un poco al escuchar sus palabras.

Reeve se encogió de hombros y contestó:

—Quería mucho a mi padre. Era un hombre bueno y honesto, y no hay ni un día en el que no lo eche de menos. —Algo cambió en su mirada al apartarla de Wynter y observar el techo abovedado de cristal—. Mi madre, en cambio, puede arder en el infierno por las decisiones tan egoístas que tomó en su momento.

Esa manifestación tan violenta de Reeve hizo que Wynter se ablandara más aún.

—Yo me siento afortunada por la madre que tengo, pero mi padre... —Wynter se calló un momento y, al segundo, añadió—: Así que sé lo que sentiste cuando tu madre te abandonó. No se lo deseo a nadie.

El chico no dijo nada, pero el músculo de su mandíbula se tensó mientras sus ojos seguían clavados en el sombrío lago.

Viri se aclaró la garganta y retomó su historia:

—En cuanto Reeve se mudó con los vecinos, empezó a estrechar lazos con mi familia. Sus padres adoptivos eran bastante mayores, tanto que ya no están con nosotros, y los míos siempre estaban por ahí cazando, así que la mayoría del tiempo estábamos solo nosotros, los niños. Él y... Braedan... —Le costó decir el nombre de su hermano, ya que se había pasado siete años sin pronunciarlo en voz alta—. Ellos hicieron buenas migas desde el primer momento. Brae me saca cuatro años, así que es tres años mayor que Reeve, pero la diferencia de edad no impidió que se hicieran mejores amigos. Y, a donde iban ellos, iba yo.

—Sombrita... —A Reeve se le dibujó una escueta sonrisa, aunque no apartó la mirada del agua.

A Viri le fastidiaba que la llamara así y apretó los labios, pero se limitó a decir:

—Así fue como nos conocimos; éramos amigos de la infancia. Fin de la historia.

Wynter colocó los brazos en jarra.

—Fin de la historia, y una mierda. Has dicho que llevabas siete años sin verlo, y justo hace siete años que murieron tus padres. Tus padres, a los que mató el Padre Segador... Eso significa que fue *tu hermano* quien los asesinó. —Wynter se inclinó hacia delante—. Creo que te has dejado atrás algunos detalles, V. ¿Por qué no me has contado que tenías un hermano? ¿Qué pasó hace siete años? ¿Por qué...? —Se calló un instante y suavizó el tono—. Por favor, V. Solo quiero entenderlo.

Viri se abrazó a sí misma; se negaba a mirar a Reeve, aunque por el rabillo del ojo vio que no movió ni un dedo. Sage y Jonas también se habían puesto bastante tensos ahora que sabía que Braedan, su líder, se había convertido en el tema de conversación.

—No tienes por qué responder —murmuró Wynter ante la falta de respuestas de Viri—. No quiero que te sientas obligada a contármelo. Solo quiero que sepas que... estoy aquí si necesitas hablar. Llevo aquí siete años.

La voz rota de Wynter fue lo que hizo que a Viri se le encogiera el corazón y que se diera cuenta de que *quería* contárselo todo a su amiga.

Así que respiró hondo y dijo:

—Fue en mi ceremonia de concesión, pero eso ya lo sabías. Tu madre me acogió ese día y tú misma viste el desastre de persona que fui durante los meses siguientes.

Reeve se movió, inquieto, pero Viri lo ignoró y siguió hablando:

—Lo que no sabes es que también era la ceremonia de concesión de Braedan. Ese día, cumplía catorce años y, en realidad, no le hacía ni pizca de gracia. Siempre había fantaseado con la idea de tener magia, aunque las leyes impidieran que se la quedara para siempre. Para que le resultara más fácil, nuestros padres decidieron que ambos entregaríamos nuestro élixen a la vez. Yo podría haber esperado otros cuatro años, pero les preocupaba que mi magia se volviera inestable antes de tiempo; o al menos eso es lo que los escuché hablando un día en secreto, así que sabía que tenían miedo de que me consumiera antes de la cuenta. Y, al contrario que Brae, a mí no me importaba entregar mi élixen. De hecho, me hacía ilusión compartir esa experiencia con él.

Al contarlo, revivió ese fatídico día y analizó los vagos recuerdos que solía mantener ocultos en lo más profundo de su mente.

—Mis padres eligieron el obelisco del sur para nuestra ceremonia porque es el más tranquilo, así que estuvimos solos en el límite con la necrópolis; no había nada a la vista salvo las tierras de cultivo y el bosque. Y allí estábamos los cinco: mi madre, mi padre, Braedan, Reeve y yo.

—¿Reeve estaba contigo? —le preguntó Wynter en voz baja; era la primera vez que llamaba a Reeve por su nombre.

—Era como de la familia —respondió Viri en el mismo tono al ver que el chico seguía moviéndose inquieto, pero con más violencia—. Brae fue el primero en entregarle su magia al obelisco y todo parecía ir bien. Después, me tocó a mí, y no sé si fue porque era más joven o porque mis padres tenían razón con lo de estar a punto de consumirme, que me desmayé en cuanto me deshice de mi magia. Fue solo un momento, pero con eso bastó porque, cuando recuperé el conocimiento... —Se tragó el nuevo nudo que se le había hecho en la garganta y su voz sonó tan áspera como una piedra cuando terminó la frase—. Mis padres ya estaban muertos.

Wynter se quedó pálida y dudó al preguntarle:

—¿Estás segura de que fue tu hermano?

—Afirmativo —exclamó y tragó saliva otra vez—. Braedan mató a nuestros padres. Sé lo que vi.

De pronto, Reeve se pronunció:

—En realidad, no. Tú misma lo has dicho: te habías desmayado.

Viri se dio la vuelta rápidamente.

—Así que, según tú, me *imaginé* a mis padres en el suelo después de que les robaran hasta la última gota de élixen y a Braedan de pie a

su lado con las venas teñidas de negro, ¿no? —Viri sintió como si el corazón se le volviera a hacer añicos; su dolor era crudo e imperecedero—. No había nadie más allí, Reeve. Fue Braedan el que les *extrajo* el élixen. El que los *asesinó*. Y, después, te *marchaste* con él antes de que los cazadores y la Nox llegaran. Lo *elegiste* a él.

Y, al tomar esa decisión, Reeve la abandonó, justo cuando más lo necesitaba. Viri sabía que jamás lograría desprenderse de ese pesar, como si fuera una herida que nunca sanaba.

Le costaba respirar y sintió que le ardían los ojos cuando volvió a girarse hacia Wynter.

—Estaba tan aterrorizada por lo que Braedan había hecho que le mentí al consejo. Les dije que a mi hermano lo habían matado, al igual que a mis padres, y que su cadáver se lo había llevado el segador, que por eso los cazadores no iban a encontrar su cuerpo. Tu madre se dio cuenta de lo afectada que estaba, aunque no por el motivo que ella pensaba, pero, para mí, fue un alivio que tuviera el detalle de prometerme que jamás volveríamos a hablar de él. Por eso no sabías de su existencia y por eso, los que lo conocían, pensaban que estaba muerto.

El rostro de Wynter reflejó la mezcla de asombro y comprensión que sentía.

—No sé por qué has tenido que cargar con eso sola durante tanto tiempo, V. Ojalá me lo hubieras contado.

Viri no sabía cómo explicarle que no *quería* que lo supiera. Ni ella ni *nadie*. El dolor y la vergüenza que sentía... eran demasiado. Por aquel entonces y en ese momento.

En cuanto se tranquilizó, la cazadora se obligó a terminar de contar la historia.

—Al poco de morir mis padres, empezaron a circular rumores de que había un nuevo Padre Segador y decían que se trataba de un chico joven y poderoso; *demasiado* joven y *demasiado* poderoso. Fue entonces cuando supe que lo de Braedan no había sido un accidente ni una tragedia de la que se hubiera arrepentido de inmediato. Había sido un asesinato calculado, y me atrevería a decir que premeditado. Braedan no quería entregar su magia y había encontrado la forma de poder conservarla; no solo dejó que aflorara su lado más oscuro, sino que, además, se convirtió en un líder despiadado y venerado por los demás segadores. Yo no... —Resopló con fuerza—. No tengo ni idea de cómo pasó, de cómo se hizo con tanto poder con tan solo catorce años. Aun así, siempre había sido bastante maduro para su edad, y ambicioso..., muy ambicioso. —Volvió a resoplar—. Y no era el único.

Viri se giró hacia Reeve y se secó con rabia una lágrima que recorrió su mejilla sin apartar la mirada de él.

—Tú lo apoyaste cuando se convirtió en ese monstruo. Y, al hacerlo, te convertiste en lo mismo que él.

Reeve no dijo nada para defenderse de las palabras de Viri, pero le sostuvo la mirada.

Sage, sin embargo, se entrometió.

—No sabes nada, cazadora. Si tuvieras idea de lo que...

—Sage —murmuró Reeve—. Déjala.

—No, por favor, me *encantaría* escuchar lo que tienes que decir —espetó Viri cortante conforme su dolor se transformaba en ira y señalaba las venas negras que cubrían los antebrazos de Sage—. ¿Fue Braedan el que os convenció de que matar a personas inocentes era la mejor vida que podíais elegir? ¿Ha cumplido el Padre Segador

con vuestras expectativas de líder asesino?

—V... —Wynter se puso nerviosa al observar a Sage, que tenía las manos cerradas sobre las empuñaduras de sus dagas—. Tal vez podríamos salir a dar un paseo para que nos dé el aire.

—No necesito tomar el aire. —Viri casi le gritó a su amiga al sentir que la sangre le ardía por dentro solo de pensar en que alguien defendiera las decisiones que había tomado su hermano. Y las de Reeve. Tenía tanta rabia dentro que una parte de ella *quería* que Sage la atacara, aunque solo fuera por tener una excusa para enfrentarse a la segadora.

—Bueno, pues yo sí —insistió Wynter, agarrando a Viri del brazo y arrastrándola tras ella.

—*Wyn*... —exclamó Viri entre dientes.

—Dos minutos —la interrumpió su amiga mientras la empujaba por el laboratorio hasta que estuvieron fuera, en el sombrío final del túnel. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, soltó a Viri y le dijo —: Como ves, me refería a tomar el aire literalmente. Todo eso que acabas de contar es muy fuerte, así que vamos a zanjar el tema. Tómate unos segundos para recuperar el control de la situación antes de volver ahí dentro.

—No *necesito*...

—Sí que lo necesitas.

Viri apretó los dientes; odiaba que su amiga tuviera razón. Había permitido que todas esas emociones negativas se apoderaran de ella, así que tenía que encontrar la forma de recuperar la compostura antes de volver al laboratorio, porque, de lo contrario, podría acabar haciendo algo de lo que, sin duda, se arrepentiría.

Tras hacer caso a su amiga y quedarse unos minutos en el túnel,

cerró los ojos y respiró hondo. Sus pulmones se llenaron del húmedo aire del subsuelo y el aroma terroso le recordó al relajante petricor. Tomó aire una, dos y hasta tres veces. El fuego de la ira dejó de abrasarle las venas y la tensión de sus músculos desapareció. El dolor, en cambio, permaneció con ella; nunca la había abandonado y nunca lo haría.

—¿Mejor? —preguntó Wynter.

Viri se dejó caer contra la pared.

—Un poco —murmuró, mordiéndose el labio y mirando a su amiga a los ojos—. ¿Estás enfadada conmigo por haberte ocultado tantos secretos?

—Todos tenemos secretos. —La expresión que invadió el rostro de Wynter era indescifrable, pero, al momento, se tornó en una sonrisa de culpabilidad cuando señaló con la cabeza su laboratorio clandestino—. Créeme, sé de lo que hablo.

A Viri se le escapó una carcajada.

—Ya, supongo que sí. Pero, aun así...

—No estoy enfadada —le aseguró—. Un poco decepcionada sí, porque me duele que no me lo dijeras. Pero lo entiendo perfectamente. Que alguien a quien querías tanto te traicionara de esa manera... —Negó con la cabeza—. Siento mucho que tuvieras que vivir todo eso. Y que *sigas* teniendo que cargar con las consecuencias.

No sabía si Wynter se refería a Braedan, a Reeve o a ambos. En cualquier caso, se pasó una mano por la cara, agotada por la situación, y dijo:

—Odio todo esto. —Viri lanzó una mierda fulminante en dirección a la puerta—. Y odio que eso signifique que tengo que trabajar con

ellos.

—Reconozco que no tengo muy claros los motivos, pero sé que nunca haces nada sin una buena razón —dijo, bajándose las mangas de su jersey azul cobalto—. Imagino que es uno de esos tratos de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo».

Viri hizo una mueca.

—Creo que «amigo» es mucho de decir... —Suspiró—. Supongo que, más bien, somos aliados, en la definición más amplia de la palabra.

—¿Hay alguna posibilidad de que quieras explicarme qué sucede? —Wynter volvió a señalar el laboratorio con la barbilla—. Antes, dijiste que Reeve tiene información que necesitas sobre un asunto de vida o muerte.

Para Viri, recordar de dónde venía todo ese embrollo fue como si le tiraran un jarro de agua fría. Aunque deseaba con todas sus fuerzas huir y dejar atrás todos sus problemas, *sobre todo* a los tres segadores que la esperaban detrás de la puerta, los niños desaparecidos seguían necesitando su ayuda. Y no pensaba decepcionarlos.

—Dentro te lo explico —prometió tras respirar hondo por última vez y empujar la pared que tenían delante—. Vamos a interrogar a esos segadores.

17

Cuando Viri volvió a entrar en el laboratorio, Reeve y Sage interrumpieron de forma repentina lo que parecía una conversación bastante tensa. Jonas, que estaba al otro lado de la sala, se apartó de un salto del terrario mágico; su cara era una mezcla de culpabilidad, asombro y un poco del brillo de la rosa angelical, una indiscutible señal de que había tocado los pétalos y, después, se había pasado los dedos por la cara. El pelaje marrón de Castaña también emitía algunos destellos, como si tuviera unas manchitas rosas que brillaban al mover la nariz.

—¿Todo bien? —preguntó Reeve en un tono inseguro y receloso cuando Viri y Wynter se acercaron a ellos.

Viri entendía que fuera cauto, pero ahora ella volvía a tener el control y estaba preparada para, al fin, obtener las respuestas que necesitaba, de modo que soltó lo primero que se le pasó por la cabeza:

—¿Por qué estabais en el callejón esta noche? ¿Por qué salvasteis a esos niños, a pesar de que eso significara enfrentaros a algunos de los vuestros?

Si a Reeve le pilló por sorpresa que esas fueran sus primeras preguntas, no lo demostró; su rostro permaneció tranquilo y decidido cuando respondió:

—Prometí darte respuestas, así que pregunta lo que quieras. Pero

ten en cuenta que, como te dije, ambos estamos luchando por lo mismo.

Viri no pudo evitar que su tono reflejara sus dudas al decir:

—Detener el sacrificio del cometa Aurora.

Wynter levantó una mano.

—Lo siento, ¿el sacrificio de qué?

Reeve la ignoró y le respondió a Viri:

—Nosotros tres —dijo señalándose a sí mismo, a Sage y a Jonas— llevamos meses trabajando para impedir todos los traslados posibles, para ser exactos, desde que oímos los primeros rumores sobre los niños secuestrados y el motivo que había detrás. Ardin tiene muchos contactos en el mundo de los segadores, así que, cuando se entera de que van a trasladar a los niños a algún sitio o a reubicarlos, averigua la ruta que van a tomar y ahí es cuando intervenimos. Por lo general, vamos solos o en grupos de dos para que a tus amigos de la Nox no les dé por husmear, ya que solemos llevar a los niños a los que ayudamos de vuelta a sus casas sanos y salvos sin ni siquiera saber por qué los secuestraron. De hecho, casi nunca se dan cuenta de que fue un segador el que los secuestró ni de que son segadores los que los salvan.

Viri se acordó de todos los documentos con números tres en rojo y todas las casas a las que acudió donde ya habían vuelto los niños. En ese momento, se preguntó a cuántos de ellos habrían salvado Reeve y sus amigos.

—Pero esta noche ha sido distinto —siguió diciendo Reeve, aunque la preocupación que sentía le hizo bajar el tono—. Nunca había visto un grupo tan grande.

—Ya sabes lo que eso significa —exclamó Sage con seriedad—.

Solo puede haber un motivo por el que estén asumiendo tantos riesgos, con tal cantidad de segadores vigilando el traslado... *Y* todo por unos niños a los que consideran «repuestos».

Jonas se quedó pálido.

—El cometa debe estar cerca.

—¿Qué cometa? —preguntó Wynter con el ceño fruncido—. ¿Y qué pasa con esos niños?

—Me estás diciendo que esta noche —espetó Viri dirigiéndose solo a Reeve—, cuando me dejaste inconsciente con tu magia, algo de lo que, por cierto, hablaremos después, ¿fue para que pudieras irte a *salvar* a esos niños? ¿Que todo ha sido para impedir que los utilicen para el sacrificio del cometa Aurora?

—Más bien para ralentizarlo —contestó Reeve—. No podemos controlar los tiempos del cometa, pero los niños... Necesitan cincuenta para el sacrificio, así que cada niño que salvemos es otro niño al que secuestran en su lugar. —Se encogió de hombros—. Hemos hecho lo que hemos podido con la poca información que teníamos.

Viri casi no podía creer lo que estaba escuchando, pero había una voz en su interior que no dejaba de gritarle.

—¿Y por qué no me lo *dijiste*?

Reeve la miró fijamente.

—¿Acaso me habrías creído?

—Yo...

—No me mientas.

La cazadora se dejó caer sobre sus talones; le molestaba que Reeve tuviera razón una vez más. Jamás habría creído que un segador protegiera a unos niños en lugar de aprovecharse de ellos para

extraer élixen. Sin embargo, era algo que había visto con sus propios ojos.

Estaba frustrada con Reeve, consigo misma y con el hecho de que hubieran perdido a cuatro niños, aunque consiguieran salvar a ocho; no dejaba de pensar que era algo que no habría pasado si ella hubiera estado al tanto de todo. Entonces, arrastrada por el resentimiento, le soltó:

—Antes, Sage dijo que todo había sido culpa mía, pero el único responsable eres *tú*. Es imposible que te odie más de lo que te odio ahora mismo.

—No —dijo Reeve en un tono de lo más calmado—. Odias a la persona que crees que soy. Hay una diferencia muy grande.

Antes de que Viri pudiera responderle o procesar lo que el segador le había dicho, Wynter gritó:

—*¡Perdonad!* —Todos los ojos se clavaron en ella—. ¿Alguien puede explicarme de qué demonios estáis hablando? ¿*Qué* sacrificio?

Viri, tras hacerle un gesto en señal de disculpa a su amiga, la puso al día. Le contó todo lo que sabía sin entrar mucho en detalles y acabó explicándole que no sabían cuándo ni dónde tendría lugar el sacrificio, ni qué tenía pensado hacer Braedan con tanto poder si acababa completándolo con éxito.

Cuando terminó de contárselo todo, el rostro de Wynter había adoptado un tono verde enfermizo, pero no era la única que estaba aparentemente afectada por todo lo que estaba pasando. Sage parecía estar conteniéndose las ganas de darle un puñetazo a Viri por lo que había dicho de las malvadas intenciones de Braedan y Jonas acababa de sacarse a Castaña del bolsillo para acunar al conejito contra su pecho para tranquilizarse. Reeve era el único

sereno y estaba observando otra vez la cúpula de cristal; ahora que estaba a punto de amanecer, el tono del agua era más claro aún.

—Aurora... Aurora... —Wynter repitió el nombre con los ojos vidriosos mientras se perdía en sus pensamientos—. ¿De qué me suena...?

La chica parpadeó, ahogó un grito y salió corriendo hacia sus estanterías. De pronto, sacó otro grueso tomo, uno con la portada llena de estrellas fugaces y planetas refulgentes.

—El cometa Aurora. Estoy segura de que ya he leído algo sobre ello —exclamó Wynter mientras pasaba las páginas a toda prisa y volvía al sofá para sentarse. Entonces soltó un grito triunfante—. ¡Lo tengo!

Se apoyó el libro en el regazo y señaló con el dedo un párrafo de la página que tenía por delante para que todos se acercaran a ella; Viri se sentó a su lado y tanto Reeve como Sage y Jonas se quedaron de pie, hombro con hombro, y se inclinaron para ver el libro más de cerca. El texto estaba escrito en la indescifrable lengua de runas y había una ilustración brillante en dorado en la esquina de la página: dos seres de luz dándose un apasionado abrazo.

—El cometa forma parte del Adastrum Devotis: los amantes desafortunados —explicó Wynter al traducir las runas.

—¿Parte de qué? —insistió Reeve mientras examinaba el dibujo.

—Aurora es solo una de las partes; es el primero de los *dos* cometas que aparecen una vez cada doscientos años —dijo Wynter conforme hojeaba la página—. La historia cuenta que Aurora y su amado, Orión, eran dos magos con un poder tan impresionante que, cada vez que se tocaban, temblaban los cimientos del mundo entero. La devastación que provocaban era un peligro para todas las criaturas

que vivían en él, de modo que los Magos Sabios los desterraron a los cielos y se aseguraron de que estuvieran separados para siempre; por mucho que Orión luchara por su amada, nunca sería capaz de alcanzarla. —Acarició el dibujo de la pareja abrazada—. El cometa Aurora y el cometa Orión; donde vaya uno, el otro le sigue, y así para toda la eternidad.

—Qué historia tan deprimente —murmuró Jonas, apretando a Castaña contra su pecho—. ¿Por qué hay tan pocas leyendas que tengan un final feliz?

—Sea deprimente o no —exclamó Wynter, que seguía concentrada leyendo las runas con el ceño fruncido—, tengo una buena noticia, una mala noticia, una noticia peor y, por último, una *muy* buena noticia.

—Creo que me imagino cuáles pueden ser las malas. —Reeve, desde el instante en el que Wynter había empezado a contar la historia de los amantes desafortunados, estaba tenso—. Si hay un segundo cometa, significa que hay otra oportunidad para hacer el sacrificio, aunque consigamos frenar el primero.

Viri se quedó petrificada al darse cuenta de que Reeve estaba en lo cierto.

—Correcto —confirmó Wynter—. Pero la buena noticia es que, según esto… —Señaló los antiguos escritos—. El sacrificio que se necesita para el cometa Orión es distinto al del cometa Aurora. Aquí no se da mucha información, así que tendré que investigar más al respecto, pero se hace referencia a algo llamado *ellixen abyssus*, que podría traducirse más o menos como «magia abismal». No sé qué quiere decir con exactitud, pero, al parecer, es bastante inusual. Es decir que los dos cometas comparten los mismos elementos base: un

corazón puro, poder mágico y un derramamiento de sangre. Sin embargo, para el cometa Orión también hace falta esa magia abismal, lo cual es algo bueno porque, sea lo que sea, no creo que lo encuentre ni en un niño ni en muchos.

—Entonces, el cometa Aurora sigue siendo la principal amenaza —dedujo Viri sin sentir ni una pizca de alivio.

—Me atrevería a decir que es la única amenaza por la que debéis preocuparos en este momento —murmuró Wynter—. Lo que me lleva a la buena y mala noticia que nos quedan: la mala es que no sé cuánto tiempo pasará entre la llegada de Aurora y de Orión; podrían ser días o semanas, pero lo buscaré. Al menos, por ahora, sabemos que el segundo cometa no es nuestra principal preocupación, ya que tiene la particularidad de la magia *ellixen abyssus*.

Viri se relajó al percibir la seguridad de su amiga. Seguían teniendo que detener un sacrificio, pero era *mucho mejor* tener que frenar uno que dos.

—Si esa es la mala noticia, ¿cuál es la buena? —preguntó Sage.

Los ojos de Wynter se iluminaron con ilusión cuando señaló una serie de runas que había al final de la página.

—El cometa Orión no sé, pero sí que puedo deciros cuándo pasará el cometa Aurora.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —exclamó Viri con el corazón encogido.

El brillo de la mirada de Wynter se apagó con la misma rapidez con la que se había encendido.

—Según dice aquí, Aurora pasará por Isla Elverdine este domingo por la noche —explicó la chica conforme leía las runas—. Tenéis hasta entonces para encontrar al Padre Segador y detener el

sacrificio.

El miedo inundó el rostro de Viri.

—Solo tenemos *tres días*.

Reeve maldijo en voz alta y se pellizcó el puente de la nariz, pero, al segundo, su expresión reflejó su determinación y sus ojos se clavaron en los de Viri.

—Tenemos que encontrar a Brae. Sé dónde está, pero tú eres la única que puede encontrarlo.

Viri miró a Reeve con el ceño fruncido y confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Por eso fui a buscarte —contestó el segador—. Te necesito para llegar hasta él.

—Espera, espera. —Viri le hizo un gesto con la mano para que se callara un momento—. Fui yo la que acudió a ti cuando estabas encerrado *en la cárcel*, ¿o se te ha olvidado?

Reeve le sostuvo la mirada.

—¿Nunca te has preguntado por qué dejé que me arrestaran?

Viri soltó una risa de incredulidad.

—Te atraparon ellos. Hay una gran diferencia.

—¿Eso crees?

Se quedó callada al percatarse de su cara; esa parte orgullosa y calculadora de Reeve, además de la seguridad que tenía en sí mismo. De pronto, a Viri se le hizo un nudo en el estómago cuando cayó en la cuenta de que nadie había reclamado la recompensa por haberlo apresado.

«*Según dicen...* apareció *aquí*». Esas habían sido las palabras de Soren.

Si Reeve estaba diciendo la verdad, eso significaba que...

—¿A qué estás jugando? —exclamó Viri.

—Necesitaba llamar tu atención —espetó sin una pizca de vergüenza—. Así que busqué la manera de conseguirla. —El segador miró el laboratorio con tristeza—. Por supuesto, no esperaba que tardáramos una semana, pero aquí estamos.

Viri no sabía cuál de sus sentimientos ganaría la batalla que estaba librando en su interior: el desconcierto o la ira.

—Hay miles y miles de formas de haber dado conmigo sin tener que dejar que te metieran en la cárcel. Una cárcel de la que, por cierto, te has *escapado*. —Recordó entonces lo que le habían hecho a Soren, y a Darik, y miró a Reeve con rabia—. Y me has hecho cómplice de un delito sin necesidad alguna.

—Te sorprendería saber lo corta que era mi lista de opciones —respondió Reeve en un tono extraño y amargo a la vez—. Esta era la única manera de hacerlo sin tener que estar pendiente de nadie.

—¿Pendiente de quién? ¿Y hacer qué? —Viri lo miró aún más enfadada—. ¿Qué demonios está pasando, Reeve?

El chico le dedicó una ligera mirada a Jonas y a Sage, como si necesitara su apoyo, y le contestó:

—Tengo que contarte algo. Hay una razón por la que estuve una semana encerrado en una celda para poder hablar contigo, así que, cuando digo que es importante, lo digo en serio.

Viri respiró hondo y se fijó en que compartía la misma mirada que Wynter, que observaba a Reeve con una curiosidad que iba en aumento.

—Ya sé lo que piensas de mí; tú misma te has encargado de dejármelo bastante claro —espetó Reeve en un extraño tono de amargura que, una vez más, apareció y se desvaneció al instante—.

No te estoy pidiendo que confíes en mí, ni siquiera que me creas. Lo único que te pido es que me escuches. ¿Crees que puedes hacerlo?

No sabía si era por lo que le transmitió su mirada, sincera y suplicante, o por la desesperación que tiñó sus palabras, pero Viri no pudo negarse. Sin embargo, antes de que pudiera decírselo, escucharon un chasquido conforme la puerta del laboratorio se abría. Soren entró de forma repentina con el rostro crispado de miedo, una expresión que Viri no le había visto jamás.

—Gracias a los Sabios que estáis aquí. —Soren, con la respiración entrecortada, avanzó corriendo hacia el sofá en el que estaban todos agrupados.

Viri y Wynter se levantaron de un salto al ver a su amigo entrar con los ojos desorbitados, pero él apenas las miró, sino que se fue directo hacia donde estaba Reeve con Sage y Jonas.

Por un momento, Viri se preguntó si Soren iba a darle una paliza a Reeve por haberlo dejado inconsciente antes, pero no lo atacó, sino que le soltó las tres palabras que jamás pensaba que escucharía salir de la boca de su mejor amigo, dirigidas a un segador.

—Necesito tu ayuda —le dijo a Reeve con voz ronca.

Reeve alzó las cejas, incrédulo, al igual que todos los demás.

—¿Qué ocurre, Sor? —exclamó Wynter, agarrándolo del brazo—. ¿Qué ha pasado?

—Se trata de Jessalyn. —A Soren le temblaba tanto la voz que a Viri se le puso la piel de gallina.

—¿Qué le pasa? —insistió Wynter—. ¿Le han hecho daño? ¿Está enferma?

Viri supo lo que había pasado un segundo antes de que Soren respondiera. Una oleada repentina de pavor la inundó con más

intensidad que cualquier otra emoción que hubiera sentido esa noche.

—Peor —gruñó Soren—. Ha desaparecido.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Vigésimo primer sol. Décimo ciclo. Decimosegunda era.

Zeranthe tenía razón.

Tephryn no quería quedar para hablar de los cometas Adastrum Devotis. O, al menos, no quería hablar *solo* de eso, sino que lo que más le interesaba era conocerme. Lo sorprendente es que no era como mago celestial, sino como persona; para mí, era un concepto novedoso.

Y lo cierto es que fue... bien. Yo mismo me sorprendí por lo cómodo que me sentía en su presencia y el único momento que perturbó mi comodidad fue cuando me preguntó por los rituales que había hecho y si era cierto que, para llevarlos a cabo, hacían falta tres elementos: un corazón puro, élixen lo bastante potente como para conectar con los cuerpos celestes y absorber su energía, y sangre. La sangre es mía, por supuesto, y una gota basta para bendecir y purificar los rituales que hago, aunque, en general, la idea de usar sangre inquieta a muchos magos por los rituales de sacrifico que se hacían, y que se prohibieron, hace mucho tiempo.

Por suerte, Tephryn estaba más entusiasmada que consternada. Sin embargo, cuando empezó a preguntar si mis ceremonias en la isla tenían alguna peculiaridad en comparación con las del continente, me las apañé para eludir sus preguntas. Lo que hice fue darle la vuelta a la conversación para hablar de ella y, concretamente, de los obeliscos, con la esperanza de encontrar una forma de contrarrestar su poder antes de

mi próximo ritual.

La conversación que tuvimos en su tetería favorita junto al lago fue así:

—No sé muy bien cómo hacen las tutelas protectoras, porque los encantamientos que utilizan los magos arquitectos son uno de sus secretos mejor guardados, pero se me ocurrió la idea de suministrarles magia de anulación —dijo Tephryn, con su piel oscura brillando en el espacio salpicado por el sol mientras me miraba por encima de su taza —. Lo único que hice fue aprovechar la naturaleza protectora de las tutelas y, en lugar de darles la típica capacidad de protección, conseguí modificarlas para anular el incontrolable flujo de magia del Canal Sagrado. —Se encogió de hombros—. Fue bastante fácil en realidad.

«Fácil» no era la palabra que yo habría usado.

—Dicho esto —siguió diciendo Tephryn con esa mirada verde azulada reluciente de inteligencia—, lo más complejo fue no saber dónde está el Canal Sagrado. Por eso hemos tenido que construir bastantes tutelas como para proteger toda la ciudad y, aunque fue un engorro, mereció la pena porque nuestra magia ya funciona con normalidad. Y, para cuando los magos académicos *logren* localizar el Canal Sagrado, tendremos la tranquilidad de saber que las tutelas de anulación los mantendrán a salvo mientras lo estudian.

Yo intenté parecer más curioso que desesperado cuando le pregunté:

—Pero ¿cómo conseguiste que funcionara la parte de la anulación? Nunca he entendido muy bien cómo se usa la alquimia con ese propósito. Solo sé que es peligroso.

Tephryn ladeó la cabeza, como si estuviera sopesando la respuesta.

—Tu magia celestial... Eres tú el que hace que funcione extrayendo

élixen de eventos celestes de lo más poderosos, ¿no?

Extraer élixen... Me parecía una buena forma de describir lo que hacía en mis rituales, de modo que asentí.

—¿Y el poder que extraes lo absorben los someros que acuden a tus rituales?

Volví a asentir, pero no dije nada sobre que yo también absorbo parte de ese poder, al menos desde que estoy aquí, en Isla Elverdine.

—Pues bien, lo que yo hago, por así decirlo, es todo lo contrario. Tú extraes la magia de una fuente externa para adquirir más poder, como si segaras los frutos que ha cultivado otra persona. O, en este caso, otro *elemento*.

—Lo siento, pero... ¿Segar los frutos?

—Frutos *mágicos* —le explicó Tephryn—. Cuando extraes élixen, lo que estás haciendo, en realidad, es robarlo. Segar el élixen. Los alquimistas, en cambio, hacemos todo lo contrario; en lugar de extraer la magia de algo externo, proveemos de magia a distintos objetos. Pociones, armas, talismanes y cosas por el estilo.

—Pero hay otros magos que también usan su magia para algo exterior —alegué—. Los magos arquitectos, los magos elementales, los magos hechiceros, los magos sanadores, los magos de la naturaleza... Por todos los Sabios, hasta los someros que tienen bastante élixen pueden hacer pequeñas tareas como conjurar, limpiar y...

—Sí, sí, ya —exclamó Tephryn, agitando una mano con impaciencia; estuvo a punto de derramar su té—. Sé que la mayor parte del élixen se utiliza así, saliendo de nosotros para cualquier acción o creación. Pero suministrar magia es distinto. Los alquimistas transforman la materia que ya existe en algo nuevo, algo mágico, y permanece así *para*

siempre. Por eso, se considera que va contra las leyes de la naturaleza. Y, dependiendo de lo compleja que sea la tarea en sí, nos obliga a sobrepasar los límites de nuestro élixen para asegurarnos de que *funcione* bien y que no sea algo temporal, o que se transforme en otra cosa. Ese es el *motivo* por el que es peligroso; porque, si usamos demasiado élixen, o si no se repone lo bastante rápido, corremos el riesgo de consumirnos.

Antes de que pudiera preguntarle si alguna vez había estado a punto de morir por consumirse, siguió hablándome de algunos experimentos que había probado para abastecer los obeliscos. Después, empezó a teorizar sobre los encantamientos secretos que habían usado los magos arquitectos al construir los obeliscos. Tuve que esforzarme para seguirle la conversación, aunque me sentí desalentado al darme cuenta de lo fuertes y persistentes que son los cuatro pilares de obsidiana. Solo un milagro podría destruirlos, y, aun así, nada impediría que Tephryn y los magos arquitectos construyeran otros nuevos.

Tengo que hacer uso de mi inteligencia si quiero encontrar la forma de volver a acceder al poder completo y sin límites del Canal Sagrado. Y *quiero* hacerlo. Mejor dicho: lo *necesito*. Los someros de este lugar dependen de mí. No pienso perder su devoción. Ni quiero ni *puedo*.

En cuanto a la magia... Necesito más.

Extraer más. Segar más.

Las dos palabras que le había escuchado a Tephryn se repetían sin cesar en mi cabeza. *Extraer*. *Segar*. Había algo en ellas, algo que me susurraba y me perseguía, como una idea que seguía fuera de mi alcance.

Pero lo averiguaría.

Tarde o temprano.

18

Viri no podía dejar de temblar cuando Soren les contó lo poco que sabía sobre la desaparición de Jessalyn. Empezó hablando del momento en el que se despertó después de que Reeve lo dejara inconsciente y del interrogatorio de un encolerizado Darik, que acabó mandándolo a su casa. Cuando llegó, encontró una nota que había dejado la niñera de Jessalyn diciendo que su hermana se había ido a dormir a casa de su amiga Mia, algo que tenía la costumbre de hacer cuando a Soren le tocaba patrullar en el turno de noche.

—Como tenía tan reciente todo lo de los niños desaparecidos y el sacrificio, tuve que comprobar por mí mismo que estaba a salvo, aunque eso significara despertar a la familia de Mia —dijo Soren mientras daba vueltas por el laboratorio y se pasaba las manos una y otra vez por el pelo hasta que pareció un revoltijo de arena, algo muy poco propio de él. Otra prueba de lo consternado que estaba era que tenía el uniforme negro sin abrochar y arrugado—. Cuando llegué, sus padres estaban despiertos, y supe de inmediato que había pasado algo. Me dijeron que Mia y Jessy habían quedado con unos compañeros de clase para tomarse un helado después de cenar, pero... —Tragó saliva—. Nunca volvieron.

Viri habría jurado que se quedó sin aire mientras escuchaba el relato de su amigo. Sabía que Wynter estaba a su izquierda,

moviéndose alterada, que Reeve estaba de pie a su derecha, completamente quieto, y que Sage y Jonas estaban un poco más atrás, prestando atención a lo que les estaba contando Soren.

—Volví corriendo al trabajo para dar la alarma, pero los guardias de la recepción me dijeron que acababan de salvar y llevar a sus casas a ocho niños, incluyendo algunos de los amigos de Jessy. Así que corrí volviendo al apartamento para ver si estaba allí, pero no.

Una mezcla entre grito ahogado y sollozo se escapó de los labios de Viri, que estaba horrorizada por la situación. Se puso de pie, aunque estuvo a punto de caerse, pero Reeve la agarró de la mano y sentir su tacto la ayudó a estabilizarse. Ni siquiera se planteó la opción de soltarlo, sino que lo agarró con fuerza y se giró hacia él; entonces vio en sus ojos pétreos que acababa de llegar a la misma conclusión que ella.

«*¡Todo esto es culpa* tuya*!*». La voz de Sage se abrió paso en la mente de Viri. «¡Tú *tienes la culpa de que hayamos perdido a esos niños!*».

Soren siguió hablando y les explicó que había ido a buscar a los amigos de su hermana y les había preguntado sobre su paradero, pero ninguno sabía nada. Viri apenas lo oyó; sentía una punzada tan aguda en el pecho que se le estaba nublando la vista conforme las palabras de Sage retumbaban en su cabeza sin cesar.

—Respira, sombrita —le susurró Reeve al oído para sacarla de sus tormentosos pensamientos. Se acercó tanto a ella que el calor que manaba de su cuerpo bastó para derretir el hielo que recubría el de ella—. Respira si no quieres desmayarte.

Al escuchar su tono autoritario, Viri dio un par de bocanadas de aire; empezó a recuperar la visión, la punzada de su pecho se alivió y las palabras cargadas de ira se callaron. Pero, aun así, el miedo que

sentía le había calado hasta los huesos.

—Y, por fin, conseguí hablar con un chico, Mateo, y me dijo que una cazadora con una capa roja y otras tres personas que solo podían ser segadores por lo rápido que se movían los habían salvado del grupo de segadores que los habían secuestrado —contó Soren. Miró a Viri y observó el barro seco del fangoso callejón y la sangre ya hecha costra que la cubría, y, al segundo, sus ojos se posaron en Reeve, Sage y Jonas—. Erais vosotros, ¿verdad? Vosotros salvasteis a esos niños.

A Viri seguía costándole respirar, así que hablar le resultó imposible, por lo que no le dijo nada de que no era Jonas, sino Ardin, y se limitó a asentir.

Sin embargo, Reeve sí que intervino:

—Sí, fuimos nosotros. Pero, por desgracia, hubo un grupo que desapareció mientras estábamos luchando.

—Ya, me lo ha contado Mateo. —El rostro pálido de Soren se giró hacia Reeve—. Por eso he venido a buscaros. Por favor, tengo que encontrar a mi hermana. No puedo... —exclamó con la voz rota—. No puedo perderla. Haré lo que sea. Decidme... Decidme qué tengo que hacer.

Viri sintió como si acabaran de clavarle un puñal en el corazón. Era un hecho insólito que un guardia de la Nox le pidiera ayuda a un segador, y, sin embargo, allí estaban.

Reeve y Soren estuvieron un rato mirándose sin apartar los ojos plateados de uno de los marrones del otro, hasta que Reeve se giró hacia Sage y dijo:

—Viri y yo tenemos que ir a por Brae, pero, en caso de que el plan no vaya como tenemos previsto, os necesitamos aquí para encontrar

a esos niños. Localiza a Ardin, haz que avise a sus contactos de confianza y dile que solo tenemos hasta el domingo, que es cuando llega el cometa.

—*¿El domingo?* —exclamó Soren alarmado y más pálido aún. Wynter saltó del sofá y apareció a su lado de inmediato; le rodeó con un brazo y empezó a susurrarle algo para tratar de calmarlo.

Reeve siguió dándole órdenes a Sage.

—Si no podemos encontrar a los niños, entonces tendremos que averiguar dónde van a hacer el sacrificio. Pero no olvidéis que tanto los guardias de la Nox como los cazadores también estarán buscándolos, así que tened cuidado de no cruzaros con ellos, porque no tienen ni idea de que somos aliados.

Ahí estaba otra vez esa palabra: aliados. Hasta esa noche, Viri jamás había contemplado la posibilidad de aliarse con un segador, pero todo apuntaba a que Reeve y sus amigos segadores estaban cumpliendo su promesa: ayudar. No tenían por qué caerle bien, ya que hasta los Sabios sabían que eso era imposible que pasara, pero ya había llegado el momento de dejar a un lado las dudas y, al menos, intentar confiar en que estaban todos en el mismo bando. Aunque solo fuera por unir fuerzas para encontrar a Jessalyn.

—Entendido —exclamó Sage asintiendo con decisión.

Reeve le devolvió el gesto y, después, la señaló a ella y a Soren.

—Archer, esta es Sage D'alia, una luchadora maravillosa y una fiel amiga. Si crees que puedes soportar trabajar con segadores, ella te llevará con otro de nuestros amigos, Ardin Avarni. Ellos se encargarán de hacer todo lo que esté en sus manos para ayudarte a encontrar a tu hermana.

Viri, al ver la desconfianza que reflejaba el rostro de Soren, sumado

a la culpa que sentía por el secuestro de Jessalyn, dijo:

—Quizás yo deba ir con...

—No —la interrumpió Reeve, apretando su mano. Viri se había olvidado de que todavía tenían sus manos entrelazadas y soltó al segador de inmediato—. No sé cómo explicarte lo importante que es que encontremos a tu hermano.

La cazadora se había percatado de que Wynter seguía susurrándole algo a Soren; estaría poniéndolo al tanto de la verdadera identidad del Padre Segador y del pasado que compartían Viri y Reeve, pero, a pesar de la cara de sorpresa que le estaba viendo a su amigo, posó la mirada en Reeve y le respondió:

—Soren me necesita. Y *Jessy* también.

—La *ciudad entera* te necesita más —le rebatió Reeve—. Si no detenemos a Braedan antes de que haga lo que tiene previsto, todos los habitantes de la isla morirán.

Las palabras resonaron en la sala como un trueno y todos se sumieron en un silencio ensordecedor.

De repente, Viri se dio cuenta de lo que ocultaba su dramática afirmación y, en tono acusador, espetó:

—Tú sabes lo que tiene pensado hacer con el poder del cometa, ¿verdad?

Reeve contrajo la mandíbula mientras se debatía entre responderle o no. Tardó unos segundos, pero, después de dejar escapar un suspiro, compartió lo que sabía.

—Si el sacrificio sigue adelante, el poder que extraigan del cometa Aurora será lo bastante fuerte como para destruir los obeliscos.

Viri se quedó mirándolo, convencida de que debía de haberlo oído mal.

Y no fue la única, porque Wynter, aunque se le trabaron las palabras, preguntó:

—Pero... si destruyen los obeliscos, destruirán las tutelas protectoras que rodean la ciudad. Y no habrá nada que nos proteja de la nebruma.

Soren se llevó una mano a la sien; parecía mareado.

—Y si eso pasa, los niños no podrán llevar a cabo la concesión, por lo que los segadores tendrán vía libre para extraer élixen de quien elijan, sin limitaciones de edad.

—No podrán. Si los niños no entregan su magia, acabarán consumiéndose —explicó Wynter—. Al no saber cómo evitar que eso pase, morirán. O, en caso de que logren sobrevivir, van a ir por ahí como entes sin alma.

—¿Tú te crees que a los segadores les importa si las personas de las que se alimentan están conscientes o no? —le rebatió Soren—. Mientras lo consigan, no les importa una mierda de dónde venga el élixen que extraen. —Pasó la mirada por Reeve, Sage y Jonas e hizo una mueca, como si acabara de caer en la cuenta de que estaban allí para ayudar y añadió a regañadientes—: Sin ofender.

Viri intervino, aunque le temblaba la voz:

—Hay un problema muy grave. Si no hay tutelas protectoras que mantengan la nebruma alejada, entonces nadie podrá vivir en la superficie. Lo que significa que nos quedaremos atrapados en el interior de las montañas en la subterra. Y eso se traduce en que...

Wynter se llevó la mano al pecho.

—Las granjas. Los muelles. No podremos llegar hasta ellos.

Viri asintió con expresión sombría. Sin nada que los protegiera de la nebruma, no tendrían forma de acceder a sus fuentes de

alimentos: cereales, verduras, frutas, carne, pescado... Lo perderían *todo*. Tendrían que abastecerse con lo que tuvieran almacenado, pero, al final, la población entera acabaría muriéndose de hambre.

—Un momento... Esperad —murmuró Wynter con la frente arrugada—. Si todos morimos, el Padre Segador no se beneficiaría en absoluto. Los segadores son humanos y, por tanto, también necesitan comida.

Sage se señaló las venas negras del brazo.

—En realidad, podemos sobrevivir solo a base de élixen si no nos queda más remedio.

Wynter parpadeó al escuchar lo que Sage acababa de confesarle.

—Pero, aun así, necesitáis a las personas para extraer élixen. Si todos mueren, os quedaréis sin magia.

Los ojos de Viri saltaron de Sage a Jonas al recordar que los segadores también podían extraer élixen entre ellos. Sin embargo, Jonas le había contado que la mayoría de los segadores detestaban esa práctica y que preferían una dosis fresca de élixen que viniera directa de la fuente. Viri estaba a punto de preguntar si de verdad Braedan estaría dispuesto a condenar a todos los inocentes de la ciudad para quedarse con un grupo de segadores insatisfechos y hambrientos, pero Jonas se le adelantó.

—Lo cierto es que el élixen no desaparece cuando una persona muere —explicó mientras acurrucaba a Castaña—. Así es a menos que le hayan extraído el élixen; pero, en ese caso, esa sería la causa de la muerte.

Permanecieron en silencio un segundo y, después, Wynter dijo en voz baja:

—Corrígeme si me equivoco... Aunque bien saben los Sabios que

desearía no tener razón en esto... Pero me da la impresión de que lo que quieres decir es que los segadores no necesitan que las personas estén *vivas* para robarles la magia. —Ante la falta de respuesta de Jonas, la voz de Wynter se volvió mucho más aguda—. ¿En serio estás diciendo que podéis extraer élixen de *cadáveres*?

El chico asintió con inseguridad.

—Lo sé, es de lo más repugnante. —Al instante, Jonas añadió—: Yo jamás le faltaría el respeto de esa manera a una persona que acaba de fallecer. Ni yo ni ninguno de *nosotros* —dijo señalándose a sí mismo y a Sage—. Y Reeve ni siquiera extrae élixen, así que jamás lo haría.

Tanto Wynter como Soren miraron a Reeve con cara de sorpresa; este último se limitó a encogerse de hombros.

—El caso es que —siguió explicando Jonas—, si se destruyeran los obeliscos y las personas se quedaran atrapadas bajo tierra, se acabara la comida y, al final, todos murieran... Aun así, los segadores seguirían con vida.

—Y podrían hacerse con el control de la ciudad —dijo Soren en un tono tenso antes de maldecir la gravedad de la amenaza—. Si el Padre Segador consigue destruir los obeliscos, los segadores tendrán total libertad para hacer lo que les plazca. Ya no se sentirán amenazados porque los arresten ni habrá cazadores ni guardias de la Nox que puedan contenerlos. Y tendrán a una población entera de personas, vivas o muertas, a su disposición para sobrevivir durante años y años, hasta que se queden sin cuerpos.

—Pero, tarde o temprano, *acabarán* quedándose sin ellos —puntualizó Viri con el ceño fruncido—. Y, cuando eso pase, quedarán atrapados, como el resto de nosotros. La nebruma también les supone un peligro a ellos, ya que absorbe el élixen de cualquier

persona que entre en contacto con ella, y eso incluye a los segadores, así que es una sentencia de muerte para *todo el mundo*. Eso nos lleva de vuelta a que los segadores se verán obligados a vivir bajo tierra y, algún día, no quedará magia que puedan robar. Y como Jonas me dijo que la mayoría de ellos se niegan a extraer élixen unos de otros...

—Un momento. ¿Los segadores pueden alimentarse *entre ellos*? —exclamó Wynter.

—… parece que no es un objetivo que puedan seguir cumpliendo a largo plazo —terminó de decir Viri pisando las palabras de su amiga. Antes de seguir, se mordió el labio y miró a Reeve—. ¿Estás seguro de que va a usar el poder del cometa para eso? Brae nunca ha sido corto de miras. Incluso cuando era niño, todo lo que hacía lo calculaba al milímetro. Lo que cuentas, en cambio, suena bastante desesperado; no parece algo que lleve planeando meses o años.

—Estoy completamente seguro de que usará el poder del sacrificio de Aurora para destruir los obeliscos —afirmó Reeve. Hubo algo en sus palabras que llamó la atención de Viri, pero se distrajo cuando lo vio rascarse el cuello y reconocer—: Pero también podría haber algo más; algo que no hemos tenido en cuenta.

—Como el cometa Orión —adivinó Viri al recordar que la existencia del segundo cometa los había pillado a todos por sorpresa —. Brae también podría haber planeado algo al respecto, tal vez con la intención de mantener su objetivo con los segadores más a largo plazo cuando la ciudad ya se haya sumido en la nebruma.

—Sigo pensando que no debemos preocuparnos por Orión —intervino Wynter—. Pero repasaré las páginas de todos y cada uno de mis libros por si hay alguna referencia al cometa y a los requisitos del *ellixen abyssus*, aunque sea por asegurarnos.

—¡Yo puedo ayudarte! —exclamó Jonas con los ojos brillándole tras las gafas al contemplar la idea de examinar más libros de magia ancestral.

—Sería algo de agradecer —les dijo Reeve a ambos—, pero, en realidad, el motivo por el que debemos preocuparnos por Braedan es distinto. Es algo mucho más urgente.

—¿Más urgente que tener solo *tres días* antes de que intente matarnos a todos? —preguntó Viri con recelo.

Reeve se puso más serio aún.

—Si consigue llevar a cabo lo que tiene previsto, no necesitará esos tres días. Es lo que te estaba contando antes de que nos interrumpieran. Y hablando de... —Se giró hacia Sage y Soren—. Deberíais salir ya en búsqueda de Ardin y ver si hay alguna posibilidad de seguir el rastro de Jessalyn mientras siga fresco. Si no...

—Encontrar al resto de niños o, en el peor de los casos, el lugar donde tendrá lugar el sacrificio —enumeró Sage. Después, miró a Soren desafiante—. ¿Qué dices, Nox? ¿Estás dispuesto a trabajar con una segadora?

—Estoy aquí, ¿no? —Soren trató de sacudirse el miedo que sentía después de todo lo que habían averiguado y miró a Sage con la misma expresión que ella—. Si me ayudas a encontrar a mi hermana, puede que no te arreste cuando todo haya acabado.

Sage soltó una carcajada.

—Inténtalo si quieres —espetó con una sonrisa traviesa—, pero no lo conseguirás. —Se dirigió hacia la puerta sin esperar a que Soren le contestara y, por encima del hombro, le dijo—: Mueve el culo, Archer. Tenemos unos niños a los que salvar.

Soren miró a Wynter, que asintió con decisión para darle ánimos, y, después, se giró hacia Viri; sus ojos reflejaban lo insegura que se sentía por dentro.

—Ve y encuentra a Jessy —alentó Viri a Soren. Al segundo, añadió —: Sage puede parecer bastante borde, pero se le da bien luchar y parece tener buenos valores. —Al menos, para ser una segadora—. Y Ardin más de lo mismo. Si conseguís no mataros entre vosotros, no creo que te decepcionen. —Aunque esas palabras iban contra las creencias de Viri, se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que lo pensaba de verdad—. No bajes la guardia y cuídate, pero, por muy raro que suene, creo que puedes confiar en ellos.

—¿Y tú? —le preguntó su amigo conforme paseaba la mirada de ella a Reeve. Después bajó la vista hasta sus manos, que estaban agarradas antes. A pesar del miedo que había sentido, no se le había escapado ese pequeño detalle—. ¿Vas a cuidar de ti misma?

Reeve se rio entre dientes y respondió por ella:

—No te preocupes, Archer, todavía me odia. Y, según ella, más que antes incluso.

—Eso no responde a mi pregunta. —Soren clavó los ojos en su amiga y puntualizó—: Además, salta a la vista que no te odia. Cualquiera se daría cuenta.

—Pues parece que alguien debería ponerse gafas —espetó Viri tajante—. Soy una cazadora, Soren; siempre tengo cuidado. —Empujó al chico hacia la puerta, donde Sage lo estaba esperando con impaciencia—. Vete ya, antes de que se vaya sin ti.

Viri notó que Soren estaba librando una batalla interna, que quería quedarse con Viri y Wynter para escuchar lo que Reeve tenía que contarles, pero también tenía que salvar a su hermana. La lógica

ganó y, tras lanzarle una última mirada de advertencia a Viri y decirle, sin palabras, que tuviera cuidado, salió detrás de Sage del laboratorio.

En ese momento, la cazadora se volvió hacia Reeve.

—Venga, empieza a hablar. ¿Qué clase de amenaza es tan urgente?

19

Reeve empezó a dar vueltas por la sala, al igual que había hecho Soren un rato antes; era más preocupante verlo tan agitado que la tranquilidad que había mantenido durante la mayor parte de la conversación.

—¿Recuerdas la historia que nos contaban tus padres cuando éramos niños? —preguntó Reeve—. La que hablaba del Guardián de Isla Elverdine.

Viri se limitó a parpadear, varias veces. Después, dejó caer la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

—Por todos los Sabios, ¿hablas en serio?

Reeve se detuvo y se quedó quieto con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—Te he dicho antes que no hace falta que confíes en mí, pero necesito que me escuches. Y reírte no es escuchar.

—No te preocupes. Te escucho alto y claro —respondió Viri sin dejar de reírse—. Es que sé que lo que vas a contarme es ridículo. ¿El Guardián de Isla Elverdine? ¿De verdad, Reeve?

—¿Qué es lo que recuerdas de la historia? —insistió.

La risa de Viri se desvaneció.

—No creo que sea el momento de ponernos a hablar de cuentos de hadas.

Reeve la fulminó con la mirada.

—Tú sígueme el rollo.

Viri, que estaba perpleja, intercambió una mirada con Jonas y Wynter; ambos parecían estar de parte del chico. Lo más probable era que Jonas ya supiera lo que Reeve iba a contarles y a Wynter estaría comiéndola la curiosidad.

—¿Quieres la versión del cuento para dormir? —preguntó Viri en tono seco—. ¿O prefieres que te haga un resumen?

La cazadora no podía creerse que hubiera entrado en su juego una vez más cuando sentía que todo a su alrededor estaba a punto de desmoronarse.

—Me vale con un resumen —respondió Reeve.

—No, yo quiero la versión completa —pidió Wynter—. ¿Qué es el Guardián de Isla Elverdine?

—La pregunta no es qué, sino *quién* —la corrigió Jonas—. Es el protagonista de una antigua leyenda, aunque no es muy conocida.

Wynter arqueó las cejas, intrigada, antes de clavar los ojos en Viri mientras esperaba a que empezara a narrar la historia.

Viri se dio por vencida, suspiró y dijo:

—Creo que es mejor que nos sentemos.

Wynter volvió al sofá y, cuando Jonas se sentó a su lado, le tendió las manos para pedirle sujetar a Castaña.

—Tengo la sensación de que me vendrían bien unos mimitos de Castaña para escuchar esto.

—Tranquila, no es de esas leyendas que dan miedo —le explicó Jonas.

—Ya, lo sé. Solo estaba buscando una excusa para acariciar a esta bolita de pelo.

Jonas sonrió y le puso al conejo encima.

—Te entiendo perfectamente. Abrazar a un conejito es lo mejor del mundo.

—Que los Sabios se apiaden de mí... —murmuró Viri conforme miraba a través del cristal abovedado para armarse de un poco de paciencia.

En ese momento, la alarmó lo claro que estaba el lago; acababa de empezar a amanecer, pero el sol ya se estaba reflejando sobre sus aguas. No le extrañó que su paciencia hubiera llegado a su límite: se había pasado toda la noche sin dormir.

—Solo voy a contar la historia una vez, así que prestad atención —advirtió, empezando a andar por el laboratorio—. Espero que haya una muy buena razón para perder el tiempo de esta forma. —Le echó una mirada a Reeve, que seguía parado en mitad de la sala, con los pies firmes y los brazos aún cruzados, pero asintió para confirmarle que sí que había un buen motivo.

—Lo explicaré todo cuando termines —prometió Reeve—. Pero, primero, necesito saber qué recuerdas.

Viri lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tengo diecisiete años, no setenta. Aún conservo mi buena memoria.

Reeve no dijo nada al respecto, aunque Viri notó cierta tensión en su rostro, como si se estuviera conteniendo para no responderle con brusquedad.

—Estupendo. Ahora demuéstralo —murmuró.

Viri apretó los dientes y, después, empezó a contar la historia desde el principio, tal y como sus padres habían hecho con ella en incontables ocasiones.

—Había una vez tres jóvenes cazadores: un marido, su mujer y su

mejor amigo. Los tres eran muy hábiles, aunque el marido el que más. Hasta que un día, de pronto, un segador lo hirió y extrajo casi todo su élixen. No llegó a morir, pero lo dejó tan débil que tuvo que renunciar a seguir haciendo lo que mejor se le daba en la vida: cazar.

Viri se colocó un mechón detrás de la oreja y siguió:

—El marido, que se sentía abatido y sin ningún propósito, empezó a apagarse poco a poco. Su mujer y su amigo estaban tan preocupados por él que fueron a buscar al mítico Guardián de Isla Elverdine. Según decían, era un mago que no se marchó con el resto de los magos ancestrales, sino que decidió quedarse en la isla para vigilarla desde su castillo, más allá del bosque Mistwood.

—¿*Más allá* del bosque Mistwood? —repitió Wynter con los ojos abiertos como platos—. Pero... allí no hay nada. Toda esa zona está cubierta por la nebruma; es imposible llegar hasta allí.

Viri se pellizcó la frente.

—Por favor, Wyn, deja las preguntas para luego. Esto ya me está costando bastante.

—Tienes razón, perdona. —Wynter le sonrió en señal de disculpa —. Esperaré a que termines.

La cazadora agradeció la comprensión de su amiga y siguió:

—La leyenda decía que a cualquiera que lograra encontrar al Guardián se le concedería un deseo, pero no uno cualquiera, sino una magalía: un tesoro de valor incalculable y lo bastante poderoso como para hacer realidad cualquier tipo de petición. Todo el mundo creía que nadie lograría dar con el Guardián para reclamar semejante recompensa, y no solo por la amenazante nebruma, sino porque el bosque Mistwood estaba en constante cambio y el camino que llevaba hasta el castillo siempre era distinto. Lo que el Guardián no

sabía era que uno de los magos se había dejado atrás un mapa mágico que llevaba directo hasta su escondite, así como un puñado de talismanes que servían para protegerse de la nebruma que asolaba el bosque. Y tampoco tenía conocimiento de que tanto el mapa como uno de los talismanes habían ido pasando de generación en generación hasta acabar en las manos de la familia de la mujer, por lo que esta tenía todo lo que necesitaba para recuperar a su marido.

Viri siguió recorriendo el laboratorio mientras narraba la historia.

—Los tres cazadores, guiados por el mapa y protegidos por el talismán, se adentraron en el bosque Mistwood en dirección al castillo del Guardián y, cuando lo encontraron, su honor lo obligó a concederles las tres magalías: una para cada uno, ni más ni menos. El marido usó su deseo de inmediato y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo curado. Su mujer y su amigo, por el contrario, prefirieron guardárselos, así que el Guardián le entregó a cada uno de ellos un obsequio simbólico y les dijo que, cuando estuvieran preparados, volvieran con ellos y reclamaran sus magalías.

—Ni siquiera había *oído* hablar de las magalías —le susurró Wynter a Jonas—. *Me encanta* esta historia.

Viri intercambió una mirada hastiada con Reeve, que le respondió frunciendo los labios. Sin dejar de mirarlo, arrugó la nariz y los labios del segador se fruncieron aún más.

—Al cabo de un tiempo —dijo Viri al instante porque quería acabar la historia cuanto antes—, el marido y la mujer tuvieron un hijo y deseaban tener un segundo, pero la joven madre se dio cuenta de que no podía volver a concebir, de modo que volvió al castillo del Guardián y pidió su deseo. El vientre de la mujer creció, tuvo a su

segundo bebé y, por fin, consiguió la feliz familia que tanto anhelaba. —Viri bajó el tono cuando llegó a la parte dramática de la historia—. Sin embargo, en menos de un año, sufrieron una nueva desgracia cuando la nebruma rozó al menor de sus hijos. El marido y la mujer sabían que solo había una forma de salvar a su querido bebé: usar la magalía de su mejor amigo. Fue entonces cuando, arrastrados por la desesperación, robaron el obsequio simbólico de su amigo y volvieron corriendo al castillo con su bebé moribundo.

Wynter estaba sentada en el filo del sofá y sujetaba a Castaña con tanta fuerza que Jonas estuvo a punto de quitarle al conejito de las manos.

—Al Guardián no le gustó nada su actitud egoísta —contó Viri—. Cada persona tenía derecho a una magalía, no más, pero, dado que tenía el obsequio de su amigo, accedió a regañadientes y le concedió su deseo. Por desgracia, mientras estaban sumidos en la discusión, la nebruma que había infectado a su bebé absorbió la última gota de su élixen y murió.

—¡No! —exclamó Wynter tras ahogar un grito.

—Tranquila, Wyn, solo es una leyenda —dijo Viri, poniendo los ojos en blanco—. Y no te preocupes, porque el bebé sobrevivió. El marido y la mujer ya habían pronunciado su magalía, por lo que las leyes de la magia obligaron al Guardián a cumplir con su petición. Les advirtió de que devolverle la vida a alguien tenía un coste muy alto y que tendría que atar al bebé a la magia de la isla para revivirlo, pero a los padres no les importó lo que eso significara siempre y cuando pudieran recuperar a su bebé, por lo que el Guardián les concedió su deseo, extrajo toda la nebruma de la criatura y le devolvió su élixen, que sacó de la isla. Y así es como el marido, la

mujer y sus hijos vivieron felices y comieron perdices.

Viri se detuvo justo delante de Reeve y le preguntó:

—¿He contado la historia a su gusto, señor reafirmación?

Reeve ignoró el sarcasmo que tiñó sus palabras.

—Reconozco que estoy impresionado. Te doy cinco estrellas.

—Espera... ¿Qué pasó con el amigo? —preguntó Wynter—. ¿No se enfadó porque le hubieran robado su magalía?

—La historia siempre acaba con el «vivieron felices y comieron perdices» —contestó Viri—. No tengo ni idea de si pasó algo más después de eso. Pero, repito: es una *leyenda*.

Wynter se mostró reflexiva mientras acariciaba las orejas de Castaña.

—Ya... Pero todas las leyendas se inspiran en algo.

—Yo diría que el amigo acabó enfadado con ellos —murmuró Reeve, mirando a Wynter, no a Viri, como si esperara ver alguna reacción por su parte, pero se limitó a asentir.

—Opino igual —afirmó la chica—. Menuda forma de traicionar a alguien.

—Que es una *leyenda* —repitió Viri cortante.

—¿Y cómo es que la conoces? —Wynter inclinó la cabeza hacia un lado y el pelo le cayó sobre el hombro—. El Guardián, las magalías... No es algo que forme parte de la sabiduría popular y, aun así, tus padres te lo contaban por las noches antes de irte a dormir. ¿De qué la conocían? ¿Y *por qué*?

Antes incluso de hablar, Viri ya sabía que iba a arrepentirse de lo que estaba a punto de contarle a su amiga.

—Porque se supone que el marido y la mujer son antepasados de mi familia.

A Wynter casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Eres pariente del bebé al que resucitaron con esa magia especial?

Viri negó con la cabeza.

—No. —Se mordió el interior los carrillos—. Bueno, técnicamente, sí. Pero puede que venga de la línea del primer hijo, el que no murió.

—*O* podrías venir...

—Sea como sea —Viri interrumpió a Wynter antes de que terminara la frase—, no tiene importancia, porque pasó hace mucho tiempo, si es que llegó a pasar, y, aunque *fuera* descendiente de un bebé resucitado, no tengo ni una pizca de esa magia especial. —O, en caso de haberla tenido, se la había entregado a los obeliscos en su ceremonia de concesión—. Deja de mirarme así, Wyn.

—Ay, perdona —dijo la chica de mala gana—, pero no todos los días se entera una de que su mejor amiga forma parte de una *leyenda ancestral*.

—Porque no es así. Mis tatara-tatara-tatarabuelos sí, pero tampoco tiene importancia, porque todos tenemos familiares con historias interesantes que contar. Solo que la mía resulta que incluye un Guardián, magalías y magia heterodoxa para resucitar a un bebé.

—Y no te olvides de la parte de la traición —exclamó Reeve con la mirada todavía clavada en Wynter; ahora su rostro estaba relajado por lo que fuera que vio—. Eso también es importante.

—¿Qué sabrás tú? —bufó Viri en voz baja.

Wynter, que seguía confusa, preguntó:

—¿Cómo es que no queréis saber más de esta historia? Yo tengo *mil* preguntas. —Respiró hondo y se sentó aún más recta—. El mapa, el talismán... Si fueron pasando de generación en generación...

—Y, por fin, puedo explicaros por qué estamos aquí —interrumpió Reeve de pronto. Seguía de pie delante de Viri y fijó toda su atención en ella cuando le preguntó—: ¿Por qué te pensabas que quería que recordaras esa historia?

—Reeve, estoy cansada —protestó—. Llevo toda la noche sin dormir gracias a ti, así que, en lugar de jugar a las adivinanzas, suelta ya lo que tengas que decir. Pero, si vas por donde creo que vas, ni te molestes.

El segador se quedó mirándola con la esperanza de que sacara conclusiones por sí misma.

Viri volvió a protestar.

—No. *No*. Braedan no está buscando al Guardián de Isla Elverdine. Es imposible. Esa leyenda es un mito y, aunque *no* lo fuera, el Guardián llevaría muerto muchísimos años. Los magos ancestrales eran poderosos, pero no inmortales.

—Los Magos Sabios sí —intervino Wynter—. Pero, aun así, el título de «Guardián» podría haber pasado de generación en generación hasta llegar a otra persona.

—Muy bien —dijo Viri con la mandíbula apretada—. Si el Guardián existe por alguna clase de obra divina, Brae necesitaría igualmente...

—¿Recuerdas el mapa y el talismán que tenían tus padres? —preguntó Reeve, arqueando una ceja—. Esos que tenían guardados en un cofre protegido con tutelas detrás de la pared oculta de su armario.

Viri notó que sus pulmones se quedaron sin aire.

—¿Cómo dices? —exclamó con la respiración entrecortada.

—Los encontramos sin querer —respondió Reeve—. Brae y yo...

Fue un día que estábamos haciendo el tonto y buscando un sitio que estuviera bien oculto para la próxima vez que jugáramos al escondite contigo. —Y, con tono triste, añadió—: Siempre nos encontrabas de momento y queríamos hacernos con un sitio donde te fuera más difícil dar con nosotros.

Viri ignoró la punzada de dolor que sintió y trató de dejar los recuerdos a un lado.

—La tutela estaba vinculada al linaje de tu familia, así que yo no podía abrirla. Sin embargo, en cuanto Brae tocó el cierre del cofre, se abrió. —Reeve siguió hablando—: Al principio, no sabíamos qué habíamos encontrado. Con el mapa no tuvimos duda de lo que era, pero tardamos en darnos cuenta de qué lo hacía tan especial; cuando vimos que abarcaba toda la isla y que iba más allá de la ciudad, hacia lo que pensábamos que era territorio inexplorado, nos dimos cuenta de su peculiaridad. Sin embargo, lo que nos dio la pista definitiva fue la línea de puntos que atravesaba Mistwood, porque se *movía*. Cada vez que parpadeábamos, el camino cambiaba, aunque siempre desembocaba en el mismo punto: un lugar que se encontraba en el extremo noroeste de la isla que se llamaba castillo Nevarnost.

—Nevarnost... —susurró Wynter—. *Suena* bastante mágico; el sitio idóneo para que viva un mago ancestral.

Viri seguía teniendo muchas preguntas.

—Entonces, dices que encontraste el mapa...

—Yo no, *nosotros*.

—… pero, ¿lo del talismán? ¿Cómo estás tan seguro de que lo era?

Reeve le respondió con el mismo tono engreído con el que le había hablado ella.

—Porque lo probamos.

—Ya, claro, buena esa —se mofó Viri—. Eso significaría que... —Se calló un momento y se puso pálida—. Dime que no es verdad.

Reeve encogió un hombro.

—Éramos jóvenes e intrépidos.

—*Estúpidos*, querrás decir —le corrigió Viri.

Jonas tosió para disimular una risita que se le escapó, pero Wynter no se molestó en ocultar la suya.

—Teníamos que averiguar cómo funcionaba —respondió Reeve a la defensiva—. Tus padres nos habían contado tantas veces esa historia que nos la sabíamos de memoria y no nos cabía la menor duda de que el mapa era mágico, así que tampoco era un disparate que confiáramos en que el talismán surtiera efecto. Y, de hecho, funcionó, porque nos adentramos en la niebla y los dos seguimos vivos.

Viri no sabía qué decir; se le encogió el estómago solo de pensar en cómo se la habían jugado al traspasar la nebruma.

De pronto, en el rostro de Reeve se dibujó una media sonrisa.

—Vaya, sombrita, veo la preocupación en tu mirada...

Viri se pasó una mano por la cara.

—No, es solo que me decepciona que funcionara.

El chico empezó a reírse a carcajadas.

—Ahí están otra vez tus mentiras. —Reeve negó con la cabeza con aire divertido y, al segundo, retomó la historia—. Brae y yo queríamos buscar al Guardián para que nos concediera las magalías, pero tus padres se enteraron de que habíamos estado fisgoneando entre sus cosas y, cuando volvimos a por el cofre, había desaparecido. Buscamos hasta debajo de las piedras, pero nunca más dimos con él.

El alivio que sintió Viri se le reflejó en la cara.

—Entonces, Braedan *no* tiene el mapa y el talismán, ¿no? —El alivio quedó eclipsado por la rabia—. ¿Cuál es la finalidad de que me cuentes todo esto? No puede encontrar al Guardián sin el mapa y el talismán.

—El talismán forma parte de una colección, ¿te acuerdas? —dijo Reeve—. Puede que Brae no tenga el que le perteneció a tu familia, pero eso no significa que no haya podido encontrar otro.

—Claro, como crecen en los árboles... —respondió Viri con ironía.

—Mira a tu alrededor —exclamó el segador señalando el colorido laboratorio de alquimia—. Vosotras dos no sois las únicas de la ciudad que poseéis magia excepcional.

—En eso tiene razón —dijo Wynter, cambiando de postura en el sofá—. Por experiencia os digo que la gente hace todo lo posible por atesorar y ocultar objetos encantados. No me parece una locura pensar que tu hermano haya podido hacerse con uno de esos talismanes, por ejemplo, comprándoselo a un coleccionista discreto, sobre todo si ya sabía lo que estaba buscando.

Viri no quería darle la razón porque le aterraba la realidad que se ocultaba tras las palabras de Wynter.

—En el hipotético caso de que Brae hubiera conseguido uno de los talismanes, sería para nada, porque le faltaría el mapa.

—Sí, pero lo ha visto —contestó Reeve—. Aunque fuera hace años, siempre ha tenido muy buena memoria, incluso después de la ceremonia de concesión. Estoy seguro de que podría dibujar una copia mientras duerme.

—Pero no sería mágico.

—Y no es necesario que lo sea. El mapa mágico muestra el camino

que va directo al castillo Nevarnost, el que cambia cuando el bosque se mueve. Pero, como he dicho antes, el final que vimos siempre era el mismo. Una persona que no supiera cómo moverse por el cambiante bosque Mistwood tardaría mucho más en recorrer el trayecto, pero Brae acabaría encontrando el camino de una forma o de otra.

Viri notó que se le iba acelerando el pulso conforme el miedo la invadía. Era imposible, estaba del todo segura, pero, aun así...

—Pongamos que te creo, que Brae puede atravesar la nebruma sin problemas y que lo único que necesita para encontrar el castillo es echar mano de sus recuerdos de un mapa que vio hace ya unos cuantos años —exclamó Viri. Quiso sonar escéptica, pero tuvo que tragar saliva al notarse la garganta seca—. Pongamos que, mientras hablamos, él está encontrando la forma de llegar hasta el Guardián. Cuando llegue allí, ¿qué? ¿Va a pedir su magalía? ¿Y cómo pretende usarla?

—Ya te lo he dicho —espetó Reeve sosteniéndole la mirada—: si no lo detenemos a tiempo, todos en la isla morirán.

—Estabas hablando del sacrificio.

—No, eso lo has dado tú por hecho.

Viri dio un paso hacia atrás y, de repente, lo entendió todo.

—Entonces, ¿qué es esto? ¿Un plan B por si le falla el primero? —Se corrigió a sí misma de inmediato—. O, si ya ha ido en busca del Guardián, entonces el plan B es el sacrificio, aunque ya lo ha puesto en marcha por si no llega al castillo antes de que nos visite el cometa Aurora. Es decir, que va a usar la magalía o el cometa para destruir los obeliscos y condenarnos a todos.

Reeve no dijo nada, pero Viri sabía que había dado con la tecla. En

ese momento, su corazón retumbó contra su pecho al murmurar:

—Tenemos que detenerlo.

—Eso también lo he dicho —respondió Reeve en tono seco—. Y varias veces, además.

Viri lo había comentado *también* en muchas ocasiones; de hecho, se había pasado *años* intentando detener a su hermano. Sin embargo, ahora más que nunca, sentía la urgencia por pararle los pies retumbando en su interior. Si Braedan había encontrado al Guardián... Si le había concedido su deseo...

Se obligó a respirar hondo. Por ahora, los obeliscos seguían en su sitio, por lo que la ciudad estaba protegida, y eso era lo único que importaba. Preocuparse por el futuro no iba a cambiarlo, así que necesitaba centrarse, no dejarse invadir por el pánico. Solo así lograría sobrevivir.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Wynter con la cara pálida mientras se levantaba del sofá de un salto para ir junto a Viri y Reeve; Jonas fue detrás de ella. Wynter le devolvió a Castaña a regañadientes, aunque el conejito parecía contento y volvió a acomodarse en el bolsillo del chaleco de Jonas.

—El plan es que Viri y yo vayamos tras Braedan —respondió Reeve—. Ha tenido una sólida ventaja al principio, pero estoy seguro de que no le será tan fácil encontrar el camino que llega al castillo. Si conseguimos el mapa, deberíamos poder llegar al Guardián antes que él. —Después, se giró hacia Viri y añadió—: El mapa perteneció a tu familia, así que la magia solo funciona para los que tengan sangre de Solace. De modo que, además de Brae, tú eres la única que puede usarlo.

«*Sé dónde está, pero tú eres la única que puede encontrarlo*». Viri

recordó las palabras que le había dicho Reeve y, de pronto, entendió por qué había decidido localizarla en un principio. La *necesitaba*, pero ella no tenía claro si eso la hacía sentir poderosa o... decepcionada.

—Y, según tú, ¿cómo vamos a *encontrar* el mapa? —preguntó Viri.

Por primera vez en toda la noche, aunque ya era de día, notó a Reeve un poco incómodo.

—Esperaba que tú me lo dijeras.

—Pero ¿*yo* cómo voy a saberlo? —gritó sobresaltada—. Si me he enterado de su existencia hace unos minutos.

Reeve se pasó la mano por el pelo; Viri supo entonces por qué estaba tan inquieto y él no hizo más que confirmárselo.

—Debería estar con las pertenencias que heredaste de tus padres. Como el fílux.

A Viri se le encogió el estómago. Tocó el látigo dorado que tenía enrollado en la muñeca y respondió:

—No me lo dieron hasta que terminé mi formación como cazadora. Pero no había nada aparte del fílux, y menos un mapa. Ni mapa ni talismán.

El problema era que necesitaban ambos objetos para sobrevivir a la nebruma.

—Yo no he dicho que te dieran nada, sino que te lo *dejaron* —contestó Reeve—. Eras muy joven cuando tus padres murieron. Seguro que alguien se ha encargado de quedarse con sus bienes por ti, y lo más probable es que sea la misma persona que se quedó el fílux hasta que te lo entregaron.

Viri se giró hacia Wynter y ambas cayeron en la cuenta a la vez.

—Mi madre —dijo Wynter en voz baja.

Viri se percató de un destello de los ojos plateados de Reeve que le

hizo sospechar que el segador ya sabía la respuesta, pero que había preferido esperar a que lo averiguara por sí misma.

—Sarielle me entregó el fílux cuando llegó el momento oportuno —afirmó Viri en voz alta—. Pero el único motivo por el que lo tuvo guardado fue porque antes no lo necesitaba. Si tiene algo más de mis padres, es tan fácil como pedírselo y que me lo dé.

—Así de fácil, ¿no? —preguntó Reeve con recelo.

Viri se encogió de hombros.

—Ella tiene tantas ganas como nosotros de detener al Padre Segador.

A Reeve se le escapó una extraña risa ahogada.

—Yo diría que más, teniendo en cuenta todo lo que está en juego. —Relajó las facciones y, después, añadió—: En cualquier caso, ahora estás huyendo de la ley...

—Gracias a *ti* —bufó Viri con los labios apretados.

—… y Sarielle Starling es la magistrada —continuó Reeve, ignorando el tono mordaz de Viri—. Por muy cercanas que seáis, la ley la obliga a delatarte. Si acudes a ella para hablar de esto, o de *cualquier otra cosa*, no le quedará más remedio que llamar a la Nox.

—Fue ella misma quien me dijo que no hay precio que no esté dispuesta a pagar si eso significa encontrar al Padre Segador —alegó Viri—. De hecho, se podría decir que, indirectamente, me dio permiso para sacarte de la Críptula.

—Seguro que eso es una exageración —murmuró Wynter—. Ya sabes cómo es mi madre.

Viri abrió la boca para llevarle la contraria, pero la cerró al segundo. Sarielle quería a Wynter y a Viri más que a nada, pero tanto su vida como su carrera profesional se basaban en la honestidad. Si

las cosas se pusieran feas, Viri quería pensar que su tutora la protegería, y sabía que eso era lo que Sarielle *querría* hacer, pero, en realidad, no se atrevía a poner la mano en el fuego por ello.

La cazadora suspiró y preguntó:

—Entonces, ¿qué hacemos? Si Sarielle tiene el resto de las pertenencias de mis padres, te aseguro no las guarda en nuestro apartamento.

—Mi madre tiene un almacén enorme en su oficina —murmuró Wynter en tono reflexivo.

—Pero eso es para los archivos, los informes legales y otros papeleos del consejo —respondió Viri al acordarse de todas las veces que había visitado a Sarielle en horario de trabajo.

—Estoy completamente segura de que ahí es donde tenía guardado tu fílux —insistió Wynter con ojos pensativos—. Si está custodiando algo más, lo tiene ahí, así que ese sería el primer sitio en el que yo buscaría.

—Digamos que ahora mismo no creo que sea buena idea que entre en la Cumbre campando a mis anchas, Wyn —espetó Viri, que se dio cuenta de que la frustración había invadido su voz; pero no por su amiga, sino por la situación—. Y, antes de que te ofrezcas voluntaria para ir, si el mapa solo responde ante mí, tengo que ser yo la que vaya hasta allí para identificarlo.

—Y yo debería acompañarte para identificar el talismán —intervino Reeve mientras le daba vueltas a su anillo de ónix.

La respuesta de Reeve hizo que Viri se riera de incredulidad.

—*Tú* sí que no puedes entrar en la Cumbre. Te arrestarían en cuanto te vieran.

El chico alzó la ceja y la retó con la mirada.

—Pues más nos vale ponernos a trazar un plan, ¿no? Porque no podemos detener a Brae sin esos dos objetos y, para conseguirlos... —Su voz se fue apagando, pero sus cejas se alzaron mientras esperaba a que Viri terminara la frase por él.

Viri volvió a suspirar, esta vez con más fuerza, al darse cuenta de que solo tenían una opción.

—Tenemos que colarnos en la Cumbre.

—Qué gran idea —exclamó Reeve con una sonrisa triunfante—. Siempre he querido participar en un buen asalto. Bien, esto es lo que había pensado...

20

En cierto modo, el plan que idearon era sencillo, sobre todo tras caer en la cuenta de que podían infiltrarse en la Cumbre sin que nadie los viera.

Cualquier otro día habría sido imposible, pero el Consejo Supremo se reunía los viernes a mediodía todas las semanas, lo que les daba una hora entera durante la cual Sarielle y sus compañeros estarían metidos en la sala de reuniones. Aun así, su asistente, Galen, seguía siendo un problema porque su escritorio estaba justo delante del despacho de la magistrada, pero Wynter estaba segura de que podrían conseguir distraerlo durante el almuerzo sirviéndose de las sutiles dotes de coqueteo de su «nuevo amigo» Jonas. Eso les dejaría a Reeve y Viri la entrada despejada para que pudieran colarse en el despacho, hacerse con lo que necesitaban y volver a salir a hurtadillas. Y, con suerte, sin que los detuvieran en el proceso.

Cuando dejaron el plan todo lo atado que pudieron, había pasado tanto tiempo que, a través del cristal abovedado, se veían los rayos de sol hundiéndose en el lago y diversos tipos de criaturas nadando en él, lo que les indicó que ya era bien entrada la mañana. En cierto modo, Viri se sentía aliviada de que no pudieran hacer nada hasta mediodía porque eso significaba que podría acurrucarse en el sofá de Wynter y descansar un poco; estaba agotada. En principio, tenía pensado echarse una pequeña siesta, pero todo lo que vivió la noche

anterior se apoderó de ella en cuanto se acostó: enfrentarse a los segadores, el envenenamiento de Reeve, el secuestro de Jessalyn, los cometas de los amantes desafortunados, el deseo de Braedan de encontrar al Guardián y la inminente destrucción de los obeliscos. Acabó durmiendo mucho más de lo que pretendía y no se despertó hasta que Wynter la sacudió por el hombro y le tendió un puñado de ropa justo antes de señalarle el baño que había en el laboratorio.

Aunque seguía medio dormida, se deshizo de toda la mugre que la cubría de pies a cabeza y, después, se enfundó el uniforme que Wynter debió haberle traído del apartamento mientras ella estaba dormida; era una muda limpia de su traje de cuero negro de cazadora y de la capa carmesí. Se echó un vistazo rápido en el espejo lleno de vapor y se fijó en sus deslumbrantes ojos violetas y en que parecía más descansada de lo que se esperaba; llevaba la melena pelirroja y plateada atada en una trenza que le caía sobre el hombro, y seguía teniendo el pelo mojado, pero limpio; los arañazos que ocupaban su mejilla habían desaparecido por completo gracias a la pomada curativa de Wynter.

Viri, que por fin volvía a sentirse persona, salió del baño y se encontró con Reeve y Jonas, que también se habían duchado y cambiado de ropa mientras ella estaba dormida. Jonas se había puesto otro jersey sin mangas, solo que este era con cuadros rosas y morados, pero también tenía un bolsillo frontal para Castaña. Reeve iba vestido de negro, como siempre, pero esta vez sin sangre, sin barro y sin trozos de tela rajados por dagas; todavía tenía el pelo húmedo de la ducha y su mirada estaba lo bastante clara y alerta como para que Viri supusiera que, en algún momento de la mañana, también había aprovechado para descansar un poco.

—Casi es la hora —anunció Wynter.

Viri no vio su bata de médica en prácticas por ninguna parte, pero decidió no decir nada al respecto, sobre todo teniendo en cuenta el poco tiempo que tenían antes de que Braedan llevara a cabo sus amenazantes planes. Además, necesitaban que Wyn siguiera investigando para averiguar todo lo que pudiera de los cometas.

—Toma —dijo Jonas acercándose a Viri y dándole una bolsa de papel marrón idéntica a la que sujetaba Reeve—. He aprovechado cuando he ido a por ropa para Reeve y te lo he traído.

Viri abrió la bolsa con cuidado y el repentino pero delicioso olor le hizo la boca agua de inmediato.

—Es un bocadillo de huevo y beicon... Mi favorito.

Jonas le sonrió y sus ojos buscaron a Reeve, que parecía concentrado a posta en sacar una magdalena de arándanos de su bolsa de papel.

—Eso me han dicho.

Viri podría haberse dejado influenciar por el hecho de que Reeve, después de siete años, recordara cuál era su desayuno preferido y que se lo hubiera contado a Jonas. Podría haberse sentido conmovida, enfadada, triste, eufórica y un sinfín de emociones más. En cambio, decidió ignorar todo lo que amenazaba con aflorar en su interior y solo escuchó el rugido de su estómago, por lo que le dio un mordisco al bocadillo. Justo en ese momento, se le vino a la mente la cara de Jessalyn y se le hizo un nudo en la garganta que le impidió tragar. ¿Le habrían dado de comer a Jessy después de secuestrarla? ¿Estarían cuidando tanto de ella como del resto de los niños? ¿Los segadores eran...?

No, se dijo a sí misma. *Para*.

Soren había ido a buscar a su hermana y tanto Sage como Ardin estaban con él. Viri tenía su propio cometido y no podía permitirse preocuparse de la hermana de su amigo, porque solo le serviría para distraerse. *Céntrate, no temas*, repitió en su mente. Jessalyn estaría bien; tenía que estarlo.

—Yo también tengo algo para ti. —Las palabras de Wynter sacaron a Viri de sus pensamientos. Su amiga la apartó de Reeve y Jonas y la llevó hasta su mesa de trabajo, donde tenía una pequeña colección de frascos alineados—. Si todo va según lo previsto y vais directos de la Cumbre a buscar a tu hermano, me quedaré más tranquila si sé que llevas esto. —Empezó a señalar los frascos de uno en uno—. Detenubis y vigoricitrus; estos ya sabes cómo se usan. La pomada curativa y la morfinina también. Pero este es nuevo. —Wynter agarró un frasco tapado en el que había un polvo rojo—. Todavía no he tenido la oportunidad de probarlo, pero puede venirte bien.

Mientras masticaba un trozo de su bocadillo, Viri preguntó:

—¿Tengo que tomármelo?

—*¡No!* —gritó con la cara pálida.

Viri se asustó y estuvo a punto de atragantarse con un trozo de beicon.

—Perdona —dijo Wynter mientras cerraba el frasco—, pero te puedo garantizar que no vas a querer tragarte esto. Y tampoco lo inhales. De hecho, si puedes, ni lo *toques*.

—Entonces, ¿qué...?

—Es un explosivo —soltó sin rodeos y, en cuanto vio la cara que puso Viri, se encogió de hombros—. O *eso espero*. Como te he dicho, no he podido probarlo todavía. Pero he estado trabajando en una nueva fórmula que vi en uno de mis libros y estoy casi segura de que

lo he hecho bien.

—En una escala de *no funciona* a *cuidado con no saltar por los aires*, ¿cuál es el nivel de certeza de tu «casi segura»? —preguntó vacilante conforme se terminaba el último bocado de su desayuno y tiraba la bolsa a la basura.

—Cuando digo que es un «explosivo», no me refiero a que sea una bomba incendiaria, así que no vas a hacer estallar nada; ni nada ni a nadie. —Wynter la tranquilizó y dejó el frasco en su mesa—. En realidad, se podría decir que funciona *de forma explosiva*, en el sentido de que tiene más alcance que, por ejemplo, el detenubis. Si ves que te ataca un grupo de segadores, como anoche, solo tienes que romper el frasco donde estén la mayoría. Si el polvo entra en contacto con su piel, o si lo respiran, deberían sentir los efectos casi de inmediato.

—¿Y qué les hará?

—Pues, si lo he elaborado bien, tendría que bloquear sus habilidades potenciadas por el élixen —respondió Wynter—. La velocidad, la fuerza, la curación... No podrán beneficiarse de ninguna de esas habilidades. No tiene efecto drenante como tu fílux, pero te ayudará a que estéis en igualdad de condiciones a la hora de enfrentarte a ellos, al menos hasta que desaparezcan los efectos.

Viri se quedó mirando el polvo rojo escarlata boquiabierta.

—¿Como unas encancelas temporales, pero en la versión de alquimia?

—Exacto —respondió con una sonrisa.

—Eres un genio, Wyn. —Viri se lo había dicho ya en muchas ocasiones, pero toda y cada una de las veces lo decía en serio.

—No me des las gracias todavía —la advirtió Wynter—. A lo mejor no funciona.

—Bueno, pero no por eso dejas de ser un genio.

Wynter miró a Viri con ternura.

—Te quiero, V —murmuró en voz baja—. Prométeme que vas a tener cuidado.

—Siempre —exclamó, estrechando la mano de su amiga—. Y yo también te quiero. Eres el Orión de mi Aurora. Lo sabes, ¿no?

—¿Por qué no puedo ser yo Aurora? —Wynter fingió hacer pucheros.

—Está bien —dijo riéndose por lo bajo—. Estaría encantada de seguirte a donde fueras.

—Hablando de seguir... —susurró Wynter conforme miraba con disimulo en dirección a Jonas y a Reeve, que estaban hablando tranquilamente al otro lado del laboratorio—. Solo nos quedan unos minutos antes de que te vayas, así que más te vale invertir *cada segundo* en explicarme cómo es posible que me hayas ocultado un secreto tan jugoso durante tantos años.

De pronto, Viri sintió que el desayuno se le revolvió en el estómago.

—Braedan...

Wynter levantó una mano.

—No, no me refiero a tu hermano, querida; ya hemos hablado bastante de eso. Me refiero a Reeve.

—¿Qué pasa con él? —preguntó sobresaltada.

—*¿Que qué pasa con él?* —repitió Wynter con incredulidad—. ¿Tú lo has visto? A ver, no es mi tipo; no hace falta ser alquimista para saber que la combinación de atractivo, inteligencia y una seguridad que roza la arrogancia es la receta perfecta para un auténtico desastre. Pero, por todos los Sabios..., hasta yo reconozco que es muy

agradable a la vista.

A Viri se le escapó una sonrisilla por la sutileza de su amiga, pero se puso seria de inmediato.

—Me da igual lo guapo que sea porque yo lo que veo es a un segador. No voy a negarte que hay... algo entre nosotros, puede que un poco de chispa, o atracción. O tal vez no sea más que unos restos de nostalgia por la amistad que teníamos. Pero nada de eso importa porque, como he dicho, es un *segador*. Y eso anula todo lo demás.

Wynter ladeó la cabeza y la miró pensativa.

—Bueno, en cierto modo, no lo es.

—Puede que ya no extraiga élixen, pero lo hizo una vez —espetó Viri, que se negaba a olvidar las acciones de Reeve—. Mató a una chica. Él mismo lo contó.

Wynter no le respondió a eso, pero bajó la voz para decir:

—Pude hablar con él y con Jonas un rato mientras estabas dormida y tengo que reconocer que me caen bien. ¿Sabes que Jonas, Sage y su otro amigo...? Ardin, ¿no? ¿Sabes que solo extraen élixen entre ellos y de otros segadores? No atacan a los niños y llevan mucho tiempo sin hacerlo.

Viri observó a Jonas al otro lado del laboratorio y lo vio acariciándole la cabeza a Castaña, que estaba asomado en su bolsillo.

—Sabía que podían hacerlo, pero no tenía constancia de que solo se alimentaban así.

—La verdad es que es algo significativo —murmuró Wynter—. No pueden dejar de extraer élixen por completo por la adicción que les crea, pero la forma en la que lo hacen les permite tener más o menos fuerza, dependiendo de quién necesite más el élixen. Si lo piensas, es una actitud casi altruista. —Al ver la cara que puso Viri, añadió con

cautela—: No se parecen a otros segadores. No digo que no hayan podido cometer errores ni que me parezca bien lo que hicieran en el pasado; las dos sabemos cómo se han convertido en lo que son y el precio que han tenido que pagar para ello. Lo que quiero decir es que... parece que se han estado esforzando por compensar las decisiones que tomaron en su momento. Y, en mi opinión, es algo admirable.

Viri, que no sabía qué responder, tragó saliva y apartó los ojos de la mirada penetrante de su amiga. Había una parte de ella que estaba de acuerdo con Wynter; *sí* que era digno de admiración que los segadores fueran contra su naturaleza fomentada por el élixen y que eligieran tomar un camino alternativo en lugar de dejarse arrastrar por la violencia. Pero, por otra parte, nadie los había obligado a convertirse en segadores; en algún momento, ellos mismos *decidieron* acabar con vidas inocentes y, aunque sí que tenía mérito que intentaran redimirse, la cazadora que llevaba dentro no podía obviar los crímenes que habían cometido con tanta facilidad. Se veía capaz de trabajar con ellos e incluso había depositado parte de su confianza en ellos, pero hasta ahí llegaba su límite.

—Sé lo difícil que es esto para ti, sobre todo después de lo que les pasó a tus padres —dijo Wynter en voz baja—. Pero, no sé... Quizás podrías intentar abrir un poco la mente. Algo me dice que hay mucho más detrás de todo esto; y *más aún* en lo relacionado con Reeve.

—Reeve puede meterse sus secretos por donde quiera —exclamó, aunque ni ella misma se creía sus palabras—. Cuando todo esto acabe, estaré encantada de no tener que volver a verle la cara nunca más. —En cierto modo, deseó que todo eso fuera verdad.

Por desgracia, Wynter le pillaba a Viri todas las mentiras y, a juzgar por la expresión divertida que reflejaba su rostro, ese caso no había sido distinto. Aun así, Wynter se limitó a decirle:

—Si la forma que tiene de mirarte cuando tú no estás mirándolo a él significa algo, no creo que piense lo mismo que tú.

Viri no pudo evitar mirar a Reeve por encima de su hombro; seguía absorto en lo que Jonas le estuviera contando. Sin embargo, en cuanto sintió la mirada de la cazadora, sus ojos se encontraron con los de ella y levantó una ceja, interrogante. Entonces Viri giró la cabeza de inmediato para que el segador no viera que se le encendían las mejillas.

—Siete años es mucho tiempo —siguió diciéndole Wynter con una sonrisa burlona en los labios—, y ya sabes lo que se suele decir sobre la ausencia y el cariño de los corazones. Y, por mucho que me encantaría ser tu amante desafortunada, creo que, en realidad, tu Orión podría ser...

—¡Vaya! Parece que es hora de irse —exclamó Viri en voz alta para impedir que Wynter terminara la frase, lo que hizo que se riera con disimulo—. ¿Estáis todos listos?

Reeve y Jonas se acercaron a la mesa de trabajo cuando Viri se estaba guardando los frascos con los inventos de Wynter y le confirmaron que estaban preparados.

—Me preocupa un poco la parte del coqueteo de nuestro plan —reconoció Jonas conforme se quitaba las gafas y las limpiaba en su chaleco con nerviosismo—. Castaña se pone celoso cuando me ve con otro hombre.

Viri tuvo que morderse el interior del carrillo para no reaccionar a lo que acababa de decir Jonas y, al echarle un inoportuno vistazo a

Reeve, vio que él estaba igual; sus brillantes y divertidos ojos volvieron a clavarse en los de ella, lo que hizo que tuviera aún más ganas de reírse. Sin embargo, su risa se esfumó en cuanto se tiñó de resentimiento. Viri anhelaba que todo fuera más fácil, que Reeve y ella pudieran reírse juntos, tal y como hacían antes; pero eso ya era algo imposible. Él era un segador y ella, una cazadora. No podían volver a ser lo que habían sido, ni nada más.

Ahora eran aliados. Pero siempre serían enemigos.

Así era y así tenía que ser.

—No te preocupes —le dijo Wynter a Jonas dándole una palmadita en el hombro—. Cuando te presente a Galen y os vayáis a almorzar, me llevaré a Castaña y le daré un bonito y largo paseo por el Distrito Mercantil. Seguro que ni se entera.

Jonas parecía un poco perturbado por la idea, pero suspiró y les dijo a Viri y a Reeve:

—Mantendré a Galen alejado todo el tiempo que pueda, pero, si podéis, no os quedéis en el despacho de la magistrada.

Viri tenía muy presente que Reeve y ella se arriesgarían a que los capturaran con cada segundo que pasara, pero no eran los únicos que corrían peligro con el plan. El Distrito Mercantil era un lugar muy transitado, así que era complicado que los cazadores que deambularan por sus caminos detectaran a Jonas o vieran sus venas negras, sobre todo después de que Sage hubiera extraído élixen de él la noche anterior; la posibilidad de que lo pillaran era mínima, pero existía. El Gremio de Cazadores era pequeño en comparación con la Nox, pero, aunque no los superaban en número, lo compensaban con las habilidades que tenían, y una de ellas era la vigilancia constante. Jonas podía ocultarse entre la muchedumbre, pero no debía bajar la

guardia.

—No tardaremos mucho. Será entrar y salir —le prometió Viri—. Y, después, podrás volver aquí y enterrar la cabeza en todos estos libros.

Sus palabras tuvieron el efecto esperado y los nervios de Jonas quedaron eclipsados por la emoción que sintió.

—Me muero de ganas. Wynnie me ha dicho que va a enseñarme más sobre runas. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar investigando sobre los cometas!

—¿*Wynnie*? —repitió Viri en voz baja mirando a Wynter, que carraspeó y negó con la cabeza, como si quisiera transmitirle que no tenía agallas para decirle al sorprendentemente amable segador cómo tenía que llamarla. O cómo *no*, más bien.

Reeve, después de observarlos a todos, exclamó en voz alta:

—La reunión de la magistrada con el Consejo Supremo no durará mucho, así que tenemos que aprovechar el tiempo que tenemos. —Con una sonrisa maliciosa, añadió—: Y ahora, vamos a saltarnos algunas normas.

21

La primera parte de su plan fue todo lo bien que podía ir; salieron del laboratorio y volvieron sobre sus pasos por los túneles de la subterra hasta el sendal más cercano. A esa hora del día, había mucha más gente en la calle que durante las primeras horas de la mañana, pero el gentío se movía en ambas direcciones buscando un sitio en el que almorzar. Sin embargo, Viri agradeció el bullicio porque así había menos probabilidades de que los guardias de la Nox o los cazadores los descubrieran o los sintieran entre la multitud. Wynter podía campar a sus anchas y Jonas también, siempre y cuando no se cruzaran con nadie que tuviera la marca de los segadores. Viri y Reeve, por el contrario, eran fugitivos y los tenían en el punto de mira. Aunque le costó, Viri venció la tentación de ir mirando a sus espaldas durante todo el trayecto hasta llegar al arco de piedra mágica, porque sabía que eso solo le serviría para llamar más la atención.

Cuando llegaron al sendal, Wynter pasó primero. Habían acordado no ir directos a la Cumbre, sino regresar al arco que Viri y Reeve habían usado la noche anterior para la parada que hicieron en el Distrito Mercantil. En ese momento, en las calles del interior de la montaña no quedaba nada de silencio y oscuridad, sino que estaban inundadas de espectáculos, sonidos y olores. Había más gente que en el túnel de la subterra, tanta como para que los cuatro tuvieran

que correr hacia uno de los laterales del sendal para que las hordas de personas que entraban y salían del arco brillante no los pisotearan.

—Aquí se separan nuestros caminos. —Wynter le dio un intenso abrazo a Viri—. Si tenemos suerte, la próxima vez que nos veamos, le habrás pateado el culo a tu hermano y podremos celebrar que has salvado a toda la ciudad.

—Sin presiones —exclamó Viri con ironía.

—Pediré que hagan unas camisas mientras estáis fuera —agregó su amiga en tono serio—. *Viridia Solace: la salvadora de Aravell.*

—Si haces eso, yo pediré que hagan otra para mí que ponga: *Wynter Starling: ex mejor amiga.*

La chica empezó a reírse, pero su alegría se desvaneció cuando volvió a abrazar a Viri y le susurró al oído:

—Sé que ya te lo he dicho, pero necesito repetírtelo. Te quiero, V. Por favor, ten mucho cuidado.

Viri estrechó a su amiga entre sus brazos con fuerza.

—Volveré antes de lo que te imaginas —espetó empujando a Wynter hacia el sendal—. Ahora vete y ayuda a Jonas a que saque todas sus armas de seducción.

Jonas se tomó las palabras de Viri como una señal para acercarse a ella. Sacó a Castaña de su bolsillo y se lo acercó.

—Castaña quiere desearte suerte.

Viri sintió que se le hizo un nudo en la garganta mientras acariciaba la suave cabeza del conejo.

—Gracias, Castaña —murmuró en voz baja. Sin embargo, clavó la mirada en Jonas al añadir—: Lo mismo te digo.

La cazadora se percató de los vidriosos ojos azules que se

escondían tras las gafas de Jonas mientras este le dedicaba una sonrisa. Después, el chico se inclinó para abrazar a Reeve con cuidado de apartar a Castaña para no aplastarlo.

—No te preocupes, colega —dijo Reeve dándole unas palmadas en la espalda—. Es solo un almuerzo.

A Jonas se le escapó una carcajada y le dio un golpe suave a Reeve en el brazo.

—No es el *almuerzo* lo que me preocupa —respondió con mala cara —. A ver, *no quiero* tener una cita falsa, pero eso es una tontería en comparación con lo que vais a hacer vosotros. Cuídate y vuelve de una pieza, ¿vale? Y espero que... —Se calló un segundo y miró a Viri casi con miedo. Después, tosió un segundo y terminó la frase—. Espero que volváis con buenas noticias.

—Esa es la idea —contestó Reeve dándole un ligero empujón en dirección a Wynter—. Iros ya. Vamos justos de tiempo.

Jonas asintió, siguió a Wynter cuando cruzó el sendal y, en un abrir y cerrar de ojos, ambos habían desaparecido.

Viri resopló con fuerza y dijo:

—Y ahora a esperar.

—Esa siempre es la peor parte —murmuró Reeve antes de señalar unos puestos de frutas llenos de clientes que había cerca de ellos—. Vamos para allá. Así los veremos cuando vuelvan, pero podremos camuflarnos mejor y evitar que nos detecten.

Como la siguiente parte del plan dependía de que Galen *no* se oliera nada de lo que estaba pasando, Viri siguió a Reeve para esconderse entre las masas de gente comprando fruta, pero sin quitarle ojo al sendal, que se activaba cada vez que alguien salía de él. Había tanto alboroto que era imposible mantener una

conversación, pero no porque Viri no tuviera nada que decir, de modo que se dedicaron a recorrer los distintos puestecillos mientras observaban los productos como si estuvieran decidiendo qué comprar. Sin embargo, no alargaron mucho su falso interés, ya que Wynter y Jonas volvieron a salir del arco de piedra mágica acompañados del alto y larguirucho de Galen.

—Esa es nuestra señal —murmuró Viri cuando los tres se perdieron por las calles del mercado—. Vamos.

Viri se acercó corriendo al sendal y lo atravesó primero para llevarlos hasta la Cumbre. Al llegar, se encontraron con los fríos y clandestinos muros del Gremio Legal, que no quedaba muy lejos de las oficinas del Consejo Supremo y de las puertas de cristal que conducían a su interior. Eso era algo que Viri solía apreciar porque consideraba que reflejaba la transparencia que desprendían los líderes de la ciudad, pero, en ese momento, la cristalina puerta no hacía sino aumentar el riesgo de ser descubiertos. Por suerte, ya habían congregado a los consejeros para la reunión que se celebraba a mediodía y, dado que sus ayudantes trabajaban en una zona bastante alejada, en los túneles entrecruzados de la Cumbre, era muy improbable que Viri y Reeve se cruzaran con alguien. Aun así, barrieron la zona con la mirada y, después, atravesaron las puertas, pasaron corriendo por el escritorio de Galen y se fueron directos al despacho de Sarielle.

Al llegar a la entrada, se encontraron con el primer contratiempo de su plan.

—Está cerrada con llave —susurró Viri tratando de abrir el picaporte una y otra vez para asegurarse—. Ayúdame a buscar una llave en el escritorio de Galen. O, si no, a ver si encuentras algo fino

y afilado para manipular la cerradura.

—Reconozco que me encantaría ver cómo abres la cerradura; y, créeme, lo digo en serio. —El rostro de Reeve era una mezcla de curiosidad e intriga, con una pizca de algo más que hizo que Viri casi se sonrojara—. Pero tengo una idea mejor.

Agarró el pomo de la puerta y, al hacerlo, Viri sintió una repentina corriente de élixen que provocó que el aire que los rodeaba se volviera más denso. Al segundo, la puerta se abrió.

—Tú.. Tú... Acabas de usar la magia —exclamó boquiabierta. Se había olvidado por completo de que la noche anterior Reeve la había dejado inconsciente y que tenía pendiente preguntarle al respecto, aunque, por otra parte, reconocía que habían pasado muchas cosas desde entonces.

Reeve levantó la mano y apretó el dedo índice contra el pulgar.

—Solo un poquito.

—No deberías *poder* hacer...

—¿Qué te parece si lo hablamos dentro? —sugirió abriendo la puerta y señalando el interior del despacho en un intento por recordarle a Viri dónde estaban y que cualquiera podría verlos.

Aunque tuvo que contenerse, Viri se mordió la lengua y entró corriendo en el despacho de Sarielle. Se sintió cómoda al estar en un lugar que conocía tan bien, desde la suave alfombra del suelo hasta el escritorio de madera pulida de roble y las hermosas vistas que ofrecía la enorme ventana de la pared del fondo. Al estar en lo alto de la montaña, el panorama era incomparable; se veía toda la alterra de Aravell, la inmensidad del lago Mirtis, que brillaba bajo el sol de mediodía, e incluso el sombrío bosque Mistwood, que se desvanecía en el horizonte. Viri sintió un escalofrío cuando cayó en la cuenta de

que su hermano estaba por ahí, en alguna parte, y de que, más pronto que tarde, se adentraría en el letal bosque para ir tras él. No obstante, se obligó a dejar los pensamientos a un lado y a centrarse en lo que tenían entre manos.

—Por aquí —murmuró Viri al ir hacia la puerta que había tallada en la pared rocosa, a la izquierda del escritorio de Sarielle.

Esa puerta no estaba bloqueada, de modo que la abrió y, justo cuando estaba a punto de entrar en el almacén, se percató de que Reeve no estaba a su lado.

Se dio la vuelta y vio a Reeve observando un retrato que había en la pared, regalo de uno de los artistas más prestigiosos de Aravell. El hombre había pintado a Sarielle estrechando entre sus brazos a Wynter y a Viri cuando eran mucho más pequeñas, y las tres compartían una sonrisa radiante. Viri le tenía mucho cariño a esa talentosa obra porque representaba a su pequeña familia y el amor que se tenían, pero, al observar a Reeve, se fijó en la extraña y casi resentida mirada con la que observó el cuadro. No tenía ni idea de qué estaría pensando el segador, si le molestaba verla feliz con Sarielle y Wynter, o si, en cambio, estaba luchando contra sus propios demonios; él también había encontrado una segunda familia, la de Viri, pero la perdió y volvió a verse solo, además de tener que vivir como un fugitivo durante siete años.

Había una parte de Viri que sentía lástima de Reeve; sin embargo, la otra, su parte más fuerte, le recordó que era *él* quien la había abandonado. Podría haberse quedado con ella. Podrían haber encontrado su camino juntos. Pero eligió a Braedan y, sintiera lo que sintiera en ese momento, el único culpable era él mismo.

—Reeve —lo llamó. Su voz resonó por toda la sala, como si le

hubiera dado un latigazo—. Mueve el maldito culo.

De pronto, Reeve volvió en sí y se fue directo hacia Viri, con el rostro carente de emoción alguna, y entraron en el almacén. El segador dejó escapar un leve silbido al observar los cientos de estanterías que se extendían hasta lo más alto de la pared, que estaban repletas de cajas, archivos y documentos apilados al azar y que quedaban iluminados por unas lumiternas que flotaban sobre sus cabezas. No era nada en comparación con el tamaño de los archivos de la Nox, pero, aun así, el almacén era lo bastante grande y caótico como para que les supusiera un reto buscar en él lo que necesitaban por el tiempo del que disponían.

—No pensaba que hubiera tanto espacio aquí dentro —reconoció Reeve mientras daba una vuelta y escudriñaba la sala, como si estuviera haciendo cálculos—. Creo que lo mejor es ir fila por fila. Yo empiezo por la izquierda; y tú, por la derecha. Si el mapa y el talismán están aquí, los más probable es que sigan en el cofre protegido por tutelas y podría haberlo guardado en una caja, así que busca algo voluminoso.

Viri asintió y lo siguió hasta la primera fila; intentó no pensar más de la cuenta en lo que estaban haciendo y en el crimen que estaban cometiendo solo con haberse colado en el despacho de la magistrada. Se le puso la piel de gallina ante la idea de que pudieran descubrirlos, pero borró de su mente la imagen de las celdas de la Críptula, así como de la cara de decepción que pondría Sarielle, y se puso manos a la obra.

El pasillo que había entre los estantes era bastante estrecho, así que, al estar uno detrás del otro, sus codos se estaban chocando todo el tiempo mientras buscaban cualquier cosa que pudiera encajar con

la descripción de Reeve. Al poco de empezar a registrar las cajas, Viri se dio cuenta de que podía ignorar los archivadores y centrarse solo en las más grandes, pero la mayoría estaban llenas de documentos; algunos estaban marcados como confidenciales, pero otros no eran más que libros de contabilidad o pedidos de material de oficina. La misión que tenían por delante era tediosa y lenta, pero siguió abriendo y cerrando cajas hasta que llegó un momento en el que no podía seguir conteniendo su curiosidad.

—Háblame de la magia —espetó Viri sin dejar de rebuscar en las estanterías.

Reeve también siguió examinando las distintas cajas cuando, con tono despreocupado, le preguntó:

—¿Qué quieres saber?

—Lo sabes de sobra. —Viri se obligó a no darse la vuelta para mirarlo—. ¿Cómo lo has hecho? Romper las encancelas, dejarme inconsciente, abrir la cerradura de la puerta... No deberías poder hacer nada de eso.

—Los magos ancestrales podían usar la magia para todo —respondió—. Lo que he hecho no es nada comparado con lo que ellos eran capaces de hacer.

—Pero tú no eres un mago ancestral.

—No, pero supongo que se me podría considerar un mago actual.

Se quedó quieta mientras abría una caja y se giró en el estrecho pasillo para mirar a Reeve.

—Eso es imposible. Los magos dejaron de existir, al menos en Isla Elverdine.

—El motivo por el que se fueron de aquí es que los niños empezaron a entregar su élixen a los obeliscos, lo que impidió que

los magos siguieran accediendo a la magia y desarrollándola —explicó Reeve conforme agarraba una caja, echaba un vistazo a su contenido y volvía a dejarla en la estantería—. Si no lo hicieran, algunos niños serían tan poderosos que acabarían convirtiéndose en magos, eso siempre y cuando no se consumieran en el proceso.

Viri se quedó mirándolo atónita mientras Reeve la empujaba hacia la esquina para seguir buscando en la siguiente fila.

—¿Me estás...? ¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo? —Le tembló la voz a causa del estupor.

—Yo nunca entregué mi magia —afirmó—. Y, a raíz de eso, descubrí que tengo bastante élixen como para considerarme un mago, al menos técnicamente hablando. —Al ver la cara que le puso Viri, añadió—: Tenía once años cuando me fui con Brae. Cuando cumplí catorce, tanto los guardias de la Nox como los cazadores ya sabían que era la mano derecha del Padre Segador, así que no es que tuviera la facilidad de irme al obelisco más cercano y entregar mi élixen sin arriesgarme a que me capturaran.

—Pero el *riesgo*...

—Era limitado —la interrumpió haciendo un gesto para quitarle importancia—. Tuve una especie de maestro, una persona que me enseñó a controlar mi élixen para impedir que me consumiera. —Aunque sus palabras sonaban distendidas, al hablar de su maestro su voz adoptó un tinte sombrío, pero Viri no llegó a preguntarle por el rencor de sus palabras porque estaba demasiado distraída por la imposibilidad de todo lo que le estaba contando.

—Esos conocimientos de los que hablas no *existen*. Si existieran...

—¿Habría más personas que desafiaran las leyes de la concesión? —exclamó Reeve con las cejas arqueadas terminando la frase por ella

—. Qué irónico que lo digas tú, sobre todo teniendo en cuenta que tu mejor amiga tampoco llegó a tener su ceremonia de concesión.

Viri se quedó petrificada cuando estaba buscando otra caja que abrir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Wynter —espetó—. Ella nunca llegó a hacer la concesión; y, al igual que yo, acabó con los mismos poderes que un mago. —Al ver la cara de susto que puso Viri, Reeve se rio entre dientes—. Venga ya, sombrita, que eres una chica lista. ¿Cómo crees si no que utiliza la alquimia sin usar élixen?

—Sé que usa un poco en los experimentos más potentes. —Viri escuchaba algo en su mente que no dejaba de gritarle que Reeve estaba equivocado. *Equivocado, equivocado, equivocado*—. Pero tampoco es que necesite mucho élixen, solo lo que se quedó después de la ceremonia de concesión.

Reeve inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Eso te lo ha dicho ella?

Viri estaba a punto de asentir, pero, de pronto, cayó en la cuenta de que Wynter nunca se lo había dicho de manera explícita, sino que ella misma había dado por hecho que su amiga estaba recurriendo a la pequeña cantidad de élixen que albergaba en su interior después de haber sacrificado el resto para entregársela a los obeliscos.

—Si Wynter no hubiera tenido su concesión, lo sabría —exclamó con la esperanza de sonar convincente—. Y, por supuesto, si mi amiga fuera una maga, también estaría al tanto. Nos lo contamos todo.

—Ah, ¿sí? —respondió en un murmullo—. ¿Como tú le contaste que tu hermano era el Padre Segador?

Viri parpadeó y dijo:

—Yo asistí a su ceremonia, Reeve. Estuve *allí*.

El segador se encogió de hombros mientras buscaba en otra caja.

—Pregúntaselo la próxima vez que la veas. No creo que utilice su élixen para nada que no sea la alquimia, pero estoy casi seguro de que es porque no sabe cómo usarlo. Sin embargo, eso no significa que no sea una maga, solo que le falta práctica. Tiene suerte de que quien le dejara ese laboratorio mágico le explicara cómo evitar consumirse, aunque no le dijera nada más.

—Fue su padre el que se lo dejó —respondió—, pero no aclaró nada sobre cómo...

Viri se calló en cuanto se acordó de la carta que le envió a Wynter su misterioso padre, una carta que llegó la misma mañana que iba a celebrarse su ceremonia de concesión, justo unos minutos antes de que salieran de casa. Viri solo había visto una página y pensaba que eso era todo. Pero, si había más páginas... Si había incluido algunas indicaciones...

«Todos tenemos secretos. Créeme, sé de lo que hablo». Esas habían sido las palabras de Wynter la noche anterior, cuando estaban en el túnel de la subterra.

Maldijo por lo bajo y cerró los ojos al pensar en su mejor amiga, la que era tan curiosa que acababa poniéndose en peligro. Si Wynter *hubiera sabido* cómo evitar el riesgo de consumirse, no sería tan descabellado pensar que habría cedido a la tentación de fingir su concesión para poder practicar con magia, aunque eso significara infringir la ley. *Sobre todo*, si eso significaba infringir la ley, porque era lo que hacía cada maldito día.

Viri gruñó en alto y dijo:

—Si, por lo que sea, su madre se entera, se morirá del disgusto.

Reeve dejó escapar una risa sombría.

—Ojalá fuera tan fácil...

La cazadora se giró de repente para fulminarlo con la mirada.

—Cuidado, que estás hablando de mi tutora.

—Soy consciente, créeme —respondió Reeve mientras seguía buscando en las estanterías, que es lo que debía estar haciendo Viri —. Que los Sabios se apiaden de cualquiera que se atreva a insultar a la gran magistrada.

—¿Qué problema tienes con ella? —preguntó Viri—. Todo el mundo la adora.

Reeve resopló.

—No existe nadie a quien quiera todo el mundo. Es estadísticamente imposible. —Cerró una caja con más fuerza de la que pretendía y le dobló las esquinas—. Y las quejas que yo tenga de la magistrada no son asunto tuyo, pero digamos que no siempre ha estado ahí para *todos* sus queridos ciudadanos, aunque se empeñe en hacerte creer lo contrario.

—Eres un *segador*, Reeve —señaló en tono serio—. Y ella era cazadora antes de convertirse en la magistrada, así que su naturaleza es odiaros a ti y a los tuyos. —Eso fue hace mucho tiempo, antes de que Wynter naciera. Pero, aun así...—. ¿Crees que es justo que se le reproche que no ayude a unos asesinos?

—Quizás por eso no, pero sí que podría reprocharle... —Reeve se calló de forma repentina y todo su cuerpo se tensó cuando se dio la vuelta en el estrecho pasillo y miró hacia la entrada del almacén. No se veía bien desde donde estaban, pero siguieron con la vista clavada en esa dirección.

—¿Qué...?

Reeve, cuyos reflejos iban a la velocidad de un rayo, le tapó la boca a Viri con la mano y calló su pregunta justo cuando escucharon un chasquido. La puerta del almacén se abrió y le siguió el sonido de unos pasos descompasados que resonaron por toda la sala: *tap-clac, tap-clac*.

A Viri se le heló la sangre al darse cuenta de que estaban a punto de descubrirlos. No solo habían fracasado a la hora de encontrar el mapa y el talismán, sino que iban a encerrarlos en la Críptula solo por intentarlo y, además, Braedan tendría libertad total para encontrar al Guardián *y* llevar a cabo el sacrificio del cometa Aurora. No podían haber hecho todo eso para nada. No...

Tap-clac, tap-clac.

Los pasos cada vez se escuchaban más cerca, pero a Viri le pareció reconocer el extraño ritmo con el que avanzaban. Cuando le vino el recuerdo, apartó la mano de Reeve y miró con cuidado a sus espaldas, desde la esquina de la fila en la que estaban. Lo único que vio fue la sombra de una persona que iba cojeando despacio hacia ellos, pero su silueta bastó para que supiera quién era y se le ocurriera una idea desperada, pero que podía ser eficaz.

Se plantó delante de Reeve y le susurró:

—Bésame.

Por primera vez desde que lo conocía, tanto en su reencuentro como en el pasado, la miró boquiabierto y balbuceó:

—¿Perdón?

No había tiempo para explicaciones y Viri no quería malgastar los pocos segundos que les quedaban en responderle a Reeve, de modo que agarró el cuello de su camisa con las manos y lo acercó hacia

ella. Después, se puso de puntillas y lo atrajo más aún hacia su cuerpo.

—Viri, ¿qué...?

Lo calló estampando sus labios contra los del segador mientras notaba cómo el corazón martilleaba en su pecho y rezaba para que su plan funcionara.

Sin embargo, sus fuertes latidos se debían a un motivo muy distinto.

No pretendía que el beso se alargara en exceso, solo lo bastante como para que los pillaran en los brazos del otro; también intentó que fuera distante, poco más que un escueto pico. Lo que no tuvo en cuenta fue la lentitud con la que cojeaba quien acababa de entrar en el almacén ni lo agradable que era sentir los labios de Reeve contra los suyos.

Era como un sólido muro que se había congelado ante la sorpresa.

Pero, de pronto, dejó de serlo.

En tan solo un segundo, Viri perdió el control del beso cuando sintió el brazo de Reeve envolviendo su cintura para acercarla más aún a su cuerpo; la otra mano acarició su mejilla e inclinó su cara hacia un lado mientras deslizaba la lengua por la comisura de sus labios. Viri jadeó contra su boca y Reeve la besó con más intensidad y lo llevó más allá de lo que ella pretendía, y de lo que *imaginaba*. La cazadora no pudo reprimir el gemido que salió de sus labios y Reeve dejó escapar otro que retumbó en su pecho bajo los temblorosos dedos de Viri.

El chico dejó la delicadeza a un lado y la agarró con voracidad y ansia, y Viri sintió que le flaqueaban las piernas al notar su lengua devorándola. Fue un beso que pedía, que daba, que exigía y que se

rendía. Cada caricia avivaba las llamas que ardían en su interior y el calor se extendió por todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, como si fuera un reguero de pólvora que, en cualquier momento, podía estallar. Cuando se le escapó otro gemido, los brazos de Reeve la acercaron hasta que ya no quedó espacio entre ellos, mientras que las manos de Viri subieron hasta enredarse en su pelo negro como la noche y lo atrajo aún más hacia ella.

Más. Necesitaba *más*...

—¡Dios mío!

Viri pegó un salto y se golpeó con la estantería que tenía detrás con tanta fuerza que hizo que una caja repleta de archivos sin encuadernar se desparramara en el suelo. Observó a Reeve un segundo y se fijó en su pelo revuelto y en la cara de aturdido que tenía, aunque sabía que ella tendría el mismo aspecto. Después, aunque las piernas seguían temblándole, se giró hacia la encorvada mujer que estaba en el pasillo, justo delante de ellos.

—¿Eres tú, Viridia Solace? —preguntó la anciana entrecerrando los ojos tras unas gruesas gafas, aunque Viri sabía que no la ayudaban a ver mejor—. Veo tu capa carmesí, así que no intentes engañarme.

—Jueza Muriel. —A Viri le tembló la voz y, sin tener que fingirlo, sus palabras sonaron roncas y entrecortadas. Era incapaz de hilar un pensamiento con otro y todavía sentía el fuego ardiendo en su cuerpo, pero se recompuso lo suficiente como para añadir—: Esto... Eh... Creía que estábamos solos.

—Pues creías mal, jovencita —le respondió Muriel en un tono severo, aunque a Viri le pareció entrever un destello de picardía en sus ojos casi ciegos—. Esta es la segunda vez que te pillo en una situación comprometida. Cualquiera pensaría que es más un hábito

que una casualidad.

—Solo estábamos... Mmmm... Estábamos archivando unos documentos —exclamó Viri conforme se agachaba para buscar a tientas los papeles que se habían caído. Pensaba que lo había hecho adrede, pero sus dedos temblorosos indicaban lo contrario.

—¿Archivando documentos? —Muriel levantó una de sus espesas y canosas cejas y el gesto hizo que las arrugas de su frente oscura se marcaran más de lo habitual—. ¿Esa es la excusa que ponéis los jóvenes ahora?

Viri, que seguía sin saber si estaba fingiendo o no, sintió que el calor se agolpó en sus mejillas cuando se levantó con los papeles en la mano. Se obligó a sonar agobiada, aunque no tuvo que esforzarse mucho cuando le suplicó a la anciana:

—Por favor, no le diga a Sarielle que nos ha visto aquí. Creo que no me lo perdonaría.

Muriel resopló con fuerza, ofendida.

—Aunque sea jueza, no soy una chivata. Y, como ya te dije una vez, yo también he tenido tu edad y, en su día, disfruté mucho «archivando documentos» como tú. Eso sí, antes lo llamábamos de otra forma.

Que los Sabios me maten. Viri quería que la tierra se la tragara, aunque el sentimiento fue a peor cuando se percató de que Muriel guiñó un ojo hacia donde se encontraba Reeve, aunque su desenfocada mirada apuntaba un poco más allá de su oreja.

—Soren, querido, me alegro de verte y saber que estás cuidando bien a tu chica.

Reeve se atragantó al escuchar la confusión de la anciana, pero acabó maldiciendo por lo bajo cuando Viri le pisó con todas sus

fuerzas.

—¿Cómo dices? —preguntó Muriel, llevándose una mano al oído para escucharlo mejor.

—Dice que lo hace encantado —respondió Viri por él. Aunque la vista de la mujer no era su sentido más desarrollado, conocía demasiado bien la voz de Soren como para darse cuenta de que ese no era él. Si Reeve hablaba, toda su farsa se iría al traste.

—Buen chico —dijo Muriel, asintiendo en señal de aprobación y, después, agitó los papeles que tenía en la mano con manchas que reflejaban su edad—. Ahí os quedáis, tortolitos. Ya volveré luego para encargarme de esto. Más os vale acabar pronto, porque puede que el próximo que os encuentre no se tome tan bien como yo ese arrebato de lujuria que os ha dado.

Muriel dejó escapar una risita, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo. El *tap-clac, tap-clac* de su cojera se desvaneció al mismo ritmo que apareció; cada paso que daba la anciana, hacía que los latidos de Viri volvieran a acelerarse conforme iba aflorando el sentimiento de humillación.

Por fin, cuando el sonido de la puerta al cerrarse resonó por toda la sala, consiguió armarse de valor para mirar a Reeve. Seguía con la misma melena alborotada que le habían dejado los ávidos dedos de Viri, pero ya no quedaba nada del desconcierto que reflejaba su rostro unos minutos antes, sino que estaba en guardia, con los brazos cruzados y con las cejas arqueadas, esperando a que le diera una explicación.

—Esa era la jueza Muriel —dijo Viri de inmediato, aunque se aclaró la garganta al darse cuenta de la voz tan aguda que le había salido—. Tendría que haberse jubilado hace una década, pero se

niega a irse de aquí porque dice que sigue siendo tan astuta como un zorro, a pesar de que ya no vea nada que esté a más de medio metro de ella.

Reeve se relajó un poco al escuchar las palabras de Viri.

—Por eso me ha confundido con Archer.

—Puede distinguir colores y formas, así que ha sabido sin problemas que era yo al ver mi capa carmesí, pero, como tú vas vestido de negro, ha debido confundirte con un guardia de la Nox. Y eso le ha bastado para sacar sus propias conclusiones.

—Bueno, aunque fueran propias... Por sus palabras, yo diría que no era la primera vez que te pillaba aquí con él.

Aunque fue una declaración contundente, se sintió aliviada al escuchar las palabras de Reeve y su vergüenza se transformó en una mezcla de nostalgia y diversión.

—Hace unos meses, Soren y yo estábamos archivando unos documentos para Sarielle. Y me refiero a archivar *de verdad*, no al eufemismo. —Hizo una mueca al darse cuenta de que nunca podría volver a escuchar esa palabra sin acordarse de Reeve—. Me tropecé con una pila de cajas y Soren me agarró justo cuando Muriel entró en el almacén. Como la pobre ve tan poco y nos vio enredados en los brazos del otro, se pensó que estábamos dándonos el lote. —La chica se aclaró la garganta y añadió—: Y justo eso me dio la idea de antes. Cuando supe que era ella la que venía hacia nosotros, supuse que... —Viri se calló; no quería ni necesitaba terminar de explicar lo que habían hecho.

Se hizo el silencio un segundo y, después, Reeve le respondió:

—Creo que ha sido un buen plan, pero tengo una pregunta — Avanzó hacia ella y redujo el poco espacio que los separaba—. Si

Muriel creyó que os estabais besando cuando, en realidad, no era más que un inocente abrazo, ¿por qué me has besado *a mí*? Hubiera sido tan sencillo como recrear lo que hiciste la última vez y abrazarme sin más, ¿no?

Viri notó que se le secaba la boca mientras las excusas se agolpaban en su mente. Sin embargo, acabó llegando a la conclusión de que Reeve tenía razón: *no* habría hecho falta que se hubieran besado para vender su engaño.

Carraspeó de nuevo y se inventó una excusa sobre la marcha.

—Wynter dice que la medicina cada vez es más avanzada, así que no quería arriesgarme a que Muriel hubiera recuperado parte de su visión por algún tratamiento novedoso. —Viri reconoció en su interior que la excusa era patética, de modo que siguió hablando y agitó una mano con aire despreocupado—: Además, yo creo que eso no se parece en nada a un beso. Hemos hecho lo que teníamos que hacer y no volveremos a hablar de ello porque, evidentemente, a ninguno nos ha gustado.

—Evidentemente —repitió Reeve con tono burlón—. Porque yo soy un segador y tú eres una cazadora, y lo único que hay y habrá entre nosotros es odio.

Viri asintió con decisión.

—Exacto.

Reeve sonrió y sus ojos plateados brillaron con picardía cuando dio otro paso hacia Viri. No llegó a rozarla, pero estaba tan cerca que la obligó a apoyarse contra la estantería para separarse de él.

—Aunque hay un problema... —murmuró Reeve en tono seductor, inclinando su rostro hacia ella hasta que su boca quedó a un suspiro —. A mí sí me ha gustado.

Viri se quedó callada al escuchar su confesión, pero Reeve no había terminado; se acercó aún más y, cuando sus labios susurraron contra los de ella, sintió cómo un traicionero escalofrío le atravesó toda la espalda.

—Miéntete a ti misma si quieres, sombrita, pero ambos sabemos que, la próxima vez que me pidas que te bese, será porque lo deseas tanto como yo.

Se bloqueó cuando un hormigueo la recorrió de arriba abajo, por lo que le fue casi imposible reunir el autocontrol que necesitaba para no inclinarse hacia Reeve y estampar sus labios contra los del segador. A pesar de lo que sentía, consiguió arreglárselas para decir:

—Eso nunca pasará.

—Ya veremos —respondió él tras soltar una carcajada aún pegado a sus labios.

Reeve le sostuvo la mirada mientras su boca se curvaba en una sonrisa cómplice hasta que se apartó de ella de forma repentina. Viri perdió el equilibrio y se tambaleó hacia delante, pero se agarró a tiempo para no caerse.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Reeve con seriedad mientras se alisaba las mangas, como si no acabaran de compartir un momento de lo más íntimo—. Hay que darse prisa y encontrar lo que buscamos antes de que nos pillen de verdad. —Miró a su alrededor, frunció el ceño y, después, escudriñó a Viri con la mirada —. La magia que sientes... Esa sensibilidad desarrollada que tienes..., ¿dirías que es fuerte?

Viri todavía estaba recuperando el equilibrio, y el aliento, después de lo que acababa de ocurrir entre ellos, tanto a nivel físico como verbal, pero logró negar con la cabeza y le respondió:

—No tengo nada con lo que compararlo, pero sé que no es normal.

—¿Te pasa solo con las tutelas?

—No, me pasa con todo lo que tenga élixen, pero sí que es cierto que las tutelas me afectan más.

Reeve la miró con más atención y dijo en un tono un tanto extraño:

—Tiene sentido. —Reeve se desprendió de sus pensamientos y volvió a centrarse en Viri—. Tengo una idea: si el mapa y el talismán siguen dentro del cofre protegido con tutelas y están escondidos en esta sala, deberías poder sentir su presencia y localizarlos.

—No puedo sentir nada —se quejó.

—Eso es porque todavía no te he contado cómo puedes hacerlo —contestó—. Cierra los ojos y confía en mí.

—No confío en...

—Sí confías. Ahora cállate y cierra los ojos.

Lo fulminó con la mirada.

—No me mandes a callar.

—Pues no me digas que no confías en mí después de haberme metido la lengua hasta la campanilla.

Viri sintió que le ardían las mejillas.

—Pensaba que habíamos acordado no volver a hablar de eso —bufó la cazadora.

—Yo no he acordado nada —exclamó Reeve—. Ahora cierra los ojos y concéntrate, a no ser que quieras que la magistrada nos encuentre. Algo que, por cierto, podría pasar en cualquier momento teniendo en cuenta el tiempo que llevamos aquí.

Viri no quería que Reeve se saliera con la suya, aunque fuera por principios, pero tenía razón al decir que ya iban muy a contrarreloj. Lo miró con cara de pocos amigos, cerró los ojos y exclamó en un

tono escéptico:

—Ahora, ¿qué?

Las palabras que le dedicó Reeve pillaron a Viri desprevenida.

—¿Recuerdas cuando éramos niños y tú, Brae y yo salíamos a la superficie los días despejados y cálidos para hundir los pies en la orilla del lago Mirtis?

—Reeve, ¿qué...? —murmuró con el estómago encogido.

—¿Te acuerdas o no?

—Claro que sí —respondió Viri, que seguía con los ojos cerrados y apretados—. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Cuando llegaba la primavera, había unas flores mágicas que crecían junto al lago, esas que eran moradas con el centro de color amarillo —la interrumpió—. Estabas obsesionada con esas flores y, cada vez que íbamos, agarrabas un puñado y nos obligabas a Brae y a mí a ponernos las coronas, los collares y las pulseras que hacías con ellas hasta que acabábamos cubiertos de savia pegajosa que se secaba en nuestra ropa como si fueran mocos.

En el rostro de Viri se dibujó una sonrisa agridulce.

—Maganolias. Y me siguen encantando.

—Quiero que pienses en ellas y que las visualices en tu mente —le ordenó en un tono calmado—. Piensa en cómo se cerraban por la noche, en cómo retraían sus pétalos para protegerse del exterior. Y, ahora, piensa en tu sensibilidad a la magia, en cómo la frenas para protegerte de lo que te hace sentir. ¿Ves el parecido?

Viri tragó saliva y asintió. No estaba reprimiendo la magia a posta, porque tampoco sabía cómo, pero sí que la había enterrado y trataba de ignorarla todo lo que podía cuando estaba rodeada de objetos mágicos o en zonas a rebosar de élixen, como las salas protegidas

con tutelas o los ascensores.

—Muy bien —siguió Reeve—. Ahora vuelve a pensar en las maganolias, pero, esta vez, visualízalas al amanecer, cuando desplegaban los pétalos de uno en uno y se abrían para darle la bienvenida a un nuevo día. Eso es lo que quiero que hagas: quiero que te imagines a ti misma abriéndote poco a poco, como una maganolia bajo los primeros rayos de sol, que expandas tus sentidos hacia afuera, que dejes ir cualquier miedo que tengas y que *solo* te quedes con la sensación del espacio que te rodea. No intentes centrarte en nada en particular; déjate llevar y trata de ver si hay algo llamándote.

Su voz era tan sosegada e hipnótica que fue haciendo lo que le decía sin pensar. Fue liberando cada atadura con la que, por puro instinto, hubiera limitado su desarrollada sensibilidad y dejó que fluyera y saliera sin límites, como si un río acabara de romper un muro de contención. Ahogó un grito al percibir una sensación de liberación y, al segundo, se angustió por lo poderoso e incontrolable que era todo lo que había en su interior. Sin embargo, no luchó por contenerlo, si no que siguió buscando y buscando hasta que lo encontró: el cosquilleo propio de una tutela cargada de élixen que había cerca, leve pero inconfundible.

Viri abrió los ojos de repente.

—El cofre —jadeó mientras reprimía la oleada de consciencia hasta que volvía a dejarla enterrada en su interior—. Está dos filas por encima de nosotros, a la izquierda.

Reeve le dedicó una sonrisa cargada de orgullo.

—Sabía que podías hacerlo.

Aunque no tenía mucho sentido, se sintió avergonzada y no le

respondió, sino que fue directa hacia donde creía que estaba el cofre esperándolos; y se encontraba justo donde había dicho, oculto a mitad del estante. La magia del linaje de su familia que protegía el antiguo cofre hizo que sintiera otro hormigueo de élixen que fue yendo a más conforme Viri se acercaba. Pero, al instante, se suavizó, como si la magia la hubiera reconocido. Como era de esperar, en cuanto Viri tocó el cierre del cofre, este se abrió sin problemas y dejó al descubierto los dos objetos que albergaba: un anillo de ónix que le resultaba bastante familiar y un trozo de pergamino en blanco que cobró vida en cuanto Viri lo tocó. De pronto, empezaron a aparecer líneas que se extendían desde el centro hasta formar un mapa que abarcaba todo el territorio de Isla Elverdine. Entonces se fijaron en una de las localizaciones, castillo Nevarnost, en la esquina superior izquierda.

—Lo hemos encontrado. —Viri suspiró y se giró hacia Reeve sin poder contener la amplia sonrisa de incredulidad que acababa de dibujarse en su cara.

—Te dije que existía —respondió con aire de superioridad mientras observaba una línea que salía de Aravell; una línea que se movió en sus narices, pero que siempre partía del sur de la ciudad, donde la necrópolis daba paso al bosque Mistwood. Reeve señaló el lugar con el dedo—. Ese es nuestro punto de partida.

En su interior, Viri sentía que estaba dando volteretas por lo que tendrían que hacer a continuación: deambular por el mortífero bosque hasta llegar al Guardián antes de que lo hiciera su hermano. No obstante, dejó a un lado sus inquietudes y se guardó el mapa en la capa mientras veía cómo Reeve agarraba el anillo y se lo tendía.

—Un talismán para la nebruma, tal y como esperábamos —espetó

el segador.

Al ver el anillo en la palma de Reeve, Viri se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar: era idéntico al que llevaba él puesto en su dedo corazón, hasta con las runas plateadas que tenía grabadas.

Viri entrecerró los ojos para observar con más detenimiento los dos anillos negros.

Justo cuando estaba a punto de pedirle una explicación, Reeve se le adelantó:

—Los magos ancestrales dejaron una colección de talismanes, ¿recuerdas? Pues este forma parte de esa *colección*. —Levantó el dedo corazón y lo movió con aire burlón—. Te dije que lo más probable era que Braedan hubiera localizado alguno de los otros... Bueno, digamos que mi confianza no era infundada. Mejor lo dejamos ahí.

Viri fulminó a Reeve aún más con la mirada al saber que, durante todo este tiempo, el segador había llevado puesto su propio talismán para protegerse de la nebruma, lo que significaba que lo más probable era que hubiera estado con Braedan cuando les entregaron los anillos a ambos.

—¿Cómo...? ¿*Dónde*...?

—No hay tiempo para preguntas —exclamó Reeve, colocándole el otro anillo en el dedo—. Toma. Así tú también estarás protegida de la nebruma.

—Pero...

—Tic-tac, tic-tac. Ya es la hora —la interrumpió con tono cantarín —. Mejor dejamos las preguntas para luego, ¿te parece?

Viri tuvo que morderse la lengua para no seguir discutiendo y se dijo a sí misma que podría preguntarle cómo, dónde y *por qué* tenía un anillo cuando ya hubieran conseguido salir sanos y salvos de la

Cumbre.

—Lo que tú digas —gruñó, andando a grandes zancadas en dirección a la puerta del almacén—. Salgamos de aquí.

Sin embargo, en cuanto Viri volvió a poner un pie en el despacho de Sarielle, se detuvo de forma repentina.

Porque se encontraron con alguien en mitad de la sala, vestida con un traje pantalón blanco y mirándolos boquiabierta y desconcertada.

Era la magistrada.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Quincuagésimo tercer sol. Decimotercer ciclo. Decimosegunda era.

El primero de los cometas Adastrum Devotis llegará esta noche y se llama Aurora. Su amado, Orión, la seguirá y aparecerá después, como ha hecho siempre, pero aún no he podido consultar mis cartas celestes para calcular la fecha de su llegada. Últimamente he estado algo... preocupado. O distraído.

Sobre todo por culpa de Tephryn.

Me había dicho a mí mismo que no podía caer rendido ante ella porque sabía que de ahí no saldría nada bueno.

Pero ha sido imposible.

Después de nuestro encuentro en la tetería que, según me dijo ella después, había sido nuestra primera cita, empecé a encontrármela por todas partes. Por un momento, pensé que verla fuera donde fuera y de forma constante no era más que una agradable coincidencia. Hasta que, un día, Tephryn se rio, puso los ojos en blanco y murmuró en voz baja que había tardado mucho en darme cuenta y, después, me besó. En ese momento, aunque de forma tardía, me di cuenta de que habíamos estado coqueteando. Bueno, más bien había coqueteado ella conmigo, porque yo no me percaté hasta que me lo dijo.

Zeranthe jamás me ha soltado tantos «te lo dije» seguidos como en esa ocasión. Ya era bastante arrogante para ser una dragona, pero ahora es casi insoportable. Sin embargo, me he dado cuenta de que me importa

menos de lo que me habría importado en otro momento. Porque Tephryn...

Nadie me ha mirado nunca de la forma en la que me miran sus ojos, como si yo, cada noche, invocara a las estrellas una a una y las hiciera brillar en el cielo para ella.

~~Y eso me hace sentir~~

~~Ella me hace sentir~~

Me ha dicho que está enamorada de mí. Que se enamoró en cuanto me vio hace ya unos meses, caminando por la plaza de la ciudad con la nariz enterrada en un libro y ajeno a las burlas de los otros magos. Le gustaba que no me preocupara lo que pensaran de mí y de mi magia. Le gustaba que mi pasión fuera ayudar a los someros a pesar de que los demás magos me ridiculizaran por ello. Le gustaba <u>yo</u>.

Y resulta que ella me gusta a mí.

Puede que incluso la quiera.

No. <u>Sí</u> que la quiero.

Y justo ese es mi problema.

Porque un corazón dividido es un corazón desleal.

Tengo un cometido, un propósito. Soy el Padre Mago y debo cumplir con el juramento que hice al elegir mi camino celestial, el de servir a mi comunidad de someros. Pero lo cierto es que últimamente no he sido fiel a mi palabra. No porque no lo haya intentado, sino por los obeliscos.

La semana pasada tuvo lugar el equinoccio de primavera. Debería haber sido un evento poderoso en el que los someros acabaran aturdidos de élixen. Sin embargo, al no poder contar con la magia del Canal Sagrado para acrecentar mi ritual, solo pude invocar una pequeña parte

de lo que solía conseguir antes de que construyeran los obeliscos.

Los someros del continente están habituados a recibir ofrendas insignificantes y, por eso, la gran mayoría han dejado de asistir a los rituales de los eventos celestes. Los habitantes de Isla Elverdine, en cambio, se han acostumbrado a recibir un aluvión de magia gracias a mí. Y ahora...

No he podido volver a ofrecerles tales cantidades de magia en ninguna de mis últimas ceremonias.

Pero lo haré.

Y les he hecho una promesa: le he dicho al magistrado Garrin que sé cómo arreglarlo, que tanto él como el resto de los someros pueden confiar en mí. Y no les he mentido; he averiguado cómo, y es gracias a los cometas Adastrum Devotis. Aurora llegará esta noche y su poder celestial solo es comparable al de su amado, Orión.

Hace semanas que sé que necesito un milagro para poder superar la magia de anulación de los obeliscos.

Y ese milagro es el cometa Aurora.

A Tephryn no le va a gustar, pero no puedo permitir que eso me detenga.

Mis someros lo necesitan con desesperación. Y *yo* también.

Un corazón dividido es un corazón desleal.

Pero, para esto, solo tengo un corazón.

22

A Viri se le vino una retahíla de maldiciones a la cabeza cuando vio a su tutora, que la miraba atónita con los ojos como platos, y una oleada de pánico amenazó con ahogarla.

—Esto no es lo que parece —soltó Viri de repente. Sin embargo, se estremeció porque sí que era lo que parecía. Los habían pillado a Reeve y a ella con las manos en la masa dentro del despacho de la magistrada; era un hecho imposible de negar.

Viri no tenía muy claro qué esperaba que ocurriera a continuación, aunque había una parte de ella que estaba segura de que Sarielle no tendría más remedio que seguir el protocolo y llamar a los guardias de la Nox.

Por eso se sorprendió tanto cuando su tutora no lo hizo.

En cambio, al salir de su estupor, se fue directa hacia Viri y la abrazó con fuerza contra su cuerpo.

—Por todos los Sabios... No sabes lo preocupada que estaba —le susurró Sarielle en el oído.

Viri sintió que le flaquearon las piernas del alivio.

—No sabes cuánto lo siento... No quería que nos encontraras aquí. Sé que esto te pone en una situación bastante comprometida.

—Eso no importa —respondió Sarielle al apartarse. Sus ojos azules se clavaron en Reeve y todos los músculos de su cara se tensaron al darse cuenta de quién era, y *qué*, pero volvió a girar la cabeza hacia

Viri—. Te está buscando todo el mundo. El capitán Farrow ha desplegado a todos sus guardias; la mitad está buscando a los niños y la otra mitad, a ti.

Viri puso mala cara, pero acabó diciéndole:

—No creo que nos encuentren donde vamos.

Esa era una de las ventajas de adentrarse en el mortífero bosque, que no los seguirían.

Sarielle le sostuvo la mirada unos segundos.

—No voy a decirte que no hagas lo que sea que vayas a hacer. No soy tan estúpida —murmuró la magistrada—. Igual que confío en que, si estás aquí con él, es por un motivo justificado.

Sarielle volvió a observar a Reeve con detenimiento y, esta vez, Viri también se giró para mirarlo. El segador estaba tenso y rígido como una roca, y su rostro no reflejó emoción alguna cuando le dedicó una mirada inquebrantable a la magistrada. Gracias a los Sabios, Viri no percibió ni un ápice de la supuesta aversión que sentía hacia su tutora, pero sí que se dio cuenta de que no se sentía cómodo en su presencia. Sin embargo, no le sorprendió lo más mínimo al caer en la cuenta de quiénes eran: la mano derecha del Padre Segador y la líder de mayor cargo de la ciudad, que, anteriormente, había sido cazadora. Dos personas tan opuestas que era imposible que coincidieran en algo.

Excepto el lugar en el que estaban en ese momento.

—Claro que lo hay —afirmó Viri—. Anoche me dijiste que estabas dispuesta a pagar cualquier precio con tal de encontrar al Padre Segador. —Señaló con la barbilla a Reeve—. Pues este es el precio que hay que pagar para conseguirlo. No tengo tiempo para explicártelo, pero te prometo que todo lo que estoy haciendo es con

el único objetivo de detenerlo.

Sarielle frunció los labios, como si estuviera conteniéndose por no decirle que no era eso a lo que se refería, pero, después, suspiró.

—No sé lo que tendrás planeado hacer, pero ten mucho cuidado.

—Siempre. —Viri sabía que eso era lo que necesitaba escuchar su tutora y rezó por poder cumplir con su palabra.

La mujer estaba a punto de decir algo; tal vez, quería empezar preguntándoles qué hacían ella y Reeve allí. Sin embargo, el sonido de alguien llamando a la puerta la interrumpió. Antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, Meera entró al despacho con la vista puesta en unos papeles que tenía en la mano y diciendo:

—*En la reunión, nos hemos olvidado de...*

La jefa del Gremio de Cazadores se detuvo de golpe al ver a Viri y a Reeve, y el desconcierto eclipsó el resto de las expresiones de su oscuro rostro.

Viri tenía el corazón en un puño, pero no solo por la inesperada llegada de su mentora, sino porque, detrás de ella, aparecieron dos guardias de la Nox.

Una rápida mirada bastó para que los guardias los reconocieran y ambos se pusieron en posición de ataque al mismo tiempo. Viri se dio cuenta entonces de que, si querían salir de allí, Reeve y ella tendrían que enfrentarse a ellos.

Pero, una vez más, se equivocó.

Porque Meera lanzó los papeles por los aires, se abalanzó sobre los guardias de la Nox para detenerlos y, en menos de cuatro movimientos, hizo que los dos acabaran en el suelo, inconscientes.

Sus ojos verde jade atravesaron a Viri y su voz mental sonó de lo más brusca cuando le advirtió:

—*Tienes cinco segundos antes de que dé la alarma, así que aprovéchalos.* —Meera la fulminó con la mirada—. *Y no hagas que me arrepienta.*

Viri se sintió agradecida por la oportunidad que le estaba dando su mentora y por la confianza que estaba depositando en ella sin tan siquiera exigirle respuestas.

—Gracias —murmuró.

—*Nada, me basta con que hables bien de mí en mi funeral. Quizás pueda aceptar que estés siguiendo un plan a medias para salvar a esos niños, pero Darik me va a matar cuando se entere de que te he dejado escapar* —exclamó sin rodeos y, después, hizo un gesto hacia la puerta—. *Ahora, marchaos. Y ya puedes ir mentalizándote de que tendrás que hacer el informe más largo de tu vida cuando acabe todo este entuerto.*

Viri asintió y no pudo contener las ganas de darle un rápido abrazo a su mentora. Jamás se había sentido tan agradecida de que Meera tuviera corazón de cazadora y estuviera dispuesta a saltarse las normas, y las leyes, para hacer lo correcto. O, en este caso, para que Viri pudiera hacerlo.

Había mucha información que había averiguado y que le habría encantado compartir con Meera y Sarielle, como lo de los cometas, el sacrificio y el plan de destruir los obeliscos, al igual que habría deseado tener un momento para asegurarse de que Sarielle sabía lo que había pasado con Jessalyn y tranquilizarla diciéndole que Soren ya había salido en su búsqueda. No obstante, cada minuto que Viri se retrasara, era un minuto que Braedan ganaba para llegar antes hasta el Guardián y condenarlos a todos. De modo que, aunque le costó, se obligó a ir hacia la puerta; justo cuando estaba a punto de salir, se dio la vuelta y le tiró un beso a Sarielle, que hizo como que lo atrapaba en el aire y se lo llevó al corazón.

Eso fue lo último que Viri vio cuando Reeve y ella salieron corriendo del despacho. Fueron aumentando la velocidad de sus pasos hasta que pasaron prácticamente corriendo por el escritorio de Galen, que seguía vació, y se encaminaron hacia las puertas de cristal. En ese momento, había personas arremolinadas por todas partes, concejales y líderes de distintos gremios que acababan de terminar la reunión, y todos estallaron en gritos al reconocer a Viri y a Reeve pasando junto a ellos; tampoco pudieron evitar llamar la atención de otros dos guardias de la Nox que estaban custodiando en la puerta y que, con casi total probabilidad, serían compañeros de los guardias a los que Meera había dejado fuera de combate.

Viri maldijo en voz alta cuando los guardias empezaron a perseguirlos y les gritaron que se detuvieran. Se obligó a correr lo más rápido que le permitían sus piernas hacia la salida, con el corazón martillándole en el pecho y Reeve pisándole los talones. Ambos avanzaron a toda velocidad por el túnel del interior de la montaña que atravesaba la Cumbre sin perder de vista el sendal mientras los gritos de los guardias resonaban sin cesar tras ellos.

Pero Viri y Reeve eran muy rápidos y su desesperación los empujaba con fuerza, así que, tras subir el ritmo durante los últimos metros, consiguieron atravesar el arco de piedra mágica. Viri iba delante y los guio hasta el Distrito Mercantil, que seguía abarrotado de gente. Se detuvo un segundo hasta que Reeve apareció tras ella y, después, le agarró y volvieron a cruzar el sendal con la esperanza de que alguno de los atareados clientes activara el portal justo después; de este modo, los guardias de la Nox no podrían seguirlos hasta su destino real: el sendal que había más al sur de la alterra.

En cuanto Viri salió por el arco, los deslumbrantes rayos del sol le

cegaron la vista y se le escapó una leve mueca de dolor. La llegada de Reeve no fue tan dramática, aunque no tardó en tapar los destellos del sol con la mano mientras tanto él como Viri trataban de recuperar el aliento después de la frenética carrera.

Qué poco ha faltado, pensó Viri; si hubieran tardado unos segundos más, los guardias de la Nox los habrían atrapado. Si no hubiera sido por lo comprensiva que había sido Sarielle y porque Meera los ayudó a escapar...

No quería pensar en lo que podría haber pasado si los tiempos o las circunstancias hubieran sido distintas.

—Creo que no quiero volver a hacer algo así —exclamó Reeve, jadeando y moviendo los hombros para destensar los músculos.

—Ya somos dos —murmuró Viri, que dio por hecho que el segador estaba hablando de la persecución de la Nox, aunque, en realidad, podía estar refiriéndose a cualquier otra cosa de todo lo que había pasado en la Cumbre, a todo lo que habían hecho...

Sabía de sobra que habría consecuencias, pero ya lidiaría con ellas cuando llegara el momento. Ahora debía centrarse en la misión que tenían por delante; eso era lo único que importaba.

Viri respiró hondo para terminar de recuperar la compostura y miró a su alrededor para orientarse. Observó las extensas tierras de cultivo que se desplegaban hacia el este, con los animales a salvo tras las tutelas, y los antiguos mausoleos blancos que asomaban entre los árboles escarpados por el oeste. Pero había algo más, algo que se encontraba entre la zona de las granjas y la necrópolis, algo que se alzaba alto e imponente bajo los rayos del sol.

El obelisco del sur.

Sintió un escalofrío al verlo de lejos cuando se le vino a la mente la

última vez que había estado tan cerca de la afilada piedra de obsidiana que superaba en altura a cualquier otro edificio de la ciudad. Aunque hubieran pasado siete años, el recuerdo de la tragedia que aconteció el día de su ceremonia de concesión seguía tan reciente que se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que apartar la mirada de inmediato.

—Por aquí —dijo Viri con voz ronca, eludiendo la mirada de Reeve cuando se encaminó hacia el oeste, en dirección a la necrópolis. Sacó el mapa para asegurarse de que el sendero mágico empezaba en la linde más alejada del antiguo cementerio.

Reeve, que iba andando junto a ella, apartó la mirada y clavó los ojos en el sombrío obelisco.

—¿Quieres hablar de...? —preguntó Reeve titubeante.

—No —respondió en tono cortante. El segador era la última persona con la que quería hablar de lo que pasó aquel día.

Este no le insistió; parecía que tampoco estaba por la labor de sacar el tema, aunque a Viri no le sorprendió teniendo en cuenta las decisiones que había tomado tras la muerte de sus padres.

Viri sintió cómo, de pronto, el dolor y la rabia brotaron en su interior. Casi podía saborearlos, como si le hubieran dejado un regusto amargo y metálico. No soportó mirar a Reeve cuando atravesaron las columnas de la entrada a la necrópolis; necesitaba espacio, necesitaba *distanciarse de él*, y odiaba que ninguna de esas opciones fuera factible hasta que detuvieran a su hermano y sus caminos volvieran a separarse.

La cazadora enterró las uñas en las palmas de sus manos y el escozor le ayudó a volver en sí y a dejar las emociones y los recuerdos a un lado. Cuando por fin venció la necesidad de

arremeter contra Reeve, se permitió mirar a su alrededor; sus botas crujieron sobre las rocas y la tierra conforme avanzaban a toda prisa a través de la necrópolis, que estaba sumida en un inquietante silencio.

Había pasado más de diez años desde la última vez que Viri estuvo allí, pero todo cuanto la rodeaba seguía haciendo que se le erizara la piel. El sol apenas se abría paso entre las tortuosas copas de los árboles, que creaban sombras que a menudo se confundían con espíritus errantes. Ese lugar, que antes se conocía como la Ciudad de las Tumbas, era un vasto cementerio que albergaba toda clase de panteones, criptas y catacumbas, tanto por encima como por debajo de la tierra, y todo estaba tallado con una inmaculada piedra blanca. Algunas de las estructuras eran tan antiguas que ahora se habían convertido en monumentos derruidos, algunos tan grandes como una casa y otros formados por pequeñas lápidas que incluso se podían saltar. En el corazón del camposanto se encontraba una imponente catedral sobre una loma cubierta de hierba por la que, según decían, vagaban los fantasmas de los magos ancestrales.

A Viri no le daban miedo los fantasmas, pero, aun así, no pudo evitar que un escalofrío le atravesara la columna cuando pasaron junto a las puertas oxidadas al pie de la colina baja; la catedral blanca y su imponente pináculo que se elevaban hacia el cielo hacían que parecieran sacados de una pesadilla. De hecho, casi juraría haber escuchado gritos que venían del interior, como si los lamentos de los difuntos magos ancestrales se colaran por las puertas, instándoles a que entraran. Viri seguía con los vellos de punta, pero apretó los dientes para frenar el miedo que la invadió y se repitió a sí misma que lo más probable era que se tratara de una combinación del

crujido de las ramas, el silbido del viento y el espeluznante ambiente en el que se sumía la necrópolis.

—Odio este sitio —murmuró Reeve, que reprimió un escalofrío cuando observaron la aterradora catedral—. Mi padre me contaba que ahí dentro enterraban vivas a las personas; la llamaba la tumba blanca. Y decía que todo aquel que se atrevía a cruzar sus puertas, jamás salía. —En sus labios se dibujó una sonrisa de melancolía—. Estoy seguro de que solo quería asustarme para que no me diera por explorar, porque era muy supersticioso y pensaría que podría molestar a los muertos o acabar maldito o algo similar.

A Viri le pilló por sorpresa que Reeve hablara de su padre, ya que apenas lo había mencionado cuando se conocieron de niños.

—Los padres les cuentan a sus hijos toda clase de historias para que no les dé por deambular por cualquier sitio —dijo Viri—. Y no solo por guardarles respeto a los muertos, sino porque este lugar está muy pegado a Mistwood. —Señaló los árboles que los rodeaban, que iban multiplicándose conforme se acercaban al final de la necrópolis; ahí terminaba la protección de las tutelas del obelisco del sur—. Con solo poner un pie en la nebruma, estás acabado. Y no hay nada que pueda salvarte si te expones a ella.

—Nada, salvo una magalía —exclamó Reeve con ironía tras recordarle la leyenda del Guardián y su supuesto antepasado que había revivido después de morir.

—Sigo sin terminar de creerme que eso pudiera pasar —contestó, rodeando una escalera medio derrumbada que llevaba a una cripta situada bajo tierra.

Reeve se encogió de hombros, pero el gesto pareció un poco forzado.

—Podremos preguntárselo más pronto que tarde.

La idea ya le parecía bastante surrealista de por sí, pero provocó que Viri sacara el mapa otra vez tras rebasar los últimos mausoleos blancos y acercarse a un conjunto de puertas oxidadas de hierro parecidas a las que había en la catedral; una delgada barrera que separaba la necrópolis del mortífero bosque que había más allá.

—Dijiste que el mapa nos mostraría el camino más rápido para llegar al Guardián. —Viri se detuvo un instante para examinar la cambiante línea y la siguió con el dedo hasta llegar al castillo Nevarnost—. Pero, aun así, me da la sensación de que tardaremos días en llegar. Con la ventaja que nos saca Braedan, es imposible que...

—Tengo una teoría —la interrumpió Reeve antes de que empezara a divagar sobre el poco tiempo que les quedaba—. Aunque, si te digo la verdad, no podemos comprobarlo hasta que estemos ya en Mistwood.

—¿A qué te refieres?

Sin darle una respuesta, abrió las envejecidas puertas y le hizo un gesto a Viri para que se adentrara primero entre los abundantes árboles del bosque. No había señales de la nebruma, pero ella sabía que no quedaría muy lejos después de haber dejado atrás la protección de las tutelas.

—Tú primero —exclamó Viri antes de que sus ojos observaran con recelo su anillo de ónix. Se negaba a reconocer lo nerviosa que se sentía por estar a punto de confiar ciegamente en la magia ancestral para garantizar su seguridad.

Al percatarse de la actitud de Viri, Reeve no le insistió.

—No te separes de mí —ordenó, andando hacia la puerta—. Tu

talismán ha estado mucho tiempo sin usarse y puede que la magia se haya debilitado después de tantos años.

Viri sintió como si se le hubiera parado el corazón.

—¿Y si es así?

—Los tres cazadores de la leyenda llevaban un único talismán, así que supongo que, mientras no te salgas de mi rango de protección… —Reeve tocó su anillo con runas plateadas—. No te pasará nada.

—¿Y hasta dónde abarca ese rango? —preguntó, siguiendo al segador y penetrando en el bosque.

—Mejor no averiguarlo —respondió sin rodeos.

Viri se estremeció y se pegó tanto a Reeve que sus brazos se rozaban conforme iban avanzando; no quería arriesgarse a separarse de él y que le pasara algo. Entonces la cazadora señaló el mapa que llevaba doblado en la mano.

—Vale, ya estamos en Mistwood. ¿Cuál es tu teoría?

Los ojos de Reeve se clavaron en el camino que seguía hacia delante.

—Aún no nos hemos adentrado lo suficiente, pero nos queda poco.

Viri siguió la trayectoria de su mirada y respiró con brusquedad al observar el tenebroso vapor que acababa de aparecer de la nada y que sumía el bosque en una nube negra que se colaba entre los árboles y que flotaba ligeramente por las copas de estos. Todos los nervios de su cuerpo y su instinto de supervivencia la empujaban a retroceder hasta volver a estar bajo la protección de las tutelas, pero se contuvo y siguió pegada a Reeve. Estaban a escasos metros de la letal nebruma.

Cuando solo le quedaban unos pasos, no pudo evitar agarrar la mano del chico y apretársela hasta casi dejársela magullada.

—Reeve, te juro que como te equivoques con lo de los talismanes... —La angustia que invadió a Viri impidió que terminara la frase.

Reeve la miró de reojo con aire divertido.

—Pensaba que ya no había problemas de confianza entre nosotros después de que te tiraras encima de mí.

—Yo no me *tiré* encima de... —respondió indignada.

—A ver, tampoco me sorprendió —siguió diciendo Reeve—. Lo primero que hiciste cuando me viste en la Críptula la semana pasada fue desnudarme con la mirada...

Viri sintió que le ardía la cara.

—Yo *no*...

—… y es más que evidente que has estado pensando en mí sin parar desde entonces...

—Te puedo *asegurar* que yo no...

—… así que solo era cuestión de tiempo que te dejaras llevar por tus ardientes deseos. —Reeve le guiñó un ojo—. No es una queja, ¿eh? De hecho, por mí, repetimos cuando quieras.

Viri no podía *creer* lo que estaba escuchando.

—Yo... Tú... —Se quedó callada cuando, de pronto, observó lo que había a su alrededor; estaban atravesando la neblina y ni siquiera se había dado cuenta. La nebruma flotaba sobre ellos y, aun así, estaban a salvo, protegidos por una especie de escudo invisible que los hacía parecer como si fueran andando dentro de una burbuja.

Se giró despacio hacia Reeve y se encontró con la sonrisa de satisfacción que acababan de dibujar sus labios.

—De nada —respondió el segador sin más.

Había una parte de Viri que quería arrancarle el anillo del dedo y arrojarlo a la neblina, pero, por otra, le dieron ganas de abrazarlo por

haberla distraído de sus propios miedos hasta el punto de que dejaran de tener sentido. Decidió no dejarse llevar por una parte ni por otra y repitió la pregunta que le había hecho antes.

—¿Cuál es tu teoría del mapa?

El chico se rio entre dientes al percatarse de su intento de ignorar todo lo que le había dicho, pero decidió no insistirle más y le respondió:

—Vuelve a abrirlo. Si estoy en lo cierto, el camino habrá cambiado de forma radical.

Viri se lo pensó un momento. Necesitaba las dos manos para abrir el mapa, pero no estaba segura de si la barrera mágica desaparecería al soltar la mano de Reeve, sobre todo si la única protección con la que contaban era con la de su anillo.

Reeve, que advirtió lo inquieta que estaba, suavizó el rostro, aunque ella no supo identificar qué le transmitió su mirada, pero le habló en un tono delicado cuando dijo:

—¿En serio crees que voy a permitir que te pase algo? Conmigo estás a salvo, sombrita. Siempre.

Viri sintió que le flaquearon las piernas al escuchar las palabras de Reeve y, después, le temblaron aún más cuando, con mucho cuidado, el segador fue desenredando sus dedos. A la cazadora se le dispararon las pulsaciones, pero la nebruma seguía sin tocarlos, por lo que el escudo protector de los talismanes funcionaba a pesar de no estar agarrados de la mano.

—¿Puedo soltar ahora un «te lo dije»? —preguntó Reeve con una sonrisa burlona mientras le daba un golpecito al anillo de Viri.

—La arrogancia no es nada atractiva —espetó ella tras darle un manotazo.

—Para ti creo que sí —respondió ensanchando la sonrisa.

Viri se negó a morder el anzuelo otra vez porque sabía que eso solo serviría para agrandar su ego, de modo que se centró en desplegar el mapa. Con el ceño fruncido, observó la línea que atravesaba Mistwood y que ahora apuntaba hacia el oeste, en lugar de dirigirse hacia el norte en dirección al castillo.

—¿Qué significa esto? —exclamó Viri al detenerse de golpe.

Al examinar el mapa, Reeve pareció satisfecho.

—Bien, bien. Yo tenía razón.

—¿Tenías razón en *qué*?

—Mi teoría. —Señaló la línea del mapa—. Sabemos que el mapa nos muestra la ruta más directa hacia el Guardián, pero eso no significa que tengamos que hacer todo el recorrido hasta llegar allí.

—¿Cómo? ¿Qué quieres...?

—La historia que nos contaron tus padres —la interrumpió—. Nunca llegué a entender cómo se las arregló el marido para atravesar todo el bosque si, tal y como narraba la leyenda, estaba tan débil. Aunque su mujer y su amigo lo ayudaran, el trayecto habría sido imposible para cualquiera cuya vida pendiera de un hilo. Una vez se lo pregunté a tu madre porque me interesaban algunos detalles que no se contaban en la historia, y lo que hizo fue sonreírme y decir: «Todo es posible con magia».

Viri sintió una punzada en el pecho porque ella misma había oído a su madre decir esas palabras en más de una ocasión y siempre las decía en un discreto susurro, como si le estuviera contando un secreto.

—Por aquel entonces, nunca me había parado a pensarlo —siguió diciendo Reeve—, y me limitaba a disfrutar de la intriga de la

historia. Pero, cuando Brae y yo encontramos el mapa, y sobre todo últimamente, he estado reflexionando sobre otras posibilidades existentes y he llegado a una conclusión bastante obvia.

—¿Y esa conclusión es...? —insistió.

Reeve volvió a señalar el final de la línea con el dedo.

—Aquí hay un sendal; o al menos algo parecido que puede llevarnos directos hasta el castillo. *Así es* como vamos a conseguir llegar antes que Braedan. Él llevará días atrapado caminando en círculos, pero nosotros no tendremos más que recorrer una parte del camino y acabaremos trasladándonos al otro lado.

Viri escudriñó el mapa con la mirada.

—Me parece una teoría bastante disparatada.

—Es posible —reconoció—. Pero, desde mi punto de vista, tenemos dos opciones. Podemos hacer lo mismo que Braedan e intentamos encontrar el camino que lleve hasta el Guardián. —Señaló la esquina noroeste del mapa y los kilómetros de bosque que se extendían entre ellos y el castillo Nevarnost—. O, por el contrario, podemos seguir el sendero mágico con la esperanza de que mi intuición no me falle y que haya un sendal al final.

—No me gustan ninguna de esas opciones —espetó Viri antes de suspirar y tomar una decisión—. Aunque intentemos encontrar el camino por nuestra cuenta, Braedan seguirá sacándonos una ventaja de días. Tenemos que seguir el mapa. —Empezó a andar otra vez con la mirada fija en la línea que se movía sin cesar en el pergamino cuando murmuró—: Esperemos no estar cometiendo una estupidez y que nuestros talismanes no se gasten antes de que hayamos terminado.

—Por muchos talismanes que tengamos, la nebruma no es el único

peligro que esconde el bosque —señaló, observando con atención los densos árboles—. De hecho, en la escala de peligros, creo que estaría bastante abajo.

Viri le dio una patada a una roca que se encontró en el camino.

—¿De qué estás hablando?

—¿Nunca has escuchado la antigua nana *Cuidado con el bosque*?

Esas cuatro palabras despertaron un recuerdo que estaba enterrado en la mente de Viri y le sacaron una repentina sonrisa.

—Por todos los Sabios, qué recuerdos... La cantaba tanto que tenía a toda mi familia loca.

No le costó acordarse de los dos sencillos versos y los recitó en voz baja:

Cuidado con el bosque.
Cuidado con la neblina.
Cuidado con los peligros
que acechan en cada esquina.

Cuidado con las bestias
que ocultan sus caminos.
Cuidado con el bosque…
O enfréntate a tu destino.

—Ahora voy a tener todo el día la canción en la cabeza —murmuró Viri cuando terminó, aunque la única culpable era ella misma por haberla cantado.

—Si va a servir para que estés más alerta, entonces me parece bien —exclamó Reeve, que seguía escudriñando los árboles del bosque—. Estamos a salvo de la nebruma. —Se tocó el anillo—. Pero este bosque es antiguo, tanto como la isla en sí. No sabemos qué clase de

amenazas pueden estar merodeando entre las sombras.

Viri sintió un escalofrío, pero respondió:

—No hay ser con vida que pueda sobrevivir a la nebruma.

—No que conozcamos —la corrigió Reeve—. Pero esa nana habrá salido de alguna parte y, dado que se hace mención a «las bestias», lo mejor será que tomemos nota de la advertencia. Mantente alerta, sombrita. Es lo único que te pido.

23

Estuvieron horas caminando sin parar a través del tupido bosque y sus talismanes los iban protegiendo de la nebruma y la convertían en una simple niebla oscura, a pesar de que fuera una nube mortal y amenazante por la que no podían colarse ni los rayos del sol.

Viri no tardó en olvidarse de que la nebruma estaba ahí, pero fue porque iba distraída por las maravillas que albergaba Mistwood. Había pasado toda su infancia escuchando historias sobre las rarezas que escondía, sobre cómo los árboles se movían de un sitio a otro, brotaban de la nada o desaparecían como si se los hubiera tragado la tierra. Había oído hablar de arroyos que cambiaban de dirección a su antojo y de riachuelos que se convertían en torrentes incesantes o que se secaban por completo. Ni siquiera podía fiarse del suelo, que se transformaba bajo sus pies y pasaba de ser una tierra firme a musgo resbaladizo o barro que llegaba hasta las rodillas; y todo eso con solo dar unos pasos.

Aunque hubiera escuchado toda clase de habladurías sobre el bosque, era muy distinto estar viéndolo con sus propios ojos y se dejó cautivar por la magia salvaje que los rodeaba; incluso se olvidó del hormigueo que recorría todo su cuerpo a causa del élixen que casi se respiraba en el ambiente.

Sin embargo, Viri sabía que el cosquilleo de su piel no se debía solo

al élixen. Hubo un momento en el que, de repente, apareció un arbusto repleto de espinas alrededor de ellos y, aunque tuvieron cuidado al intentar escapar de sus ramas, fue inevitable que acabaran llenos de cortes y arañazos. Después, la mullida tierra se transformó en un montón de rocas sueltas y afiladas como dagas que eran imposibles de atravesar sin caerse, y Viri acabó con las manos y las rodillas tan raspadas que tuvo que untarse la pomada curativa de Wynter. Más adelante, brotaron de la nada unas ramas que los golpearon con fuerza; unas enredaderas se enroscaron en sus tobillos y se tropezaron contra otro montón de rocas duras; unas ortigas se quedaron pegadas a su piel y les provocó una quemazón incesante. Mistwood era despiadado y su magia era tan original como cruel. Y, aun así, a pesar de todos los males que les provocó, Viri seguía asombrada con el poder del bosque. Y con su belleza: colores llamativos que se veían incluso tras la nebruma, aguas cristalinas y una brisa fresca y agradable. Era como ir abriéndose paso por un cuento de hadas y, con cada paso, descubría un nuevo deleite para la vista.

Más o menos a mitad de la tarde, llegaron a una parte del bosque que daba a un pequeño claro en el que destacaban unas flores silvestres y la ausencia de nebruma. Viri había empezado a darse cuenta de que la niebla iba y venía, como las mareas; en algunas ocasiones, la neblina era tan concentrada que apenas se podía ver qué había más allá y, otras, no había ni rastro de ella. Aun así, incluso en los momentos de más claridad, Viri no bajaba la guardia y no se alejaba de Reeve ni de la protección de su anillo, ya que sabía que la nebruma podía volver en cualquier momento.

—Vamos a descansar un poco —dijo Reeve señalando con la

cabeza un tronco caído que había junto al pintoresco claro—. No creo que pase nada por parar unos minutos.

Sin embargo, Viri sabía que sí que *podía* pasar, aunque no pensó solo en Braedan, sino en Jessalyn y el resto de los niños desaparecidos. Pero estaba cansada, le dolían los pies y notaba todas las partes de su cuerpo resentidas después de haberse tropezado y caído más veces de las que podía contar por los cambios repentinos y bruscos del bosque; si era sincera consigo misma, agradecía tomarse un breve respiro. Le hubiera gustado encontrar por sorpresa un arroyo para quitarse todo el barro y la suciedad del bosque, pero parecía que el hermoso claro no tenía intención alguna de cambiar.

—Ojalá nos hubiéramos acordado de traer algo de comida —exclamó Viri, sentándose en un tronco y dejando escapar un suspiro de alivio.

—Y hemos traído —respondió Reeve, dejándose caer junto a ella. Levantó el brazo y, en un abrir y cerrar de ojos, apareció entre sus manos una bolsa de papel. Se la tendió a Viri y, un segundo después, sacó una segunda bolsa que se quedó para él—. Jonas me los dio cuando nos trajo el desayuno. Come.

Viri miró las bolsas boquiabierta y, después, a Reeve.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿*Dónde*...?

—Es un bolsillo mágico —explicó Reeve, que entendía el asombro de Viri, aunque no le hubieran salido las palabras—. Es como una especie de almacén intangible, como un sitio en el que puedes guardar cosas, pero no hace falta que las lleves contigo. —Sacó un rollito de semillas de su bolsa de papel y le dio un bocado, ignorando lo atónita que seguía Viri después de su despreocupada demostración de magia.

Aunque seguía un poco aturdida, Viri sacó su rollito y vio que chorreaba mermelada de fresa; era una elección un poco extraña, pero le rugía tanto el estómago que no estaba para ponerse exquisita. Ambos comieron en silencio y bebieron de las cantimploras que venían con la comida. Viri estuvo todo el tiempo intentando mantener la calma mientras su mente la presionaba y saltaba una y otra vez de su hermano a Jessalyn y a los cometas; y lo consiguió, porque sabía que sucumbir a sus miedos no le traería nada bueno.

Cuando terminaron de comer, y en el caso de Viri, de lamerse la mermelada de los dedos pegajosos, Reeve lo hizo desaparecer todo al meterlo en el bolsillo mágico y, después, empezó a sacar más cosas.

—Quería darte esto antes. —Le tendió a Viri una daga que le resultaba familiar; era con la que había apuñalado a la segadora la noche anterior—. Ardin tuvo que volver al callejón para encargarse de los cuerpos después de dejar a los niños en sus casas. Pensó que te gustaría recuperarla.

—La había dado por perdida —exclamó en tono de sorpresa mientras se guardaba la daga en la bota. Las otras dos las llevaba bien enfundadas en el cinturón.

—Se pasó por el apartamento de Jonas cuando estábamos durmiendo —explicó Reeve conforme iba sacando más armas del bolsillo mágico: su espada negra, que se colocó en la espalda, y un juego de dagas que se ató a la cintura—. Jonas dijo que Ardin quería que supiéramos que Sage, Soren y él habían encontrado el rastro de Jessalyn y que, con suerte, no tardarían en dar con ella y con los otros tres niños. Y supongo que eso los guiará hasta donde estén todos los demás.

Viri sintió un alivio enorme ante de la idea de que Soren pudiera encontrar a su hermana pronto y, tal vez, al resto de los niños. La vorágine de sentimientos que la invadió hizo que le temblara la voz.

—Son buenas noticias.

—Al parecer eligió unas palabras bastante peculiares para hablar de Soren —añadió Reeve en tono divertido—. Jonas no supo decirme si Ardin lo odia o ya está medio enamorado de él.

A Viri se le escapó una sonrisa.

—Sor tiene su propio encanto. Parece que ni los segadores se le resisten.

—Pobre Ardin —exclamó Reeve riéndose.

—¿Cuál es su historia? —preguntó al ponerse de pie y sacudirse la tierra y las ramitas de la ropa—. Y la de Sage y Jonas. —Estaba dispuesta a aprender todo lo que pudiera sobre los segadores con los que, por suerte o por desgracia, había acabado aliándose—. ¿Os conocéis desde hace mucho? ¿Qué pasó para que decidieran dejar de extraer élixen de los niños y hacerlo entre ellos?

—¿Wynter te habló de eso?

—Sí —afirmó Viri—. También me dijo que le caes de maravilla. No creo que su opinión sea del todo válida, pero tenías razón: nunca llegó a tener su ceremonia de concesión, así que esa es la menor de sus preocupaciones.

Reeve volvió a reírse y se levantó del tronco. Viri iba siguiendo el mapa y Reeve fue tras ella, por lo que ambos volvieron a caminar entre flores silvestres y la nebruma que cubría los árboles.

—Para poder contestarte bien, primero tengo que explicarte por qué se convirtieron en segadores y, sintiéndolo mucho, creo que eso no me corresponde a mí. Pero sí que *puedo* contarte que tuvieron

ciertos remordimientos después de hacerlo y, como no lo soportaban, decidieron hacer las cosas de otra manera.

Viri lo miró mientras sus pies chapoteaban sobre un arroyo fangoso que acababa de aparecer ante ellos.

—¿Por eso dejaste de extraer élixen? ¿Por los remordimientos?

—Mi caso es distinto —respondió Reeve esquivando su pregunta —. La primera vez que extraje élixen no sentí esa necesidad de volver a hacerlo, que es lo que suele ocurrirles a los demás segadores. Una vez que lo prueban, no son capaces de vencer su sed de élixen y sus cuerpos empiezan a depender de recibir una dosis con cierta regularidad. Sin embargo, si practican, no tienen por qué volver a extraer élixen directamente de la «fuente», por así decirlo.

—Con «fuente» te refieres a los niños.

—En su mayoría —contestó, esquivando el arroyo y andando sobre las piedrecitas de la ribera.

—¿En su mayoría? —repitió Viri.

—Como bien sabes, los segadores también pueden extraer élixen de los adultos.

Viri borró la imagen que se le vino a la mente de sus padres muertos.

—Pero, aun así, no suponen una tentación, porque los adultos no tienen bastante élixen como para que les merezca la pena tomarse tantas molestias.

—La *mayoría* de los adultos —la corrigió Reeve, agachándose para pasar por debajo de una rama que acababa de brotar de la nada—. Aunque no sea lo habitual, hay más gente como Wynter y como yo, personas de más de catorce años que se arriesgaron a consumirse y que no han tenido su concesión. Casi todos son someros, no magos,

pero hasta ellos tienen más élixen que los que se lo entregaron a los obeliscos. Y los pocos que tenemos el mismo poder que lo magos contamos con bastante más élixen que los demás, incluso que los niños, así que, en realidad, somos la mayor tentación. Podrían darse un festín con nosotros, por decirlo de alguna manera.

A Viri se le revolvió el estómago con solo pensar en que alguien pudiera extraer élixen de Wynter.

—También somos más difíciles de matar que los niños —siguió contándole Reeve, como si sus palabras fueran un consuelo—. Tardan mucho más en dejarnos secos de élixen y solemos tener la capacidad de controlar nuestra magia, así que podemos enfrentarnos a ellos. De modo que sí, si hablamos de «fuentes» frescas de élixen, técnicamente contamos.

Viri dejó escapar una mueca y, en parte, deseó *no* haberle preguntado al respecto. Necesitaba sustituir la idea que se arremolinaba en su cabeza. Necesitaba pensar en algo para opacar el miedo de que a Wynter pudiera pasarle algo si alguien acababa averiguando su secreto, así que volvió a rescatar la conversación que había quedado a medias.

—Antes no respondiste en condiciones a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —exclamó Reeve justo cuando la tierra cambió bajo sus pies y brotaron unas hierbas exuberantes que se alzaron por encima de sus cabezas.

—La de los remordimientos —contestó tras apartar los enormes tallos con las manos.

—¿Qué pasa?

Al ver qué Reeve estaba intentando no responderle, lo agarró del brazo y lo obligó a detenerse en mitad de la crecida hierba.

—Has dicho que todos tus amigos tenían remordimientos por las decisiones que tomaron en el pasado. ¿Y tú qué? ¿Te arrepientes de lo que hiciste hace años? —Para que no hubiera lugar a confusiones, añadió—: La chica a la que mataste y de la que extrajiste élixen. ¿Te arrepientes de eso?

De pronto, una tormenta de emociones asoló el rostro de Reeve, que tenía la mirada clavaba en Viri. Hasta ahora, no se había dado cuenta de lo importante que era para ella que el chico dijera lo que llevaba tanto queriendo escuchar: que se odiaba por lo que había hecho y que, día tras día, lamentaba la decisión que había tomado, que desearía volver atrás para no extraer élixen de nadie y para no *arrebatar ninguna vida*. Viri notaba cómo el corazón le retumbaba en los oídos mientras esperaba cualquier indicio de que, debajo del monstruo en el que se había convertido Reeve, aún quedaba algo de su bondad, que había una pequeña posibilidad de que volviera a ser el chico al que tanto había querido años atrás.

Sin embargo, cuando el segador respondió, las duras palabras que salieron de lo más profundo de su ser estaban cargadas de dolor y, aun así, eran tan brutales como honestas.

—No, no me arrepiento de haber extraído élixen de ella.

Viri cerró los ojos y le dio la espalda. No pudo evitar preguntarse por qué sentía la necesidad de que su respuesta hubiera sido distinta; de dónde venía esa *esperanza*.

—Viri... —susurró Reeve tratando de alcanzarla.

—Sigamos —dijo en tono brusco, ignorando el tacto de su piel y con la voz cargada de decepción.

Reeve no intentó darle una explicación ni se defendió, como si supiera que, hiciera lo que hiciera, sería en vano. De modo que se

limitó a seguir andando a través de la hierba, aparentemente ajeno al estallido del corazón roto de Viri.

O, más bien, como si no le importara.



Siguieron recorriendo el camino durante una, dos y tres horas más. Todo cuanto los rodeaba en el bosque iba cambiando de forma constante y, al poco, se percataron de que cada vez había menos luz; el sol de la tarde había ido atenuándose a medida que el cielo empezó a oscurecerse sobre las copas de los árboles. Viri sintió un pellizco en el pecho solo de pensar en tener que pasar la noche en Mistwood, pero se esforzó por ignorarlo y se centró en comprobar una y otra vez el mapa para asegurarse de que el final del sendero mágico estaba cada vez más cerca. Si todo iba según lo previsto y la teoría de Reeve era correcta, encontrarían el sendal y llegarían al castillo del Guardián antes de que se hiciera de noche. Y si no...

No, exclamó Viri para sus adentros conforme enterraba sus preocupaciones antes de que se apoderaran de ella. No ganaría nada dándole vueltas a algo que no había pasado todavía. O, como solía decir su padre: «Un problema no es un problema hasta que es un problema». De hecho, sintió que tenía otra energía al pensar en positivo y aferrarse a la esperanza de que todo iría bien, en lugar de dejarse arrastrar por la negatividad y alimentar sus miedos más aún.

Para dejar de obsesionarse con lo que pasaría o dejaría de pasar cuando llegaran al final del camino, centró toda su atención en sus pies y en dónde pisaba, ya que el bosque se iba volviendo más traicionero conforme anochecía y tanto las raíces ocultas como las rocas hacían que fuera trastabillando cada vez más.

Estaba cansada, dolorida y sedienta, y estuvo a punto de proponerle a Reeve que se tomaran un breve descanso para beber agua cuando los árboles que tenían delante se apartaron y revelaron otro claro lleno de flores silvestres; era más pequeño que el anterior, pero en el centro descansaba un sinuoso arroyo. No había niebla alguna a la vista y toda la zona estaba bañada por los colores del atardecer: naranjas, rosas y morados que cubrían todo como si fuera un sedoso y cálido velo. Era tan bonito y transmitía tanta paz que Viri lo observó maravillada.

Hasta que, de pronto, escuchó un sonido, algo que se le susurró al oído.

—*Cuidado con el bosque...*

Se giró deprisa, pero a su lado solo estaba Reeve, que la miraba con las cejas arqueadas, como preguntándole qué le pasaba.

—*Cuidado con la neblina...*

Esta vez, escuchó el susurro en su otra oreja y miró hacia ese lado, pero seguía sin ver a nadie.

—*Cuidado con los peligros...*

—¿Has oído eso? —exclamó Viri.

—*… que acechan en cada esquina.*

—¿Oír qué? —respondió Reeve.

Esta vez, la voz sonó más fuerte, como si un eco la envolviera.

—*Cuidado con las bestias...*

—¡Eso! —gritó Viri con las pulsaciones disparadas—. Es la nana de la que hablamos. Por favor, dime que tú también la oyes.

—*Que ocultan sus caminos...*

Reeve, que seguía a su lado, se puso tenso.

—Yo no oigo nada.

—*Cuidado con el bosque...*

Viri sintió cómo se le pusieron de punta todos los vellos del cuerpo cuando la voz susurró el último verso en su oído.

—*… o enfréntate a tu destino.*

En cuanto terminó la canción, todo se sumió en un estremecedor silencio en el que solo se escuchaba la respiración agitada de Viri. Observó con atención el claro, buscando alguna señal que le indicara que no estaban solos, aunque sabía que era imposible. Estaban en el corazón del bosque, en las profundidades de Mistwood. Nadie podía...

Ahogó un grito cuando vio algo moverse al otro lado de los árboles, como si una figura emergiera de entre las sombras. No tardó en darse cuenta de que no eran imaginaciones suyas cuando vio que Reeve se quedó petrificado a su lado y se llevó las manos a las dagas.

Sin embargo, no le hacían falta las armas.

Porque la figura no pertenecía a ninguna criatura de la nebruma, sino a una persona.

Y una persona a la que *conocía*.

Viri notó como todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se quedaron paralizados por la mezcla de aturdimiento y asombro al ver a la chica que se acercaba con pasos lentos hacia ellos. Parecía sana y feliz; iba con una capa blanca y la acompañaban sus rizos rubios como la arena tan alborotados como siempre y unos ojos marrones que brillaban con malicia.

—Jessalyn —murmuró Viri—. ¿Qué...? *¿Cómo es...?*

Antes de que pudiera terminar la pregunta, se le escapó una especie de sollozo, aunque en su rostro también se dibujó una sonrisa, y avanzó a toda prisa hacia la hermana de Soren,

desesperada por abrazarla. El alivio que sentía era tan abrumador que no le importaba cómo Jessy había conseguido escapar de los segadores y abrirse paso a través del letal bosque. Ya obtendría las respuestas a esas preguntas más tarde; ahora, lo único que necesitaba era abrazar a la chica y comprobar por sí misma que estaba sana y salva.

Sin embargo, antes de que Viri pudiera dar otro paso, Reeve la envolvió con sus brazos por la espalda y tiró de ella hacia atrás.

—No, Viri. *Para*.

Algo en la voz de Reeve hizo que Viri se detuviera de inmediato; era la primera vez que escuchaba al segador hablarle con angustia y miedo.

—Reeve, ¿qué...?

—Esa no es Jessalyn —respondió tajante sin soltarla, como si temiera que volviera a salir corriendo hacia la chica.

—¿Cómo que no? ¡Claro que es ella! —Viri intentó zafarse de los brazos de Reeve, pero la tenía agarrada con tanta fuerza que era imposible que lo consiguiera—. ¡Suéltam...!

La cazadora ni siquiera terminó la palabra cuando los labios de Jessy se separaron para revelar una amplia sonrisa que dejaba su boca al descubierto.

Al ver las tres filas de dientes afilados como cuchillas, Viri se abrazó a Reeve. Por un momento, sintió que se ahogaba a causa de la grotesca imagen, y lo habría hecho si Jessalyn no hubiera estado en plena transformación. Su capa blanca se convirtió en unos harapos negros que la cubrían de pies a cabeza y que solo dejaban sus manos a la vista, unas manos con unos dedos pálidos y tan largos que las uñas parecían garras. De pronto, el tono gris enfermizo que adoptó

su rostro dejó claro que esa criatura no era Jessalyn. Aun así, lo peor eran sus ojos, que parecían unos pozos de color escarlata que brillaban bajo la sombría capucha y que hicieron que a Viri se le helaran hasta los huesos.

Reeve maldijo en voz alta y soltó a Viri para desenfundar su espada. Cuando la figura empezó a deslizarse con pasos lentos hacia ellos como si fuera el mismísimo fantasma de la muerte, el segador exclamó:

—Es un espectro.

No era posible; los espectros habían abandonado la isla muchísimos años atrás junto con los magos y las demás criaturas mágicas. No obstante, Viri no podía negar lo que estaban viendo sus ojos en ese momento. Mientras buscaba sus dagas a tientas, intentó hacer memoria de todo lo que sabía de los espectros, pero sus conocimientos se limitaban a lo que Wynter le contó cuando le estuvo curando a Reeve el veneno de la armaligna: los espectros atacan al cuerpo, a la mente y al espíritu. No obstante, Viri acababa de descubrir que también eran unos cambiaformas y sintió una mezcla de asfixia y alivio porque la Jessalyn real no estuviera cerca de la amenazante bestia que tenían delante.

—*¿Estás preparada para enfrentarte a tu destino, Hija de la Muerte?*

La voz era la misma que Viri había escuchado susurrando la nana en su oído unos instantes antes, pero, en cuanto miró a Reeve, se percató de que ahora él también la escuchaba.

—Prepárate —le advirtió el chico, empuñando su arma.

Viri hizo lo mismo con sus dagas, ya que sabía que su fílux no le sería de utilidad en una situación así; cualquier criatura capaz de sobrevivir a la nebruma carecía por completo de élixen. Cuando el

espectro se desprendió de la forma de Jessy, Viri se dio cuenta de que ni siquiera tenía un cuerpo físico, aunque, según lo que aprendió del veneno de la armaligna, sí que podía sangrar. O, al menos, esa era la teoría.

Con el corazón retumbando contra su pecho, Viri adoptó una postura defensiva, aunque su parte más ingenua albergaba la esperanza de que el espectro no tuviera la intención de atacarlos. No tenía ni idea de cuál era su naturaleza; tal vez, si Reeve y ella no lo atacaban, acabaría yéndose por su cuenta.

Sin embargo, todas sus esperanzas se esfumaron en cuanto la bestia dejó de arrastrarse y se lanzó hacia ellos de forma repentina, abriendo las garras a tal velocidad que pareció cortar el aire. Viri se agachó y Reeve saltó hacia un lado y atacó hacia delante con su espada, pero la hoja pasó a través del espectro como si nada y solo se escuchó el movimiento de los harapos como si los hubiera agitado una brisa.

En tan solo unos segundos, se vieron envueltos por una tenebrosa risa.

—*Vas a tener que esforzarte un poco más, Hijo de las Sombras.*

Reeve volvió a asestar un golpe con la espada y, esta vez, Viri se levantó para ayudarlo y arrojó una de sus dagas justo a la cabeza encapuchada del espectro. La daga debería haberse quedado clavada entre sus ojos escarlata, pero, al igual que la espada de Reeve, no hizo más que atravesar el intangible cuerpo de la criatura.

Después de soltar otra risa lúgubre, el espectro alargó la mano y apuntó con uno de sus alargados y afilados dedos hacia el pecho de Viri, que sintió como si acabaran de sacarle todo el aire de los pulmones. Empezó a jadear y a dar espasmos, pero, por mucho que

intentara respirar, no había manera de que le llegara el aire; tenía la garganta cerrada y sentía que se ahogaba, aunque no hubiera nada físico que le impidiera respirar. Sabía que no era real, que se trataba de un truco mental del espectro, pero no tenía ni idea de cómo defenderse frente a lo que estaba viviendo y el pánico se fue apoderando de ella conforme se llevaba las manos al cuello.

No podía respirar...

No podía respirar...

Hasta que Reeve lanzó una oleada de élixen que hizo que el espectro saliera despedido a través del claro y su grito iracundo resonó a su alrededor mientras se desvanecía entre los árboles más alejados. A Viri no le preocupó lo más mínimo el escalofriante chillido de la criatura porque, por fin, consiguió recuperar el aliento. Tosió y balbuceó varias veces, y sus pulmones parecieron gritar del alivio posterior al dolor.

Reeve apareció a su lado en un abrir y cerrar de ojos; parecía tan asustado como lo había estado ella unos segundos antes.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho?

—Sí, estoy bien —respondió Viri entre jadeos—. ¿Lo has matado?

El segador negó con la cabeza.

—No se puede matar a un espectro. He conseguido aturdirlo, pero puede volver en cualquier momento. —Reeve le tendió la mano a Viri—. ¿Puedes correr?

Antes de que pudiera responderle, el espectro volvió a aparecer entre los árboles y se apresuró hacia ellos como si fuera una sombra furiosa, con los brazos levantados y los ojos escarlata prometiéndoles venganza.

—¡Vamos! —gritó Viri agarrando la mano de Reeve y corriendo a

toda velocidad hacia el bosque. Era bastante complicado correr agarrada al segador, pero no quería arriesgarse a salirse de las protecciones de su talismán cuando llegaron a la zona desprotegida donde la nebruma volvía a cubrirlo todo.

Corrieron sin parar, con el aire golpeándoles la cara conforme se abrían paso a través de árboles y rocas, saltando sobre arroyos y troncos caídos. El espectro los perseguía de cerca y sus chillidos eran tan agudos que Viri sentía que le estaban clavando puñales en los oídos. Hubo un momento en el que los gritos se volvieron tan desagradables que empezó a sangrarle la nariz y fue entonces cuando Reeve alargó la mano que tenía libre y le lanzó otra ráfaga de élixen al espectro. Consiguieron ganar algo de ventaja, pero, a los pocos segundos, la criatura retomó su persecución y fue fundiéndose con la negrura de la niebla y el crepúsculo que se cernía sobre ellos con rapidez. El espectro parecía estar en todas partes y en ningún sitio a la vez, acechando en cada esquina y pisándoles los talones.

—No... podemos... correr... eternamente —exclamó Viri con la respiración entrecortada mientras seguían huyendo a través del oscuro bosque; los pulmones le ardían y se notaba los músculos sobrecargados. Era un milagro que ninguno de los dos se hubiera tropezado, como si Mistwood supiera que estaban en un apuro y estuviera intentando ayudarlos.

—Tenemos que llegar al sendal. —Reeve también se estaba quedando sin aliento y tenía la mano de Viri tan apretada que tenía miedo de aplastarle los huesos.

Viri esperaba que Reeve estuviera en lo cierto y que *de verdad* hubiera un sendal esperándolos un poco más adelante. Era casi imposible que leyera el mapa mientras corrían a una velocidad

vertiginosa, por no hablar de que ya casi era de noche, pero *parecía* que se estaban acercando al final del camino mágico.

—Ya... casi... hemos... llegado...

La cazadora se calló cuando, tras atravesar un matorral de ramas frondosas, encontraron un pequeño templo abandonado en mitad de un estanque cubierto de nenúfares. La estructura era muy antigua y estaba hecha de una piedra nacarada que emitía destellos dorados, lo que le daba una aspecto acogedor e imponente al mismo tiempo. No había ningún sendal a la vista, pero Viri tenía la corazonada de que ese era el lugar al que los había guiado el mapa, de modo que avanzó a grandes zancadas con Reeve, chapoteando en el estanque, y subieron los escalones. Fue al llegar arriba cuando se dieron cuenta de que ya no escuchaban los gritos del espectro; había dejado de perseguirlos.

—*Cuidado con el bosque. Cuidado con la roca. Cuidado con la bestia. Que afrontó su derrota.* —El desconocido verso que cantó el espectro resonó a su alrededor—. *Cuidado con el lago. Su espacio sagrado. Cuidado al descender... O jamás serás salvado.* —De pronto, se escuchó una inquietante risa—. *Adiós, Hija de la Muerte e Hijo de las Sombras. Al contrario que vosotros, yo no me atrevo a pisar donde no soy bienvenido.*

Tras esas palabras, el espectro dejó escapar una última y horripilante carcajada y voló de vuelta al bosque para, después, desaparecer entre los árboles.

—Mmmm... —Viri sentía como el corazón le latía a toda fuerza tras la carrera, pero se le había juntado con la escalofriante sensación que le habían provocado las palabras de despedida del espectro.

—Seguro que no son más que juegos mentales —afirmó Reeve, a pesar de que parecía tan intranquilo como Viri. Le apretó la mano

con suavidad para tranquilizarla y su tacto la reconfortó más de lo que debería, por lo que le soltó la mano casi de inmediato.

Viri le echó un vistazo rápido al mapa, pero estaba tan oscuro que tuvo que situarse bajo la poca luz del creciente crepúsculo para confirmar que estaban a escasos pasos del final del sendero mágico.

—Debería estar aquí —dijo conforme se guardaba el pergamino y se adentraba en el templo—. Vamos a buscar...

Un repentino y ensordecedor estruendo la interrumpió cuando el suelo que los rodeaba se movió, igual que en el bosque. Sin embargo, esta vez no se transformó, sino que se desprendió y desveló un abismo de oscuridad justo debajo de ellos.

Viri ni siquiera pudo gritar justo antes de que cayeran y las sombras se los tragaran.

24

Viri y Reeve cayeron en picado, y cayeron, y cayeron, a través de la más completa y absoluta oscuridad. La fuerza del viento hizo que Viri diera vueltas en el aire; Reeve estaba en algún lugar a su izquierda, descendiendo a la misma velocidad vertiginosa, pero no lo sabía porque lo hubiera visto, sino porque lo escuchó gritar su nombre en mitad de la nada. Y ella quiso gritarle a él, pero tenía un nudo en la garganta que impedía que le saliera la voz; esta vez no era consecuencia de los trucos mentales del espectro, sino del auténtico pánico que la invadió al notar cómo caían a toda velocidad y hacia lo más profundo del subsuelo.

Y entonces la oscuridad se disipó conforme descendían por una caverna; era un espacio amplio e iluminado por un brillante musgo azul que cubría las paredes llenas de rocas y que se reflejaba en la superficie cristalina de un inmenso lago subterráneo.

Viri tuvo apenas un segundo para llenar los pulmones de aire y prepararse para el impacto antes de caer al agua. Notó todos los músculos entumecidos del cuerpo por la caída y, al segundo, sintió que apenas podía moverse por la paralizante y gélida temperatura del agua. Nadó hacia la superficie y sacó la cabeza del agua dando una violenta bocanada.

—*¡Reeve!* —lo llamó mirando a su alrededor con desesperación—. *¡REEVE!*

Escuchó el sonido de un chapoteo a su derecha justo cuando Reeve salió a la superficie tosiendo el agua que había tragado del lago y gritando su nombre.

—*¡VIRI!*

—¡Estoy aquí!

Reeve se giró en su dirección y fue nadando hasta ella; el resplandor azul del musgo iluminó sus facciones teñidas de preocupación.

—¿Estás...?

—Estoy b-bien —respondió Viri al instante con los dientes castañeándole mientras se mantenía a flote—. Un p-poco dolorida y h-helada, pero viva. ¿Y t-tú?

—Igual. —Reeve señaló un cúmulo de rocas que descansaban en un estrecho islote a poca distancia de ellos—. Tenemos que salir del agua. Creo que he visto la orilla cuando estábamos cayendo, pero necesito echar un vistazo para ubicarme.

Viri se puso a nadar de inmediato en dirección a las rocas y, para cuando las alcanzó, sintió como si le estuvieran clavando alfileres y agujas en todas las extremidades, por lo que le costó más de la cuenta agarrarse a la resbaladiza piedra y subirse encima. Gracias a la ayuda de Reeve, consiguió salir del lago, pero no pudo reprimir el temblor que le recorrió todo el cuerpo. El islote sobre el que estaban de pie era igual de ancho que lo que medían ellos de alto.

—Por todos los Sabios, pareces un cadáver —exclamó Reeve mientras se secaba la cara, aunque era inútil porque tenía el pelo empapado, y observó alarmado cómo Viri temblaba sin parar.

—E-eso es j-justo lo que c-cualquier ch-chica quiere oír —espetó Viri con los labios morados del frío.

Antes de que pudiera impedírselo, Reeve recorrió la poca distancia que los separaba y presionó la palma de la mano contra el pecho de Viri, justo encima de su corazón. Ella dio un paso hacia atrás y estuvo a punto de resbalarse por las rocas, pero Reeve pasó el otro brazo por su cintura para que no se cayera.

—Tranquila, que no estoy intentando nada raro —dijo, guiñándole un ojo—. Aunque no prometo no hacerlo luego.

Viri tenía tanto frío que ni siquiera podía sonrojarse, aunque puso los ojos en blanco y trató de volver a apartarse de él.

Sin embargo, Reeve no la soltó, sino que arrugó la frente cuando se concentró en su magia.

—Puede que sientas algo extraño.

Esas fueron sus palabras de advertencia antes de que notara cómo se calentaba la mano del segador y hacía que la magia fluyera a través de ella, partiendo de su pecho y extendiéndose por los brazos y las piernas; el poder de Reeve la descongeló desde dentro hacia fuera. Viri dejó escapar un leve gemido cuando desapareció hasta el último rastro de frío y los temblores dejaron paso a una sensación de calidez que la invadió de pies a cabeza.

—¿Mejor? —preguntó Reeve, colocándole un mechón mojado detrás de la oreja justo antes de soltarla.

Viri se tragó todo lo que sus amables y atentas acciones le hicieron sentir y se alisó la capa, que seguía empapada.

—¿Tanta magia y no puedes secarme la ropa? Menudo mago todopoderoso...

Reeve dejó escapar una risita.

—De nada, ¿eh? —El chico señaló el lago que los rodeaba—. Todavía tenemos que nadar un poco más. Mi magia tiene un coste,

pero puedo secarnos a los dos cuando salgamos de aquí.

Viri se avergonzó por su actitud y se sintió una completa desagradecida.

—¿Qué tipo de coste?

Los labios de Reeve se curvaron hacia arriba y sus ojos la miraron con ternura.

—Uno que merece la pena pagar.

Esta vez no hubo frío que impidiera que a la cazadora se le encendieran las mejillas, pero agradeció que la neblina azul que cubría cada rincón lo disimulara. Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Dónde está la orilla que has visto antes?

Reeve se dio la vuelta con cuidado sobre la base de rocas, escudriñó la caverna con atención y, por fin, señaló un punto que Viri alcanzó a ver.

—Allí está la orilla y parece que hay luz natural un poco más allá, así que podría ser la salida. —Reeve calculó la distancia—. Creo que se puede llegar nadando sin problemas. ¿Te ves capaz de nadar sin convertirte en un cubito de hielo?

Su pregunta tenía un toque de ironía, pero Viri respondió en tono serio cuando notó el pellizco del estómago ante la mera idea de tener que volver a meterse en el gélido lago.

—Sí, puedo hacerlo, siempre y cuando estés dispuesto a volver a calentarme cuando lleguemos a la orilla.

En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que había cometido un terrible error, y así se lo confirmó la sonrisa pícara que se dibujó en el rostro de Reeve.

—Yo te calentaré siempre que quieras, Viridia Solace. —Su sonrisa se ensanchó aún más y su voz grave estaba cargada de intenciones y

promesas—. Y sin magia, si es necesario.

Viri sintió que le ardían las mejillas, pero se negó a que Reeve se diera cuenta de todo lo que sus palabras le provocaban.

—Créeme, lo único que me interesa de ti es tu magia.

—Vaya, por fin reconoces que estás interesada en mí. Vamos progresando.

—Eso no es lo que quería... —Viri se calló de repente y lo fulminó con la mirada.

—Cuidado. —Le tocó la frente con un dedo—. Dicen que, si los vientos cambian, te quedarás así para siempre.

Ella lo apartó de un manotazo.

—Eres insoportable.

—Si lo que quieres decir es insoportablemente guapo, entonces sí, lo soy. También soy insoportablemente encantador, insoportablemente paciente, insoportablemente leal, insoportablemente...

—Egocéntrico —exclamó Viri interrumpiéndolo.

—Creo que la palabra que buscas es «seguro», y sí, también soy así. Reconócelo: es una de las cosas que más te gustan de mí.

—A mí no me gusta nada de ti.

—Esa mentira no te la crees ni tú. Lo que pasó en la Cumbre es una prueba irrefutable de que te gusta mi...

Le tapó la boca con la mano para que no terminara la frase. Los ojos plateados del segador brillaron con un fulgor etéreo bajo la luz azul y no se esforzó por ocultar que se estaba divirtiendo. Hasta que Viri se dio cuenta de lo que estaba pasando y lo soltó para decirle:

—Estás intentando distraerme.

—¿Con qué intención? —exclamó, ladeando la cabeza.

—Con la de engatusarme porque sabes que no quiero volver a meterme en el agua congelada.

—A lo mejor soy *yo* quien no quiere meterse en el agua congelada. Solo uno de los dos tiene manos mágicas. —Reeve movió las cejas con aire sugerente y Viri resopló una vez más.

—A no ser que tus manos mágicas puedan invocar una barca o sacar una del bolsillo especial ese, más nos vale terminar con esto de una vez. —Viri se giró sobre la estrecha roca y se preparó para zambullirse en el lago, pero no se atrevió a saltar.

Al ver la indecisión de la cazadora, Reeve le dijo:

—¿Te acuerdas del último verano que pasamos juntos antes de...? —Se calló un segundo, hizo una mueca y volvió a ponerse serio—. Te habías propuesto derrotarnos a Brae y a mí nadando por la desembocadura entre el lago Mirtis y el río Mort. Nos obligaste a atravesarlo nadando unas cien veces hasta que, por fin, nos ganaste.

Viri sonrió con nostalgia.

—Y, después de eso, os obligué a cruzarlo a nado cien veces más para demostrar que podía seguir ganando.

—Y lo hiciste, todas y cada una de las veces —respondió en tono de orgullo—. Veamos si tienes lo que hay que tener. —Reeve señaló la orilla—. ¿Una carrerita?

Viri hizo como si se lo estuviera pensando, aunque ambos sabían que iba a nadar lo más rápido posible para salir cuanto antes del gélido lago.

—¿Qué consigo si gano?

—Que mis manos mágicas te calienten —respondió sonriéndole de nuevo con aire juguetón.

—¿Y si ganas tú? —exclamó Viri tras dejar escapar una risa de

incredulidad.

Sus ojos centellearon cuando repitió:

—Que mis manos mágicas te calienten. Con eso gano yo también.

La chica se mordió la mejilla para reprimir otra sonrisa.

—Antes te esforzabas un poco más para elegir las recompensas.

—Puede que ahora sepa lo que quiero.

Era imposible que Viri no supiera a qué se estaba refiriendo y, por un momento, sintió que se le paró el corazón, pero no tenía tiempo para deleitarse con sus palabras o recordarse a sí misma todo lo que era Reeve: un segador, un monstruo, un asesino.

—¿A la de tres? —dijo Reeve.

Viri asintió y dio las gracias por haber podido ignorar lo que Reeve acababa de decirle, así como los sentimientos contradictorios que despertaba el segador en ella.

—Uno —contó Reeve al inclinarse hacia delante, preparado para saltar.

—Dos —exclamó Viri, imitando el movimiento de Reeve y sufriendo ya por el frío que estaba a punto de pasar.

—Tr...

Reeve no pudo terminar de contar porque algo grande y negro salió del agua y se abalanzó sobre él para, después, hundirlo con violencia en el lago.

Viri lo llamó porque no tenía ni idea de lo que acababa de pasar y el chico salió a la superficie chapoteando, tosiendo y maldiciendo en voz alta.

—*¿Qué demonios ha sido...?*

Antes de que pudiera acabar la frase, volvió a desaparecer bajo el agua, como si algo tirara de él hacia abajo. Viri notó el corazón

retumbándole en los oídos cuando barrió las profundidades con la mirada, pero el resplandor azul apenas iluminaba la superficie.

—¡REEVE! —gritó Viri, desenvainando una de sus dagas—. *¡REEVE!*

Justo cuando entrevió un destello bajo el agua y sintió el cosquilleo del élixen, se dio cuenta de que Reeve estaba luchando contra lo que fuera que lo hubiera hundido en el agua. El segador reapareció al instante, pero, esta vez, cuando salió a la superficie, no estaba solo. Algo lo envolvía, una especie de tentáculo negro que lo sacó del agua y lo alzó en el aire...

Y, entonces, lo lanzó contra las rocas y su cuerpo emitió un escalofriante *crujido*.

A Viri se le revolvió el estómago al escucharlo y, después, la invadió una oleada de náuseas cuando se fijó en el hombro de Reeve, que estaba doblado en un ángulo antinatural, y en la sangre que empezó a brotar de su sien; sus ojos reflejaban lo aturdido y mareado que estaba por el fuerte golpe que se había dado en la cabeza. Eso fue todo lo que vio antes de que el tentáculo volviera a levantarlo, pero, ahora, del agua asomó una parte del cuerpo de la criatura; un monstruo negro con unos incandescentes ojos naranjas y tantos tentáculos que era imposible contarlos todos.

«Cuidado con el bosque. Cuidado con la roca. Cuidado con la bestia. Que afrontó su derrota». A Viri se le vinieron a la mente los últimos versos que cantó el espectro. *«Cuidado con el lago. Su espacio sagrado. Cuidado al descender... O jamás serás salvado».*

Entendió entonces la advertencia del espectro: la caída desde el templo de piedra hacia el lago. *Ese* era el motivo por el que el espectro había dejado de perseguirlos, lo que se ocultaba tras la

grotesca sonrisa que les dedicó antes de desaparecer.

El pánico se apoderó de Viri al ver cómo el monstruo del lago volvía a hundir a Reeve en el agua, pero, esta vez, el tentáculo estaba rodeando sus brazos, de modo que no tenía forma de sacar sus armas. Aun así, aunque pudiera alcanzarlas, no habría podido usarlas porque apenas estaba consciente tras el golpe que le había dado contra las rocas como si fuera una muñeca de trapo. La única que podía luchar porque Reeve sobreviviera era ella; por él y por sí misma.

La vida del chico pendía de un hilo, así que Viri, sin pararse a pensar, se sacó un frasco de vigoricitrus de la capa y se tomó la poción cítrica. Sintió como si una descarga recorriera todas las terminaciones nerviosas conforme la adrenalina se fue extendiendo por su cuerpo; cuando la bestia apareció de nuevo un instante después, Viri se alarmó al ver el cuerpo inerte de Reeve, pero no dudó ni un segundo. Tenía una daga en la mano derecha, así que desenvainó la segunda y última daga que llevaba, ya que la tercera se la había arrojado al espectro. Saltó de la roca gritando hasta que le ardieron los pulmones y ni se inmutó al caer a las aguas gélidas gracias a la potente poción de Wynter.

Tuvo buena puntería y consiguió aterrizar sobre uno de los viscosos tentáculos del monstruo y, en un abrir y cerrar de ojos, lo apuñaló con las dos dagas a la vez. Viri observó la correosa herida abierta y, de pronto, empezó a brotar una grasienta sangre negra que hizo que le escocieran las manos cuando la salpicó. Sin embargo, lo que le puso la piel de gallina fue el infame chillido que emitió la bestia.

Antes estaba enfadada.

Pero, ahora, estaba *furiosa*.

Fue entonces cuando Viri se aferró con todas sus fuerzas al tentáculo mientras este se retorcía y se sacudía sin parar, lanzándola por los aires y sumergiéndola bajo el agua una y otra vez, y otra y *otra*. Al momento, apareció un segundo tentáculo que intentó darle un golpe para que se soltara y un tercero trató de envolverla, como el que tenía atrapado a Reeve, pero siguió apuñalando a la bestia con violencia porque sabía que, si se daba por vencida, ni ella ni Reeve saldrían con vida de la caverna.

—*¡REEVE!* —gritó cuando vio aparecer el cuerpo del segador fuera del agua.

Al escucharla, los párpados de Reeve se movieron, por lo que supo que seguía vivo y que estaba haciendo todo lo posible por no perder el conocimiento. Algo en la voz de la cazadora hizo que el segador lanzara un torrente de élixen, pero, en lugar de usarlo para liberarse del agarre de la bestia, apuntó a un tentáculo que iba directo hacia Viri. El monstruo aulló de dolor y, al segundo, Reeve abrió la boca como si le faltara el aire cuando la criatura estrechó su cuerpo sin piedad alguna. Después, se le pusieron los ojos en blanco y el tentáculo que lo agarraba volvió a hundirlo bajo el agua. Sin embargo, esta vez, no volvió a salir a la superficie.

—*¡NO!* —chilló Viri.

Tenía que hacer algo si no quería que Reeve se ahogara.

Dejó escapar un gruñido por el esfuerzo y se arrastró por el tentáculo a horcajadas, agarrándose con los muslos y luchando contra el resto de las extremidades del monstruo con sus dagas, que no dejaban de sumergirla en el lago una y otra vez para librarse de ella. Pero no pensaba soltarse; no *podía* soltarse. Seguía sin ver el

tentáculo que tenía a Reeve y, si estaba inconsciente debajo del agua...

El miedo amenazó con apoderarse de Viri, pero logró dejarlo a un lado y se abrió paso a través de todo lo que trataba de detenerla, a pesar del escozor de la sangre negra que se adhería a su piel. Siguió avanzando por el tentáculo hasta que, por fin, llegó a la parte que estaba unida al cuerpo de la gigantesca criatura.

Sus dagas eran demasiado pequeñas como para hacerle daño; era como apuñalar a un dragón con un alfiler. Aun así, envainó una de sus armas y desenrolló el fílux, a pesar de que sabía que solo tendría una oportunidad y estaba segura de que cualquiera pensaría que estaba loca por tan siquiera intentarlo. Sin embargo, ese no era momento para dudar de sí misma, de modo que, cuando vio que se acercaba otro tentáculo hacia ella, en lugar de clavarle el puñal, lo envolvió con su látigo dorado. Tal y como había previsto, el tentáculo la lanzó hacia arriba y ella aprovechó el impulso para saltar hacia la cabeza de la bestia, que no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que iba a hacer hasta que Viri levantó la daga...

Y la hundió directamente en uno de sus brillantes ojos naranjas.

El grito del monstruo fue tan alto, tan estridente y tan *agonizante*, que Viri estuvo a punto de desmayarse, y así habría sido de no ser porque salió despedida por los aires cuando el fílux se soltó del tentáculo. Cayó a plomo en el lago y el golpe fue tan violento que sintió que se le salió todo el aire de los pulmones. No obstante, consiguió salir a la superficie, escupiendo agua y jadeando con intensidad mientras se mantenía a flote y se preparaba para el siguiente ataque.

Pero no llegó; el monstruo empezó a esconderse bajo el agua y

utilizó los tentáculos para taparse el ojo que le quedaba intacto, como si fuera un perro huyendo para lamerse las heridas.

Viri no podía creerse que la pelea hubiera terminado y siguió en guardia unos segundos más, incluso después de la que bestia hubiera desaparecido de su vista. Hasta que, de pronto, apareció el cuerpo de Reeve flotando en el agua.

Al verlo, sintió una oleada de alivio que solo duró un segundo porque se dio cuenta de que algo no iba bien.

Reeve no se movía.

25

REEVE! —gritó nadando hacia él.

El pánico se apoderó de su cuerpo mientras nadaba todo lo rápido que podía a pesar del miedo a que fuera demasiado tarde, a que Reeve se hubiera marchado para siempre.

Pero entonces...

Reeve abrió los ojos de forma repentina y de su boca empezó a salir agua a borbotones cuando se puso a toser sin parar. Al escucharlo, Viri dejó escapar un sollozo; Reeve estaba vivo, estaba *respirando*.

Lo alcanzó justo a tiempo para ayudarlo a mantenerse a flote en la superficie mientras seguía escupiendo agua, como si se hubiera tragado la mitad del lago.

—Por todos los Sabios —exclamó Viri con la respiración entrecortada—. Pensaba que te habías ahogado.

Reeve se las arregló para hablar entre balbuceos y respondió:

—Me siento como —tosió— si lo hubiera hecho.

Viri siguió sujetando su cuerpo y movió los brazos y las piernas para que ambos flotaran hasta que a Reeve se le fue pasando la tos. Entonces la chica le preguntó:

—¿Estás muy herido? —Gracias a la luz azul, se percató de que Reeve seguía con la mirada aturdida y perdida, pero estaba más alerta que antes, a pesar de la mancha de sangre que teñía su sien—.

¿Puedes nadar?

—Creo que me he dislocado el hombro —respondió en tono áspero y dolorido.

Viri maldijo por lo bajo al darse cuenta de que Reeve tenía el brazo pegado al cuerpo en lugar de utilizarlo para flotar en el agua.

—Deja que te ayude. Tenemos que salir del agua antes de que esa cosa cambie de idea y decida volver a por nosotros.

Reeve asintió y, al mover la cabeza, se le escapó una mueca de dolor. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Las piernas las tengo bien y puedo mover el otro brazo, así que no me esperes. Nos vemos en la orilla.

No se paró a darle una respuesta, sino que fue nadando siguiendo el trabajoso ritmo de Reeve conforme iban hacia la orilla. A pesar de las heridas que debía tener y la agonía que, sin duda, sentiría, el segador pudo avanzar a una velocidad considerable, pero Viri fue todo el tiempo a su lado por si veía algo que le indicara que necesitaba su ayuda. Sin embargo, cuando llevaban poco nadando, empezó a dudar de si, *tal vez*, era ella quien necesitara ayuda; con cada brazada que daba, notaba menos los efectos del vigoricitrus y a eso se sumaba la adrenalina de haber luchado contra la bestia, que se iba desvaneciendo poco a poco y la dejaba indefensa frente a la gélida temperatura el agua.

Cuando llegaron a la orilla y se arrastraron por las piedrecillas hasta dejarse caer sobre ellas, Viri ya no sentía pinchazos como agujas y alfileres en las extremidades, sino que las tenía entumecidas por completo. Le resultó casi imposible cambiar de postura para sentarse, pero apretó los dientes y se recordó a sí misma que, sintiera lo que sintiera en ese momento, Reeve se encontraba peor. Había

estado tanto en el agua como bajo ella mucho tiempo y las heridas que tenía no debían ser solo superficiales. Aunque el segador no se estuviera quejando, eso no significaba que no llevara el sufrimiento por dentro.

—E-e-espera un momento —murmuró Viri rebuscando en la capa hasta que sus insensibilizados dedos dieron con dos frascos y se los tendió a Reeve—. T-t-tómatelos.

Esta vez, Reeve estaba temblando tanto como Viri, que se fijó en la preocupante cantidad de sangre que chorreaba de su sien y teñía de rojo los guijarros de la orilla y el agua que le chorreaba de la ropa. Aun así, el chico la ignoró, se enderezó y estiró el brazo que tenía ileso hacia el pecho de Viri.

Aunque ella estuviera deseando volver a entrar en calor, no se le había olvidado lo que Reeve le había dicho sobre que la magia tiene un coste y, justo entonces, no estaba en condiciones de pagarlo.

—N-n-no. —Intentó apartarlo, pero tenía los brazos y las piernas tan congelados que parecían fideos empapados, así que casi no le respondieron.

—Si crees que v-voy a quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo te m-mueres de frío, es que no me c-conoces ni la mitad de lo que piensas —respondió Reeve, que ahora estaba castañeando casi tanto como ella.

—P-pero...

Reeve no la dejó terminar la frase y, con cuidado, presionó su palma contra el corazón de Viri, que, al segundo, sintió que el calor la fue invadiendo de forma progresiva. No pudo contener un pequeño gemido que se le escapó al volver a notar todas las partes de su cuerpo; una combinación de dolor y un alivio indescriptible.

Tras asegurarse de que había descongelado hasta el último pliegue del cuerpo de Viri, Reeve dejó caer el brazo, aunque seguía temblando tanto que la cazadora se inclinó hacia él con cara de preocupación y le preguntó:

—¿No puedes darte calor a ti mismo?

—No, pero gracias a mi m-magia me recuperaré más r-rápido que tú. —Al ver las dudas que calló Viri, añadió—: Me c-curo en menos tiempo y tengo m-mejores reflejos y los s-sentidos más aguzados. No al mismo nivel que los s-segadores que se acaban de alimentar, pero menos es n-nada. Es lo que me ha m-mantenido con vida d-debajo del agua.

Viri ya había sido testigo de lo rápido que Reeve podía moverse cuando quería y, a veces, le había parecido que se le adelantaba a la hora de escuchar o ver algo, pero lo de curarse fue una sorpresa bastante agradable, *sobre todo* si había sido su magia innata lo que le había ayudado a sobrevivir cuando estaba a punto de morir ahogado. Se estremeció al recordar el tentáculo hundiendo el cuerpo inconsciente de Reeve en el agua y estaba casi segura de que, durante un tiempo, iba a tener pesadillas con esa escena.

—Toma, esto lo acelerará más aún —dijo, obligándose a borrar la imagen que se le había venido a la mente y tendiéndole los frascos otra vez. Era el último que le quedaba de vigoricitrus y el único que tenía de morfinina; el primero le ayudaría a recuperar energía y a entrar en calor, y el segundo le ayudaría a aguantar lo próximo a lo que tuvieran que enfrentarse.

Reeve dejó de negarse y se tomó las dos pociones. A pesar de la tenue luz azul de la caverna, Viri vio que se le volvieron a encender las mejillas en cuanto su cuerpo notó el aumento de energía del

vigoricitrus. Al ver cómo su frente se destensó, Viri supo que la morfinina también le había hecho efecto y Reeve dejó escapar un suspiro de alivio al sentir cómo el dolor empezaba a remitir gracias a la poción y a su magia.

En cuanto dejó de temblar, el segador dijo en tono sarcástico:

—No quiero que pienses que soy un desagradecido, pero, la próxima vez, considera la posibilidad de ofrecerme estas pociones *antes* de que tenga que atravesar un lago casi congelado con una contusión y el brazo dislocado.

—El efecto de la morfinina no dura mucho —respondió Viri—, así que, si te la hubieras tomado antes, te habría dolido mucho más que te hiciera esto. —Agarró el brazo de Reeve y tiró *con fuerza* para recolocarle el hombro.

Reeve gruñó de dolor y el grito hizo que a Viri se le encogiera el corazón. El segador apretó la mandíbula para sofocarlo, respiró hondo y acunó el brazo contra su cuerpo.

—Creo que lo has disfrutado más de lo que deberías —murmuró con un jadeo.

Viri bufó y no se lo negó, aunque lo cierto era que se había mareado un poco después de hacérselo. El grito de agonía de Reeve seguía retumbándole en los oídos, pero, cuanto más hubiera esperado a colocarle la articulación, más daño le habría acabado haciendo.

—No seas tan quejica —le riñó en tono burlón mientras se sacaba de la capa la pomada curativa de Wynter y le desabotonaba la camisa con rapidez.

Viri dejó escapar una mueca cuando despegó la tela negra y vio los oscuros moratones que se extendían por el musculado torso de

Reeve; no había duda de que el tentáculo de la bestia lo había apretado con todas sus fuerzas. Aunque la imagen le impactara, volvió en sí un momento y se puso de rodillas para untarle la pomada con cuidado en la parte superior del brazo. Al hacerlo, notó que la piel de Reeve se calentaba bajo del tacto de sus dedos. Cuando ya cubrió toda la zona del hombro con el ungüento, Viri se agachó, sacó más pomada y se la aplicó con delicadeza por todos los moratones que tenía en la zona del estómago y en los costados; se sintió satisfecha al percatarse de un único rasguño, que fue donde le clavaron la armaligna. Sus dedos recorrieron con cuidado el abdomen del segador y notó cómo se le contrajeron los músculos al sentir su tacto, unos músculos que parecían hechos de acero, aunque estaban cubiertos por una piel suave como la seda.

Viri, que acababa de caer en la cuenta de que Reeve no había respondido a su burla, levantó la vista y observó la expresión que había inundado su rostro; sus manos se detuvieron y se quedó sin aliento. Al notar el rojo tiñendo sus mejillas, se puso seria para decir:

—Esto es solo con fines médicos.

Los ojos de Reeve brillaron como estrellas a la luz del fulgor azul de la caverna.

—Si hubiera sabido que tenías tantas ganas de volver a ponerme las manos encima...

—Como se te ocurra terminar esa frase —le amenazó Viri con las mejillas tan rojas que le ardían—, te tiro al lago para que te coma el monstruo.

—No soy yo el que se ha puesto a arrancarme la ropa sin pensárselo dos veces —dijo en un tono pícaro que no pasó inadvertido—. Si no me equivoco...

—Sí, te equivocas —gruñó—. Ahora cállate y deja que le eche un vistazo a la herida que tienes en la cabeza, porque está claro que ha afectado al cerebro.

Reeve se rio por lo bajo y Viri no solo lo escuchó, sino que lo *sintió*, ya que sus manos seguían sobre el torso del segador. Las quitó con brusquedad y trató de esquivar su mirada traviesa cuando se apoyó sobre las rodillas y agarró a Reeve de la cabeza para comprobar cómo estaba el sangriento corte que tenía en la sien.

—¿Cómo es que no estás inconsciente? —murmuró, apartándole el pelo de la herida, que tenía un aspecto espantoso.

—¿Tú te crees que yo querría perderme un momento así? —Reeve levantó las cejas como si estuviera desconcertado—. Antes preferiría *volver* a tirarme al lago con el monstruo.

Viri se mordió el labio para esconder una leve sonrisa y se puso a limpiarle la herida; se las apañó como pudo y utilizó la manga mojada de su camisa para, después, aplicarle la pomada curativa por toda la zona. El efecto del ungüento mágico fue casi inmediato y selló el corte hasta reducirlo a una fina línea de color rojo intenso.

—Ya está. Mucho mejor —exclamó, soltando la cabeza de Reeve y alejándose de él. Sin embargo, se quedó quieta cuando la mano del segador la agarró de la cadera para que no se apartara.

Esta vez no vio ningún atisbo de diversión en su rostro, sino que reflejó una mezcla de seriedad y asombro cuando dijo:

—Me has salvado la vida.

Tragó saliva al percatarse de cómo la miraba.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí. —Los ojos de Viri se posaron en el rasguño que tenía Reeve en el costado, el que le habían hecho con la armaligna—. De hecho, *hiciste* lo mismo por mí. —Apartó la

mirada y añadió en voz baja—: Y nunca te he dado las gracias por ello.

Reeve apoyó el dedo en su mentón y giró con delicadeza el rostro de Viri para que lo mirara a los ojos y, en el mismo tono, le respondió:

—No hace falta que me des las gracias por eso. Ni ahora ni nunca.

Viri volvió a tragar saliva y le aguantó la penetrante mirada cuando le susurró:

—Entonces, tampoco hace falta que me las des tú a mí.

El chico se quedó callado, pero su mirada buscó la de Viri, que sintió cómo se le fueron acelerando los latidos al pensar en lo que el segador podía ver en ella. De pronto, como si hubiera leído el miedo en su rostro que amenazaba con abrumarla, Reeve rebajó la intensidad y le dedicó una extraña sonrisa y una mirada divertida.

—Pues parece que estamos de acuerdo —concluyó en voz baja mientras soltaba la barbilla de Viri—. Ambos seremos unos gilipollas desagradecidos.

A Viri se le escapó una carcajada y aceptó el frívolo trato que le ofreció Reeve como si fuera un salvavidas.

—Bueno, para ti eso no es nada nuevo. Lo de ser un gilipollas, quiero decir.

Reeve se llevó la mano al pecho.

—Oye, que bastante dolido estoy ya. Un poquito de compasión. —Se llevó la mano a la sien, que ya estaba casi curada—. Ni siquiera me has dado un beso en la herida para que se me cure. Qué mal tratas a tus pacientes...

Viri sonrió y negó con la cabeza.

—Buen intento, pero ya has cubierto el cupo de besos que estaba

dispuesta a darte.

—¿Me estás retando? —exclamó Reeve con una sonrisa de superioridad.

—Es una promesa, no un reto.

Él se rio por lo bajo.

—No deberías prometer nada que no puedas cumplir, sombrita.

Antes de que pudiera responderle, aunque tampoco sabía *qué* decirle, Reeve se puso de pie y rotó su hombro; su rostro reflejó lo asombrado que estaba.

—Para no tener toda la formación necesaria, Wynter sabe bien lo que hace.

—Es increíble —afirmó, agradecida por dejar de lado el tema de los besos—. Aun así, todo lo ha conseguido a base de ensayo y error. Y mucho error, tengo que decir.

—La mejor forma de aprender es equivocándose —respondió con sabiduría.

—No creo que opinaras lo mismo si hubieras sido el conejillo de indias de algunos de sus ilegales experimentos mágicos —murmuró Viri.

—Hablando de experimentos... —Reeve le tendió la mano para ayudarla a levantarse; las piedrecitas que había bajo sus pies se movieron—. Es la primera vez que pruebo esto, así que te ruego un poco de paciencia.

Viri ni siquiera tuvo tiempo de preguntarle a qué se refería cuando sintió el hormigueo típico del élixen, seguido de una peculiar pero nada desagradable sensación, como si un líquido caliente le cayera por todo el cuerpo. Al parar, se percató de que Reeve la había secado de la cabeza a los pies. Y, a los pocos segundos, el chico estuvo igual.

—Mucho mejor —exclamó Reeve mientras se abotonaba la camisa; ya apenas se le notaban los moratones que habían recubierto su torso.

—Antes comentaste algo sobre que el uso de la magia tiene un coste —dijo Viri, que seguía maravillada al ver que estaba seca por completo; no quedaba ni un rastro de humedad, ni siquiera en los bolsillos de su capa.

—Imagínate que es un músculo —explicó—. Cuanto más lo uses, más fuerte se vuelve. Pero, siguiendo esa misma regla, si lo usas más de la cuenta, se debilita... o peor.

—Se consume —exclamó Viri, que sintió un pellizco en el estómago.

Reeve asintió.

—Eso es lo que pasa cuando usas mucha magia de una, tanto si es una gran cantidad de magia poderosa durante poco tiempo como si es en cantidades menores, pero durante más tiempo y sin descansar.

—Entonces, ¿en el caso de los niños que no celebran la concesión...?

—Es como un estallido concentrado, pero no es algo que puedan decidir, sino que ocurre de forma involuntaria al tener una acumulación inestable de élixen. —Antes de que pudiera preguntarle al respecto, Reeve añadió—: Y, para poder impedirlo, tuve que aprender a controlar mi magia; como si entrenara los músculos, por así decirlo. Y eso mismo es lo que habrá hecho Wynter.

—Sigo sin poder creérmelo —reconoció, aunque, en su interior, sabía que era cierto. Aun así, ya había pensado en tener una charla *muy* seria con su mejor amiga cuando volviera a la ciudad.

—¿Sabes qué no puedo creerme yo? —preguntó mientras observaba la caverna azul con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Lo del marido.

—¿Perdón? —exclamó Viri, parpadeando.

—El marido, la mujer y el amigo de la historia —le aclaró Reeve—. Ya te dije antes que me extrañaba que hubieran llegado al castillo andando, pero es imposible que hubieran bajado hasta aquí. Hay algo que no me cuadra.

Al darse cuenta de que tenía razón, Viri sacó el mapa de la capa y se sintió aliviada porque hubiera sobrevivido al lago y agradecida porque estuviera seco gracias a la magia de Reeve. Sin embargo, en cuanto lo abrió, toda sensación de alivio se esfumó.

—*No* —susurró Viri, que estaba segura de que debía de haber un error.

Reeve se asomó por encima de su hombro para ver el mapa y se puso tenso cuando vio lo que tenían delante.

—No puede ser.

Viri recorrió el sendero mágico con un dedo que no paraba de temblarle, el camino que habían seguido y que estaba a punto de llevarlos hasta el final del... Ahora, parecía que iba casi en dirección opuesta, casi como si hubieran vuelto a la necrópolis.

Reeve soltó una retahíla de insultos, pero Viri, que se había quedado de piedra, siguió mirando el mapa. Se esforzó por pensar y rescató los recuerdos de todo lo que le había contado Reeve sobre este.

«El mapa perteneció a tu familia, así que la magia solo funciona para los que tengan sangre de Solace».

Y, después:

«Nunca llegué a entender cómo se las arregló el marido para atravesar todo el bosque si, tal y como narraba la leyenda, estaba tan débil».

Y, por último:

«Una vez se lo pregunté a tu madre... y lo que hizo fue sonreírme y decir: "Todo es posible con magia"».

Se le ocurrió una teoría, algo que era tan esperanzador como ingenuo por su parte, pero decidió dejarse llevar por su intuición y se vio a sí misma desenvainando una de sus dagas y hundiéndose la punta en la yema del dedo.

La magia solo funciona para los que tengan sangre de Solace.

Reeve estaba en lo cierto al pensar que el marido jamás habría podido recorrer todo el camino, pero... ¿y si no tuvo que hacerlo? ¿Y si el sendal no se encontraba en un lugar concreto, sino que se iba moviendo por todo Mistwood, tal y como lo hacían los árboles, los ríos y el suelo, que cambiaban de sitio, forma y textura cada poco? *Por eso* había cambiado el mapa: porque el sendal se había *movido*.

Y, si se había movido una vez, podría volver a hacerlo.

Sobre todo si lo habían invocado.

«Todo es posible con magia».

Si las palabras de la madre de Viri eran ciertas, tal vez, una Solace podría hacer algo más aparte de *leer* el mapa. Tal vez, una Solace también tendría la capacidad de *controlarlo*.

Rezó porque su intuición no le fallara y presionó el dedo ensangrentado sobre la línea del pergamino y recorrió todo el camino de vuelta hasta donde se encontraban Reeve y ella para que el mapa la reconociera. Y le *obedeciera*.

Pasó un segundo. Dos segundos. Tres...

Un cegador destello iluminó la caverna y, de pronto, delante de ellos y sobre la orilla del lago, apareció un reluciente sendal.

Viri dejó escapar una sonrisa de incredulidad.

—No me puedo creer que haya funcionado.

Se giró hacia Reeve, que estaba igual de sorprendido que ella, pero negó con la cabeza con aire divertido y exclamó:

—¿No se te podría haber ocurrido *antes* de que nos persiguiera un espectro, de que nos atacara el monstruo del lago y de que nos pateáramos el diabólico bosque durante horas y horas?

A pesar del tono sarcástico, el orgullo que reflejaban los ojos de Reeve no pasó inadvertido para Viri. Aunque también escondían algo más; algo que hizo que se le encogiera el estómago y que le temblaran las rodillas.

Segador, monstruo, asesino, repitió Viri para sus adentros, desesperada por tirar de cualquier hilo que pudiera acabar con lo que, sin duda, crecía sin parar entre ellos. Cuando vio el cuerpo de Reeve inconsciente bajo el agua, el miedo que sintió fue la prueba fehaciente de lo que se negaba a reconocer: que él le importaba, y mucho más de lo que debería. A pesar de todas las bromas de Reeve, a pesar de toda la indignación y vergüenza de Viri, no podía seguir oponiéndose a lo evidente. Le importaba, y ambos lo sabían. Y, aun así...

Segador.

Monstruo.

Asesino.

Reeve era todo eso y, aunque fuera muchas cosas más, Viri no podía permitirse el lujo de obviarlo. Aunque solo hubiera extraído

élixen en una ocasión, no se había mostrado arrepentido por lo que hizo en el pasado. Había matado a una chica y, al reconocerlo, no mostró el más mínimo remordimiento por su muerte. Y Viri no podía ignorar ese hecho, por mucho que su corazón deseara que lo hiciera.

Así que reunió todo el amor propio que tenía, enterró sus sentimientos en lo más profundo de su ser y se aclaró la garganta para responder:

—Solo uno de nosotros sabe usar la magia, así que perdóname por no haber caído antes en hacer pruebas con un mapa antiguo y con un sendal que *se mueve*.

Reeve frunció los labios ante la actitud de Viri, completamente ajeno a todo lo que acababa de pasar por la mente de la cazadora, incluyendo su determinación a reprimir todo lo que sintiera por él.

—Al menos no tenemos que recorrer el camino de vuelta por Mistwood cuando hayamos terminado con el Guardián —dijo Reeve observando el mapa con atención—. No me sorprende que el marido consiguiera reclamar su magalía. Por no hablar de que la mujer no tuvo problemas para volver a por su deseo y, por último, que ambos regresaran una tercera vez con su bebé moribundo. Ahora todo tiene mucho más sentido.

Dijo la última frase casi en un susurro, con la mirada un poco perdida, pero Viri se quedó en la parte donde mencionó al Guardián y sintió cómo se le hizo un nudo en el pecho al darse cuenta de que estaban a punto de descubrir si la leyenda que había escuchado durante toda su infancia era real o no. Si el Guardián de Isla Elverdine existía de verdad, si estaba al otro lado del sendal...

Un repentino sentimiento de incertidumbre se apoderó de Viri.

—¿Y ahora cuál es el plan?

Reeve se deshizo de todos los pensamientos que habían invadido su mente.

—El mismo que teníamos hasta ahora: llegar al Guardián antes que Braedan e impedir que le concedan su magalía.

—Cierto. —Viri asintió con decisión—. Le detenemos para evitar que destruya los obeliscos.

En el rostro de Reeve se dibujó una repentina expresión que ella no pudo identificar, pero se le borró de inmediato.

—Y que condene a toda la ciudad, sí.

—¿Qué pasa si llegamos tarde? —preguntó preocupada.

—Si es así, lo sabremos.

—¿Cómo? Llevamos horas aquí en el bosque. ¿Qué pasa si Braedan ha llegado al castillo mientras nosotros...?

—Viri —exclamó en tono brusco colocándole las manos sobre los hombros—. Respira. Todo va a salir bien.

Viri le sostuvo la mirada y, aunque le tembló la voz, le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

Reeve apretó sus hombros ligeramente para tranquilizarla.

—Porque vamos a asegurarnos de que así sea.

La infranqueable seguridad de Reeve calló todos los miedos de Viri. La idea de viajar a ciegas a través del sendal y confiar en que los llevara hasta el Guardián seguía resultándole abrumadora, al igual que tener que convencerlo de que rechazara a su hermano si este llegaba al castillo por su cuenta. Sin embargo, la confianza que desprendía Reeve era la motivación que Viri necesitaba para afrontar lo que estuviera esperándolos; también la ayudó que el segador le recordara que estaban dispuestos a hacer todo lo que estuviera en sus manos por cumplir con su cometido. Y era así porque, si

fracasaban, todos cuantos conocían acabarían muertos.

—Vamos, sombrita —exclamó mirando a Viri con aprobación mientras la cazadora enderezaba la espalda en señal de que estaba preparada—. Vamos a acabar lo que hemos empezado.

Viri respiró hondo para armarse de valor y avanzó hacia al sendal con Reeve; con cada paso que dio, sus latidos se multiplicaron a causa del nerviosismo que le provocaba no saber qué se iban a encontrar al otro lado del portal. Si se hubiera tomado un momento para reflexionarlo, habría pensado que podrían aparecer cerca de una torre independiente o de una fortaleza o, tal vez, que llegarían a la linde del bosque Mistwood que desembocaba en un antiguo castillo. También podría haber pensado que tendrían que buscar al Guardián en su amplia morada y solo los Sabios sabían cuánto podrían tardar en encontrarlo.

Lo que *jamás* se hubiera imaginado era que el sendal les conduciría al castillo Nevarnost, al centro de una enorme cámara circular iluminada por una luz cálida que le recordó al laboratorio de Wynter y con unas pareces cubiertas de estanterías repletas de libros, pociones y objetos mágicos, coronada por un abovedado techo de cristal que les ofrecía la imagen de un cielo nocturno lleno de estrellas.

Viri tampoco se habría imaginado que, a tan solo unos pasos del sendal, habría un hombre de mediana edad que debía de ser el Guardián. Tenía unos brillantes ojos azules y el cabello oscuro salpicado de canas; era alto, llevaba unas túnicas moradas de lo más atípicas y su hermoso rostro les dedicó una sonrisa de serenidad, como si quisiera transmitirles que los estaba esperando.

Pero lo que Viri no se habría imaginado *en la vida*, aunque *debería*

haber contemplado la posibilidad, era que el Guardián no estaría solo. Fue entonces cuando sintió una repentina quemazón en la palma de la mano cuando su marca de cazadora se encendió.

Porque, justo al lado del Guardián, estaba el Padre Segador.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Quincuagésimo cuarto sol. Decimotercer ciclo. Decimosegunda era.

Lo he hecho.

Lo he hecho *de verdad*.

He utilizado el poder del cometa Aurora y...

Y...

He destruido un obelisco.

Uno de ellos, no los cuatro. No sabía lo que estaba haciendo, ni siquiera tenía la certeza de que *funcionara*; y estuve a punto de fracasar. Soy un mago bastante poderoso, pero el élixen que emitió el cometa Aurora no se parecía a ningún poder que hubiera canalizado en otros eventos celestes. Me costó mantener la conexión y solo pude aguantar bastante como para absorber una parte de todo su poder. Y, cuando lo hice, en lugar de usarlo para bendecir a mis someros, redirigí todo su vigor hacia el obelisco del sur.

Al principio, temía que no pasara nada.

Pero, entonces, lo vi: una pequeña grieta.

Y, después, sentí el Canal Sagrado. Retumbando. *Propagándose*.

Así fue como acabé con ese obelisco, pero me resultó imposible seguir reteniendo el poder de Aurora para destruir los otros tres. Aun así, a pesar de que conseguí contener la mayor parte de la magia del Canal, hubo una cantidad mínima que se liberó y emergió.

Y estaba iracunda. *Colérica*.

Y venía directa a por mí.

~~Nunca he~~

~~Ni siquiera puedo~~

No tengo palabras para explicar la inmensa cantidad de poder que inundó mi cuerpo. Lo fuerte que me sentía. Lo *invencible* que era.

Sin embargo, después de eso, Tephryn y los magos arquitectos se pusieron a arreglar la grieta y la magia se desvaneció y volvió a quedar silenciada.

Pero yo quiero que vuelva. *Necesito* que vuelva.

Estoy sediento de magia. Siento la insaciable e incesante necesidad de volver a sentirla. De sentir *más*, de hecho. Pero eso solo pasaría si se destruyen los cuatro obeliscos *para siempre*. Sin embargo, mientras haya un alquimista en Isla Elverdine y los magos arquitectos sigan aquí, siempre encontrarán la manera de arreglar las tutelas protectoras o de construir otras nuevas.

No obstante, creo que sé cómo impedirlo.

Porque, cuando la magia del Canal fluía por mi cuerpo, me susurró. Me habló. *Me gritó*.

Quiere que la libere. Me *obliga* a liberarla.

Y yo puedo ayudarla usando al amante de Aurora, Orión, el segundo cometa de Adastrum Devotis y cuyo poder iguala al de Aurora; o puede que incluso lo supere. En cualquier caso, tendrá la potencia necesaria para destruir todos los obeliscos.

El problema es que *yo* no tengo suficiente fuerza como para canalizar a Orión durante el tiempo necesario para obtener todo el poder que hace falta.

Pero he encontrado la forma de hacerme más fuerte.

En lugar de un rito de bendición, puedo hacer un ritual de sacrificio, uno que está *prohibido* porque se necesita sangre, sí, pero no una gota mía como suelo usar, sino la sangre de otra persona.

Y no solo una gota.

Para completar el sacrificio, alguien debe *morir*.

Si lo hiciera, el ritual me ayudaría a fortalecer mi élixen hasta niveles insospechados y, de esa manera, podría mantener la conexión con Orión el tiempo suficiente para acabar con los obeliscos.

Sé que es una idea por la que me condenarían. La magia de los sacrificios está prohibida por una razón: si la usas, dejarás una cicatriz en lo más profundo de tu alma.

Y, aun así...

No puedo dejar de pensar en que sería la solución a todo.

Se lo he comentado al magistrado Garrin y estaba convencido por completo de que me echaría de la isla a patadas. Jamás me habría imaginado que tanto él como muchos de los demás habitantes ansiaban más magia, a pesar de que ni siquiera supieran que era posible obtenerla hasta que me convertí en su Padre Mago. Han cambiado mucho desde que empecé a practicar mis rituales en Isla Elverdine. Han *evolucionado*. Al igual que yo.

Garrin apoya mi plan, y mis seguidores más fieles también, aunque tampoco es que pueda contárselo todo, pero creo que los detalles tampoco son tan importantes. Todos padecen el mismo anhelo voraz que me ata a ellos y que nos empujan a hacer cosas de las que, quizás, no estemos orgullosos, pero que aceptamos como necesarias. Haremos lo que haga falta sin importar cuál sea el precio que haya que pagar.

—Por el bien común —dijo Garrin cuando le expliqué solo a él en

qué consistía el sacrificio; su mirada era más salvaje y maniaca que cuando llegué a la isla. Fue como mirarme en un espejo, como si la magia del Canal Sagrado nos hubiera dejado la misma marca a los dos. A *todos* nosotros—. Lo haremos con alguien que no tenga familia ni conocidos y trataremos de que parezca un accidente —añadió—. Nadie sabrá nunca qué ha pasado y, si lo hacen, acabarán dándonos las gracias cuando sieguen los frutos que sembremos.

Segar.

Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Porque, cuando hayamos puesto fin al sacrificio del cometa Orión y hayamos destruido los obeliscos, liberaremos el Canal Sagrado y podremos nutrirnos de su magia.

Esto es lo que quiere, estoy seguro. Quiere que lo liberemos y la única forma de garantizar que siga así es que mis someros y yo accedamos a su magia, que la *extraigamos*, y que la utilicemos para evitar que los magos arquitectos vuelvan a construir los obeliscos. La cantidad de élixen que tendremos a nuestro alcance superará con creces a la del resto de los magos.

Al menos esa es mi teoría.

Nunca he canalizado nada que no fuera un cuerpo celeste. Lo intenté por curiosidad durante mi juventud, como hacen muchos otros, pero en la península es imposible. Supongo que tiene algo que ver con las tutelas protectoras que rodean los dos Canales Sagrados, así que tiene sentido que también sirvan para prevenir que se extraiga su magia. Por eso la magia celestial es tan excepcional, porque extraemos poder del cosmos y llegamos mucho más allá del alcance de las tutelas de los Canales Sagrados.

Y aquí, en Isla Elverdine, *también* superamos el alcance de las tutelas. Nunca se me había ocurrido intentarlo, ni me habría atrevido a ello, antes de que construyeran los obeliscos, pero estoy seguro de que, una vez que el poder del Canal Sagrado vuelva a fluir, podré extraer la magia de él y concedérsela a mis someros, tal y como lo hago en los rituales de los eventos celestes. La magia será un regalo, una recompensa por liberar el Canal y por protegerlo. A cambio, mis someros y yo tendremos bastante poder como para enfrentarnos a todos los magos y, así, demostrarles quién ostenta el verdadero poder.

Y jamás volverán a reprimir la magia del Canal Sagrado. Yo me aseguraré de que así sea.

Los magos se indignarán cuando lo sepan, pero sus berrinches no me importan lo más mínimo. Tephryn, en cambio...

Lo entenderá cuando se lo explique. Me quiere. Y me perdonará. Lo aceptará cuando le diga por qué lo he hecho. Por qué era la única opción que tenía.

Y, en cuanto a Zeranthe...

Está preocupada por mí. Dice que hay un problema con nuestro vínculo, *conmigo*.

Está reaccionado de forma desproporcionada.

A nuestro vínculo no le pasa nada; lo sé porque lo siento.

Y dentro de poco lo sentiré aún mejor.

Dentro de poco, seré *imparable*.

Por el bien común, como dijo Garrin.

Lo haré por él, por ellos, por mis someros.

Y también lo haré por mí.

26

Viri se quedó sin habla ni respiración al ver a su hermano por primera vez en siete años.

Braedan Solace ya no era un chico de catorce años, sino un hombre joven, aunque su aspecto demostraba que había tenido que luchar para abrirse paso a través de Mistwood. Tenía la cara llena de barro y cubierta de rasguños, su capa verde estaba sucia y desgarrada, y llevaba el pelo castaño rojizo revuelto y despeinado por el viento. Sin embargo, fueron las venas negras que trepaban por sus brazos y los ojos celestes que tan bien conocía Viri, los ojos de su padre, lo que le hizo sentir como si le hubieran dado una patada en el estómago.

No obstante, Braedan, que abrió los ojos como platos y se quedó completamente pálido, parecía que acababa de ver a un fantasma cuando Viri y Reeve salieron del sendal y aparecieron en mitad de la sala. Aun así, se recompuso rápido y se giró hacia el Guardián, y le habló con tanta rapidez que Viri ni siquiera tuvo tiempo de pensar, y mucho menos de detenerlo cuando Braedan dijo:

—Guardián, deseo la muerte de...

Reeve dio un paso hacia delante y gritó por encima de Braedan:

—*¡Deseo que Braedan no reciba su deseo!*

—*¡NO!* —bramó Braedan, aunque ya era demasiado tarde.

Cuando el Guardián agitó la mano, la cantidad de élixen que

inundó la sala fue tal que Viri notó cómo se le erizaron los vellos de la nuca.

—Vuestros deseos se han hecho realidad —dijo el mago en un tono grave conforme observaba a todos y cada uno de los presentes con una mirada peculiar a la par que divertida.

Viri estaba tan impactada por lo que había pasado, o por lo que *no* había pasado, que se quedó petrificada en el sitio. De todas las veces que habían hablado sobre el Guardián, el castillo y la leyenda en sí, nunca se había parado a pensar en lo que supondría que Reeve y ella llegaran a Nevarnost. Había estado tan preocupada porque Braedan obtuviera su magalía que se había olvidado de que *cualquiera* que encontrara al Guardián recibiría una.

Reeve, en cambio, no lo había olvidado, y acababa de usar su deseo para salvarlos a todos.

—¿Qué has *hecho*? —gruñó Braedan fulminando a Reeve con la mirada.

Sus palabras hicieron que Viri saliera de su estupor y se recordó a sí misma que había dedicado los siete últimos años de su vida a perseguirlo, al escurridizo Padre Segador y que, por fin, tenía la oportunidad de atraparlo. Dio un paso al frente, desenrolló el fílux justo cuando empezó a correr por la sala circular y se preparó para luchar por su vida.

Estaba a punto de librar la batalla que tenía pendiente.

Lo que *no* se esperó fue que, antes de que diera el tercer paso, una oleada de élixen la obligara a detenerse de forma repentina, anclando sus pies al pulido suelo de piedra y dejándola inmóvil de cuello para abajo. Viri sintió la traición corriéndole por las venas y asesinó a Reeve con la mirada, pero este ni siquiera la estaba

mirando, sino que tenía los ojos clavados en Braedan. El Guardián, en cambio... Le guiñó un ojo a Viri, un gesto que demostraba que había sido *él* quien la había convertido en una estatua.

Antes de que pudiera pedirle que la soltara, Reeve avanzó hacia Braedan y los dos quedaron cara a cara.

—¿Que qué he hecho *yo*? —repitió Reeve con incredulidad—. ¿En qué demonios estabas *pensando*?

—*¿Yo?* —exclamó Braedan, cerrando las manos en puños—. No tienes *ni idea* de lo que acabas de...

—¡Eres *tú* el que no tiene ni idea de lo que ha estado a punto de hacer! —bramó Reeve, extendiendo los brazos hacia los lados—. ¡Por todos los Sabios, Brae, no puedes matar al Gran Segador!

Viri balbuceó al escuchar por primera vez ese título; o, más bien, movió mínimamente los labios, porque seguía estando inmovilizada.

—¡Eso es *exactamente* lo que tenemos que hacer! —gritó Braedan—. No importa lo que ese desgraciado nos haya hecho durante los últimos siete años. Si no detenemos el sacrificio de la Aurora, los niños no serán los únicos que morirán. ¡Destruirán los obeliscos y no quedará *nadie* con vida para contarlo!

Viri volvió a balbucear porque *él* era quien quería destruir los obeliscos. Era *su* sacrificio.

—Tenemos un plan previsto para ese caso —dijo Reeve entre dientes—. Si el Gran Segador muere, la cantidad de élixen que liberará será devastadora; lleva años y años robando poder. Tan solo con el aluvión de magia, la niebla que envuelve el monte Mort desaparecerá y los segadores quedarán libres para escapar de Diaboros. *Todos* los segadores.

La cazadora no entendía nada de lo que estaba diciendo Reeve,

pero Braedan se tambaleó hacia atrás, como si acabaran de darle una bofetada.

—¿Cómo dices? —La ira de Braedan se esfumó en un segundo.

Reeve respiró hondo y se pasó las manos por el pelo.

—Es lo que quise decirte antes de que te marcharas sin avisar. Tenemos que encontrar otra forma de detener el sacrificio, algo que *no* implique tener que matar al Gran Segador. Si muere, hagamos lo que hagamos, toda la ciudad caerá. —El rostro de Reeve se volvió sombrío—. Es cierto que estamos entre la espada y la pared, Brae, pero, si hubieras seguido adelante con tu plan... Si hubieras usado tu deseo para matar al Gran Segador...

—Aun así, todos habrían muerto —murmuró Braedan, que parecía estar a punto de vomitar—. Si Diaboros cae...

—Aravell caerá también —Reeve terminó la frase en tono serio—. La ciudad no tendrá posibilidad alguna de sobrevivir.

Cuando el chico pronunció las duras palabras, la sala se sumió en el silencio, pero Viri no soportaba seguir mordiéndose la lengua.

—Alguien tiene que explicarme qué demonios está pasando, *ya*. —Entonces clavó la mirada en el Guardián—. Y tú tienes que soltarme. *Suél-ta-me.*

Los ojos del Guardián se encendieron de júbilo.

—Podrías haberte soltado tú sola cuando quisieras, Hija de la Muerte —exclamó el Guardián, que acababa de usar el mismo nombre por el que la había llamado el espectro.

Viri sintió un escalofrío al escucharlo, aunque no podía moverse. Hasta que el Guardián agitó una mano y la soltó. Ahora ya estaba libre para irse directa hacia su hermano. Sin embargo, la conversación que acababa de oír la dejó tan atónita que, por el

momento, no se movió ni un ápice.

—¿Quién es el Gran Segador? —Los ojos de Viri saltaron de Reeve a Braedan—. ¿Qué es Diaboros? —Se giró para mirar a Reeve—. Parece que te has dejado atrás algunos detalles, a pesar de que aseguraras que lo habías compartido *todo* conmigo.

Reeve pareció mantener la calma.

—Si te hubiera dicho la verdad, no me habrías creído.

—¿*Qué* verdad?

—Que Braedan no es el malo —soltó sin rodeos—. Y que no es él quien pretende hacer el sacrificio del cometa Aurora.

Viri notó que le ardía el pecho.

—Él es el *Padre Segador* —espetó apuntando a su hermano con el dedo—. Él mató a nuestros *padres*. —Por el rabillo del ojo, vio que Braedan retrocedía unos pasos, pero siguió observando a Reeve con ira—. Él es el mal *personificado*. Y, por si acaso se te ha olvidado, fuiste *tú* el que me dijo que tenía previsto llevar a cabo el sacrificio para destruir los obeliscos.

—Yo nunca he dicho eso —respondió Reeve negando con la cabeza —. Solo dije que teníamos que detenerlo.

—De *llevar a cabo el sacrificio* y *destruir los obeliscos*.

—No, de que pidiera su magalía.

—Una magalía que le ayudaría a *destruir los obeliscos* —exclamó levantando la voz—. *Eso* fue lo que dijiste.

—No. —A pesar del enfado de Viri, y aunque le resultara frustrante, Reeve permaneció sereno—. Te dije que el sacrificio sirve para destruir los obeliscos, y eso es verdad. Y también te insistí en que teníamos que detener a Braedan, que también es cierto. Pero son dos cosas distintas. Eres tú la que ha dado por hecho que Braedan

era quien quería destruirlos.

Viri no podía creer lo que escuchaban sus oídos.

—Y tú *no me lo has negado* en ningún momento —gruñó.

—Tienes razón —dijo Reeve sin mostrarse arrepentido—. Necesitaba tu ayuda para llegar hasta aquí lo más rápido posible y, de esa forma, impedir que nos condenara a todos; en eso no te he mentido. —Dejó escapar un suspiro—. Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero todo lo que he hecho ha sido por un único motivo: salvar la ciudad.

—Pues entonces, *explícamelo* —bramó Viri, avanzando hacia Reeve con las manos en las caderas—. No quiero más verdades a medias ni suposiciones erróneas. Si quieres que te crea, tienes que contarme todo lo que sabes.

Reeve suspiró y se pasó una mano por la cara; estaba agotado.

—Si te digo la verdad, no tengo muy claro que vayas a creerme. Pero aquí va: te has pasado siete años persiguiendo a la persona equivocada.

La ira cegó a Viri. De sus labios brotó un sonido que pareció algo entre un siseo y un bufido, pero estaba teñido de rabia.

—¿Cómo puedes decirme que él no es el Padre Segador y quedarte ahí tan tranquilo? *¿En serio?*

—No, sí que lo es —respondió Reeve de inmediato conforme se acercó a Viri para tranquilizarla, pero se lo pensó mejor y se detuvo —. Pero el título es solo una distracción que usamos para que ni tú ni el resto de los cazadores descubráis la existencia del *Gran Segador*: el líder que gobierna a todos los segadores de Diaboros, la ciudad de segadores que se encuentra oculta dentro del monte Mort.

Viri sintió que le retumbaban los oídos después de escuchar las

palabras de Reeve, que la dejaron impactada e incrédula.

—Eso es imposible —murmuró en tono seco tras aferrarse al primer argumento que se le vino a la mente—. El monte Mort está cubierto por la nebruma.

—Está *rodeado* de nebruma —la corrigió Reeve—. Pero el interior está cerrado y protegido del exterior, al igual que el monte Tembris y el monte Verta. Allí vive toda una población de segadores que han ido creciendo generación tras generación y se han ido quedando atrapados por la niebla.

Viri negó con la cabeza. Y volvió a negar una segunda vez.

—Extraen élixen unos de otros para sobrevivir —siguió explicándole Reeve con determinación—, o de los niños que hay entre ellos, aunque se frenan antes de matarlos para poder seguir extrayendo élixen de ellos más adelante; y así hasta que esos niños acaban consumiéndose o se convierten en segadores. Están desesperados por salir de allí y sedientos de élixen fresco que no venga de ellos mismos, pero la nebruma es una muerte segura para casi todos los que intenten escapar. Solo hay unos pocos que han conseguido salir, y siempre durante breves lapsos de tiempo en los que la neblina se eleva lo bastante como para que tengan la oportunidad de escapar sin correr peligro alguno. Es muy arriesgado, pero los pocos que se las arreglan para salir de allí son los que os dan trabajo a tus amigos cazadores y a ti.

«Los segadores son como ratas. No importa a cuántos de ellos atrapemos y encerremos en las celdas de la Críptula, siguen apareciendo».

Viri tragó saliva cuando su mente le recordó las palabras que ella misma había dicho tan solo una semana antes y, en ese momento,

odió que la confesión de Reeve explicara por qué los cazadores nunca habían podido erradicar a los segadores por completo. Pero, aun así...

—Si hubiera una ciudad llena de segadores, lo sabríamos. No es algo que pueda ocultarse así como así.

—¿Dónde crees que hemos estado viviendo estos últimos siete años? —preguntó Reeve señalándose a sí mismo y a Braedan. Este último se quedó callado por su propio bien, como si supiera que Viri estaba deseando darle una patada para mandarlo al sendal y que acabara en la Críptula—. ¿Qué mejor escondite que una ciudad que nadie sabe que existe? *Ni siquiera* los cazadores. Por eso nunca nos habéis encontrado ni estabais cerca.

—Pero has dicho que, por culpa de la niebla, todos están atrapados en...

Reeve la interrumpió levantando el dedo corazón. Por un momento, Viri creyó que la ira que sentía había rebasado su límite, pero, entonces, se dio cuenta de que Reeve estaba tocando el anillo de ónix: su talismán para protegerse de la nebruma. Los ojos del segador saltaron a Braedan, y Viri le siguió la mirada y se percató de que su hermano llevaba otro anillo; uno de plata oscura con runas que contrastaba con las venas negras de su piel.

De pronto, Viri entendió por qué ambos necesitaban los talismanes, y no era solo para sobrevivir al camino que tuvieron que atravesar por el bosque Mistwood, sino que también los habrían usado para escapar de la montaña sobre la que asolaba la nebruma.

—Nunca te he contado cómo me hice con uno de estos —dijo Reeve girando su anillo—. ¿Recuerdas que te hablé de que tuve un maestro que me ayudó a controlar mi magia y a evitar consumirme?

Bueno, pues ese maestro también dispone de una colección enorme de objetos mágicos, incluyendo el juego original de anillos que se usaban como talismanes y que dejaron los magos ancestrales. Me regaló uno para que pudiera entrar y salir de la montaña sin poner mi vida en riesgo y, en cuanto lo hice, robé el resto para dárselos a Brae, Jonas, Sage y Ardin, para que pudieran hacer lo mismo.

Viri tenía que admitir, aunque de mala gana, que las explicaciones de Reeve tenían sentido. Sin embargo, seguía sin estar convencida de que todo lo que le estuviera contando fuera cierto, aunque él ni siquiera había terminado.

—Sé que debes tener cientos de preguntas —exclamó Reeve—, pero, por ahora, lo más importante es que sepas que Braedan *no* es quien ha secuestrado a los niños ni quien pretende usar el sacrificio de la Aurora para destruir los obeliscos, sino el Gran Segador. Lo descubrimos hace meses. —Volvió a señarlos a los dos: a él y a Braedan—. Y tanto nosotros como Sage, Ardin y Jonas hemos estado haciendo todo lo que estaba en nuestras manos para detenerlo. Aunque eso sí que lo sabías.

—Sí, pero se te había olvidado comentar lo de que también trabajáis con *él*. —Viri clavó la vista en Braedan otra vez, que seguía tan quieto que le hizo preguntarse si el Guardián no lo habría petrificado también con su magia.

—Como te he dicho antes, aunque te lo hubiera contado, no me habrías creído —continuó Reeve antes de que Viri pudiera decirle que seguía sin creerse todo aquello—. A lo largo de los años, no siempre ha existido la figura del Gran Segador como sí lo ha hecho la del Padre Segador, pero cuando aparece alguien con más poder de lo normal, se le otorga el título y se le convierte en el líder de Diaboros.

—Reeve se calló un instante—. El Gran Segador actual es increíblemente poderoso y puede usar el élixen extraído para hacer magia; es decir, un segador que, a su vez, es *mago*. Ese es el motivo por el que Brae estaba tan desesperado como para venir aquí y utilizar su deseo para...

—Los segadores no pueden ser magos —le interrumpió Viri antes de recordar con quién estaba hablando y, al segundo, añadir—. Al menos no pueden serlo usando élixen que han extraído.

Todo el mundo sabía que los segadores no tenían forma de acceder a la magia que robaban de todo lo que fuera ajeno a su propio cuerpo. Los sentidos aguzados, la velocidad, la fuerza y la curación mejoradas y la esperanza de vida más larga no eran más que una extensión de habilidades con las que ya contaban. Viri había cazado a tantos segadores que tenía la certeza de que así era, y eso mismo habían presenciado todos y cada uno de los cazadores a lo largo de la historia.

—El Gran Segador no se parece al resto de los segadores —exclamó Reeve en un tono lúgubre que dejó claro qué opinión tenía con respecto al supuesto líder de todos los segadores.

—Eso fue culpa mía —intervino el Guardián de pronto—. Fui yo el que le enseñó al Gran Segador actual a controlar la magia y a usar el élixen. —Tosió y murmuró—: Entre otras cosas.

Todas las miradas se posaron en el hombre vestido de morado y hasta Braedan y Reeve se mostraron sorprendidos por las palabras del Guardián.

—Una magalía —dedujo Viri en voz baja—. Le concediste un deseo al Gran Segador.

Era imposible saber qué se ocultaba bajo el hermoso rostro del

Guardián, aunque Viri entrevió algunas sombras en sus ojos azules.

—Sí y no. Pero será mejor que dejemos esa historia para otro momento, así que... —Movió la mano y, de la nada, apareció una repentina chimenea con fulgentes llamas verdes en mitad de la pared de piedra, entre las dos ventanas que daban al bosque Mistwood, que, en ese momento, estaba iluminado por la luna—. Por favor, seguid. Llevaba años sin estar tan entretenido. —Entonces aparecieron cuatro sillones de terciopelo dorado delante de la chimenea mágica—. ¿Nos ponemos cómodos? ¿Puedo ofreceros un té?

Viri tuvo que morderse la lengua para no decirle al Guardián por dónde podía meterse el té.

Reeve se aclaró la garganta y retomó su discurso, aunque ninguno de ellos se acercó a los sillones.

—Brae vino hasta aquí con la intención de usar su magalía para matar al Gran Segador y detener el sacrificio, pero no era consciente de su poder innato ni de cuánto élixen había extraído durante años y años para hacerse con esa cantidad de poder. Por eso, si el Gran Segador muriera, toda la magia que contiene acabaría dispersándose y arrasando con todo a su paso de forma incontrolable. Y esa oleada de magia sería lo bastante fuerte como para atravesar la nebruma que rodea Diaboros, por lo que los segadores podrían escapar de la ciudad y acabar invadiendo Aravell. *Por eso* nuestra misión era detener a Brae, porque, aunque la muerte del Gran Segador serviría para salvar a los niños y conservar los obeliscos, se traduciría en que los segadores sedientos del élixen fresco acabarían asolando Aravell y alimentándose de sus ciudadanos. Irían a por los niños y a por los adultos, no se dejarían a nadie atrás, y extraerían élixen de

cualquiera que tuviera una mísera gota de magia; los matarían sin miramientos.

Viri se percató de lo tenso que estaba Reeve al contar todo lo que sabía.

—Nada de esto es bueno, pero al menos tenemos hasta que llegue el cometa para detener al Gran Segador de forma que los segadores de Diaboros no acaben sueltos por ahí. No es el plan perfecto, pero es un mal menor y la mejor oportunidad que tenemos para salvar Aravell.

Reeve se calló y Viri se quedó mirándolo sin poder apartar sus ojos de él. Después, fulminó a Braedan con la mirada y, por último, al Guardián. Su mente no paraba de darle vueltas a todo lo que acababa de averiguar y solo se detuvo cuando llegó a la única conclusión que no le daba ganas de vomitar sobre el reluciente suelo empedrado.

—No te creo —exclamó en tono áspero.

Más tarde, podría dedicarle un momento a averiguar si el Gran Segador y la ciudad de Diaboros existían o no. Sarielle, Meera, Darik... *Alguno* de ellos debería estar al tanto y, si acababa demostrándose su existencia, haría algo al respecto... con ellos. La actuación de Reeve había sido de lo más convincente y la mayoría de lo que le había contado respondía a preguntas que llevaba un tiempo queriendo hacerle, pero no podía aceptar sus explicaciones sin más, sin confirmarlo con las personas en las que más confiaba; y, para hacerlo, tendría que esperar.

En ese momento, había otra cosa que tenía que hacer antes de arriesgarse a perder la oportunidad para siempre, una misión que había estado consumiéndola durante los últimos siete años: vengarse

del Padre Segador.

Por primera vez desde que mató a sus padres, Braedan estaba a escasos pasos de Viri; sabía que, en cuestión de segundos, su hermano tomaría la decisión de enfrentarse a ella o de huir, pero no pensaba permitir que eso sucediera. Durante todos los años que había estado tratando de darle caza, siempre había soñado con atraparlo y encerrarlo en la Críptula, a pesar de que también arrastraba la sensación de que no sería castigo suficiente. La muerte tampoco era una opción porque sería demasiado fácil. Quería hacerlo *sufrir*, que sintiera el mismo dolor que ella y que sus otras víctimas, que lo torturaran día tras día durante el resto de su miserable vida mientras se consumía en algún lugar oscuro y profundo, hasta que exhalara su último aliento. Nunca había tenido claro cómo conseguirlo, pero ahora tenía una oportunidad, una lo bastante buena como para dejarla escapar.

Antes de que alguien pudiera detenerla, se giró hacia el Guardián y dijo:

—Quiero usar mi magalía. Deseo...

—Lo siento, Viridia Solace —la interrumpió el Guardián. A Viri la sorprendió que supiera su nombre—. Solo puedo conceder un deseo por persona, y tú ya usaste el tuyo.

Viri alzó las cejas y, después, frunció el ceño.

—No, yo no he pedido ningún deseo. Fue Reeve el que pidió su deseo antes.

—No, no ha sido esta noche. —El mago chasqueó los dedos en el aire y, de la nada, apareció una humeante taza de té en sus manos—. Pediste tu deseo hace siete años.

Ella lo miró con el ceño más fruncido aún.

—¿De qué estás hablando? Es la primera vez que te veo en mi vida.

El Guardián le dio un sorbo al té; parecía estar disfrutando de la situación.

—En realidad, nos hemos visto dos veces —afirmó—. Aunque es normal que no te acuerdes de la primera, porque eras muy joven. Pero, la segunda... —Hizo un sonido con los labios cerrados—. Bueno, no te acuerdas porque tú misma *pediste* olvidarlo. Ese fue tu deseo: olvidar. Y yo te lo concedí.

27

La noticia impactó tanto a Viri que se tambaleó hacia atrás, como si le hubieran dando una patada en el pecho. Retrocedió un par de pasos hasta que estuvo a punto de caerse al pisar una grieta que había en el suelo de piedra, pero en ningún momento apartó los ojos del Guardián. No entendía lo que acababa de contarle y, aun así, había una parte en lo más profundo de su ser que sabía que le estaba diciendo la verdad.

Viri miró a Reeve y a Braedan y sus caras eran de...

Los ojos abiertos como platos y la palidez de sus rostros delataron que sabían algo que no querían que Viri averiguara.

—¿Qué es lo que quise olvidar? —preguntó con la respiración entrecortada—. ¿Y por qué?

—Puedo enseñártelo si quieres —le ofreció el mago, que le dio otro sorbo al té, ajeno a la vorágine de pensamientos que invadió la mente de Viri—. Fue una de las condiciones de tu deseo: que, si en algún momento querías recuperar tus recuerdos, te los devolvería. —Sonrió y se inclinó hacia ella, como si fuera a contarle un secreto—. Fue idea mía. Estabas tan desconsolada que, cuando pediste el deseo, no te importaba nada más, pero decidí tener ese pequeño detalle por si llegaba este día. —Volvió a enderezarse—. Si quieres recordar todo lo que has olvidado, solo tienes que decírmelo.

—Pues claro que quiero...

—Viri, espera —la interrumpió Reeve al instante y su voz reflejó el miedo que sentía. El segador recorrió la distancia que los separaba y agarró las manos de Viri, que las tenía frías y sudadas—. Piénsatelo bien. Si pediste olvidar algo, tuvo que ser por algún motivo de peso. Tal vez deberías confiar en la decisión que tomó la Viri del pasado y... —Tragó saliva—. Olvidarte de ello.

Viri estudió el rostro de Reeve y vio una agitada tormenta que inundó sus ojos plateados, pero no le hizo cambiar de opinión, sino que le sirvió para reafirmarse en que quería descubrir lo que pasó. Desde que se reencontró con Reeve, supo con total seguridad que le estaba ocultando algo. Y, fuera lo que fuera, iba más allá de todo lo que le había contado sobre el Gran Segador, la ciudad escondida de los segadores y la supuesta inocencia de Braedan, que no tenía intención de llevar a cabo el sacrificio de la Aurora. El secreto que callaba, un secreto que no quería que Viri supiera, o, más bien, *recordara*, no tenía nada que ver con lo anterior.

Se zafó de las manos de Reeve, se giró hacia el Guardián y dijo con decisión:

—Quiero recuperar mis recuerdos.

—No, Viri... —empezó a decir Braedan. Era la primera vez que le hablaba a ella directamente.

—No me hables —lo interrumpió Viri con un bufido casi inhumano—. No te atrevas ni a *mirarme*.

Braedan dio un paso atrás, como si acabaran de apartarlo de un empujón, pero recuperó la compostura al segundo y abrió la boca para insistir. Sin embargo, se calló cuando Reeve trató de tranquilizarlo apoyando una mano sobre la capa que le cubría el hombro y susurrándole algo al oído. Braedan se dio por vencido y

asintió con rigidez, aunque no sabía si eso iba por Reeve o por Viri; su cara mostró la preocupación que sentía en su interior y clavó la mirada azul celeste en el suelo, como si no creyera soportar ver lo que estaba a punto de ocurrir.

—Entonces, está decidido —dijo el Guardián, haciéndole un gesto a Viri para que lo siguiera hasta la chimenea de llamas verdes—. Puede que te marees un poco, así que será mejor que te sientes.

Viri eludió la mirada suplicante de Reeve e ignoró por completo a Braedan al sentarse en uno de los sillones de terciopelo suave junto al mago.

—Como te acabo de decir, puede que sientas algo raro —volvió a advertirla el Guardián. Las llamas mágicas iluminaron sus ojos cuando dejó la taza a un lado y estrechó las manos de Viri entre las suyas—. No vas a sentir ningún dolor físico, pero la mente es muy poderosa y hará lo que sea necesario para protegerte, incluso de ti misma. Intenta mantener la calma, así será mucho más fácil.

Pero a Viri le resultó imposible relajarse. Estaba tan rígida como la piedra que rodeaba las paredes de la sala y no dejaba de preguntarse qué podría haber hecho que fuera tan terrible como para *decidir* olvidarlo. El Guardián acababa de contarle que había usado su magalía siete años antes, pero solo se le venía un día a la mente que podría haber deseado olvidar por aquel entonces. Y, aun así, tampoco tenía sentido porque recordaba con exactitud cada instante de la tragedia. De modo que, fuera lo que fuera, no podía tener nada que ver con...

—¿Estás lista? —La pregunta del Guardián la sacó de sus pensamientos.

Viri no pudo evitar mirar una última vez a Reeve para buscar

consuelo en sus ojos, a pesar de saber que no lo encontraría. Para cuando la cazadora tomó asiento, Reeve se había movido; ahora estaba apoyado contra la pared que había junto a una de las ventanas, con los brazos cruzados y observando el oscuro bosque con una extraña expresión de resignación. Tenía una mancha de sangre seca en la sien, aunque la herida ya se había curado, su cabello oscuro estaba alborotado y despeinado, y llevaba el atuendo negro tan hecho polvo como el de Viri tras la peligrosa travesía por el bosque. Y, aun así, bañado por la luz de la luna, tenía mejor aspecto que nunca, como si fuera un héroe taciturno que hubiera salido de una de las novelas románticas de Wynter.

Segador. Monstruo. Asesino.

Al recordar lo que era Reeve en realidad, Viri sintió una aguda punzada de dolor en lo más profundo de su ser, una intensa mezcla de ira, desesperación... y pena. Apartó la mirada y se dijo a sí misma que no necesitaba su consuelo. No lo necesitaba ni lo *quería*. Había estado mintiéndole; o, al menos, ocultándole información importante y dejando que creyera cosas que no eran ciertas. Había llegado el momento de averiguar por qué y estaba segura de que encontraría las respuestas en los recuerdos que le arrebató la magalía.

Viri agarró las manos del Guardián y le dijo:

—Sí, estoy lista.

Antes de que la habitación se volviera borrosa, lo último que vio fue el pecho de Reeve subiendo y bajando tras un profundo suspiro y a Braedan dejándose caer sobre uno de los sillones libres para, después, quedarse mirando la chimenea con aire apesadumbrado. Aunque se dio cuenta tarde, Viri pensó que debería haber atado a Braedan con su fílux para impedir que se escapara. Sin embargo,

parecía estar tan resignado como Reeve con respecto a lo que fuera a pasar y se le veía con la intención de esperarlos, no de huir; en cualquier caso, ya era tarde para atarlo. Viri sintió como si una oleada de élixen la abofeteara y, de pronto, su mundo se dio la vuelta y se dio cuenta de que ya no seguía en la torre, sino que se encontraba en otro lugar muy distinto.

Un lugar que le resultaba tan familiar como doloroso.

Estaba segura de que recordaba cada terrible segundo de su ceremonia de concesión, así que era innegable que lo que se alzaba frente a ella era la imponente silueta del obelisco del sur, la piedra de obsidiana que se estrechaba hacia arriba, atravesando un despejado cielo azul. Los alrededores estaban despoblados y no tenían nada que ver con las granjas que había a uno de los lados, a lo lejos, ni con la boscosa necrópolis que se extendía hacia el otro. El aparentemente inofensivo obelisco descansaba en mitad de un césped circular bien cuidado y bordeado por unos setos con brillantes rosas angelicales. La imagen resultaba apacible. Acogedora. *Mágica*. Y eso era justo lo que los niños necesitaban ver cuando llegaban allí para sacrificar su élixen. Eso era justo lo que *Viri* necesitó ver como la chica de diez años que era por aquel entonces.

Allí estaba ella, saltando junto a Braedan por el hueco que quedaba entre las rosas angelicales hasta que, con los ojos muy abiertos, observó el obelisco, maravillada.

A Viri le resultó de lo más extraño verse a sí misma de joven, como si estuviera contemplando la escena como espectadora en lugar de estar viviéndolo en primera persona. Se preguntó si sería efecto de la magalía, pero no se recreó en el pensamiento, sobre todo porque toda su atención se centró en una versión mucho más joven de Reeve

que apareció entre las rosas angelicales, con Jorth y Amity Solace siguiéndolo de cerca.

Los padres de Viri.

El recuerdo parecía tan real que se le llenaron los ojos de lágrimas; sus padres estaban allí mismo y tuvo que reprimir el impulso de acercarse y tocarlos. Su padre siempre había sido un hombre apuesto, alto y de porte orgulloso, tenía el pelo cobrizo oscuro y los mismos ojos azul celeste que Braedan. Amity era increíblemente hermosa, con una melena castaña rojiza intensa, como la de Viri, pero sin los mechones plateados, y unos ojos color lavanda que también había heredado Viri. Tanto Jorth como Amity llevaban sus capas carmesís de cazadores sobre unos trajes negros de cuero, señal de que volverían al trabajo en cuanto terminara la ceremonia de concesión. Sin embargo, en ese momento, no les quitaban el ojo de encima a sus dos hijos.

Viri pensaba que se acordaba de todo lo que estaba a punto de suceder a continuación. En los recuerdos que conservaba, Braedan se acercó al obelisco para ceder su magia a regañadientes y, después, Viri hizo lo mismo que él. Ahí fue cuando perdió el conocimiento unos segundos y, al despertarse, encontró a sus padres muertos y a su hermano junto a ellos, con las venas del brazo teñidas de negro, y tanto Reeve como él se largaron antes de que llegaran los guardias de la Nox y los cazadores. La abandonaron. La dejaron sola cuando su mundo acababa de desmoronarse por completo. No obstante, la escena que estaba presenciando ahora... Había algo distinto, como si una ligera niebla se hubiera disipado. De pronto, su mente cambió y se reorganizó; parecía que hubieran abierto una puerta que ni siquiera sabía que existía.

En menos de un segundo, sintió una angustia abrumadora antes de que su conciencia se disolviera y su perspectiva cambiara. Fue entonces cuando pasó de observar el recuerdo a estar *dentro* de él; volvía a pensar y a sentir lo mismo que su yo de diez años, y la escena se desarrolló como si se tratara de un sueño.

—¡Qué alto es! —exclamó Viri, dándole la espalda al obelisco para mirar a Braedan y a Reeve con una sonrisa—. ¿Habrá intentado escalarlo alguien? ¿Creéis que podríamos escalarlo nosotros*?*

—Yo me apunto. —Reeve le dio un empujoncito a Viri con el hombro antes de girarse hacia su mejor amigo—. ¿Qué dices, Brae? ¿Una carrera amistosa para ver quién llega más alto?

Brae le sonrió.

—No creo que podamos mantener lo de amistoso cuando os pongáis a llorar como perdedores porque os haya ganado.

Viri le sacó la lengua a su hermano. Aunque Braedan fuera el mayor, tanto ella como Reeve siempre se las arreglaban para seguirle el ritmo en sus aventuras, y él lo sabía.

—Mucho hablar, pero... —dijo Reeve con los ojos estrellados brillando de una forma que a Viri le encantaba. Aunque también se perdía en ellos cuando parecían invadidos por tormentas. Sin embargo, no *le gustaban cuando estaban tristes, pero ya hacía mucho que no lo veía así—. A lo mejor eres* tú *el que se pone a llorar cuando Viri y yo te pateemos el...*

—Aquí nadie va a patear nada ni va a trepar por el obelisco —le interrumpió Jorth en un tono serio, aunque le fue inevitable ocultar que le divertía la situación.

—Papáááá... —se quejó Viri girándose hacia su padre para suplicarle con la mirada y, después, a su madre, por si no funcionaba—. Pero si sois vosotros los que siempre nos decís que nos pongamos a prueba.

—A prueba sí —respondió Amity con unos chispeantes ojos lavandas que la delataban—. Pero es mejor esperar al menos otro año antes de que la Nox os arreste.

Viri hizo pucheros, pero Reeve le dio un ligero codazo y le guiñó un ojo, como si quisiera prometerle sin palabras que se escabullirían más tarde para hacer la carrera. Braedan clavó la mirada en el suelo para no desvelar sus verdaderas intenciones, pero el hoyuelo en su mejilla demostró que estaba dispuesto a volver cuando terminara la ceremonia. Los tres tenían bastante experiencia a la hora de hacer travesuras mientras Jorth y Amity salían a cazar, así que ese día no sería distinto.

—Está bien —refunfuñó Viri para que sus padres no sospecharan nada. Después, volvió a girarse hacia el obelisco—. ¿Cuánto se tarda?

Amity le colocó el pelo a Viri detrás de la oreja y le dedicó una sonrisa. Sin embargo, se mordió el labio al observar con detenimiento los mechones plateados mezclados con la melena rojiza de su hija y el rostro se le crispó de preocupación. Incluso de inseguridad.

Era la primera vez que veía a su madre tan nerviosa.

—¿Qué pasa?

La mujer intercambió una mirada con Jorth y este la rodeó con el brazo, como si ella, o ambos, necesitaran que el otro le consolara.

Tras aclararse la garganta, Amity dijo:

—No pasa nada, cielo. Es solo que... eres muy joven. Tal vez sería mejor que esperáramos unos años más para tu concesión.

—A mí me gustaría, la verdad —bufó Braedan—. No me apetece nada tener que hacer esto.

—Sabes que eso no es posible, hijo —dijo Jorth sin malas intenciones.

—Lo sé, lo sé —contestó Braedan, poniendo los ojos en blanco—. Las leyes. Las tutelas. Lo de consumirse. Bla, bla, bla... Lo entiendo, pero no por

eso me gusta la idea.

—A mí no me importa entregar mi élixen. —Viri se encogió de hombros —. En algún momento tenía que pasar. —Les dedicó una mirada interrogante a sus padres—. Una vez os oí hablar de mí, de que podía consumirme antes de tiempo. ¿No era esto lo que queríais?

Sus padres, al descubrir que los había estado escuchando a escondidas, la miraron sorprendidos; o, más bien, inquietos. Aun así, a Viri no le pareció que dijeran nada interesante. La mayoría de lo que escuchó no tenía sentido, como que era una chica «especial» y que alguien les había advertido sobre un «precio» y les había dicho que no dejaran que tuviera su ceremonia de concesión. Pero eso era ridículo, porque ella sabía de sobra que sí que tenía que hacerlo. No solo porque así lo decretara la ley, sino porque, de lo contrario, se consumiría. Sus padres no le habrían sugerido que entregara su magia cuatro años antes si no estuvieran preocupados por ella. Sin embargo, Viri estaba contenta porque hubiera llegado el momento de desprenderse de su magia porque sabía que Braedan no estaba muy por la labor, pero, al hacerlo los dos a la vez, contaba con que a su hermano le resultaría mucho más fácil.

—Creemos que es lo mejor, cariño. —Jorth le sonrió, aunque su sonrisa estaba teñida de desazón—. Solo queremos que estés lo más a salvo posible.

Viri no tenía claro si se refería a la posibilidad de consumirse o a los segadores, pero, fuera lo que fuera, cuando acabara el día, ninguna de las dos opciones serían un problema para ella. Por una parte, quería que Reeve también tuviera su concesión ese día, pero era tan terco que se había empeñado en no estropear el momento familiar y aseguraba que no le importaba esperar para celebrar su ceremonia.

—¿Lo hacemos ya o qué? —preguntó Braedan, que pareció estar conteniendo las ganas de vomitar cuando alzó la vista hacia el obelisco una

vez más.

—Cuando estéis listos —respondió Amity poniéndole a su hijo una mano en el hombro y ofreciéndole una mirada alentadora—. Te acuerdas de lo que tienes que hacer, ¿verdad?

Braedan asintió.

—Solo tengo que tocar la piedra y... entregarle *mi élixen, como si se lo estuviera ofreciendo, y el obelisco se encargará de extraerlo por sí solo. —Su rostro reflejó las dudas que callaba, pero también se mostró curioso cuando añadió—: Erlis Milton me ha dicho que extraer élixen es igual, pero al revés. Que, en lugar de mostrar disposición a entregar la magia que llevas dentro, te muestras dispuesto a recibir la magia de otra persona. ¿Es así?*

Viri miró a su hermano sorprendida, al igual que Reeve, pero tanto Amity como Jorth lo observaron con el ceño fruncido.

—El jovencito Erlis no debería ir por ahí hablando de cosas que ni siquiera entiende —espetó Jorth en tono firme—. Ya tendré yo una charlita con su padre.

—Pero ¿es verdad lo que dice? —insistió Braedan—. ¿Tan fácil es extraer magia de otra persona?

—Matar a otra persona en beneficio propio no es algo fácil —dijo Amity en tono de reproche—. Aunque el acto en sí requiere poco esfuerzo, las secuelas que deja son para toda la vida. Extraer élixen de otra persona a propósito, es decir, arrebatar una vida, *es algo que cambia por completo quién eres. Así que no, no es como entregarles la magia a los obeliscos. Esto es una especie de ofrenda que se da de forma voluntaria y que sirve para reforzar las tutelas y proteger nuestra ciudad. Extraer élixen es un acto egoísta y detestable que no trae nada bueno, solo la muerte. —Amity tuvo que esforzarse por tranquilizarse—. Bueno, hoy no es día para hablar de estos temas. Hoy nos toca celebrar vuestra concesión, así que vamos allá. Y,*

cuando terminemos, nos iremos a tomar un delicioso almuerzo en Juniper Grill. ¿Qué me decís?

Viri asintió con ilusión y el estómago le rugió con solo pensar en ir a comer a su restaurante favorito de todo el Gremio de Entretenimiento. Reeve también asintió, al igual que Braedan, aunque este último tardó en reaccionar, como si siguiera dándole vueltas a lo que le había dicho Erlis. Viri estuvo a punto de darle una patada a su hermano para que se diera prisa, pero salió de su ensimismamiento un segundo antes.

—Muy bien, estoy listo —exclamó Braedan, aunque se le seguía viendo un poco descompuesto por lo que estaba a punto de hacer.

—Tú puedes, hijo —dijo Jorth sonriéndole con orgullo.

—Nos quedaremos aquí para animarte —añadió Amity, que le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla antes de que Braedan se alejara de ellos.

El chico tragó saliva. Después, soltó un profundo suspiro, se dio la vuelta y avanzó con pasos firmes a través de la hierba hasta detenerse frente al obelisco. Miró atrás una vez más y su cara reflejaba toda la inseguridad que sentía, pero Amity y Jorth trataron de tranquilizarlo con la mirada. Viri y Reeve, en cambio, estaban nerviosos, pero, al verlos, los labios de Braedan se curvaron hacia arriba y le ayudó a liberar tensión. Tras suspirar una segunda vez, colocó la mano sobre la piedra de obsidiana y cerró los ojos para concentrarse todo lo posible.

Viri sintió que le sudaban las manos al observar a su hermano, pero, a los pocos segundos, vio que Braedan se relajó y volvió a abrir los ojos. De pronto, en su rostro se dibujó una sonrisa de alivio y apartó la mano del obelisco justo antes de volver hasta donde lo esperaban.

—¿Ya está? —exclamó Viri, fulminándolo con la mirada—. ¿Seguro que lo has hecho bien?

Jorth empezó a reírse.

—Ya está, cariño. No cuesta nada. Y es un regalo, ¿recuerdas? Imagina que los obeliscos tuvieran vida y estuvieran agradecidos de recibir la ofrenda que les das, así que te lo van a poner lo más fácil posible.

—¿Has sentido algo raro? —le preguntó Viri a su hermano—. ¿Te ha dolido?

—Sí a lo primero, no a lo segundo —respondió Braedan, moviendo los hombros en círculos y flexionando los dedos, como si hubiera dejado de sentir algo que antes estaba ahí—. Bueno, no era dolor, sino más bien una especie de... ¿hormigueo caliente?

Viri miró a su hermano con los ojos entrecerrados, como si quisiera asegurarse de que no le estaba mintiendo. Siempre había sido muy protector con ella, a veces demasiado, así que, si le hubiera dolido de verdad, *ya se habría puesto a discutir con sus padres para que la dejaran esperar unos años más. Su rostro desenfadado era una señal indiscutible de que estaba diciendo la verdad, así que Viri dejó escapar un silencioso suspiro; hasta entonces no se había dado cuenta de lo intranquila que estaba.*

—¡Me toca! —gritó Viri—. Y, después, ¡a comer!

—Pero si cuando veníamos hacia aquí te he dado la mitad de mi bollito de vainilla —dijo Reeve entre risas, negando con la cabeza—. ¿Cómo es posible que sigas teniendo hambre?

—Porque solo me diste la mitad.

Los labios de Reeve se curvaron, pero, antes de que Viri pudiera ver su sonrisa, se dio la vuelta y se dirigió hacia el obelisco dando saltitos.

—Viri, cielo, espera.

Al escuchar el tono angustiado de su madre, se giró y se encontró con unas extrañas miradas de preocupación de sus padres; tenían las mejillas pálidas y los ojos inundados de miedo.

Viri miró a su alrededor con desesperación y se preguntó si las marcas de

cazadores de sus padres habrían empezado a quemarles, señal de que había algún segador cerca, pero allí no había nadie salvo ellos cinco. No había ningún peligro.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Amity respiró hondo y abrió los brazos.

—Te has olvidado de darnos un abrazo.

Viri arrugó la nariz.

—¿En serio, mamá? Estaré a, no sé, unos veinte pasos.

—A mí también me ha dado un abrazo y un beso —le recordó Braedan—. Si no dejas que te lo dé, estaremos aquí todo el día.

Suspiró y se acercó a su madre para dejar que la abrazara. Después, su padre hizo lo mismo y ambos la estrecharon con fuerza entre sus brazos, como si no quisieran soltarla.

—Te queremos, cariño —dijo Jorth con la voz ronca—. Estaremos... Estaremos aquí, como con Brae.

—Cuando toques el obelisco, no fuerces nada —le advirtió Amity conforme cerraba los dedos de la mano, como si se estuviera conteniendo de volver a abrazar a su hija—. Tú... Solo... deja que tome lo que necesite. No te resistas. Y, por supuesto, no intentes extraer nada del obelisco.

Braedan frunció el ceño.

—¿Cómo iba a hacerlo? —Braedan parecía confundido, pero trató de calmar a Viri diciéndole—: Es como si volcaras un cubo de agua. Cuando te des cuenta de que el élixen no está, habrás terminado. No tienes que resistirte ni recuperar nada. No te preocupes, todo va a salir bien.

Braedan y Viri intercambiaron una mirada de hermanos, una mirada que solo ellos entendían, como si ambos pensaran que sus padres se estaban comportando de forma muy extraña.

—No me resistiré al obelisco —les prometió Viri a sus padres—.

Entendido.

Esas fueron sus últimas palabras antes de darse la vuelta y dirigirse hacia el obelisco antes de que sus padres cambiaran de opinión sobre su concesión; no dejaba de pensar en el pollo al ajillo y las patatas crujientes que se comería en Juniper Grill cuando se marcharan de allí. Sin embargo, cuando se detuvo justo delante de la piedra de obsidiana, el hambre quedó eclipsada por unas mariposas que le revolotearon en el estómago.

Nunca había estado tan cerca del obelisco. De pronto, sintió un zumbido intenso y constante sobre la piel que le caló hasta los huesos y que hizo que se le erizaran los vellos de todo el cuerpo y que la sangre de sus venas se congelara. Fue como si pudiera sentir *el poder que albergaba la piedra, como si la magia flotara en el aire. En algunos momentos de su vida, había sentido algún cosquilleo de élixen del que no se había percatado nadie más, pero nunca había presenciado una oleada de élixen tan fuerte, como si hubiera algo en su interior que llamara al obelisco. O, tal vez, era el obelisco el que estaba llamándola a ella.*

Braedan no había dicho nada al respecto. Ni él ni sus padres.

Viri no sabía si estaba más agobiada o entusiasmada por la extraña sensación que se extendía por cada nervio de su cuerpo, pero el poder que sentía la tenía hipnotizada por completo y le resultó imposible no alargar la mano hacia la piedra.

En cuanto la tocó, dejó escapar un grito ahogado...

Y el mundo que la rodeaba estalló.

Fuego, sentía que era fuego. *Ni siquiera había llamas, pero notaba cómo el calor abrasador y agonizante recorría cada resquicio de su cuerpo mientras una energía pura, la magia inmaculada, fluía del obelisco hacia ella. Viri notó cómo la envolvía una sensación asfixiante y posesiva, como si la piedra buscara algo a la vez que la reclamaba como suya; una sombría voz*

que parecía susurrar: «Mía. Mía. Mía».

El calor fue a más y Viri empezó a gritar, convencida de que estaba quemándose viva. Intentó separar la mano de la piedra, pero la magia que corría por sus venas le impedía apartarse y la tenía unida a algo que parecía estar matándola.

Soltó otro grito de sufrimiento y, entre las lágrimas que inundaron sus ojos, distinguió las figuras de su madre y su padre, que iban corriendo hacia ella mientras les gritaban a Braedan y a Reeve que no se movieran de donde estaban. El miedo se apoderó de ella porque, aunque no sabía con exactitud qué estaba pasando, tenía la certeza de que no podía ser nada bueno, así que lo último que quería era que sus padres se acercaran a ella. Solo les quedaban unos pasos para alcanzarla cuando Viri alargó la mano que tenía libre para que se detuvieran. Del obelisco brotó la avalancha de magia más devastadora que había sentido en su vida y la quemó por dentro, como si el mismísimo infierno hubiera invadido su pecho. Hasta que la magia se extendió por el brazo de Viri de forma repentina...

Y les dio de lleno a sus padres.

Antes siquiera de que el miedo se reflejara en los ojos de Amity y Jorth, el élixen los golpeó y se desplomaron en el suelo. El gran aluvión de magia llegó hasta donde estaban Reeve y Braedan, que se cayeron de espaldas y aterrizaron sobre los setos de rosas angelicales, aturdidos. Sin embargo, los padres de Viri no parecían estar aturdidos. De hecho, no reflejaban ninguna emoción.

Porque no se movieron ni un palmo.

La magia...

La magia del obelisco...

La magia de Viri*...*

Dejó escapar un sollozo, como si la estuvieran estrangulando, aunque el

calor seguía yendo a más, pero las llamas que sentía en su interior no eran nada comparadas con el dolor de ver a sus padres: con los ojos abiertos, pero sin ver, y tan quietos que solo podía significar una cosa.

Ni todo el fuego del mundo podría derretir la repentina frialdad que sintió en su interior al darse cuenta de lo que había pasado.

Sus padres estaban muertos.

Y era ella la que los había matado.



Salió del recuerdo y se puso de pie de un salto justo delante de la crepitante chimenea verde. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando murmuró en voz alta, aunque sin hablarle a nadie en concreto:

—Los he matado. *Yo los maté.*

No fue Braedan quien había matado a sus padres, sino *ella*. Era incapaz de mirarlo a la cara, ni a él ni a Reeve. Ni siquiera podía mirar al Guardián. Tenía la cabeza hecha un lío; su dolor era tan intenso y su vergüenza tan profunda que le resultó imposible hilar algún pensamiento racional. Lo único que sabía es que se sentía confusa y que no tenía ni idea de qué problema hubo con el obelisco ni por qué; antes de descubrir la verdad, estaba tan convencida de que había sido culpa de su hermano. Ahora que había recuperado sus recuerdos, tenía las respuestas a su alcance, pero no estaba preparada para seguir indagando en su memoria. Se sentía demasiado abrumada después de todo lo que había visto.

De pronto, tuvo la sensación de que los muros de piedra se cernieron sobre ella y que se le empezó a nublar la vista al intentar llenar los pulmones de aire. Sin embargo, cada vez que trataba de

respirar, era como si unas dagas le atravesaran la garganta, el pecho, el *corazón*.

—¿Viri? —Escuchó la titubeante voz de Reeve como si viniera de lejos.

Necesitaba aire.

Necesitaba aire.

—Viri, ¿estás...?

La sala empezó a dar vueltas a su alrededor y, con cada segundo que pasaba, tenía más ganas de vomitar. Necesitaba escapar. Necesitaba *respirar*.

Así que hizo lo único que podía hacer: salir corriendo.

28

Viri salió a toda prisa de la sala circular, pasó corriendo por delante del sendal y atravesó una puerta que había tallada en la pared. Después, recorrió unos extraños pasillos de piedra y bajó por unas escaleras tan empinadas como peligrosas. Oía cómo la llamaban a lo lejos, pero no se detuvo. *No podía detenerse*. Necesitaba con desesperación poner distancia entre ella misma y lo que acababa de descubrir. Necesitaba un momento para procesarlo todo, para pensar, para *entender*.

No sabía hacia dónde iba, solo que estaba en una especie de castillo antiguo y que todo cuanto la rodeaba conformaba un borrón de cuadros con marcos dorados, majestuosas estatuas y tapices de lo más detallados. Al avanzar corriendo, entrevió destellos plateados y dorados por el rabillo del ojo y pisó unas gruesas alfombras azules que trazaban su camino. Los distintos colores formaban una mezcla hipnótica que fue dejando atrás mientras corría a ciegas, cada vez más y más abajo...

Y, entonces, por fin, atravesó unas puertas de doble arco que daban paso al frío de la noche y al denso aroma a madreselva y jazmín. Aunque estaba mareada, Viri echó un vistazo rápido y se dio cuenta de que no había llegado a salir de los terrenos del castillo, sino que se encontraba en un pequeño jardín trasero delimitado por columnas de piedra y rodeado de torres más antiguas, parecidas a la que

acababa de dejar atrás. Un puñado de lumiposas flotaban tranquilas en el aire; sus pequeñas y brillantes alas revoloteaban sobre unas flores deslumbrantes y peculiares y unos árboles de hojas bioluminiscentes, y se extendían entre los hongos brillantes que inundaban la reluciente hierba. La luz de la luna iluminaba una fuente de tres niveles que se encontraba en mitad del jardín encantado y que estaba rodeada por un estanque de aguas cristalinas donde nadaban peces iridiscentes.

El jardín era increíble y desprendía belleza y magia, pero Viri casi no pudo deleitarse porque se dejó caer sobre la fuente, ansiosa porque el aire le llenara los pulmones. Sentía que se ahogaba y le costaba respirar, justo como cuando el espectro la sometió a sus juegos mentales, con la misma sensación de tener algo que le cerraba la garganta. El jardín empezó a tambalearse a su alrededor y las luces caleidoscópicas le revolvieron el estómago hasta el punto de cerrar los ojos de golpe para que todo dejara de darle vértigo. Sin embargo, en cuanto los cerró, se le vino la imagen de sus padres en el suelo justo delante del obelisco, con los ojos abiertos y las miradas vacías.

Los he matado. Los he matado. Los he matado. Los he...

—¡VIRI!

Unas manos la agarraron de los hombros y la sacaron de su ensimismamiento. Al abrir los ojos, se encontró la mirada plateada y ferviente de Reeve.

—¡Vamos, respira! *¡Tienes que respirar!*

No se lo estaba pidiendo, sino ordenando. Pero no fue capaz de hacerle caso y, de pronto, los colores del jardín se mezclaron y todo empezó a oscurecerse a su alrededor.

Reeve maldijo en voz alta cuando se dio cuenta de que había dejado de escucharlo y llevó una de sus manos al cuello de Viri con suma rapidez. Sus ojos se clavaron en los de ella al emitir una corriente de élixen que se extendió por sus venas como si fueran los mismísimos rayos del sol. La paz que sintió Viri fue casi instantánea, una tranquilidad que sobrepasaba los límites de lo natural y que la dejaron débil y abstraída, y se le doblaron las rodillas de forma tan repentina que Reeve tuvo que agarrarla de la cintura con el otro brazo para que no se cayera al suelo.

—Respira, sombrita —le murmuró en el oído al dejarse caer sobre él—. Respira.

Esta vez, pudo hacerle caso y notó cómo la garganta se le abrió lo suficiente como para respirar una, dos y hasta tres veces. Los pulmones se le enfriaron cuando el aire dichoso y suave los inundó, sus latidos empezaron a ralentizarse y recuperó la visión.

Solo unos segundos más tarde, Viri volvía a estar casi normal, pero no había terminado de recomponerse.

Dejó escapar un sollozo y, después, otro, y su cuerpo se dobló en dos por el dolor que la golpeó desde dentro.

—Yo... Yo... Yo... —Estaba llorando tan desconsoladamente que era incapaz de hablar; no podía compartir con Reeve el recuerdo que acababa de ver ni contarle lo que había *hecho*.

—Lo sé —dijo Reeve en voz baja. La apretó contra su pecho y le acarició el pelo mientras Viri lloraba con el corazón encogido y sus lágrimas le empapaban la camisa—. Lo sé.

—¿Q-qué pasó? —balbuceó Viri—. ¿Por...? ¿P-por qué mu-muri...?

Murieron. ¿Por qué *murieron*? Esa era la respuesta que necesitaba, pero seguían sin salirle las palabras.

Reeve se tensó bajo el cuerpo de Viri, pero siguió hablándole en voz baja con ternura cuando le preguntó:

—¿Qué has visto?

Por fin, consiguió mantener los sollozos a raya y se apartó un poco de Reeve, aunque no fue capaz de alejarse de él.

—No sé, pasó a-algo con mi magia cuando i-intenté entregársela al obelisco —respondió Viri con voz trémula y con las lágrimas cayendo por sus mejillas, pero al menos ya no lloraba con tanta angustia—. Era como si b-brotara de mí, como si e-explotara y... y...

Y mató a sus padres.

La conmoción tras haberlo descubierto empezó a desaparecer poco a poco y la cazadora fue asimilando que, independientemente de lo que hubiera pasado, no fue culpa suya. Algo había salido mal; por el motivo que fuera, el obelisco lanzó una repentina pero inesperada oleada de magia que acabó en tragedia. Había sido un accidente, nada más. Pero, aun así, la culpabilidad que sentía la estaba matando por dentro.

—Tienes que recordar más cosas —murmuró Reeve, que seguía acariciándole el pelo—. Pero solo... Solo si quieres saber todo lo que pasó.

El tono de duda con el que le habló hizo que Viri lo mirara, y la luz de la luna reflejó la inseguridad que invadió sus facciones; de hecho, más que inseguridad, parecía miedo. Y, al verlo, Viri estuvo a punto de renunciar a ver el recuerdo completo, pero sabía que, si no lo veía, tendría que vivir con la duda de no saber qué más había decidido olvidar.

Necesitaba averiguar por qué se había pasado siete años pensando que fue su hermano el que mató a sus padres; se lo debía. Y también

se merecía descubrir qué había sucedido en realidad.

—¿Cómo puedo v-ver el resto? —preguntó balbuceando solo un poco ahora que, por fin, había logrado dejar de llorar.

Reeve parecía tan resignado como lo había estado en el castillo, aunque se le veía más inquieto que antes, como si supiera con certeza lo que Viri estaba a punto de ver y le aterrara más aún que lo que ya había presenciado. Con solo pensarlo, ella sintió que se le revolvió el estómago, pero se armó de valor y se preparó lo mejor que pudo para lo que estuviera a punto de ver.

—Cierra los ojos —le dijo el chico al ver que estaba decidida a hacerlo—. Piensa en lo último que recuerdes. Ahora que el Guardián ha revertido tu magalía, tu mente debería poder recordar el resto sin problemas.

Dejó escapar un suspiro al seguir las indicaciones de Reeve, pero ni se planteó la posibilidad de desprenderse de sus brazos. Necesitaba su apoyo firme, su fuerza y su seguridad en un momento en el que todo su mundo se estaba viniendo abajo, y algo le decía que solo iba a ir a peor. No le importó sentir que lo necesitaba. No le importó que fuera un segador, un monstruo, un asesino. Seguía siendo Reeve, y él era lo único que podría ayudarla a no venirse abajo mientras se adentraba en su pasado. Un pasado que *compartían*.

Viri observó a Reeve un segundo y clavó la mirada en sus ojos como tormentas, que libraban una lucha interna. Y, después, cerró los suyos y se perdió en sus propios recuerdos.

✦

Una oleada de pánico atravesó a Viri cuando vio a sus padres desplomados

en el suelo. Tan solo unos segundos antes, iban corriendo hacia ella y, ahora, jamás volverían a correr. Ni a abrazarla, a darle un beso, a sujetarla, a amarla. Se le vinieron incontables recuerdos a la mente, momentos en los que compartieron risas y lágrimas, entre muchas otras cosas. Pero todo eso se había acabado.

Sus padres estaban muertos.

Estaban muertos.

Y todo había sido culpa de Viri.

Aunque, en realidad, no lo era. Ella no había hecho nada. Había sido el obelisco.

El fuego se abrió paso a través del entumecimiento de su cuerpo y la nueva sensación de quemazón de la magia fue tan intensa que estalló en gritos. Las lágrimas siguieron corriendo por sus mejillas conforme el dolor envolvía cada parte de su ser. Quería entregarse a él, dejar que la consumiera y acompañar a sus padres en el descanso eterno, pero, a pesar de que lo pensó y que la idea cada vez le resultaba más tentadora, había algo en su interior que le decía que sus padres no querrían que se rindiera. Tenía que luchar. Tenía que vivir.

—¡VIRI! —Reeve la llamó, pero la angustia que ella sentía le impidió escucharlo—. Brae, ¡tenemos que hacer algo! ¡Tenemos que ayudarla! ¡Brae! ¡BRAE!

Los ojos de Viri, cargados de dolor, observaron a Braedan, que estaba de pie junto a sus padres. Estaba pálido y se había quedado petrificado al contemplar sus cuerpos sin vida.

Entonces Viri se percató de que Reeve iba corriendo hacia ella, justo como habían hecho sus padres unos segundos antes. Quiso gritarle que no se acercara a ella, pero, por el gesto obstinado de su cara, sabía que no le haría caso.

—¡Tienes que separarte del obelisco! —le gritó Reeve cuando se detuvo justo delante de ella, tan cerca que se estaba poniendo en peligro. Si del obelisco salía otro aluvión de poder... Si la magia volvía a estallar...

—No p-p-puedo. —balbuceó a causa del dolor. Sentía tanto calor en su interior que estaba segura de que se le estaba derritiendo la piel sobre los huesos—. ¡Reeve, tengo miedo!

—Estoy aquí, Viri —respondió el chico. El miedo le hizo palidecer, pero la expresión de su rostro cambió cuando tomó la decisión de acercarse más a ella.

—¡No! —gritó Viri, retrocediendo hacia la piedra de obsidiana.

—¿Confías en mí, sombrita? —exclamó Reeve mientras levantaba las manos y las tendía hacia ella—. Creo... Creo que sé cómo ayudarte, pero tienes que confiar en mí.

—Yo...

Viri dejó escapar otro grito contenido que le impidió terminar la frase. Confiaba en Reeve más que en nadie en el mundo, pero el dolor... el dolor...

Era incapaz de articular palabra alguna por la agonía que seguía desgarrándola por dentro, y su sufrimiento fue a más hasta que, de pronto, un destello de luz la cegó; una corriente de élixen que irradiaba su cuerpo, como si fuera el mismísimo sol.

Reeve maldijo en voz alta cuando el élixen lo deslumbró y no esperó a que Viri le dijera nada más. Agarró la mano que ella tenía libre y envolvió su cuello con la palma para quedar piel con piel.

—¿Qué estás haciendo? —bramó Braedan, que había conseguido salir de su estupor y se había acercado a ellos.

Su amigo cerró los ojos para concentrarse.

—Tiene demasiada magia dentro. La matará si no la detengo.

—Eres... Eres... —Braedan se había quedado sin palabras.

—Sí —respondió Reeve entre dientes mientras se enfrentaba con todas sus fuerzas a la magia que estaba abrasando a Viri por dentro.

Sin embargo, cuando quiso darse cuenta, Reeve había dejado de luchar contra el élixen.

Estaba absorbiéndolo.

Robándolo.

Extrayéndolo.

Viri soltó un grito ahogado al sentir cómo empezaba a remitir el calor y, al mismo tiempo, las venas de Reeve empezaban a cambiar de color. Y, aunque lo estaba viendo con sus propios ojos, nadie que no tuviera la marca de los cazadores podría ver algo así. Sin embargo, las venas no se tiñeron del negro intenso propio de los segadores, sino que, bajo su piel bronceada, se extendieron unas vetas plateadas que desaparecieron bajo las mangas de su camisa oscura. Eso fue todo lo que vio Viri justo antes de que las llamas que ardían en su interior volvieran a refulgir con más fuerza, como si el obelisco estuviera furioso al darse cuenta de lo que Reeve estaba haciendo. Si el chico extraía la magia de Viri, la piedra de obsidiana perdería la conexión con ella y se vería obligada a soltarla.

Pero, siguiendo la misma lógica, si Reeve extraía su élixen, entonces él...

Viri no pudo terminar de hilar los pensamientos cuando el infierno que la estaba calcinando por dentro ardió con violencia. Eso era lo único que sentía, lo que le impedía pensar, hasta el punto de que su cuerpo fue incapaz de seguir soportando el dolor.

Lo último que vio antes de que se le nublara la vista fue el miedo de Braedan y el tesón de Reeve. Ambos gritaron su nombre y le suplicaron que se quedara con ellos.

Pero no podía.

Porque, de pronto, se sumió en la más completa oscuridad.



—¡Podrías haberla matado! ¡La has matado! *¿En qué demonios estabas pensando?*

—Tranquilízate, Brae. ¿Ves? Está respirando. Se va a poner bien.

En cuanto Viri se despertó, escuchó las familiares y difusas voces de su hermano y de Reeve.

—Puede que ahora *sí que esté respirando, pero hace un minuto no —exclamó Braedan en tono furioso y aterrado.*

—Lo que importa es que ya sí —respondió Reeve con firmeza—. Y será mejor que bajes la voz... Ya va a tener bastante que asimilar cuando se despierte, aunque no tiene por qué enterarse de lo que ha pasado.

*—¿*Qué *ha pasado? —espetó Braedan—. ¿Cómo es posible que esté viva?*

Viri sintió unos brazos que la envolvían, y esos brazos la apretaron en señal de protección. Cuando Reeve respondió, Viri supo que era él quien la tenía abrazada por lo cerca que escuchó su voz. Sin embargo, volvió a quedarse ligeramente inconsciente antes de poder enterarse de lo que dijo y solo escuchó el murmullo de sus palabras, pero recuperó el conocimiento justo cuando estaba terminando la frase:

—Sabes que moriría antes de permitir que le pasara algo.

Braedan dejó escapar un largo suspiro y su ira se desvaneció al escuchar lo que acababa de decirle Reeve.

—No me puedo creer que lo hayas hecho. Aun así... tengo que darte las gracias. El obelisco ha estado a punto de acabar con ella. Y nuestros... Nuestros padres... —A Braedan se le quebró la voz.

El dolor que sentía su hermano fue lo que hizo que se despertara. A pesar de que estaba tan asustada como Braedan, logró recuperar la compostura y se quedó sentaba en el regazo de Reeve mientras observaba todo lo que la

rodeaba, confundida. La hierba, que antes estaba bastante crecida, ahora estaba chamuscada, y las rosas angelicales de los setos ya no estaban brillando, sino apagadas, sin vida, al igual que sus padres, que se encontraban a escasos metros de ella.

Fue entonces cuando Viri se dio cuenta de que no se trataba de una pesadilla. Todo había sido real.

Por suerte, el dolor remitió, el fuego interno desapareció y el obelisco ya no la tenía atrapada. La piedra de obsidiana seguía en el centro de la hierba quemada, tan inocente como siempre, como si no hubiera estado a punto de arrebatarle la vida.

Las lágrimas inundaron los ojos de Viri; lágrimas por la impresión, por el miedo, por la angustia. Sus padres estaban muertos. El obelisco había intentado matarla. Reeve había infringido la ley y había extraído élixen de ella para salvarle la vida. Y, si lo que había oído era cierto, estuvo muerta durante unos instantes, aunque hubieran conseguido revivirla. Era demasiado. Todo lo que había pasado era demasiado *para ella...*

Empezó a sollozar y a temblar con tanta violencia que Reeve la estrechó contra su pecho y los brazos de Braedan los envolvieron a los dos, y los tres lloraron abrazados. Viri trató de disculparse, pero las palabras le salieron a trompicones entre los desgarradores sollozos; Reeve y su hermano trataron de callarla e insistieron en que no había sido culpa suya, que lo sabían, que lo superarían juntos. La fuerza con la que la sujetaron impidió que se viniera abajo, así como saber que, aunque tendría que afrontar un futuro sin sus padres, al menos tendría a Braedan y a Reeve. Siempre había contado con ellos y así seguiría siendo.

—Vaya, vaya, parece que me he perdido el espectáculo.

Una voz aterciopelada y sombría inundó los oídos de Viri e hizo que se le erizara la piel. Braedan y Reeve se apartaron y se secaron las mejillas al

observar la figura encapuchada que acababa de aparecer entre las inertes rosas angelicales. Viri siguió derramando algunas lágrimas en silencio, pero había conseguido dejar de sollozar, a pesar de que fuera porque se había quedado sin energía. Estaba agotada y aletargada. Y, aunque prefería eso a la pena que la invadió poco antes, sabía que, en algún momento, el dolor volvería a apoderarse de ella.

—¿Quién...? ¿Quién eres? —exclamó Braedan, que acababa de ponerse de pie y le tendió una mano a Viri para ayudarla a levantarse. Sin embargo, no la soltó, sino que sus dedos la agarraron con fuerza justo cuando Reeve se levantó al otro lado de Viri y se acercó a ella hasta que sus hombros se rozaron.

—¿Puedes a-ayudarnos? —le preguntó Viri al recién llegado, aunque la voz le tembló por el llanto—. Nuestros p-padres... El o-obelisco...

Hipó, pero, después, se esforzó por contenerlo.

La figura encapuchada dejó escapar un sonido de desaprobación. Su voz era grave y masculina, pero mantuvo sus rasgos ocultos bajo la capucha de la capa, que dibujaba unas peculiares sombras que le tapaban el rostro.

—Qué tragedia... Perder a unos padres siendo tan jóvenes... —El hombre chasqueó la lengua—. Sin embargo, ellos sabían de sobra que no debían experimentar con esta clase de magia. Lo que ha pasado hoy ha sido obra suya, y en más aspectos de los que os imagináis.

Al escuchar esas palabras, Viri sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago, incluso cuando el dolor dejó paso a la confusión.

—¿A qué te refieres? —exclamó Viri con la voz ronca. En ese momento, notó los dedos de Braedan apretando su mano, mientras que Reeve temblaba por la rabia contenida a su lado—. ¿De qué magia estás hablando?

—Hace nueve años y medio, tus padres tomaron una decisión. —La figura se acercó más a ellos; su cuerpo seguía oculto bajo la voluminosa capa

oscura y las sombras parecían moverse al compás de cada uno de sus pasos. Ni siquiera se le veían las manos, escondidas tras unos guantes negros que le cubrían cada centímetro de piel—. Hicieron algo que no deberían haber hecho, tomaron algo que no les pertenecía y despertaron una magia que debería haber permanecido intacta. Sus acciones tendrían consecuencias y hoy han pagado el precio por sus actos de la forma más absurda posible.

Reeve gruñó por lo bajo, pero Braedan se pronunció antes de que pudiera soltar lo que estaba a punto de decirle al hombre, empujado por la ira.

—¡Cómo te atreves! —bramó Braedan con los ojos hinchados de llorar—. Nuestros padres acaban de morir, ¿y tú te pones a insultarlos? —Se giró hacia Viri y Reeve—. Ignorad a este idiota. Tenemos que irnos y avisar a la Nox. Tenemos que... —Se le quebró la voz—. Tenemos que averiguar qué hacemos ahora.

Antes de que pudiera dar un solo paso, el hombre levantó la mano y se puso a juguetear con uno de los guantes conforme el filo de la capa se deslizaba por su antebrazo y dejaba a la vista un trozo de piel pálida.

Pero eso no fue lo único que desveló.

Viri ahogó un grito, se tambaleó hacia atrás y se agarró a Braedan y a Reeve; estos la sujetaron a pesar de que no habían visto lo mismo que ella. Viri *no debería haberlo visto tampoco, pero quizás la magia del obelisco había tenido algún efecto en ella o hubiera cambiado algo en su interior. Fuera cual fuera el motivo, lo que vieron sus ojos era innegable: unas venas negras que desaparecían bajo la manga del hombre.*

—E-eres un segador —Viri tartamudeó y le tembló la voz a causa del pánico. Tenían a un asesino delante de ellos, una persona que no tenía escrúpulos a la hora de matar niños. Una persona que disfrutaba *haciéndolo.*

—Pero no soy cualquier segador, Viridia Solace. —El hombre pareció

estar divirtiéndose con la situación—. Soy el líder de todos los segadores: el Gran Segador. —Su cabeza, oculta entre las sombras, se giró hacia Braedan —. Y no vais a ir a ninguna parte.

Viri notó que le temblaba todo el cuerpo, y tanto su hermano como Reeve estaban igual de asustados que ella. Y el miedo fue a más cuando el Gran Segador agitó una mano y Viri sintió el cosquilleo del élixen en la piel justo antes de que sus pies se anclaran a la hierba calcinada. Intentó moverse, pero le resultó imposible, y el hombre también había inmovilizado a Reeve y a Braedan.

—Puedes hacer magia —exclamó Reeve mientras observaba al Gran Segador con incredulidad.

—Eso ha sido un simple truco —respondió el hombre con desprecio. Al bajar las manos, las mangas de su camisa volvieron a ocultar las venas oscuras de sus brazos—. Os sugiero que no me cabreéis si no queréis ver lo que puedo llegar a hacer.

Viri sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda.

El Gran Segador les habló más calmado y su voz sonó casi apacible:

—Bueno, he venido para ofrecerte un trato —dijo, sacudiéndose unas motas invisibles de polvo de la capa—. Hay algo que necesito de ti y, sea como sea, me lo vas a acabar dando. El caso es que no lo necesito ahora mismo, sino que quiero asegurarme de que me lo vas a dar cuando llegue el momento oportuno.

Ella intercambió con su hermano una mirada desconcertada. Braedan estaba tan pálido que daba miedo y agarró la mano de Viri con tanta fuerza que casi le dejó los dedos marcados.

—No vamos a darte nada —respondió Braedan, que estaba temblando tanto como Viri.

—No hablaba contigo, Braedan Solace —espetó el Gran Segador. Al

segundo, siguió hablando con tono jocoso—. Aunque algo me dice que vas a acabar siendo tú el que se asegure de que recibo lo que quiero.

Braedan se irguió y puso los hombros rectos; jamás se había parecido tanto a su padre, y esa imagen hizo que Viri sintiera una punzada de dolor que le atravesó el pecho.

—No pienso ayudarte.

—Tienes dos opciones —siguió diciendo el Gran Segador, ignorando por completo a Braedan y levantando uno de los dedos enguantados—. Uno: Viridia se viene conmigo y, en unos cuantos de años, cuando me haya ayudado a cumplir mi objetivo, será libre, siempre y cuando no muera en el intento.

Viri tuvo que tragarse un sollozo.

—O dos —el Gran Segador se giró hacia Braedan—: la que me interesa es tu hermana, pero, hasta que la necesite, no la quiero para nada. Tú, en cambio, eres lo bastante mayor como para serme de utilidad. Así que puedo tomarla como prisionera a ella durante estos años... o puedes ocupar su lugar. Como garantía, por así decirlo. Ella podrá crecer y vivir su vida y tú... —Soltó una risa sombría—. Tú me ayudarás con otro de mis propósitos, pero tendrás la tranquilidad de que tu hermana estará a salvo y será feliz durante los próximos años.

—No —dijo Viri en tono cortante con la intención de que su hermano ni se lo planteara—. Ninguno va a ir contigo.

—Llévame a mí —ofreció Reeve.

—¡NO! —gritaron Viri y Braedan al unísono con la vista clavada en Reeve. Viri hundió las uñas en el antebrazo de su amigo para que no volviera a hacer o decir algo estúpido.

—A ti no te quiero para nada —respondió el Gran Segador con desdén—. Ni siquiera sé quién eres.

—Soy Reeve Ashton —dijo, poniéndose firme—. Y, si quieres llevarte a mis amigos, antes tendrás que vértelas conmigo.

El Gran Segador se quedó quieto y centró toda su atención en Reeve, como si acabara de pillarle por sorpresa que le hablara así. Sin embargo, se deshizo de cualquier pensamiento que le hubiera invadido y repitió:

—He dicho que no te quiero para nada. —Se dirigió hacia Braedan—. Tu hermana o tú. Tú decides quién se viene conmigo.

Viri trató de moverse otra vez, pero seguía atrapada en el sitio.

—Estás loco si de verdad piensas que alguno de nosotros se va a ir contigo —espetó Viri.

El Gran Segador ladeó la cabeza para observarlos.

—Bueno, bueno... Al parecer, alguien necesita una poco de... motivación.

En cuanto el hombre movió uno de los dedos, Viri salió volando hacia atrás y se estrelló contra el suelo. Aun así, no fue el impacto lo que le arrancó un grito, sino el dolor que recorrió cada centímetro de su piel, como si la picaran mil pirovispas al mismo tiempo. Era una quemazón distinta a la que había sentido con el obelisco, aunque eso no la hacía menos insoportable, por lo que se retorció y gritó sin poder levantarse de la hierba carbonizada, con la agonía aumentando con cada segundo que pasaba.

—¡PARA! —gritó Braedan.

—¡DÉJALA EN PAZ! —bramó Reeve.

Viri, con los ojos vidriosos, vio cómo su hermano y su amigo trataban de luchar contra las ataduras invisibles, pero era inútil que intentaran enfrentarse a la magia.

—Esto es solo una pequeña muestra de lo que sufrirá cuando sea mi prisionera —dijo el Gran Segador que, al hacer otro movimiento con el dedo, hizo que Viri se retorciera más aún de dolor, hasta provocarle arcadas —. Cada día encontraré una forma nueva de torturarla. Sin embargo, si

aceptas venir conmigo, Braedan, no te haré daño; al menos no así. Los segadores te venerarán y te otorgarán el honorable título de Padre Segador. Y, para cuando necesite a tu hermana, no solo no querrás la libertad, sino que me suplicarás conservar el poder que te otorgue.

—N-n-no —lamentó Viri.

De pronto, el Gran Segador habló en un tono tan bajo que Viri apenas pudo escuchar lo que dijo:

—Después de todo lo que ha pasado hoy, ¿vas a dejar que tu hermana siga pagando por el error que cometiste hace nueve años y medio? Su destino es inevitable, pero, si haces lo que te pido, tendrá el placer de disfrutar de una vida normal hasta que la necesite para mi cometido. Así que, o te decides, o me la llevo ahora mismo.

Viri tuvo que reprimir las ganas de vomitar y el escozor que sentía en todo el cuerpo fue como si unas cuchillas estuvieran perforándole todas y cada una de las terminaciones nerviosas.

—N-n-no lo hagas, B-Braed...

No pudo terminar de decir el nombre de su hermano cuando este la interrumpió gritando:

—¡Iré contigo! ¡Deja de hacerle daño!

El Gran Segador agitó la mano en el aire y el intenso dolor de Viri se desvaneció, aunque siguió echa un ovillo en el suelo, sin poder parar de temblar y llorar. Gritó cuando unas sutiles figuras la tocaron, pero eran Braedan y Reeve, que acababan de librarse de las ataduras mágicas y que se habían agazapado junto a ella.

—N-no puedes ir con él —le suplicó a su hermano temblando sin cesar—. Te n-necesito.

—Y yo necesito que estés a salvo. —Braedan seguía blanco como la nieve, pero la mirada que le dedicó a Viri fue decidida—. Y esta es la única forma

de asegurarme de que sea así. No nos queda más remedio.

—L-lucharemos contra él. —Viri miró los cuerpos de sus padres y trató de ver si tenían encima sus dagas o el flux mágico que compartían cuando salían a cazar, pero no había ningún arma a la vista.

—Tú misma has visto lo que puede hacer con la magia —exclamó Braedan negando con la cabeza—. No pienso arriesgarme a que vuelva a hacerte daño.

—Puedo s-s-soportarlo.

—¿Es que no lo entiendes, Viri? —Braedan se pasó las manos con el pelo castaño rojizo—. Soy yo el que no *puede soportarlo. No puedo verlo otra vez, mucho menos después de lo que ha pasado con el obelisco, después de que tú... —Se calló un segundo y, cuando volvió a hablar, le tembló la voz —. Mamá y papá están muertos. No puedo perderte a ti también.*

Viri notó una nueva avalancha de lágrimas cayendo por sus mejillas al darse cuenta de que su hermano ya había tomado una decisión. Respiró hondo y trató de serenarse antes de seguir rebatiéndole.

—Pero, si lo haces, me vas a perder igualmente*. Lo ha dicho... Él mismo ha dicho que será cuestión de años. En ese tiempo pueden pasar mil cosas. ¿Y si no vuelvo a verte nunca más?*

Braedan la atrajo hacia sí para abrazarla de rodillas y la estrechó con fuerza entre sus brazos mientras le susurró al oído:

—Viri, te juro que, algún día, volveremos a estar juntos. Voy a averiguar qué quiere de ti y voy a encontrar la manera de detenerlo. En cuanto estés a salvo, volveré a por ti. —La apartó y la miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas—. ¿Confías en mí?

A Viri le temblaron los labios.

—Siempre, Brae.

—Entonces, confía en que esto es lo que tengo que hacer para protegerte.

Ya te fallé una vez y me prometí a mí mismo que eso nunca volvería a ocurrir.

—Tú nunca me has fallado —respondió con el ceño fruncido.

Braedan cerró los ojos.

—Ojalá fuera verdad. De ser así, el día de hoy no habría...

—Pero qué conmovedor... —interrumpió el Gran Segador en tono cantarín—. La verdad es que me gustaría irme antes de que apareciera algún cazador o los guardias de la Nox. Braedan, ha llegado el momento de sellar nuestro irreversible acuerdo.

El chico ayudó a Viri a ponerse de pie con dificultad y la acercó a Reeve, que la rodeó con el brazo para que se apoyara en él.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Braedan. Aunque su expresión era sombría, su tono fue decidido.

El Gran Segador señaló a Amity y a Jorth.

—Extráeles el élixen.

Braedan se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué?

—Cuando una persona muere, el élixen permanece en su cuerpo —dijo el Gran Segador—, y, aunque no les quede mucho, con solo probar un poco de magia robada, te convertirás en segador. Demuéstrame tu lealtad. Conviértete en mi aliado como Padre Segador y tu hermana vivirá sana y salva hasta que la necesite.

Braedan parecía estar a punto de vomitar.

—Quieres que... Pretendes que yo... Que...

—Que te alimentes de tus padres muertos, por así decirlo, sí —respondió el Gran Segador en tono despiadado—. Si no lo haces ya, retiraré mi oferta.

Viri quiso chillarle a su hermano, gritarle que no merecía la pena, decirle que ella *sería la que se marcharía con el Gran Segador, pero sabía que sería*

en vano. Braedan ya tenía la decisión tomada: iba a protegerla, costara lo que costara.

El brazo de Reeve fue lo que la ayudó a mantenerse de pie cuando Braedan avanzó con rigidez hacia sus padres y se arrodilló junto a sus cuerpos. Viri vio cómo le temblaba la mano al posarla sobre su padre y cómo le subía y bajaba la garganta, como si estuviera intentando tragarse la bilis, justo como estaba haciendo ella misma en ese momento. Sin embargo, Braedan envolvió el antebrazo desnudo de Jorth con la mano y cerró los ojos para concentrarse.

Estuvo así los primeros cinco segundos, llegó hasta diez y, a los veinte segundos, Braedan fulminó al Gran Segador con la mirada y le dijo:

—No ha pasado nada.

—Tienes que querer *su élixen —exclamó el hombre de las sombras con impaciencia—. Algunos se convierten en segadores porque quieren ser más fuertes, sentidos más aguzados, sentir el poder... Otros solo quieren disfrutar de la euforia del subidón. Pero ¿tú? Piensa en lo que quieres, en por qué haces esto y, después, usa eso mismo para robarles la magia y reclamarla.*

Braedan se giró para mirar a Viri, sus ojos escudriñaron el rostro de su hermana y se volvieron fríos y decididos hasta que, de pronto, los cerró de golpe para volver a concentrarse. Tenía el mismo aspecto que cuando hizo su concesión, con la única diferencia de que, en lugar de entregar su élixen al obelisco, estaba extrayendo el élixen de su padre.

Y, esta vez, funcionó.

Al instante, las venas de Braedan empezaron a teñirse de negro y la imagen fue tan perturbadora que Viri tuvo que apartar la mirada, tanto por lo que vio como por lo que eso significaba. Entonces sus ojos se clavaron en las manos de Reeve; le llamó la atención que no quedará rastro alguno de las

extrañas vetas plateadas que le había visto cuando extrajo élixen de ella. No tenía sentido. Técnicamente, Reeve acababa de convertirse en segador y, al parecer, Viri podía ver las venas de los segadores. Sin embargo, en la piel de su amigo no había nada que indicara que era segador, como si nunca le hubiera robado la magia.

Sin embargo, ese no era momento para que se pusiera a pensar en ello; no cuando Braedan acababa de decir en tono trémulo:

—Ya está.

Entonces volvió a mirar a su hermano, que acababa de soltar la mano de Amity, por lo que supo que ya había extraído su élixen también. Braedan se puso de pie justo al lado de sus padres y las venas negras fueron escalando por sus brazos, una prueba irrefutable de lo que había hecho, del ser en el que se había convertido.

Ahora, Braedan era un segador.

Y lo había hecho para proteger a Viri.

Se le escapó un sollozo, pero se tapó la boca para reprimirlo porque no quería ponérselo a su hermano más difícil de lo que ya era. Viri sabía que todo esto lo estaba haciendo por ella y, aunque había una parte que odiaba a su hermano, se odiaba más a sí misma.

—Despedíos ya —espetó el Gran Segador—. Es hora de irse.

Viri negó con la cabeza cuando su hermano avanzó hacia ella, carente por completo de emociones; no podía creerse que todo acabara así, que Braedan fuera a marcharse de verdad. Las lágrimas inundaron sus ojos y cayeron con tanta rapidez que casi no vio a su hermano cuando se detuvo delante de ella y la acercó hacia él para darle un fuerte abrazo.

—Te quiero, Viri —susurró—. Prométeme que vas a hacer todo lo posible por vivir tu vida. Eso es lo que habrían querido papá y mamá, que fueras feliz.

—Querían q-que los d-dos fuéramos f-felices. —Viri sollozó contra el pecho de Braedan.

—Y, algún día, lo seremos —le prometió Braedan, que la apartó para mirarla a los ojos empañados de lágrimas—. Hasta entonces, vive tu vida y disfrútala por los dos. —Le dio un beso en la frente y, después, se fue hacia Reeve para abrazarlo con fuerza y le dijo con la voz ronca—: Cuídala por mí. Ahora solo te tiene a ti.

Reeve le respondió algo que Viri no oyó y, después, Braedan lo soltó y se fue detrás del Gran Segador, pasando sobre las rosas angelicales sin vida en dirección al sendal. Y lo hizo sin mirar atrás ni una vez.

En cuanto Braedan desapareció, Viri se tiró al suelo y lloró a lágrima viva; pensaba que el corazón se le iba a partir en dos. Reeve se sentó a su lado y la estrechó entre sus brazos mientras le decía que no pasaba nada. Pero se equivocaba: sí *que pasaba y nunca sería capaz de superar todo lo que había ocurrido ese día. Sus padres estaban muertos. Su hermano era un segador. Y ella...*

No tenía claro qué era, pero sí que estaba sola.

—No estás sola —exclamó Reeve con rabia cuando Viri manifestó sus miedos en voz alta—. Estoy aquí, sombrita. Y no pienso irme a ninguna parte. Nunca te abandonaré.

Al escuchar sus palabras, Viri no pudo evitar deshacerse en llantos. En ese momento, su mente revivió todo lo que acababa de pasar y se torturó a sí misma incluso más de lo que la había torturado el obelisco.

—No p-puedo v-vivir así —gritó Viri, que tenía la certeza de que todo el dolor que sentía acabaría con ella. Braedan le había pedido que viviera su vida y que fuera feliz, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que eso era imposible.

—Tal vez yo pueda ayudarte —dijo una voz calmada.

Viri, que seguía en el regazo de Reeve, se sobresaltó; tenía miedo de que fuera otro desalmado segador que hubiera aparecido para hacerle aún más daño. No obstante, se encontró con un hombre atractivo que estaba justo delante de ella. Llevaba una brillante capa verde esmeralda y se había bajado la capucha para mostrar su amable rostro, un cabello negro salpicado de canas y unos deslumbrantes ojos azules.

—¿Q-quién eres? —preguntó Viri.

—Lo importante no es quién soy, sino lo que puedo hacer por ti —respondió el hombre, agachándose delante de ellos—. Dudo que te acuerdes de mí, Viridia Solace, pero nos conocimos hace mucho tiempo y, desde entonces, te debo algo.

Viri se limpió las lágrimas de la cara.

—¿Q-qué?

—Un deseo —murmuró el hombre—. Un deseo mágico, así que puedes pedir lo que quieras.

Viri lo miró con los ojos hinchados y abiertos como platos.

—¿Te refieres a una m-magalía?

El hombre la miró con la cabeza ladeada.

—Me sorprende que conozcas ese término.

—¿Eres el Guardián? —dijo Reeve en voz baja—. ¿Eres el Guardián de Isla Elverdine?

—Vaya, me sorprende más aún *que sepas eso —respondió el hombre, observándolos con aire divertido.*

Reeve miró a Viri como si, al igual que ella, no pudiera creerse que la leyenda sobre la que habían oído hablar durante toda su infancia fuera real.

—Eres un mago —murmuró Reeve, que estaba completamente incrédulo.

—Lo soy —exclamó el Guardián en tono serio—. Y, al estar aquí, me estoy saltando algunas de las normas más estrictas. —Entonces volvió a

mirar a Viri—. Pero, como acabo de decir, creo que puedo ayudarte. Solo tienes que pedir tu deseo.

Viri miró a sus padres y, con voz temblona, le preguntó:

—¿Puedes...?

—Me temo que no puedo hacer nada por ellos —respondió el hombre con delicadeza.

—Pero si... en la historia de los tres cazadores... —A Viri se le atropellaron las palabras—. Gracias a su magalía, consiguieron resucitar a su bebé.

Los ojos azules del Guardián observaron a Viri con cautela.

—Esa era una situación muy distinta y ellos ya habían pedido su deseo antes de que el bebé muriera, así que la magia no tuvo más remedio que encontrar la manera de hacerlo realidad, aunque el coste fue mucho más alto de lo que cualquiera podría imaginar. —El Guardián negó con la cabeza—. No todas las historias acaban con un final feliz. Y no sé qué te habrán contado, pero te puedo asegurar que esa historia no terminó bien. Lo siento, pero no puedo permitir que vuelva a pasar algo así. No puedo cambiar el destino de tus padres. —Se calló un segundo—. Pero sí que puedo ayudarte de otra forma.

—¿Cómo? —preguntó Reeve en tono de sospecha.

El Guardián no apartó la mirada de Viri.

—Antes has dicho que no puedes vivir así, pero yo podría ayudarte a olvidar.

Viri ahogó un grito.

—¿Puedes?

—No lo olvidarías todo —le advirtió el Guardián—. No podrás recuperar a tus padres, pero puedo concederte un propósito que eclipsará tu dolor. No recordarás lo que ocurrió con el obelisco ni que estuviste implicada en la

muerte de tus padres y, de esa forma, no sufrirás la pérdida de tu hermano. Sí que conservarás el recuerdo de que tus padres murieron y que Braedan se marchó, pero tu mente se encargará de inventarse un motivo para que no tengas que cargar con la culpa. Aun así, será doloroso, sí, pero podrás soportarlo y te ayudará a cumplir tu promesa de vivir y, llegado el momento, de ser feliz.

—Entonces, ¿me olvidaré de Braedan?

—No, pero sí que olvidarás que se ha sacrificado por ti y dejarás de sentir esa necesidad de liberarlo de las garras del Gran Segador. Y, casi con total seguridad, te olvidarás por completo del Gran Segador para que puedas vivir tranquila sin sentirte amenazada por el futuro.

Viri negó con la cabeza antes de que terminara de hablar.

—No puedo hacerle eso a Brae. No puedo... olvidarlo, *sin más, y vivir mi vida como si no hubiera pasado nada.*

El Guardián le sostuvo la mirada.

—¿Y no es ese el motivo por el que tu hermano aceptó el trato que le ofreció el Gran Segador? ¿No fue para que pudieras hacer justo eso?

Viri tragó saliva.

—No importa. No puedo... No puedo...

—Viri. —Reeve le habló en un tono dulce pero insistente. Ella lo miró y se encontró con sus ojos plateados, que la miraban con ternura—. Eso es lo que Brae habría querido para ti. Y tus padres también. Si no, la culpa acabará comiéndote por dentro. Creo... Creo que deberías hacerlo.

—Pero...

—No hay peros que valgan —la interrumpió Reeve—. Esta es la única forma de que puedas cumplir la promesa que le has hecho a Brae.

—Pero él está solo —murmuró conforme le caía otra lágrima por la mejilla—. Si me olvido de lo que ha hecho por mí... —De pronto, empezó a

darle vueltas a una idea en su cabeza y tomó una decisión. Entonces agarró a Reeve de la camisa y le dijo—: Tienes que ir tras él.

Este la miró con los ojos abiertos de par en par.

—No, yo me quedo contigo.

—No puedo hacerlo si no tengo la tranquilidad de que estarás con él.

Reeve la abrazó con fuerza.

—Pero le dije que cuidaría de ti.

—Y esta es la forma de hacerlo —exclamó Viri casi sin voz—. Él te necesita más que yo. De hecho, no te necesitaré para nada si no recuerdo lo que ha pasado.

Sabía que se estaba mintiendo a sí misma y que siempre, siempre*, necesitaría a Reeve; solo de pensar en apartarse de él, sentía tantas ganas de llorar que temía que, si derramaba una sola lágrima, no pudiera parar jamás. Sin embargo, al imaginarse a su hermano solo durante los próximos años, aunque ni siquiera sabía cuántos serían, se dio cuenta de que prefería que Reeve estuviera con él. El deseo que pidiera le ayudaría a mantener a raya la experiencia más dolorosa de su vida; su hermano, en cambio, no había tenido ese privilegio, así que lo mínimo que podía hacer por él era que Reeve estuviera a su lado.*

—No quiero dejarte sola —murmuró Reeve con los ojos teñidos de tristeza—. Pero, si así me aseguro de que utilizas tu magalía, lo haré. Iré a buscar a Brae y lo mantendré a salvo. Y, algún día, volveremos a reencontrarnos los tres.

Viri sintió que le temblaba la barbilla cuando se le volvieron a acumular las lágrimas en los ojos y empapó la camisa de Reeve cuando la abrazó como si no quisiera soltarla nunca.

—Te lo prometo, sombrita —le susurró en el oído—. Volveremos a vernos. —Dejó escapar un largo suspiro—. Y, ahora, pide tu deseo.

No quería que su amigo se fuera, pero, cuanto más esperara, más le costaría seguir el rastro de Braedan y del Gran Segador, así que se apartó de él y exclamó:

—Siempre te llevaré en mi corazón, Reeve Ashton. Puede que olvide lo que ha pasado hoy, pero, mientras siga viva, no me olvidaré de ti.

Apartó la mirada de los ojos plateados y afligidos de Reeve y se dirigió al Guardián. La voz le tembló, pero habló con tono firme cuando dijo:

—Deseo olvidar.

El Guardián agitó una mano en el aire y Viri sintió el hormigueo del élixen en la piel.

—Tu deseo se ha hecho realidad, Viridia Solace. —El hombre le dedicó una sonrisa cargada de complicidad y añadió—: Pero, si en algún momento deseas recordar lo que ha pasado, solo tienes que pedírmelo.

Y, tras esta última promesa, Viri cerró los ojos...

Y lo olvidó todo.

29

El recuerdo de Viri se desvaneció, como si hubiera sido un sueño, y su mente empezó a reorganizarse para dar cabida a todo lo que acababa de recordar e hilarlo con lo que sucedió después. Los guardias de la Nox llegaron y Sarielle trató de consolar a una Viri desconcertada para luego invitarla a quedarse en su casa. El Consejo Supremo le hizo preguntas a Viri que le costó la vida responder porque aún no había asimilado que sus padres habían muerto, a pesar de haber visto a su hermano de pie junto a ellos, con las venas negras trepando por sus brazos. Tampoco podía creerse que Reeve la hubiera abandonado cuando más lo necesitaba, que se hubiera marchado con su hermano y la hubiera dejado sola y a merced de su propio dolor.

Ahora, en cambio, sabía que no había sido así.

De pronto, el jardín volvió a materializarse a su alrededor y vislumbró los árboles y las flores bioluminiscentes, el ligero borboteo del agua de la fuente que caía en el estanque, las lumiposas flotando en el aire, y Reeve...

No se había movido desde la última vez que lo vio; seguía delante de ella, rodeándola con los brazos por la cintura para sujetarla, apoyarla y protegerla.

Como siempre había hecho.

Segador, monstruo, asesino... Reeve no era nada de eso. Ni lo había

sido.

«La chica a la que mataste y de la que extrajiste élixen». Esas habían sido las palabras de Viri tan solo unas horas antes. «¿Te arrepientes de lo que hiciste?».

«No», le había respondido Reeve. «No me arrepiento de haber extraído élixen de ella».

Viri notó el calor de una lágrima que resbaló por su mejilla; y, al segundo, otra. Las lágrimas empezaron a brotar entonces sin mesura, pero no hizo nada de ruido, sino que se limitó a llorar en silencio mientras le sostenía la mirada a Reeve, una mirada cargada de comprensión.

Le había salvado la vida.

No la había abandonado.

Y ella... Ella...

Lo había *olvidado*.

Creía que era un *monstruo*.

Lo había *odiado* por ello.

Y él se lo había permitido y no había hecho nada para defenderse porque sabía que no habría confiado en él si le hubiera contado lo que había pasado en realidad.

Las lágrimas discurrieron por el rostro de Viri como si fueran pequeños ríos hasta que, con cuidado, y muy poco a poco, Reeve se inclinó hacia ella y se las limpió con un beso.

—No es culpa tuya —le susurró Reeve de cerca—. Nada de lo que ha pasado es culpa tuya.

Pero se equivocada; *todo* había sido por su culpa, incluso las partes que ni siquiera entendía. *Sobre todo* esas partes.

Reeve siguió repitiéndole lo mismo, una y otra vez, mientras le

acariciaba la espalda con una mano y, con la otra, le limpiaba las lágrimas hasta que, por fin, empezó a calmarse. Su mente parecía un nudo de pensamientos imposible de desenredar, pero había algo que necesitaba decirle.

—No querías abandonarme —murmuró con la voz rota, pero cargada de emoción.

—Claro que no —respondió Reeve, colocándole detrás de la oreja unos mechones empapados por las lágrimas—. Pero tú me lo pediste. Y tenías razón: Brae me necesitaba, y más de lo que nos habríamos imaginado.

—¿Él...? —Se le quebró la voz—. ¿Me odia?

El chico la estrechó entre sus brazos y la luz de la luna iluminó su rostro serio.

—Jamás, Viri. Todo lo que ha hecho ha sido porque te quiere y sé que no dudaría en volver a hacerlo. Ambos lo haríamos.

Al escuchar esas palabras, por su mejilla rodó otra lágrima y Reeve la atrapó con el pulgar.

Viri cerró los ojos al sentir el delicado tacto de las manos de él y no pudo contener las ganas de inclinarse hacia delante para apoyar la cabeza en su pecho; sintió los fuertes latidos del corazón de Reeve contra su oído y dejó que sus brazos la abrazaran por completo. Tenía muchas preguntas, pero, aun así, solo fue capaz de decirle en un susurro:

—Te he echado de menos.

—No tienes ni idea —respondió Reeve con voz ronca y la acercó hacia su cuerpo hasta que no quedó espacio entre ellos—. Cada día, cada minuto y cada segundo de los últimos siete años, lo he pasado intentando buscar la manera de reencontrarme contigo. Y, ahora que

estás aquí, ahora que te tengo entre mis brazos, me da pánico despertarme y darme cuenta de que esto no es más que un sueño.

Viri trató de tragarse el nudo que se le hizo en la garganta. Se separó un poco de él, lo suficiente para poder estudiar su atractivo rostro.

—Pues entonces, yo también debo estar soñando. Y no quiero despertarme nunca.

Los ojos de Reeve la miraron con ternura hasta que un repentino pero familiar gesto irónico tiñó su cara.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

A pesar de la vorágine de emociones que la invadieron en ese momento, a Viri se le dibujó una amplia sonrisa en la cara.

—Es un milagro.

Fue entonces cuando el chico, como si pudiera sentir lo ansiosa que estaba por no volver a dejarse arrastrar por la desesperación, cambió el tono y le habló más relajado y desenfadado.

—Hablando de milagros... —dijo Reeve en tono reflexivo—. Por un momento, llegué a pensar que necesitaría uno, pero, ahora que has recuperado la memoria, creo que no me hará falta.

La chica lo miró con el ceño fruncido porque no entendía a qué se refería.

—¿Qué?

—De hecho —Reeve siguió hablando como si Viri no hubiera dicho nada—, me atrevería a decir que al final me va a resultar bastante fácil demostrar lo equivocada que estabas.

—¿Sobre qué? —le preguntó en un tono aún más confuso.

La miró con una sonrisa y esa fue la única pista que tuvo sobre lo que le iba a decir a continuación:

—Cuando estábamos en la Cumbre, juraste que nunca jamás volverías a pedirme que te besara. —Viri ahogó un grito, sorprendida, aunque también sintió algo más, y su reacción hizo que la sonrisa de Reeve se ensanchara aún más—. Ambos sabemos que te estaba costando mantener tu promesa de odiarme de por vida, pero ahora... —Sus ojos plateados brillaron bajo la luna—. Seamos honestos: es imposible que sigas resistiéndote a mi amplia gama de encantos.

De pronto, Viri notó que se le encendieron las mejillas, pero decidió aferrarse a las últimas palabras de Reeve y lo miró con incredulidad.

—¿Una amplia gama de encantos? —Lo fulminó con la mirada—. ¿Quién te ha hecho creer eso?

A Reeve se le escapó una sonora carcajada y se sintió aliviado por haber ayudado a mitigar el dolor de Viri y a calmar los demonios que asolaban su interior.

—Eso ha dolido, sombrita.

—Algunas verdades duelen más que otras. —Al instante, añadió —: Te lo mereces. Estábamos teniendo un momento especial y te lo has cargado. —Sin embargo, agradeció que lo hubiera hecho, de que la conociera lo bastante bien como para darle justo lo que necesitaba, como siempre. Pero, aun así...

—¿Un momento especial? —preguntó, arqueando una ceja.

—Estábamos hablando de nuestros *sentimientos* —contestó—. Aunque, al parecer, para ti es un concepto desconocido.

Reeve alzó la ceja más aún.

—Creo que mi predicción de que volveríamos a enrollarnos en un futuro cercano entra dentro del tema de los «sentimientos».

—Mira que eres presuntuoso —exclamó Viri, poniendo los ojos en blanco.

—¿He dicho alguna mentira? —dijo Reeve con una sonrisa burlona.

Ella frunció los labios y apartó la mirada.

Reeve se rio entre dientes porque sabía que había dado en el clavo. No obstante, volvió a ponerse serio al segundo y la acarició, siguiendo con los dedos el camino que habían trazado sus lágrimas. Y, en voz baja, le preguntó:

—¿Estás mejor?

Viri tragó saliva y asintió. Si hubiera sido por ella, se habría quedado para siempre en la burbuja liviana que Reeve acababa de crear. Se habría olvidado de todo lo que recordaba de sus padres, su hermano y el Gran Segador, además de la amenaza que suponía el cometa Aurora, que estaba a punto de llegar; y aún tenían pendiente averiguar cómo salvar a Jessalyn, a los niños... y a la ciudad. Quería quedarse en el jardín mágico atrapada en los ojos plateados de Reeve...

Y también quería pronunciar esas seis letras que el chico ya sabía que se moría por decir: *bésame*.

Pero, por ahora, no podía hacerlo. Por mucho que deseara ignorar las preguntas a las que no dejaba de darles vueltas, con cada segundo que pasaba, la presión por hallar las respuestas se multiplicaba. Cuando Reeve y ella volvieran a besarse, no quería que nada la distrajera y, para eso, primero tenía que resolver esas incógnitas.

Se aclaró la garganta, se apartó un poco de Reeve y se obligó a sí misma a decir:

—Necesito entender lo que ocurrió aquel día. ¿Qué problema hubo con el obelisco? ¿Cómo es posible que siguiera viva después de que extrajeras mi élixen? ¿Por qué no se te pusieron las venas negras? ¿Por qué podía ver las venas de los segadores? —Viri levantó un dedo por cada pregunta que hizo y le lanzó la última—: ¿Qué quiere el Gran Segador de mí?

Reeve miró por encima del hombro de Viri justo cuando esta sintió una quemazón en la palma de la mano.

—Creo que a eso debería responderte otra persona.

Viri se giró y se encontró con Braedan, que estaba atravesando el jardín en dirección a ellos. Parecía tan nervioso que, por un momento, pensó que volvería corriendo al castillo. Sin embargo, siguió avanzando, con la capa verde llena de rasguños ondeando a sus espaldas, y se detuvo justo al llegar al estanque, que es donde estaban Viri y Reeve.

Estuvo varios minutos sin hablar y había tanta tensión en el ambiente que hasta las lumiposas guardaron las distancias con ellos.

—Creo que mejor... me voy a dar un paseo —dijo Reeve mirando a los dos hermanos—. No todos los días tiene uno la oportunidad de explorar un castillo ancestral mágico. —Aunque era cierto, resultó bastante evidente que lo hacía para darles algo de privacidad—. Cuando terminéis, venid a buscarme y, entre los tres, idearemos un plan para detener el sacrificio.

Viri observó a Braedan un segundo y notó que estaba nervioso a la par que agradecido, pero su atención se desvió por completo cuando Reeve se inclinó hacia delante y le dio un sutil beso en la sien. Viri contuvo el aliento un instante y, después, sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo cuando el chico le murmuró al oído:

—No andaré lejos, por si me necesitas. —Reeve deslizó la mano por el costado de Viri hasta que sus dedos se entrelazaron con los de ella y los apretó con delicadeza—. Y no sé lo que pasará durante los próximos días, pero nunca me alejaré de ti. Recuerda esto siempre, Viri: por muy oscuras que sean las sombras, nunca estarás sola. Te lo prometo.

Sus palabras estaban impregnadas de algo que ella no supo identificar, al igual que el extraño gesto que se dibujó en su rostro. Sin embargo, Reeve adoptó una expresión neutra con tanta rapidez que Viri no llegó a saber qué escondía, pero habría jurado que era una mezcla de inseguridad, miedo e incluso un poco de consternación. Y, de nuevo, en un segundo, volvió a cambiar y le dedicó una mirada alentadora al empujarla hacia Braedan. Después, se dio la vuelta y se alejó por el resplandeciente jardín hasta que desapareció al cruzar dos columnas que constituían una de las entradas del castillo.

Cuando Reeve se fue, el silencio que se hizo entre los dos hermanos fue ensordecedor; Viri acabó abrazándose a sí misma, sin saber qué decir. Braedan había sacrificado siete años de su vida para protegerla y, durante todo este tiempo, ella se había dedicado a perseguirlo, arrastrada por la sed de venganza por algo que él ni siquiera había hecho. No sabía si dejarse caer en los brazos de su hermano y darle las gracias entre lágrimas o si hacerse un ovillo por la vergüenza que sentía mientras le suplicaba que la perdonara.

Se decantó por algo intermedio, de modo que dejó que salieran todas las palabras que se habían estado cociendo en su interior desde que recuperó la memoria. Pero Viri no era la única que tenía algo que decir, de modo que tanto ella como Braedan dijeron a la vez:

—Lo siento.

Viri se quedó boquiabierta y preguntó:

—¿Por qué lo sientes *tú*?

Braedan se pasó una mano por el pelo alborotado. Lo llevaba más largo que cuando era adolescente y lo tenía tan enredado que, cuando se lo peinó hacia atrás, le cayeron algunas ramitas y hojas que, sin duda, se le habrían quedado enganchadas tras la ardua caminata a través de Mistwood.

—Acabaría antes si te dijera por qué *no* lo siento.

La chica, que seguía estupefacta, negó con la cabeza.

—Soy yo la que ha usado una magalía para olvidar algo de lo que te he estado echando la culpa durante varios años. Tú no tienes que disculparte por *nada*.

—Me alegro de que pidieras el deseo —exclamó en tono firme. Y, aunque tenía la cara manchada, Viri se percató de que lo decía en serio—. Cuando Reeve me lo contó, solo sentí alivio.

—Pero... Pero hemos perdido siete años. —A Viri le escocían los ojos tanto como la palma de la mano—. Y, durante todo este tiempo, pensé que...

—Sé lo que pensabas. —Los ojos celestes de Braedan la miraron con ternura; se parecía tanto a su padre que le dio un vuelco el corazón—. Había muchos motivos por los que era mejor que creyeras eso a que recordaras lo que había pasado en realidad. Te dio la oportunidad de crecer y vivir tu vida sin arrastrar la culpa; y eso es justo lo que quería para ti.

—Pero tú no pudiste hacer lo mismo —bramó, abrazándose a sí misma con más fuerza—. Te han perseguido, despreciado y desprestigiado. Y, además de eso, no quiero ni imaginarme todo por

lo que te ha hecho pasar el Gran Segador.

El rostro de Braedan se ensombreció; apartó la mirada de Viri y se detuvo a observar los peces arcoíris.

—Lo cierto es que el Gran Segador me dejó bastante solo a las pocas semanas. —Su voz se volvió más grave—. Ese fue el tiempo que necesité para convertirme en su fiel y obediente Padre Segador.

Braedan se tensó y dejó caer los manos junto a los costados de forma repentina, como si quisiera asegurarse de que las mangas rasgadas le cubrieran los brazos. Aun así, Viri ya se había fijado en sus venas y, aunque no las hubiera visto, la marca de cazadora no había dejado de quemarle desde que su hermano había aparecido.

Se acercó un poco más a él.

—Tengo... muchas preguntas sobre lo que ocurrió ese día. Y sobre lo que has estado haciendo desde entonces. —Se fijó en los brazos de su hermano—. Cuando estábamos en el castillo, Reeve dijo que el título de Padre Segador no había sido más que una distracción, pero... —Se mordió la mejilla y, después, se obligó a decir en voz alta lo que estaba pensando—. Los dos sabemos que eso no son tatuajes.

Su hermano se puso aún más tenso antes de soltar un profundo suspiro y volver a mirarla a los ojos; el brillo de la luna iluminó su cara de resignación.

—No, no lo son. —Señaló con la cabeza un banco de piedra que había al otro lado del estanque—. Es una larga historia, así que será mejor que nos sentemos.

Viri lo acompañó por la orilla del estanque y, cuando llegaron al banco, se detuvo a su lado. Era lo más cerca que había estado de su hermano en los últimos siete años y, una parte de ella, se moría por abrazarlo, pero lo notó tan tenso que tenía miedo de dar un paso en

falso y que saliera corriendo. No tenía ni idea de lo que iba a contarle, pero era más que evidente que necesitaba espacio, así que se sentó sobre sus manos y esperó a que Braedan estuviera preparado para darle las respuestas que buscaba.

—Debería empezar por el principio, pero... —Braedan hizo una mueca—. Necesito ir poco a poco.

Viri quiso preguntarle por qué, pero decidió morderse la lengua para no interrumpirlo.

—Así que… —agregó en tono distante—. Te contaré lo que pasó cuando me marché. —Trató de no mirarla a los ojos y volvió a observar los peces arcoíris—. Las primeras semanas fueron las peores. Cuando nos fuimos del obelisco, el Gran Segador me llevó directo a los suburbios y me instó a extraer élixen otra vez. Dijo que me merecía disfrutar en condiciones, y no solo de las gotas que extraje de... papá y mamá. —Dudó un instante, pero se recompuso de inmediato—. No quería matar a un niño inocente, así que me negué, y seguí negándome, sin importarme cuanto se enfadara. Yo pensaba que nuestro acuerdo consistía en irme con él para que no tuvieras que ir tú. Pero... —Tensó la mandíbula—. Él ya había dicho que quería que fuera el siguiente Padre Segador, aunque no entró en detalles de lo que eso supondría hasta que utilizó un talismán protector contra la nebruma para llevarme a Diaboros. Así que, de pronto, me vi en una ciudad desconocida rodeado de segadores. Pero como seguía negándome a convertirme en uno de ellos, me metieron en un calabozo y dejaron que me pudriera allí.

Aunque le costó, Viri tuvo que echar mano de su fuerza de voluntad para no inclinarse hacia su hermano, de modo que permaneció inmóvil mientras imaginaba la pesadilla que tuvo que

vivir Braedan.

—Aunque mamá y papá nos lo contaron todo sobre los segadores —siguió diciendo, aún con la vista clavada en el estanque—, me había olvidado de que, con solo probar el élixen, te provocaba un frenesí del que era casi imposible desprenderse. Así que, durante todo el tiempo que estuve encerrado, me estaba *muriendo de hambre*. Pero no necesitaba comida, porque me daban de comer todos los días, y bastante además, como si estuvieran burlándose de mí. Estaba hambriento de magia, y el hambre no hizo más que empeorar cuando la poca magia que había robado empezó a extinguirse. —Braedan se frotó los brazos, como si hubiera recordado que el color había vuelto a la normalidad—. Aun así, cuando el Gran Segador me llevaba niños para que me alimentara de ellos, dejaba a un lado el ansia y seguía negándome a hacerlo. Hasta que se le acabó la paciencia y empezó... a torturarme. —Se estremeció y suspiró—. Fue parecido a lo que te hizo a ti cuando estábamos junto al obelisco, un tipo de magia que no había visto en mi vida. Podía hacerme daño de muchas formas distintas y, a pesar de todo, no pudo conmigo. Sabía que Reeve y tú estabais a salvo. Y eso me dio la fuerza que necesitaba para aguantar y soportar todo el dolor que sentía.

Braedan siguió hablando.

—Hasta que un día, unas semanas más tarde, el Gran Segador se presentó en una de nuestras sesiones de torturas diarias y, en lugar de traer a cualquier niño desconocido para extraer su élixen, me trajo a Reeve. Estaba lleno de mugre y moratones, al igual que yo, y se había pasado semanas torturándolo a él también. No tenía ni idea de que, durante todo ese tiempo, lo había tenido encerrado allí mismo; ni siquiera sabía que me había seguido. Fue entonces cuando me

contó lo de la magalía y me dijo que le habías suplicado que me encontrara, pero el Gran Segador lo atrapó y lo mantuvo con vida con la única intención de usarlo contra mí.

Braedan seguía sin mirar a Viri, pero, si lo hubiera hecho, habría visto el temor que invadió los ojos de su hermana. Era incapaz de imaginarse cuánto habrían sufrido al estar sometidos a la despiadada magia del Gran Segador día tras día, durante semanas. Y, a pesar de ello, tanto su hermano como Reeve, aguantaron por *ella*.

—¿Qué hizo para utilizarlo contra ti? —preguntó.

Él arrojó una piedra al estanque y sus ondas reflejaron los colores del jardín.

—El Gran Segador dijo que, si no me alimentaba de Reeve, lo mataría.

Viri se quedó callada y sintió cómo se le partía el corazón al pensar en la situación tan difícil en la que se vio su hermano. Pero el silencio dejó paso al pánico cuando se dio cuenta de lo que eso suponía.

—No voy a decir que no tuve elección, porque la tenía —murmuró Braedan en un tono casi sepulcral—. Y no te voy a mentir: había una parte de mí que se sentía aliviado por tener una excusa para extraer élixen, porque, a esas alturas, el hambre me estaba comiendo a mí por dentro. A Reeve no le pasó eso; cuando te extrajo la magia, el élixen no le creó la misma adicción que a mí o al resto de los segadores. Reeve nunca se sintió tentado, ni una vez. En cambio, yo... —Braedan tragó saliva—. Cuando el Gran Segador trajo a otro niño y me dijo que, según lo que decidiera, Reeve viviría o moriría, no dudé ni un segundo. Yo... maté al chico. Y, aunque me odié por ello, reconozco que me sentí *bien*. El élixen me hizo más fuerte; dejé de sentir dolor y se me curaron las heridas. Podía oír mejor, ver a

más distancia y moverme más rápido. Me sentía invencible. —Braedan cerró las manos en puños sobre su regazo—. Así que, cuando el Gran Segador volvió con otro niño y me amenazó con la vida de Reeve, maté al otro chico. Y al siguiente, y al siguiente.

Viri tuvo que reprimir las arcadas que le dieron y dio gracias porque Braedan no la estuviera mirando en ese momento.

—El poder, la *magia*... No puedo describirla con palabras. —Sus palabras estaban teñidas de anhelo y vergüenza—. Pero, aun así, no tardé en darme cuenta de que, por muy bien que me hiciera sentir, no podía seguir matando a niños inocentes. No *iba* a seguir haciéndolo. La culpabilidad que sentía... La sangre que manchaba mis manos... —exclamó Braedan con la respiración entrecortada—. Y, en cuanto al élixen, notaba que me estaba cambiando, que iba creando esta... especie de *adicción*. —Respiró hondo otra vez—. Me aterraba pensar que, si no paraba entonces, *jamás* podría hacerlo. Así que se me ocurrió una idea.

Su hermano se enderezó un poco, aunque seguía con la mirada clavaba en el estanque.

—Al haber robado tanta magia, me sentía más fuerte que nunca, así que decidí intentar pillar al Gran Segador por sorpresa. No era tan ingenuo como para pensar que sería más poderoso que él, pero necesitaba dejarlo fuera de combate el tiempo suficiente para tomar a Reeve y marcharnos. Sabía que era arriesgado y que te estaría poniendo en peligro, pero también tracé un plan para eso: primero, iría a buscarte y, después, nos esconderíamos en algún lugar en el que el Gran Segador no pudiera encontrarnos. No era la clase de vida que quería que tuvieras, pero al menos así estarías a salvo, y tanto Reeve como yo seríamos libres.

Lanzó otra piedra, esta vez con más fuerza, por lo que el agua salpicó y asustó a los peces.

—¿Cómo pude ser tan estúpido?

—¿Qué pasó? —murmuró Viri.

—Que era demasiado fácil; eso fue lo que pasó —respondió Braedan en tono amargo—. Ahora sé que el Gran Segador *dejó* que lo empujara, *dejó* que Reeve y yo huyéramos de las mazmorras, *dejó* que creyera que estábamos a punto de escapar. Pero, cuando diseñé mi plan, no tuve en cuenta el lugar en el que estábamos ni lo que nos rodeaba.

De pronto, Viri lo entendió todo y no pudo evitar sentirse angustiada.

—La nebruma.

Braedan asintió.

—Por aquel entonces no teníamos los talismanes, así que estábamos atrapados dentro del monte Mort. No teníamos a donde ir. Y ahí fue cuando empezó a empeorar todo.

¿A empeorar?, se preguntó Viri para sus adentros, desconcertada y sin saber qué podía ser peor que todo lo anterior.

—Al parecer, al Gran Segador le hizo gracia que intentáramos escapar, pero también acabó con la poca paciencia que le quedaba —susurró Braedan—. Me amenazó y me dijo que, si no empezaba a comportarme como era debido, sería como si hubiera incumplido nuestro trato, y eso se traducía en que él podría incumplir su parte también.

Viri tardó unos segundos en entender lo que su hermano quería decirle y, cuando lo hizo, el corazón se le encogió por la nueva oleada de culpabilidad que la atravesó.

—Te dijo que vendría a por mí —susurró.

Braedan asintió otra vez.

—Después de todo lo que había vivido durante esas semanas, no pensaba permitir que sufrieras lo mismo que yo. Y la vida de Reeve también estaba en juego, así que vuestros destinos dependían por completo de mi decisión. Así que, por mucho que odiara hacerlo, y por mucho que me odiara *a mí mismo* por ello, acepté volver a extraer élixen y, esta vez, de forma permanente. Enterré la culpa, el dolor y la vergüenza en lo más profundo de mi ser y me obligué a no sentir nada salvo el poder. Era la única forma que tenía de sobrevivir. —Se quedó callado unos segundos—. Y llegó un momento en el que el élixen me cambió hasta el punto de dejar de interesarme por todo. No me importaba nada. Ni nadie.

Braedan se encogió en el sitio, pero las palabras salieron de inmediato de su boca, como si estuviera deseando terminar de contarlo todo.

—Al demostrar mi compromiso, me sacaron de la celda y me dieron un lujoso lugar en el que vivir. Pero, para entonces, mis niveles de élixen eran tan altos que ni siquiera me había dado cuenta de que el Gran Segador había dejado de jugar con la vida de Reeve, había dejado de amenazarme con ir a por ti, de modo que me estaba alimentando de otros porque quería, sin más. Porque lo *necesitaba*. Me convertí en un adicto de manual y, en ese momento, me di cuenta de que ese era el propósito del Gran Segador: utilizarme como cabeza de turco para los cazadores y los guardias de la Nox. Me dio el título de Padre Segador y la imponente reputación que conllevaba; todo formaba parte de una estrategia para que los cazadores no supieran de su existencia. Así que me dejó encerrado en un

apartamento con vigilancia y me drogó hasta que perdí la cabeza por el élixen. Llegados a ese punto, lo único que me importaba era cuándo me darían la siguiente dosis. Quería colocarme y mantener el subidón. Todo lo demás, me daba igual.

Por fin se giró hacia Viri y la miró con el rostro afligido.

—Y así estuve siete años.

Siete años.

Todo el tiempo que había estado desaparecido.

A la chica se le pusieron los ojos vidriosos, aunque seguía tratando de contener las náuseas.

—Reeve intentó sacarme de allí en muchas, muchas ocasiones —reconoció, volviendo a apartar la mirada—. El Gran Segador lo liberó cuando ya no lo necesitaba para chantajearme, pero, en lugar de brindarle un apartamento como el mío, lo dejaron en Diaboros a su merced, como si soltaran un pez en un mar lleno de tiburones. Me sorprende que fuera capaz de sobrevivir durante todo ese tiempo y estoy seguro de que tuvo que aprender a usar su magia para protegerse, además de entablar amistad con algunos jóvenes segadores que se preocupaban más por compensar sus pecados que por alimentarse de Reeve. Cuando logró dar conmigo de nuevo, estaba tan fuera de mí que ni siquiera lo reconocí. Y él hizo todo lo que pudo para hacerme volver a la realidad. Me dijo que tenía que luchar y me recordó que te prometí que iría a por ti, pero no lo escuché. Lo único que me importaba entonces era conseguir más élixen.

Braedan se pasó una mano por la cara y, después, puso los hombros rectos.

—Hasta que, hace unos meses, todo cambió cuando Reeve se

enteró del plan del Gran Segador de destruir los obeliscos. Estuvo siete años sobreviviendo en Diaboros y trató de no hacer nada que provocara que el Gran Segador rompiera su acuerdo de mantenerse alejado de ti, pero el cometa Aurora lo cambió todo. Si se llevaba a cabo el sacrificio y la nebruma invadía la ciudad, tanto tú como todos los ciudadanos acabaríais muertos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que debía hacer algo al respecto, así que sus amigos y él me sacaron de mi apartamento a la fuerza y me ayudaron a superar mi adicción para que pudiéramos trabajar juntos e impedir el desastre inminente.

—Sage, Jonas y Ardin —supuso.

Su hermano asintió.

—Al principio, los odiaba. Me enfadaba, les gritaba y me peleaba con ellos cada dos por tres, y me volví tan violento por el síndrome de abstinencia que tenían que estar vigilándome todo el tiempo para asegurarse de que no me autolesionara. Aun así, tuvieron mucha paciencia conmigo porque todos pasaron por eso mismo y, al final, acabé pudiendo actuar como ellos y pasé a extraer élixen de otros segadores.

Viri sintió un alivio tremendo cuando supo que las venas negras de su hermano no se debían a que hubiera matado a alguien recientemente, aunque su corazón seguía tratando de aceptar todo lo que había hecho durante los años anteriores. Sentía que había sido culpa suya; todo lo que Braedan había hecho, cada niño del que había extraído élixen... Le había dicho que tenía las manos manchadas de sangre, pero, en realidad, era *Viri* quien las tenía manchadas.

No sabía cómo perdonarse por todo ello; ni siquiera sabía si era

posible. Habían sido siete años matando a inocentes por protegerla a ella. Se había echado a las espaldas la carga por la muerte de todas esas personas, pero acababa de darse cuenta de que esa pesadumbre *no* le pertenecía a su hermano. El Gran Segador era el culpable de esas muertes; Braedan lo había hecho porque *él* lo había obligado, y no le quedó más remedio que convertirse en un monstruo. Había hecho auténticas atrocidades, eso era innegable, pero lo cierto era que la responsabilidad caía única y exclusivamente sobre su captor.

Ella sintió la rabia encendiéndose en su interior, pero, por el momento, decidió dejar sus emociones a un lado y escuchar a su hermano, que seguía hablándole.

—El élixen de un segador no es igual —dijo Braedan—, pero alimentarme de ellos me permite gestionar mejor mi adicción y me sirve para controlarme y convertir todos los remordimientos que arrastro en algo práctico: quiero que el Gran Segador pague por todo lo que me ha hecho y por todo lo que pretende hacer con el sacrificio de la Aurora.

Viri empatizaba con su deseo y notó cómo la rabia volvía a aflorar en su fuero interno.

—Ese es el motivo principal por el que vine a Nevarnost —reconoció—. Porque me di cuenta de que era la forma más sencilla de conseguir que dejara de hacerle daño a la gente. Pero...

—No tenías ni idea de que el aluvión de magia acabaría liberando a los segadores de Diaboros —le interrumpió Viri—, así que tenemos que encontrar una forma de detenerlo que no sea matarlo.

Braedan respiró hondo, frustrado.

—Sí, debí haberme imaginado que no sería tan fácil. Pero estaba demasiado obcecado en la idea de que, si moría, tanto la ciudad

como tú estaríais a salvo, y que Reeve y yo seríamos libres y volveríamos a por ti. —Braedan tragó saliva y añadió—: Nunca he llegado a averiguar qué es lo que quiere de ti. Pero yo... supongo que tiene algo que ver con tu magia. No creo que sea... nada bueno.

A Viri le pilló por sorpresa el inesperado giro que dio la conversación.

—¿Qué magia?

Su hermano pensó un momento la respuesta y, pasados unos segundos, le dijo:

—Antes te he dicho que necesitaba ir poco a poco para poder empezar por el principio y, si te soy sincero, preferiría no tener que contártelo. Pero creo que es algo que tienes que saber. Algo que mamá y papá nunca te han contado. Algo que, en mi opinión, hizo que el obelisco... reaccionara así aquel día.

A la chica se le secó la garganta.

—¿Qué es lo que no me contaron?

Braedan se levantó tan rápido que Viri se sobresaltó y su hermano empezó a andar entre el estanque y ella, como si estuviera tan nervioso que no pudiera seguir sentado. Hasta que, de pronto, se detuvo y volvió a sentarse con la misma rapidez. Esta vez, sin embargo, se inclinó hacia ella y la agarró de las manos.

—Cuando éramos pequeños —dijo con voz temblorosa—, mamá y papá tenían unos amigos que vivían en la alterra. Su casa era preciosa y vivían en un buen barrio junto a la Arboleda de los Sabios, pero lo mejor era su patio, que se extendía hasta llegar a la linde de los árboles. A nosotros nos encantaba ir a verlos porque nos poníamos a jugar en el césped de su jardín, rodeados de flores.

—No me acuerdo de nada de eso —comentó con el ceño fruncido,

sin entender por qué su hermano le estaba contando eso.

—Es normal. No tenías más de seis o siete meses la última vez que fuimos. Acababas... Acababas de empezar a gatear. —Braedan estrechó los dedos con los de su hermana—. Mamá y papá solían sentarse fuera para echarnos un ojo, pero, ese día, sus amigos quisieron enseñarle algo que tenían dentro. Y, como tú empezaste a llorar cuando quisieron llevarte con ellos, les dije que ya era mayor y que podía cuidar de ti hasta que volvieran. Te encantaban las lumiposas que revoloteaban sobre los setos de rosas angelicales, así que pensábamos que te quedarías ahí, riéndote al verlas, como siempre. —El tono de Braedan se tiñó de culpabilidad—. Pero me distraje al ver un zorro fugaz en el jardín y me olvidé de ti cuando me puse a perseguirlo. De modo que, cuando mamá y papá regresaron, habías... desaparecido.

Se quedó atónita.

—¿*Desaparecido*? ¿Como si me hubieran secuestrado?

Braedan negó con la cabeza y la palidez de su rostro fue una señal inequívoca de que lo que estaba a punto de decir sería incluso peor que lo anterior.

—Te escapaste gateando y seguiste a las lumiposas hasta llegar a lo más profundo de la Arboleda de los Sabios. Fue a primera hora de la tarde, así que por eso no había peligro, pero estaba muy cerca del monte Mort. Allí las tutelas no son tan resistentes y la nebruma es impredecible. Pero, cuando mamá y papá te encontraron, ya era demasiado tarde.

Viri sintió un escalofrío que se apoderó de su cuerpo y que le hizo temblar de miedo.

—¿Demasiado tarde para qué?

Los remordimientos inundaron los ojos de Braedan.

—Una pequeña oleada de nebruma apareció y se desvaneció de la zona, justo donde estabas gateando, y no hubo nada que pudiéramos hacer.

Los escalofríos de Viri dejaron paso a una sensación de entumecimiento, aunque estaba tan incrédula que logró negar con la cabeza.

—Nadie puede sobrevivir a la nebruma. Si eso fue lo que pasó, ¿cómo es posible que siga viva?

Su hermano se limitó a mirarla, como si quisiera que fuera ella misma la que ordenara las piezas del rompecabezas.

Lo miró con detenimiento cuando su corazón empezó a latir con más fuerza y los pensamientos se arremolinaron en su mente. Solo se le ocurría una posibilidad, pero eso... Eso no...

—No —exclamó Viri al soltar las manos de Braedan. Se puso de pie y retrocedió a trompicones hasta pisar un lecho de hongos brillantes—. *No.*

—Es la verdad, Viri —respondió Braedan conforme se ponía de pie con las manos levantadas, como si estuviera tratando de calmar a un animal salvaje.

Se equivocaba; no era verdad. No *podía* serlo.

«En realidad, nos hemos visto dos veces». Esas habían sido las palabras del Guardián esa misma noche. «Aunque es normal que no te acuerdes de la primera, porque eras muy joven».

Y, la segunda vez, utilizó su magalía para olvidar. Una magalía que le concedió la primera vez que lo vio, cuando solo era un bebé.

Un bebé *moribundo*.

Y, después..., un bebé *muerto*.

Viri se llevó los dedos temblorosos a los labios para taparse la boca al entender y sentir el peso de todo lo que había pasado. Tenía los ojos abiertos como platos, la respiración entrecortada y los latidos del corazón acelerados. Entonces, en un tono apenas audible, murmuró:

—Yo soy el bebé de la leyenda.

30

No era ningún antiguo familiar de Viri el que estuvo en contacto con la nebruma, sino *ella*. Sus padres eran el marido y la mujer de los que se hablaba en la leyenda, y usaron la magalía de su amigo para que el Guardián la reviviera, lo que significaba que...

—El obelisco —exclamó Viri ahogando un grito—. Por eso reaccionó así. Porque... Porque...

—Porque tu magia es distinta —afirmó Braedan en voz baja—. La nebruma absorbió hasta la última gota de élixen que albergabas en tu interior, de modo que el Guardián tuvo que otorgarte más y eso te dejó atada a la magia pura de la isla; poderosa, sí, pero también inestable. —Su rostro se apagó—. Cuando intentaste cederle tu élixen al obelisco, en lugar de absorberlo, hizo todo lo contrario. Es decir, usó tu magia contra ti y te inundó con la suya propia, que extrajo directamente de las tutelas, y eso fue lo que hizo que estuvieras a punto de consumirte. Todo se magnificó y tu conexión con el obelisco abrió un flujo imparable de élixen que iba directo a tu interior, pero que también *salía* de ti. Eso fue lo que... —Se le quebró la voz, pero Viri no necesitaba que terminara la frase.

—Eso fue lo que mató a mamá y a papá —espetó Viri en tono sombrío.

—No fue culpa tuya —dijo al instante al oír el dolor que tiñó las

palabras de su hermana. Se acercó más a ella—. Nadie sabía que el obelisco respondería de esa manera. Es un milagro que no te matara a ti también.

—Porque Reeve me salvó. —Viri estaba sorprendida por la conclusión que sacó—. Aun así, morí, ¿verdad? Solo así podría haber roto la conexión entre el obelisco y yo: extrayendo toda mi magia.

Braedan se movió sobre sus pies, aparentemente incómodo.

—No te enfades con él.

—¿Enfadarme? —repitió en tono de incredulidad—. Me *salvó* la vida. Lo que no entiendo es *cómo* lo hizo.

—Yo tampoco llego a entenderlo del todo —reconoció Braedan, aunque no fue capaz de mirarla a los ojos—. Todas mis teorías acaban en el mismo punto: que posees una magia tan extraña que las normas comunes de cómo extraer élixen no aplican contigo. —Viri abrió la boca para preguntarle a qué se refería, pero se distrajo cuando Braedan le agarró la punta de la trenza y le dijo—: Antes de tu primera magalía, cuando eras un bebé, no tenías estos mechones plateados. El poco pelo que había empezado a crecerte era como el de mamá y como el mío, pero cambió después de lo que hizo el Guardián. Y cuando Reeve te extrajo la magia...

—Sus venas se volvieron plateadas, no negras —susurró—. Y el color se desvaneció mucho más rápido de lo normal. —Como si la magia se negara a que otra persona la reclamara y hubiera abandonado su cuerpo casi al instante.

—Como te he dicho, creo que podría estar relacionado con la peculiaridad de tu magia. Y por eso creo que él tampoco siente esa misma ansia de élixen que el resto de los segadores, porque tu magia es muy distinta.

—*Era*. En pasado. Ya no tengo magia. La entregué toda en la ceremonia de concesión y, aunque no fuera como esperábamos, Reeve absorbió lo que me quedaba.

—Y, aun así, estás aquí. Y eso solo sería posible si tuvieras algo de élixen en tu interior —señaló Braedan—. Además, acabas de reconocer que viste que las venas de Reeve cambiaron de color; algo que solo pueden ver los cazadores, los segadores y los magos.

Viri dio un respingo. Ya sabía que los cazadores y los segadores podían verlas, pero...

—¿Los magos pueden ver las venas de los segadores?

Braedan asintió.

—O cualquier persona con unos niveles similares de élixen, que creo que debe ser tu caso. —Antes de que pudiera llevarle la contraria, Braedan siguió—: He tenido mucho tiempo para darle mil vueltas a esto y siempre acabo llegando a la misma conclusión: que estás vinculada a la magia de la isla. Y supongo que aún podrás acceder a ese poder, ya sea de manera consciente o inconsciente. La magia corre por tus venas y te mantiene con vida, además de impedir que te consumas.

Viri se quedó mirándolo unos segundos.

—Creo que, si pudiera «acceder» a una fuente de magia así, lo sabría.

Su hermano ladeó la cabeza y se quitó una lumiposa que se le había enredado en el pelo.

—Cuando éramos niños, siempre sentiste el élixen con más facilidad que los demás. Tratabas de disimularlo, pero yo me di cuenta. ¿Eso ha cambiado en todo este tiempo?

—No —reconoció a regañadientes—. Sigo siendo bastante sensible

al élixen.

De hecho, sentía que ahora era mucho más sensible que antes.

Braedan pareció perturbado por su respuesta.

—Temía que dijeras eso —exclamó tras pasarse una mano por la cara—. Volviendo a lo de antes, creo que lo que le interesa al Gran Segador es tu magia. Eso es lo único que tendría sentido. Y, si estoy en lo cierto, si de verdad puedes acceder a la magia pura de la isla... —Viri lo vio estremecerse—. Solo los Sabios sabrán para qué querrá usarla. Y para qué querrá usarte *a ti*.

Tuvo que reprimir un escalofrío que le recorrió la columna. Por un momento, deseó que Wynter estuviera allí con ella, pero no solo para reconfortarla. Su amiga, que supuestamente era una *maga* y, por lo tanto, podía *ver a los segadores*, se pondría a investigar más sobre la hipotética magia de Viri. Si descubrieran para qué la quería el Gran Segador, podrían averiguar cómo evitar que la utilizara.

Eso suponiendo que siguiera con vida cuando hubieran pasado los dos próximos días. Daba igual cuáles fueran las intenciones del Gran Segador si conseguía destruir los obeliscos, ya que cada vez había menos probabilidades de que Viri sobreviviera.

—¿Quién *es* el Gran Segador? —preguntó.

Aún le costaba aceptar que atesoraba un misterioso poder que le interesaba al Gran Segador. Ella no era como Reeve, ya que no podía hacer magia con solo agitar la mano. Su magia solo le había servido para ser más sensible de lo normal al élixen y lo máximo que había conseguido hacer era localizar el cofre protegido en el almacén de la Cumbre. Y eso no era una habilidad que despertara admiración precisamente.

—No tengo ni idea —respondió Braedan negando con la cabeza—.

En estos siete años, no he conocido a nadie que lo haya visto más allá de las sombras que ocultan su rostro. Por lo que sé, hasta podría ser un espectro.

Viri se estremeció al acordarse del que se encontraron Reeve y ella en el bosque, pero, por los recuerdos que tenía del Gran Segador, sabía con seguridad que, al menos, era una persona de carne y hueso.

—Odio todo esto —bramó Braedan de forma repentina cuando se cubrió la cara con las manos—. Odio haberte hecho esto. Odio que estés en peligro por mi culpa. Odio que mamá y papá murieran por mi culpa. Que tú murieras *dos veces* por mi culpa. Odio que Reeve sufriera...

—Brae, *para*. —Sintió cómo se le encogió el corazón al ver el sentimiento de culpabilidad que invadió el rostro de su hermano—. ¿De qué estás hablando? Nada de lo que dices fue culpa tuya.

—Te equivocas... *Todo* es culpa mía —gritó Braedan con lágrimas en los ojos—. Fuiste gateando hasta la nebruma por culpa *mía*. Les prometí a mamá y a papá que iba a vigilarte, pero *no* lo hice. Todo lo que pasó a raíz de eso fue porque te fallé. La magalía, tu magia, la reacción del obelisco, la muerte de mamá y papá, el interés del Gran Segador en ti... *Todo*.

Viri sintió cómo las lágrimas brotaron de sus ojos al ver lo devastado que estaba su hermano. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que había arrastrado durante siete años; o incluso más.

—Brae, escúchame. —Viri le estrechó la mano con fuerza y lo obligó a mirarla a los ojos—. Tenías *cuatro años*. Ni una sola persona en el mundo te echaría la culpa de no haberte dado cuenta de que me fui gateando.

—Pero yo...

—No —dijo en tono firme—. Tú mismo me has dicho que no debo responsabilizarme por lo que les pasó a mamá y a papá, así que escúchame bien cuando te digo que tú tampoco eres responsable de nada. Eras tan pequeño que apenas sabías leer, imagínate hacer de niñera... Tienes que dejar de atormentarte y culparte por algo que no te pertenece. En todo caso... —Viri respiró hondo y, al segundo, retomó la frase—. En todo caso, la culpa fue de mamá y papá. No solo por dejar que me vigilaras, sino por saber lo que sabían de mí y, aun así, querer que celebrara la concesión antes de tiempo. De hecho, hasta el Gran Segador dijo que no deberían haber experimentado con magia que no entendían, y tenía razón. Ambos sabemos que estaba en lo cierto.

Braedan bajó la vista al suelo, como si se negara a aceptar las palabras de su hermana.

—Brae, por favor —murmuró Viri—. Una vez me dijiste que mamá y papá querían que fuera feliz. ¿No crees que habrían querido lo mismo para ti? Te has pasado los últimos siete años sufriendo sin parar. Ya es hora de que eso cambie. —La chica apretó sus manos y dijo en tono de súplica—: Si no puedes hacerlo por ti, al menos hazlo por mí.

Él soltó un suspiro ahogado. Y, después, otro. Hasta que volvió a levantar la mirada y, con la voz ronca, dijo:

—Lo intentaré.

—Es lo único que te pido —exclamó dedicándole una ligera pero alentadora sonrisa—. Y estaré aquí para recordártelo siempre que lo necesites porque, esta vez, no pienso olvidarme de nada y no voy a permitir que te vayas de mi lado.

Los ojos de Braedan seguían teñidos de tristeza, pero su mirada se encendió, como si se hubiera quitado un peso de encima y, poco a poco, hubiera empezado a sanar y a recuperar la esperanza. Y esa luz fue a más cuando sus labios se curvaron hacia arriba y dijo:

—Sé que tu intención era tranquilizarme, pero tengo que decir que ha sonado a amenaza.

La sonrisa de Viri se ensanchó.

—Pues quizás debas tomártelo como tal. —Viri le dedicó una mirada penetrante y añadió—: Se acabaron los remordimientos y los sacrificios de mierda. Ya no tengo diez años. Así que, a partir de ahora, lo que venga, lo afrontaremos juntos. ¿De acuerdo?

Braedan dudó un momento, pero, al notar los dedos de Viri apretando su mano, se rindió.

—De acuerdo.

—Genial. Y, ahora, ¿puedo abrazarte sin que ninguno de los dos nos ahoguemos en nuestros llantos?

Sus ojos se iluminaron aún más y Viri entrevió una chispa de picardía que le provocó una punzada de dolor por lo muchísimo que lo había echado de menos y por el tiempo que habían perdido. No obstante, lo importante era que volvían a estar juntos, así que decidió quedarse con eso.

—Puedes abrazarme —respondió Braedan—, pero no prometo no llorar. Los dos sabemos lo dramática que te pones a veces.

Viri arrugó la nariz, pero no se lo negó; se limitó a dejarse caer en los brazos de su hermano por primera vez en siete largos y dolorosos años. No tenía ninguna duda de que acabaría derramando algunas lágrimas, pero se esforzó por contenerlas y lo abrazó con más fuerza. Y no lo soltó hasta que, entre jadeos, su hermano hizo una broma

sobre que necesitaba respirar. Esa fue la señal inequívoca de que, tarde o temprano, estaría bien. Ambos lo estarían.

—Hablando de abrazos... —dijo cuando Viri se apartó. Su voz adoptó un sorprendente tono burlón que hizo que ella se sintiera más aliviada aún—. Antes os he visto a Reeve y a ti muy acaramelados. ¿Hay algo que quieras contarme?

El alivio de Viri desapareció y dejó paso a sus mejillas encendidas.

—Pues no, la verdad.

—¿Estás segura? Porque parecía que...

—Parecía que «no te metas donde no te llaman» —espetó Viri en tono cortante.

Braedan empezó a reírse y levantó las manos como si se estuviera rindiendo.

—Está bien, está bien. Pero, la próxima vez, buscad una habitación. *No* necesito ver cómo mi mejor amigo y mi hermana...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —le advirtió, sonrojándose aún más.

Braedan sonrió tanto que se le marcaron los hoyuelos, algo que Viri jamás pensó volver a ver. Entonces suspiró y su aire divertido desapareció cuando dijo:

—Deberíamos ir a buscarlo y elaborar un plan entre los tres. Tal vez no podamos matar al Gran Segador, pero debemos detenerlo de una maldita vez.

Viri no podía estar más de acuerdo con su hermano, pero el castillo era enorme y les llevaría un buen rato encontrar a Reeve. Y ese tiempo podía usarlo para obtener la respuesta a su última pregunta.

—Ve a buscarlo y, después, nos vemos en la torre del Guardián.

Braedan supo de inmediato qué estaba pensando.

—¿Quieres que nos retrasemos un poco...?

—No —respondió—. Ya hemos perdido bastante tiempo. Encuéntralo e id directos hacia allí.

Él asintió.

—No dejes que te convierta en rana —exclamó Braedan recuperando el tono divertido—. Dudo que Reeve quiera besarte si te salen ancas.

Viri se quedó pálida.

—¿Crees que es posible?

Braedan apretó la mandíbula.

—Bueno, supongo que depende de cuánto le gustes...

—No me refiero a eso, sino a lo de la rana —gruñó.

Su hermano soltó una carcajada y le echó el brazo por los hombros para guiarla por el deslumbrante jardín en dirección a la torre de la que había salido corriendo; aunque había sido un rato antes, ella sentía que habían pasado años. Braedan no le respondió, pero Viri se esforzó por deshacerse de la angustia que la invadió cuando sus caminos se separaron: Brae se fue por donde había ido Reeve y Viri se dedicó a desandar sus propios pasos. Atravesó las puertas de doble arco y se encaminó en dirección al castillo Nevarnost.

Por una parte, quería detenerse y admirar la decoración azul, plateada y dorada del castillo, pero se dijo a sí misma que podría volver más tarde, después de asegurarse de que todas las personas que le importaban estuvieran a salvo. Pero, por otra parte, una bastante intensa, se moría de ganas de entrar en una de las muchas salas de aspecto acogedor y tomarse un minuto para procesar todo lo que había descubierto esa noche. Tenía la mente destruida y el corazón devastado, así que estaba deseando tener un momento de

paz para intentar poner en orden sus pensamientos y emociones. Sin embargo, la llegada del cometa era inminente, por lo que tenía que priorizar eso por encima de todo lo demás. De modo que enterró sus sentimientos en lo más profundo de su ser y caminó con paso decidido por los pasillos dorados y subió las empinadas escaleras de caracol hasta que llegó a la sala circular en la que se encontraba el Guardián.

Por el motivo que fuera, no le sorprendió que siguiera en el mismo sillón en el que lo había dejado, justo delante de la chimenea de llamas verdes, y con una sonrisa que se dibujó en sus labios en cuanto la vio.

—Bienvenida de nuevo, Viridia —dijo el Guardián—. Te estaba esperando.

31

Los nervios empezaron a aflorar conforme Viri pasó junto al sendal en dirección al Guardián, aunque miró de reojo los extraños libros y los objetos mágicos que recubrían las paredes, así como las ventanas y el techo de cristal que le regalaban una vista del cielo estrellado que emitía un brillo insólito. Frunció el ceño al verlo y se dijo a sí misma que debería ser por el reflejo de la luna. Entonces centró toda su atención en el mago vestido de morado al sentarse el sillón dorado que había delante del suyo.

Y fue directa al grano.

—Sé que soy el bebé al que resucitaste.

El mago no mostró ni una pizca de sorpresa al escucharla.

—Imagino que tendrás algunas preguntas.

Viri se mordió el labio; no se esperaba que fuera tan fácil obtener respuestas.

—¿Qué puedes decirme de la magia que hay en mi interior? —No se atrevió a pronunciar las palabras «mi magia»—. La leyenda dice que vinculaste al beb... que me vinculaste *a mí* a la magia de la isla, pero ¿qué significa eso?

El Guardián cruzó una pierna por encima de la otra y su túnica se movió.

—No fue exactamente así —respondió—. No te vinculé a la magia de la isla como tal; eso habría sido demasiado peligroso, por no decir

que me habría resultado imposible. Desde que los magos ancestrales abandonaron la isla, nadie ha podido acceder al Canal Sagrado.

—¿El Canal Sagrado? —repitió Viri. Era la primera vez que oía ese término.

—Uno de los tres canales de magia pura que sirve para abastecer nuestro mundo con élixen —le explicó el Guardián—. O al menos así era hace muchos años. Ahora, en cambio, no es más que un hilillo, y la mayor parte permanece en lugares indómitos como el bosque Mistwood.

Viri había vivido en sus carnes la magia salvaje del bosque; o, más bien, sufrido. Si eso solo era una *pequeñísima parte* del poder del Canal Sagrado, prefería no imaginarse cómo sería en todo su esplendor. Se preguntó por qué dejarían de poder acceder a él y estuvo a punto de comentárselo al Guardián, pero se dio cuenta de que no sería importante si, en su caso, no tenía ninguna conexión con el Canal Sagrado.

—Entonces, ¿*no* estoy vinculada con el Canal? —insistió.

—Por todos los Sabios..., no —respondió el Guardián tras soltar una risa de incredulidad—. Nadie sobreviviría a algo así. Pero *sí* que te vinculé a otra cosa, a algo que es casi tan poderoso como el Canal Sagrado, pero que contiene otro tipo de poder.

Los ojos azules y encendidos del Guardián contemplaron a Viri, esperando a que ella sola desentrañara a qué se referían sus palabras.

De pronto, Viri abrió los ojos de par en par y dijo en voz alta:

—Los obeliscos.

Durante años y años, las distintas generaciones habían entregado su élixen a las tutelas; no había poder alguno que se le pudiera comparar.

El hombre asintió.

—Para salvarte la vida, la magalía tuvo que crear una conexión entre los obeliscos y tú para que la magia concentrada de las tutelas fluyera en tu interior. Además, tenía la ventaja adicional de que purgó cualquier resto de nebruma que quedara en tu cuerpo. Es decir, que no solo te resucitó, sino que te ayudó a mantenerte con vida.

Magia tutelada. No era de extrañar que Viri la percibiera con tanta facilidad, y esa sensibilidad que la había acompañado toda su vida por fin tenía sentido.

—Por desgracia, ese tipo de magia tan intensa y ancestral cuenta con una sensibilidad especial —siguió explicando el Guardián—. Es impredecible e inestable. En lo que respecta a los obeliscos, al tocarlos, tomaste parte de su magia, una magia que no te pertenecía. Y no les hizo mucha gracia.

Viri se estremeció al recordarse a sí misma posando la mano en la piedra de obsidiana y escuchar una tenebrosa voz que le susurraba *«Mía. Mía. Mía»*.

—Les dije a tus padres que el precio que tendrían que pagar por recuperarte era muy alto. —El Guardián hizo una mueca de dolor—. Incluso les advertí de que te mantuvieran alejada de los obeliscos, que jamás tuvieras tu ceremonia de concesión. Pero, conforme fueron pasando los años, la angustia se los fue comiendo porque le tenían miedo a la magia desconocida que crecía en tu interior y a lo que te podría suponer en un futuro. Ignoraron mis advertencias y se aferraron a la esperanza de que, si les devolvías el élixen a los obeliscos, dejarías de estar en peligro. —Su voz se volvió más apesadumbrada—. Conocían los riesgos y, aun así, lo hicieron. Y, en

cuanto tocaste el obelisco, pagaron el precio de la peor manera posible.

Viri tuvo que tomarse un momento para respirar hondo y tragarse las lágrimas que amenazaban con salir. Cuando habló, su voz sonó ronca y estaba llena de acusaciones:

—Dijiste que los advertiste, pero ¿por qué no se los impediste? Eres un mago todopoderoso. Antes casi me conviertes en estatua con solo mover la mano... ¿Por qué no les hiciste a ellos lo mismo aquel día? ¿Por qué apareciste cuando ya estaban muertos y no antes de que pasara?

Sabía que no estaba siendo justa, pero la pena se la estaba comiendo por dentro, como si acabaran de volver a abrirle una herida que ya estaba curada.

El Guardián no se enfadó por el arrebato de Viri. De hecho, más bien, parecía estar compadeciéndose de ella.

—Ojalá lo hubiera hecho. Pero, como te dije cuando eras más joven, solo con ir a verte ya me salté algunas de las normas más estrictas, pero pude hacerlo porque utilicé tu magalía como excusa, como una especie de vacío legal. El Guardián de Isla Elverdine no debe salir nunca del castillo Nevarnost, ni debe interferir en las vidas de los habitantes de la isla, excepto en la de los que consiguen llegar hasta aquí y pedir su deseo. —Su mirada imponente sostuvo la de Viri—. Todo necesita un equilibrio, Viridia. Así que, cuando se pierde, las consecuencias son nefastas, no solo para mí, sino para todos los que viven en la isla. Ese día, me arriesgué a ir a buscarte porque... —Se calló de forma repentina y clavó la vista en el fuego, como si estuviera pensándose lo que estaba a punto de decir.

—Porque... ¿qué?

El mago suspiró con fuerza y volvió a mirarla justo cuando su hermoso rostro se tiñó de vergüenza.

—Porque, en parte, me siento responsable de lo que te pasó. No solo porque la muerte de tus padres fuera una consecuencia directa de su deseo, sino también porque... —El Guardián volvió a suspirar —. Porque tu hermano se marchara con el Gran Segador. *Por eso* aparecí, para poder ayudarte a paliar el dolor y la culpa, aunque fuera por un tiempo.

—¿Por qué te sientes responsable de los actos del Gran Segador? —preguntó Viri.

Fue entonces cuando se acordó de algo que había dicho esa misma noche, algo que no significó nada en el momento porque ni siquiera creía que el Gran Segador existiera. Pero, por fin, lo entendió.

—Fuiste tú el que le enseñó a usar su élixen —exclamó horrorizada —. Todo el poder que ostenta es consecuencia de una magalía... Fuiste *tú* el que se la concedió.

El Guardián parpadeó varias veces al escucharla, pero no negó ninguna de sus acusaciones, sino que se limitó a pasarse la mano por la frente con aire fatigado.

—Es mucho más que eso. Yo soy el responsable de que el Gran Segador *se convirtiera* en Gran Segador. —Viri se sobresaltó, pero él siguió hablando—: Mi culpa va más allá de lo que te pasó a ti, pero las reglas que tengo que obedecer como Guardián de la isla dicen que no puedo corregir mis errores. Como te he dicho antes, no puedo intervenir y, por desgracia, eso incluye todo lo que respecta al Gran Segador. —El Guardián respiró hondo—. A ti, en cambio, sí que pude ayudarte porque viniste a mi castillo cuando eras un bebé y, por lo tanto, merecías recibir tu magalía. Por eso digo que era una

especie de vacío legal, y bastante peligroso debo admitir, porque se supone que no debo salir de Nevarnost. Pero parece que la magia se compadeció de nosotros aquel día y, aunque sufrí las consecuencias de mis acciones, la isla, por suerte, no.

El rostro del Guardián se volvió sombrío y Viri decidió no meter el dedo en la llaga preguntándole al respecto. Sin embargo, sí que le dijo:

—Acabas de decir que no puedes entrometerte en nada relacionado con el Gran Segador. Ahora bien, ¿eso incluye decirme quién es y por qué quiere mi magia?

Las llamas verdes chisporrotearon y crepitaron cuando el Guardián se paró a sopesar la pregunta de Viri, pero, cuando le respondió, su tono estaba teñido de remordimientos.

—Me temo que sí. Y, antes de que me preguntes al respecto, tampoco puedo decirte nada sobre los cometas de los amantes desafortunados ni del sacrificio de Aurora.

Viri se reclinó en su asiento.

—¿Hay algo que *sí* puedas decirme? Sabemos que no podemos matarlo sin poner en riesgo el flujo de magia de la isla, pero ¿es *posible* detener a alguien con un poder como el suyo?

El hombre le sostuvo la mirada.

—Siempre digo que no hay nada imposible. No todo está perdido, Viridia Solace. Aún hay esperanza.

Esas palabras fueron alentadoras, pero no muy útiles. Aun así, le dieron a Viri un pequeño hilo de esperanza al que se aferró con todas sus fuerzas.

—Hay algo más que debes saber —añadió el Guardián en tono serio—. Ya conoces los planes del Gran Segador de destruir los

obeliscos, pero, ahora que estás al tanto de lo que ocurrió en realidad, debes tener en cuenta que eso podría tener consecuencias concretas para ti.

Viri entendió de inmediato a qué se refería.

—Si estoy vinculada a los obeliscos, entonces... Entonces...

El Guardián asintió con pesar.

—Si logra destruirlos, la magia que albergan en su interior ya no podrá seguir manteniéndote con vida.

Se frotó los brazos, nerviosa, al descubrir cuál podía ser su inminente y fatídico destino, pero se deshizo del miedo al darse cuenta de que ya contaba con que, si destruían los obeliscos, no sobreviviría mucho más. La única diferencia era que ella moriría casi al instante, en lugar de que la encerraran en el subsuelo con el resto de los ciudadanos.

—¿Hay algo más que puedas contarme? —suplicó—. ¿Aunque sea una pista sobre dónde tendrá lugar el sacrificio?

El Guardián parecía estar librando una batalla interna, como si una fuerza desconocida le impidiera hablar.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte. Lo que sí puedo decirte es que ya tienes todo lo que necesitas para luchar. Confía en ti. Confía en tus amigos. Confía en tu magia.

Resignada, dejó escapar un suspiro al escuchar las últimas palabras del Guardián. Miró hacia la puerta; estaba ansiosa porque Braedan y Reeve aparecieran para poder volver a la ciudad, reunirse con sus amigos y hablar sobre cuáles serían sus próximos pasos. Con suerte, Wynter y Jonas habrían logrado averiguar algo sobre los cometas, y Soren, Sage y Ardin habrían encontrado a Jessalyn y al resto de los niños desaparecidos. Pero, si no..., seguirían teniendo

dos días hasta que llegara el cometa Aurora y, en ese tiempo, podrían cambiar muchas cosas. De hecho, el *mundo* de Viri se había puesto patas arriba en las últimas horas, así que podía pasar de todo hasta que se produjera el sacrificio.

Quiso hacerle más preguntas al Guardián sobre el momento en el que habló con sus padres, tanto por charlar un rato mientras esperaba a Braedan y Reeve como porque seguía sin creerse que la historia que había escuchado durante toda su infancia fuera cierta. Sin embargo, el fuerte rugido de su estómago la interrumpió y le recordó que no había comido nada desde antes de encontrarse con el espectro y el monstruo del lago. Miró al mago con timidez y este, después de dedicarle una sonrisa, agitó la mano en el aire. Tras un leve cosquilleo de élixen, apareció una bandeja repleta de frutas y pasteles, junto a un cáliz de cristal lleno de un espumoso zumo de bayas de sauco.

Viri asintió en señal de agradecimiento y empezó a devorar la comida, y eso hizo que la sonrisa del Guardián se ensanchara aún más.

—No suelo tener visita a la hora del desayuno. Ni a la de ninguna comida en realidad.

—¿Desayuno? —repitió mientras le daba un bocado al pastel de miel y lo acompañaba de un buen trago del delicioso zumo. Las burbujas le hicieron cosquillas en la nariz y acabó estornudando, pero, al segundo, dijo—: Querrás decir cena, ¿no? —Observó con detenimiento las ventanas, pero se quedó atónita al ver la claridad del cielo, como si el amanecer estuviera a punto de asomar por el horizonte—. ¿Tus ventanas están encantadas?

Él la miró con la cabeza ladeada.

—No... ¿Por qué lo preguntas?

A Viri se le empezó a revolver el estómago en cuanto se tragó el primer bocado.

—¿Por qué el cielo cada vez está más claro?

El Guardián pareció dudar sobre si reírse por la pregunta de Viri o no.

—Supongo que es lo que pasa cuando sale el sol.

Viri estaba cada vez más nerviosa.

—Pero si cuando llevamos el sol acababa de ponerse... No debería estar ni cerca de salir.

El Guardián pareció entender entonces lo que estaba pasando y le dedicó una alarmante mirada.

—A ver, para que quede claro... —dijo el hombre—. ¿Qué día crees que es?

—Viernes por la noche.

Para Viri, las últimas veinticuatro horas habían sido como si hubieran pasado tres mil años, pero no estaba tan confundida como para haber perdido la noción del tiempo de esa forma. De pronto, un aluvión de pena la invadió al darse cuenta de que, en ese momento, estaría teniendo su típica noche familiar de juegos; parecía que había pasado una eternidad desde la última partida de «La búsqueda del mago». Se acordó de Jessalyn y de su pijama amarillo pastel, y rezó porque hubieran encontrado a la chica y estuviera de vuelta en casa, sana y salva.

—Viridia, siento tener que decírtelo, pero no estamos a viernes —murmuró el Guardián justo cuando hizo desaparecer la bandeja y el cáliz al chasquear los dedos—. El tiempo cambia en Mistwood. Unas veces pasa más deprisa y, otras, más lento, dependiendo del camino

que tomes. —Se fijó en la mirada perpleja de Viri y añadió—: Es domingo por la mañana.

Sintió que le retumbaban los oídos; estaba segura de que se había enterado mal, pero, tras analizar la expresión del Guardián, se dio cuenta de que le estaba diciendo la verdad.

—*¿Qué?*

Viri se puso de pie y pensó que iba a vomitar todo lo que se acababa de comer al percatarse de que el sacrificio de la Aurora era *ese mismo día*. No tenían dos días por delante. Ni siquiera contaban con un día para trazar un plan. Tenían hasta *esa noche*.

—*¿Dónde demonios están Reeve y Brae?* —gritó cuando el pánico se apoderó de ella.

El Guardián levantó las manos; no sabía qué hacer ni qué responderle.

Viri empezó a dar vueltas de un lado a otro, y estaba tan abrumada que no podía pensar con claridad.

—¿Puedes usar tu magia para localizarlos? —La desesperación invadió la voz de Viri—. ¿O puedes pedirles que vengan de alguna forma?

El Guardián negó con la cabeza.

—Este castillo tiene muchas salas repartidas por distintos pisos en cada una de sus torres, y todas esconden maravillas mágicas que podrían distraer a cualquiera. Y los terrenos son aún más extensos, pero también están encantados. No hay forma de saber hasta dónde habrán llegado.

La chica quería gritar de frustración y sus ganas solo fueron a más cuando el Guardián le preguntó:

—¿Están los dos juntos?

Viri no tenía ni idea. Si las dimensiones de Nevarnost eran tan amplias como decía, cabía la posibilidad de que Braedan no hubiera *encontrado* a Reeve todavía, mucho menos hubiera podido avisarle de que tenían que irse de allí.

—Yo no... No... —Se sentía perdida. Se llevó las manos temblorosas a la boca y dijo—: El cometa llegará en unas horas. Tenemos que irnos ya. Tenemos que idear un plan. Tenemos que...

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —la interrumpió el Guardián en un tono tranquilizador mientras se ponía de pie a su lado y le posaba una mano en el hombro para calmarla—. Vete sin tus compañeros y yo me aseguraré de encontrarlos y enviarlos hasta donde estés.

—Pero... Yo... —Viri miró hacia la puerta y rogó para sus adentros que Braedan y Reeve aparecieran de pronto, pero no había ni rastro de ellos.

El Guardián tenía razón. No podía arriesgarse a seguir allí esperándolos sin saber cuánto tardarían en aparecer. Habían llegado al punto en que, cada *segundo*, contaba, y no podía seguir perdiendo el tiempo. Viri, que no estaba dispuestas a darle más vueltas al asunto, señaló el sendal que había en el centro de la sala y preguntó:

—¿Está conectado con los portales de la ciudad?

—No, solo con el portal ambulante de Mistwood.

Viri maldijo en voz alta, aunque tampoco le sorprendió teniendo en cuenta el secretismo que había en torno a Nevarnost. Aun así, el mapa mágico la ayudaría a ahorrarse un día entero de tener que deambular por el bosque para volver. Lo sacó de su capa al instante, se hizo un pequeño corte en la punta del dedo con la daga y utilizó su sangre para enviar el sendal de Mistwood junto a la linde del bosque que desembocaba en la necrópolis. Reeve tenía su talismán

para la nebruma, al igual que Braedan, así que no le quedó otra que confiar en que su anillo tuviera suficiente magia como para protegerla hasta que llegara a las tutelas protectoras del obelisco del sur.

—Toma —exclamó tendiéndole el mapa al Guardián—. Reeve sabe cómo funciona y Brae tiene sangre de Solace. Cuando los encuentres, diles que vayan en busca de Sage, Ardin y Soren para ver si tienen noticias y, después, que se reúnan conmigo en el laboratorio de Wynter. Y, por favor, insísteles en el poco tiempo que nos queda.

—Lo haré —le prometió el Guardián en tono sombrío. Apretó el hombro de Viri con la mano una vez más y añadió—: Te deseo toda la suerte del mundo, Viridia Solace. Si alguien puede detener al Gran Segador, esa eres tú.

Viri deseó tener la misma confianza en ella que él, pero se sentía tan aterrada que le temblaban las piernas.

—Gracias —murmuró con voz ronca—. Espero volver a verte. —Sobre todo porque eso significaba que seguiría *viva*.

—Yo también lo espero —respondió el Guardián en voz baja, levantando una mano para despedirse.

Eso fue lo último que vio Viri antes de darse la vuelta y saltar al sendal. A los segundos, apareció al otro lado y se encontró con los primeros rayos de sol del día iluminando el bosque; no había nebruma a la vista.

Se sintió aliviada por no tener que probar si el anillo funcionaba o no, así que salió corriendo de Mistwood hasta llegar a la seguridad de la necrópolis, protegida por las tutelas, y siguió andando a paso ligero mientras atravesaba las puertas de hierro oxidado y avanzaba entre los retorcidos árboles y las tumbas. En el camposanto reinaba

un silencio sepulcral, y las antiguas tumbas blancas brillaban como espectros en contraste con la luz fantasmal del amanecer; gracias a los destellos, no se tropezó con las lápidas más pequeñas ni se cayó por las escaleras derruidas que conducían a las criptas subterráneas. No podía permitirse el lujo de torcerse un tobillo en ese momento y sentía que iba tan contrarreloj que la prisa la obligó a avanzar los más rápido que podía por el suelo cubierto de hojas; solo se escuchaba el crujido de las ramas bajo sus botas y su respiración ansiosa y entrecortada.

Viri no paraba de darle vueltas a la cabeza mientras dejaba atrás los mausoleos y los panteones hasta que se encontró con un terreno más elevado que llevaba directo a la catedral blanca, que se alzaba sobre una loma cubierta de hierba en el corazón de la necrópolis. No dejaba de barajar distintos planes y posibilidades y una parte de ella se preguntó si habrían encontrado a los cincuenta niños desaparecidos mientras ella había estado ausente, pero su instinto le decía que no habían tenido tanta suerte. El Gran Segador había demostrado ser demasiado inteligente como para no tener planes para los distintos imprevistos. Y, aunque Viri tuviera a Meera y a Darik en estima como líderes, lo cierto era que no se hacían una idea de quién estaba detrás del sacrificio ni de la clase de poder que el Gran Segador tenía a su disposición: el control de su propia magia *y* una montaña repleta de segadores que respondían a sus órdenes. Tenía que avisarles del tipo de enemigo al que se enfrentarían tanto los guardias de la Nox como los cazadores. De hecho, también debía contárselo a Sarielle para que tanto ella como el consejo pudieran avisar a los habitantes de la ciudad en caso de que, al final, no pudieran detener el sacrificio.

Al pensarlo, tuvo que reprimir una arcada, pero siguió avanzando deprisa por la necrópolis. Cada vez estaba más cerca de la escalofriante catedral y, aunque se le erizó la piel al verla, su mente seguía enfrascada en trazar un plan. Lo más importante era poner en sobre aviso a toda la ciudadanía, así que, primero, iría a despertar a Sarielle para que reuniera al consejo lo antes posible y, después, buscaría a Meera para contarle todo lo que había averiguado. En cuanto a Darik... Bueno, Viri dejaría que fuera Meera quien pusiera al capitán de la Nox al tanto de las novedades; la aversión que sentía el general hacia ella se traduciría en que, casi con total seguridad, acabaría encerrándola en la Críptula por un sinfín de razones, y no solo por haber ayudado a Reeve a escapar.

Para Viri, parecía que habían pasado siglos desde entonces.

En ese momento, empezó a sentirse algo más tranquila conforme afianzaba su plan y decidió que, después de hablar con Sarielle y con Meera, se iría directa al laboratorio de Wynter para averiguar qué habían descubierto Jonas y ella. Para entonces, Reeve y Braedan deberían haber regresado con noticias de Sage, Ardin y Soren. Y, después de eso... Después...

Ya decidirían entre todos cuál sería el siguiente paso.

Viri sintió otro escalofrío al percatarse de la magnitud de su plan, pero se negó a considerar los peores escenarios posibles mientras estuvieran a tiempo de detener el sacrificio. Había cincuenta niños a los que tenían que salvar antes de que llegara la noche, y Jessalyn estaba entre ellos, y a eso se sumaba la supervivencia de la ciudad entera. No podía darse por vencida. No *iba* a darse por vencida.

Empujada por la determinación, aceleró el paso cuando se acercó a las oxidadas puertas de hierro que conducían al interior de la

catedral y pensaba atravesar a toda prisa el último tramo de la necrópolis y tomar el sendal para ir directa a buscar a Sarielle. Sin embargo, cuando llegó a la valla deformada y corroída, notó que se le ponían los vellos de punta otra vez, solo que, esta vez, se dio cuenta de que no tenía nada que ver con sus emociones; era *magia*.

Pero había algo más.

Porque, cuando avanzó tambaleándose hasta detenerse frente a las puertas de la catedral, se dio cuenta de otra cosa.

Le ardía la palma de la mano.

Tras años de entrenamiento, Viri tardó apenas un segundo en adoptar una posición defensiva y en desenrollar su fílux, y miró a la izquierda y a la derecha buscando al segador que había activado su marca de cazadora. Sin embargo, allí no había nadie y, aunque sentía la quemazón de su mano, el calor no era tan intenso como para que estuviera en un peligro inminente. No obstante, si hubiera un segador allí mismo, tampoco parecía que estuviera extrayéndole el élixen a nadie.

Se mordió el labio, dudando sobre qué hacer. Su parte lógica le decía que dejara a un lado su deber como cazadora y que siguiera su propio plan, ya que la prioridad era detener el sacrificio. Sin embargo, algo en su interior le impedía avanzar y su intuición no dejaba de susurrarle: *Espera. Observa. Escucha.* Decidió hacerle caso a su voz interior y se tomó un momento para cerrar los ojos y concentrarse en el calor de su mano.

La marca la empujaba a ir hacia delante y, cuando abrió los ojos, la vio.

La catedral.

Pero, además de su marca, sentía algo más y, en cuanto se acercó a

la verja, el hormigueo del élixen se intensificó.

Sin embargo, lo que hizo que todos los músculos de Viri se tensaran no fue nada de eso, sino el leve murmullo de un llanto.

Escuchó algo parecido cuando Reeve y ella atravesaron la necrópolis para ir en busca del Guardián, pero, en aquel momento, se convenció a sí misma de que no era nada más que el crujido de las hojas y el silbido del viento.

Ahora, en cambio, no había nada de aire y todo a su alrededor estaba quieto y en silencio.

Viri se quedó sin aliento cuando algo en lo más profundo de su ser la instó a cruzar las puertas oxidadas de las verjas y a subir por un sendero corto y sinuoso que acababa en unos desgastados escalones de piedra. El llanto había cesado y, por un momento, se preguntó si habrían sido imaginaciones suyas, si estaba perdiendo el tiempo y debería ceñirse a su plan e ir directa al sendal de una vez. Pero la marca de su mano empezó a arder con más intensidad y eso, sumado al hormigueo incesante de la magia, le bastó para decidirse a subir las escaleras en ruinas y apoyar las manos en las deterioradas puertas blancas.

La entrada debería haber estado sellada.

Pero no lo estaba.

Las puertas se abrieron con solo tocarlas, pero no porque Viri las hubiera empujado, sino porque alguien *tiró* de ellas.

Antes de que fuera consciente de lo que estaba pasando, una mano con venas negras agarró la parte delantera de su capa carmesí y la arrastró hacia el interior de la catedral. Viri levantó el fílux para atacar al segador, pero, en cuanto cruzó el umbral del antiguo edificio, averiguó cuál era la causa del hormigueo de élixen tan

intenso.

La catedral estaba protegida con tutelas y, ahora que se encontraba dentro, escuchó con claridad el llanto que, desde fuera, le había parecido casi imperceptible.

Pero no era el llanto de una persona, sino de muchas.

Y, además de llorar a lágrima viva, también estaban gritando.

Unos gritos juveniles de completo terror.

Los niños desaparecidos.

Estaban *aquí*.

Pero Viri no pudo hacer nada para ayudarlos, ni siquiera pudo verlos cuando se le nubló la visión tras sentir el golpe de la tutela protectora de élixen, que le provocó un dolor tan intenso que se tambaleó y se encogió; era como si alguien estuviera retorciendo todas sus terminaciones nerviosas a la vez. Y el dolor siguió aumentando, hasta que un segador la golpeó en la sien con la empuñadura de su daga.

Entonces su sufrimiento se desvaneció y se desplomó en el suelo, inconsciente.

DIARIO DEL MAGO

CELESTIAL KADMUS CASTRO

Octavo sol. Decimocuarto ciclo. Decimosegunda era.

~~Vienen a por mí. Los magos. Tephryn.~~

~~No puedo... Yo no...~~

~~Zeranthe~~

~~Ella... Ella...~~

~~¿Qué he hecho? ¿QUÉ HE HECHO?~~

Orión llegó anoche. Y, con él, vino la muerte.

Pero no era la clase de muerte que yo tenía prevista.

Al principio, todo fue tal y como había imaginado. Me reuní con mis fieles dentro de la tumba blanca mientras esperábamos a que el cometa llegara y nuestro sacrificio estaba dispuesto sobre la piedra del altar, ya preparado para lo que estaba a punto de suceder. El magistrado Garrin ni siquiera tuvo que hacer que pareciera un «accidente», porque uno de los presentes se ofreció voluntario para el sacrificio; era una somera devota que se mostró tan comprometida con nuestra causa que estaba dispuesta a pagar el mayor de los precios. Eso me sirvió para limpiar mi conciencia, ya que me ahorró de cometer un asesinato a sangre fría.

Pero estaba equivocado, aunque no fue a ella a quien tuve que matar.

Ni siquiera tuve la oportunidad de hacerlo.

Porque, en cuanto apareció Orión por el horizonte del cielo nocturno, justo cuando empecé a cantar y a conectar con el poder del cometa, a

escasos segundos de clavar mi daga de hueso de los rituales para completar el sacrificio, me acordé de algo.

Estaba tan desesperado y había sido tan *arrogante* que me había olvidado de que el cometa Orión necesita un elemento más que Aurora para canalizar todo su poder.

Ellixen abyssus.

Antes de que pudiera encontrar alguna forma de retomar el ritual, se produjo la tragedia.

Porque, de la nada, me embistió una oleada de magia.

Pero no era la magia de Orión.

Ni tampoco era la magia del Canal Sagrado, que se liberó por su cuenta.

Fue mi querida Tephryn.

Y no estaba sola, sino que la acompañaban todos los magos de la isla, que habían venido a por nosotros porque, de alguna forma, se enteraron de nuestros planes de destruir los obeliscos.

Y, de repente, todo empeoró.

O, quizás, mejoró.

Pero, después de eso, todo salió muy pero que *muy mal*.

~~*No puedo*~~

~~*Yo no*~~

~~*Zeranthe*~~

No sé qué pasó ni cómo pasó. Ni cómo fue *posible* que pasara. Pero no extraje el poder de Orión. No venía de él, sino de otra *persona*.

Yo estaba de pie frente al altar, tratando con desesperación de recordar todo lo que sabía sobre el *ellixen abyssus* y, al segundo, toda la tumba blanca se llenó de magos. Nos sacaron a los someros y a mí y,

después, empezaron a colocarle encancelas a todo aquel que pareciera poseer la más mínima gota de élixen para mitigar el poco poder que tenían. Al ver con mis propios ojos que apresaban casi sin esfuerzo a mis fieles seguidores, perdí la compostura.

No sé si fue la impotencia por el sacrificio fallido de Orión.

Si fue la influencia del Canal Sagrado.

O si fui yo, sin más.

Cuando uno de los magos que llevaba meses riéndose de mí y ridiculizándome se acercó para atarme las manos, algo en mi interior cambió. Se agitó. Y entonces me invadió un *hambre* repentina y voraz; pero no de comida, sino de *poder*.

De *su* poder.

Podía *sentir* el élixen que corría por sus venas. Y lo quería. Lo *necesitaba*.

Así que lo absorbí.

Lo hice por instinto. Llevaba años extrayendo el poder de los cuerpos celestiales. Conectar con ellos y canalizar su poder para, después, entregárselo a mis someros se había vuelto parte de mi naturaleza.

Pero eso no fue lo que hice en esta ocasión.

Cuando el mago intentó atarme, lo agarré por las muñecas y, al estar piel con piel, me *alimenté* de él. Esa es la palabra que mejor describe lo que hice. Extraje su élixen y absorbí hasta la última gota de su cuerpo. Las venas se me tiñeron de negro, algo que no me había pasado en ninguno de mis rituales, aunque era la primera vez que robaba el poder de otro ser humano. No tenía ni idea de que *podía* robarle el poder a otra persona. En la península, era imposible hacer algo así, porque las tutelas protectoras de los Canales Sagrados lo impedían, pero

aquí, en Isla Elverdine...

No podía parar, ni lo *intenté*. Su élixen... *Me moría de hambre*. Y me supo mejor que cualquier otro poder que hubiera saboreado, como si fuera la mayor y más pura exquisitez que hubiera probado en mi vida.

Necesitaba más.

Así que, cuando se desplomó a mis pies, sin una gota de magia y *sin vida*, no pude contener la necesidad de volver a alimentarme. De volver a *segar* ese poder.

Fue entonces cuando me convertí en algo nuevo, algo poderoso, algo imparable. Me convertí en *segador*. Y, cuando empecé a darles órdenes a mis someros a gritos y a decirles lo que tenían que hacer y *cómo* hacerlo, dejé de ser su Padre Mago. Ahora era su Padre Segador.

El primer Padre Segador de la historia.

No, el primer *Gran Segador*.

Un título poderoso para un líder poderoso.

Y, en ese momento, inicié mi liderazgo. Mis someros me siguieron, como siempre habían hecho, robando la magia para sí mismos. *Segando* magia.

Así fue como pasamos de ser los oprimidos a los opresores.

Los magos no sabían qué estaba pasando, ni siquiera cuando empezaron a caer ante la abrumadora cantidad de someros que les robaban el poder y les quitaban la vida.

Pero los dragones, gracias a su vínculo, sí que sabían qué estaba pasando.

Zeranthe lo sabía.

Vino a por mí y me gritó mentalmente mientras volaba a toda prisa desde la montaña. Apenas tardó unos minutos, pero, cuando aterrizó

sobre las tumbas bañadas por la luz de la luna, ya era demasiado tarde.

Yo estaba más absorbido de la cuenta por mi sed de magia.

Y mis someros, mis *segadores*, estaban igual de absorbidos.

En cuanto a Zeranthe... La intensidad de su élixen... La *cantidad* de poder puro que contenía en su interior y que emanaba como la luz de un centenar de soles...

Para entonces había perdido por completo el control sobre mi mismo. Solo sé que me movía la *necesidad*.

Cuando logré darme cuenta de lo que estaba pasando, que me estaba alimentando de mi queridísima dragona y que mis segadores estaban haciendo lo mismo, que la estábamos *matando*...

Justo entonces llegaron el resto de los dragones para salvar a sus magos y nos obligaron a dispersarnos.

Pero Zeranthe...

Los dragones tuvieron que llevársela. Casi todo su élixen había desaparecido y sus brillantes escamas azules se volvieron de un blanco mortífero.

No intentó defenderse.

¿Por qué no intentó defenderse?

Ya no siento nuestro vínculo. Ya no la siento a ella.

~~Creo que yo~~

~~Creo que nosotros~~

~~No sé si ella~~

Los magos vienen a por mí. Creen que he perdido la cabeza, que la magia del Canal Sagrado me ha corrompido.

Y puede que sea cierto.

Quizás fue cuando le hice la grieta al primer obelisco, cuando el poder del Canal Sagrado fluyó por mis venas y su ira invadió todo mi ser.

Quizás el Canal Sagrado es el culpable de mi hambre, mi desesperación, mi *adicción*.

Quizás, esta noche, él me haya hecho actuar así.

O, quizás, el único responsable sea *yo*.

Los magos ya habrán averiguado lo que ha pasado, lo que he hecho, lo que han hecho los segadores, y se habrán congregado. No sé qué estarán planeando ni cómo pensarán detenernos, pero Tephryn es inteligente, y ella... Ellos...

No me rendiré sin luchar.

No permitiré que me arrebaten esto, ni a mí ni a mis segadores.

Siento un hambre incesante.

Necesito *más*.

Vienen a por mí. A por mis segadores. Tephryn está...

Ya están aquí.

32

Viri. Despierta, por favor. *Viri, tienes que despertarte.* ¡P-por favor, Viri!

Viri gruñó al abrir los párpados de golpe. La cabeza le palpitaba con tanta violencia que estuvo a punto de desmayarse otra vez, y lo habría hecho si no fuera porque alguien estaba sacudiéndola y rogándole que se levantara.

Pero no era alguien cualquiera, sino alguien cuya voz conocía.

Viri jadeó al incorporarse y, al no ver nada, temió haberse quedado ciega tras el fuerte golpe que le habían dado en la cabeza. Sin embargo, logró entrecerrar los ojos a pesar del dolor hasta que pudo enfocar la vista y se encontró con la oscuridad de la sala mohosa en la que se encontraba. La luz tenue de las lumiternas iluminaba las paredes húmedas cubiertas de moho y un conjunto de ataúdes de piedra blanca alineados unos junto a otros, todos agrietados y medio en ruinas.

Se le encogió el estómago al observar el espacio abarrotado en el que estaba encerrada, y la humedad del ambiente le dio a entender que se encontraba en una cripta bajo tierra. Sin embargo, gracias al incesante hormigueo de las tutelas, supo que estaba situada debajo de la catedral. Tardó solo un segundo en orientarse y fijarse en la escalera que conducía a la única salida que había: una puerta de madera que, sin duda, estaría cerrada con llave. Entonces toda su

atención se centró en la persona que acababa de despertarla.

Era Jessalyn.

—Gracias a los Sabios que estás viva —exclamó la chica entre sollozos echándole los brazos por el cuello a Viri. Estaba temblando muchísimo y la agarró con tanta fuerza que estuvo a punto de dejarla magullada.

—Jessy... —Viri ahogó un grito y la abrazó con las mismas ganas—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Jessalyn negó con la cabeza sin separarse de Viri y, a los segundos, se apartó un poco y le vio la cara hinchada llena de lágrimas. El miedo había inundado sus enormes ojos marrones, tenía la melena rubia enredada y la ropa sucia, pero, quitando su aspecto desaliñado, no parecía haberse hecho ni un rasguño en los días que habían pasado desde que la secuestraron.

—No nos hacen daño. —Le tembló la voz—. Los segadores... Solo los vemos cuando nos traen comida o agua. Ni siquiera han intentado extraer élixen de nosotros.

En ese momento, Viri se dio cuenta de que compartía espacio con más niños que no paraban de asomar las cabezas con nerviosismo tras los ataúdes de piedra y que se escondían en las esquinas sombrías, todos con el mismo aspecto descuidado.

—¿Has venido a salvarnos? —preguntó Jessy con voz trémula—. ¿Nos vamos a casa?

—Sí —respondió con determinación, ya que no quería que descubrieran la gravedad de la situación en la que estaban.

La cabeza le iba a mil, sobre todo por el traumatismo del golpe, pero también porque se sintió desolada al darse cuenta de que nadie tenía la menor idea de dónde estaba. Reeve y Braedan sabrían que le

había pasado algo cuando no la vieran aparecer en el laboratorio de Wynter, pero dudaba que supieran por dónde empezar a buscarla. Necesitaba pensar, idear algún plan, pero le dolía *demasiado* la cabeza.

Viri apretó los dientes para intentar olvidarse del martilleante dolor y se sacó de la capa lo que le quedaba de la pomada curativa; se la aplicó en la sien, que la tenía hinchada, y suspiró por el alivio que sintió cuando empezó a hacerle efecto. Comenzó a repasar en su mente qué le quedaba de las provisiones que le dio Wynter antes de partir. Había usado el vigoricitrus y la morfinina durante su encuentro en el lago y había perdido el detenubis por el camino, probablemente al enfrentarse a la bestia de los tentáculos. No obstante, aún conservaba el polvo escarlata que podía anular las habilidades mejoradas de los segadores y se aseguró de que lo tenía bien guardado, pero a su alcance.

Al palparse los costados, Viri maldijo en voz alta porque le habían quitado las dos dagas que llevaba, aunque seguía teniendo el fílux y el polvo escarlata, y decidió que los usaría para atacar a la siguiente persona que apareciera en la cripta. Así, los niños tendrían la oportunidad de escapar mientras ella luchaba contra sus persecutores.

No era un plan muy elaborado, pero era mejor que nada y la ayudó a ganar algo de confianza en sí misma.

Hasta que, de pronto, se fijó en su antebrazo y vio que no tenía su fílux.

Notó que se le heló la sangre al recordar que lo llevaba en la mano cuando perdió el conocimiento, así que eso quería decir que...

—¿Buscas esto?

Viri se sobresaltó y la palma de la mano empezó a quemarle cuando se puso de pie y se giró hacia las escaleras. No había escuchado la puerta, pero, justo delante de ella, bañada por las sombras, se alzaba una espeluznante figura que le resultaba familiar.

El Gran Segador.

—Hola, Viridia Solace —dijo el hombre con voz grave. Llevaba una capa enorme que lo cubría de la cabeza a los pies, justo como la última vez que lo vio. La única diferencia era que, ahora, sujetaba el fílux con las manos enguantadas.

Viri se quedó atónita porque pensaba que lo que veían sus ojos no era posible. Era un *segador* y el látigo dorado debilitaba con más intensidad cuando estaba en contacto con la piel, pero también funcionaba a través de la ropa. De modo que, a no ser que el Gran Segador fuera inmune a sus efectos, al igual que Viri y Reeve, no había forma de que estuviera sujetando el fílux como si nada.

—Ojalá te vieras la cara ahora mismo. —El tono sombrío del Gran Segador se tiñó de diversión cuando agitó el arma en el aire, burlándose de Viri—. Seguro que te estás preguntando cómo es posible que lo esté tocando, así que te lo voy a decir: porque antes era mío y la magia, al contrario que las personas, es leal. Pero me lo robaron hace muchos años junto con algo más valioso aún. Juré que me vengaría algún día, así que créeme cuando te digo que voy a disfrutarlo, y mucho más de lo que te imaginas.

Viri sintió una repentina punzada de élixen unos segundos antes de que el fílux se alzara en el aire como por arte de magia, justo delante del Gran Segador, flotando como si fuera una serpiente dorada apaleada...

Y, en un abrir y cerrar de ojos, quedó reducida a cenizas.

—*¡No!* —gritó mientras observaba horrorizada los puntitos brillantes que caían poco a poco hasta acabar en el mugriento suelo.

Su fílux... El fílux de sus *padres*...

—Qué ganas tenía —canturreó el Gran Segador—. No tienes ni idea del tiempo que llevo queriendo hacer eso.

Viri se quedó observando el polvo dorado sin poder creérselo; le ardían los ojos por la reciente sensación de pérdida, de *dolor*. El fílux le había salvado la vida en incontables ocasiones desde que se convirtió en cazadora y, años antes, también había salvado a sus padres. Y ahora ya no quedaba nada de él... El Gran Segador era tan poderoso que había conseguido *hacer añicos* un objeto mágico.

La furia y el miedo empezaron a apoderarse del cuerpo de Viri, que no podía parar de temblar. Le hizo un gesto a Jessalyn, que estaba completamente pálida, para que retrocediera, y la chica corrió hacia un grupo de niños que estaban apiñados detrás de uno de los ataúdes blancos. Cuando Jessy dejó de estar en el punto de mira del Gran Segador, Viri se giró para mirarlo de frente y, en tono serio, le prometió:

—Vas a pagar por eso. Y por todo lo que has hecho.

Él dejó escapar una risa mortífera.

—¿Pagar? Acabo de hacerte un favor. Alguien tenía que demostrarte que te estás engañando a ti misma por creer que tienes la más mínima posibilidad de detenerme. —Inclinó la cabeza encapuchada hacia un lado y las sombras se movieron con él—. Aunque supongo que también debería darte las gracias —exclamó en tono animado—. Eres tan predecible que me das pena. No sabes cuánto me has facilitado el trabajo.

Viri se quedó mirándolo fijamente y se negó a darle la satisfacción

de preguntarle a qué se refería.

Pero, aun así, el Gran Segador se lo dijo:

—¿Crees que no sabía que tu hermano se había escapado de su pequeña y acogedora prisión? ¿Que no estaba al tanto de su plan de encontrar al Guardián y de lo que tenía pensado pedir con su magalía? ¿Que no me he encargado de que Reeve se enterara por casualidad del peligro que supondría mi muerte? —Dejó escapar una risa sarcástica—. Pobre Reeve. Gracias a él conseguí dar contigo y tú solita hiciste justo lo que esperaba al ayudarlo a escapar de la Críptula. Ambos me habéis salvado la vida, y sabía que lo haríais. Así que, como he dicho, debería darte las gracias.

Viri detestó todo lo que le estaba contando. *Lo odiaba.*

—Te hemos salvado porque no nos quedaba más remedio —gruñó hastiada por la facilidad con la que los había manipulado a Reeve y a ella—. Pero eso no significa que no vayamos a pararte los pies.

—Porque todavía no os habéis dado cuenta de que no deberíais *querer* detenerme. Todo esto lo hago *por* ti, Viridia. Pero veo que aún no has descubierto por qué. —Negó con la cabeza, como si estuviera decepcionado, pero Viri solo podía pensar en que debía de estar loco si lo creía de verdad—. Qué pena... Pero ya da igual, porque ese desprecio que sientes no te va a servir de nada y nadie va a venir a ayudarte, al menos en las próximas ocho horas, antes de que llegue el cometa Aurora.

Viri palideció de golpe. Apenas había empezado a amanecer cuando se marchó del castillo del Guardián. Si solo quedaban ocho horas para que llegara el cometa, había estado inconsciente más de lo que pensaba.

—Aun así, sé que no debo subestimarte —añadió—. Por desgracia

para ti, eso quiere decir que no puedo arriesgarme a que me surjan problemas antes del anochecer. Al fin y al cabo, ambos sabemos lo bien que se te da salir de un apuro.

Viri lo miró con el ceño fruncido.

—Tú no sabes nada de mí. —Sin embargo, lo que acababa de decir sí que era cierto, así que ella misma se iba a encargar de que el Gran Segador fuera testigo de ello.

—¿Crees que no he estado vigilándote de cerca estos últimos siete años? Y antes, incluso —exclamó el hombre tras soltar otra risa malévola.

Ella sintió un escalofrío que le atravesó toda la espalda solo de imaginárselo espiándola. Pero, entonces, rescató algo que le había dicho antes.

—Si de verdad soy una amenaza, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué me has mantenido con vida?

Durante el tiempo que estuvo inconsciente, había quedado a merced del segador que la golpeó y, en lugar de hacerle daño, la llevó hasta la húmeda cripta y la dejó allí. En otro momento, habría dado las gracias al cielo, pero ahora... Sabía que el Gran Segador estaba tramando algo más.

—Porque, esta noche, si las cosas no salen como tengo previsto —respondió—, tendré que echar mano de ti.

—¿Qué significa...?

—Se acabaron las preguntas —exclamó el hombre con impaciencia —. Nos vemos pronto, Viridia Solace. Será mejor que descanses para el espectáculo de esta noche.

Lo último que quería hacer era descansar. Contaba con ocho horas por delante y pensaba aprovecharlas al máximo para salir de la

catedral, salvar a los niños y detener al Gran Segador para que jamás volviera a hacerle daño a nadie.

Hasta que, de forma repentina, se dio cuenta de que las últimas palabras que le había dirigido no habían sido una sugerencia, sino una advertencia.

Porque, en cuanto movió la mano, una oleada de élixen golpeó a Viri con fuerza y, por segunda vez en ese mismo día, perdió el conocimiento y cayó de bruces al suelo.

33

Viri volvió a despertarse sobresaltada, pero ya no estaba en la cripta subterránea, sino en una enorme sala abovedada en la que el aire era tan frío que, al respirar, su aliento se convirtió en vaho.

Recordó todo lo que había pasado de golpe y una abrumadora sensación de adrenalina la invadió al darse cuenta de que estaba atada a una columna agrietada de mármol; era una de las muchas que había alineadas en los muros arqueados de la inmensa cámara central de la catedral. Todas las superficies estaban cubiertas de musgo y moho, como si la naturaleza estuviera reclamando lo que le pertenecía. Las enredaderas trepaban por las columnas y se extendían por todas las grietas del suelo como una marea de serpientes preparadas para atacar. Mirara donde mirara, Viri veía algo roto o en ruinas: estatuas derrumbadas, bancos partidos por la mitad, cristales hechos añicos, puñados de escombros alrededor de ataúdes blancos manchados... Y todo llevaba a un estrado que era el único lugar por el que no parecía haber pasado el tiempo. Detrás del estrado, se encontraba la gigantesca figura de un flamorni ancestral, un ave que representaba la muerte y la resurrección, con las alas desplegadas y las plumas de la cola formando un abanico como si fueran llamas. Era preciosa y aterradora a la vez, y sus pequeños y deslumbrantes ojos parecían mirar hacia una losa de piedra elevada

que descansaba sobre el estrado.

Viri ahogó un grito al ver la losa, no solo porque acabara de darse cuenta de cuál era su finalidad, sino por el hecho en sí de *poder* verla. La luz de la luna se colaba por el destrozado techo de cristal e iluminaba todo lo que había en la descomunal sala.

Una luna clara y brillante.

No, susurró para sus adentros. Se había hecho de noche, y eso quería decir que se estaba quedando sin tiempo.

Al escuchar un sollozo, se giró con tanta rapidez hacia su izquierda que le crujió el cuello, pero el dolor no fue nada en comparación con el miedo que sintió cuando vio a Jessalyn atada a la columna contigua a la suya. Y, en la siguiente, había otro niño atado, y así por todas y cada una de las columnas de la catedral. Al igual que Jessy, acababan de empezar a despertar de la magia que los había dejado inconscientes, y sus angustiosos gritos y lamentos resonaron por toda la sala, inundada por el fulgor de la luna.

Viri se preguntó si estarían al tanto del destino que los esperaba esa noche a manos del Gran Segador, pero un calor abrasador la sacó de sus pensamientos y la marca de cazadora la avisó de que se acercaba un segador. Tardó apenas unos segundos en darse cuenta de que no era uno, sino varios segadores, los que entraron a raudales por un arco y avanzaron por la sala llena de escombros en dirección al estrado.

Uno... Cinco... Quince... Treinta... Viri perdió la cuenta de las capas que aparecieron de forma repentina y se fijó en sus manos desnudas y en las venas negras que desaparecían bajo las mangas de sus trajes; algunos habían robado tanto élixen que las oscuras líneas les llegaban hasta el cuello y trepaban por sus mandíbulas hasta unos

ojos carentes de emoción. Ninguno de ellos se detuvo a mirar a Viri ni a los niños, sino que tenían la vista clavada en las escaleras que llevaban al estrado de piedra y se desplegaron justo delante de él, como si formaran un muro de testigos frente a un altar.

Y se quedaron ahí, esperando.

Viri sentía el corazón retumbándole en los oídos y sus frenéticos latidos sonaban como un reloj que avanzaba demasiado rápido. Trató de zafarse de lo que la tenía atada, pero, al notar una ligera punzada de élixen, se percató de que no estaba amarrada a la columna con una cuerda, sino con *magia*. Si hubiera sido una cuerda, podría haber intentado deshacer el nudo, pero no tenía ni la menor idea de cómo liberarse porque ni siquiera *veía* las ataduras.

De pronto, escuchó un sollozo y volvió a mirar a Jessalyn, que tenía la cara empapada de lágrimas y que lloraba sin cesar.

—Todo va a salir bien, Jessy —dijo en voz baja—. No pienso dejar que te pase nada.

Sin embargo, no tenía forma de garantizar que cumpliría su promesa, y ambas lo sabían.

—Si... Si no sobrevivo... —empezó a decir Jessalyn.

—Claro que *lo harás*.

—… dile a Soren que le quiero —balbuceó—. Dile que q-quiero que sea feliz.

Pero Soren jamás sería feliz sin su hermana. Si Jessalyn no sobrevivía, jamás se lo perdonaría. Y tampoco perdonaría a *Viri* si no hiciera todo lo que estuviera en su mano por salvarla.

—Se lo vas a decir tú en cuanto salgamos de aquí —exclamó en tono firme.

Antes de que Jessalyn pudiera responderle, la interrumpió una voz

grave con tono burlón:

—A estas alturas, no sé si me parece admirable o patético que sigas teniendo esperanzas.

Viri sintió una oleada de hielo y fuego cuando el Gran Segador apareció y se abrió paso entre las dos columnas hasta que se detuvo delante de ella y se sentó en el suelo agrietado de mármol. Odió tener que levantar la cabeza para mirarlo, pero la magia que la tenía atada no le dejó mucho margen de maniobra, así que le resultó imposible ponerse de pie.

—El cometa llegará de un momento a otro y, aun así, ¿sigues creyendo que puedes detenerme? —Dejó escapar una sonora carcajada—. Sabía que eras bastante testaruda, pero esto rebasa los límites de lo ridículo.

Viri trató de luchar contra la magia que la tenía atada, a pesar de que el dolor le atravesaba las muñecas como si unas cuchillas le cortaran la piel. Pero no le importó y siguió intentando soltarse.

—Ni te molestes —espetó el Gran Segador observando su lamentable intento de liberarse—. Ya no puedes hacer nada. —Entonces giró la cabeza encapuchada hacia el estrado, donde sus obedientes segadores lo esperaban.

El hombre soltó un sonido de satisfacción y, después, chasqueó los dedos enguantados, lo que hizo que Viri se estremeciera cuando el élixen inundó todos sus sentidos. La magia se extendió por toda la sala como si fuera una ráfaga de aire caliente y encendió las velas que había esparcidas entre los escombros hasta bordear la losa de piedra y, tras ella...

Jessalyn se quedó sin aliento y los ojos de Viri se abrieron como platos cuando vieron que el flamorni parecía cobrar vida; las llamas

crepitaron entre sus plumas y ardieron desde la cabeza y por las alas extendidas hasta acabar en su cola abierta como un abanico. Ahora era incluso más precioso y aterrador, como si fuera el mismísimo infierno.

—Mucho mejor —murmuró el Gran Segador con agrado—. Quería que la ceremonia de esta noche fuera más bien un espectáculo visual, pero, para mi sorpresa, las sabandijas que tienes por amigos se las han arreglado para averiguar nuestro paradero, así que tendrá que bastar con esto.

Viri ahogó un grito y sintió que la invadió un rayo de esperanza.

—No te emociones tanto —exclamó el Gran Segador con una sonrisa malévola—. Ha sido nada menos que la hija de la magistrada la que la ha informado de dónde estamos.

Ella contuvo la respiración. Si Wynter se lo había dicho a Sarielle, también se lo habría dicho a Meera y a Darik, y seguro que Reeve y Braedan también lo sabían, así como sus amigos. Eso significaba que todavía había una posibilidad de...

—Pero he reforzado las tutelas lo suficiente como para que no puedan atravesar las puertas de la catedral —continuó con tono engreído—. Aunque haya un ejército completo congregado fuera, ninguno de ellos podrá hacer nada para ayudarte.

En cuanto la poca esperanza que tenía se desvaneció de golpe, Viri se dejó caer contra la columna.

El Gran Segador soltó otra risa teñida de maldad y dijo:

—Siento decepcionarte, Viridia. Por si te sirve de consuelo, imagina la sorpresa que se habrá llevado Sarielle Starling al descubrir que su querida hija se ha pasado años estudiando magia prohibida delante de sus narices. —Hizo una mueca—. Hoy en día,

la lealtad es algo casi imposible de encontrar.

—Wynter es más leal de lo que lo podrás ser tú en toda tu miserable vida —gruñó Viri—. Y Sarielle la quiere con locura, así que lo entenderá.

Tarde o temprano, añadió Viri mentalmente. Entonces se preguntó qué habría obligado a Wynter a contarle la verdad a su madre, aunque fuera para poder decirle lo que había descubierto sobre los cometas. Viri tenía la esperanza de que su amiga estuviera bien y de sobrevivir para poder averiguarlo por sí misma, aunque, con cada segundo que pasaba, parecía más improbable que pudiera cumplir esto último.

—El amor es una mentira en la que solo creen los necios —exclamó el Gran Segador en tono de hastío—. Me da exactamente igual cómo se sienta la magistrada con respecto a su hija; a no ser, claro, que tu amiga pueda interesarme. El poder sí es importante. El amor no.

—Y eso lo dice una persona a la que es más que evidente que no han querido en su vida.

—O, quizás, lo dice una persona a la que han traicionado por amor, y de las formas más despreciables que existen —espetó cortante antes de agitar una mano con desdén—. No pienso hablar más de esto contigo. Ha llegado la hora de que te despidas.

Cuando volvió a chasquear los dedos, apareció un corpulento segador que se acercó a Jessalyn y la obligó a ponerse de pie en cuanto sus ataduras mágicas desaparecieron.

—¡No! —gritó Viri mientras trataba de soltarse—. *¡No!*

—Por alguien tendré que empezar. —El Gran Segador se encogió de hombros, sin mostrar sentimiento alguno—. ¿Preferirías que fuera otro niño en lugar de ella?

Sí, pensó, aunque se dio asco a sí misma.

—¡Viri! —gritó Jessalyn, llorando desconsoladamente mientras el segador arrastraba su cuerpo casi sin esfuerzo en dirección al estrado —. *¡Viri! ¡Ayúdame!*

—*¡JESSY!* —chilló mientras se retorcía en el sitio con todas sus fuerzas, pero no se movió ni un centímetro.

—Qué bonito... —murmuró el Gran Segador al observar a Viri luchando contra las ataduras mágicas—. Puede que sí que exista el amor... —Entonces resopló—. En fin, una pena.

Y, en ese momento, el Gran Segador se dio la vuelta y caminó detrás de Jessalyn. La capa ondeó a sus espaldas conforme caminaba sobre las enredaderas y rodeaba los ataúdes desmoronados; atravesó un camino cubierto de cristales e iluminado por las velas hasta llegar a donde lo esperaban sus obedientes segadores. Cuando llegó hasta ellos, todos sus fieles se inclinaron ante él y, después, se hicieron a un lado para que subiera la corta escalera que llevaba hasta el estrado. Acababan de tender a Jessy, que no paraba de patalear, sobre la losa de piedra, hasta que el Gran Segador agitó una mano para aplastarla contra la superficie y le ató los brazos y las piernas con magia. Su corpulento ayudante retrocedió de inmediato y volvió con el resto de los acólitos.

Viri estaba a punto de vomitar. Por el rabillo del ojo, veía a los niños que la rodeaban, llorando sin consuelo, y tanto los ruidos como los olores que desprendían a causa del miedo le dieron aún más ganas de vomitar. Aun así, no le quitó los ojos de encima a Jessalyn, que se retorcía de dolor sobre la losa de piedra. El resplandor de la luna iluminaba su figura, que no paraba de temblar, así como las alas llameantes del flamorni que se alzaba tras ella.

—Ya falta poco —anunció el Gran Segador, y su voz retumbó por toda la sala. Echó la cabeza hacia atrás para mirar a través del techo derrumbado y las sombras ondularon junto a su rostro, como siempre. Ahora, en cambio, bailaron bajo la luz del fuego, y parecía un demonio que había salido del mismísimo infierno.

La cazadora trató de luchar contra el élixen que la retenía en la columna, una y otra *y otra vez*, jadeando con fuerza mientras la desesperación la empujaba a seguir intentando soltarse, a pesar de lo mucho que le dolían las muñecas. Pero, hiciera lo que hiciera, la magia la tenía demasiado bien atada.

Un sentimiento de impotencia se apoderó de Viri cuando el Gran Segador siguió con la vista clavada en el cielo nocturno mientras Jessalyn se retorcía sobre la losa, tratando de zafarse de la magia que la tenía atada; el resto de los niños seguían llorando y gritando sin parar. No podía acabar así, pero no había nada que Viri pudiera hacer. Sus años de entrenamiento no la habían preparado para enfrentarse a alguien tan poderoso como el Gran Segador. La rabia que sentía fue creciendo por lo injusto que era todo: que sus padres murieran cuando ella no era más que una niña y que no le hubieran contado nada de su pasado, que su hermano hubiera sacrificado siete años de su vida para protegerla, que Reeve se viera obligado a abandonarla, que sus recuerdos olvidados le hubieran arrebatado tanto tiempo a todos ellos, y, por último, que el todopoderoso Guardián se hubiera negado a ayudarlos a detener al Gran Segador y que no le hubiera ofrecido más que unas palabras triviales que...

Se quedó de piedra al recordar lo que le había dicho el Guardián: «Ya tienes todo lo que necesitas para luchar. Confía en ti. Confía en tus amigos. Confía en tu magia».

Confiaba en sus amigos, pero estaban retenidos fuera, tras las impenetrables tutelas protectoras de la catedral. También confiaba en sí misma, aunque el poder del Gran Segador la tuviera apresada en ese preciso instante y no pudiera ni moverse. En cuanto a su magia... *No* confiaba en ella. Ni siquiera la *entendía*. Pero, si lo que le dijo el Guardián era cierto, o si sus palabras escondían un consejo, quizás había llegado el momento de que dejara de enfrentarse a la magia físicamente y probara algo distinto, algo... *mágico*.

Su mente se apresuró a recapitular todo lo que sabía sobre la magalía que vinculó su vida a los obeliscos, sobre la magia pura y poderosa de protección que fluía por sus venas y la hacía más sensible al élixen. Cuando estuvo con Reeve en la Cumbre, descubrió que podía usar esa sensibilidad para localizar objetos tutelados, pero... ¿y si podía ir más allá? ¿Y si podía *crear* sus propias tutelas de protección, al igual que los obeliscos?

Y mucho más importante...

¿Y si podía *romper* esas tutelas?

Las manos empezaron a sudarle en cuanto se le vino la idea a la mente. Las tutelas de la catedral eran lo único que impedía que todos los que estaban fuera entraran a ayudarla, así que, si destruía esas tutelas...

Era una apuesta arriesgada y, primero, necesitaba comprobar si funcionaba, pero no tenía ni idea de qué podía pasar si probaba esa magia, *ni cualquiera*, sin saber con seguridad lo que estaba haciendo. A lo mejor acababa empeorando las protecciones, las reforzaba por accidente o las hacía permanentes. Necesitaba probar con algo más pequeño, así que cerró los ojos y trató de recordar las indicaciones que le dio Reeve cuando estaban en el almacén de Sarielle. Se

imaginó a sí misma como una maganolia, abriéndose pétalo a pétalo. Entonces buscó su sensibilidad aguzada, su *magia*, y se preparó para liberarla.

Pero no pasó nada.

A pesar de su angustia, se obligó a respirar hondo y a tranquilizarse, porque sabía que dejarse llevar por la desesperación no le traería nada bueno. Evocó el recuerdo de la voz sosegada e hipnótica de Reeve cuando la guio y deseó que su mente se callara y que sus latidos se ralentizaran.

Así que volvió a intentarlo y rebuscó en lo más profundo de su ser, y animó a la magia a que fluyera y rompiera las barreras mentales que la retenían.

Y funcionó.

Viri se quedó sin aliento cuando el poder que albergaba en su interior estalló y asoló las protecciones de la catedral, y el escozor del élixen era tan intenso que tuvo que reprimir un quejido. Fue entonces cuando recuperó el control inmediato de su mente y trató de dominarla todo lo que pudo echando mano del recuerdo de la voz calmada de Reeve y de su propia intuición, que le servía para saber en qué puntos tenía que concentrarse.

De pronto, centró toda su atención en sus muñecas y se dio cuenta de que las ataduras que la retenían en la columna tenían que ser una especie de tutela de protección. O, tal vez, la extraña magia que corría por sus venas no distinguiera entre las tutelas y el élixen en general. Fuera como fuera, se concentró en el cosquilleo mágico que la apresaba y frotó su peculiar y desconocida magia, como si estuviera acariciando con la mano a una mascota, y dijo para sus adentros: *Suéltame, suéltame, suéltame.*

No tenía ni idea de qué estaba haciendo y estaba casi segura de que no funcionaría.

Pero, cuando quiso darse cuenta, se había soltado.

Estaba tan sorprendida que se olvidó de respirar, pero decidió dejar a un lado su incredulidad; ya tendría tiempo de deleitarse con lo que acababa de hacer. En ese momento, lo único que quería era levantarse y correr hasta el estrado, pero se obligó a quedarse donde estaba porque sabía que, en cuanto diera dos pasos, el Gran Segador agitaría la mano y la arrojaría lejos, o, peor aún, la dejaría inconsciente hasta que el sacrificio hubiera terminado. La cabeza encapuchada empezó a girarse en dirección a donde estaba Viri, como si hubiera sentido un cambio en la magia que la tenía atada, aunque ya no, así que tuvo que armarse de toda su fuerza de voluntad para quedarse completamente inmóvil cuando la mirara.

Se le hicieron eternos los aterradores segundos que pasaron hasta que el Gran Segador apartó la mirada y volvió a inclinar la cabeza hacia arriba, y ella soltó un intenso suspiro de alivio. Pero, entonces, el hombre se puso recto al ver algo que le llamó la atención. Viri levantó la cabeza para mirar el techo abovedado y la sangre se le heló cuando vio una brillante estela morada que avanzaba a un ritmo lento entre las estrellas del firmamento.

Era el cometa Aurora.

Un aluvión de pánico atravesó a Viri y fue a más cuando el Gran Segador se sacó una daga blanca de hueso de la capa y la sujetó con las palmas abiertas. Después, empezó a cantar en una lengua desconocida que, casi con total seguridad, era la que hablaban los magos ancestrales.

Viri observó la daga aterrada y supo lo que pasaría en cuanto el

Gran Segador terminara de cantar, así que esa era su oportunidad.

Al no tener experiencia alguna, su técnica fue bruta y torpe, y su intuición era lo único que la guiaba, pero logró volver a lanzar una oleada de magia y, esta vez, dejó que chocara contra las tutelas de la catedral.... Y ahí se quedó ahí. Las protecciones eran mucho más fuertes que la pequeña cantidad de élixen que brotó de sus muñecas, como si comparara una montaña con una piedra, y ejerció presión hacia ellas mientras, en su interior, gritaba: *¡RÓMPETE! ¡RÓMPETE! ¡RÓMPETE!*

Viri sintió los latidos de su corazón retumbando en su cabeza y empujó con todas sus fuerzas mientras golpeaba las tutelas con su magia una y otra vez, sin parar, y cada vez que asestaba un golpe, gritaba más fuerte: *¡RÓMPETE!*

Y, entonces, se rompieron y profirieron un ruido seco y desgarrador que atravesó la mente de Viri y la hizo marearse por un instante. Ya no había ninguna tutela que contuviera su magia, que salió despedida hacia el exterior de la catedral y en dirección a la necrópolis. A pesar de estar medio aturdida, pudo notar lo que sentía su magia y, en ese momento, se dio cuenta de las decenas de personas que estaban fuera esperando bajo la luz de la luna, tanto guardias de la Nox como cazadores, pero ninguno de ellos se dio cuenta de que las tutelas se habían venido abajo. Viri tenía que encontrar la forma de avisarles de que podían entrar en la catedral, pero no sabía *cómo*.

De pronto, su magia se movió en otra dirección y fue directa hacia alguien que estaba escondido en un grupo más pequeño entre las sombras de una tumba, alguien que estaba atrayendo su magia, como si fuera una polilla volando hacia las llamas. Viri escuchó el

susurro de una voz que decía: «*Mía. Mía. Mía*», pero esa voz no era tenebrosa y amenazante, como la que escuchó cuando el obelisco la atacó, sino dulce, tierna y cariñosa.

Y estaba hablando de Reeve.

Era su magia, y tenía que haber algo en ella que llamaba a la de Viri, como si el poder atrajera más poder. No tenía los suficientes conocimientos de élixen como para saber con certeza qué estaba pasando, así que se limitó a confiar en sus instintos y rozó su magia con la de Reeve, como acababa de hacer con la magia que ataba sus muñecas, y murmuró mentalmente: *Reeve, no sé si puedes oírme, pero las tutelas han caído. Por favor, date pri...*

De pronto, notó algo que tiró de su magia cuando estaba a punto de recuperar la lucidez total y volvió a sentirse mareada e indispuesta; algo estaba conteniendo su poder otra vez. Los oídos le retumbaban, pero no por haber recuperado la conciencia, sino por los gritos de Jessalyn.

El Gran Segador levantó la daga justo por encima de Jessalyn y empezó a ralentizar su canto mientras apuntaba con la hoja hacia el corazón de la chica.

Viri no sabía si Reeve la había escuchado ni le importó estar aturdida y débil después de haber destruido las tutelas, porque no pensaba esperar ni un segundo más para salvar a Jessalyn. Aunque sabía que el Gran Segador podía derrotarla en un abrir y cerrar de ojos, se puso de pie y corrió hacia el estrado, saltando por encima de las estatuas derrumbadas y los bancos rotos, esquivando ataúdes blancos y columnas caídas, y sorteando las enredaderas retorcidas y las velas llameantes. El Gran Segador no pareció darse cuenta de su frenética carrera, ni siquiera al escuchar el crujido de los cristales que

pisó con las botas, como si estuviera sumido en un trance mientras cantaba bajo el cielo estrellado. Sin embargo, los segadores sí que la vieron venir y un grupo se abalanzó para interceptarla.

En cualquier otro momento, Viri podría haberse sentido halagada porque pensaran que tenían que atacarla diez segadores a la vez para poder derrotarla, pero, ahora, no podría defenderse ni de uno. No tenía su fílux ni armas para hacerles frente a la fuerza y la velocidad potenciadas por el élixen, así que su único recurso era el polvo escarlata que podía anular las habilidades sobrehumanas de los segadores. Por una parte, le habría gustado esperar para atacar a más de uno a la vez, incluyendo al Gran Segador, pero sabía que no le quedaba más remedio que actuar de inmediato si quería sobrevivir más de unos escasos segundos.

Se sacó el frasco de la capa mientras corría hacia los segadores y esperó hasta quedar a escasos pasos de ellos para detenerse de forma brusca y arrojar el polvo a sus pies. Al estrellarse contra el suelo, el frasco se rompió y el polvo formó una nube roja. Viri tuvo cuidado de alejarse de su alcance explosivo, ya que no quería arriesgarse a que también anulara su magia, que justo había empezado a usar, y observó asombrada cómo los segadores se chocaron entre ellos con torpeza al perder el control de su élixen robado.

No sabía cuánto duraría el efecto, así que, agradecida por todas las horas que había entrenado con Meera en combates sin armas, saltó hacia delante y apuntó con el puño al segador que tenía más cerca, que se desplomó contra el suelo profiriendo un ruido sordo.

Los demás le costaron un poco más porque no tardaron en acostumbrarse a la sensación de embotamiento y se lanzaron a la vez hacia Viri, armas en mano. Las afiladas hojas le desgarraron la piel, y

la sangre tiñó su cuerpo y se coló en su ropa, pero sus pies eran lo bastante ágiles como para impedir que le hicieran heridas más profundas, así que se agachó y esquivó todos los ataques mientras les respondía con patadas y golpes. Las probabilidades de quién ganaría en un combate de nueve contra uno no jugaban a su favor, aunque no contaran con sus habilidades mejoradas, pero no podían atacarla todos a la vez sin perjudicarse entre ellos, así que Viri lo usó a su favor. Derribó a una mujer dándole un codazo en la sien y a otra, con una patada que le partió la nariz, y se las arregló para quitarle una daga a un hombre y apuñalarlo con ella. Después, usó la misma daga para derribar a dos más, de modo que solo le quedaban cuatro de los diez segadores que había al principio.

Cuatro segadores, más las docenas que seguían delante del estrado y a ninguno de los cuales les había llegado el polvo anulador de Wynter.

Sin embargo, se obligó a no pensarlo y se centró en la batalla que tenía entre manos y asestó otro golpe con la daga; o eso pensaba, si no fuera porque algo se la arrebató de las manos.

Con magia.

Viri se giró hacia el Gran Segador, que había dejado de cantar y tenía la mirada clavada en ella. Entonces sintió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza, no solo de miedo, sino también por la ráfaga de élixen que iba directa hacia ella; una ráfaga que, casi con total seguridad, la golpearía con fuerza hasta dejarla inconsciente. Estaba segura de que, si eso pasaba, Jessalyn moriría.

Envuelta en una mezcla de temor y determinación y empujada por su propio instinto, Viri extendió la mano para hacerle frente al poder que iba directo hacia ella y se preparó para contraatacar. Las tutelas

actuaban como barreras, así que eso se traducía en que la magia tutelada que tenía en su interior actuaría como...

El élixen del Gran Segador se chocó contra el escudo invisible que protegía a Viri; era tan fuerte que tuvo que retroceder un paso, pero no más. Seguía de pie y no había perdido el conocimiento.

Aunque ella misma se sorprendió de que hubiera funcionado, no le mostró su estupor al Gran Segador, sino que se limitó a observarlo y a deleitarse con su reacción.

Estaba perplejo, pero también furioso.

Entonces el hombre chasqueó los dedos enguantados y todo un ejército de segadores se lanzó en dirección a Viri.

Sin embargo, los segadores no fueron los únicos que se encaminaron hacia ella porque, tras un fuerte estruendo, las puertas de la catedral se abrieron de par en par y un aluvión de uniformes negros de los guardias de la Nox y capas carmesís de cazadores penetró en la sala abovedada.

La esperanza inundó el corazón de Viri y juró haber oído al Gran Segador gritar un enfurecido «¡No!» antes de tener que hacerles frente a los segadores, que empezaron a arremolinarse a su alrededor. Primero, la cazadora derribó a los cuatro que seguían bajo los efectos del polvo escarlata y, después, se dio la vuelta justo a tiempo para frenar el ataque de un segador cuyos sentidos sí estaban potenciados por el élixen; sus movimientos eran tan rápidos como alarmantes y la fuerza con la que asestaba cada golpe podría haberla partido en dos.

Pero no tuvo la oportunidad de hacerlo, porque Reeve apareció de forma repentina y mató al segador con tres movimientos sencillos de su espada negra.

Viri estaba tan aliviada y agradecida de verlo que tuvo que reprimir el impulso de saltar a sus brazos y besarlo; y lo habría hecho si la muerte no estuviera acechándolos por todas partes. En cambio, se agachó cuando un cuchillo pasó volando por su cabeza y, después, exclamó en un tono un tanto irracional:

—¿Por qué demonios habéis tardado tanto?

—Castaña tenía hambre —respondió Reeve justo antes de arrojar sus dos dagas y dando una impresionante patada lateral que hizo que un segador que estaba a punto de atacarle saliera volando hacia atrás—. Hemos tenido que parar a por algo de picar.

¿En serio?, pensó Viri. Creía que le iba a explotar la cabeza, pero vio el brillo burlón de los ojos plateados de Reeve y puso los suyos en blanco, aunque un segador los interrumpió cuando se abalanzó sobre ella y Viri lo apuñaló con sus dagas. En cuanto se desplomó, apareció una segadora y, después, dos más que empujaron a Viri hacia Reeve; él también estaba luchando contra tres segadores al mismo tiempo, y en su espada negra se reflejó la luz de la luna y del fuego.

En ese momento, Viri se fijó en Braedan, que estaba luchando junto a Sage y Ardin, con unos movimientos perfectamente sincronizados y formando un equipo letal. Y, después, se le paró el corazón cuando vio a otras dos personas luchando a pocos metros del trío: eran Wynter y Jonas, que también habían ido hasta allí. Al contrario que los demás, no estaban usando espadas ni dagas, sino arrojando frascos a diestro y siniestro y llenándolo todo de líquidos y polvos; algunos le resultaron familiares, pero otros eran nuevos para ella. Reconoció el detenubis, que inmovilizó a todos los segadores a los que alcanzó y les permitió a los guardias de la Nox y a los cazadores

abalanzarse sobre ellos y dejarlos fuera de combate con facilidad. Sin embargo, Viri vio otros inventos que le provocaron escalofríos, como una poción naranja que prendió al entrar en contacto con un segador y lo quemó hasta reducirlo a cenizas, o una especie de fango marrón que derritió la piel de otro como si fuera cera, y sus gritos resonaron por encima de los choques metálicos que retumbaban por toda la catedral.

Hasta que, de pronto, otro grito llamó la atención de Viri. El grito de una voz joven que conocía de sobra. Un grito de advertencia que le hizo girarse hacia el Gran Segador justo cuando movió una mano, pero no para atacarla, sino para hacer que la sala cobrara *vida*.

No había nada que Viri pudiera hacer para protegerse del élixen del Gran Segador cuando la misma catedral se convirtió en un arma. Las enredaderas treparon por las piernas de los guardias de la Nox y los tiraron al suelo. Las columnas se resquebrajaron y dejaron caer escombros sobre las cabezas de cualquiera que estuviera demasiado cerca. En el suelo se formaron unas letales grietas que se tragaron a algunos cazadores. Los ataúdes se abrieron para que sus víctimas se tropezaran y se cerraban para dejarlas atrapadas en su interior. Y, quizás, lo peor de todo fue la tormenta de fuego que arrasó con todo cuando las velas estallaron, como si un muro de llamas se cerniera sobre ellos.

—¡Reeve! —gritó Viri alarmada justo cuando él utilizó su magia para apagar el fuego.

Lo que no esperaban era que resurgiera al instante.

Viri estaba a punto de preguntar cómo podía ayudar con su magia, pero otro grito de Jessalyn la sacó de sus pensamientos y se giró de inmediato hacia la chica.

Y entonces vio con sus propios ojos al Gran Segador a punto de clavarle la daga de hueso.

—¡JESSY! ¡NO! —Viri escuchó el grito de Soren a su derecha y el pánico de su voz alimentó su propio miedo.

A la cazadora se le paró el corazón cuando vio la daga bajando lentamente hacia el pecho de Jessalyn, y tanto sus gritos como los de Soren le perforaron los tímpanos. Pero, de repente, sus latidos se multiplicaron cuando un repentino sentimiento de determinación la invadió. Sin pensárselo dos veces, alargó el brazo, liberó su magia y observó un escudo invisible que se formó en torno a Jessalyn, justo como el que había creado unos minutos antes para protegerse del ataque de élixen del Gran Segador. No tenía ni idea de si serviría para detener un objeto físico, pero usó todas sus fuerzas y le rogó y *suplicó* a su magia que hiciera todo lo imposible por protegerla.

La daga de hueso siguió bajando y estaba a escasos centímetros del pecho de Jessalyn. Viri sabía que seguía habiendo segadores por todas partes, que Reeve estaba luchando contra ellos a la vez que intentaba mantener el fuego a raya, que Braedan y Sage se habían acercado para ayudarle y que Wynter acababa de lanzarles otro polvo escarlata a los segadores que iban a por ella. Y, a pesar de todo lo que estaba pasando a la vez, Viri siguió concentrada en su magia y suplicó e imploró *una y otra vez* que funcionara.

La punta de la daga del Gran Segador estaba a punto de rozar el corazón de Jessalyn...

Pero, entonces, chocó contra la barrera mágica de Viri y se hizo añicos, como si fuera un cristal, y los pequeños trozos de daga cayeron al suelo.

—*¡NO!* —El grito del Gran Segador resonó por encima de la

caótica batalla.

Entonces el hombre agitó una mano con rabia, pero Viri estaba demasiado ocupada protegiendo a Jessalyn como para detener su magia, de modo que golpeó con violencia a todos los que estaban cerca del estrado, tanto guardias como cazadores y segadores, y volaron por los aires hasta estrellarse contra los muros arqueados y las columnas de la catedral justo antes de caer al suelo.

Ninguno volvió a levantarse.

A Viri se le heló la sangre por la enorme cantidad de personas que acababan de morir tras una sola ráfaga de magia del Gran Segador, y se dio cuenta de que su poder era inmensurable. En ese momento, Viri reforzó el escudo que protegía a Jessalyn, aun a riesgo de que él descargara su ira sobre ella. Sin embargo, observó cómo el Gran Segador escudriñaba la catedral con la mirada, como si estuviera valorando la batalla.

Fue entonces cuando la cazadora se dio cuenta de lo que iba a hacer, justo unos segundos antes de que lo hiciera, y salió corriendo para detenerlo. Esquivó a los oponentes y evitó las enredaderas y los escombros, se tropezó una vez y se cortó las manos con los cristales rotos, pero se levantó para seguir avanzando a toda prisa hacia el estrado.

Pero, cuando llegó, ya era demasiado tarde.

El Gran Segador acababa de escapar.

DIARIO DE~~L~~

~~MAGO CELESTIAL KADMUS CASTRO~~

TEPHRYN ALEMEDES

Decimoprimer sol. Decimocuarto ciclo. Decimosegunda era.

He robado el diario de Kadmus.

Necesitaba descubrir la verdad por mí misma, leer sus palabras.

Lo ha hecho.

Se ha convertido en un monstruo.

En un *segador*.

Y no es el único. Se están propagando como un fuego descontrolado por toda la isla. La magia es muy tentadora para la mayoría de los someros, que se han pasado toda su vida anhelando el poder.

Pero esto va mucho más allá porque, ahora que han saboreado la magia, no pueden parar. Su adicción crece sin cesar y los empuja a robar élixen de magos, de criaturas y de otros someros.

Incluso están robando élixen de los niños.

Están *matando* niños.

Es... Es...

Malvado se queda corto.

Estamos haciendo lo que está en nuestra mano para capturar a todos los que podemos y los encerramos en la Criptula, una prisión protegida con tutelas que han construido los magos arquitectos en lo más profundo de la montaña. Los segadores son demasiado fuertes como para

retenerlos en cualquier otro lugar. También son rápidos y tardan en curarse mucho menos de lo que deberían, así que matarlos cuesta más de lo normal. Gracias a los Sabios, parece que no pueden hacer un uso práctico de la magia; el que nace somero, somero se queda, al menos en lo que respecta al élixen robado. Kadmus es la única excepción, seguramente porque ya era mago antes de convertirse en segador, así que sigue teniendo sus propias reservas de poder.

Mago. Segador. Padre Mago. Padre Segador. Gran Segador... No tengo ni idea de qué es Kadmus ahora. No sé en qué se ha convertido.

Nunca me ha dolido tanto el corazón. Pero, a pesar del dolor que siento, o, más bien, a causa de ese dolor, sabía que tenía que ayudar a detenerlo. Su fuerza, su velocidad, su *poder*... Nos resultó casi imposible atraparlo y, aun así, a diferencia de los demás segadores, las celdas tuteladas de la Criptula no pudieron resistir su poder. Pero tampoco podemos arriesgarnos a ejecutarlo por todo el élixen robado que alberga en su interior y la ráfaga de magia mortal que liberaría si lo matáramos. Solo con la cantidad de élixen que extrajo de Zeranthe...

Si no lo hubiera visto con mis propios ojos... Si no hubiera presenciado cómo sus radiantes escamas se apagaron al mismo ritmo que su corazón, no me lo habría creído.

Kadmus me amaba, lo sé.

Pero el vínculo que lo unía a su querida dragona... No hay nada más sagrado que eso.

Así que hicimos lo que teníamos que hacer.

Yo misma lo hice.

No había forma de dominar a Kadmus y tampoco podíamos matarlo, así que no nos quedaban muchas más opciones.

Decidimos [redacted]

Era tan fuerte que necesitamos el poder combinado de tres magos sanadores, dos magos hechiceros y mis elixires de alquimia para contenerlo mientras luchaba contra nosotros hasta el final, tanto con su magia como físicamente. Pero, al final, se rindió.

No está muerto, pero tampoco podrá volver a hacerle daño a nadie. Nunca jamás. Para asegurarnos de ello, lo hemos enviado de vuelta a la península y está sepultado en algún lugar profundo y olvidado, oculto por completo de cualquiera que pudiera intentar ayudarlo. Y, aun así, le hemos dado una paz que muchos creen que no se merece, pero a mí me tranquiliza. A pesar de todo lo que ha hecho y de lo que *ha elegido* hacer, era buena persona. Y así es como quiero recordarlo, no como el monstruo en el que se ha convertido.

Ahora que Kadmus ya no supone una amenaza, debemos centrar toda nuestra atención en los peligros que nos acechan... y en lo que está por venir. Porque, por mucho que lo hayamos intentado, no hemos conseguido cazar a todos los segadores, cuyo número va creciendo día tras día conforme los someros van entregándose a su sed de élixen. Aquí, en Isla Elverdine, supone un problema, pero al menos estamos aislados. En cambio, si algún segador consigue llegar a la península...

Las consecuencias podrían ser nefastas.

Kadmus se equivocaba al pensar que las tutelas que rodean los otros dos Canales Sagrados son lo que impiden que tanto magos como someros extraigan magia del medio natural. Pero no son las tutelas, sino las runas que grabaron los propios Sabios, unos poderosos encantamientos mentales que hacen que cualquiera que intente robar élixen crea que es imposible. Es una forma de proteger a todas las criaturas con vida,

aunque, hasta ahora, no entendía para qué existía algo así.

Si los segadores de Isla Elverdine llegan a la península, las runas dejarán de ser efectivas porque ellos ya saben que pueden robar magia, y *cómo* hacerlo. Y, además de tener un suministro casi infinito de seres del que extraer élixen, también podrían enseñarles a los someros del lugar a sobreponerse a los encantamientos mentales de las runas. La *gran cantidad* de someros que podrían verse tentados a robar poder, sobre todo si descubren que pueden arrebatárselo a los magos que han gobernado a lo largo de las distintas eras...

No podemos permitir que los segadores salgan de Isla Elverdine. Porque, si lo hacen, seguirán robando élixen sin parar, hasta que no quede nada ni nadie más.

Solo la muerte.

No podemos permitir que pase.

No *dejaremos* que pase.

Las vidas de todos los humanos y las criaturas de este mundo dependen de nosotros.

Y tenemos que encontrar la manera de protegerlos antes de que sea demasiado tarde.

34

La batalla terminó en cuanto el Gran Segador huyó de la catedral como un cobarde. Su magia cesó con su apresurada fuga, por lo que los guardias de la Nox y los cazadores pudieron vencer a los segadores que quedaban sin tener que preocuparse por caerse en los ataúdes o entre las grietas del suelo, o porque les golpeara una piedra en la cabeza.

Viri dejó que sus compañeros acabaran con los rezagados y se centró en llevar a una conmocionada Jessalyn junto a los otros niños, que estaban apiñados cerca de una columna rota en una esquina de la enorme sala; en algún momento, en mitad de todo el revuelo, la magia que los tenía atados se desvaneció y pudieron resguardarse durante la peor parte del combate. Era un milagro que ninguno estuviese herido, salvo algunos rasguños, aunque sí que se les veía traumatizados después de todo lo que habían vivido.

Pero no eran los únicos; incluso Viri necesitaría un tiempo para recuperarse de todo lo que había presenciado esa noche, el panorama, los ruidos, los olores. La sangre, los gritos..., la muerte.

Estaba por todas partes.

Se estremeció al revivir la batalla en su mente y cada imagen del combate le quemaba por dentro, incluyendo los recuerdos demasiado realistas del Gran Segador apuntando con su daga de hueso al corazón de Jessalyn. Entonces reprimió un escalofrío y

apretó a la chica con fuerza, y solo la soltó cuando Soren apareció a su lado y estrechó a su hermana entre sus brazos justo antes de que ambos se deshicieran en lágrimas, aliviados tras haberse reencontrado.

Viri observó a los hermanos con ojos vidriosos, pero se dio la vuelta de inmediato para darles un poco de intimidad. Como ya se estaban encargando de los demás niños, estudió todo el desorden de la catedral y, entre los escombros iluminados por la luna, buscó a Reeve, Braedan y Wynter, aunque también trató de localizar a Sage, Jonas y Ardin; necesitaba comprobar que todos estaban bien. Era casi imposible ver algo entre la marea de uniformes negros y capas carmesís mientras los últimos segadores insultaban y les gruñían a los guardias de la Nox y a los cazadores, pero, por fin, dio con los seis que estaba buscando. Aunque los viera de refilón, sus hombros se relajaron al tener la tranquilidad de que todos estaban a salvo.

Sin embargo, la tensión volvió a apoderarse de ella cuando miró hacia arriba y vio el destello morado del cometa Aurora, que seguía avanzando poco a poco por el cielo estrellado. Una nueva oleada de miedo hizo que se le revolviera el estómago, pero se le pasó en cuanto se recordó a sí misma que la amenaza ya había pasado. Habían salvado a los niños y habían impedido la destrucción de los obeliscos. Y el Gran Segador no tuvo la oportunidad de terminar el sacrificio. Había fracasado... y había huido.

Por una parte, le daba rabia que se hubiese escapado después de haberlo tenido *delante de sus narices* y, aunque no tenía muy claro cómo le hubiera hecho frente a su aterrador e incalculable poder, sí que habría intentado apresarlo de alguna forma, sobre todo porque contaba con la magia de Reeve y con el ejército de cazadores y

guardias de la Nox, que habrían sepultado al Gran Segador en la Críptula. Pero, por otra parte, no pudo evitar acordarse de que, con tan solo mover una mano, mató a decenas de personas a la vez. Viri sintió entonces un escalofrío al darse cuenta de que *jamás podrían* atrapar a alguien como él. Y, aunque le resultaba frustrante saber que seguía libre, le reconfortaba la idea de que tanto sus amigos como ella hubieran sobrevivido para volver a luchar cuando llegara el momento. Con suerte, para cuando tuvieran que enfrentarse de nuevo al Gran Segador, ya habrían averiguado cómo derrotarlo, y esta vez para siempre.

—¡Viri! —gritó Braedan.

Ella apartó la mirada del cometa cuando su hermano apareció frente a ella tras trepar por las piedras desmoronadas y saltar sobre las enredaderas marchitas. Cuando la tuvo delante, la acercó hacia él y la abrazó.

—Por todos los Sabios, Viri, cuando nos fuimos de Nevarnost y no dábamos contigo... —Braedan se calló y la estrujó entre sus brazos, lo cual demostró lo preocupado que había estado por ella.

—Lo siento —murmuró contra la desgarrada capa verde de su hermano, aunque no estaba segura de si sus disculpas eran por haberlo asustado o por haberse ido del castillo sin él. En cualquier caso, lo abrazó con fuerza y, después, lo apartó un poco para volver a buscar a Reeve y a los demás con la mirada, pero lo único que vio fue una catedral llena de segadores, guardias de la Nox y cazadores. Al ver a estos últimos, empujó a su hermano detrás de una columna y susurró—: ¿Qué pasa si te ven?

Los labios de Braedan se curvaron hacia arriba.

—Nadie sabe quién soy, así que, siempre y cuando no me llames

Padre Segador —bajó el tono al decir esas dos palabras—, no pasará nada.

Viri hizo una mueca al escuchar otra vez ese título, pero se deshizo de los malos recuerdos que le traía y dijo:

—Bueno, pero *eres* un segador. —Viri observó las venas negras que se extendían por las manos manchadas de sangre de su hermano—. Y estamos en mitad de una sala llena de personas que te encerrarían de por vida sin pensárselo.

—Tu hermanita tiene razón —dijo Sage, avanzando con confianza hacia ellos y agachándose detrás de la columna. Su atuendo beis de cuero estaba casi tan lleno de mugre como la noche de la pelea bajo la tormenta, y las manchas de sangre apenas dejaban a la vista el morado de su pelo. Entonces añadió mirando a Braedan—: Gracias al caos de la batalla, no nos han detectado; había tantos segadores que los cazadores no han podido vernos ni sentirnos por separado. Pero, ahora que han empezado a dispersarse, corremos el riesgo de que nos encuentren. Ardin y Jonas están esperándonos fuera. Tenemos que irnos antes de llamar la atención. —Sage se giró hacia Viri y, para su sorpresa, asintió en señal de respeto—. Buen trabajo, cazadora. Al final vas a resultar no ser tan inútil como yo pensaba.

—Ha sido un placer, Sage —exclamó tras resoplar al escuchar el ambiguo cumplido.

Aún no tenía muy clara su opinión sobre los amigos de Reeve, y de Braedan, pero los *habían ayudado* a salvar a todo el mundo, así que, por el momento, se sintió agradecida porque hubieran sobrevivido. Ya se encargaría más tarde del resto.

Sage le respondió a Viri con una sonrisa fugaz y, después, tiró de la manga de Braedan para que se fuera con ella, pero él se frenó.

—¿No vienes con nosotros? —le preguntó Braedan a Viri.

—Nos vemos luego —le prometió Viri, que se tensó cuando miró por un hueco que había en el pilar y vio que Meera iba hacia ellos. Tanto Braedan como Sage llevaban capas que ocultaban casi todas sus venas y, además, seguía habiendo demasiados segadores como para que los cazadores los detectaran a ellos, pero, aun así... Sería casi imposible convencer a Meera de que eran segadores *buenos* con el poco tiempo que tenía para explicárselo, así que le dijo deprisa a su hermano—: ¿Quedamos en el laboratorio de Wynter?

—No tardes mucho —le advirtió—. Si no, tendré que ir a buscarte, así que atente a las consecuencias.

Viri resopló, haciéndose la enfadada, pero, por dentro, la invadió una sensación de calidez por haber recuperado a su hermano mayor. Después de tanto tiempo, pensaba que sería imposible, y mucho menos que ella *quisiera* recuperarlo. Tendrían que resolver varios asuntos pendientes, y uno era el hecho de que él era un segador y ella, una cazadora; por suerte, ahora disponían de tiempo y solo con saberlo Viri se deleitó en la tranquilidad que sintió por primera vez en siete años.

—No sé dónde está Reeve, pero sé que sigue por aquí. Está usando su magia para ayudar a los heridos —le dijo Sage a Viri. Sus ojos marrones la miraron con aire amenazante—. No dejes que lo arresten. *Otra vez*.

—La primera vez fue porque él quiso, ¿eh? —recalcó Viri—. Si es tan tonto como para dejar que lo vuelvan a detener, la culpa es suya. —Ambas sabían que no lo decía en serio.

Viri volvió a escudriñar la amplia catedral con la mirada y sintió una punzada de preocupación al no ver a Reeve, pero se recordó a sí

misma que su amigo se había pasado años consiguiendo esquivar tanto a la Nox como a los cazadores. Los que lo hubieran visto en prisión podrían reconocerlo, pero Reeve siempre tenía la opción de usar su magia para defenderse si fuera necesario. Tampoco corría el riesgo de que lo detectaran por las marcas de los cazadores, a diferencia del resto de sus amigos. Pero Braedan y Sage...

—Tenéis que iros ya —le instó Viri conforme Meera se acercaba a ellos.

Los dos segadores siguieron su consejo y desaparecieron entre la multitud de guardias y cazadores que estaban colocándoles encancelas a todos los supervivientes que trataron de plantarles cara.

Viri no se quedó tranquila hasta que vio a su hermano y a Sage mimetizándose con la oscuridad de la noche. Entonces se giró hacia su mentora, que acababa de subir al estrado y que rodeó la columna medio derruida hasta detenerse delante de ella. Al igual que Viri, Meera tenía la piel cubierta de cortes y moratones, llevaba la ropa raída y el amuleto mágico que colgaba de su cuello lleno de cicatrices estaba torcido. Pero, aun así, su mirada era victoriosa y estaba rebosante de orgullo.

—*Parece que al final has terminado de cocinar el plan que tenías a medio cocer* —exclamó, recordándole a Viri sus últimas palabras antes de irse de la Cumbre.

Viri le dedicó una sonrisa burlona.

—Resulta que solo había que aderezarlo un poco. —*O mucho*, reconoció para sus adentros. Estaba tan sorprendida como los demás de que hubieran ganado esa noche, y su sonrisa se ensanchó cuando dijo—: Darik me va a odiar por no tener excusas para encerrarme en la Críptula. —Al fin y al cabo, había salvado a los niños y a la

ciudad, y estaba segura de que eso la ayudaría a ganarse el respeto del duro capitán de la Nox—. ¿Dónde está, por cierto? Pensaba que querríais interrogarme los dos juntos.

Meera observó a Viri con el ceño fruncido.

—*No lo he visto...*

—Estoy aquí —espetó Darik en cuanto apareció alisándose el uniforme.

Al contrario que Viri y Meera, por su aspecto, parecía que no había movido ni un solo dedo durante toda la batalla. Su atuendo estaba tan impecable como siempre, incluyendo botas y guantes, y los botones y las hebillas perfectamente pulidas. Ni siquiera se le había movido un pelo de su melena entrecana y Viri, al compararse con él, se dio cuenta del aspecto tan desaliñado que tenía, con la sangre que le llegaba a las cejas.

—Parece que tienes algo que contarnos, Solace —dijo Darik observando a los niños apiñados. Soren y Jessy seguían abrazados en el suelo, justo delante de los demás—. Es más que evidente que tenemos mucho de qué hablar. —Se calló un segundo y, después, añadió—: Mañana nos reuniremos a primera hora para tratar el tema.

—¿Mañana? —repitió Viri sorprendida. No sabía qué iba a pasar, pero eso no se lo había visto venir. Darik no hizo mención alguna al hecho de que Viri sacara a Reeve de la Críptula ni al momento en el que atacaron al capitán para conseguirlo, y tampoco dijo ni una palabra sobre su posterior entrada a la Cumbre antes de desaparecer durante días sin dejar rastro.

—*Vete a casa, Viri* —le dijo Meera en tono amable, aunque sus ojos color jade reflejaron la gracia que le hizo la reacción de sorpresa de

Viri—. *Descansa un poco. Nosotros nos encargaremos de los niños y de todo lo demás. Déjalo en nuestras manos.*

—Pero... —La cazadora se calló de forma repentina. No sabía por qué quería insistir en lo contrario cuando solo con escuchar la palabra «descansa» sintió que se tambaleaba por todo el agotamiento acumulado, como si la adrenalina fuera lo único que la hubiera ayudado a mantenerse en pie y se hubiera disipado ahora que estaban fuera de peligro.

—*No te preocupes. Tenemos que hacerte muchas preguntas* —añadió, aunque esta vez su voz sonó un tanto cortante—, *pero también queremos conservar nuestros trabajos. Sarielle ha estado tan angustiada que podríamos perder nuestros cargos si no te dejamos el resto de la noche libre.*

Meera señaló con la barbilla hacia el estrado. Justo delante, estaban Wynter y su madre, sumidas en la que parecía una conversación bastante acalorada, y, justo detrás, el flamorni seguía ardiendo sin parar, aunque el resto de las llamas se hubieran extinguido.

Viri se debatió entre acurrucarse en el suelo con Soren y Jessalyn, ayudar a Meera y a Darik a llevar a los niños a sus casas, encontrar a Reeve o apoyar a su mejor amiga. Al final, se decantó por la última opción, de modo que se agachó para despedirse de Soren y le dijo en voz baja que se verían más tarde en el laboratorio de Wynter con los demás, pero Viri entendería perfectamente si no quisiera dejar sola a su hermana. Aun así, Soren le respondió con un escueto «Gracias», pero ella sabía que no era por la información que acababa de darle; esas siete letras estaban cargadas de tanto significado que tuvo que parpadear varias veces para contener las lágrimas.

Tras darle un beso en la mejilla a su amigo y otro a Jessy, Viri se puso de pie y avanzó en dirección a Wynter, pero se detuvo al

escuchar la voz grave de Darik.

—Nos vemos mañana, Solace —le recordó el capitán de la Nox, aunque fuera del todo innecesario—. Espero que estés preparada para el interrogatorio que te espera, porque *no* va a ser breve.

Viri estuvo a punto de poner los ojos en blanco y soltar un largo suspiro, pero se aguantó y decidió ignorar el rostro serio de Darik y quedarse con la cara de orgullo de Meera. Entonces fingió un tono emocionado cuando le respondió:

—Suena bien. Me muero de ganas.

Antes de que Darik pudiera decir algo o cambiar de idea y pedirle respuestas en el momento, Viri se dio la vuelta y se alejó dando ligeros traspiés conforme el cansancio se apoderaba de ella. No obstante, su noche aún no había terminado, de modo que se armó de la poca fuerza que le quedaba, a pesar de tener el cuerpo dolorido, y reprimió un inminente bostezo cuando avanzó hacia el estrado.

—¡Viri! —gritó Wynter al verla acercarse. Salió corriendo en dirección a su amiga y la estrechó entre sus brazos—. ¡Gracias a los Sabios que estás bien!

—Has estado impresionante, Wyn —exclamó en cuanto se soltaron —. Os vi a Jonas y a ti usando tus inventos de alqui...

Wynter se aclaró la garganta y Viri se calló de inmediato al acordarse de lo que le había dicho el Gran Segador: que Sarielle había descubierto que su hija estaba haciendo experimentos con magia prohibida.

—¿Estás en un lío? —preguntó Viri de inmediato.

—No te preocupes por eso ahora —respondió, aunque el tono sombrío de su voz le dijo que las cosas se iban a poner feas cuando volvieran a su apartamento—. Hay una cosa que hemos averiguado

Jonas y yo de los cometas que tienes que saber. Pero no de Aurora, sino de Orión.

Viri se quedó rígida al acordarse del segundo cometa.

—¿Sabes cuándo aparecerá?

—No, todavía no. Pero aún tenemos tiempo.

Viri se calmó un poco y dijo:

—Entonces, puede esperar hasta que haya dormido unas cincuenta horas, más o menos.

—Pero esto tengo que contártelo —insistió—. Es sobre uno de los elementos que hacen falta para el sacrificio, el *ellixen abyssus*. Lo he traducido mal...

—Viri, querida, estaba muy preocupada —interrumpió Sarielle en cuanto se acercó y envolvió a Viri con los brazos, que no paraban de temblarle—. Creo que esta noche he perdido diez años de vida.

—Ya somos dos —contestó la chica, devolviéndole el abrazo a su tutora; era la primera vez que se sentía a salvo en días. Entonces se apartó un poco de Sarielle y le preguntó—: ¿Estabas aquí durante la batalla?

—¿Yo? Por todos los Sabios, no. Mi etapa de cazadora terminó hace mucho —exclamó negando con la cabeza. Sus ojos azules se entrecerraron al mirar a su hija—. Sé cuál es mi lugar. Y no es en una batalla contra decenas de segadores.

Wynter clavó la mirada en el suelo y se sonrojó.

Por el momento, Sarielle no regañó más a su hija, sino que les ofreció las manos a ella y a Viri y dijo:

—Vámonos. Aquí no podemos hacer nada más. Tengo que llevar a mis chicas a casa.

—Dadme un minuto —exclamó Viri, que volvió a mirar a su

alrededor para buscar a Reeve. No pensaba irse de allí sin ver con sus propios ojos que había salido ileso de la pelea y que no se lo llevaban de vuelta a la Críptula—. Tengo que hablar con alguien.

Sarielle parecía estar a punto de quejarse y Wynter tuvo que morderse la lengua para no contarle lo que habían averiguado Jonas y ella de Orión, pero Viri se dio la vuelta y se alejó de ellas tras decidir que ambas podían esperar. Cada vez tenía menos energía y necesitaba lo poco que le quedaba para asegurarse de que Reeve se marchaba de la catedral sin que lo atraparan.

Pero no logró dar con él, ni siquiera después de recorrer la amplia sala. Volvió a examinar cada rincón con la mirada y se percató de que había muchos rostros familiares entre sus compañeros cazadores y los guardias de la Custodia Nox; algunos estaban vigilando a los segadores apresados, otros buscaban supervivientes entre los escombros y un tercer grupo sacaba cuerpos de la catedral. Se le revolvió el estómago con la imagen y se percató de la enorme cantidad de gente que había muerto entre guardias, cazadores y segadores.

Y, aun así, no localizó a Reeve. Hasta que notó en su interior un extraño pero cariñoso tirón que la obligó a salir por la puerta principal, algo muy parecido a lo que había sentido cuando Reeve atrajo su magia esa misma noche. Viri se dejó llevar por su instinto, salió a la fría noche bañada por la luz de la luna y se alejó de las puertas de hierro de la catedral. Por fin, vio al chico apoyado contra un árbol que había junto a unas lápidas blancas; su melena negra como la noche estaba perfectamente alborotada y sus ojos plateados brillaron cuando la vieron acercarse.

—¿Por qué has tardado tanto? —exclamó Reeve con una mirada

burlona al repetir la misma frase que le había dicho Viri antes.

—He parado a por algo de picar —respondió Viri ocultando una sonrisa.

—Ah, era importante, entonces —dijo Reeve frunciendo los labios.

—Eso parece.

Él se apartó del árbol y la miró con seriedad.

—Hoy me has dado un susto de muerte. Cuando vi que no te habías reunido con nosotros, cuando me di cuenta de que el Gran Segador podía haberte atrapado...

Viri lo calló dando un paso hacia él y rodeándolo con sus brazos.

—Estoy bien —murmuró—. Me has encontrado.

—Siempre te encontraré —susurró Reeve con la voz áspera acercándola más hacia su cuerpo—. *Siempre.*

A Viri le dio un vuelco el corazón al escuchar su promesa y, después, balbuceó algo cuando Reeve presionó los labios contra su sien. Sin embargo, no fue más allá, sino que se apartó y la miró de la cabeza a los pies.

—¿Puedo? —preguntó Reeve levantando una mano.

No sabía a qué se refería, pero asintió igualmente. Y lo entendió todo cuando Reeve apoyó la palma de la mano en su pecho y lo inundó con su magia. Además de sus heridas, todos los dolores y las molestias que sentía se desvanecieron.

Tras lanzarle una mirada de agradecimiento, Viri estiró el brazo hasta que quedó debajo de un rayo de luna y contempló su piel lisa y curada.

—Buen truco.

—La verdad es que sí, aunque es una pena que solo funcione en los demás —dijo Reeve señalándose los cortes superficiales que

cubrían su piel—. Y hablando de trucos... —El tono de su voz cambió —. Tengo que reconocer que lo que hiciste antes con tu magia fue impresionante, tanto destruir las tutelas de la catedral como proteger a Jessalyn.

Viri dejó escapar un largo suspiro.

—Ha sido suerte. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—Con suerte o no, la has salvado. A ella y a todos los demás.

—Ha sido trabajo en equipo. Si no hubieras estado con los demás esperándome fuera, esta noche habría acabado de forma muy distinta.

—Dales las gracias a tus amigos —respondió—. Jonas y Wynter encontraron una extraña referencia sobre el lugar en el que se llevaron a cabo unos antiguos sacrificios del cometa Aurora. —Señaló la catedral que había a sus espaldas—. Y Soren, Sage y Ardin descubrieron que las tutelas de la catedral impedían saber lo que estaba pasando dentro. Lo malo es que, cuando llegamos, las habían reforzado para que no pudiera entrar nadie. —Clavó sus ojos en los de Viri—. Y, cuando las destruiste, tu voz resonó en mi cabeza, como si estuvieras susurrándome al oído. ¿Cómo lo hiciste?

Viri se balanceó sobre sus pies; no quería reconocer que su magia parecía sentirse *atraída* por la de él. Si Reeve se enteraba, no la dejaría tranquila.

—Dímelo tú, que eres el mago.

Reeve la observó con detenimiento, como si supiera que no estaba siendo del todo sincera con él, pero, por suerte, no le insistió.

—Pasara como pasara, esta noche lo has hecho genial.

Viri se quedó sin aliento al percatarse de la repentina ternura que invadió el rostro de Reeve.

—Tú tampoco has estado nada mal.

—¿Nada mal? —La boca del chico se curvó hacia arriba—. Viniendo de ti, me lo tomaré como un halago. La próxima vez dirás que...

Pero nunca supo lo que Reeve pensaba que diría, porque, de pronto, vio algo por encima del hombro de Viri que le llamó la atención, y sus ojos se abrieron como platos, alarmados y aterrados.

—No... *Espera...* —gritó Reeve estirando un brazo.

Pero ya era demasiado tarde, porque una ráfaga de élixen le dio de lleno a Viri y, después...

Todo se sumió en la oscuridad.

DIARIO DE~~L MAGO~~

~~CELESTIAL KADMUS CASTRO~~

TEPHRYN ALEMEDES

Trigésimo tercer sol. Decimocuarto ciclo. Decimosegunda era.

Mientras escribo esto, los magos se están preparando para abandonar Isla Elverdine. Los dragones autóctonos, junto a las criaturas mágicas para las que este sitio era su hogar, ya se han marchado a la península. El problema es que ahora hay demasiados segadores y el riesgo a que acaben con todos los seres con vida es excesivamente alto.

Pero, por muy terrible que pinte todo, siempre hay algo de luz en la oscuridad: los someros que han vencido la tentación, que han sido guiados por mi querida amiga Anissa Solace, hija del magistrado Garrin. Cuando se enteró de que su padre, además de otras muchas personas, decidieron seguir el oscuro camino marcado por Kadmus, se quedó destrozada. No obstante, a pesar de su sufrimiento, Anissa no ha parado de luchar ni de proteger a las personas de los segadores que no hemos podido capturar aún.

Le he dicho que tiene que irse de Isla Elverdine con los magos, que aquí se quedará sola con la muerte. Aun así, no se irá, ni ella ni ninguno de los demás someros. Todos han perdido a sus seres queridos, amigos y familia por culpa de esos monstruos, y se niegan a perder sus hogares también.

Y aunque, en cierto modo, los entiendo, me gustaría que entraran en

razón.

Pero eso es lo que pensamos hacer... Lo que *yo* pienso hacer...

Saben de sobra qué va a pasar si se quedan aquí.

Y, a pesar de todo, quieren quedarse.

—Es nuestra isla —me dijo Anissa, con esos ojos lavanda apagados por el dolor y el agotamiento, pero que conservaban una chispa de vida y determinación—. No pueden arrebatárnosla.

—Pero, si no os vais... —Había perdido la cuenta de las veces que le había insistido.

—Esos segadores eran de los nuestros, Tephie. —Anissa me puso la mano en el hombro para tranquilizarme, aunque debería haber sido al revés—. Son nuestra responsabilidad. Los cazaremos hasta que no quede ni uno.

—Podríais tardar...

—Aunque tardemos generaciones —me interrumpió cortante—. No nos rendiremos ni nos someteremos a ellos. —Sus labios se curvaron en una triste sonrisa—. Vamos, Tephie, me conoces...

Claro que la conocía. Por eso mismo la ayudé todo lo que pude y le regalé una aguja impregnada con tinta mágica eterna. Los someros no tenían la capacidad innata de reconocer a los segadores hasta que ya era demasiado tarde, ni sabía por qué los magos eran los únicos que podían ver las venas negras que se extendían bajo su piel. Pero, ahora, tanto Anissa como sus fieles podrían usar la aguja para marcarse con la tinta, ya que su poder aguzaría sus sentidos y les permitiría ver las marcas de los segadores y saber cuándo los tenían cerca.

Estoy segura de que usará mi regalo con cabeza. De hecho, ya ha empezado a entrenar a un grupo al que se refiere como «cazadores» y,

aunque ninguno tiene las habilidades propias de un mago, he visto con mis propios ojos cómo luchaban contra los segadores y, siendo sincera, no son para nada inexpertos. Y sé que mejorarán con el tiempo, o eso es lo que me digo a mí misma cada vez que me preocupo tanto que acabo completamente abrumada por la situación.

Además de la aguja, mis colegas magos han dejado otros objetos mágicos en la isla: armas, talismanes y otros artículos de lo más útiles. También nos hemos asegurado de que se queden aquí todas las creaciones alimentadas con élixen, como los sendales, los ascensores, las tutelas y demás. También quisimos evitar el riesgo de que los segadores robaran este élixen o, peor, el de los obeliscos, aunque, gracias a los Sabios, siguen reteniendo el inmenso y vengativo poder del Canal Sagrado; de modo que los magos hechiceros han dejado runas por toda Isla Elverdine para custodiar los objetos inorgánicos. Y, aunque no existe magia que pueda proteger a los seres vivos sin matarlos, al menos las runas limitan el élixen que los segadores pueden extraer.

Anissa y el resto de los habitantes nos han dado las gracias por todo lo que les hemos dejado, pero siento que es lo menos que podemos hacer, no solo porque fuera uno de nosotros el que los ha condenado a todos, sino por algo más.

Ninguno de ellos recordará lo que sucedió.

Para que nuestro plan salga bien, necesitamos cooperación total durante las próximas eras. Una confianza plena. Pero es muy peligroso confiar en algo así, al menos cuando el futuro del mundo está en juego.

Porque lo *está*.

Cuanto mayor es el número de segadores, más aumentan las probabilidades de que uno de ellos salga de la isla y acabe en la

península. En el momento en que eso ocurra, estaremos perdidos.

Así que tenemos que asegurarnos de que los segadores nunca puedan salir de Isla Elverdine.

Y tengo que hacerlo *yo*.

Soy la única maga alquimista de este lugar. Soy la única que posee la magia necesaria para poder llevar a cabo nuestro plan.

Aunque he tardado semanas en averiguarlo, por fin he dado con la clave. Sé cómo confinar a los segadores en Isla Elverdine. Cómo garantizar la seguridad de los habitantes de la península.

He creado algo mortal.

Es una especie de niebla y es obra mía. Una niebla oscura y mortal que rodeará la isla y se comportará justo como un segador: absorbiendo el élixen de todo ser vivo que entre en contacto con ella.

Se trata de una magia muy compleja y la única forma de conseguir que funcione para siempre es vincularla a la fuente más poderosa de la isla. Por lo general, la habría vinculado al Canal Sagrado, pero, como su magia está reprimida, preciso de los obeliscos. Y, aun así, necesito algo más.

Porque hay que alimentar esa niebla oscura, la nebruma.

Y, para lograrlo, hace falta una fuente constante de élixen nuevo.

Bastaría con liberar el Canal Sagrado y utilizar su flujo de magia, pero no podemos arriesgarnos a desencadenar el poder del Canal por lo volátil y *violento* que es. Solo con ver el efecto que tuvo en Kadmus una parte mínima... Lo corrompió, despertó su ansia de poder, lo llevó a convertirse en un monstruo, en un segador...

No. Por el bien de los ciudadanos de la isla, no podemos liberar el Canal Sagrado. Sin embargo, eso significa que tenemos que encontrar

otra forma de alimentar la nebruma.

Fue Anissa a quien se le ocurrió la idea y la que propuso el sacrificio definitivo por su pueblo. Pero también era la protección definitiva.

—Nuestros niños —dijo Anissa—. Cuando cumplen catorce años, su élixen llega a su máximo nivel, a no ser que sean de los pocos que tienen la capacidad de convertirse en magos. Así que, cuando tengan catorce años, o estén cerca, entregarán todo su élixen a los obeliscos; todo salvo una gota, que será la que los mantenga con vida. Y, al conservar tan poco élixen, dejarán de ser una tentación para los segadores. Así lograremos que estén a salvo y los obeliscos tendrán el poder necesario para alimentar la nebruma. Es la solución perfecta.

—Y antes de los catorce años, ¿qué? —rebatí—. Si lo hacemos así, los segadores irán a por los niños de menos de catorce.

—Mis cazadores y yo los protegeremos.

Ojalá hubiera tenido su confianza.

—¿Por qué alguien renunciaría al poco élixen que tienen?

—Porque les mentiremos —respondió Anissa en tono rotundo—. Les diremos que los obeliscos funcionan como tutelas protectoras contra la nebruma, que necesitan su magia para reforzar estas tutelas. En realidad, esto último es cierto, siempre y cuando no tengamos en cuenta que los obeliscos son los que alimentan la niebla. —Anissa agitó una mano, como si eso último no tuviera tanta importancia—. Y también les diremos que, si no entregan su élixen, se consumirán. Ese es el único incentivo que necesitan.

Negué con la cabeza.

—Pero los únicos que corren el riesgo de consumirse son los que desarrollan tanto poder como para convertirse en magos. Eso lo sabe

todo el mundo.

—Pues qué suerte, entonces, que aún tengamos aquí a algunos de los magos mentalistas —respondió—, porque vamos a necesitar que manipulen nuestros recuerdos. —Al ver mi cara de sorpresa, se inclinó hacia delante y añadió con determinación—: Tenemos que *olvidar*, Tephie. Necesitamos creernos nuestras mentiras. Es la única forma de protegerlos a todos, a mi gente y a la tuya.

Y así fue como terminamos de trazar el plan.

Anissa ha sido tan insistente que los magos mentalistas ya han empezado con los preparativos para lanzar encantamientos de memoria sobre todos los habitantes de la isla, tanto someros como segadores. Cuando se marchen los últimos magos, se llevarán consigo todos los objetos que puedan desentrañar su engaño, como libros, notas o diarios, y también conocimientos sobre cómo usar la magia o evitar consumirse. Eliminarán todo lo que pueda provocar que los someros se resistan a entregar su élixen a los obeliscos.

Y, después, todos los magos abandonarán la isla a lomos de sus dragones para siempre.

Todos, menos uno.

Alguien tiene que quedarse para liberar la niebla que rodeará la isla y acorralar a tantos segadores como sea posible para dejarlos atrapados en el interior de la montaña que se encuentra más al norte. Los someros no recordarán que ese lugar está plagado de monstruos ni cuántos de ellos, un regalo de despedida de los magos mentalistas para que los habitantes no tengan pesadillas. En cualquier caso, si los Sabios así lo desean, la nebruma ayudará a contener a la mayor parte de los segadores durante las próximas eras. De hecho, al tenerlos encerrados

desde el principio, los cazadores podrán luchar sin problemas contra los que se las ingenien para escapar.

Además de eso, hay otra razón por la que alguien debe quedarse aquí: vigilar a los aravelianos de lejos y asegurarse de que los obeliscos los protegen de la niebla que ellos mismos están alimentando. Se lo debemos todo.

Yo se lo debo todo.

Así que voy a quedarme. Me esconderé en el otro extremo de la isla, en un lugar que he estado usando para mis experimentos, un castillo al que he llamado Nevarnost. Viviré allí recluida y vigilaré la ciudad como Guardiana de Isla Elverdine para asegurarme de que sus habitantes siguen creyendo nuestras mentiras y utilizando a sus niños para abastecer los obeliscos.

Porque, si dejan de sacrificar su élixen...

Si cae la nebruma y los segadores escapan de la montaña...

Si encuentran la forma de huir a la península...

Si algo de eso ocurre, que los Sabios se apiaden de nuestras almas.

35

Viri se despertó en una cama.

Estaba tan cómoda que se quedó tumbada, disfrutando de la sensación de las mantas suaves que tenía debajo y de la almohada mullida sobre la que descansaba su cabeza. Tardó un buen rato en darse cuenta de que algo no iba bien, hasta que el apremiante calor de la palma de su mano hizo que recordara todo lo que había pasado en un instante, y se incorporó tan rápido que la cabeza empezó a darle vueltas. Intentó ignorar el mareo conforme se ponía de pie y buscó a su alrededor de dónde venía la amenaza; entonces se dio cuenta de que estaba en lo que parecía ser un dormitorio enorme. Un candelabro con lumiternas iluminaba unas paredes oscuras y unas cortinas escarlata cerradas que, según supuso, taparían las ventanas, y había unas telas similares y del mismo color atadas con elegancia en los cuatro postes que formaban el dosel de la cama en la que se había despertado.

Examinó la habitación una, dos y hasta tres veces, pero allí no había nadie salvo ella, así que no tenía sentido que le quemara la mano. Se centró en la sensación, pero, en lugar de empujarla en una dirección, parecía obligarla a ir en todas direcciones; era la primera vez que le pasaba algo así.

El miedo se apoderó de Viri y, aunque le temblaban las piernas, avanzó hacia las ventanas y, al descorrer las cortinas, se encontró con

unas vistas que, hasta una semana antes, habría pensado que no eran posibles.

Desde la ventana, veía dos montañas bañadas por la luz de la luna: el escarpado monte Tembris... y el pico redondeado del monte Verta.

—No —murmuró Viri, que se tambaleó hacia atrás al darse cuenta de dónde se encontraba.

Estaba dentro del letal monte Mort, cubierto de nebruma.

En el corazón de Diaboros, la ciudad de los segadores.

Por eso le ardía la marca de la mano. Porque, aunque no hubiera ningún asesino en esa habitación, estaba *rodeada* de ellos.

—No —murmuró de nuevo. El pánico se apoderó de su cuerpo y la sensación no hizo sino ir a más cuando sintió una oleada de calor en la palma justo antes de escuchar una voz oscura y familiar que le habló desde la puerta, que estaba abierta.

—Venga ya, no está tan mal —exclamó la sombría figura del Gran Segador abriéndose paso en la habitación—. Por lo menos está bien decorado.

El miedo atravesó a Viri y, al segundo, trató de buscar la magia que albergaba en su interior, convencida de que tendría que protegerse de la venganza que le tuviera preparada el Gran Segador.

—¿Dónde está Reeve? Como se te haya ocurrido hacerle daño, te...

Se calló de forma repentina al darse cuenta de que, por mucho que lo intentara, no sentía nada dentro de ella, como si tuviera un río de poder quieto y en silencio.

El Gran Segador estalló en risas al ver la reacción de Viri y dijo:

—No le he tocado ni un pelo. Eres tú la que me interesa. Aunque reconozco que he tenido que tomar precauciones. —El hombre se dio un golpecito en la muñeca enguantada.

Viri se sintió aliviada al saber que Reeve estaba bien. Sin embargo, al instante, el alivio se transformó en nerviosismo cuando se miró la mano y vio un brazalete rojo brillante que le rodeaba la muñeca. No había dudas de que era mágico y, aun así, no sintió nada. Ni el más mínimo hormigueo de élixen.

—Esta noche has demostrado tener nuevas habilidades, y muy ingeniosas —exclamó el Gran Segador en tono afable, pero sus palabras escondían una pizca de rabia—. Perdóname por querer asegurarme de que no vuelvas a hacer algo así.

Viri tiró del brazalete, pero no cedió.

—¿Qué es esto?

—Mi propia versión de las encancelas, algo que ni siquiera tu magia puede destruir —respondió—. Así que se podría decir que he tenido que privarte de tu poder hasta que llegue el momento de devolvértelo.

La chica tragó saliva; le sorprendió lo angustiada que estaba por haber dejado de sentir algo que acababa de descubrir poco antes.

—¿Y eso será...?

—Cuando llegue el cometa Orión, evidentemente.

—¿Qué? —exclamó sobresaltada.

El Gran Segador se alisó la parte delantera de la capa oscura.

—Deberías haberme escuchado, Viridia. Te lo dije antes: si esta noche las cosas no salían como estaban previstas, te iba a necesitar. Si no te hubieras entrometido, no estarías aquí. Pero lo hiciste, así que ahora, en lugar de sacrificar a cincuenta niños, solo tendré que sacrificarte a ti.

Viri sintió como si la habitación empezara a dar vueltas a su alrededor y se le quebró la voz cuando preguntó:

—*¿Qué?*

—¿No te lo han dicho tus amiguitos? El sacrificio de Orión es distinto al de Aurora porque se necesita *ellixen abyssus*. —El Gran Segador se calló unos segundos—. Aunque también se conoce como «magia tutelada».

Viri se encogió, como si le hubieran dado una patada en el estómago. *Eso* era lo que Wynter había intentado contarle antes. No era «magia abismal» lo que necesitaba para el cometa, sino la magia que había *en lo más profundo de Viri*.

Empezó a sentir que le faltaba el aire, pero se obligó a respirar hondo porque sabía que, en ese momento, su mejor arma era tener la mente despejada.

—¿Qué te hace pensar que tengo lo que estás buscando?

—No te hagas la modesta —respondió el Gran Segador en tono rotundo—. Ambos sabemos que estás vinculada a los obeliscos.

Viri se echó hacia atrás y sus labios adoptaron la forma de un no, pero se dio cuenta de que era inútil negarlo. Ella ya sabía que el Gran Segador quería acceder a su magia; fue su hermano el que la avisó cuando estaban en el jardín de Nevarnost, aunque no tenía claro por qué. El verdadero motivo, el sacrificio de Orión, fue una sorpresa de lo más desagradable, pero Viri decidió que ya se preocuparía por el cometa más tarde. Lo que ansiaba saber en ese preciso instante era cómo había descubierto el Gran Segador su magia tutelada. El Guardián lo sabía porque era el que le había concedido la magalía, y sus padres también, aunque se llevaron el secreto a la tumba. Pero el Gran Segador...

—¿Cómo...? —empezó a decir Viri.

—Ya te lo he dicho. Llevo observándote toda tu vida —la

interrumpió.

—Pero *¿por qué*? —insistió Viri—. ¿Cómo supiste que tenías que vigilarme?

—¿En serio aún no lo sabes? —respondió. Y, aunque su rostro permaneció oculto entre las sombras, Viri escuchó el tono de perplejidad de su voz—. ¿De verdad?

—Saber... ¿qué? —exclamó, tratando de aceptar la frustración que la invadió, que era mucho mejor que el temor que sentía antes. Sin embargo, ambas emociones se esfumaron en cuanto el Gran Segador siguió hablando.

En tono burlón y con voz cantarina, dijo:

—Había una vez tres jóvenes cazadores: un marido —levantó un dedo—, una mujer —subió otro dedo— y su mejor amigo.

Pero, esta vez, no levantó un tercer dedo, sino que se señaló a sí mismo.

Viri abrió los ojos como platos.

—Eres... Eres...

—¿El mejor amigo de tus padres? Sí, lo era. Hasta que me robaron la magalía para salvarte la vida. Una magalía que yo mismo necesitaba para salvar a una persona que me importaba *a mí*. —El tono de su voz se volvió sombrío—. Cuando regresé al castillo del Guardián para suplicarle que me concediera otro deseo, me dijo que no podía hacer nada, pero fue tan compasivo que decidió enseñarme a usar la magia. Pero, cuando osé querer más, me la quitó. Y me convertí en esto. —Levantó una mano y se señaló—. Y ahora tengo todo el poder con el que siempre había soñado.

Lo miró boquiabierta mientras, en su interior, tuvo que luchar por procesar todo lo que acababa de contarle. Aun así, logró decir con la

voz ronca:

—En realidad no, porque, si no, no me necesitarías.

—Y no te *necesito* —se mofó—. Pero me interesa lo que sé que puedes darme: los medios para destruir los obeliscos.

—Jamás lo permitiré —bramó Viri, que seguía dándole vueltas a lo que acababa de averiguar. Entonces cerró las manos en puños—. No pienso condenar a Aravell a la muerte.

—¿Muerte? —El Gran Segador soltó una carcajada de incredulidad —. No quiero *destruir* la ciudad. Quiero *liberarla*. Y tú, Viri, querida, vas a ayudarme a conseguirlo, tanto si quieres como si no.

Su respuesta resonó sin parar en los oídos de Viri. Pero no porque reconociera que quería liberar la ciudad, aunque tampoco se lo terminaba de creer, sino por las dos palabras que había dicho el Gran Segador en un tono familiar y afectivo, pero sarcástico.

«Viri, querida».

—¿Quién eres? —exclamó sin apartar la mirada de la capucha sombría del Gran Segador.

—Ya era hora de que me hicieras una pregunta a la que sí quiero responder —dijo con satisfacción. Agarró el guante de su mano izquierda y se lo quitó para dejar a la vista una mano cubierta de venas negras.

En ese momento, Viri vio con sus propios ojos que las líneas oscuras se desvanecían bajo la piel del Gran Segador, y al hacerlo, el calor que emitía su marca de cazadora también desapareció, como si no hubiera ningún segador en la habitación.

—¿Cómo es posible? —murmuró atónita.

—Otra muy buena pregunta —exclamó el Gran Segador.

Esta vez, sin embargo, su voz cambió y dejó de ser grave y

masculina, y pasó a hablarle en un tono relajado y mucho más agudo. Una voz femenina.

Y conocida.

Viri retrocedió un paso.

Y, después, otro.

Y solo se detuvo cuando se chocó contra la cama. Se aferró al poste con todas sus fuerzas cuando el Gran Segador, ahora la Gran Segadora, se llevó las manos a la capucha y empezó a bajársela poco a poco.

Viri no daba crédito a lo que estaba viendo.

Estaba horrorizada.

—Sorpresa, querida —exclamó Sarielle con una sonrisa maliciosa y, tras agitar una mano, las venas negras volvieron a teñir su brazo y Viri sintió otra vez la quemazón de su marca de cazadora—. La verdad es que los hechizos de belleza son una maravilla, sobre todo cuando tengo que pasarme todo el día rodeada de cazadores insoportables como tú.

La chica negó con la cabeza.

—No. —Y negó una vez más—. *No.*

Sarielle resopló.

—¿Tanto te ha sorprendido? Le prometí a tu hermano que te dejaría en paz hasta que te necesitara, pero no dije nada sobre no tenerte bien vigilada. ¿Por qué crees que te acogí hace siete años? Desde luego, no fue porque me importaras lo más mínimo.

Viri sintió el escozor de las lágrimas que amenazaban con salir. Se negaba a aceptarlo, y el rechazo se convirtió en un dolor agudo.

—No —volvió a decir Viri, que seguía sin creérselo. *No podía* creérselo.

—Tengo que reconocer que... —siguió diciendo Sarielle—. Yo misma me sorprendo por lo bien que he interpretado mi papel durante tantísimo tiempo. Conseguí convencerte de que era una figura materna tierna y cariñosa para ti. —Soltó otra risa maliciosa—. Qué orgullosa estoy de lo bien que actué la noche que te hablé del cometa Aurora. Temblando, llorando... No sabes el trabajo que me costó contener la risa cuando decidiste hacer exactamente lo que te pedí y te fuiste derechita a liberar a Reeve; y ninguno os disteis cuenta de que eráis mis marionetas.

Viri siguió negando con la cabeza, con un nudo en la garganta que le impedía hablar. Se había quedado *sin palabras.*

—No te lo tomes a lo personal —murmuró Sarielle, como si Viri no sintiera que acababa de clavarle una daga en el pecho—. Tus padres dijeron que me querían y me apuñalaron por la espalda. Solo les estoy devolviendo el favor.

La mujer se encogió de hombros, como si no tuviera importancia; no había nada de la fiel tutora que había decidido acoger a Viri y que cuidó de ella, o fingió hacerlo, durante años.

—Tienes suerte —agregó—, porque, por lo menos, no te dejé pudriéndote en una celda mugrienta mientras esperábamos a que llegara el cometa Orión. —Señaló la lujosa cama—. Tendrás toda la comodidad que necesites hasta que llegue el momento y, después, bueno... —Soltó una carcajada que hizo que a Viri se le erizara la piel de todo el cuerpo y que la bilis se le acumulara en la garganta—. Cuando todo acabe, la comodidad ya dará igual, ¿no crees?

Sarielle, con una ligera sonrisa, se metió la mano en la capa y sacó un libro encuadernado de piel que arrojó a los pies de Viri.

—Toma. Para que te amenice la espera hasta que nos visite el

cometa.

Viri, que tenía los ojos empañados, miró la portada llena de runas antiguas y con un título traducido que decía: *Diario del mago celestial Kadmus Castro*.

Sarielle le entregó el diario sin darle ninguna explicación y, después, se dio la vuelta y avanzó hacia la puerta. Estaba a punto de atravesar el umbral cuando Viri, por fin, consiguió que le saliera la voz, aunque sonara ronca y quebrada.

—Mis amigos me encontrarán. Reeve y Braedan vendrán a por mí. Y te detendrán. Te detendremos *entre todos*.

La segadora se dio la vuelta y su sonrisa se ensanchó.

—¿Crees que no me he encargado ya de ellos? He vuelto a encerrar a tu hermano, pero está sano y salvo. Y, a tus amigos, también. Incluida Wynter... Sí, a mi propia hija. Es demasiado peligrosa como para dejarla deambulando por ahí, sobre todo ahora que he descubierto su secretito de la alquimia.

Viri sintió que se le revolvía el estómago. Pero Sarielle no había terminado aún.

—¿Y en cuanto a Reeve? —Dejó escapar otra carcajada, pero en voz baja y teñida de maldad—. No lo he encerrado, pero tampoco vendrá a por ti.

Al escuchar sus palabras, Viri se aferró a ese hilo de esperanza.

—Sí que vendrá. Sé que me encontrará.

Él mismo se lo había prometido. Que la encontraría siempre.

—No tiene que encontrar nada, porque sabe de sobra dónde estás —respondió en tono engreído—. Pero no va a hacer nada porque yo se lo he ordenado. Al fin y al cabo, la familia es lo primero.

Viri se quedó muda.

—¿Qué acabas de decir?

La mujer sonrió con superioridad.

—Vaya, querida, ¿no te lo ha dicho? —Salió por la puerta y se giró para pronunciar las últimas tres palabras; tres palabras que hicieron que a Viri se le cayera el mundo encima.

—Es mi hijo.

Sarielle cerró la puerta a sus espaldas y echó el pestillo, y Viri se quedó sola en mitad de la ciudad de los segadores.

La marca de cazadora le ardía.

La mente no paraba de darle vueltas.

Y el corazón se le estaba partiendo en mil pedazos.

DIARIO DE~~L MAGO~~

~~CELESTIAL KADMUS CASTRO~~

TEPHRYN ALEMEDES

Trigésimo noveno sol. Decimocuarto ciclo. Decimosegunda era.

Ya está hecho.

Hemos liberado la nebruma.

Los segadores se han quedado atrapados en el monte Mort.

Los habitantes, tanto los buenos como los malos, lo han olvidado todo.

Me he trasladado al castillo Nevarnost y mi intención es quedarme aquí hasta que llegue el último de mis días. Y, cuando sepa que ese momento se acerca, avisaré a los magos de la península para que venga otro a ocupar mi cargo como Guardián de Isla Elverdine. De esa forma, nos aseguraremos de que las tutelas protectoras de los obeliscos se mantienen intactas y que la nebruma se queda en su sitio, para siempre.

Ese es mi destino. Esa es mi penitencia por lo que hemos creado los míos y yo.

Los segadores.

La niebla.

La muerte.

Poco tiempo atrás, esta isla era un paraíso, aislada del resto del mundo por su magia volátil. Ahora, tenemos que aislarla de nuevo, pero por un motivo muy distinto y mucho más siniestro, condenando a todos sus habitantes a vivir exiliados de por vida.

No pueden descubrir la verdad.
Isla Elverdine ya no es un paraíso.
Es una prisión.

Agradecimientos

Sombra carmesí es mi decimocuarta novela publicada (¡qué fuerte!), así que pensaréis que esta parte ya me resultará más fácil. En serio, ¿a quién me queda por darle las gracias? Pero, como dice el viejo refrán, la unión hace la fuerza y, *desde luego*, este libro lo confirma, así que solo os pido un poco de paciencia mientras abro mi corazón en los próximos párrafos y me deshago en elogios a todas las personas a las que les estoy agradecida. No os preocupéis, solo me permiten escribir dos páginas (pero, siendo sinceros, ya sabéis que tiendo a divagar), así que vamos a intentar ir al grano.

En primer lugar, gracias a mi agente, Jen Azantian. Quiero dedicarte este libro por una muy buena razón. Sin ti, si no me hubieras sujetado y apoyado durante mis peores y más terribles momentos, este libro no existiría. No exagero cuando digo que, día tras día, doy las gracias por tenerte.

A mis maravillosos editores: Katherine, Awo, Rebecca y Mary. Me sorprende gratamente lo distinto que es el libro ahora que lo he terminado comparado con el primer borrador. Si no fuera por vuestras increíbles y detalladas anotaciones, no tendríamos a Kadmus ni a Tephryn (¡ni a Zeranthe!) ni a sus diarios. Siempre os estaré agradecida por los días, las semanas y los meses que habéis dedicado con tanto cariño a este libro, y por cómo ayudasteis a que brillara más que cualquier lumiterna existente (y ficticia).

A mis equipos de Knopf (EE. UU.), Penguin (R. U.) y PRH

(Australia): muchos de vosotros habéis estado en las primeras líneas y detrás de ciertas escenas haciendo vuestra magia, desde las ventas hasta las estrategias de *marketing*, publicidad y diseño, entre muchas otras cosas. Que sepáis que aprecio vuestro trabajo y os adoro, y estoy tan agradecida que me faltan palabras. Por desgracia, sois tantos que me es imposible mencionaros a todos en estas dos páginas (¡perdón! Ya os dije que divagaba... *Esconde la cara*), pero sí que quiero hacer una breve mención a Casey Moses por diseñar la portada de mis sueños y a Francesca Baerald por dibujar un mapa que me deja sin aliento cada vez que lo veo.

A todo el equipo de ALA y Mushens Entertainment, a mi agente audiovisual Mary Pender y al equipo de WME: gracias por el enorme trabajo que habéis hecho compartiendo mis libros por todo el mundo. Estoy muy emocionada por todo lo que está por venir. Y, hablando del mundo, gracias a todos mis editores de otros países, que habéis acogido esta historia con tanto cariño. Ojalá algún día podamos conocernos en persona.

A los lectores y lectoras betas de *Sombra carmesí*, que han leído esta historia en todas sus versiones, o, mejor dicho, en sus *peores* versiones; en serio, gracias. Alison, Krystal, Paige, Bridey, Sarah: sois las *mejores*, de verdad. Gracias también por ser mis guías para toda la parte artística y muchas otras cosas, sobre todo cuando estaba tan agotada que me parecía imposible tomar decisiones por mi cuenta.

Muchísimas gracias a Rebecca Yarros por leerse el borrador de los borradores y, aun así, tener la amabilidad de ofrecerme una frase cargada de apoyo y entusiasmo. No te preocupes por haber filtrado sin querer el título en tus redes sociales, seguro que no lo vio nadie (ja, ja, ja).

Y, como siempre, quiero darle las gracias a Dios por estar a mi lado en los momentos más felices y más duros de mi vida (sobre todo en los duros). Y, por supuesto, gracias a mi madre, a mi padre, a Steve, Reesh, Noah y Caleb: os quiero mucho. Gracias por ser la mejor familia del mundo. Os juro que no sé qué haría sin vosotros. Y lo mismo para mis amigos, tanto los que están cerca como los que están lejos; vosotros sabéis quiénes sois. <3

Y, por último, a mis lectores.

No tengo palabras suficientes para vosotros, así que solo diré... *gracias*. Lo he dicho antes y lo diré siempre: vosotros sois el verdadero motivo por el que sigo creando personajes, construyendo mundos y escribiendo historias. Gracias por leer mis libros, gracias por compartirlos en redes sociales y por obligar (¿desde el cariño? Je, je) a que vuestros amigos y familiares también los lean. Jamás he dudado del increíble poder que tenéis para hacer de este mundo un lugar mejor; esa luz que lleváis dentro es lo que todos necesitamos. Os lo puedo garantizar.

Y, por favor, no me odiéis por el final. Sí, lo sé, es irritante. Ojalá pudiera deciros que no era mi intención haceros eso, pero...

Os estaría mintiendo.

Insertar aquí risita de autora.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK